



BIBLIOTECA HOMBRES DEL PERÚ

DIRIGIDA POR
HERNÁN ALVA ORLANDINI

PRIMERA SERIE / SEGUNDA EDICIÓN



AGUIRRE, LOPE DE (J. A. Del Busto) T.3
ALEGRÍA, CIRO (R. González Vigil) T.5
ALMAGRO, DIEGO DE (J. A. Del Busto) T.1
ARGUEDAS, JOSÉ MARÍA (R. González Vigil) T.5
ARONA, JUAN DE (J. Ortega) T.4
ATAHUALPA (F. Pease G. Y.) T.2
BAQUÍJANO Y CARRILLO, JOSÉ (C. Deustua P.) T.1
BASADRE, JORGE (E. Yepes) T.5
BELAÜNDE, VÍCTOR ANDRÉS (J. A. de la Puente C.) T.5
BOLOGNESI, FRANCISCO (H. Neira Samanez) T.1
CÁCERES, ANDRÉS AVELINO (R. Zamalloa A.) T.4
CARRIÓN, DANIEL ALCIDES (D. Morote) T.3
CASTILLA, RAMÓN (M. Mujica Gallo.) T.2
CHOCANO, JOSÉ SANTOS (L. A. Sánchez) T.3
CIEZA DE LEÓN, PEDRO (W. Espinoza) T.2
COBO, BERNABÉ (G. Lohmann V.) T.4
CORNEJO, MARIANO H. (E. Parodi M.) T.4
DE LA VEGA, GARCILASO (L. A. Ratto) T.1
DEL VALLE CAVIEDES, JUAN (L. J. Cisneros) T.4
DELGADO, HONORIO (J. Mariátegui) T.5
DEUSTUA, ALEJANDRO (L. F. Guerra) T.3
EGUREN, JOSÉ MARÍA (J. Ortega) T.3
GÁLVEZ BARRENECHEA, JOSÉ (L. J. Cisneros) T.3
GÁLVEZ, JOSÉ (E. Villanueva) T.3
GAMARRA, AGUSTÍN (M. Guerra M.) T.3
GARCÍA CALDERÓN, FRANCISCO (J. G. Llosa) T.4
GARCÍA CALDERÓN, VENTURA (A. Tamayo V.) T.4
GARCÍA, JOSÉ URIEL (U. García C.) T.5
GONZALES PRADA, MANUEL (L. F. Guerra) T.2
GONZÁLEZ VIGIL, FCO. DE PAULA (L. Lituma P.) T.3
GRAU, MIGUEL (J. A. de la Puente C.) T.1
GUAMÁN POMA DE AYALA, FELIPE (F. Kauffmann D.) T.1
GUISE, MARTÍN JORGE (F. Romero) T.4
HAYA DE LA TORRE, VÍCTOR RAÚL (H. Vallenás) T.5
HERRERA, BARTOLOMÉ (J. A. de la Puente C.) T.3
HUÁSCAR (M. Purizaga) T.2
HUAYNA CÁPAC (M. Purizaga) T.1
HUMBOLDT, ALEJANDRO DE (E. Núñez) T.4
IBERICO, MARIANO (D. Sobrevilla) T.5
IGLESIAS, MIGUEL (R. Hooper L.) T.4
LA MAR, JOSÉ DE (S. Hamann de Cisneros) T.3
LASO, FRANCISCO (J. M. Ugarte E.) T.4
LEMONS, CONDE DE, VIRREY (J. Rosales A.) T.2
LEÓN BARANDIARÁN, JOSÉ (F. de Trazegnies) T.5
LUNA PIZARRO, FCO. JAVIER DE (L. Lituma P.) T.3
MANZANILLA, JOSÉ MATÍAS (M. Pasco Cosmópolis.) T.5
MARIÁTEGUI, JOSÉ CARLOS (A. San Cristóbal) T.2

BIBLIOTECA HOMBRES DEL PERÚ
TOMO I

VOLUMEN II

BIBLIOTECA
HOMBRES
DEL
PERÚ

DIRIGIDA POR
HERNÁN ALVA ORLANDINI



Pontificia Universidad Católica del Perú
FONDO EDITORIAL 2003



Editorial Universitaria
Lima, 2003

BIBLIOTECA HOMBRES DEL PERÚ
Tomo I, Volumen II

Copyright © 2003 Fondo Editorial de la
Pontificia Universidad Católica del Perú
Plaza Francia 1164, Lima-Perú.
Teléfonos: 330-7410, 330-7411, Fax: 330-7405
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Copyright © 2003
Editorial Universitaria S.A.
Augusto Pérez Aranibar 749 - Lima, 18 - Perú
E-mail: eduniversitaria@hotmail.com

Drechos reservados, prohibida la reproducción de
este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso del editor.

Segunda edición: junio de 2003
Impreso en el Perú – Printed in Peru

Hecho Depósito Legal, Registro Nº 1501052003-2205
ISBN: 9972-42-565-7
Volumen II: 9972-42-567-3

*“Ante las angustias, las preocupaciones,
las incertidumbres, las perplejidades del mundo,
quizá la historia puede señalarnos el fin de los
optimismos ingenuos y de los pesimismos enfermizos,
la lección de un humanismo relativista”*

Jorge Basadre
(Historia de la República del Perú)

Volumen 2

Jorge Rosales Aguirre
César Pacheco Vélez

Carlos Deustua Pimentel
Alfonso Pérez Bonany

Percy Cayo Córdova
Oscar Noé Zevallos

José A. de la Puente Candamo
Hugo Neira Samanaez

Alberto Escobar
José Miguel Oviedo

CONTENIDO DEL TOMO I

JOSÉ GABRIEL TÚPAC AMARU, 339
JUAN PABLO VISCARDO Y GUZMÁN, 377

JOSÉ BAQUÍJANO Y CARRILLO, 417
JOSÉ FAUSTINO SÁNCHEZ CARRIÓN, 439

HIPÓLITO UNÁNUE, 463
TORIBIO RODRÍGUEZ DE MENDOZA, 489

MIGUEL GRAU, 515
FRANCISCO BOLOGNESI, 559

RICARDO PALMA, 609
CÉSAR VALLEJO, 641



JORGE ROSALES AGUIRRE

JOSÉ GABRIEL TÚPAC AMARU

Entre los personajes que más destacan en la etapa llamada precursora de nuestra Independencia, tenemos a don *José Gabriel Túpac Amaru*, curaca mestizo, que en 1780 encabezara el formidable movimiento indígena que conmovió todo el territorio del virreinato peruano y se propagó por otros de América, llegando, en desfigurada versión, a conocimiento de Europa.

Túpac Amaru vivió intensamente el dolor causado por el mal funcionario. Con su rebelión trató de terminar con un sistema de gobierno que no cumplía los dictados de la ley e implantar otro que, basado en la justicia, realizara el bien común; pero siempre, dentro de la fidelidad al monarca español, al que él creía justo y víctima de los malos subalternos que no cumplían sus mandatos.

Creemos, pues, que Túpac Amaru fue un rebelde fidelista, que se sublevó contra el mal funcionario que no ponía en práctica las disposiciones del Rey. Estaba convencido de la justicia real, a la que no llegaba el clamor de los americanos porque las autoridades virreinales lo impedían. Por eso se levanta, para que el Monarca se entere de la situación y haga justicia. Eso explica que, desde el primer momento, manifieste que todos los actos son realizados en cumplimiento de las ordenanzas reales. Se siente defensor de los ideales supremos de la corona, los que él veía incumplidos por el afán de los intermediarios.



JORGE ROSALES AGUIRRE, (n. Piura, 1941), miembro del I. Riva-Agüero y del I. Peruano de Cultura Hispánica, auxiliar de la Cátedra de Historia de la Emancipación en la Facultad de Letras en la Pontificia Universidad Católica del Perú. En la actualidad está dedicado a un trabajo de investigación sobre Mariano Alejo Álvarez.

Todo esto tipifica el movimiento de Túpac Amaru como fidelista y no de ánimo separatista. Tampoco tercamente indigenista. Cumplió una misión precursora, porque dio a conocer una situación, un estado de opinión, un ambiente; porque despertó en muchos un deseo por conocer el Perú y sus problemas; porque así, sin proponérselo, preparó el camino de la Independencia.

Con el presente trabajo queremos divulgar la biografía de este personaje de nuestra Historia. En su preparación hemos utilizado las obras de Carlos Daniel Valcárcel, Boleslao Lewin, Jorge Cornejo Bouroncle y diversos trabajos publicados por otros autores. De todos ellos hemos extraído los datos de lo que podríamos llamar la historia externa de Túpac Amaru —los diversos pasos de su vida— y en lo que se refiere al aspecto íntimo del rebelde, a su ideología, al sentido de su rebelión, nos inclinamos por Valcárcel, a quien consideramos el mejor de los biógrafos del curaca.

Queremos dejar constancia de que en las páginas siguientes no se encontrarán datos nuevos sobre el biografiado. Nuestra labor ha sido de cotejo de estos datos publicados, tratando de presentarlos ordenadamente, prefiriendo a nuestra propia investigación, cuando existe divergencia entre los autores consultados. En general, es un trabajo de divulgación y queremos que como tal se le juzgue.

I

En la serranía meridional del Perú, existía en la época virreynal la provincia de Tinta, hoy dividida en Canas y Canchis, y que entonces, junto con otras trece provincias, formaban el Obispado del Cuzco. En la época que nos ocupa, tenía una extensión de treinta leguas de largo por quince de ancho. Limitaba al norte con la provincia de Quispicanchis, al este con la provincia de Carabaya, al sureste con la de Lampa, al sur con la de Caylloma, y al oeste con las provincias de Condesuyos y Chumbivilcas.

La capital era Tinta y se encontraba a veinticinco leguas al sur del Cuzco, entre montañas y en un valle rodeado por altos picos nevados que formaban un conjunto de agradables contornos. Ese era el asiento del Corregimiento de Tinta, el que comprendía, entre otros, los pueblos de Pampamarca, Surimana y Tungasuca. El clima era frío, debido a los 3,475 m. de altura sobre el nivel del mar y a la presencia en los alrededores de la cadena nevada de la sierra de Vilcanota. Atraviesa ese valle el río Vilcamayu —el Río Sagrado de los Incas— en cuyas orillas se siembra maíz y alfalfa. Hacia la mitad del siglo XVIII sumaban 20,000 indios los habitantes de esta zona, la mayoría indios, pero también muchos mestizos y criollos así como algunos españoles.

Gobernaba España y las Indias Occidentales Felipe V, el primer.



Condorcanqui
Eliodoro San, 3
TOPAC AMARU
Cajahuaringa
70

Borbón, y era Virrey del Perú don José Antonio de Mendoza, Marqués de Villagarcía y Conde de Barrantes, cuando en este Corregimiento, posiblemente en el frío pueblo de Nuestra Señora de la Asunción de Pampamarca, el 19 de marzo de 1740 nacía don José Gabriel Túpac Amaru, futuro curaca, por derecho de sangre, de Pampamarca, Tungasuca y Surimana, pueblos que, como hemos dicho, formaban parte del corregimiento de Tinta, y en los que va a desenvolverse la vida de José Gabriel.

Pampamarca se encuentra a orillas de la pequeña y bella laguna hoy llamada Túpac Amaru, último resto del gran lago que cubría en tiempos remotos toda la inmensa pampa de Yanaoca. Más allá, en la misma laguna, está el pueblo de San Felipe de Tungasuca, que fue testigo de grandes acontecimientos durante el movimiento que encabezó nuestro personaje.

Sin embargo, para algunos pocos, Túpac Amaru nació en Santa Bárbara de Surimana, pueblo a orillas de la laguna del mismo nombre, a 4000 metros de altura y a tres leguas de Pampamarca.

Lo cierto es que José Gabriel era el segundo hijo de la legítima unión del Cacique Miguel Condorcanqui con doña Rosa Noguera, quienes vivían en el cacicazgo recibido de sus mayores. La historia genealógica de estos antepasados se puede sintetizar así: Juana Pilcohuaco, hija del Inca Túpac Amaru, ejecutado en el Cuzco en 1572 por

orden del Virrey Toledo, casó con Diego Felipe Condorcanqui, cacique de Pampamarca, Tungasuca y Surimana. De este matrimonio nació Blas Condorcanqui, que heredó el cacicazgo, y casó con doña Francisca Torres, criolla, es decir, hija de españoles, comenzando así el mestizaje racial en esta familia. José Gabriel era descendiente, pues, por línea recta femenina del Inca Túpac Amaru, el hijo de Manco Inca y nieto de Huayna Cápac.

De lo dicho se deduce que el apellido de José Gabriel era Condorcanqui, pero ¿por qué usaba el apellido Túpac Amaru? Como dice Carlos Daniel Valcárcel esto obedecía a razones justificables. Había otras personas que deseaban apropiarse este apellido por el prestigio social y las ventajas económicas que otorgaba a sus poseedores. Por eso los Condorcanqui, para evitar esa usurpación, preferían usar el apellido genérico de Túpac Amaru, que legítimamente les correspondía por descender de los Incas y evidenciar de este modo su origen imperial.

No habían transcurrido veinte meses desde su nacimiento, cuando en Surimana el once de octubre de 1741, murió repentinamente su hermano mayor, y él quedaba como sucesor de su padre en el curacazgo. Pero van a sucederse acontecimientos que distraerán su soledad y aleccionarán su infancia.

En 1742 estalla la rebelión de Juan Santos Atahualpa, que hasta

1761 luchó victorioso contra los españoles; en 1750 se frustra un alzamiento subversivo en Lima; y como éstos, van a ser muchos los movimientos que se sucedan a lo largo y ancho del territorio, sirviendo de marco a la niñez del pequeño Túpac.

El ámbito familiar también se transformó. Pocos años después, su padre contrajo nuevo enlace con doña Ventura Moxarras, criolla natural del pueblo de Tinta y radicada en Surimana. De este matrimonio nació en 1747 Juan Bautista Túpac Amaru, medio hermano de nuestro personaje, y que lograría gran actuación en el movimiento de 1780 y en los años posteriores. Finalmente, en Surimana, el 30 de abril de 1750, murió su padre, quedando José Gabriel heredero del cacicazgo. Tenía por entonces diez años de edad y ya comenzaba a darse cuenta de lo que ocurría en su región. Veía la dura situación de los indígenas por obra de los encomenderos, corregidores y curas, y sabía de los numerosos levantamientos subversivos que surgían continuamente. Parecería que todo ello estaba moldeando el espíritu, el carácter y la misma ideología del futuro rebelde.

Muerto su padre y, debido a su minoría de edad, el cacicazgo y tutoría fueron ejercidos, primero por su tío paterno Marcos Condorcanqui, y después por José Noguera, hermano de su desaparecida madre.

Estos tíos tutores se preocuparon mucho de su educación y la

encargaron al doctor don Antonio López de Sosa, cura de Pampamarca, y al doctor Carlos Rodríguez de Ávila, cura de Yanaoca. Ellos fueron hombres de gran capacidad, bastante instruidos y supieron brindar al joven discípulo una instrucción esmerada, a la vez que esculpieron su espíritu. Pero ambos maestros le fueron insuficientes a los quince años de edad. Entonces, a los dieciseis años pasó al Cuzco y cursó el colegio de Indios Nobles y Caciques de San Francisco de Borja, fundado en 1619 por el Virrey Francisco de Borja y Aragón, Príncipe de Esquilache, y que estaba regentado por los jesuitas. Parece que Túpac fue allí bastante aprovechado y que sus profesores lo distinguieron por su contracción al estudio y por su aplicación. De este modo, joven capaz y de grandes disposiciones, hizo rápidos adelantos en su formación. Allí, como era costumbre, se le enseñó la Doctrina Cristiana, el latín y el castellano, idioma que llegaría a hablar correctamente y con especial elegancia. Parece que además frecuentó otros centros de enseñanza en los pudo completar su cultura (de la que incluso sus enemigos se admiraban) y hasta es posible, como algunos afirman, que escuchase lecciones de artes en la Universidad Mayor de San Marcos, cierta vez que vino a Lima atendiendo sus reclamos judiciales.

Salido del colegio volvió a su tierra natal y el 25 de Mayo de 1760 contrajo matrimonio con Mi-

caela Bastidas Puyucagua, hermosa joven mestiza de Abancay, como hija natural del español don Manuel Bastidas y de Josepha Puyucagua, vecinos del mencionado pueblo. Desde ese momento Micaela se convertiría en su compañera inseparable y sería auxiliar insustituible en las campañas de 1780. "Chepe" y "Mica" o "Micaco", como cariñosamente se llamaban los esposos, vieron transcurrir su vida conyugal en medio de la armonía y comprensión, la que perduraría incluso en los momentos difíciles de la guerra.

De este matrimonio nacieron tres hijos: Hipólito, en 1761; Mariano, en 1762; y Fernando, en 1768. Estos constituían su círculo familiar, el mismo que se completaba con su primo-hermano Diego Cristóbal, hijo de Marcos Túpac Amaru y Marcela Castro; y su sobrino Andrés Mendigure, hijo de Cecilia Túpac Amaru, hermana de Diego Cristóbal.

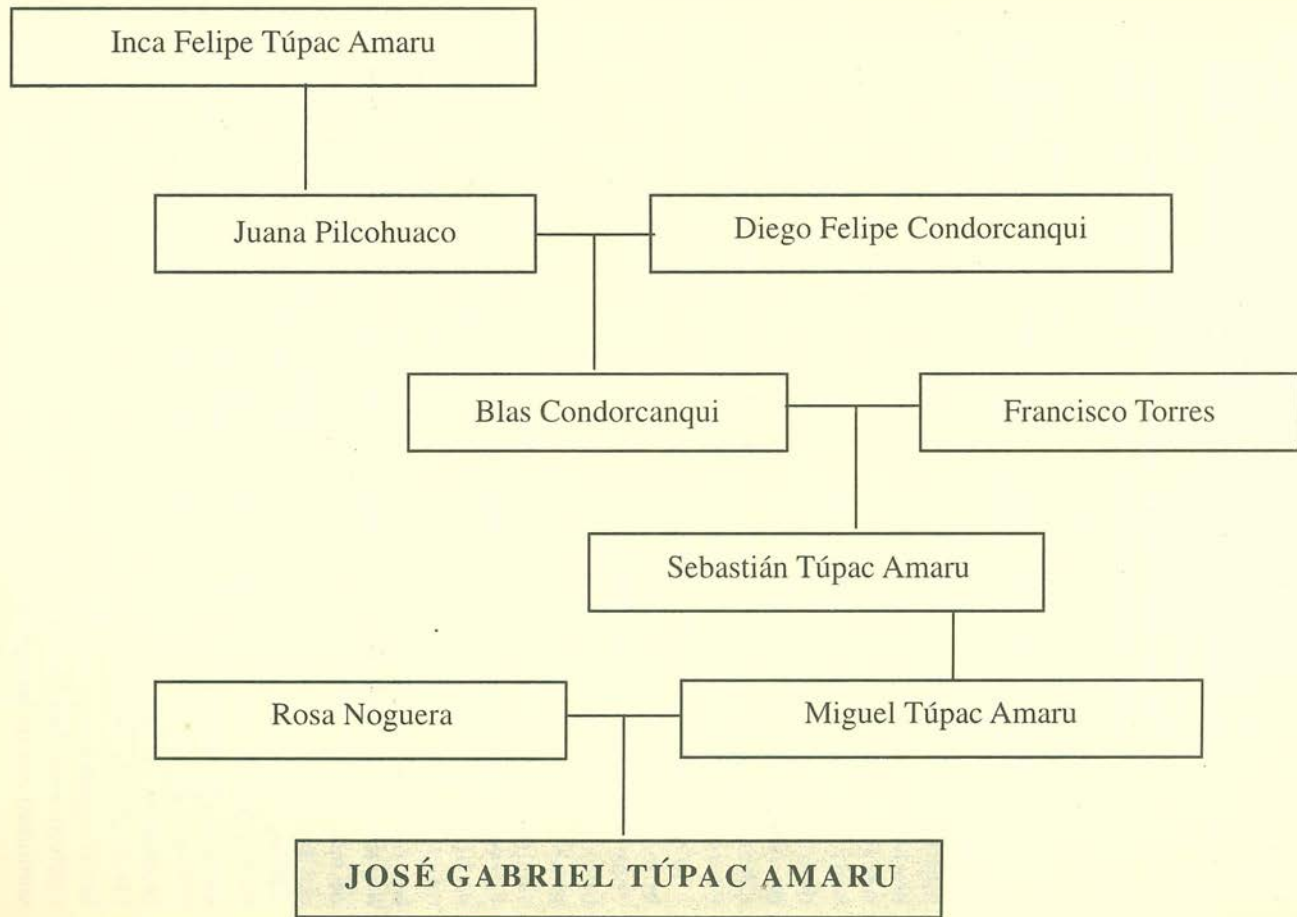
Por este mismo tiempo fue que Túpac Amaru se dedicó al transporte de mercaderías en gran escala, para lo cual contaba con 350 mulas repartidas en 35 recuas. En ellas hacía conducir azogue, tocuyos, azúcar y otras mercaderías hasta Potosí, Lima y otros puntos, lo que le permitía tomar contacto y conocer la situación del pueblo. Esta es la razón por la que algunos corregidores le denominaban despectivamente "arriero". Pero es bueno recordar que el arrieraje era una ocupación tradicional en los

pueblos de Tinta. Por otra parte él era el propietario del negocio y tenía gente a sus órdenes para el transporte. Sus recuas de mulas a cargo de sus arrieros cumplían su cometido. Algunas veces José Gabriel acompañaba a su gente en estos viajes y era entonces cuando se relacionaba con los naturales y se percataba de su problemática situación.

En estos viajes y dedicado a sus negocios dejó transcurrir el tiempo, y recién el 5 de octubre de 1766 se presenta al corregidor de Tinta, Don Pedro Muñoz de Arajona, elevando su solicitud formal para que se le reconozca oficialmente como cacique, y que se ratifique su calidad de legítimo descendiente del Inca Túpac Amaru. Véase, en el cuadro anexo, cual había sido la línea de descendencia desde ese antepasado.

Luego de diversas gestiones ante las autoridades virreinales, logró su reconocimiento oficial como cacique, cargo que desempeñaría con moderación y tino, por lo cual algunos corregidores lo distinguieron sobre los demás curacas y lo tuvieron en especial consideración.

Por esta época, según varios testimonios —principalmente el del coronel realista Pablo Astete, criollo cuzqueño amigo de Túpac Amaru— éste era un hombre de cinco pies y ocho pulgadas de alto, delgado de cuerpo, con una fisonomía buena de indio; nariz aguileña, ojos vivos y negros, más grandes de lo que por lo general los tienen los naturales, mirada penetrante y



llena de sinceridad. Su piel muy blanca para ser indio, pero oscura para español. Tenía majestad en el semblante y su severidad natural pocas veces se explicaba con la risa. Parecía que aquella alma se hallaba continuamente retirada en su propio seno y siempre ocupada en grandes asuntos. En sus maneras era un caballero, un cortesano, pues se conducía con dignidad con sus superiores y con formalidad con los aborígenes. Tenía talento, era hombre franco y agradable con sus amigos. Sufría, pero no con exceso ante las impertinencias de los demás, y malograba las ocasiones de venganza. Hablaba con perfección la lengua española, y con gracia especial la quechua. Vivía con lujo y, cuando viajaba, acostumbraba hacerse acompañar de muchos sirvientes y algunas veces de un capellán. Vestía elegantemente al uso de los mestizos serranos de sangre real y lucía trajes costosos. Generalmente su atuendo consistía en una casaca sobre la que traía un uncu de lana, tejido del país, pero bordado de oro sobre el fondo que era morado. Allí estaban las armas de sus antepasados. Traía también dos hondas tejidas de seda y cruzadas sobre los hombros, en forma de banda, y una tercera amarrada a la cintura. Pantalones cortos de terciopelo negro de Flandes, medias blancas de seda, hebillas de oro en las rodillas y en los zapatos, sombrero español de castor, que entonces valía veinticinco pesos. Este sombrero era de tres picos, bien ar-

mado, con una pluma por un lado, y en la copa una cruz pequeña de paja llamada chilligua. La camisa era bordada y el chaleco de tizú de oro, de un valor de setenta a ochenta pesos. Usaba el pelo largo y enrizado hasta la cintura. Era muy estimado por todas las clases de la sociedad; era generoso y se recordaba especialmente la magnificencia con que remuneró a un médico que en una ocasión lo acompañó desde Lima hasta Tungasuca, cuando regresaba enfermo del cuerpo, y tal vez lastimado de espíritu con las fatigas y desengaños que le ocasionaron los curiales de la Real Audiencia. Llevaba soberbios caballos, en los que regularmente hacía sus entradas a los pueblos, con aderezo rico de realces, y una gran comitiva que procuraba imitar el traje, aunque no la calidad. Esta costumbre de montar caballo la mantendría incluso en las campañas de la rebelión, en las que montado en un caballo blanco se le veía dirigir a sus hombres.

En el aspecto personal inspiraba simpatía, tanto civiles como eclesiásticos apreciaban las virtudes y maneras del cacique. Estas virtudes le hacían un hombre digno de ser querido y respetado, por eso no era extraño que los indígenas manifestasen veneración por él. Cuando Antonio de Arriaga se hizo cargo del corregimiento en reemplazo de Pedro Muñoz de Arajona, en 1776, vio con mucho recelo estos agasajos, saludos y visitas de que era ob-

jeto Condorcanqui, pues consideraba que a él le correspondían, por ser la máxima autoridad, y que, por tanto, el cacique estaba usurpando su derecho.

Era, pues, un hombre de maneras imponentes, animoso y emprendedor, pero a la vez prudente y circunspecto. También era bastante introvertido. Tenía gran amor por la justicia. El movimiento que encabezó no fue sino la culminación de ese amor por lo justo y ese deseo de ver realizadas en la práctica las leyes emanadas del rey e impregnadas de su insobornable justicia. Con este fin es que, antes de llegar a la protesta armada, emprende varios viajes primero al Cuzco y después a Lima, sin conseguir mayores progresos.

En suma, Túpac Amaru era un mestizo, tanto física como espiritualmente. En él se concentran los rasgos de las dos razas: indígena e hispana. Y al lado de sus recuerdos y tradiciones incaicas, refrescados por el medio y por la vecindad de los restos del pasado Imperio, se hallan sus ideas y su formación hispana, todo ello integrando un tono indestructible en el que no se pueden separar los elementos. Su mismo nombre es ejemplo de ese mestizaje: José Gabriel, lo hispano, y Túpac Amaru, lo incaico. El, por su cargo, era un hombre "que estaba ligado a la corona", pero aún así, "no olvidó que era noble descendiente de los Incas y que debía cuidar de los suyos". Ni indio, ni español; peruano, y con eso bastaba.

Además, Túpac Amaru es, en cierto modo, ejemplo del hombre de nuestro XVIII. Todo en él es testimonio de la época: su manera de ser, sus ideas, sus aspiraciones, sus costumbres, su vestido. En él descubrimos el espíritu crítico, característica inconfundible de las gentes del siglo. No está conforme con la situación, la estudia y la critica; critica el mal gobierno, a los malos funcionarios (corregidores, oidores), a los malos doctrineros. Y ese espíritu crítico lo lleva a la protesta; protesta por el estado de cosas, primero pacíficamente, y luego ya en el plano de la acción. Pero esa protesta va seguida de un pedido de reformas. Que se supriman los corregidores y se implante otra autoridad que esté más cerca de los problemas de los naturales; que se cree una Audiencia en el Cuzco, porque así la justicia será más rápida y efectiva. Y es que su amor por la justicia, íntimamente ligado a su afán de protesta y de reformas, es otra nota propia del XVIII, que él ha sabido asimilar. Conocía las leyes y sabía que eran justas, así lo dice en un recurso presentado en Lima el 18 de Diciembre de 1877: "La intención de S. M. benignamente manifestada en sus multiplicadas leyes y ordenanzas no es otra que la del buen tratamiento y conservación de los indios". Era respetuoso de estos auténticos mandatos de la corona, y le mortificaba que los malos gestores no los cumpliesen, más aún, cuando de ello provenía la desastrosa situa-

ción de sus hermanos. Por eso protesta, y por eso se rebela.

Vemos, pues, que Túpac Amaru es ejemplo de mestizo y de hombre del XVIII. Como dice Valcárcel, "dos actitudes se hacen presentes en su persona (lo que recuerda a Garcilaso de la Vega Chimuoclo): una de legítimo orgullo por su ascendencia familiar, usos, costumbres y servidumbres; otra, de sincera admiración frente a la cultura europea trasladada a tierras de América. Túpac Amaru no era pues el último de los americanos primitivos, sino el más genuino exponente de unos hombres que, guardando su raíz indígena, sabían marchar al ritmo de la historia", de acuerdo con los dictados del momento, de la época. Túpac Amaru en el XVIII —como Garcilaso en el XVI— es ejemplo del nuevo hombre que crea la Conquista.

II

La legislación colonial sobre los indios era benévola y humana, y estaba dirigida a proteger sus intereses. Pero esta ley no era cumplida por los funcionarios coloniales, quienes, por el contrario, abusaban y expoliaban a los naturales. "La ley se acata pero no se cumple" era un dicho y también una verdad.

Los naturales sufrían prácticas abusivas de parte de los corregidores, los que se convirtieron en dueños absolutos dentro de su corregimiento. La voluntad de estos

malos funcionarios era incontrastable sobre los indios, sin distinción alguna. Veían en los naturales la oportunidad de rápido enriquecimiento y no dejaban pasar ocasión propicia para lograrlo.

El corregidor actuaba con bastante libertad, pues no existía un control efectivo sobre su persona. En el cobro de los impuestos era donde más se notaba esta práctica abusiva. Dice Mendiburu que "el corregidor formaba por sí mismo los padroncillos o castas cuentas, y lo hacía en dos ejemplares; en el uno que era para el público, aparecían observadas las leyes y respetadas las excepciones. El segundo ejemplar del padroncillo que era el que servía en realidad para la cobranza, registraba a todos los indios, casi sin excepción ninguna". La codicia que los alentaba, los llevó a abusar de los naturales, en perjuicio de las disposiciones reales que eran contrarias a estos actos lesivos, e incluso llegaron a aumentar desproporcionadamente los tributos para conseguir mayores ingresos, sin importarles el defraudar el erario en su provecho. Cuando un indio protestaba por la injusticia y se negaba a pagar el tributo por ser excesivo o estar exonerado de él, era azotado públicamente y sentenciado a diversas penas. Además era muy frecuente que el corregidor cobrase dos veces el mismo tributo, lo que el indio debía cumplir en silencio para no ser maltratado.

Pero allí no concluían los abusos que el Indio recibía de par-

te del corregidor. Este había desvirtuado en beneficio propio la institución del repartimiento mercantil y entregaba a los naturales objetos que, como espejos, medias de seda, peines, y otros, de nada les servían. Los indios debían comprarlos obligatoriamente y pagar los elevados precios que señalaba el corregidor. Realizaban verdaderos sacrificios.

Aparte de esa labor negativa del corregidor, el indio pasaba por otra clase de abuso y sufrimiento: la mita. Esta institución había existido en el Imperio Incaico, pero con características distintas a las que adquirió en el virreinato. Frente a la escasez de mano de obra para el trabajo de las minas y de la tierra, a mediados del siglo XVI, luego de la visita de Toledo, se pensó en restaurar la mita incaica. Aunque fue establecida con buenas intenciones, en la práctica no cumplió su cometido y se convirtió en otra forma de explotación de los naturales.

De acuerdo a la ley, debía hacerse un sorteo entre la población masculina comprendida entre los 18 y los 50 años, para que la séptima parte de la misma fuese a servir en las minas o haciendas de su región, a cambio de un salario determinado. La mita extractiva era renovable; cada tres o seis meses se hacía un nuevo sorteo para reemplazar a los mitayos. La mita agrícola duraba más tiempo: un año o año y medio.

Pero en la práctica, como siempre, no se cumplió con estas

disposiciones. Los pueblos indios enviaban a las haciendas y minas reales la séptima parte de su población masculina en edad de cumplir con el servicio, pero no eran asignados a las minas y haciendas a su jurisdicción, sino a otras generalmente distantes. Muchos indios de Tinta eran enviados a las lejanas minas de Potosí, lo que levantó muchas protestas que siempre fueron ahogadas. Y muchas veces, los indios que habían partido a cumplir con la mita, no regresaban, por que morían o porque debían trabajar para pagar lo que obligatoriamente habían adquirido en el trabajo.

Los obrajes también sirvieron para la explotación del indio. Desde tempranas horas de la mañana, hasta el anochecer, debía cumplir encerrado en el obraje con la tarea asignada por el amo. Este volvía al caer la noche y recibía el trabajo concluido. Cuando no lo estaba, azotaba al incumplido, sin atender razones.

Todo esto sufría el indio de las autoridades civiles, pero además algunos curas contribuían a hacer más dolorosa su situación. Estos inventaban continuamente diversos procedimientos para lograr mayores ingresos. Se comerciaba con la fe de los indios y se aprovechaba de su espíritu naturalmente ingenuo, frente a problemas de orden religioso, y así, bautismos, matrimonios, entierros, procesiones, fiestas, eran otras tantas ocasiones para que el indio pagase fuertes cupos.

Fueron muchas las protesta que se hicieron contra estos sistemas de explotación, pero pocas veces se escucharon. En 1745 el Virrey José Antonio de Mendoza, mediante circulares recordó a los corregidores diversas reales órdenes en las que se establecía que los repartos debían ser de especies útiles a los indios. En 1751, gobernando el Virrey José Antonio Manso de Velasco, Conde de Superunda, nuevas reales órdenes establecieron las tarifas a las debían sujetarse los corregidores al ejercer el comercio.

Pocos fueron los que acataron estas disposiciones. La mayoría continuó cometiendo abusos y extorsionando a los naturales. La situación no variaba "las mismas leyes humanas sobre el tratamiento de los indios, y la misma desobediencia y olvido de ellas por los encargados de aplicarlas". "Virreyes y Reales Audiencias remedian algún mal que llegan a saber, pero se les ocultan los más principales, porque la distancia en los recursos los desvanecen, o se palian, o se disfrazan en los conductos por donde corren. Los ministros inferiores son los que los cometen, y estos principalmente se cifran en los corregidores y los curas de sus pueblos".

Estas palabras, tomadas de la representación de la ciudad del Cuzco en 1768, sintetizan el estado de corrupción administrativa que se vivía en provincias y refleja la idea de que en la capital eso se ignora y que al saberse se remedia. Túpac

Amaru así lo entiende. Mientras litiga en el Cuzco cree que en Lima todo marcha bien porque allí si se cumplen las leyes, que allí se hace justicia, y por eso viaja a la capital en busca de ella. La realidad le ha de mostrar algo diferente, y no le quedará sino creer en la justicia del rey.

Con el transcurso del tiempo estos abusos se acentuaban. La mita ya era mirada con horror, y los indios tenían que recurrir a diversas artimañas para evitar ser sorteados. Y el descontento también crecía. Ya se respiraba un clima de inquietud; los naturales protestaban más a menudo; los caciques presentaban recursos judiciales para exonerar a sus provincias del servicio de la mita, porque no había gente suficiente ni siquiera para el propio trabajo.

Era tan grande el abuso y malestar, que el Cabildo secular del Cuzco elevó una representación (1768) al Virrey de Lima, don Manuel de Amat y Juniet, quien de inmediato ordenó a los corregidores que cesasen en los abusos y cumplieren las disposiciones que sobre el repartimiento estaban vigentes, bajo aprecibimiento de drásticas medidas.

Pero la situación continuó igual. El indio seguía siendo "víctima de los dos poderes absolutos de cada localidad: el corregidor y el cura". Los reclamos pacíficos no habían conducido a nada concreto, incluso Blas Túpac Amaru murió posiblemente envenenado, cuando

regresaba de la península a donde había ido para hacer conocer al Rey la realidad americana y pedir cambios en la administración. Ya la situación se va tornando tensa, la protesta armada, violenta, comienza a aparecer, "y los alzamientos de indígenas ya en una, ya en otra de las más lejanas provincias, es un fenómeno frecuente" en el virreinato.

En 1749 los indios de Canta y Huarochirí intentaron levantarse contra el maltrato de los corregidores y llegar hasta Lima. El complot fue descubierto antes de que estallase y los cabecillas fueron ejecutados. En Lima, ese mismo año, fue descubierta por traición de Jorge Gobeá (que en realidad era un espía del Virrey Manso de Velasco), la llamada Conspiración de Amancaes, que era dirigida por el hijo del curaca Chonqui.

Ni la subida de Carlos III, al trono de España, en 1759, haría cambiar esta situación. Los abusos continuaron y las insurrecciones se multiplicaron. En 1776, gobernando el virrey Manuel de Guirior, se levantaron los indígenas de Huánuco, Pasco y Urubamba; se asesinaron corregidores y autoridades de la corona, entre ellos murió el corregidor de Chumbivilcas, Don Jerónimo de Sagasti, a manos de los indios de Velille. La causa de tales tumultos y los siguientes, fue el aumento de los tributos indígenas establecido por el Visitador General y Superintendente de la Real Hacienda don José de Areche. Por esta misma razón surgieron desórdenes,

pero de menor intensidad, en Lambayeque, Huaraz, Huancavelica, Moquegua y Arequipa.

En 1777 de insubordinó la provincia de Huamalfes, pero el corregidor indio pudo escapar de la turba enardecida, lo que no lograron su cuñado, el Capitán Don José de la Cagiga, y otros familiares que fueron ajusticiados por los rebeldes.

Y así, numerosos movimientos contra los aumentos de los derechos de aduana y alcabala, contra otros gravámenes implantados por Areche, y en general contra la actitud inhumana de los corregidores, van preparando el ambiente para la extraordinaria rebelión que en 1780, agotadas las gestiones pacíficas, encabezaría José Gabriel Túpac Amaru. Este movimiento lograría estremer el territorio americano, alcanzando éxito, aún después de ajusticiado el cabecilla, al abolirse los corregimientos, y establecerse la Audiencia del Cuzco, pedidos hechos por el cacique rebelde.

III

Toda la situación descrita anteriormente, era conocida por Túpac Amaru. El estaba al tanto de las disposiciones reales; sabía que eran en beneficio del indígena, pero que no se cumplían. Pero él era amante de la justicia y creía que fácilmente lograría que se cumpliera la ley. Pensaba que los representantes del Rey en el Cuzco, tratarían, ante sus reclamos, de variar la situación. Y con esa idea es

que inicia sus "reclamaciones pacíficas ante los tribunales".

Ya Marcos Túpac Amaru y Blas Túpac Amaru habían presentado diversos recursos a las autoridades virreinales para solucionar los problemas existentes, pero no habían logrado éxito en sus gestiones. Más aún, Blas había muerto en las circunstancias anteriormente citadas, y cuando parecía que sus esfuerzos llegaban a feliz término.

Túpac Amaru creyó poder encontrar mejor acogida y junto con sus pedidos encaminados a lograr el reconocimiento oficial como cacique descendiente directo del Inca Felipe Túpac Amaru y el título de marqués de Oropesa, que por herencia materna le correspondía, presentó otros relacionados con la situación de los indios de Tinta.

Como en el Cuzco no lograrse mayores productos, puso los ojos en la justicia limeña. Entonces debió viajar a la capital del virreinato en donde pensaba encontrar apoyo inmediato a sus reclamaciones y solución para el problema constante de los naturales. Creía todavía que en Lima sí había justicia, pero que faltaba en el Cuzco debido a la enorme distancia que existía entre ambas ciudades, lo que permitía la impunidad de los malos funcionarios. Quería él que se exonerase a los indios de su jurisdicción del servicio de la mita de Potosí, por encontrarse alejada de su región, y por no contar (su cacicazgo) con población suficiente para sus propias exigencias. Este pedido ya ha-

bía sido presentado en el Cuzco por su tío Marcos Túpac Amaru, pero sin lograr mayor suerte. En general trató de alcanzar justicia social para los naturales.

En 1776, gobernando don Manuel de Guirior, llegó a Lima José Gabriel Túpac Amaru, quien aparte de sus propios intereses y los de los indios de su cacicazgo, traía poder otorgado por varios caciques para que en su representación "siga, prosiga, fenezca y acabe la causa que tienen pendiente". Dio inicio a sus gestiones presentando un recurso en el que pedía "la exoneración de la mita de Potosí para los indios de Tinta" por no haber mitayos suficientes y por que el trabajo se realizaba sin las mínimas garantías exigibles. El documento reseñaba las principales disposiciones vigentes, las que servían de sustento a su pedido.

El fiscal pidió que el escrito pasase a informe sobre las razones aducidas. El informe fue evacuado en agosto y en él se defendía el trabajo en las minas de Potosí por razones históricas, aunque se reconocía que el recurrente tenía razón al afirmar que "la codicia insaciable de los mineros incrementaba la mortalidad entre la población autóctona".

En vista de este informe el fiscal creyó que no era conveniente dictaminar, por que el asunto salía de sus atribuciones, y envió el expediente a conocimiento del Visitador Areche, quien el 23 de setiembre de 1777 dio a conocer su

dictamen. En él se declaraba nulo el pedido, pues Túpac Amaru no probaba documentalmente su calidad de cacique; que eran ciertas las razones expuestas con relación al trabajo de las minas, pero que el asunto salía de la competencia del recurrente, quien debía volver a su lugar de origen a esperar el dictamen definitivo.

Pero Túpac Amaru no lo hizo así, sino que elevó nuevo recurso en diciembre, acompañando los documentos requeridos; pero la Contaduría proveyó que el anterior dictamen del visitador continuaba en vigencia, puesto que el contenido del nuevo pedido era similar al ya presentado. Lo mismo opinó el fiscal, y el 20 de mayo de 1778 se le informó al cacique que se tenía "como definitiva la declaración del visitador Areche, y debíase acatar lo decretado y enviar una copia para informe ante el gobernador de Potosí, mientras al reclamante se le repetía retornase a su lugar de origen" para esperar la resolución definitiva, resolución que nunca se llegó a dar.

Concluía así su misión ante las autoridades judiciales sin lograr el éxito esperado. Sus asuntos personales no tuvieron mejor suerte, a pesar de que en ellos contó con el apoyo del fiscal don Serafín Leyán y Mola. Sus justas pretensiones nunca fueron atendidas y no pudo llegar a utilizar el título de marqués de Oropesa. Lo único que había conseguido en su estadía en la capital fue gastar tiempo y dinero.

Sin más esperanzas tuvo que regresar a Tinta a mediados de 1778. El, que había creído ciegamente en la justicia limeña encarnada en el Virrey, volvía desengañado. Había sufrido en carne propia las consecuencias de la corrupción administrativa, ya no provinciana sino capitalina.

Pero no estaba conforme ni derrotado. Existía aún otra justicia en la que era preciso creer: la del rey. Y hacia ella vuelve sus ojos y esperanzas. Pero como éste no podía enterarse de la situación porque sus funcionarios se la ocultaban, debía utilizarse otro medio que hiciese saber al monarca las penurias de sus súbditos americanos. Agotadas las vías normales no quedaba sino la rebelión y Túpac Amaru se decidió por ella. Creía en el Rey, y tomó su nombre para restaurar el imperio de la ley y lograr la justicia social en el Perú, vale decir, para "defender el derecho, la economía y la buena administración pública" contra la "malversación y la arbitrariedad" representadas por las autoridades coloniales.

Por eso, este movimiento debe entenderse como fidelista en todas sus manifestaciones. Es un movimiento de raigambre y proyecciones sociales. Las variaciones políticas que se encuentran entre sus postulados, son sólo el medio para lograr una auténtica y rápida justicia social. El pide que se supriman los corregidores y que en su reemplazo se creen los Alcaldes Mayores; que se acelere la justicia para lo que se

crearía una Audiencia con sede en el Cuzco, lo que evitaría las dilaciones que traía el envío de los expedientes hasta la de Lima; propone también que se reduzcan los tributos, que se mejorase el trato en los obrajes, y que se legisle más equitativamente sobre el trabajo de las minas. Parte de estos pedidos serían atendidos, pero para ello, Túpac Amaru tuvo que ofrendar su vida.

Debemos entender la rebelión del cacique mestizo, como dice Valcárcel, como un súbito estallido social perfectamente comprensible, y en el que hay una finalidad definible que sería la doctrina del momento: "justicia social para los peruanos de todas las castas, con una persistente lealtad monárquica".

De regreso en Tinta, Túpac Amaru comenzó a madurar la idea, y a organizar pausadamente el movimiento, esperando una ocasión propicia. Esta ocasión propicia sólo se presentó dos años después.

IV

Dentro de la cronología de la historia peruana se ha llegado a establecer últimamente, que la segunda mitad del siglo XVIII forma parte del proceso emancipador. Es difícil precisar cuando empieza este proceso que se manifiesta primero en las conciencias. La Emancipación es inicialmente problema íntimo y personal, y después comunitario. Sus primeros síntomas se descubren en el ámbito personal, de allí la di-

ficultad de establecer su punto de partida. Pero es necesario señalar un momento que sea el inicial, aquél "en que los fermentos revolucionarios del siglo produzcan en nuestra superficie histórica algún disloque, alguna violenta capaz de transferir de un modo claro y patente al plano de las conciencias lo que ha estado operando latente y subconscientemente". En otras palabras, debemos precisar un hecho que ponga de relieve una serie de circunstancias que se encontraban ocultas al ánimo de las gentes.

Ese momento estaría en 1780, año en que José Gabriel Túpac Amaru se levantó contra el abuso del corregidor y la mala organización del trabajo en las minas. Su movimiento produjo "una profunda conmoción en el Perú, grandes transformaciones internas y amplia resonancia americana. La sostenida actitud rebelde del cacique, sus indudables lecciones de valentía y arrogancia frente a la autoridad española, el prestigio mítico de las reminiscencias incaicas que gustaba usar, su hondo espíritu de justicia social, la crueldad de la represión, el triunfo claro de muchos de los postulados y de las banderas de levantamiento —supresión de los Corregidores, creación de la Audiencia del Cuzco— el cambio y la novedad que van a traer las Intendencias, todo confiere a la fecha un innegable valor de arranque". Como bien dice César Pacheco, no existe en la segunda mitad del XVIII otro acontecimiento de la ma-

yor trascendencia para el Virreynato Peruano, que el levantamiento de Túpac Amaru. Por eso lo consideramos como el inicio de nuestra etapa emancipadora, porque representa el momento en que se actualizan los gérmenes revolucionarios que desde épocas anteriores se han ido formando a lo largo del territorio.

El 4 de noviembre de 1780, día en que se celebra a San Carlos Borromeo, Túpac Amaru y el Corregidor de Tinta, Don Antonio de Arriaga, coincidieron en Yanaoca, pueblo situado a tres leguas de Tinta. El encuentro se realizó en la casa del Doctor Carlos Rodríguez, cura de ese pueblo, quien ofrecía una comida para celebrar su cumpleaños y el del soberano reinante, Carlos III.

Durante la reunión Túpac Amaru ofreció al Corregidor su escolta particular, pero Arriaga agradeció y no aceptó el ofrecimiento. Entonces el cacique, pretextando que debía atender urgentemente a un asunto familiar, se retiró de la casa del cura y se ocultó en el camino a Tinta a la espera de Arriaga que debía de pasar por ese sitio de regreso para el pueblo. Momentos después apareció el corregidor acompañado de un criado y dos negros esclavos. Túpac Amaru, con los diez o doce hombres que lo acompañaban les salió al paso y los tomó presos. Fueron "conducidos a un sitio separado y secreto, y allí detenidos hasta la media noche en que fueron introducidos en el pueblo de Tungasuca, y encarcela-

do el corregidor en una pieza o calabozo de la casa de Túpac Amaru". En los primeros momentos se mantuvo secreta la situación del Corregidor, "a unos se decía que había caminado a otros pueblos de la provincia, y a otros que estaba actuando ciertas diligencias de importancia que lo negaban a otra atención". Al hacer público el arresto del corregidor, para legitimar su proceder, Túpac Amaru dijo que obedecía una orden, de las autoridades superiores.

Arriaga fue llevado preso a Tungasuca, lugar en donde el rebelde por razones estratégicas estableció su centro de operaciones. De inmediato fue obligado a firmar una carta dirigida a su cajero Mendieta ordenándole que le remitiese todos los fondos disponibles y todas las armas alcanzables. El pretexto para este pedido fue que los corsarios amenazaban el puerto de Aranta, y que era necesario enviar urgentemente una expedición para su defensa. En respuesta al pedido llegó Mendieta con 22,000 pesos y algunas barras de oro que pasaron a engrosar la caja rebelde, y 75 mosquetes, bestias de carga y mulas que sirvieron para pertrechar a los alzados.

Iguales misivas se enviaron a diversos funcionarios de la provincia, gracias a las cuales fueron capturados La Madrid, Figueroa, Balza, sobrino del corregidor, todos ellos llevando dinero, armas y bestias para las supuestas expediciones de defensa.

Luego de estos hechos iniciales que se presentaron tan favorables a los sublevados, se inició una especie de proceso a Arriaga el que concluyó con una sentencia, expedida ante tres testigos, que imponía la pena de horca al Corregidor. La condena fue leída en la prisión el 8 de noviembre: "Arriaga sufriría la pena infamatoria de la horca, como represalia a sus repartos excesivos y a la crueldad usada en las cobranzas contra los indios". Ese mismo día el Corregidor fue obligado a extender órdenes a todos los pueblos de la provincia para que sus habitantes "dentro del termino de veinte y cuatro horas se presenten en este pueblo sin que esto haya reserva de persona alguna por convenir así al servicio del Rey, y causa pública".

En cumplimiento de esta orden llegaron a Tungasuca miles de criollos, mestizos e indios. Túpac Amaru se encargó de hablarles y ponerles al tanto de los acontecimientos logrando ganar a muchos para su causa. Según cuenta Lewin, los puso en pie de guerra y montado en un caballo blanco y vestido de terciopelo negro dirigía los ejércitos militares en la pampa vecina a Tungasuca. Daba órdenes en dos idiomas: a los criollos y mestizos en castellano; a los indios en quechua.

Arriaga luego de ser sentenciado tuvo que confesarse con el cura de Pampamarca. El 10 de noviembre fue señalado para cumplirse la sentencia. Ese día, Antonio de

Arriaga, el Corregidor, salía "vestido con una mortaja de San Francisco, caminando hasta el lugar del suplicio". Iba precedido por un pregonero que repetidas veces anunciaba en castellano y en quechua: "Manda el Rey nuestro Señor quitar la vida a este hombre por revoltoso". En el centro de la plaza se encontraba un tabladillo sobre el que levantaba la horca, el que había sido rodeado por tres cordones de hombres armados: dos de ellos formados por criollos y mestizos que portaban fusiles, y el tercero por indios que llevaban hondas y palos. Tras ellos, una multitud regocijada. El verdugo fue Antonio Oblitas, un zambo que había sido esclavo del Corregidor. Para iniciar el acto, Arriaga fue degradado "como reo contra el buen gobierno del magnánimo don Carlos III". Asimismo se pregonó una cédula real que lo declaraba "dañino" al reino y se comunicó a todos que las alcabalas, aduanas y mitas quedaban suprimidas. El Corregidor subió la escalera del cadalso y cuando fue lanzado de lo alto se rompió la soga; algunos afirman que en esos momentos Arriaga dijo: "Miren que parece que Dios no quiere que así muera, según lo estamos viendo". Entonces el verdugo izó al condenado, con lo que "acabó de sofocarse mediante mediante su propio peso. Se había cumplido la sentencia.

El ajusticiamiento del corregidor Arriaga significaba dentro de la temática del movimiento, la repre-

sión del mal gobierno implantado por las autoridades en el Virreynato. El cacique, finalizada la ejecución, hizo saber "que la comisión real que le fue confiada no se reducía al caso Arriaga, sino que abarcaba a los Corregidores en general; todos ellos culpables de la miseria de los indígenas y explotación de los criollos".

Cumplida la sentencia Túpac Amaru dirigió una arenga en la que descubría su verdadero propósito al ajusticiar al corregidor; recordó la vida en el pasado y la opuso a la triste condición en que los indios se encontraban en el presente, poniendo de manifiesto como los repartos mercantiles, la mita, los obrajes y otras cargas económicas, auspiciaban esa situación. Así mismo comunicó que podían engrosar sus filas todos aquellos que voluntariamente quisieran ayudarle en la lucha contra el mal gobierno y en la búsqueda de un gobierno justo que realizase el bien común.

El día 11 se realizaron los funerales del Corregidor, los mismos que estuvieron rodeados de "gran pompa y solemnidad" y a los que asistió Túpac Amaru y sus allegados. El cuerpo de Arriaga fue enterrado en la iglesia de Tungasuca

El estallido de Tinta venía a coronar una serie de movimientos subversivos de carácter popular que, sin mayores consecuencias, habían surgido en Arequipa, en el Cuzco y otros lugares. Mejor preparado, el movimiento tupacamarista se propagó rápidamente por

todo el Cuzco y llegó hasta la zona del Alto Perú que ya se encontraba revuelto por los hermanos Catari, cuyo jefe, Tomás, había estado en relaciones con el cacique de Pampamarca para sincronizar el estallido de ambos movimientos. Por diversas circunstancias la conjuración de Chayanta se precipitó por lo que tuvo que adelantar los planes y ponerlos en práctica aún antes de que los preparativos se concluyesen.

El mismo día de los funerales de Arriaga, es decir, el 11 de noviembre, Túpac Amaru, salió de Tungasuca rumbo a Quiquijana, capital de Quispicanchis. Su ejército era numeroso pero las armas de fuego escasas, por lo que iban armados con rejonos, hondas, masas y palos. La idea era apresar al corregidor don Fernando Cabrera y hacer justicia. En el trayecto pasaron por el pueblo de Pomacanchi en donde existía un obraje. Túpac Amaru ordenó que se abriese y procedió al reparto de las lanas y telas allí existentes, por valor de 230,000 pesos, entre los acreedores del dueño. Encargó del obraje a su hermano Juan Bautista, y él con su gente continuó la marcha. Llegaron a Quiquijana en la madrugada del 12 y entraron sin resistencia en la ciudad: allí se enteraron que el corregidor Cabrera había huído. Túpac Amaru ordenó el apropiarse de los bienes que el corregidor había dejado en su almacén y de 25,000 pesos existentes en las arcas fiscales. Visitó la cárcel y puso en libertad a los presos; liberó a los negros

esclavos, los que pasaron a engrosar sus filas. Después de asistir a misa, Túpac Amaru ordenó el regreso a Tungasuca. A lo largo del viaje destacó numerosos espías encargados de avisar oportunamente cualquier circunstancia importante. En esta ocasión fue atacado el obraje de Parapuquio, repitiéndose los ataques, dice Valcárcel. Eran la natural y espontánea reacción contra los sufrimientos que allí experimentaban. Por un relato de la época, sabemos que en el camino de regreso el cacique "era recibido por los doctrineros con capas de coro, cruz alta y palio", debido a su "carácter de representante real". En estas ocasiones dirigía arengas al pueblo y declaraba su propósito de terminar con "los abusos de que eran víctimas los indios".

El 15 de noviembre las tropas estaban de regreso en Tungasuca. El jefe rebelde dirigió cartas y bandos a las provincias pidiendo apoyo para el movimiento. A los caciques les encargaba apresar a los Corregidores y hacer saber que dicho cargo y los repartos mercantiles, estaban suprimidos. El dieciséis publicó desde la iglesia de Tungasuca un bando en el que declaraba libres a los esclavos y pedía a los criollos y mestizos que se separasen de los europeos. Esto le permitió conseguir nuevos adeptos.

Merced a estas cartas los caciques tomaron dos actitudes opuestas: unos se opusieron a las ideas del rebelde y prestaron ayuda a las autoridades virreynales; otros se

pusieron de lado de la causa tupacamarista y le brindaron su apoyo. Los indígenas se reunieron en torno a sus respectivos caciques.

Entre los caciques "realistas" estaban Mateo Pumacahua, Diego Choquehuanca y otros. El primero era cacique de Chincheros y combatió ardorosamente la rebelión, recibiendo por ello elogios del Virrey Jáuregui y del obispo Moscoso. Después acaudilló en el levantamiento de 1814, luego del cual fue decapitado.

Entre los "tupacamaristas" se recuerda a Doña Tomasa Tito Condemayta, cacica de Acos. La ayuda que prestó fue de valor extraordinario. Entre otras cosas escribió a Túpac Amaru dándole acertados consejos y pintándole la situación del sur en donde era requerida su presencia. Su aporte sólo concluyó en el cadalso.

Esta división entre los curacas conspiró contra un definitivo triunfo del movimiento. Por eso, el obispo Moscoso decía que si todos los caciques hubiesen apoyado a Túpac Amaru, la rebelión de Tinta habría sido insuperable y el Virrey pasado por una situación comprometida.

El 12 de noviembre el Corregidor de Quispicanchis don Fernando Cabrera, y el cacique de Acomayo, Evaristo Delgado, llevaron al Cuzco la noticia de la rebelión y del ajusticiamiento de Arriaga. Hubo conmoción en la ciudad, en la que se vivió una actividad nunca acostumbrada. Por ese en-

tonces el Cuzco era la segunda ciudad virreinal y contaba con veinticinco mil habitantes, la mayoría indígenas. Era corregidor don Fernando Inclán Valdez quien, dada la gravedad de la situación, tomó medidas inmediatas. Las primeras órdenes fueron para la defensa de la ciudad y con ese fin se formó una Junta de guerra integrada por militares, juristas y comerciantes. Ellos fueron Marcos de la Cámara, Sebastián de Ocampo, Martín Baler, Miguel Torrejón, Pedro José Salas, Tiburcio Landa y José Buendía. El sargento mayor Joaquín de Bárcarcel fue nombrado Comandante Mayor de la plaza instalándose en el convento que habían dejado los jesuitas expulsados. En el antiguo Colegio de éstos fueron acuartelados los indios nobles del Cuzco para tenerlos mejor controlados. Se estableció un servicio de vigilancia en torno a la ciudad y en los barrios indígenas. Se reunieron armas y municiones. También se envió aviso al Virrey mediante un emisario que salió rumbo a Lima a las cuatro de la madrugada del 13 de noviembre. Era portador de un oficio que enviaba "toda la junta y todos los vasallos fidelísimos", haciendo saber que no escatimarían "ningún sacrificio en defensa del Dominio del Rey". Pedían el envío urgente de refuerzos pues la situación así lo exigía. Simultáneamente se pidió al Obispo Moscoso que ordenase a los curas de Tinta el envío de noticias acerca de los movimientos de los rebeldes. A

él se le solicitaba que firmase la excomunión del curaca para que así fuese más rápida su derrota. El Obispo, con fecha 14 de noviembre de 1780, envió una circular a los curas en las que les decía que si normalmente era necesaria su presencia en la doctrina a su cargo, lo era mucho más en el "caso de peste, peligro de la vida o pública calamidad de los parroquianos", que en las circunstancias actuales su presencia era indispensable, pues José Túpac Amaru había infundido la consternación al haberse alzado con multitud de gente, y perpetrado "atrocies delitos" en Tinta. Que permaneciesen junto a sus feligreses para evitar que sigan el "partido del rebelde". Además advertía que quien abandonase su doctrina sería excomulgado. Que guiasen a su gente en esos momentos difíciles haciéndoles ver que debían permanecer fieles a la monarquía y no secundasen "en manera alguna en los designios perwersos del traidor Túpac Amaru". En cuanto a la excomunión, sólo sería firmada después de la batalla de Sangarara. El Obispo no la firmó antes, porque en el fondo era criollo de Arequipa y simpatizaba con la rebelión.

Tomadas estas medidas, la Junta acordó iniciar la lucha contra los rebeldes para evitar que el movimiento cobrase volumen y fuese más difícil sofocarlo. Para el efecto se encargó a Cabrera, Corregidor de Quispicanchis, que marchase con sus milicias a Oropesa, en

donde debía esperar a Don Tiburcio Landa que llevaría más hombres y armas. En esa ciudad se les reunió una división de 800 hombres, entre indios, mestizos y españoles. Era el aporte de los caciques Sahuaraura y Chillitupa.

Landa había recibido la orden de esperar en Huayrapata la llegada de más refuerzos pero Cabrera lo convenció para avanzar de inmediato al encuentro de las huestes tupacamaristas. A marchas forzadas llegaron al atardecer del 17 de noviembre a la Aldea de Sangarara, a cinco leguas de Tinta. Cerca de 1,500 hombres formaban el ejército y como estaban agotados por la marcha se decidió pasar la noche en la aldea y continuar a Tinta al día siguiente. Las tropas acamparon en la plaza y se les hizo saber que la recompensa por la entrega del curaca rebelde, vivo o muerto, había sido elevada. El Consejo de Guerra se reunió, bajo la presidencia de Cabrera, para discutir las medidas a tomar ante las noticias que se tenía sobre el avance de los levantados. Landa opinaba porque las tropas se situasen en un morro existente tras la iglesia, ya que se podría dominar el camino por donde debía avanzar el enemigo, lo que sería una ventaja. Cabrera no estaba de acuerdo con esto y creyó conveniente que las tropas se fortificasen en la iglesia, pues desde allí se llevaría mejor la defensa en caso de ataque. Esta fue la opinión que prevaleció entre la mayoría, rechazándose la idea de Landa que era

la más acertada y la que más ventajas y mejores resultados prometía. Se colocaron vigías y centinelas y destacaron exploradores a reconocer las cercanías e indagar por la situación del enemigo. Los enviados informaron que todo estaba tranquilo y que no existía peligro. Con estas noticias todos se sintieron aliviados, entregándose al descanso sin mayores precauciones.

Por su parte, Túpac Amaru se encontraba cerca de Sangarara listo para atacar. Su ejército de indios y mestizos alcanzaba los 6,000 hombres. Sus espías le habían informado de la situación del enemigo, y él, "en rápida y sigilosa marcha", había ya llegado a los alrededores de Sangarara. A las cuatro de la mañana del 18, los centinelas españoles dieron tardíamente la alarma. Se produjo "una conmoción" entre los realistas. Durante el descanso había nevado, pero al desconocer Landa el campamento, comprobó "que se encontraba rodeado por una fuerza considerable de indios hostiles". Entonces ordenó replegarse en la Iglesia, donde entraron también el cura y treinta mujeres. Luego envió un emisario a Túpac Amaru preguntando por sus intenciones.

El curaca contestó: "que los criollos y mestizos pasasen de inmediato a sus filas, donde los recibiría como amigos, puesto que sólo perseguía el castigo de los chapetones". La respuesta aumentó el terror de los sitiados, pero por otra parte, hirió el amor propio de los

jefes realistas. Los mestizos quisieron aceptar la propuesta pero los españoles no lo permitieron, surgiendo divisiones y situaciones tirantes entre los sitiados en la iglesia. Cuando los ánimos fueron apaciguados, se contestó al jefe rebelde que no se aceptaba el arreglo propuesto, ni otro que se hiciese sobre la base de la capitulación o del rendimiento de los realistas. Como no había posibilidad de arreglo, Túpac Amaru decidió atacar el improvisado refugio. Pero antes, no queriendo incurrir en actos sacrílegos, pidió al cura "consumiese la hostia" y abandonase la iglesia. Reiteró su pedido a los mestizos y criollos para que se uniesen a sus filas, lo que —aceptado por algunos— no pudo efectuarse por la brutal intervención de los peninsulares que "les dieron muerte a sangre fría y cometieron tales excesos" que el cura envió un mensaje secreto a los atacantes pidiendo dar término a tan sacrílegos desacatos". Entonces se inició el ataque al reducto realista comprobándose que la ventaja estaba de parte de los rebeldes. Los "fusileros mestizos de Sicuani y Tinta actuaban con eficiencia, mientras la artillería de los sitiados carecía del espacio suficiente para actuar". Momentos después explotó la pólvora que había en la iglesia volando parte del techo y desplomándose una pared. Utilizando el hueco abierto, los realistas comenzaron a disparar un cañón con el que casi dan muerte al caudillo alzado, logrando algunas bajas entre los hombres que le rodeaban. Los sitiados pelearon con

destreza y valentía, destacando entre ellos Urizar, Escajadillo y Landa, que murieron luego de tenaz resistencia.

Después de seis horas, hacia las once de la mañana, los españoles estaban vencidos. Quedaban solamente 28 heridos que fueron curados y puestos en libertad por orden de Túpac Amaru. Otros huyeron y algunos engrosaron las filas rebeldes. Se puso en libertad al capellán de los realistas, don Juan de Mollinedo, y se enviaron 200 pesos al cura del pueblo para el entierro de los cadáveres y la restauración del templo. En las filas vencedoras hubo 15 bajas y 30 heridos.

El 19, cuando se creía que los indios marcharían sobre el Cuzco, inexplicablemente, regresaron a Tungasuca portando un valioso botín de guerra. Este hecho ha servido para discutir la capacidad de estrategia del curaca, pues era opinión general —apoyada por Micaela Bastidas, la abnegada esposa de José Gabriel— que ese era el momento oportuno para atacar con éxito el Cuzco. Así se aprovecharía el desconcierto producido por la inesperada derrota de la expedición Landa. Pero Túpac Amaru prefirió regresar al centro de sus operaciones, tal vez por que creía que no contaba con las suficientes fuerzas para apoderarse del Cuzco. Lo cierto es que aquí perdió Túpac Amaru la más brillante oportunidad para tentar suerte en la "Ciudad Imperial". Después no volvería a estar tan cerca de ella ni se le tornaría a ofrecer tan fácil.

De todas formas, la rebelión había comenzado exitosamente. Gracias a ello logró nuevos adeptos que veían en Túpac Amaru al defensor de sus legítimos derechos. Pero pronto iban a comenzar las defecciones. El Obispo Moscoso al conocer los resultados del encuentro de Sangarara —presionado por los chapetones— firmó la excomunión del curaca y sus partidarios, consiguiendo que muchos se apartasen del movimiento. En los templos se fijaron cedulones anunciando la excomunión mayor de José Gabriel Túpac Amaru “por incendiario de las capillas públicas y de la iglesia de Sangarara, por grasador de los caminos, por rebelde Traidor al Rey, Nuestro Señor, por revoltoso perturbador de la paz y usurpador de los Reales Derechos”; y la de “todos cuantos le dan auxilio, favor y fomento, y le acompañan, si luego que tuvieren noticia de esa censura no se para de su comunicación, y se desisten de auxiliarlo en su depravado intento”. El excomulgado comprendió las consecuencias que en sus relaciones con los criollos y mestizos traería esta medida, y se dedicó a contrarrestarlas por cuantos medios tuvo a su alcance. Principalmente lo hizo por dos cauces. De un lado arrancaba los cedulones que anunciaban la excomunión y de otro, trataba de persuadir a los dudosos, explicando sus ideas. El 22 escribe a los curas de la provincia para comunicarles que “su política, de ningún modo, era contraria a la iglesia

o al Sacerdocio” y que perseguía solamente “destruir el temerario abuso y perversa costumbre de repartos y demás hechos que amenazaron a todos, sin contravenir y menos invertir nuestra fe, y costumbres cristianas a que estamos obligados todos”. Después escribió al Obispo exponiéndole sus ideas y declarando que su posición era de “absoluta fidelidad a la iglesia”. Poco consiguió con estas misivas, porque muchos mestizos y criollos abandonaron el movimiento. Puede decirse que sólo en el campo indígena logró parciales resultados positivos.

Mientras Túpac Amaru se dedicaba a estos menesteres, su sobrino Simón Noguera recorría el sur llevando cartas y proclamas para incitar a la revuelta. Cumpliendo esta misión fue hecho prisionero y torturado para que confesara sus actividades. Noguera, cruelmente castigado, tuvo que confesar, luego de lo cual fue procesado “por asaltar obrajes”. Fue condenado a muerte y ejecutado el 4 de diciembre. Comenzaba así la represión que alcanzaría brutales contornos en los meses siguientes.

Los sucesos de Sangarara dieron la pauta sobre el poderío de los alzados, haciendo ver a los españoles su error al subestimar las fuerzas del cacique. Comenzaron a circular noticias alarmantes y en la imaginación popular cobró inusitada proporción el movimiento rebelde. Se decía que avanzaba sobre el Cuzco. La ciudad sólo pensaba en la defensa. A fines de noviembre

cerca de 3,000 hombres estaban listos para la resistencia. Incluso había una sección de religiosos al mando del Dean Mendieta y bajo la supervisión del propio Obispo Moscoso. Los Corregidores enviaban rápidamente los auxilios pedidos. Los jefes instruían a los civiles en los elementales ejercicios militares. Y así, toda la ciudad mostraba el aspecto de centro militar en vísperas de entrar en campaña.

Mientras esto ocurría en el Cuzco, Túpac Amaru fortificaba Tinta y organizaba una campaña contra los pueblos del sur para propagar los ideales de la rebelión. Según testimonios de la época, la sublevación se propagó fácilmente e incluso tuvo conexiones circunstanciales hasta la zona costeña de Arica. Su primo hermano Diego Cristóbal, simultáneamente sembraba la rebeldía en la zona norte al otro lado de Vilcamayu. De esta forma, los planes previos al ataque del Cuzco se iban cumpliendo según los deseos de Túpac Amaru. Estos consistían en regar por toda la comarca "el espíritu de rebelión" para poder ganar mayor número de hombres y armamento que permitiesen una acción decisiva sobre la antigua capital incaica. Se logró reunir gran cantidad de víveres, ropas y armas para las necesidades de las tropas. En estos momentos es cuando se aprecia la extraordinaria ayuda de Micaela Bastidas. Ella fue encargada de la "dirección general de los negocios" desde Tungasuca, pero estaba en continua comunica-

ción con su esposo al que brindaba valiosos consejos.

Diego Cristóbal, una vez cumplida su misión, debía marchar sobre el Cuzco y sitiario por la zona de Sacsahuamán, coordinando sus movimientos con el resto de las tropas al mando del propio curaca. Diego Cristóbal sitió Paucartambo, pueblo productor de coca, y encontró más resistencia de la que esperaba lo que demoró sus movimientos no permitiéndole cumplir con el plan trazado con relación al Cuzco. La defensa del asiento fue encomendada al Comandante Pérez Lechuga, quien el 8 de diciembre se dirigió a la región asignada y logró mantener la resistencia frente al asedio rebelde.

Por su parte, Túpac Amaru marchaba al sur y vencía al cacique Sinanyuca, dirigiéndose luego a Chumbivilcas. Allí nombró un funcionario en reemplazo del Corregidor que había huído al conocer el avance de los alzados. Cosa similar haría en otros pueblos por los que pasó, predicando la represión del hurto, de la mentira y de la embriaguez, delitos para los que señaló la pena de muerte.

El 27 de noviembre tuvo conocimiento de preparativos militares en Lampa y Azángaro por lo que escribió a su esposa para que dispusiese la presencia de tropas en determinados lugares y evitase traiciones o ataques sorpresivos. El, por su parte, regresó rápidamente a Tinta. Desde allí envió "comisionados" a Caylloma para que trajeran

el dinero que pudieran encontrar en las cajas reales de esa ciudad. Luego decidió avanzar al sureste para evitar ser atacado entre dos fuegos por tropas de Arequipa y Cuzco. En los primeros días de diciembre cruzó la cordillera de Vilcanota por Santa Rosa, y el día 7 pasaba la frontera con el virreinato de Buenos Aires. Recorrió el Collasuyo y comprobó que estaba de su parte y al mando de generales indios como los Catari, Julián Apaza, Yncariona, Vilca Apaza, Laura, Alarapita, Mamani, Sanca y otros. En los pueblos que atraviesa, arenga a los indios haciéndoles saber que se había propuesto abolir los abusos y suprimir los Corregidores por ser la fuente principal de los mismos. Igualmente envía proclamas, órdenes e instrucciones a los sitios donde no puede acudir pero que es necesario tener de su parte.

En el Cuzco los españoles multiplicaban sus aprestos defensivos, alarmados por diversas noticias que sobre el cacique les llegaban. Muchas de ellas eran elaboradas por el mismo Túpac Amaru para sembrar pánico. El corregidor de Lampa pidió ayuda a los de provincias vecinas para organizar un punto defensivo que detuviera el avance de los rebeldes sobre el Cuzco. Conseguido el apoyo de Puno y Chucuito decidieron quedar en Ayaviri y allí organizaron la defensa dirigidos por el presbítero Choquehuanca. Francisco Dávila, que era oficial de la marina real, fue nombrado jefe de las milicias. Teniendo noticia de que el

ejército rebelde avanzaba deseoso de vengar la muerte de Simón Noguera, el Corregidor de Lampa, sumamente alarmado, decidió cambiar de planes. Abandonaron las defensas de Ayaviri y retrocedieron hasta Cabanillas. El curaca avanzando por territorio de Buenos Aires entró en diversos pueblos sin ser atacado y logró acercarse a Ayaviri. Allí se le reunieron muchos de los hombres del ejército realista que desertaron al ver la mala dirección de sus jefes y el victorioso avance de los rebeldes. Pero estos ingresaron a Ayaviri y se apoderaron de los bienes, armas y pertrechos abandonados por los realistas en la apresurada retirada. Los españoles debían reunirse en Cabanillas, pero al saberse que las tropas de Lampa no acudirían, el desorden comenzó a sembrarse entre los jefes. Se dio la orden de que los Corregidores volviesen a su jurisdicción. La orden del regreso fue bien recibida, pero partieron rumbo a Arequipa en donde creían tener mayor seguridad que en sus propias ciudades.

Túpac Amaru siguió avanzando por la región indefensa. Entró a Pucará y de allí se dirigió a Lampa, a donde llegó el 9 de diciembre. La casa del fugitivo Corregidor Oré fue saqueada e incendiada. Se logró reunir un cuantioso botín que fue distribuido entre todos. En general, se repitieron aquí los sucesos de Pomacanchi y Quiquijana y al final los rebeldes contaban con mayor número de gente, ganado para

su alimentación y armas para su defensa. A Blas Pacoricona se le nombró "Justicia Mayor" y se le dio "severas órdenes para perseguir a sangre y fuego Corregidores, chaquetones y alcabaleros". De inmediato se decidió el regreso a Tinta. El 13 de diciembre estaban en Azángaro. Allí saquearon la casa del Cacique Choquehuanca, que se mantenía fiel a las autoridades españolas, y la del Corregidor Sota, que había huído. En estas circunstancias recibió una carta despachada por su mujer desde Tungasuca el día 10. En ella le comunicaba que en el Cuzco continuaban los preparativos de defensa y que era necesario que apresurase su regreso. El curaca forzó la marcha y pasando por Asillo y Oruruillo y luego por la ruta paralela al Vilcamayu, llegó a Tungasuca el 17 de diciembre.

Las noticias de Micaela eran ciertas y los temores que abrigaba, fundados. El Cuzco continuaba su carrera armamentista. Había recibido auxilio de los corregidores vecinos, principalmente del de Abancay, Don Manuel de Villalta, quien desde el primer momento demostró tranquilidad y especiales dotes de energía para dirigir las operaciones en medio de la confusión reinante. Todos los vecinos colaboraron y pasaron a formar parte de las tropas de defensa; los nobles formaron una compañía comandada por el Conde de Vallehermoso; los comerciantes también participaron en estos aprestos defensivos y constituyeron un grupo que a la postre fue

el que más confianza ofrecía. Los religiosos se reunieron en torno al Dean Mendieta. De Chuquisaca salieron tropas pacificadoras al mando de Ignacio Flores, envió que fue ratificado por el Virrey de Buenos Aires. Pero junto a esta gente llegaban espías de Túpac Amaru que esperaban el momento propicio para desbaratar la defensa. Estos últimos no perdían oportunidad para comunicarse con su jefe o para ganarle aliados.

Como vimos anteriormente, la noticia de la rebelión fue enviada de inmediato al Virrey Jáuregui. El emisario llegó a Lima el 24 de noviembre, conmocionándose la capital ante singular suceso. Se formó una Junta Extraordinaria presidida por Jáuregui e integrada por Areche (el Visitador General que con sus desafortunadas medidas había acelerado la reacción general), por el Inspector General Valle y por los oidores de la Audiencia. Como medida previa acordaron abolir los reparatos mercantiles, para ver si eso calmaba los ánimos, Areche se ofreció para encabezar la expedición contra Túpac Amaru, lo que fue aceptado por la Junta, la misma que designó al mariscal José del Valle como su "comandante militar".

El 28 de noviembre partieron 200 hombres al mando del coronel Gabriel de Avilés, que a marchas forzadas logró llegar al Cuzco el primero de enero de 1781. Otros grupos armados partieron de Lima el 14 y 20 de diciembre de 1780, estos últimos al mando del mariscal

de campo José del Valle. Poco después inició la marcha Areche al mando de 700 hombres perfectamente armados. Llevaban 6 cañones, 3,000 fusiles y otras armas. Todos ellos llegaron al Cuzco en enero del siguiente año.

Mientras esto ocurría en el lado realista, los rebeldes continuaban en Tungasuca preparando la campaña sobre el Cuzco. En Tinta habían fabricado "cañones, lanzas y machetes" para el ahora más numeroso ejército. Así preparado, el 20 de diciembre Túpac Amaru creyó conveniente dar la orden de partida. Se iniciaba la etapa culminante de la rebelión, el ataque al Cuzco, que era esperado por ambas partes.

La marcha se inició a través de la provincia de Quispicanchis, en cuyos pueblos no encontró resistencia alguna, logrando capturar armas y dinero. Túpac Amaru llegó hasta Urcos y envió ayuda a su primo Diego Cristóbal para que terminase la campaña en el noroeste y viniese a atacar el Cuzco según lo planeado. Dividió su ejército en dos grupos: el avanzó con el grueso del ejército por la zona alta; el otro grupo, a órdenes de Castelo, marchó por el camino real. El 28 de diciembre Túpac Amaru llegaba a las alturas de Picchu, a cuatro leguas del Cuzco. El 2 de enero se le reunió Castelo que había tenido contratiempos en su avance por Sayllu. Túpac Amaru a la sazón tenía más de 40,000 hombres bien dispuestos. Sin embargo no atacó de

inmediato la ciudad, lo que sería la base de su derrota, ya que por entonces recién había llegado el primer grupo de Lima y las opiniones estaban divididas en torno al rebelde. Este creyó conveniente enviar comisionados al cabildo cuzqueño y a las autoridades religiosas explicando "las razones de su actitud", y para lograr la entrega pacífica de la ciudad, pues, como dirá más tarde al dirigirse al Visitador, "Mi ánimo fue no maltratar ni inquietar sus moradores". El día 3, desde el campo de Ocorora, envió un oficio al cabildo del Cuzco en el que decía que "desde que di principio a liberar de la esclavitud en que se hallaban los naturales de este reino, causada por los corregidores y otra personas, que apartadas de todo acto de caridad protegían estas extorsiones contra la ley de Dios, ha sido mi ánimo precaver muertes y hostilidades por lo que a mi corresponde". Decía luego que los realistas, por el contrario, habían ejecutado horrores que le causaron profundo dolor, por lo que se veía obligado "de requerir este cabildo contenga a ese vecindario en iguales excesos, franqueándome la entrada a esa ciudad: porque si al punto no se cumple esto, no podré tolerar un instante de tiempo mi entrada en ella a sangre y fuego, sin reserva de persona". Pedía igualmente que no se detuviese a sus emisarios, el R.P. Domingo Bejarano y el capitán D. Bernardo de la Madrid, no se pretendiese seguir los injustos hechos, porque "experi-

mentarán todos aquellos riesgos que pide la divina justicia, que hasta aquí la he visto pisada por muchas personas". Explica luego por qué ejecutó a Arriaga y cuáles eran sus deseos al levantarse en armas. "Mi deseo —dice— es que este género de jefes (corregidores) se suprima enteramente: que cesen sus repartimientos: que en cada provincia haya un Alcalde Mayor de la misma nación indiana y otras personas de buena conciencia, sin más inteligencia que la administración de justicia, política cristiana de los indios y demás individuos, señalándoseles un sueldo con otras condiciones que a su tiempo deben establecérselas, entre las que es indispensable una: que en esa ciudad se erija Real Audiencia, donde residirá un virrey como presidente, para que los indios tengan más cercanos los recursos. Esta es toda la idea por ahora de mi empresa, dejándole al rey de España el dominio directo que en ellos ha tenido, sin que se le substraiga la obediencia que le es debida, y tampoco el comercio común, como nervio principal para la conservación de todo el reino".

Como podemos apreciar, estos pedidos que resumen la ideología del movimiento, eran fruto de la experiencia personal del cacique. El, en sus actividades particulares, había sentido la necesidad de una justicia cercana y por eso pide la creación de la Audiencia del Cuzco. Había comprendido la injusticia del corregidor y por ello

pide se suprima ese cargo. Y junto con él, los enojosos repartimientos, y que en su reemplazo se creen funcionarios que tengan por mira la justicia.

Las embajadas no tuvieron el resultado que esperaba. Para entonces ya había llegado al Cuzco el Coronel Avilés y la ciudad estaba más ordenada y dispuesta a la defensa. Además contaban con los refuerzos que llegarían en los días sucesivos. El jefe rebelde había perdido preciosos días en rodeos que no auguraban ninguna ventaja.

Mientras tanto, Diego Cristóbal continuaba el asedio de Paucartambo. Y parte de sus efectivos cerca de Yucay eran derrotados. Los realistas enviaron refuerzos para defender el asiento, logrando ocupar el puente de Urubamba. Diego Cristóbal se daba cuenta de que la acción se prolongaba más de lo previsto y que no llegaría a tiempo para el ataque simultáneo al Cuzco. Decidió entonces dividir su ejército en dos grupos, uno de los cuales envió rumbo al Cuzco. Al llegar al puente, lo encontraron bloqueado por los españoles y, al no conseguir vadear el río, detuvieron el avance sin poder concretar los planes trazados de antemano por Túpac Amaru.

Mientras tanto, los sitiadores del Cuzco continuaban inactivos en sus posiciones. Para esta campaña decisiva también había salido Micaela Bastidas la que había quedado a cargo de la reserva y los víveres al sur del ejército principal.

El 4 de enero los rebeldes quisieron ingresar por la quebrada de Cayra, pero fueron rechazados por la fusilería y tuvieron que replenarse a las alturas. El 5, Túpac Amaru se movilizó para cercar definitivamente el Cuzco. El día 6 continuó los movimientos tornándose peligrosa la situación de los sitiados, lo que motivó nuevos emisarios al virrey pidiendo refuerzos. A los jefes de las expediciones en marcha se les pidió que apurasen el paso. "Aquel día —dice Valcárcel— los atacantes aparecieron por el lado del cerro Puquín, sector defendido por el cacique Rosas, y se mandó a Laysequilla para resistir el empuje. Este, poco después, vióse obligado a solicitar nuevos auxilios". Como el peligro aumentaba, los realistas enviaron otro contingente que apoyase la retirada general. En esos momentos apareció Pumacahua, a quien Túpac confundió con Diego Cristóbal. El resultado fue un violento ataque a las huestes rebeldes, que pudieron contenerlo a pesar de la traición disimulada del español Figueroa, encargado de la artillería de los sitiadores.

Al día siguiente, Túpac Amaru envió nuevas misivas al Cuzco pidiendo la rendición y entrega de la ciudad. Las autoridades se sintieron heridas por la arrogancia del curaca y no le contestaron.

A las once de la mañana del día ocho comenzó la lucha decisiva por la posesión del Cuzco. Ante el ataque de los sitiadores, Avilés puso a las tropas sobre las armas y

las hizo ocupar los puestos convenientes. El ataque inicial fue en las alturas de Picchu por lo que se envió allí la compañía del comercio al mando del capitán Simón Gutiérrez, del coronel agregado Isidoro Guisasola y de Don Francisco Morales, que habían sido los encargados de adiestrarla. Recibieron especiales instrucciones las que fueron cumplidas con exactitud, demostrando en todo momento valor y grandes disposiciones para la lucha. Ochenta fusileros, al mando del coronel Pedro Echave, fueron encargados del cuidado del puente Puquín. La caballería a cargo del marqués de Rocaforte y del coronel Allende, así como las tropas al mando de Pedro de Concha, fueron ubicadas en la zona de Belén y Guancaro. Así se cerraban los sitios por donde los rebeldes posiblemente tratarían de irrumpir. El resto de la infantería quedó a la expectativa, al mando del coronel don Miguel de Torrejón. Los rebeldes actuaban con destreza y por momentos parecía que lograrían su intento. En esa situación llegó a Guancaro un auxilio de 8,000 hombres traídos por el Corregidor de Paruro don Manuel de Castillo y el Cacique de Huariquite, don Antonio Pardo de Figueroa y Eguiluz. Esto fue un golpe psicológico favorable a los sitiados, pues a pesar de que estos hombres quedaron de reserva, los sitiadores disminuyeron sus arres-tos. La compañía del comercio llegó a la cumbre y ocupó los lugares más a propósito para iniciar una

descarga contra el enemigo, logrando crear confusión entre las filas rebeldes. En ambos bandos se luchaba con bravura y decisión. La batalla duró hasta la noche sin que los encabezados por Túpac Amaru obtuviesen éxito. Las tropas realistas quedaron en las cercanías para evitar un ataque nocturno. En la mañana del 9, el curaca alzado envió nuevos requerimientos al Cabildo y autoridades eclesiásticas, pero tampoco obtuvo respuesta. Así transcurrió este día entre el trajín consecuente a toda acción armada.

La mañana del 10 amaneció con una espesa niebla que impedía a los realistas descubrir la posición del enemigo. Cuando aclaró comprobaron que se había retirado durante la noche. Esta fuga fue tomada con mucho recelo ya que no comprendían dicha actitud. Creían que era una simple estratagema para atraerlos fuera del Cuzco e iniciar un contraataque sobre la ciudad desguarnecida. Pero la verdad era que el curaca había decidido la retirada, la que fue conocida en todos sus detalles por los realistas, gracias a los avisos que enviaban los espías de los pueblos por donde pasaba. Sobre las razones que tuvo para iniciar la retirada, él dice que no quiso destruir la ciudad ni derramar la sangre de tantos indios y mestizos que la defendían, pues sus principios de cristiano muy católico se lo impedían. Creemos en esta explicación que está de acuerdo con la mentalidad y la manera de ser de Túpac Amaru.

La derrota de las tropas tupa-camaristas y las sufridas en Cota-bambas por Tomás Parvina y Felipe Miguel Bermúdez, ayudantes del curaca, no fueron concluyentes. La rebelión continuó propagándose por el Perú y Buenos Aires llegando hasta el virreinato de Nueva Granada. Por su parte, los realistas recibían la ayuda capitalina. El 23 de febrero llegaron al Cuzco las tropas al mando del mariscal del Valle, quien se hizo cargo de la dirección militar de la campaña. Luego llegó el Visitador Areche que venía como representante del virrey. El 28 el obispo celebró una misa de acción de gracias a la que siguió un banquete en el que se brindó por el triunfo realista. Las cosas cambiaban. Los realistas estaban ahora dispuestos para el ataque. Su actitud defensiva se había tornado ofensiva. De Buenos Aires se envió al teniente coronel Reseguín para apoyar la campaña pacificadora. El Cuzco presentaba otro aspecto. La gente estaba más confiada y animosa. El ejército contaba con algo más de 17,000 hombres.

Túpac Amaru creyó que la presencia de Areche serviría para terminar con las diferencias; que el Visitador aceptaría entrar en conversaciones con él y que todo concluiría con el establecimiento de un nuevo criterio en el gobierno. Con esta idea envió un oficio a Areche, el 5 de marzo de 1781, en el que expuso una vez más sus ideas respecto al gobierno y a las soluciones que el creía convenientes.

tes. El documento era extenso y en el dejó constancia de todos sus pasos desde el inicio de su rebelión, explicando el por qué del asedio al Cuzco. Areche contestó el 12 de marzo con una carta redactada en términos "brutales" que no estaban de acuerdo con los utilizados por el cacique. Le decía el Visitador que deducía de su carta que estaba mal gobernado y que esperaba verlo pronto arrastrando cadenas en pago de los crímenes cometidos. Esta respuesta, que fue mal vista por del Valle, concluye con las posibilidades de un arreglo pacífico y, por el contrario, aceleró la lucha.

Los realistas dividieron su ejército en seis columnas, las que a partir del 4 de marzo salieron sucesivamente rumbo al sur para reunirse en un punto desde el que iniciarían el ataque a Tinta. Las diversas columnas pasaron por sus respectivos sectores enfrentando a los destacamentos rebeldes. La quinta columna avanzó por el oeste y derrotó el 22 de marzo a los rebeldes comandados por Parvina y Bermúdez. Las tropas del este avanzaron sin dificultad. Las del centro eran las que más sufrían debido a la falta de víveres y a las deserciones. Aún así, el optimismo reinaba entre los realistas.

El 18 de marzo Túpac Amaru hizo saber a del Valle que atacaría al día siguiente, fiesta de San José y aniversario del nacimiento de ambos. Del Valle ordenó estar alerta toda la noche, pero al día siguiente comprobaron que los rebeldes ha-

bían alzado el campamento. El curaca había llevado sus tropas hacia una hondanada en donde esperaba el momento oportuno para atacar por sorpresa. Esta ocasión se presentó el 21 de marzo. Una fuerte lluvia no permitía el avance del ejército realista que se encontraba en Pucasaca. Los rebeldes debían caer por sorpresa sobre el campamento español, más debido a una delación del español Zumiaño Castro, los encontraron dispuestos a la defensa. Gracias a esta traición del Valle se salvó de un desastre seguro, pues las tropas del cacique los tenían a su merced.

Luego de esta escaramuza, del Valle, que se encontraba enfermo, ordenó abandonar las alturas. Continuaban la marcha por las quebradas en donde encontraban alimentos y forrajes. En su avance tenían que salvar los continuos ataques de los grupos rebeldes. Aún así lograron llegar a Urcos en donde entraron sin resistencia. Desde allí del Valle envió instrucciones a las demás columnas para coordinar el "ataque contra el foco del poder insurgente".

Los rebeldes habían retrocedido a Quiquijana pero fueron traicionados por el cacique Poma, debiendo abandonar la posición y organizar la resistencia en Checaupe. Cuando del Valle llegó a Quiquijana sólo encontró mujeres, ancianos y niños que imploraban el perdón para los rebeldes. Se ejecutaron algunos prisioneros, entre ellos a Poma, el cacique que trai-

cionó a Túpac Amaru y que gracias a ello esperaba ser perdonado. En su retirada los alzados habían inutilizado el puente para evitar el avance de sus adversarios. Superado el obstáculo los realistas reiniciaron la marcha y llegaron a los límites de la provincia de Tinta. Atravesaron un desfiladero y alcanzaron las cercanías de Sangarara, lugar donde entonces estaba el grueso del ejército rebelde. Allí encontraron a la reserva que desde el 23 de marzo había llegado al mando del coronel Gabriel de Avilés. Prácticamente tenían rodeado a Túpac Amaru.

El 3 de abril del Valle hizo un reconocimiento y comprobó que las posiciones enemigas "eran inexpugnables". Reunió un Consejo de Guerra el que decidió no presentar batalla sino bloquear al enemigo y exigir la rendición. Sabían que las provisiones en el campo enemigo eran escasas y que tendrían que salir a buscarlas. Era cuestión de esperar y cuando eso ocurriese, atacarían. Mientras tanto, se vigilaba cuidadosamente para evitar sorpresas. El 5 de abril se hicieron dos prisioneros, los que confesaron la escasez de alimentos y una próxima salida para adquirirlos. El momento culminante estaba próximo. Se dobló la vigilancia. Se colocaron centinelas avanzados con orden de disparar ante cualquier movimiento enemigo. Hacia la media noche, Túpac Amaru decidió avanzar en medio de las tropas realistas. Quería sorprender a Villalta y Avi-

lés y pasar el cordón que lo cercaba. Logró avanzar degollando cuatro centinelas para que no diesen la alarma, pero el quinto, al escuchar ruidos sospechosos disparó su arma para dar el alerta. Los rebeldes fueron cogidos entre varios fuegos debiendo huir apresuradamente dejando armas y municiones. Eran las cuatro de la mañana del día 6. El curaca viéndose perdido, intentó salvarse. Sorteó el cerro de Sangarara y cruzó a nado el río a la altura de Combapata. Fue perseguido por dieciocho mulatos que estaban ansiosos de ganar los 2,000 pesos de recompensa por la captura del inca. El grueso del ejército no pudo salvar fácilmente el río debido a la creciente y a la falta de un puente utilizable. Al anochecer, andaban cerca de Combapata. La ciudad estaba amurallada pero la artillería destruyó las débiles defensas. Los rebeldes, para evitar mayores daños, abandonaron la población. De Tinta informaron a del Valle que la ciudad "había sido evacuada por las tropas de Túpac Amaru". Del Valle ordenó avanzar sobre Tinta, donde ingresaron sin dificultad apoderándose de munición y "de un riquísimo botín" abandonado por los perseguidos. Salcedo fue nombrado Corregidor y encargado de rechazar cualquier ataque a la ciudad. Se aplicó la pena de horca a 67 prisioneros y se expuso sus cabezas.

Paralelamente continuaba la persecución del cabecilla. Este había llegado hasta Langui, donde de-

bido a la traición de su compadre y capitán de sus ejércitos, don Francisco de Santa Cruz, José Gabriel Túpac Amaru, el curaca mestizo que anhelaba justicia, fue hecho prisionero. También fueron presos Micaela Bastidas, la abnegada esposa del cacique; sus hijos Fernando e Hipólito; otros parientes y muchos partidarios. Sin embargo algunos lograron burlar a sus perseguidores, entre ellos Diego Cristóbal Túpac Amaru, Andrés Mendiguerre Túpac Amaru y Miguel Bastidas Túpac Amaru y Mariano Túpac Amaru, hijo de José Gabriel. Estos se reunieron en Azángaro a preparar un ejército para liberar a los prisioneros. No pudieron ejecutar sus planes pues fueron derrotados poco después.

Del Valle escoltó personalmente a los prisioneros hasta Urcos en donde los esperaba el Visitador Areche. Este condujo hasta el Cuzco, ciudad a la que ingresaron el 14 de abril. La entrada fue solemne. Las tropas formaban en dos filas desde la plazuela de Lima-pampa (Santo Domingo) hasta la puerta del antiguo Convento de los Jesuitas, donde los prisioneros iban a ser encerrados. Algunos vecinos se mostraban jubilosos. Otros aparecían preocupados, debido a sus relaciones con los emisarios rebeldes. El curaca prisionero venía sentado en una mula, "con grillos a los pies, la cabeza descubierta para que todos lo vieran, traía un Unco de terciopelo negro con sobrepuesto de oro; en el pecho tenía pen-

diente por una cadena, una Cruz de Oro con su Santo Cristo; las medias de seda blanca y el zapato de terciopelo negro, el semblante sereno, y color propio de Inca". Al igual que sus reales antepasados, el gran Túpac Amaru lucía la dignidad de los reyes. Tras él venía su mujer, Micaela Bastidas, sentada en una mula blanca y sin sombrero para que la reconocieran todos.

A pesar de la prisión del jefe rebelde, el movimiento continuó extendiéndose. Los realistas tuvieron que bregar mucho para lograr sofocarlo. Cuando esto ocurría, ya Túpac Amaru había sido ajusticiado.

Prisionero en el Cuzco, el 19 de Abril "el oidor de la Audiencia de Lima, doctor Benito de la Mata Linares en su calidad de auditor de guerra del Visitador Areche, le tomó la primera declaración sin lograr arrancarle nada de lo que tanto interesaba saber a las autoridades coloniales". El 27 de abril intentó escapar de la prisión. Le pidió al soldado Guevara, su custodio, que a cambio de una fuerte recompensa entregase un mensaje a cierta persona y que le consiguiese una lima para librarse de los grillos. La conversación fue escuchada por otros soldados los que avisaron a sus superiores. A las doce de la noche el sargento Pedro Matienzo y el soldado Cayetano Vélchez se presentaron al soldado del cuartel, don José de León, y le comunicaron lo sucedido. Este avisó de inmediato a de la Mata Linares quien al día siguiente interrogó a Túpac

Amaru. El curaca se mantuvo en silencio por lo que el 29 de abril, a las cuatro de la madrugada fue sometido al tormento. El documento que narra este acto es minucioso en detalles y descubre la crueldad con que fue tratado José Gabriel, pero él, superior a estos procedimientos, se mantuvo en silencio soportando estoicamente el dolor. Aún después de estos sufrimientos, y con el brazo derecho dislocado a raíz de los maltratos recibidos, Túpac Amaru intentó sobornar a sus guardianes para que le facilitaran su huida. Pero siempre fue denunciado y luego interrogado para establecer sus vinculaciones. Por orden del Visitador y en su presencia fue "careado" con vecinos notables del Cuzco y de quienes se creía tenían relación con el Inca. Pero él contestó a Areche: "aquí no hay más cómplices que tu y yo: tú por opresor, y yo por libertador, merecemos la muerte".

Por entonces ya la salud de Túpac Amaru "estaba muy quebrantada". Temiendo que a consecuencia de los rigores el prisionero muriese sin ser ajusticiado, Mata Linares aceleró el proceso. El 15 de mayo fue expedida la sentencia. Se condenaba a Túpac Amaru a ser "sacado a la Plaza principal y pública de esa ciudad (del Cuzco), arrastrado hasta el lugar del suplicio, donde presencie la ejecución de las sentencias que se dieran a su mujer, Micaela Bastidas, sus hijos Hipólito y Fernando Túpac Amaru, a su cuñado Antonio Bastidas, y al-

gunos de los principales capitanes o auxiliares de su inicua y perversa intención o proyecto, los cuales han de morir en el propio día; y concluidas estas sentencias, se le cortará por el verdugo la lengua, y después amarrado o atado por cada uno de los brazos y pies con cuerdas fuertes, y de modo que cada una de estas se pueda atar, o prender con facilidad a otras que penden de las cinchas de cuatro caballos; para que, puesto de modo o de suerte que cada uno de estos tire de su lado, mirando a otras cuatro esquinas, o puntas de la plaza, marchen, partan o arranquen de una vez los caballos, de forma que quede dividido el cuerpo en otras tantas partes, llevándose éste, luego que sea hora, al cerro Picchu, a donde tuvo el atrevimiento de venir a intimidar, sitiar y pedir que se les rindiese esta ciudad, para que allí se quemase en una hoguera que estará preparada, echando sus cenizas al aire, y en cuyo lugar se pondrá una lápida de piedra que exprese sus principales delitos y muerte, para sola memoria y escarmiento de su execrable acción".

Leída la sentencia "las autoridades eclesiásticas levantaron la excomunión, dos días antes del suplicio, para que los condenados pudiesen cumplir con sus deberes religiosos". Fueron auxiliados por solícitos sacerdotes que les recordaron la vida superior a la que estaban próximos. Túpac Amaru se mostraba tranquilo. "cumplidos sus

compromisos espirituales, esperaba la muerte en un mutismo pétreo, erguida el alma y obediente el cuerpo, mezclando su sino trágico con el de los otros en inefable comunión simpática”.

El viernes 18 de mayo fue señalado para cumplir la condena, contrastando con los anteriores, ese día el cielo amaneció encapotado; el sol no apareció y la lluvia se presentía. El Visitador Antonio de Areche, muy temprano, confesó y comulgó por la salvación del alma de los que iban a ser ajusticiados. Luego “supervisó el cumplimiento de la sentencia”.

Una silenciosa multitud esperaba el acto, pero lo extraño era que no aparecía nadie, y si los había eran muy pocos. La plaza estaba cercada por milicias armadas con fusiles y rejonés. En el centro se alzaba una horca de cuatro cara sobre un tabladillo, rodeado por mulatos que llevaban fusiles y bayonetas caladas. El oidor Mata Linares apareció para ordenar la ejecución de la sentencia. Los condenados salieron juntos de la Compañía. Arrastrados a la cola de un caballo llegaron al lugar del suplicio, uno tras otro, cubiertos de grillos y esposas y metidos en zurrónes. Acompañados por sacerdotes y bien custodiados llegaron al pie de la horca donde los esperaban dos verdugos. A José Berdejo, Andrés Castelo, Antonio Bastidas y Antonio Oblitas se les ahorcó corrientemente, es decir lanzándolos desde lo alto de la escalera. A

Francisco Túpac Amaru y a Hipólito, hijo mayor del curaca se les cortó la lengua antes de ahorcarlos. La curaca Condemayta sufrió la pena de garrote en un tabladillo dispuesto con torno de fierro hecho para este fin y que nunca antes había sido utilizado ni visto en el Cuzco. Esta ejecuciones fueron contempladas por el cacique, su mujer y su menor hijo Fernando. Luego subió al tabladillo Micaela Bastidas. Debía cortársele la lengua antes de someterla al garrote, pero ella no lo permitió por lo que recién después de muerta pudo cumplirse esta parte de la sentencia. El trono no pudo cumplir su misión, pues Micaela tenía el cuello muy delgado y escapaba a la presión. Los verdugos le echaron lazos al cuello y tiraron de una y otra parte. Además para acabarla de matar le dieron patadas en el estómago y en los senos. Hasta el último instante, la fiel esposa del curaca rebelde dio muestras de entereza y gallardía. Sufrió el suplicio sin pedir misericordia, sin exhalar siquiera gritos de dolor.

“Cerró la función —dice un testigo ocular de los hechos— el rebelde José Gabriel, a quien se le sacó a media plaza”. El verdugo le cortó la lengua y le despojó de los grillos y esposas. Lo tiraron al suelo y le ataron a las manos y pies cuatro lazos que ya estaban asidos a la cincha de cuatro caballos montados por mestizos que tiraban en direcciones distintas. Sin embargo, no lograron su propósito. La ex-



IDE UN GRABADO FRANCÉS DEL SIGLO XVIII

TÚPAC AMARU

traordinaria fuerza física del descendiente de los Incas resistió a la de los caballos, que no pudieron seccionarlo. Túpac Amaru estaba en el aire semejando "una araña gigantesca". Dice Valcárcel que en ese momento el pequeño Fernando que esperaba el cruel sacrificio "dio un grito tan lleno de miedo externo y angustia interior que por mucho tiempo quedaría en los oídos de aquellas gentes". Eran las doce del día. Cuando en el centro de la plaza los caballos luchaban contra la robustez del curaca, se levantó un fuerte viento y desencadenó un aguacero. La gente se retiró e incluso muchos guardias abandonaron sus puestos. Los pocos indios que presenciaban la escena comentaban "que el cielo y los elementos sintieron la muerte del Inca, que los españoles inhumanos e impíos estaban matando con tanta crueldad". El Corregidor, que dirigía la ejecución desde el balcón del colegio de los jesuitas, envió una orden al verdugo para que cortase la cabeza al condenado. Cumplida la orden, el cuerpo fue llevado al pie de la horca y seccionado de acuerdo a la sentencia. Fernando, el menor de los hijos del curaca fue obligado a pasar delante de la horca. Luego fue desterrado al Africa. El cuerpo de Micaela fue descuartizado. A los demás se les cortó la ca-

beza. Los diversos miembros fueron distribuidos entre muchos pueblos donde se exhibieron como público escarmiento. Los cuerpos de Chepe y Mica fueron llevados al cerro Picchu y reducidos a cenizas. Estas fueron arrojadas al aire y al río Huatanay. Las aguas y los vientos terminaron de separar a los que tanto se amaron en vida.

Se había cumplido la sentencia. José Gabriel Túpac Amaru, el último descendiente de los incas, había sido ejecutado. Ejecutado, sí, pero no derrotado. Efectivamente, desapareció el jefe rebelde, otros tomaron la dirección del movimiento. Mucho tiempo después aún continuaba la lucha en Charcas y la represión en todo el Perú. Pero el curaca que se había levantado en busca de justicia no murió vanamente. Los corregidores y sus repartimientos fueron suprimidos, como él pedía, y en su lugar se estableció el régimen de las Intendencias. La creación de la Audiencia del Cuzco, otro de los postulados de la rebelión, se hizo realidad años después. El curaca mestizo proyectaba —después de muerto— su personalidad y pensamiento en la vida de la nación que ya surgía. Las reformas que se establecieron dieron la razón al desaparecido rebelde. Eran el triunfo póstumo de una vida ansiosa de justicia.

Los peruanos tenemos frente a nuestro pasado histórico un legítimo sentimiento de orgullo. Nos entusiasma la grandeza legendaria del Imperio Incaico, que al decir del ilustre historiador inglés contemporáneo Arnold Toynbee es una de las pocas civilizaciones "originarias" que ha producido la humanidad. El brillo épico de la Conquista, con su derroche de valor, también nos produce admiración porque entonces el Perú fue el centro de todo el continente, el foco de irradiación de la obra colonizadora española y el punto de partida y de retorno de muchas hazañosas aventuras descubridoras. Los lentos siglos llamados coloniales, en que el Virrey del Perú gobernó desde Lima casi toda la América Austral, y la Universidad de San Marcos cumplió una misión rectora en la difusión de la cultura, también nos transmiten —aunque hay muchos errores que desterrar de la imagen auténtica de esta época— la sensación de la grandeza e importancia del Perú. En el siglo pasado, a pesar de la anarquía inicial de la República y del desastre de la Guerra del Pacífico, el intento de reunir los dos Perús en la Confederación y los días de fugaz apogeo bajo los gobiernos de Ramón Castilla nos producen la sensación de que el Perú logra mantener los arrostos de su pasada grandeza. Sólo hay un momento de excepción en esta perspectiva optimista de nuestra historia: el momento breve pero trascendental de la In-

CÉSAR PACHECO VÉLEZ

JUAN PABLO VISCARDO Y GUZMÁN



CÉSAR PACHECO VÉLEZ, (n. Lima, 1929), ha hecho sus estudios de Letras y Derecho en la Universidad Católica del Perú, y de Historia de América en la Universidad de Sevilla, en donde ha hecho investigaciones en el Archivo de Indias. Asistió al Congreso de Instituciones Hispánicas, Argentina, 1960, al III Congreso Internacional de Historia de América, a las I Jornadas Hispano-Americanas de Historia; y ha hecho viajes de investigación y estudio a Chile, 1956, 1961. Jefe de Redacción de Mercurio Peruano, es Catedrático de Historia del Perú (Independencia) de la Facultad de Letras de la Universidad Católica y Profesor del Seminario de Historia del I. Riva-Agüero.

dependencia. Frente a ella los peruanos sentimos algo así como un cierto complejo de inferioridad mal disimulado. Pesa sobre nosotros la influencia de los historiadores de los países vecinos que han exaltado la figura de los grandes próceres y libertadores, con ánimo muy explicable pero con detrimento o menoscabo no sólo de las figuras secundarias que cumplen un papel importante en la empresa sino sobre todo del pueblo mismo, de la sociedad y de las instituciones. El hecho de que en el momento culminante de nuestra Emancipación no surja en el Perú una figura paralela a las de San Martín, Bolívar, O'Higgins o Sucre; el hecho de que los movimientos revolucionarios y las conspiraciones que se realizan en el Perú se frustren todos por muy diversas circunstancias; el hecho de que no se forme en Lima o en alguna otra ciudad importante del Perú, alrededor de 1810, una Junta Autónoma como las que se formaron entonces en Buenos Aires, Santiago, Charcas, Quito o Caracas; el hecho, en fin, de que se libraran en nuestro territorio las últimas y decisivas batallas por la libertad del Continente, todo ha contribuido a crear entre los peruanos ese sentimiento apocado frente a la Independencia, como si en ella hubiéramos tenido un papel secundario.

Nada es, sin embargo, más falso. El Perú no por azar es el escenario final de las guerras de la Emancipación: aquí estaba el ba-

luarte del poder español y si no se lograba la libertad del viejo y poderoso Virreinato la Independencia de todo el continente peligraba y no podía consolidarse. Ni en Lima ni en el Cuzco se formaron Juntas en torno al año 1810, pero fueron muchos los intentos y esfuerzos de los peruanos para precipitar la separación; lucharon, como dice Riva-Agüero, "con sino adverso pero con ánimo invicto" frente al único gobernante con genio político que tuvo España entonces en América: el Virrey del Perú don José Fernando de Abascal. Si en alguna parte de América la guerra emancipadora tenía un carácter de guerra civil era en el Perú: nuestra patria había sido el territorio privilegiado en la organización española de América; aquí tenían que abundar los elementos llamados fidelistas o realistas, que pudieron equivocarse al no comprender el sentido profundo y creador que tenía la revolución de la independencia, pero que se equivocaron muchos de ellos seguramente de buena fe, creyendo más en su obligación de ser fieles a la vieja Metrópoli que en su deber de sumarse a la aventura de la nueva Patria. Pero sobre todo, y esto es lo más importante, si el Perú fue el teatro final de la guerra fue también la cuna de las ideas renovadoras, el centro de irradiación de los ideales americanistas y la patria del más grande y principal de los precursores ideológicos de la Independencia hispanoamericana: Juan Pablo Viscardo y Guzmán.



JUAN PABLO VISCARDO Y GUZMÁN

La historia es una ciencia en constante enriquecimiento. Cada vez tenemos un conocimiento más amplio, profundo y cierto de ese pasado, que no es lo "ya pasado" o muerto sino algo viviente y palpitante, algo que todavía existe, por ese sentido vital de la tradición, por ese sentido dinámico de la conciencia que nos vincula con el pasado, que nos hace solidarios con él, que hace del pasado algo que nos pertenece, algo irrenunciable. Por ese perfeccionamiento de nuestro saber sobre el pasado histórico hoy los peruanos no debemos tener ningún complejo de inferioridad frente a la época de la Independencia. Nuestro papel en ella fue brillante y fecundo. Dimos a su causa muchos héroes y muchos ideales. En los campos de Ayacucho se selló la libertad de América, pero antes, varias décadas antes, el ideal de esa libertad se había alumbrado en el corazón de muchos peruanos en Lima y Arequipa, en el Cuzco y Tacna, en Huamanga y tantos otros pueblos del Perú.

Uno de estos hombres es Juan Pablo Viscardo y Guzmán. Lo llamamos "precursor" es decir "el que prepara el camino", para aplicar la figura y el significado del precursor evangélico: San Juan Bautista, el que preparó el camino de Cristo. Los precursores son, pues, en la historia de la Independencia, los hombres que de alguna manera, con sus ideas o con sus obras, se adelantan o preparan el camino de esa independencia. San Martín, Bo-

lívar, O'Higgins o Sucre no se explican sin la experiencia previa de Viscardo, Nariño o Miranda. Pues bien, así como en la historia de la guerra final de la Emancipación se ha exaltado a las figuras máximas, San Martín y Bolívar —glorias indiscutibles del continente— y se ha silenciado, a veces injustamente, a otros próceres menores y algunos de ellos peruanos, así también al hablar de los precursores se ha hecho referencia sobre todo al venezolano Francisco de Miranda, llamado el precursor por antonomasia, y se ha olvidado a quien en verdad es el primero y más importante precursor ideológico de la independencia hispanoamericana: el peruano Viscardo y Guzmán.

Las campañas militares con las cuales culmina la lucha por la Emancipación en la segunda década del siglo XIX han tenido una etapa previa y preparatoria de gestación ideológica y de fermento sentimental. Son las postrimerías del siglo XVIII, que forma parte integrante de esta época. En esos años, coincidiendo con dos grandes revoluciones —la de la Independencia de los Estados Unidos de Norteamérica y la Revolución Francesa— y con un cambio profundo en la mentalidad política europea, —el paso de la monarquía absoluta al despotismo ilustrado y al enciclopedismo republicano—, se manifiestan en la América Española los síntomas ya inequívocos de una sazónada conciencia de la propia realidad y de su personali-

dad frente a la metrópoli. En esos años primero de apetencia de una mayor autonomía americana están los gérmenes del ideario emancipador, que se expresa, de un modo aún impreciso o tácito en algunos precursores, pero que se proclama del modo más nítido y radical en otros. Uno de ellos, el primero y más importante testimonio en demanda de la separación de los territorios americanos de la metrópoli española, es el testimonio de un peruano cuyo pensamiento, cuyo ideario, se plasma en unas cuantas cartas, muy breves pero cargadas de sentido revolucionario y que ejercen de inmediato una honda y creciente influencia en todas las latitudes hispanoamericanas hasta convertirse en el instrumento doctrinario más importante y decisivo de la Emancipación. Ante el caso de Juan Pablo Viscardo y Guzmán, el precursor que con sus ideas sienta las bases del gran movimiento emancipador, ante esta gran figura hasta hoy preterida en la historiografía peruana y sobre todo en la conciencia pública, resurge ese sentimiento de grandeza en la historia peruana y debe desaparecer, por infundada e injusta, cualquier visión de esa época que nos presente en un papel rezagado o secundario.

No es una mera coincidencia que en la mitad misma del siglo XVIII nazca, en diversas regiones del Perú, un grupo de hombres que va a integrar la primera generación precursora; la primera generación,

aunque a ella se hayan anticipado en forma aislada algunas figuras cuya significación puede también tener ese carácter: tal sería el caso de un Olavide, un Llano Zapata, un Victorino Montero. Pero sólo al mediar el siglo XVIII surge la primera generación de peruanos que, a pesar de sus pequeñas y grandes diferencias ideológicas, tiene un común denominador de preocupación por la realidad del país, de amor a la tierra y a su tradición y personalidad y de voluntad eficaz para cambiar la situación imperante, que en muchos aspectos demanda una reforma profunda. En 1741 nació José Gabriel de Condorcanqui, el célebre Túpac Amáru; en 1748, Juan Pablo Viscardo y Guzmán, nuestro personaje; en 1750, Toribio Rodríguez de Mendoza, el ilustre rector del Convictorio de San Carlos; en 1751, José Baquijano y Carrillo, autor del famoso elogio del Virrey Jáuregui, principal redactor del *Mercurio Peruano* y partidario de las más amplias autonomías americanas en su Dictamen de 1814; en 1755 nace Hipólito Unanue, otro de los promotores del *Mercurio*, aquél en cuya biografía se plasma mejor el paso del Virreinato a la República. De Tinta o de Pampacolca, de Lima o de Arica, oriundos de todos los ámbitos peruanos, estos hombres encarnan con diversa intensidad o vibración el espíritu crítico y renovador de su siglo. Con su pensamiento y con su acción se inicia el proceso emancipador. A esa ge-

neración seguirá la de Vidaurre, Riva-Agüero y Luna Pizarro, mitad precursora, mitad prócer, que alcanza el triunfo de la Independencia y vive las glorias y las miserias de los primeros lustros republicanos. Pero de todos ellos, en el orden de la importancia doctrinaria y de la dimensión continental de su influencia, Viscardo, a pesar de ser el menos conocido, es el precursor mayor, por antonomasia.

Juan Pablo Viscardo y Guzmán nació en Pampacolca el 26 de junio de 1748 y fue bautizado al día siguiente por el Dr. José Bedoya y Mogrovejo, Cura y Vicario de la Doctrina de su pueblo natal. Su familia era antigua e importante en esa región y gozaba de una buena situación económica. Fueron sus padres don Gaspar Viscardo y Guzmán y doña Manuela de Zea y Andía. El nombre completo y preciso del prócer es el de Juan Pablo Mariano Viscardo y Zea, pero ha pasado a la historia con el de Juan Pablo Viscardo y Guzmán, dejando en el olvido al linaje materno y conservando en cambio, unidos, los dos apellidos del primer Viscardo que vino al Perú. Fue éste don Juan Viscardo y Guzmán, español, del país vasco según parece, quien llegó al Perú en el primer tercio del s. XVIII y se estableció en la villa de Ribera, Camaná, en la diócesis de Arequipa, que luego sería intendencia y es hoy Departamento del mismo nombre. Del matrimonio del primer Viscardo que vino al Perú con doña Isabel de Cáceres en 1630, nacieron

tres hijos: Bernardo, Marcelino y José. El primero, abuelo del prócer, nace en Camaná y en 1722 es Corregidor de Condesuyos, se casa con doña Magdalena Rodríguez de Cabrera: Marcelino ingresa a la Orden de La Merced y en 1716 es Comendador del Convento de Camaná. José tiene —en sus segundas nupcias con doña Josefa de Chaves— un hijo llamado Félix que será Maestre de Campo, Alcalde ordinario de Arequipa. Don Bernardo Viscardo tiene tres hijos: Gaspar, el primogénito, nacido en Cailloma en 1727, Maestre de Campo, es el padre de nuestro personaje; Pedro, fraile mercedario como su tío; Silvestre, presbítero y licenciado; y Magdalena, casada con Pedro Aragón y Vera, sin descendencia.

Don Gaspar Viscardo y Guzmán tuvo de su matrimonio con doña Manuela de Zea y Andía siete hijos, dos varones y cinco mujeres: Juan Anselmo, nacido en Pampacolca en 1746, el hermano que acompañará siempre al precursor hasta que muera en el destierro; dos religiosas, Manuela e Isabel, monjas de Santa Catalina; Juana, casada con Rafael Corzo y Ballón, hijo del Alcalde de Arequipa, que será Teniente Coronel y Depositario General; Gregoria casada con Diego Benavides y Moscoso, también Alcalde; y una quinta hermana, cuyo nombre se ignora pero que se sabe casó con Manuel Quijano. En la descendencia de estos Viscardos se producen enlaces matrimoniales con los apellidos más ilustres de Arequipa.

Al llegar a la generación del precursor, los Viscardos eran ya en el Perú criollos "viejos" de una familia distinguida, vinculada a las armas y a la Iglesia y que luego se entroncaría también con otros linajes que destacaron en la Emancipación y en la República.

Pampacolca, el pueblo natal de Juan Pablo, es uno de los pueblos altos de las serranías del valle de Majes, hoy provincia de Castilla. Asentado en una planicie propicia, pasa por Pampacolca el río Andamayo. El pueblo destaca por su bien trazado plano. Toda la comarca goza de un clima agradable y la campiña pintoresca de Pampacolca goza con la visión del imponente nevado Coropuna. Región agrícola de hidalgos de mediana o corta hacienda pero de mucha virilidad y altivez, los Viscardo destacaron en ella y lograron una situación importante.

Escribimos el nombre de nuestro personaje con s y no con z, como la hacen la mayoría de sus biógrafos, porque en la partida de bautismo y en varios documentos autografiados por Juan Pablo, aparece Viscardo y no Vizcardo.

Niños aún, los dos únicos hijos varones del matrimonio Viscardo-Zea fueron enviados a realizar sus estudios al Real Colegio de San Bernardo del Cuzco fundado por los jesuitas en 1619, que era desde entonces el más importante centro educativo del sur peruano. "En los soleados claustros de aquel colegio y en medio de una juventud risue-

ña y disciplinada —dice el historiador y principal biógrafo peruano de Viscardo, R.P. Rubén Vargas Ugarte S.J.— dieron comienzo a sus estudios de Gramática y Humanidades".

En 1760, a los treinticuatro años de edad, muere en Majes don Gaspar Viscardo. La viuda queda con siete hijos y una mediana fortuna. El tío y presbítero Don Silvestre Viscardo es el tutor y albacea de ellos.

La temprana muerte del padre parece que determinó a José Anselmo y Juan Pablo a tomar una decisión sobre sus vidas y, ya fuera por una espontánea vocación o por las sugerencias de sus maestros, ingresaron en la Compañía de Jesús. El 17 de enero de 1761 lo hizo José Anselmo y el 24 de Mayo del mismo año Juan Pablo, ambos en el noviciado de los Jesuitas en el Cuzco. Las fechas de su incorporación a la Compañía son muy importantes pues, a la sazón, ninguno alcanzaba los quince años, edad mínima prescrita por el derecho canónico para el ingreso en un noviciado, aunque de tal norma estaba dispensada por especial privilegio la orden jesuítica. Cumplidos los dos años de su ingreso al Noviciado, los hermanos Viscardo hicieron sus primeros votos en enero y en junio de 1763, respectivamente, y concluida la etapa de prueba, iniciaron sus estudios regulares de humanidades y filosofía en el Colegio Máximo de la Transfiguración en el Cuzco. Los biógrafos de Viscardo

han tratado el problema canónico de la validez de sus votos en la Compañía de Jesús y por tanto el de la injusticia de su destierro cuando se cumplió en el Perú la orden del rey Carlos III. Los mismos hermanos Viscardo plantearon varios años más tarde, ya en pleno confinamiento en Italia, no sólo las anomalías de vinculación jurídica a la Compañía de Jesús sino también sus dudas de vocación y su voluntad de abandonar la Orden antes y después de haber hecho los primeros votos. Estas dudas y vacilaciones son frecuentes entre quienes son encaminados desde muy tierna edad en la carrera religiosa o eclesiástica y no sabemos bien si ambos superaron sus dudas o no insistieron suficientemente ante sus superiores para que se viera y resolviera su caso. En cualquier forma, todos estos antecedentes deben apreciarse al considerar la decisión posterior de ambos hermanos, ya en Europa, de abandonar la Compañía de Jesús.

Los años de Juan Pablo Viscardo en el Cuzco fueron breves pero decisivos. La seria formación jesuítica dejó una impronta profunda en su espíritu. Aunque más tarde se desligue de la Compañía de Jesús, la cultura universitaria adquirida en sus aulas y la amistad y el trato continuo con los jesuitas desterrados se revelan en su pensamiento escrito. Pero sobre todo el ambiente especialísimo de la ciudad del Cuzco, la fuerza de su irradiación histórica, su carácter de

máxima expresión de la cultura incaica y de su fusión con la hispánica, su valor de símbolo peruano, penetraron en el alma de Juan Pablo Viscardo, que no olvidó nunca lo que el Cuzco significaba en su patria. Allí pudo conocer a José Gabriel de Condorcanqui, quien luego se haría llamar Túpac Amaru II. Y acaso por ese conocimiento directo, años más tarde la noticia del gran levantamiento removería todas sus fibras peruanistas.

El 7 de septiembre de 1767 el Corregidor y Justicia Mayor del Cuzco D. Jerónimo Manrique se presentó en las diversas casas que los jesuitas tenían en la ciudad para hacer cumplir la real orden de Carlos III, de expulsión del imperio español de todos los regulares de la Compañía de Jesús. Simultáneamente diversos funcionarios reales se presentaron en todas las residencias, colegios, universidades, misiones, noviciados, y conventos jesuitas para cumplir la misma insólita orden. La provincia peruana de la Compañía de Jesús era entonces muy grande y floreciente. Los jesuitas tenían en sus manos la educación media y superior de las clases altas, pero por sus diversas obras apostólicas gozaban también del afecto popular. Al momento de la expulsión tenían cerca de veinticinco establecimientos diversos entre Lima, Cuzco, Arequipa, Trujillo, Huamanga, Huancavelica, Ica, Pisco, Moquegua, Juli, la misión de los indios de Mojos y otros lugares que entonces formaban parte del

virreinato peruano. El extrañamiento de los jesuitas lo tuvo que cumplir en el Perú el Virrey Manuel Amat y Juniet y, por lo sorpresivo e injustificado, causó consternación y más de un intento de airada reacción popular.

¿Por qué un rey católico como Carlos III adoptaba inesperadamente una medida de esa trascendencia? En primer lugar, España era el tercer Estado europeo que expulsaba a los jesuitas de sus territorios y sus dominios. En 1759 el Marqués de Pombal, Ministro del Rey José I de Portugal y furibundo regalista (o sea partidario de la excesiva intervención del gobierno civil en los asuntos eclesiásticos y religiosos) expulsaba a la Compañía de Jesús de todos los dominios lusitanos. En 1764 el Duque de Choiseul, Ministro del Rey Luis XV de Francia, también los expulsa. En 1767, Aranda, Moñino y otros ministros y consejeros de Carlos III lo inducen a firmar el 27 de febrero el Real Decreto de expulsión de los jesuitas y el 2 de abril del mismo año la Pragmática Sanción que reglamenta el cumplimiento de esa orden.

Se han dado muchas explicaciones a esta medida de un gobernante católico. La más tradicional de todas vincula el hecho a un vasto movimiento europeo: las doctrinas filosóficas y políticas que tiene su más conocida expresión en la *Enciclopedia* francesa inducían a un conjunto de cambios y reformas frente a las cuales la fuerza más

coherente y organizada era la Iglesia Católica y dentro de ella la Compañía de Jesús. Se trataba de minar por sus bases no sólo el régimen político imperante, —el de las monarquías europeas en creciente proceso de concentración del poder hasta llegar hasta el absolutismo— sino también de algo más importante: la concepción cristiana de la vida y la institución que con más fuerza y poder la encarnaba: la Iglesia Católica. En ese intento, nada más útil que empezar destruyendo a la institución de mayor influencia en las clases aristocráticas, que tendía a monopolizar la enseñanza y que, además, gozaba de amplio predicamento en las diversas clases sociales. Dentro de esta interpretación, Carlos III fue envuelto por sus ministros ilustrados y reformistas en un juego de dimensión internacional y se buscaron antecedentes, pretextos y secretas razones de Estado para justificar la expulsión. Se dijo que la Compañía de Jesús por la disciplina de su organización, por su rápida y sólida expansión, por la influencia que ejercía entre los poderosos y por otras muchas razones era un "Estado dentro de otro Estado". El caso de las célebres Misiones del Paraguay en que en verdad los jesuitas tenían un enorme poder, debió servir para ilustrar lo anterior. Se les acusó de intentar el monopolio de la enseñanza y de impartir en sus aulas doctrinas contrarias a los intereses del Estado: de defender, por ejemplo, la tesis de la legitimidad

del "tiranicidio", es decir, de la licitud de la muerte del gobernante que se convierte en tirano por desprecio de la ley y de los derechos humanos. Se dijo que los jesuitas enseñaban en sus aulas doctrinas del filósofo Francisco Suárez sobre el origen del poder civil, según las cuales la autoridad se transmite de Dios al gobernante por el consentimiento del pueblo; doctrinas de cariz democrático y contrarias por lo tanto al absolutismo borbónico. Se dijo que los jesuitas apoyaban a la aristocracia frente al empuje creciente de la burguesía, que pugnaba por compartir con ella el poder político. Se dijo que los jesuitas habían azuzado al pueblo de Madrid en el sonado motín contra el ministro de Carlos III, Marqués de Esquilache, italiano impopular por sus medidas contrarias a las costumbres castizas. Se dijo que por su excesivo "orgullo institucional" los jesuitas se habían ganado la rivalidad de otras órdenes religiosas e incluso de la jerarquía eclesiástica. Todas éstas, y otras muchas que sería largo enumerar, fueron las explicaciones que se dieron ante la medida sorpresiva de Carlos III, quien, sin embargo, al redactar los decretos de expulsión, decide guardarse en su real pecho la "razón de Estado" que lo inducía a tan extrema acción.

La persecución de los jesuitas continuó en los diversos estados europeos gobernados por la dinastía de los Borbones y hubo un momento en que sólo en la Rusia de

Catalina la Grande pudieron refugiarse las diezmadas huestes de San Ignacio de Loyola. La maquinación de los políticos enciclopedistas y la enemistad que reinaba contra los jesuitas llegó a extremos tales que en 1773 el Papa Clemente XIV decreta la total extinción de la Compañía, que sólo resurgirá en la segunda década del siglo XIX. Al Perú los jesuitas sólo regresarán bien entrada la República pues el pedido que hacen los diputados peruanos en las Cortes de Cádiz (1811), junto con los demás representantes americanos, para que se permita su retorno a este Continente, es denegado por la mayoría liberal de esa Asamblea.

Se ha dicho que la expulsión de los jesuitas es uno de los factores que intervienen en la Independencia hispanoamericana. Conviene precisar bien este punto. En general se ha insistido en lo que podríamos llamar una forma "negativa" de esta influencia: expulsados injustamente de América y desterrados a Europa sin mayores medios económicos, librados casi a su suerte, pues la pensión que les dio la corona española fue insuficiente, constantemente vigilados y, sobre todo, impedidos de retornar a su tierra, los jesuitas americanos se habrían convertido en enemigos del gobierno español y en promotores de la separación de estos vastos territorios de la vieja metrópoli europea. En ese sentido la intervención de los jesuitas, sería "negativa". Mas el recuerdo y la nostalgia

mantuvieron vivo su sentimiento patriótico y los estimuló al estudio y a la publicación de obras sobre la historia y la realidad americana, la actividad política propiamente dicha fue, en cambio, escasa y difícil de probar documentalmente. Salvo los casos del mendocino Juan José Godoy y del arequipeño Viscardo y Guzmán, cuya participación en proyectos revolucionarios es evidente, la presencia de otros jesuitas en planes para la independencia hispanoamericana resulta sumamente problemática y el "mito" sería el resultado de exageraciones, rumores sin fundamento, presunciones o generalizaciones.

Hay otro aspecto que podría considerarse como "positivo" de la expulsión de los jesuitas en sus consecuencias para la Emancipación: la Compañía de Jesús cumpliría en el siglo XVIII un papel fundamental en la enseñanza de los criollos, mestizos e indígenas hispanoamericanos; su influencia en la formación de las clases altas era indiscutible. Al dejar ellos violentamente los establecimientos pedagógicos que regentaban se produce no sólo una crisis en la instrucción en América sino, sobre todo, un cambio de dirección ideológica, una apertura a doctrinas y tendencias contrarias a las que tradicionalmente difundían los jesuitas, una decadencia pedagógica que favorece el cambio de mentalidad y los caminos de la separación; sin el control o la dirección jesuítica, muchas nuevas doctrinas sirven para

la crítica severa del *antiguo régimen* y abren el paso primero al autonomismo americano y luego al separatismo.

Pero volvamos a Juan Pablo Viscardo. En setiembre de 1767, cuando llega la orden de expulsión, el estudiante arequipeño contaba con diecinueve años de edad y sólo seis de jesuita. La noticia, desconcertante y dramática para todos, debió ser especialmente grave para los jóvenes Viscardo ante quienes surgía un panorama de incertidumbre. La realidad sería aún más dolorosa que sus presintimientos.

El 16 de setiembre de 1767 partieron del Cuzco 41 jesuitas con rumbo a Moquegua. Se encomendó la custodia de los desterrados al Corregidor de Cotabambas, Conde de Vista Alegre. De allí pasaron a Ilo y en ese puerto los embarcaron para el Callao. Llegaron a Lima, luego de una larga y fatigosa jornada, en la cual fueron quedando muchos enfermos, a fines de diciembre de ese año. En Lima se reunió a los jesuitas de las diversas regiones de la extensa provincia en la Casa Profesa de Nuestra Señora de los Desamparados, de la cual hoy sólo queda, en recuerdo de la Iglesia y de la residencia de los hijos de San Ignacio, el nombre de la Estación del Ferrocarril Central, que se levanta, frente a la fachada posterior del Palacio de Gobierno, en el mismo solar otrora jesuítico. La espera en Lima duró unos tres meses. Al fin, el 15 de marzo de 1768, fueron embarcados unos 160 jesuitas

de las provincias del Perú y Chile en la nave "Santa Bárbara". El traslado de Lima al Callao se hizo de noche y con abundante vigilancia y custodia para contener las posibles manifestaciones de protesta popular.

La travesía estuvo rodeada de grandes penalidades. Conocemos muchos detalles del viaje por los diarios y relaciones anónimas de varios jesuitas. Sólo unos cuarenta entre los mayores y más enfermos de los desterrados fueron alojados en la cámara baja del barco. El resto tuvo que hacer todo el viaje en el entrepuente y con extrema estrechez. Los viajeros alcanzaron a presentar un memorial de protesta al Virrey Amat pero se les contestó que partían en condición de "reos" y que nada podían reclamar. A la estrechez del acomodo se unió la parquedad de la ración alimenticia que obligó a los desterrados a un ayuno de varios meses. Por fin, el 20 de agosto, arribó la nave al puerto español de Cádiz. Los jesuitas americanos fueron trasladados de Cádiz al puerto de Santa María, pueblo cercano, a orillas del Guadalate. Allí pasaron los Viscardo varios meses en espera de su traslado a Italia, que sería la sede definitiva del destierro por acuerdo del gobierno español. Estando allí las autoridades españolas tentaron a los jesuitas americanos a que se secularizaran, es decir que abandonaran la Compañía de Jesús, con la promesa de un posible retorno a sus patrias. Muchos se acogieron a

esta esperanza, basada en una interpretación de un artículo de la "pragmática sanción" de Carlos III. Entre los secularizados en ese momento, a quienes no es justo llamar "desertores", estuvieron los hermanos Viscardo. Su juventud, su incorporación relativamente reciente al instituto religioso, la improbabilidad de una pronta restauración de la Compañía dentro del imperio español, las anomalías de su ingreso por su corta edad y las posteriores dudas de vocación, todo explica la actitud de José Anselmo y Juan Pablo.

El 6 de abril de 1769 desembarcaron de la fragata, "Cristina Margarita" en el puerto de La Spezia, en el Genovesado, un buen grupo de jesuitas y entre ellos los dos Viscardo con cerca de noventa hermanos de religión que, seducidos por la promesa del retorno a América ya habían elevado a Roma, a través de la corte de Madrid, la solicitud de "secularización" que los desligaría de sus votos religiosos. Al llegar a Italia comprobaron que sus documentos no estaban aún expeditos y solicitaron al Comisario español en Génova, encargado de la vigilancia de los jesuitas, permanecer allí en tanto que su situación jurídica quedaba definitivamente aclarada. Cuando llegaron los documentos los jesuitas se establecieron en su mayoría entre Roma, Génova y la pequeña ciudad de Massacarrara. Los jesuitas no disidentes fueron reunidos en Ferrara. Esta concentración

de centenares de jesuitas españoles y americanos en diversas ciudades italianas, hombres de sólida cultura, hizo que los estudios hispánicos y americanistas en Italia alcanzaran rápidamente un alto nivel, muy superior al del resto de Europa.

En Massacarrara vivieron los hermanos Viscardo la mayor parte de su largo y definitivo destierro. La pensión anual de 372 reales de vellón que recibían de la corona española no les permitía, por cierto, una gran pasar. Por el contrario, en muchos momentos atravesaron los Viscardo por situaciones críticas. Así se explica su constante preocupación por recibir la herencia paterna, que habría solucionado ampliamente sus problemas económicos.

En 1773 el Pontífice Clemente XIV decretó la extinción total de la Compañía de Jesús, con lo cual el vínculo religioso desaparece y quedan en una relativa libertad de acción. Unos años más tarde el mayor de los Viscardo, José Anselmo se casa en Massacarrara con la joven florentina Catalina Stuard. Del matrimonio nace en 1781 la niña Mariana Rosa Viscardo Stuard. Pero toda la familia vivirá poco: sus tres miembros mueren en Massacarrara. Primero José Anselmo en 1785: luego en 1791, la niña, que a la muerte del padre quedó al cuidado del tío y padrino, así como la viuda; y Catalina Stuard, finalmente en 1796.

Juan Pablo, en cambio, permaneció célibe. No siguió el sacer-

docio pero conservó el hábito talar y la condición de clérigo de órdenes menores, con el título de "abate", que entonces se usaba y que le confería un cierto prestigio en el ambiente italiano de fines del s. XVIII.

Pasaban los años y no se cumplía la promesa hecha a los jesuitas por las autoridades españolas de permitirles el retorno a sus patrias si dejaban el instituto religioso. Por el contrario, todos ellos estaban amenazados con los más severos castigos —incluso con la pena de muerte— si intentaban salir del destierro y regresar clandestinamente a América. Las dificultades económicas que atravesaban los Viscardo, sobre todo después que José Anselmo formó familia, los indujeron a reclamar, con una perseverancia que no fue premiada, la parte importante de la herencia que les correspondía, primero del padre y luego del tío Don Silvestre, quien muere en 1776 y los deja también por herederos. En 1773 iniciaron sus instancias a la corte de Madrid y a través del Embajador español en Roma, que por entonces lo era don José Moñino, conde de Floridablanca, célebre entre los ilustrados españoles y consejeros del Carlos III, pero no tuvieron éxito. Juan Pablo y José Anselmo tenían que insistir en sus reclamos porque el destierro, las enfermedades, la corta pensión española, todo los tenía reducidos a una situación verdaderamente precaria; pero además porque su tío D. Silvestre, el presbítero

arequipeño, albacea, tutor y benefactor, los había hecho herederos con la condición de que si en el plazo de diez años después de su muerte no regresaban a Arequipa para recibir y disponer de la herencia ella pasaba a los parientes más próximos de los desterrados. Solicitan dispensa de esa cláusula ya que no pueden pedir la repatriación, reclaman percibir por lo menos las rentas de su patrimonio pero, tras engorrosos expedientes y larguísimas esperas, nada consiguen. En 1783 se autoriza a los expulsos a recibir herencias y legados bajo determinadas condiciones, pero tampoco entonces los Viscardo logran establecer una relación directa y un entendimiento con sus familiares arequipeños para que esa posibilidad se realice. La muerte de la madre, doña Manuela de Zea y Andía, en Arequipa, el año 1780, agrava aún más la situación pues entre las hermanas Viscardo y Guzmán no hay un acuerdo para enviar a José Anselmo y Juan Pablo la parte de la herencia familiar que legítimamente les correspondía.

En 1780, el mismo año de la muerte de la madre de los Viscardo, se produce en el Perú un acontecimiento de enorme trascendencia: se inicia el 4 de noviembre la rebelión del cacique de Tinta José Gabriel de Condorcanqui, quien luego para darle un prestigio histórico a su movimiento y atraerse a las masas indígenas, se hace llamar Túpac Amaru, alegando una remota vinculación familiar con el últi-

mo Inca de Vilcabamba. La rebelión de Condorcanqui tuvo una gran resonancia, significó la protesta más radical y eficaz contra el régimen español en el siglo XVIII, alcanzó ramificaciones fuera del Virreinato peruano y, muerto el rebelde y sus familiares y colaboradores, obtuvo para las masas indígenas y mestizas las principales reivindicaciones que habían sido las banderas del levantamiento: supresión de los odiosos Corregidores y creación de una Audiencia en el Cusco, para que la administración de justicia no sufriera tantas dilaciones. Pero fuera del Perú, en regiones americanas muy distantes o en la misma Europa, el levantamiento de Túpac Amaru pudo tener otras significaciones. Y así, fue en efecto. Para los hermanos Viscardo, a la sazón desengañados de la posibilidad del retorno a la patria por la vía del permiso de las autoridades españolas, este levantamiento que conocían con cierto retraso les crea la ilusión de un nuevo camino hacia el Perú e incluso les hace nacer la esperanza de una separación política de España: el camino de interesar al gobierno inglés en una expedición que llegara a las costas del Perú para apoyar al rebelde, a quien desde Italia ven como jefe de un movimiento político separatista, aunque en rigor la rebelión tuviera otras motivaciones y otro sentido inicial, al margen de posteriores motivaciones a interpretaciones.

Por estos años los Viscardo habían hecho algunos viajes por

Roma, Florencia, Liorna y otras ciudades, para apresurar los trámites de recepción de la herencia, que nunca rematarían favorablemente para los peticionarios. En esos viajes trabaron amistad y mantuvieron relaciones con ex-jesuitas americanos como ellos, con los cuales sin duda intercambiaron noticias de la tierra lejana. Y así, a mediados de 1781 los Viscardo tuvieron las primeras noticias del levantamiento de Túpac Amaru por intermedio del jesuita piemontés Pietro Berugini. La rebelión había sido ya totalmente sofocada, pero para ellos, que tenían un conocimiento atrasado de los acontecimientos y sobre todo que proyectaban sobre las noticias su propia ilusión, nutrida de nostalgia y de vehemencia, sin duda que significaba una coyuntura propicia para un audaz intento: interesar a Inglaterra en una expedición de apoyo a Túpac Amaru, que de tener éxito significaría la apertura de esos mercados para el comercio inglés, y sobre todo para aprovechar esa posibilidad para tentar el retorno a la patria.

En el siglo XVIII Europa se movía en sus tensiones internacionales bajo el principio del "equilibrio" creado en la paz de Utrecht y que había sucedido al principio de las "hegemonías", rector de la política en los siglos anteriores. Pero la alianza familiar de los Borbones, reyes en Francia y en España, había hecho muy precario ese equilibrio y su inestabilidad fue causa de varias guerras y conflictos. El apoyo

franco-español a las colonias anglosajonas de América del Norte en su revolución separatista provoca el distanciamiento y la rivalidad de Francia y España con Inglaterra. La revolución francesa a partir de 1789 y la caída de los Borbones en Francia suscitará luego otras alternativas en el panorama europeo. Estos cambios de la política internacional explican también las diversas actitudes de las potencias del viejo continente frente al fenómeno revolucionario americano. Si Francia y España colaboraron en el nacimiento de los EEUU. de Norteamérica, Inglaterra será luego un factor importante en los planes revolucionarios de los criollos hispanoamericanos. Y si la ayuda del Gobierno inglés al caraqueño Miranda resultó prematura, el apoyo del ministro Canning más adelante —eficaz y discreto promotor de la llamada "doctrina Monroe"— sirvió para consolidar la independencia de los nuevos Estados americanos, amenazados por los contratos restauradores de la Santa Alianza, que Inglaterra no podía ver con buenos ojos.

Precisamente cuando se produce el levantamiento de Túpac Amaru, España está en guerra con Gran Bretaña por apoyar, así como Francia, a los separatistas norteamericanos. En esas circunstancias, en uno de sus viajes a Florencia y luego al puerto de Liorna, cercano a Massacarrara, conoce Juan Pablo Viscardo al cónsul inglés John Udny, conversan ambos de la situación hispanoamericana y con-

cretamente de los grandes disturbios producidos en su patria y de seguro inicia su labor persuasiva para comprometer a las autoridades inglesas en un posible auxilio a los rebeldes.

El 23 de setiembre de 1781, ya en Massacarrara, Viscardo escribe al cónsul Udny su primera carta con noticias precisas de los acontecimientos del Perú, ampliatorias de las que le había proporcionado personalmente. Esta primera carta es muy importante pues revela la preocupación constante de Viscardo por los problemas de su patria y nos da la imagen —deformada por las escasas, tardías y confusas informaciones— que a la sazón tiene del movimiento de Túpac Amaru y de sus enormes posibilidades de triunfo, cuando en verdad el caudillo, sus familiares y principales lugartenientes ya han sido ejecutados por las autoridades españolas en una represión excesivamente cruel y sangrienta. Según las noticias que Viscardo tiene y que transmite a su corresponsal inglés, el propósito del rebelde, a quien llama erradamente “José Bonifacio Túpac Amaru”, es liberar a los llamados “indios” del sometimiento a España y restaurar el poderío de sus antepasados; cree —en una especie de proyección de su anhelo— que Condorcanqui domina todo el Perú “comprendidos Quito y parte de Tucumán” y que cuenta con un ejército de 40 mil hombres, incluso con “oficiales ingleses”, que bloquea ya la ciudad de Lima, única

que aún no se le había sometido y a la cual quería dominar sin derramamiento de sangre.

Ante acontecimientos tan graves, que han determinado al gobierno español a adoptar medidas desproporcionadas, considera Viscardo, y así le pide al cónsul inglés que lo transmita a Londres, resulta preciso actuar rápidamente: Inglaterra debe colaborar con los rebeldes americanos, que son muchos y están repartidos en todo el continente, y adelantarse a los preparativos militares de España. En cambio de ese apoyo, insinuará luego Viscardo, Inglaterra ganará esos vastos mercados para su comercio y podrá obtener otros beneficios: “Toda América Meridional desde el istmo de Panamá hasta Buenos Aires se separará del dominio español... Si se provee a estos pueblos de armas suficientes y buenos oficiales, no tienen que temer al poderío borbónico... Entonces esa fuente de riquezas terminará para siempre para España y por largo tiempo Inglaterra gozará de esos productos...” Viscardo concluye así esa primera carta.

Una semana más tarde, el 30 de setiembre, escribe una segunda misiva al cónsul Udny. Esta vez el documento es más extenso y más importante. No se limita a proporcionar noticias —que en verdad eran ya anacrónicas— sobre la rebelión de Túpac Amaru sino a fundamentar con razones de peso la posibilidad inminente de una revolución hispanoamericana y concre-

tamente peruana contra España, a exponer la estructura social del Perú en el siglo XVIII y la conveniencia tanto de que Inglaterra ayude a los rebeldes cuanto de que él mismo participe en la expedición.

Viscardo considera que es preciso actuar de inmediato para adelantarse a los preparativos militares de España. El Perú, dice, está viviendo una verdadera conmoción social por los errores de la administración española y se han formado dos bandos irreconciliables. Según Viscardo "los vejámenes inferidos a estos pueblos no han hecho sino acelerar una revolución que indudablemente hubiera acaecido inmediatamente después que por cualquier motivo se hubiera *perdido el equilibrio* entre las diversas razas que componen la población del Perú..." Pero el equilibrio se ha roto y *los criollos* "o sea los españoles nacidos en el Perú" han asumido una misión directiva; ellos, dice Viscardo, "abrigaban desde largo tiempo un secreto resentimiento por el abandono en que los tenía la Corte, excluidos de los cargos, impedidos en las empresas de comercio, cada día veían sucederse a los europeos en los honores y en las riquezas, por cuya adquisición sus padres habían vertido tanto sudor y sangre, sin que la conspicua grandeza, de la que muchos de ellos pueden jactarse con razón, los eximiese del desprecio insultante de los europeos". Viscardo hace la exaltación de los criollos peruanos —grupo al cual pertenecía— y

los considera dentro de su esquema social del Perú de entonces como los jefes de un todo político integrado por ello, los mestizos y los indios y enfrentados a los peninsulares, a quienes consideran como enemigos y extranjeros, advenedizos y usurpadores: "Todas las otras clases mixtas (del Perú) se acordaban perfectamente y hasta superaban a los criollos en esta antipatía contra los españoles europeos. Mil veces el imperio español hubiera estado comprometido si los criollos no hubieran frenado con la autoridad y aún con la fuerza los ímpetus de los mestizos, mulatos libertos, etc". A los españoles peninsulares los indios del Perú los llaman "auca" y "guampa", es decir, enemigo; en cambio a los criollos los llaman "viracochas"; y son los criollos quienes, por su lealtad a la corona española, han matenido para ella la integridad de los territorios americanos, pero los errores de la corte hacen ya insostenible la situación y es de comprender la justicia de la revolución que Túpac Amaru ha iniciado. Esta hermandad entre criollos, mestizos e indios tiene para Viscardo un fundamento telúrico: es el vínculo con la tierra el que ha creado una solidaridad por encima de las diferencias sociales y económicas. Hay, pues, una verdadera *comunidad peruana*, la cual siente a lo puramente español europeo como algo distinto y hasta contrario. Incluso Viscardo afirma que los grupos "peruanos", en el sentido de estar vinculados a esta

tierra, forman un todo político y actúan organizadamente bajo la dirección de los criollos. "He aquí el cuadro del Perú, en el estado en el cual lo dejé en el año 68 —dice Viscardo— ...De aquella época en adelante todo ha concurrido a fortificar tales vínculos y a reunir todos los ánimos en un mismo sentimiento, el de sacudir un yugo de todos aborrecido"; aborrecido por muchas razones que ha explicado y explicará más tarde en otro documento fundamental.

Además de presentar un valiosísimo testimonio sobre la situación social del Perú —tema que no abordará con detalles en su posterior y célebre *Carta a los españoles americanos* —esta epístola segunda al cónsul John Udny contiene también expresiones sugestivas del espíritu de Viscardo, su vinculación por encima de la prolongada distancia, con las cosas más íntimas, entrañables y singulares del Perú. El desterrado se ufana de "haber nacido y vivido allí (en el Perú) hasta la edad de veinte años; de "no haber perdido de vista nunca mi país natal"; se lisonjea de "haber reafirmado en gran parte las ideas adquiridas en mi juventud en los diversos lugares en que viví, Arequipa, Lima, Cuzco..." y eso a pesar de "la larga estancia hecha en Europa". Ese orgullo por las cosas del país lo expresará más tarde al referirse muy encomiásticamente al *Mercurio Peruano* en una carta de 1797, en la cual dice del periódico limeño "que ciertamente no

avergonzaría a la Europa y que muestra los rápidos progresos que han hecho las luces en aquel país..."Se ufana también de haber "viajado por un territorio de más de trescientas leguas" y de "haber realizado por espacio de más de siete años mis estudios en el Cuzco"; y de la ciudad imperial dice que es el "único lugar en que se puede adquirir una verdadera idea del Perú", enfática reafirmación de su peruanismo. Concluye el párrafo señalando que fue precisamente en el Cuzco "donde aprendí mediocrementemente la lengua peruana", refiriéndose sin duda al quechua.

Los párrafos finales de la carta abundan en razones para que "si se diera una oportunidad de una expedición en el Mar del Sur no hubiera sido olvidado"; es decir, se ofrece y se recomienda el mismo para colaborar en la expedición, aportando su conocimiento del país, de las lenguas "peruana y francesa" y la influencia que puede tener entre sus compatriotas no sólo por la importancia social de su familia en Arequipa, por sus cuantiosos bienes de fortuna, sino por el prestigio que debe tener entre ellos como desterrado por largos años en Italia, por su condición de criollo y de ex-jesuita. Sabemos en fin, por esa carta, que Viscardo durante el destierro ha enriquecido su cultura general y su conocimiento de la realidad americana por la lectura de "buenos libros" y "por el largo comercio con los jesuitas iluminados de todas aquellas provincias".

Es interesante reparar que estas dos cartas, que darían un nuevo rumbo a la vida de Viscardo, se escriben en 1781, casi una década antes de que se produzca el estallido de la Revolución Francesa y cuando aún el venezolano Francisco de Miranda no había iniciado sus actividades revolucionarias en Europa. En esas cartas Viscardo plantea casi íntegramente la doctrina revolucionaria de la emancipación de su patria, que luego hará extensiva a todo el continente. Nada más justo, pues, como hemos indicado en páginas anteriores, que señalarlo como el "primer" precursor ideológico de la Independencia del continente.

Como muy bien dice el P. Miguel Batllori S.J. —historiador español y el otro gran biógrafo de Viscardo, sobre todo de la etapa europea de su vida— el cónsul Udney comprendió rápidamente que la carta del 30 de setiembre de 1781 constituía el más importante documento que había recibido de Viscardo. El 6 de octubre la envió desde Florencia al Conde de Hillsborough, Secretario de Estado para el departamento del norte, junto con otros papeles y con las siguientes palabras: "Del mismo modo envió a V.S. una carta de un peruano de buen carácter por si se cree a propósito darle alguna respuesta o aliento". Viscardo había dicho que si la pobreza de su estado no lo retuviese "volaría a Inglaterra y estoy seguro que a mis ruegos no rehusaría aquella generosa nación el de-

volverme a mi patria, de la que se ha hecho ya aliada..." pero el cónsul de Liorna tomaba el asunto con excesiva calma.

Transcurrieron los meses finales de 1781 y se inició el nuevo año sin que el cónsul Udney transmitiera a los Viscardo alguna noticia favorable de Londres, en donde de seguro ya era conocida la muerte del rebelde Túpac Amaru. Los Viscardo continuaron sus gestiones ante Madrid para obtener la herencia, pero mayor ilusión pusieron en los planes presentados a Inglaterra. Llegarían a conocer ellos también el triste fin del cacique de Tungasuca y las vastas repercusiones y ramificaciones que el levantamiento había tenido al norte y al sur del virreinato peruano. Para llevar adelante sus proyectos se trasladan a Liorna e intensifican de ese modo sus contactos con el cónsul británico.

La situación internacional en 1782 presentaba de un modo propicio la posible ayuda inglesa a los movimientos subversivos que pudieran producirse o provocarse en la América española. Acaso entendiéndolo así Udney entregó los numerosos documentos, proyectos y cartas de los Viscardo y de otros americanos al ministro inglés en Florencia, Sir Horace Mann. Este diplomático envió el 15 de junio de 1782 una carta al secretario de asuntos exteriores Charles James Fox. Dice en ella que los dos ex-jesuitas están exasperados contra el gobierno español, que tienen importantes relaciones familiares en el

Perú y que se ofrecen a servir a la corte de Inglaterra en una empresa para promover la revolución en Sudamérica. Las noticias concretas del levantamiento de Diego Cristóbal Túpac Amaru, Túpac Catari y el jefe comunero Galán en la Nueva Granada también llegaban muy atrasadas, pero Viscardo reiteraba su plan, precisando que eran suficientes cuatro barcos de línea y dos fragatas para tomar Lima y extender desde allí el movimiento a todo el Perú y sitiar Panamá, cuya defensa tenían descuidada los españoles. Juan Pablo iría inmediatamente a Londres y su hermano José Anselmo viajaría a Lima para preparar el terreno a la expedición. En una segunda carta de Sir Horace Mann al ministro inglés Fox, apenas una semana más tarde, le comunica que los hermanos Viscardo se le han presentado en Florencia para hablar de sus planes y al notarlos tan dispuestos, sensibles y bien informados, les ha facilitado el traslado a Londres sin esperar la autorización por la gran importancia del asunto y lo discreto de los gastos del viaje, que no pasarían de sesenta libras esterlinas.

El viaje se hizo a través de Alemania, pues la guerra con Francia impedía esa ruta. El 30 de junio Mann extendió a los Viscardo una presentación para el ministro Fox. Por lo delicado de su situación Juan Pablo y José Anselmo viajaron con los nombres falsos de "Paolo Rossi" y "Antonio Valessi", respectivamente.

Durante el viaje de los Viscardo a Londres se produjo un cambio en el gabinete inglés y el Barón de Grantham sucedió a Fox en la conducción de la política exterior. Él los recibió amablemente y comunicó a Mann la aprobación real de su medida. Durante su permanencia en la capital inglesa los Viscardo vivieron en 74 Wardour Street, en el barrio de Soho.

Por ese tiempo llegó también a Londres otro ex-jesuita revolucionario, el mendocino Juan José Godoy. Aunque es probable que conociera a los peruanos no hay pruebas de esa vinculación.

Pero los Viscardo arribaron a Inglaterra en mal momento. Durante aquellos esos años se habían sucedido uno tras otro los jefes del gobierno inglés y los ministros de asuntos exteriores y por tanto no podía pensarse en una acción diplomática muy firme y continuada. Los levantamientos americanos eran totalmente reprimidos por las autoridades y por lo tanto los planes de los Viscardo se tornaban más difíciles e impracticables. Sobre todo porque por esos meses, se habían iniciado las conversaciones del gobierno inglés con las cortes de Madrid y París para llegar a un arreglo. Inglaterra reconocía el 30 de noviembre de 1782 la independencia de sus colonias americanas y finalmente el 3 de setiembre de 1783 firmaba en Versalles la paz con Francia y España. En esas circunstancias los proyectos de los Viscardo no pudieron recibir

demasiada atención del gobierno inglés.

Sin posibilidades inmediatas de un cambio radical de la situación que les fuera favorable, los hermanos Viscardo decidieron retornar a Italia. Su viaje a Inglaterra ha pasado inadvertido a las autoridades españolas pues en la península han dejado a un amigo ex-jesuita el encargo de cobrar las pensiones trimestrales y en Londres no ha estado abierta la Embajada española durante casi todo el tiempo de su permanencia en esa ciudad. No tiene sentido prolongar la ausencia de Italia, donde ha quedado la familia de José Anselmo. El mismo día de la firma de la paz de Versalles los hermanos Viscardo piden al primer ministro inglés —que a la sazón lo era Lord North—, los medios económicos para poder regresar a su patria. Sabían que tal solicitud no podía tener éxito y que el viaje en el mejor de los casos sólo les habría permitido una brevísima estancia en el Perú, pues habría sido seguro el segundo destierro. Pero quizá la hicieron para probar su suerte y acercarse, siquiera idealmente, a la posibilidad del retorno y de la obtención de la herencia.

Aunque el gobierno inglés dio a los Viscardo una pensión durante su permanencia en Londres no les facilitó el viaje clandestino a América sino que los ayudó para volver a Italia. En los primeros meses de 1784 dejaron Londres y el 28 de mayo de ese año los vemos nueva-

mente en Massacarrara reiniciando sus demandas ante las autoridades españolas para recibir su herencia. En los últimos meses de su estancia en Londres —desde diciembre de 1783— el jefe de la política inglesa era William Pitt, quien de seguro llegó a saber de las actividades y proyectos de los peruanos y con quien Juan Pablo volvería a tener contacto.

El P. Batllori cree que el ex-jesuita Juan José Godoy y los Viscardo pudieron conocerse en Londres de 1782 a 1784, aunque no tenemos pruebas del enlace de los dos más importantes ex-jesuitas revolucionarios. En cambio el estudio de los itinerarios de Francisco de Miranda lo lleva a la conclusión de que aquél no pudo conocer a Juan Pablo Viscardo en Londres: el caraqueño llegó a esa ciudad el 1 de febrero de 1785, cuando ya el peruano estaba de regreso en Italia; si coincidió unos meses con Godoy en Londres, pero tampoco hay pruebas de que entonces se conocieran. Tampoco cree que Miranda y Viscardo se encontraran en Italia en las dos ocasiones en que el revolucionario venezolano viajó por la península.

Se ha exagerado, pues, como decíamos antes, al hablar de la participación coordinada de los ex-jesuitas hispanoamericanos en los planes revolucionarios para separar a sus patrias de la metrópoli española. Los dos ex-jesuitas cuyo pensamiento separatista y cuya actividad en ese sentido está totalmente

probada —Juan José Godoy y Juan Pablo Viscardo y Guzmán— ni siquiera se sabe a ciencia cierta si se conocieron y no parece que a través de terceras personas pudieran coordinar su acción revolucionaria.

A su retorno a Italia no les quedaba a los Viscardo más esperanza cercana que la del éxito en sus largos litigios patrimoniales. Una real cédula había permitido a los ex-jesuitas americanos exigir judicialmente sus bienes de familia, pero otra posterior, de enero del 84, disponía que todos los expedientes sobre estos asuntos pasasen al Ministerio Universal de Indias. Por esta razón, a pesar de sus solicitudes al Conde de Campomanes y del nombramiento de don Ramón Bedoya y Mogrovejo como apoderado en Madrid, sufrió un nuevo y prolongado estancamiento. Mientras tanto el tiempo corría y en setiembre de 1786 perderían la herencia de su tío el presbítero don Silvestre, calculada en más de 60 mil pesos fuertes, por no haber regresado al Perú a los diez años siguientes a la muerte del testador. Por no fiarse ya del pariente Bedoya y Mogrovejo, los hermanos cambian de apoderado en 1785 y consiguen que las autoridades madrileñas soliciten al Virrey del Perú, Teodoro de Croix, informes sobre la herencia de los Viscardo. El Virrey Croix cumple con reclamar informes a la Junta de Temporalidades (la institución encargada de los bienes de los jesuitas) de Arequipa, pero pasaron más de tres años y en

1788 el Virrey escribía a Madrid que no había recibido respuesta a su solicitud de informes.

El 28 de setiembre de 1785 José Anselmo muere en Massacrara dejando a su viuda y a su pequeña hija de cuatro años sin más sustento que la corta pensión de su hermano. Juan Pablo viajó a Pisa y a Florencia para acelerar los trámites y en esta ciudad residió un tiempo. Con seis años de atraso se enteró de la muerte de su madre. Sus hermanos residentes en Arequipa no daban muestras de interés por los desterrados.

En 1788, cuando Juan Pablo está luchando desesperadamente por su herencia, redoblando peticiones ante el Ministro de Indias Antonio Porlier, interponiendo influencias y nombrando nuevos apoderados, ocurre la muerte de Carlos III. De inmediato corre entre los expulsos la noticia de que el nuevo rey, Carlos IV, les permitirá el retorno a la patria.

El 12 de febrero de 1789 Juan Pablo eleva al flamante monarca una nueva solicitud desde Florencia. Pide que se le deje volver a Arequipa acompañando a su pequeña sobrina y añade que si se le concede esa gracia él costeará de su propio peculio "dos proyectos muy útiles a la monarquía". Ni el P. Vargas Ugarte ni el P.M. Batllori los dos principales biógrafos de Viscardo, han podido averiguar en sus investigaciones en que consistían esos dos proyectos. Pero estando en juego la posibilidad de re-

torno al Perú no parece probable que se tratara de una simple fórmula, de un engaño para obtener el permiso. Sea de esto lo que fuere lo cierto es que la solicitud obtuvo el más cerrado rechazo y pronto se vio que el nuevo rey Carlos IV mantenía con todo rigor las medidas de su padre.

El 17 de mayo de 1791 muere en Massacarrara la sobrina Mariana Rosa. No le quedaba a Viscardo en Italia ningún vínculo de sangre que allí lo retuviera. Completamente fracasadas sus gestiones ante el gobierno español, Juan Pablo vuelve los ojos nuevamente a Inglaterra. La fecha exacta de su segundo y último viaje a Londres no se conoce. Por documentos diversos sabemos que hasta 1787 vivió en la región de Liguria (a la cual pertenece Massacarrara); desde 1787 hasta 1789 vivió en Florencia, gestionando sus asuntos patrimoniales ante la legación española en aquella ciudad.

Por fin en 1791 por los requerimientos anteriores del Virrey Croix, en la rendición de cuentas del último apoderado de los Viscardo, que lo fue el cura de Viraco D. Ambrosio Díaz, aparece que las hermanas de los desterrados han entregado en los años 1788 a 1791 cerca de 600 pesos para los coherederos ausentes. Pero Juan Pablo pronto saldría de Italia y seguramente no llegó a recibir esa pequeña parte de la cuantiosa herencia por cuya posesión tanto había luchado. En 1792 parece que se tras-

ladó a Liorna y trabajó en el consulado de Nápoles. De Liorna partió hacia Inglaterra.

En marzo de 1792 ya había dejado Italia. Ese mismo año en que se celebraba el tercer centenario del descubrimiento de América escribió su *Carta a los Españoles Americanos*, no se sabe si en Italia, si en Francia, o si estando ya en Londres; por las diferencias iniciales de ese documento se deduce que la concluyó antes del 12 de octubre. La primera edición de la carta que haría célebre a Viscardo apareció en francés, por eso en muchos documentos de la época aparece citada como la *Lettre aux Espagnols américains* y sin duda en ese idioma la redactó originalmente. Como ese documento revela muchas lecturas de libros de filosofía política contemporánea, el P. Battlori supone que no pudo escribirse en Massacarrara, donde no le habría sido fácil obtener toda la bibliografía necesaria para formarse una idea tan cabal y completa del problema político hispanoamericano, por tanto cree más bien que pudo redactada en Florencia, donde habían abundantes y espléndidas bibliotecas públicas y un ambiente enciclopedista que también se percibe en la *Carta* de nuestro compatriota. El P. Vargas Ugarte en cambio, cree que la *Carta* pudo haber sido redactada en Francia, entonces en plena efervescencia revolucionaria.

Esa circunstancia explicaría que redactara la *Carta* en francés,

idioma de mayor influencia entonces, y que Viscardo se demorara en este país, durante un período que no puede precisarse. En 1792 España entraría en guerra contra la república de Francia, aunque por poco tiempo pues en 1795 se firmaría la paz de Basilea entre ambos países a pesar de que en 1793 los revolucionarios franceses habían ejecutado a Luis XVI, pariente del rey de España Carlos IV. En 1796, por la influencia del ministro Godoy sobre el monarca se establecería una inexplicable alianza franco-española por el Tratado de San Ildefonso. Es posible que los años de 1792 a 1795 parecieran a Viscardo propicios para permanecer en Francia y que sólo en 1796 viajara a Londres; pero, como repetimos, no es posible aún señalar la fecha exacta de ese viaje.

Parece que Viscardo y Miranda también coincidieron un tiempo en Francia sin que llegaran a tomar contacto directo. En 1793 el conspirador venezolano se traslada a Londres pero ya lo ha antecedido en el viaje Viscardo. Tampoco allí se conocieron. Antes de dejar Francia se afirma que Miranda estableció en París una famosa "Junta de Diputados de los Pueblos y Provincias de la América Meridional" que se reunió en esa ciudad el año de 1797 y que redactó unas Instrucciones a las cuales debían atenerse los criollos revolucionarios hispanoamericanos. Entre los principales miembros de esa "Junta" se síndica en los documentos de la época al célebre li-

meño don Pablo de Olavide, de tan accidentada como brillante carrera en España y que a la sazón estaba en Francia, pero en verdad ya arrepentido de sus arrestos revolucionarios y dispuesto al retorno, previa la clemencia del rey, que había implorado. No parece, pues, que Olavide participara de esas actividades ni incluso que existiera la tal "Junta" sino en la imaginación de Miranda, que de ese modo se presentaba ante las cortes europeas con un respaldo y personería de sus compatriotas para llevar adelante sus planes y aventuras políticas.

En el voluminoso Archivo del mismo Miranda se ha publicado un borrador de una carta de Viscardo que aclararía la fecha de su presencia en Londres. Esa carta aparece datada en 1795, aunque con el año tachado y corregido: 1797. Está dirigida a un funcionario inglés y en ella insiste en su planteamiento de ayuda del gobierno de Londres para sostener un posible levantamiento en vista de que el descontento va creciendo en el Perú. Pero esta carta, sea de 1795 o de 1797, es sumamente interesante pues en ella dice que tiene una noticia muy cabal de la situación política de su patria, que nunca como ahora son tan evidentes los síntomas del malestar ni tan grandes los errores de la administración española y que ha "crecido la indignación" contra ella. Además hace Viscardo un juicio elogioso del periódico que los ilustrados peruanos, sus compañeros de generación aunque no partí-

cipes de sus puntos de vista políticos, habían redactado con tanto éxito: "Tengo a la vista —dice— el *Mercurio Peruano*, papel periódico de una Sociedad de sabios de Lima, que, ciertamente, no avergonzaría a la Europa y que muestra los rápidos progresos que han hecho las luces en ese país. Todos los pormenores de la Revolución Francesa son allí conocidos y la causa de la libertad ha despertado aquel vivo interés que la conciencia de los propios sufrimientos y la consideración de su abatimiento pueden inspirar a un pueblo que despierta de su pernicioso sencillez. El descontento general ha llegado al colmo y estallará una vez que encuentre un punto de apoyo en cualquier fuerza extranjera que se presentase. Ese es el sentir de uno de los pasajeros que ha venido en dicho barco (el "Santiago") desde el Perú, el cual por su cultura y sus sentimientos honra a sus compatriotas". Algunos historiadores pensaron que el compatriota al cual se refería Viscardo era el joven Bernardo O'Higgins, el hijo del Virrey del Perú y futuro prócer de la independencia de Chile y Director Supremo de su país cuando se organizó la Expedición Libertadora al Perú, dirigida por San Martín. Pero el joven chileno llegó a Londres procedente de Cádiz y no directamente del Perú por tanto no fue el portador de esa carta que traía a Viscardo noticias recientes de su patria.

En ese último testimonio Viscardo parece presentársenos como

un admirador de la República Francesa. Dentro de su posición política y abstracción hecha de las violencias sangrientas del estallido, que sin duda Viscardo rechazó, el movimiento revolucionario francés viene a coadyuvar con una fuerza indiscutible en su plan de independencia hispanoamericana. La Revolución Francesa iba a exportar su ideario a toda Europa y a todos los territorios de América gobernados por las monarquías europeas. La caída vertiginosa de ese antiguo régimen, la instauración de la República en Francia y luego la difusión imperialista del ideario revolucionario que haría Napoleón Bonaparte, repercuten favorable y hasta decisivamente en el movimiento emancipador hispanoamericano. Viscardo —que recibe la influencia de Rousseau— y que observa inteligentemente la política europea de entonces, tuvo que comprender esa gran influencia de la Revolución Francesa.

Poco se sabe de esta segunda estancia de Viscardo en Londres. En 1797 está ya en relación epistolar con el gobierno inglés y es posible que llegara a la ciudad uno o dos años antes. La política inglesa respecto de los presuntos revolucionarios hispanoamericanos es de suma cautela y precaución. Recibió sin duda una pensión que le permitió vivir modestamente en Londres. Repasó acaso la redacción de su *Carta a los españoles americanos*, que había escrito en francés con el propósito de interesar en la causa a

toda Europa, y algunos otros papeles y documentos que dejó a la posteridad y que aún permanecen desconocidos. Su *Carta* tuvo como ocasión o pretexto el tercer centenario del descubrimiento de América, pero sin duda surgió como un arrebato en el cual se concentraban y sintetizaban muchos años —¡toda una vida!— de nostalgia, de reflexión y de amor por su patria, por la patria peruana, y por la patria americana, pues en su pensamiento no se contraponen sino que se complementan el sentimiento regional y la concepción continental, como sucede también en los grandes próceres y libertadores de genio político, sobre todo en el caso especial de Bolívar.

Viscardo pasó los últimos años de su vida solitario, reconcentrado, triste, sin duda desengañado de la vacilante y en extremo cautelosa política inglesa y del propio jefe de gobierno William Pitt, sin haberse conectado con los otros hispanoamericanos acogidos en Londres, sin ver impresos sus escritos y —sobre todo— sin conocer a Miranda que sería el albacea de su gloria póstuma. Aquejado por una enfermedad que había presentado sus primeras manifestaciones en Florencia, poco después de la muerte de su hermano José Anselmo, y que ahora se agravaba, Juan Pablo entregó sus papeles manuscritos y los documentos valiosos que había reunido durante su largo y definitivo destierro, al Ministro norteamericano en Londres, Mr.

Rufus King, quien sin duda era una de las pocas personas en quien confiaba. A fines de febrero de 1798, en el pleno invierno londinense, muere Viscardo al borde apenas de los cincuenta años, al parecer de tuberculosis.

Unas semanas antes, a comienzos de enero de 1798, había llegado Miranda a la capital inglesa. Se explica, pues, que no abundaran las ocasiones de un encuentro entre los dos grandes precursores.

Los papeles que Viscardo legó al diplomático norteamericano debían estar escritos en su mayoría en español y por esa razón y por creerlos en mejores manos para la causa hispanoamericana Rufus King se los obsequió a Francisco Miranda. El caraqueño de inmediato dispuso la edición del más importante de esos papeles, *La Carta a los españoles americanos*. Por eso la Carta, cuya importancia e influencia en el proceso de la emancipación de nuestros países aparece cada día con mayor nitidez, ha opacado la figura escurridiza y penumbrosa de su autor. Y así como en el siglo XIX en todos los ambientes de la revolución hispanoamericana la Carta es leída y se propaga como un reguero de la mejor pólvora, así también su autor es poco menos que ignorado. Aún hoy en pleno siglo XX su memoria no goza de la fama y la gloria que merece.

¿Cómo era Juan Pablo Viscardo y Guzmán? No nos ha llegado por cierto un retrato suyo contem-

poráneo, ni menos una precisa descripción literaria. Nos lo imaginamos, sin embargo, alto, delgado, de nariz agileña, criollo blanco y aún rubio —como son hoy los descendientes de los Viscardo del siglo XVIII y que aún llevan ese apellido en la misma región arequipeña—, o de un mestizaje en que predominó el elemento étnico europeo, si acaso se incorporó a su linaje sangre autóctona, como no es improbable. Pero ¿su carácter? Las notas más saltantes se nos revelan por los hechos objetivos de su vida: fue un hombre apasionado, de firmes convicciones, tenaz, imaginativo, de inteligencia superior y de fina sensibilidad. El largo destierro, la soledad, el fracaso en sus gestiones económicas, han inducido al P. Batllori a presentarlo como un “resentido”, que actúa como tal en todos los momentos de la segunda etapa de su vida en Europa. Es cierto que la explicable y muy legítima animadversión al gobierno español, causante de su desgracia, puede aparecer en algunos momentos como la motivación psicológica de alguna de sus actitudes. Pero también es cierto que se trataba de un alma grande y generosa, llena de idealidad y de espíritu de aventura. Pudo conformarse con un pasar mediocre y oscuro, sometido a la pensión española o medrando ante las autoridades para ganar un premio menguado y vergonzante. Se trazó, sin embargo, otros horizontes y perspectivas. El ideal de la independencia hispanoamericana fue

madurando en su corazón y en su inteligencia por la reflexión de la realidad de estos pueblos y de la política española que él sufría en carne propia y que la distancia le presentaba en todas sus dimensiones. Vivió también el intensísimo proceso revolucionario europeo que estimulaba el surgimiento de las nacionalidades y abría esa posibilidad a la América española. Estuvo sobre todo en íntimo contacto con los humanistas hispanoamericanos de la Compañía de Jesús, cuya obra literaria en el destierro se produjo al impulso del sentimiento patriótico avivado por la nostalgia y que significó un aporte brillante para la formación de la nueva conciencia americanista. Viscardo fue un revolucionario de gran visión y de tenacidad indesmayable hasta el heroísmo. Nada más erróneo que presentarlo como un “entregado” a Inglaterra de quien pretende conseguir favores personales a costa de la autonomía de su patria. Por el contrario, en su actitud hubo un claro realismo político. Inglaterra era quizá la única potencia europea que por las razones explicadas podía colaborar con los revolucionarios hispanoamericanos. Nada más comprensible y aún sensato que alentarla a organizar expediciones de apoyo a los rebeldes haciéndole ofrecimientos que contribuirían a precipitar la revolución separatista, que era la meta soñada. Esas ofertas a Inglaterra significaban una compensación al esfuerzo y a la ayuda material y

moral, que no comprometía la dignidad de los pueblos americanos. La independencia demandaba, además, algunos sacrificios o limitaciones, que más adelante, pensaban los rebeldes como Viscardo o Miranda, serían superadas.

Pero, como decíamos, la base de la gloria de Juan Pablo Viscardo ha sido su *Carta* ¿Cuál es su contenido y mensaje?

En las primeras misivas de 1781 al cónsul John Udny y en otros documentos posteriores Viscardo trata de la libertad de su patria, el Perú; en la carta de 1792, que sólo se publica en 1799, el tema y el propósito abarca a todo el continente americano. *La Carta a los españoles americanos*, es, pues, una extensión a todo América del planteamiento que ya ha hecho en 1781 para el Perú. De esta antelación cronológica a los otros revolucionarios hispanoamericanos en su prédica separatista, hecha del modo más inequívoco y decidido, arranca su título de "primer" precursor ideológico de la Emancipación.

La primera parte de la *Carta* es una síntesis de la historia de América, desde la colonización española, desde el descubrimiento colombino. Con evidente exageración, útil sin embargo para sus propósitos subversivos, Viscardo resume la obra del Estado español en América en cuatro lapidarias palabras: "ingratitude, injusticia, servidumbre y desolación". Por eso no hay duda que la proclama de nuestro compatriota podría engrosar la

bibliografía de la llamada "leyenda negra"; una larga cita del "virtuoso" Bartolomé de las Casas (precisamente de uno de los creadores de esa "leyenda negra", que por su celo apostólico extremó y exageró los ataques a sus compatriotas los primeros colonizadores) confirmaría esa vinculación con esa corriente denigratoria de la colonización española, que en el siglo XVIII, y antes habían estimulado los enemigos europeos del poderoso imperio español. Pero en cambio la *Carta* contiene un alegato en favor de los conquistadores y sus descendientes, es decir los criollos como él mismo, y por eso la dirige a los españoles-americanos. Viscardo cree que el descubrimiento, la conquista y la población de América ha sido una empresa popular, espontánea y privada, apenas apoyada por la corona española, y que por tanto los jefes de las huestes, los grandes capitanes y sus lugartenientes son los verdaderos "ganadores" de la tierra, que luego han sido desplazados, desposeídos y usurpados en sus derechos por las incansables promociones de burócratas peninsulares, que no tienen un vínculo sentimental o familiar con la tierra y que vienen sólo como aves de rapiña. Viscardo había descrito en 1781, el cuadro de la sociedad americana, sobre todo peruana señalando dos claros bandos: de un lado los indios, mestizos y criollos, con estos últimos como jefes y caudillos; de otro, los peninsulares. Sin reiterar este planteamiento Viscardo acierta

a presentar en su *Carta* la obra de la independencia como una tarea a cuya dirección están especialmente llamados los criollos. Por el estado de la sociedad y la cultura americana de entonces eran los criollos los que podían asumir esa tarea, eran ellos los que podían capitalizar y usufructuar los mayores beneficios del triunfo. Y así, fue en efecto. Viscardo demostró clarividencia al plantear así las cosas y no entender la independencia como una reivindicación de las masas indígenas, aunque desde luego no las olvida y cree que ellas también deben redimirse de su penosa situación por la ruptura con España. La conquista, dice Viscardo, dio a sus caudillos y a sus descendientes un derecho sobre América que no será el más justo pero que tiene muchas confirmaciones en la historia. Ese derecho, dice, ha sido totalmente desconocido y es ahora, cuando recordamos el tercer centenario del descubrimiento, que los descendientes de los conquistadores debemos reivindicar nuestros derechos conculcados. "Si como es triste nuestra condición actual —dice Viscardo— fuera irremediable, sería un acto de compasión el ocultarla a nuestros ojos; pero teniendo en nuestras manos su más seguro remedio, descubramos este horroroso cuadro para considerarlo a la luz de la verdad"...

Comprendemos, dice Viscardo, que nuestros antepasados sintieran amor por la tierra de sus padres, por España, y que mantuvieran ese

amor a pesar de haber dejado esa tierra y de haberse trasladado a América para fundar sus hogares y constituir aquí su propia patria. Pero después de todos los errores e injusticias, ese amor a España ya no se justifica ni se entiende como el sometimiento a sus actuales gobernantes, responsables de esas fallas.

Viscardo dedica párrafos punzantes al sistema económico español en América: "Nosotros somos los únicos —dice— a quienes el gobierno obliga a comprar lo que necesitamos a los precios más altos y a vender nuestras producciones a los precios más bajos"; síntesis muy elocuente del sistema que él llama "el más desenfrenado monopolio" que nos cierra al comercio con las demás naciones del mundo y nos aísla, nos priva de la libertad de cultivo y de industrias y favorece a una casta de comerciantes y a una burocracia inescrupulosa. Para autorizar su juicio sobre la mala política española Viscardo cita el testimonio de Don Antonio de Ulloa, quien con Jorge Juan viene al Perú en misión científica en la primera mitad del siglo XVIII y escribe sus célebres "Noticias Secretas de América", otra de las grandes denuncias de los propios españoles a su sistema político americano, uno de los capítulos más virulentos de la historia de la "leyenda negra".

Al hablar de la situación social dice que por "honor de la humanidad y de nuestra nación más vale la pena pasar en silencio los

horrores y las violencias del otro comercio exclusivo (conocido en el Perú con el nombre de repartimientos), que se arrojan los Corregidores y Alcaldes mayores para la desolación y ruina particular de los desgraciados Indios y Mestizos”.

Luego desarrolla un argumento importantísimo: la postergación de los criollos y en general de los nacidos en estas tierras y el predominio en los cargos públicos de los peninsulares y extranjeros. Con gran habilidad dialéctica compara nuestra situación a la de España en el siglo XVI, cuando el emperador Carlos V trajo a numerosos flamencos que comenzaron a acaparar las situaciones importantes y provocaron una violenta reacción: “¿Qué diferencia hay entre esa situación momentánea de los españoles y la nuestra de tres siglos acá? Privados de todas las ventajas del gobierno, no hemos experimentado de su parte sino los más horribles desórdenes y los más grandes vicios. Sin esperanza de obtener jamás, ni una protección inmediata ni una pronta justicia a la distancia de dos a tres mil leguas, sin recursos para reclamarla...”

La corte de España, dice, ha sido injusta e ingrata con sus bienhechores, comenzando por el gran Colón. Y presenta el caso de la actitud del Virrey Toledo —“aquel hipócrita feroz”, lo llama— con Túpac Amaru, el último de los herederos del Imperio, cuyo nombre usará en 1780 Condorcanqui, y trae una larga cita de los Comenta-

rios Reales del “verídico Inca Garcilaso de la Vega”. Para demostrar la pérdida política de las autoridades españolas con los miembros de la familia imperial y con los nuevos retoños mestizos de la doble aristocracia incaico-española.

El último ejemplo, desde luego, de la política tiránica de la corona española, es la expulsión de los jesuitas por Carlos III, tema sobre el cual vuelve frecuentemente en su *Carta*.

La requisitoria de la colonización española concluye con una inteligente y oportuna cita de Montesquieu, “aquel genio sublime”, quien en su libro *El espíritu de las leyes* —una de las obras de influencia ideológica decisiva en el proceso revolucionario del siglo— dice lo siguiente: “Las Indias y España son dos potencias bajo un mismo dueño; mas las Indias son el principal y España el accesorio. En vano la política procura atraer el principal al accesorio; las Indias atraen continuamente la España a ellas”.

Con esa cita de Montesquieu, el admirador de las misiones jesuíticas del Paraguay y por eso mismo autor simpático a los hijos de Loyola, acaba la primera parte de la *Carta* —la exposición de los hechos históricos— y comienza la segunda, con nuevas y más profundas razones que legitiman la empresa emancipadora.

Por los argumentos jurídicos esgrimidos por Viscardo algunos historiadores —el sevillano M. Gi-

ménez Fernández, sobre todo— lo han considerado como representante hispanoamericano de las doctrinas políticas llamadas populistas. La monarquía española, sostiene el arequipeño, durante los últimos siglos ha venido acentuando su carácter absolutista y despótico e incluso tiránico, como lo prueba el hecho de la expulsión de los jesuitas, nuevamente aducido. Esta concentración del poder en el monarca es totalmente contraria al espíritu de la monarquía y a la estructura de su constitución inicial. “La pretensión de la Corte de España a una ciega obediencia a sus leyes arbitrarias está fundada principalmente sobre la ignorancia, que procura alimentar y entretener, sobre todo acerca de los derechos inalienables del hombre y de los deberes indispensables de todo gobierno. Pero la historia de España testifica que nada es más ajeno a su espíritu y a su mejor tradición que el gobierno despótico”. Refiriéndose a la constitución de los reinos cristianos españoles luego de los Godos y en plena reconquista del territorio invadido por los árabes, dice Viscardo: “...nuestros antepasados, cuando restablecieron el reino y su gobierno, pensaron en premunirle contra el poder absoluto... Con este designio concentraron a la supremacía de la justicia, y los poderes legislativos de la paz, de la guerra, de los subsidios y de las monedas, en las Cortes que representaban a la nación en sus diferentes clases y debían ser los de-

positarios y los guardianes de los derechos del pueblo”. Luego elogia la creación por los aragoneses de la poderosa institución del Justicia, encargado de velar por el pueblo, impedir toda violencia y agresión y reprimir el poder abusivo de los reyes. Citando al historiador Jerónimo de Blancas sostiene la tesis ya difundida entre muchos tratadistas españoles: “si el rey violaba los derechos y privilegios del pueblo, el pueblo podía legítimamente extrañarlo y en su lugar nombrar otro...”; es decir la esencia de la doctrina populista, según la cual en determinadas circunstancias —tiranía, arbitrariedad, despotismo, ruptura de la sucesión dinástica por el exterminio en la guerra de la familia real, etc.—, revertía al común del pueblo la soberanía y éste podía reconstituir la autoridad.

A ese espíritu de libertad debió España su grandeza, dice Viscardo; así como su decadencia se debe a la concentración del poder real, al absolutismo.

Vienen luego las razones geográficas y de política internacional, en sus consecuencias económicas, que exigen la separación de América y de España. Se refiere al perjuicio material de monopolio y los gastos de guerra y de defensa que los americanos deben costear a España. La igualdad proclamada entre la metrópoli y sus provincias ultramarinas es una pura fantasía, dice, y el dramático desequilibrio existente le suscita la exhortación más vibrante de su *Carta*:

“Queridos hermanos y compatriotas, si no hay entre vosotros quien no conozca y sienta sus agravios (los de España) más vivamente que yo podría explicarlo, el ardor que se manifiesta en nuestras almas, los grandes ejemplos de vuestros antepasados, y vuestro valeroso denuedo, os prescriben la única resolución que conviene al honor que habéis heredado, que estimáis y de que hacéis vuestra vanidad. El mismo gobierno de España os ha indicado ya esta resolución considerándonos siempre como un pueblo distinto de los Españoles Europeos y esta disposición os impone la más ignominiosa esclavitud. Consintamos por nuestra parte en ser un pueblo diferente: renunciemos al ridículo sistema de unión y de igualdad con nuestros amos y tiranos; renunciemos a un gobierno cuya lejanía tan enorme no puede procurarnos, aun en parte, las ventajas que todo hombre debe esperar de la sociedad de que es miembro; a este gobierno que lejos de cumplir con su indispensable obligación de proteger la libertad y seguridad de nuestras personas y propiedades, ha puesto el más grande empeño en destruirlas, y que en lugar de esforzarse a hacernos dichosos, acumula sobre nosotros toda especie de calamidades. Pues que las obligaciones y los derechos del gobierno y de los súbditos son recíprocos, la España ha quebrantado la primera todos sus deberes para con nosotros: ella ha roto los débiles lazos que habían podido unirnos y estrecharnos”.

En las últimas páginas se reitera, por su efecto psicológico, la razón geográfica: “la naturaleza nos ha separado de la España con mares inmensos. Un hijo que se hallaría a semejante distancia de su padre sería sin duda un insensato si en la conducta de sus más pequeños intereses esperase siempre la resolución de su padre”.

Y en fin, con acento de Rousseau, afirma que la distancia geográfica que por sí misma justifica la independencia “es menor aun que la de nuestros intereses. Tenemos esencialmente necesidad de un gobierno que esté en medio de nosotros, para la distribución de sus beneficios, objeto de la unión social...”

Hay el planteamiento de una *exigencia moral* en la exhortación de Viscardo a la Independencia: “bajo cualquier aspecto que sea mirada nuestra dependencia de la España, se verá que todos nuestros deberes nos obligan a terminarla. Debemos hacerlo por gratitud a nuestros mayores, que nos prodigaron su sangre y sus sudores, para que el teatro de su gloria o de sus trabajos se convirtiese en el de nuestra miserable esclavitud. Debémoslo a nosotros mismos por la obligación indispensable de conservar los derechos naturales, recibidos de nuestro Creador, derechos preciosos que no somos dueños de enajenar, y que no pueden sernos quitados sin injusticia, bajo cualquier pretexto que sea; el hombre puede renunciar a su razón o pueda ésta serle arrancada por fuerza.

La libertad no le pertenece menos esencialmente que la razón. El libre uso de estos mismos derechos es la herencia inestimable que debemos dejar a nuestra posteridad".

Sería absurdo, concluye Viscardo, que Dios haya permitido el descubrimiento de todo un nuevo continente para que su inmensa población permanezca siempre sometida a otra potencia. La historia enseña la caducidad de los grandes imperios y el mismo imperio español está en proceso de desintegración. "No hay ya pretexto para excusar nuestra apatía, si sufrimos por más largo tiempo las vejaciones que nos destruyen se dirá con razón que nuestra cobardía la merece". El momento de la libertad ha llegado, afirma Viscardo. Animados por una causa tan noble y tan justa podemos pedir la ayuda de la Providencia, "al principio eterno del orden y de la justicia" y el día del triunfo llegará pronto: "plugiese a Dios que llegue sin dilación". Entonces a la opresión y a la crueldad sucederá el reino de la justicia, de la humanidad. Vendrán a esta tierra americana hombres de buena voluntad de todo el mundo a enriquecernos con su industria y sus conocimientos. "De esta manera la América reunirá las extremidades de la tierra, y sus habitantes serán atados por el interés común de una sola GRANDE FAMILIA DE HERMANOS".

Este es el contenido —en verdad de un valor e interés extraordinario— de la Carta.

Los historiadores discuten las diferentes influencias ideológicas y la intensidad con que ellas gravitaron en el documento revolucionario de nuestro compatriota. Viscardo fue sin duda un hombre de su tiempo, que vivió el clima intelectual de la Revolución Francesa y que conoció la obra de los principales doctrinarios y precursores de ese trascendental movimiento político, Rousseau y Montesquieu, sobre todo. Pero también fue un hombre del imperio español, jesuita por añadidura, que recibió por tanto esas influencias heterodoxas pero que las supo tamizar y asimilar dentro del esquema mental, dentro de la concepción de la vida que por su educación y por las influencias del contorno tenía. Las concepciones políticas tradicionales también están presentes en el trasfondo de su obra. El había estudiado la filosofía escolástica y las doctrinas de Santo Tomás de Aquino. Incluso por su vinculación a la Compañía de Jesús se piensa que recibió también el influjo de los tratadistas jesuíticos Suárez y Mariana, quienes por sus teorías sobre el origen del poder civil y sobre la intervención del pueblo en la constitución de la autoridad son los inspiradores de las doctrinas populistas. Esas doctrinas al parecer tienen importancia en los ambientes cultos de Hispanoamérica, cuando se trata de justificar la formación de las Juntas autónomas, semejantes a las creadas en la península ante la invasión napoleónica en 1808. Sin

embargo otros autores piensan que las ideas políticas de Suárez y Mariana no eran material especial de enseñanza en los claustros jesuítcos del siglo XVIII y que por lo tanto Viscardo pudo bien no conocerlas ya que en verdad no cita en su *Carta* a esos autores. A pesar de esa objeción, fuera que por vía indirecta Viscardo recibiera esa influencia, fuera que esa doctrina flotara en el ambiente, lo cierto que algunos párrafos de la *Carta* que hemos citado y subrayado revelan de un modo inequívoco que nuestro compatriota conocía tales teorías. Como hombre del siglo XVIII, la influencia de Rousseau es clara, así como la del célebre abate Raynal, cuya *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes* le sirvió mucho en su requisitoria contra la colonización española. En verdad Juan Pablo Viscardo es doctrinariamente un ecléctico, es decir supo conciliar en su concepción política todas las doctrinas que podían servir a su causa revolucionaria. Si para impugnar la obra de la corona española en el orden administrativo sirven los testimonios del cronista Herrera, del P. de las Casas y de nuestro eximio primer historiador el Inca Garcilaso, pues los usa; si para presentar el absolutismo borbónico como una decadencia de la primitiva estructura de la monarquía española, en sus momentos de máximo esplendor, es oportuno remontarse a los orígenes del reino

de Aragón y citar al cronista español del XVII Jerónimo de Blancas, lo hace con toda decisión; si para presentar la injusticia de la dependencia de los vastos territorios americanos a España, la cita de Montesquieu ilustrará el criterio de las gentes, la emplea también y pone énfasis en ella, aunque su pensamiento político esté inspirado también en Rousseau, en los republicanos norteamericanos como Thomas Jefferson y, para llegar a la raíz misma de esta línea ideológica, en el filósofo inglés John Locke, verdadero inspirador de los revolucionarios franceses y norteamericanos. Viscardo, se mueve, según lo ha estudiado el escritor peruano Jerónimo Alvarado Sánchez dentro de las coordenadas ideológicas de la dialéctica democrática, antimonárquica y republicana del XVIII. Pero añade a esos ingredientes los propios de la mejor tradición política española.

Viscardo aglutinó, pues, en su alegato, todas las tendencias políticas entonces operantes, las ilustradas y enciclopedistas propias del siglo y las tradicionales supérstites, en la medida que podían coadyuvar a legitimar y promover su causa separatista; en ese sentido decimos que fue un ecléctico y no un hombre de escuela; en su mentalidad se estaba produciendo el mismo proceso que en los pensadores políticos más avanzados de España: un intento de "Ilustración cristiana", es decir de insertar todos los avances filosóficos y políticos de su tiempo

en la ortodoxia católica, de la cual nunca se aparta.

Pero lo principal es saber si este hombre oscuro, cuya vida no tiene grandes alternativas ni episodios novelescos y apasionantes, que hasta ahora vemos sólo como un clandestino y frustrado conspirador y autor de breves escritos revolucionarios, llegó a tener influencia en su tiempo histórico; no precisamente en los años de su corta vida, pero al menos en su inmediata posteridad. Y la respuesta es categóricamente afirmativa. La *Carta* de Viscardo tuvo una influencia enorme y podríamos decir que decisiva en el proceso revolucionario hispanoamericano; las ediciones se repitieron una tras otra e incluso corrió manuscrita por todo el continente.

La primera edición es de 1799 en francés, idioma en que, como hemos dicho, debió ser originalmente redactada por Viscardo. Aunque el pie de imprenta de esa primera edición diga "Filadelfia", en verdad fue impresa en el mismo Londres, cuidada por la legación norteamericana en esa ciudad y por el mismo Miranda. El falso pie de imprenta fue un estratagema impuesta o por el gobierno inglés que no quiso aparecer apoyando un libelo tan incendiario contra los intereses de España, o por los propios editores para evitar así la censura o la confiscación del folleto. Por similares motivos debió también aparecer anónima. La primera portada reza así: "*Lettre/aux/Espagnols—*

Américains-par-Un de leurs compatriotes-Vicent Amor Patriae"/L'Amour de la Patrie l'empotera-A Philadelphie-MDCCXCIX". El nombre de Juan Pablo, al parecer condenado a la oscuridad, se ocultaba en el ambiguo y genérico "uno de sus compatriotas" y como lema del documento el conciso y significativo verso tomado de La Eneida del poeta latino Virgilio: "*El amor de la patria vencerá*", verdadero compendio de la doctrina del documento; la carta iba dirigida precisamente a los "españoles americanos", a los criollos como él, que tomarían la dirección del movimiento independentista.

Esa primera edición se difundió por Europa y algo también en América. Miranda envió ejemplares a Pedro José Caro y a Thomas Pictón, Gobernador de la isla Trinidad, y también a Martinica. De allí llegó a manos de Manuel Gual, el refugiado caraqueño que poco antes con otros compatriotas y peninsulares españoles habían intentado levantarse en su patria. Cuando acababa de imprimirse la *Carta* en Londres llegó a esa ciudad don Pedro Fermín de Vargas, quien la llevó a París y de allí se difundió.

En una carta de mayo de 1800, escrita en Hamburgo y dirigida al ministro español Urquijo, Pedro José Caro, que ya ha traicionado a Miranda, le da noticias frescas de la difusión de la flamante *Lettre* y le anuncia que Miranda la está haciendo traducir al español.

En efecto, en 1801 aparece la primera edición en español. Tiene

su portada los mismos elementos de la primera, mas el pie de imprenta, ahora verídico y completo: "Impreso en Londres por P. Boyle, Vine Street, Picadilly, 1801".

En los primeros años del siglo XIX la edición española de la *Carta* se difunde ampliamente por el Caribe, en las islas Margarita y Trinidad y en Martinica, por obra de Miranda que la envía como el mejor anuncio de su inmediata incursión revolucionaria. El Capitán General de Venezuela, don Manuel de Guevara Vasconcelos intenta sin éxito confiscar los folletos de Viscardo y en octubre de 1803 se ve precisado a comunicar a Madrid el peligro que la difusión del panfleto representa para la seguridad de esas regiones. El gobierno español comunica a su representante en Londres la difusión que se hace de la *Carta* en las islas inglesas del Caribe para tratar de reprimir esa campaña.

No era un secreto para nadie que Francisco de Miranda preparaba desde Londres y luego —ya en América— desde el puerto de Nueva York, una incursión a su patria. En abril de 1806 cuando, por fin, Miranda se dirige a Caracas, encuentra en Ocumare una fuerte resistencia que le impide el desembarco y lo obliga a variar su marcha hacia el oeste. En agosto de ese año ataca el puerto de la Vela, que defendía la ciudad de Coro, y logra desembarcar y apoderarse momentáneamente de la ciudad. En esa primera incursión

Miranda hace una intensísima difusión de la *Carta* de Viscardo, el principal documento, junto con su proclama, de propaganda revolucionaria. Invita a los pobladores de la región a que lean la epístola de su compatriota Viscardo "escrita por un varón santo y a punto de dejar el mundo para aparecer ante el Creador del Universo" y ordena que en las parroquias y en los ayuntamientos se lea por lo menos una vez al día. Podemos deducir que entonces se propaga también por los pueblos vecinos. Pero la falta de apoyo de la población, aún no preparada para la lucha separatista, determina que este primer intento de Miranda fracase y tenga que abandonar Venezuela ante el avance de las tropas realistas. Cuando el Capitán General Guevara Vasconcelos recupera los pueblos momentáneamente tomados por Miranda ordena un riguroso requisamiento de los ejemplares de la *Carta*, que son quemados públicamente en la plaza mayor de Caracas. Algunos ejemplares escaparon sin duda de la quema y llegaron a Cumaná y a otros pueblos cercanos y de allí continuó propagándose.

Nuevamente en Londres, Miranda se dedicó con especial ahinco a la difusión del escrito de nuestro compatriota. Convencido de que la empresa de la independencia del continente demanda una previa e intensa campaña de propaganda y de persuasión, remite en 1808 y 1809 a diversos elementos

revolucionarios de Caracas, Buenos Aires, La Habana y México, así como a las islas inglesas del Caribe, ejemplares de la *Carta* con exhortaciones para que se edite en América o por lo menos se distribuya en versiones manuscritas, como en efecto ocurre pues se conocen copias de la época. Incluso al Brasil envía Miranda ejemplares del manifiesto de Viscardo, convencido que desde allí llegará a los vecinos Virreinos y Audiencias hispanoamericanas.

Según el joven historiador peruano Gustavo Vergara —quien se ha ocupado especialmente de este tema— “se puede afirmar que gracias a la labor de Miranda y otros patriotas americanos, no existió lugar importante de América latina donde no llegase algún ejemplar de la *Carta* de Viscardo y Guzmán o se tuviese conocimiento de ella por fragmentos o alusiones hechas en proclamas y folletos”.

En efecto, las pruebas al respecto abundan. En México la *Carta* fue conocida y difundida extensamente y desde 1808 sirvió para la propaganda revolucionaria. Cuando la proclama de nuestro compatriota llegó a manos de las autoridades del Virreinato de la Nueva España la pasaron a los Inquisidores, en setiembre de 1810. Los calificadores tuvieron en sus manos el documento viscardino, y varios otros papeles subversivos que en él se habían inspirado, y dictaminaron que la *Carta* era una de las producciones “más mortíferas, libertinas e incen-

diarias que se habían visto jamás”, “mucho más temible y de más peligro en América y especialmente en México, que todos los cánones del actual déspota, el intruso Bonaparte”, “tan acre y mordaz, tan revolucionaria y sofística que si el Santo Tribunal no aplica desde luego toda su actividad para sofocarla pereceremos sin duda...” El informe de los inquisidores pasó a la Audiencia y ésta ordenó la prohibición más absoluta del escrito del arequipeño y el requisamiento de todos los ejemplares. Como suele ocurrir en estos casos la orden no pudo cumplirse exhaustivamente y la *Carta* siguió haciendo su efecto en México. En 1812, los “Guadalupanos”, un grupo de patriotas anónimos que colaboraban con el caudillo Morales, le escriben enviándole un ejemplar del manifiesto de Juan Pablo, que recomiendan con todo entusiasmo, y le anuncian que ya tienen planeada su reimpresión en la mejor imprenta de México.

En 1810, cuando Francisco de Miranda viene nuevamente a América e incursiona en su patria venezolana, trae desde luego más ejemplares de la *Carta* que él había salvado del olvido y seguramente esos ejemplares sirvieron para las nuevas ediciones americanas. Incluso algunos historiadores creen que en 1811 se reimprimió en Caracas.

En 1810 el revolucionario venezolano Juan Germán Roscio le escribe a su compatriota D. Andrés Bello, a la sazón en Londres; la carta es del 29 de junio de 1810 y

en ella le dice: "Acuérdese usted de que Londres fue el lugar donde escribió el padre (sic) Viscardo su Legado y donde obtuvo la mejor apología el Contrato Social de Rousseau" una prueba más de que la *Carta* era conocida y apreciada en los medios revolucionarios de Venezuela.

En 1809 la *Carta* ya surtía grandes efectos en Buenos Aires. La prueba la tenemos en un informe de Joaquín de Molina, enviado especial de Junta Suprema a América, quien había venido para verificar directamente el estado de las provincias americanas. En ese informe a las autoridades de la península presenta Molina valiosos testimonios del avance de la revolución en el Río de la Plata y Chile y sobre todo adjunta una "Proclama Seditiosa de Buenos Aires" que le ha llegado a Lima remitida el 1º de junio de 1809 desde Buenos Aires. La proclama que somete a conocimiento de la Suprema Junta de Sevilla (que era el organismo gobernante en ausencia y prisión del rey Fernando VII) no tiene firma ni fecha; es un recio alegato en pro de la independencia pero lo que más interesa destacar es que se trata de una transcripción textual de los párrafos más vibrantes y oportunos de la *Carta* de Viscardo. Ese documento, encontrado por Carlos Deustua P. en el Archivo de Indias de Sevilla, lo ha publicado Armando Nieto Vélez en su libro sobre el *Fidelismo en el Perú (1808-1810)*. Si esa proclama llegó en Lima a Molina,

pudo llegar también a muchas otras personas, pues entonces el contacto de los grupos patriotas era intenso entre el Perú y el Río de la Plata.

Mariano Montero, el ideólogo de la revolución de Buenos Aires en 1809 y 1810, siendo estudiante en la Universidad de Chuquisaca cogió de su puño y letra la *Carta* de Viscardo en un cuaderno que hasta hoy se conserva y que posteriormente se le regaló al historiador y presidente argentino Bartolomé Mitre. En Chuquisaca los primeros años del siglo XIX circuló la obra de Viscardo entre las élites intelectuales y los grupos revolucionarios.

El historiador uruguayo Edmundo Natancio ha encontrado —en un sermón pronunciado en la ciudad de Córdoba en 1814 por el fraile franciscano Pantaleón García y luego impreso—, una clara e inequívoca lectura y asimilación de la *Carta* por las fuentes doctrinarias y por las argumentaciones que emplea en su defensa de la emancipación. Y en el mismo Río de la Plata, en vísperas del Congreso de Tucumán se edita en Buenos Aires en 1816 como un apéndice de la "*Gaceta*" y de seguro se emplea el folleto en las deliberaciones de ese célebre Congreso pues sus actas revelan también la influencia del escritor peruano.

A Lima pudo llegar a los grupos patriotas copia manuscrita de la *Carta* ya en tiempos del Virrey Abascal, como le llegó al comisionado Molina la proclama seditiosa de Buenos Aires. Pero sólo se im-

prime cuando el Perú ha proclamado su independencia. La primera edición peruana de la *Carta* es de 1822, en el periódico llamado "*Correo Político, Mercantil y Literario*", en sus números 16 al 18, del 28 de febrero al 22 de marzo de ese año. Pero sin duda la influencia de Viscardo se inicia muchos años antes.

Mientras, seguía en Europa la difusión de la *Carta*. La célebre revista londinense "*The Edinburgh Review*" la transcribió en sus páginas en 1809. Y en varias obras de europeos y americanos sobre la situación entonces convulsa de las colonias españolas de América se transcribe también, total o parcialmente, el escrito de Viscardo.

No hay razones para pensar que la *Carta* no llegó a penetrar también en otras regiones americanas como Quito, Charcas, Chile y Centroamérica y a ejercer allí la misma influencia que en Caracas, Buenos Aires y México. El escrito tuvo una difusión realmente continental y —de seguro— nuevas investigaciones determinarán la presencia de la *Carta*, manuscrita o impresa, como un instrumento fundamental en la formación del ideal de la independencia en todas las regiones de la América española.

No es gratuito, pues, el título que damos a Juan Pablo Viscardo y Guzmán, de primer precursor ideológico de la Independencia Hispanoamericana. Ni son gratuitos tampoco los juicios que sobre él y sobre su *Carta* han hecho destacados historiadores del continente.

El gran historiador mexicano Carlos Pereyra ha dicho que la *Carta* puede ser considerada "Acta de la Independencia de Hispano América". El biógrafo de Miranda, Ricardo Becerra, dice que ella es "el primer documento justificativo de los derechos de la América española a participar de los beneficios de la libertad". El historiador venezolano Mariano Picón Salas afirma que es "la primera proclama de la Revolución y sintetiza de modo perfecto todo lo que entonces podía constituir la dialéctica del hombre criollo en lucha contra la monarquía española: sueño de libertad política y económica; reivindicación e idealización del indio despojado y legítimo señor del suelo; teoría de la soberanía popular; y nueva mística de la nación. Lo que en sus frases violentas y lapidarias dice Viscardo y Guzmán, será glosado después en los primeros grandes documentos de la guerra emancipadora..." En otro libro, el mismo historiador dice que la *Carta* es "el primero y más hábil y difundido panfleto a favor de la revolución de la independencia". El historiador chileno Ricardo Donoso cree que la acción de Viscardo fue "de mucha mayor trascendencia" que la de otros conspiradores que han gozado de fama y la gloria de precursores. Iguales juicios laudatorios podríamos aducir de historiadores como el argentino Ricardo Levene, el español Manuel Giménez Fernández y muchos otros. Y ya en el siglo pasado —antes aún de la batalla de

Ayacucho— el poeta y humanista venezolano don Andrés Bello recogió discretamente la fama de nuestro compatriota cuando en la primera parte de su *"Alocución a la poesía"* se refiere a las ciudades que han luchado por la libertad y dice:

*Ni sepultada quedará en olvido
La Paz que tantos claros hijo llora
Ni Santa Cruz ni menos Chuquisaca
Ni Cochabamba, que de patrio zelo
Ejemplos memorables atesora,
Ni Potosí de minas tan rico
Como de nobles pechos, ni Arequipa
Que de Viscardo con razón se alaba,
Ni a la que el Rímac las murallas lava,
Que de los Reyes fue, ya de sí propia,
Ni la ciudad que dio a los Incas cuna
Leyes al sur, y que sí aún gime esclava
Virtud no le faltó, sino fortuna.*

Pero en verdad la fama de que hoy goza Viscardo es menor aún que su obra. Luego de la edición limeña de su *Carta*, en 1822, viene un inexplicable olvido, como si los próceres y libertadores no se hubieran percatado de la importancia y de la influencia —no por clandestina menos eficaz— que los escritos del desterrado arequipeño habían tenido en la preparación ideológica de la Independencia. El primer Congreso Constituyente peruano no lo declaró "benemérito de la Patria", como con toda justicia hizo con Rodríguez de Mendoza. Su nombre y su obra se fue sumergiendo en la oscuridad hasta que en este siglo los biógrafos de

Miranda y la edición del nutrido Archivo del precursor caraqueño inician la restauración de una fama que le había sido tan esquivada tanto en la vida como póstumamente.

Hoy su prestigio es indiscutido entre los historiadores y estudiosos de la Independencia de la América española; nadie pone ya en tela de juicio la trascendencia americana de su *Carta*. En una Historia General de las Civilizaciones, muy reciente, publicada bajo la dirección de Maurice Couzet, y que revela últimas tendencias de la historiografía europea, en el tomo dedicado a *El Siglo XVIII* (escrito por Ronald Mousnier y Ernesto Labrousse) uno de los poquísimos nombres hispanoamericanos que figura es el de Juan Pablo Viscardo y Guzmán, junto a Miranda, Nariño, Morelos, el limeño Olavide, Mariano Moreno, San Martín y Bolívar; es decir, —salvadas algunas omisiones— entre los grandes de la Emancipación hispanoamericana.

El Perú en cambio, tiene aún una deuda de gratitud para con la memoria del gran desterrado. Si en el siglo XVI el Inca Garcilaso, el eximio historiador mestizo, fue el nuncio de la nacionalidad que surgía en el siglo XVIII, el criollo Juan Pablo Viscardo y Guzmán es, sin disputa, el más denodado defensor de la Independencia y de la soberanía que la nacionalidad peruana, y las nacionalidades hispanoamericanas todas, reclamaban como un legítimo derecho de su evolución histórica.

CARLOS DEUSTUA PIMENTEL

Don José Baquíjano y Carrillo es uno de los personajes más representativos del siglo XVIII en el Perú. Dotado de una precocidad notable, miembro de una familia acomodada, su vida no va a ser precisamente muelle y tranquila. Antes bien, la inquietud del futuro Conde de Vistaflorida, lo llevará a múltiples contiendas académicas y políticas en las que su notable pugacidad se hará presente.

Baquíjano y Carrillo es conocido principalmente como precursor de nuestra independencia a través del notable testimonio que encierra su elogio del Virrey Jáuregui. Mas su personalidad vigorosa e influyente ha de aparecer en otros campos como el universitario, principalmente en San Marcos, en donde destacará el profesor renovador, el jurista agudo y el contendiente notable.

Años más tarde cuando en las postrimerías del siglo XVIII se organice la famosa Sociedad de *Aman-tes del País* que editará el Mercurio Peruano, Baquíjano estará presente no sólo como asiduo colaborador del importante periódico, sino también como dinámico presidente de aquella Sociedad que entendiendo al Perú como una realidad distinta, no sólo de España sino también de las otras regiones americanas, quiso dar testimonio peruanista para combatir, en esta forma, los paralogismos que los sabios europeos habían escrito sobre nuestra patria. Aquí, en el Mercurio Peruano aparece una de las facetas menos estu-

JOSÉ BAQUÍJANO Y CARRILLO



CARLOS DEUSTUA PIMENTEL, (n. Lima, 1929), Profesor del I. Riva-Agüero, es Doctor en Letras y Abogado. Sus tesis, en la primera especialidad versaron sobre *Las Intendencias en la Época del Virrey Gil de Tboada y Lemos y la Real Hacienda Peruana, 1790-1796*; y en la segunda sobre *las Reformas Legales sobre el Comercio en el s. XVIII*.

diadas de Baquíjano y Carrillo. Esta es la del economista que en el extenso ensayo sobre el comercio en el Perú ha de plantear interesantes cuestiones y mostrar, una vez más, su erudita información.

Tres etapas se pueden distinguir en la vida del ilustre limeño. La de su formación académica en el Real Colegio de San Martín y luego en el Seminario de Santo Toribio. Es aquí cuando aparecerá su avidez intelectual, no siempre ortodoxa, que rebasará el esclerótico panorama de los estudios superiores; y su precocidad pasmosa que han de comentar sus coetáneos, que ven en este joven peruano al símbolo de una nueva generación renovadora.

A este primer período corresponde también la influencia del obispo Gorrichátegui de quien será secretario y valido hasta que viaje, para perfeccionar estudios y solicitar prebendas, a la Península.

Cuando Baquíjano regrese de España, luego de este primer viaje, encontrará a su patria cambiada. Se encontraba en Lima el Visitador Areche que habría de sostener, por el cometido de su misión y por la suspicacia de la autoridad del Virrey, agria disputa con Guirior, personaje que conjuntamente con su esposa gozaba en Lima de inmejorable reputación y gran influencia en el elemento criollo. Baquíjano fue ciertamente admirador del Virrey "peruanista" y con ceño fruncido y desazonado ánimo debió ver su casi vergonzosa salida de

Lima en donde —aunque precariamente— se afirmaba la autoridad del Visitador Areche.

Debelado el movimiento de Túpac Amaru, tendrán ocasión Baquíjano, en la recepción sanmarquina del nuevo Virrey Jáuregui, de pronunciar famoso "Elogio" que encierra una insólita requisitoria contra la autoridad española. La segunda etapa de su vida tendrá como signo, precisamente este valiente escrito que representa el clamor de los peruanos frente a las injusticias de la autoridad virreinal. Baquíjano, no obstante su posterior retractación y aparente arrepentimiento, ha de ser considerado como uno de los más influyentes personajes peruanos de su tiempo. Así dará testimonio de su independencia y rebeldía en las pugnas universitarias y luego de numerosas peticiones frustradas, conseguirá por fin, incorporarse en la magistratura indiana.

Cuando llegue al Perú el Virrey Gil de Taboada a fines del setecientos, el prestigio de este peruano renovador será cada vez mayor, no solamente en el campo académico y profesional, sino también en el político. Este sería el tercer momento en la vida del precursor limeño. Su ascendiente notable irá aumentando hasta culminar su carrera con el nombramiento que le hiciera la Corona española de Consejero de Estado.

Baquíjano, que nunca fue separatista, encabezaré el grupo de los liberales peruanos y se sentirá

identificado con los planteamientos reformistas que culminarán en las Cortes de Cádiz. Por eso Baquijano y Carrillo, a fuerza de fidelista consecuente, repudiará toda manifestación revolucionaria que implique una secesión de España. Ingenuamente pensará que con los cambios estructurales y con la intervención de los criollos en los gobiernos de sus respectivas patrias, se iba a contener el proceso de la independencia. En una oportunidad llamó a un grupo de conspiradores ilustres, gavilla de ilusos y malcontentos, porque deseaban la separación definitiva de la península. Empero, repetimos, esta actitud que puede parecer contradictoria en Baquijano, no refleja sino la continuidad de una línea de fidelidad a España; más no es la suya una fidelidad conformista y genuflexa, sino más bien una constante rebeldía que procuraba conseguir una mejor vida, una completa igualdad para los españoles americanos.

La reacción absolutista del año 1814 ha de frustrar la carrera del político peruano. El tercer Conde de Vistaflorida, amargado y trunco en sus más caros anhelos ha de recluirse en la ciudad de Sevilla. Allí, alejado de los suyos, añorando a su patria y a Lima, la tierra en donde abriera los ojos, con el recuerdo de sus alegrías y tristezas, de sus triunfos y fracasos, ha de concluir la vida de este personaje nuestro, que vivió en un siglo contradictorio; y que contradictorio aparece en algunos momentos de

la azarosa existencia, de este precursor del Perú y Consejero de Estado de la Corona española.

El Hombre y el testimonio

Don José Baquijano y Carrillo nace en Lima el 13 de marzo de 1751. Doblada la primera mitad de la centuria, gobernaba el Perú don José Antonio Manso de Velasco, luego Conde de Superunda.

La fisonomía de la capital del Virreinato era triste, pues la ciudad se restañaba lentamente de los terribles estragos que le causara el terremoto de 1746 que prácticamente destruyó a Lima y el Callao. El tesón y el empeño del Virrey Manso de Velasco que la corona premiara con el significativo título de Superunda había procurado reconstruir prestamente los incalculables daños. Con la colaboración de los ingenieros Don José Amich, Don Juan Francisco Toesa y Don Luis Godin, se empezó la reedificación del Callao y también se trazaron los planos de la que sería nueva ciudad de Bellavista.

La población de Lima a mediados de siglo, de acuerdo a las estadísticas y censos coetáneos, alcanzaría, aproximadamente, a 54,000 personas; incluyendo en estas cifras a los que vivían en las chacras y haciendas de los alrededores. La composición étnica era variada pero predominaba cada vez más en número e importancia el sector de los mestizos o de las castas, a los que viajeros o descrip-

tores minuciosos clasificaron en una pintoresca gama con curiosas denominaciones.

Ya para aquel entonces los viajeros y científicos españoles Jorge Juan y Antonio Ulloa habían cumplido con el cometido que les encargara el Marqués de la Ensenada, y corrían en infolios los datos acerca de la realidad americana, que Barry titularía *Noticias Secretas* y editaría en 1826. Si bien es verdad que este testimonio puede parecer exagerado cuando describe los abusos de los curas y los corregidores, hay que convenir en que no resulta exótico dentro del panorama de informes y suplicaciones que los indios, a través de procuradores, hicieron llegar a las autoridades metropolitanas. Tampoco estas *Noticias Secretas* disienten, en lo fundamental, respecto de otros escritos coetáneos que enfocaron la realidad social y económica del Perú, aún cuando se puede convenir en que Juan y Antonio Ulloa tal vez, cargaron las tintas en algunos de sus relatos.

Políticamente se vivía en aquel entonces un clima de relativa paz, y el Virrey Superunda —militar de carrera cuya experiencia había destacado en la guerra con los Araucanos— cumplió con doblegar la rebelión de Juan Santos Atahualpa, el indio rebelde y escurridizo que destruyera con su descabellada rebelión las avanzadas misioneras de los franciscanos, postergando de esta forma, por muchos años, el avance civilizatorio en la selva central.

El Perú en la segunda mitad del setecientos se transformaba, y las renovaciones ideológicas, los cambios institucionales que Felipe V, el primero de los Borbones de España había iniciado en la Península, madurarían durante el reinado de Fernando VI, y se materializarían en América, en forma ya sistemática, racional y ordenada, durante el gobierno de Carlos III, cuya preocupación indiana es notable en todos los aspectos.

Será en esta segunda mitad del setecientos, pues, en que se desarrolle la vida de este peruano ilustre, cuya influencia, no obstante los vaivenes políticos y los vetos oficiales, será decisiva en los principales problemas que se refieran al Perú; a este Perú cuya honda transformación se asentaba y que culminaría con su singularidad irrevocable, con su independencia definitiva.

*
* *

José Javier Leandro Baquijano y Carrillo, hijo segundo del Primer Conde de Vistaflorida don Juan Baquijano de Beascoa, Uriguen Uribe y Ugalde, pertenecía a una esclarecida familia limeña.

Su padre, un notable comerciante había conseguido, en los tiempos de bonanza comercial, amasar notable fortuna. En aquel entonces la nobleza tradicional —la que descendía de los encomenderos y conquistadores de la

tierra— habíase empobrecido, entre otras razones porque la corona Española había suprimido el año de 1720 las encomiendas.

Los constantes agobios económicos de España —siempre comprometida en conflictos internacionales— impulsábanla, con una frecuencia cada vez mayor a subastar títulos de Castilla, para de este modo poder afrontar los graves problemas de Estado. Aprovechando una de estas coyunturas precisamente, es que don Juan Bautista Baquíjano compró el condado de Vistaflorida, pagando un buen precio por el título. El primer Conde de Vistaflorida estaba casado con una ilustre dama criolla, doña María Ignacia Carrillo de Córdova y ostentaba en su pecho la Cruz de Santiago. Si bien es verdad, pues que su título es dieciochesco— vale decir reciente— y por añadidura comprado, hay que tener presente que los Baquíjano eran hijosdalgo vascongados y los Carrillo de Córdova pertenecían a la más añeja nobleza peruana. Aquí se da el caso típico y frecuente del siglo XVIII peruano: el entronque de una familia —hidalga es verdad, y cuya limpieza de sangre se ha probado— cuya mayor fuerza es la económica, que por esta fuerza puede tener acceso a la nobleza y que situada en este plano nobiliario, enlaza con la nobleza tradicional peruana. En efecto, en el setecientos, los burgueses que se han enriquecido, principalmente por el ejercicio del comercio tienen como meta

casi invariable la de conseguir un título de Castilla. Y es que los tiempos habían cambiado en forma radical. El desempeño de la actividad mercantil no era tenido ya en el consenso de la sociedad, ni tampoco en el ámbito oficial, como dicho vergonzante y cada vez tenía más fuerza el refrán tradicional que dice “poderoso Caballero es don Dinero”. Y los nobles que antaño despreciaron a los mercaderes —se entiende a los grandes mercaderes— no tenían ahora mayor reparo en emparentar con ellos. Es así como los intereses de estos nobles empobrecidos y de estos burgueses adinerados se van a confundir muchas veces y van a aparecer como un sólido bloque frente a trascendentales planteamientos.

Don José Baquíjano no fue el mayorazgo y como segundo que era, estaba casi fatalmente destinado a vestir los hábitos eclesiásticos o a seguir la carrera de las letras.

El joven Baquíjano hará sus primeros estudios en el Real Colegio de San Martín prosiguiéndolos en el Seminario de Santo Toribio. El primero de estos centros de enseñanza estaba regentado por la Compañía de Jesús, cuya influencia en el ámbito educativo fue notable hasta su drástica expulsión en el año de 1767. Tanto en el Colegio jesuita como en el Seminario, Baquíjano y Carrillo dará muestra de su inequívoca vocación intelectual y de su precocidad que comentaban con asombro sus maestros y condiscípulos.

En el Seminario de Santo Toribio conocerá a su futuro favorecedor don Agustín de Gorrichátegui. En este centro de estudios que, como afirma Riva-Agüero, fue el núcleo de la ilustración y de las investigaciones teológicas y filosóficas hasta la organización del Real Convictorio de San Carlos, logró el joven estudiante las mejores notas y la fama de su sabiduría e inquietud fue haciéndose cada vez más sólida. A los 13 años de edad se recibe de doctor en Cánones y Leyes y toma parte en un certamen literario dedicado al Arzobispo Diego Antonio Parada. Joven aún va a graduarse de abogado, y por sus brillantes condiciones se le asigna la regencia de una clase en el Seminario de Santo Toribio. En calidad de letrado lo nombran asesor del Cabildo y del Consulado limeño. La carrera tanto administrativa como académica del joven limeño no podía ser más destacada y vertiginosa. En aquel entonces sus estudios parecían encaminarlo a seguir la carrera eclesiástica y pensando avivar esta vocación y por la gran estima que tenía de su persona y de su familia, don Agustín de Gorrichátegui, rector del Seminario de Santo Toribio, al ser electo obispo del Cuzco, nombrará a Baquíjano su Secretario. Correrá el año de 1771 y Baquíjano tenía por aquel entonces sólo veinte años de edad. Al año siguiente, en 1772, se realizará en la capital del virreinato el Sexto Concilio Provincial, al cual asistirá el recién Consagrado Obispo del Cuzco. Su brillan-

te secretario tendrá ocasión de participar, en forma indirecta en esta reunión, dando muestra, una vez más de su versación canónica.

En el propio año de 1772 Baquíjano pasará al Cuzco en compañía del Obispo Gorrichátegui. La influencia de este santo varón en el futuro Precursor peruano será honda, mas decidido Baquíjano a dejar los estudios eclesiásticos, regresará a Lima en febrero de 1773 con el firme propósito de viajar a la península. Con este fin organiza su respectivo informe de filiación, y premunido de importantes recomendaciones para parientes y amigos en Madrid se dirigirá a la Metrópoli.

El objetivo concreto de Baquíjano en este su primer viaje a España será el de conseguir una ubicación ya sea en la magistratura indiana o en algún otro puesto importante; mas también deseaba ampliar su información intelectual y vincularse con personas versadas en las nuevas corrientes filosóficas que él admiraba y que en su lejana ciudad natal había conocido, al margen de la celosa vigilancia que el Tribunal de la Inquisición y las autoridades virreinales ejercían para impedir que estos libros con planteamientos heterodoxos pudiesen llegar a manos de la gente pensante del Perú.

Baquíjano poseía importantes vinculaciones en Madrid y no le fue difícil conectarse con las familias más principales. Empezó sus gestiones para conseguir una ubica-

ción decorosa en Lima y para ello hizo gala de sus múltiples merecimientos personales. Las autoridades metropolitanas no podían ignorar la valía intelectual de Baquíjano ni tampoco hacer caso omiso de su carrera brillante y meteórica. Empero pasaban los meses y don José no conseguía el ansiado favor político. Riva-Agüero opina que Baquíjano se obstinó en conseguir una plaza togada en Lima desechando las proposiciones que le hicieran para colocarlo en las Audiencias de Barcelona y Valencia o en las Charcas o Quito. Dice además el polígrafo peruano, gran biógrafo del precursor, que Baquíjano conquistó muy buena fama en la península. La verdad, empero, parece ser muy otra. Por un documento que publicáramos hace ya algunos años se infiere que la "fama" del joven limeño en Madrid no era precisamente muy buena y antes bien se había dado al juego y a las reuniones poco ordenadas. Don Manuel de Gorrichátegui, hermano del Obispo del Cuzco, escribirá una esquela al bailío Fray Julián de Arriaga haciéndole saber que su pariente Baquíjano a quien procuró "introducir con las personas del primer respeto", es hombre auténticamente sabio, pues es un prodigio lo que sabe de historia, filosofía y "demás literatura"; mas —agrega— a pesar de estos conocimientos intelectuales es digno de compasión porque "empapado con las máximas que le han sugerido ciertas gentes, y lleno de los perversos

errores que afligen a la Iglesia en estos tiempos, sólo piensa en abandonarse a los placeres y en vivir sin otra ley que la del libertinaje y corrupción". La denuncia de Gorrichátegui llegó a manos de los funcionarios de la Secretaría de Indias y luego de pedirse diversos informes, se ordenó en forma perentoria a Baquíjano abandonara la Corte, se dirigiera a Cádiz y de allí en la primera ocasión de navío, se embarcara rumbo a su patria. En abril de 1776 lo encontramos a D. José en la ciudad gaditana, pidiendo —inútilmente— una revocatoria a las autoridades madrileñas. Ese año, pues, debió regresar a Lima.

En el mismo año de 1776 el Secretario de Indias Gálvez había nombrado a un destacado funcionario —probo, austero, aunque impolítico— como Visitador de los Tribunales del Perú. Era éste don José Antonio Areche, bilbaíno, que había colaborado con el propio Gálvez en otra visita que se había realizado en Nueva España. Y un año antes, en 1775 —el día 31 de diciembre para ser exactos— había hecho su solemne ingreso a Lima el nuevo Virrey don Manuel de Guirior que reemplazaba a Don Manuel Amat, el hombre que en frase de don Carlos Pereyra "expulsó a los jesuitas y militarizó el País".

Baquíjano que traía el ánimo entristecido por su sorpresivo retorno, encontrará muy cambiada a su patria y será testigo de las largas y enojosas disputas que, cada vez

con más violencia, se suscitarán entre Guirior y Areche. Hemos indicado ya que el Visitador era hombre inflexible y que se había hecho la firme resolución de cumplir a rajatabla su cometido: sanear las rentas virreinales, que por el desgobierno, la mala administración y las innumerables corruptelas, se encontraban en un estado ruinoso. Su misión era en verdad difícil e ingrata. Todos veían a su persona como el recaudador molesto que venía a aumentar las cargas tributarias. Guirior, en cambio —que temperalmente era el polo opuesto de Areche— representaba en esta original coyuntura el punto de vista peruano. Es por ello que los criollos influyentes y bien acomodados —que no eran partidarios de reformas o visitas escrutadoras— darán desde el comienzo su franco y decidido apoyo al Virrey. Los informes del Visitador serán cada vez más violentos contra Guirior, y la Corona se verá precisada a destituirlo rápidamente. La aristocracia peruana, de la que formaba parte Baquijano, vio entristecida la separación del virrey amigo y complaciente y su ánimo debió sentirse deprimido por el triunfo del nada simpático Visitador.

Cuando Jáuregui llegue al Perú, conjuntamente con Areche, tendrá que hacer frente a la más importante y cruenta rebelión que se produce en el Perú durante el siglo XVIII: la de Túpac Amaru. Ya para aquel entonces —año de 1780— nuestro personaje había

sido nombrado protector interino de los naturales ante la Audiencia de Lima; era asimismo —en calidad de interino también— Fiscal del Crimen y regentaba la Cátedra de Instituta de la Universidad de San Marcos, siendo nombrado luego, en la centenaria universidad, Catedrático de Víspera de Leyes.

Baquijano y Carrillo, por sus convicciones íntimas y por la misma calidad de protector de naturales que tenía, no pudo ver con buenos ojos la represión violenta que organizó Areche, luego de haber vencido al cacique de Tungasuca. Le dolía, como cristiano y como peruano que era esta despiadada persecución que iniciara el férreo Visitador. Es por ello que, en el año de 1781, cuando el 27 de agosto pronuncie su célebre Elogio de Jáuregui, no parará mientes en aludir, en forma expresa su repudio a los gobiernos despóticos y sanguinarios.

* * *

Era tradicional durante el coloniaje que la Universidad de San Marcos tributara a los nuevos vicerreyes una lucida recepción en sus claustros. En aquellas ceremonias, que los rectores procuraban dar la mayor solemnidad, se encargaba a un destacado catedrático la misión de pronunciar el Elogio del nuevo Virrey. Era costumbre que estos famosos discursos fueran ramplones y altisonantes lisonjas de los personajes bienvenidos. En estilo

encrespado y barroco, se estilaba así destacar los merecimientos personales de los Virreyes y se daba cuenta en artificiosa y a todas luces exagerada relación de los hechos más importantes de su vida. Bien es verdad que hay excepciones en estos farragosos documentos de abominable literatura, como es el caso del discurso que pronunciara Bouso Varela, en la recepción de Guirior, quien, seguramente aludiendo a las arbitrariedades de Amat dijo en aquella ocasión: "No es servir al rey oprimir sus vasallos, ni la Corona debe hacer medras con el gravamen de ellos..."

Empero, en puridad de verdad, ha de ser Baquíjano y Carrillo quien con su oración pronunciada en la ceremonia de San Marcos, rompa, con una valentía realmente admirable, los anquilosados cánones de aquellos Elogios.

La significación de este documento —que es ciertamente un testimonio precursor— es tanto más valiosa cuanto que se le ubica en las circunstancias políticas del momento. El Perú, en efecto vivía momentos de honda tensión, no sólo por el estallido de la revolución de Túpac Amaru —que tuvo dimensión continental— sino por la convulsión toda que agitaba al Virreinato. Prueba elocuente de ello son las conspiraciones, bandos y pasquines, amén de las revueltas que en el año de 1780 se dan en importantes ciudades de la sierra, como Arequipa y el Cuzco y también en otros centros altoperuanos.

Estas protestas, una de cuyas formas típicas va a ser la de los pasquines anónimos, tienen como denominador común la fidelidad a la Corona pero un franco y decidido repudio al mal gobierno. Habida cuenta, pues, de estos hechos es que realmente asombra como este joven catedrático sanmarquino desplegó, al socaire de una erudición de hojarasca, una franca crítica a la autoridad española. El hecho de aparecer en este Elogio los términos de tiranía, sangrienta política y humillación, como muy bien afirma Riya-Agüero, lo señalan como un claro anuncio de la independencia. Y es que el grupo de criollos influyentes —de estos mismos criollos que habían amparado la gestión de Guirior— procurará alinearse al lado de los mestizos que se sentían oprimidos y cada vez más descontentos por los desaciertos de un régimen que ciertamente debía cambiar radicalmente o desaparecer.

A parte de esta actitud de franca rebeldía y protesta que manifiesta Baquíjano en su Elogio, hay otro aspecto que interesa subrayar de manera muy especial: es el de las citas heterodoxas. En efecto, para sustentar sus argumentos el intelectual limeño acudirá al testimonio de diversos autores que ciertamente no estaban en la línea del pensamiento tradicional hispánico; y muchos de ellos habían sido condenados, siendo perseguidos los ejemplares por el Tribunal de la Santa Inquisición. Así aparecerán

en su discurso citas de Maquiavelo, Las Casas, Bayle, Linguet, Montesquieu, amén de referencias a la famosa Enciclopedia.

Resulta curioso sin embargo que las autoridades virreinales, en un primer momento no reaccionaron frente a la insólita requisitoria de Baquijano. Este hizo imprimir su discurso y pronto se empezaron a repartir los 600 ejemplares. Los asombrados ojos de funcionarios avisados, empezaron entonces a calar el hondo contenido del Elogio y pronto estuvo enterado don José de Gálvez, Ministro de Indias — que pocas simpatías guardaba por el limeño— de las duras críticas que encerraba el “libelo”. A Lima llegó la Real Orden del 1º de agosto de 1783 que ordenaba la requisa del folleto. Es así como 312 ejemplares serán enviados a la Península, disponiéndose la destrucción de los restantes, por orden impartida el 10 de agosto de 1785.

Ya en la Secretaría de Indias se habían evacuado copiosos informes en los que se analizaba la rebeldía de Baquijano, envuelta en circunloquios y las invectivas dirigidas contra la autoridad indiana.

Plateada la situación en estos términos el nuevo Virrey Caballero de Croix, recibirá la orden terminante de amonestar en forma severa a Baquijano, quien de inmediato debía entregar a las autoridades pertinentes los libros prohibidos que había mencionado en su trabajo.

El profesor sanmarquino, compungido y vencido por las circuns-

tancias, se verá obligado a plantear una solemne retractación, no sólo en la entrevista que tendrá con el virrey, sino también, por escrito, en un documento en el que muestra su ánimo arrepentido, su incommovible fidelidad a la Monarquía y su respeto por el pensamiento ortodoxo. Dice Baquijano en esta célebre retractación, cuyo texto se conocía en parte por versión de Torre Revello, que nunca fue su ánimo presentarse como un súbdito rebelde, sino que antes bien se considerara sumiso vasallo; que respecto a las citas de libros prohibidos, si bien es verdad poseía algunos de ellos, no podrían considerarse como manifestaciones desviacionistas, porque pudo apoyarse en otros autores de recomendable autoridad, mas a veces, “el deseo de singularizarse en las noticias hace caer en los más culpables yerros”.

La altiva y gallarda protesta del joven reformista universitario aparece así, poco menos que opacada o desmentida con este testimonio de su retractación que es su cara opuesta. Mas hay que considerar los hechos dentro del panorama político del Perú en aquel entonces y sopesar debidamente las circunstancias para poder entender la actitud de Baquijano.

Con posterioridad a la lectura y publicación de su *Elogio*, Baquijano había pruebas nada equívocas de su rebeldía en la Universidad de San Marcos, en donde encabezaba al grupo de profesores reformistas que deseaba dar nueva vida a la vetusta

casa de estudios. El estado decadente de San Marcos en el siglo XVIII, es por demás conocido. La vida académica era casi nula y profesores rutinarios repetían doctrinas anquilosadas y pasadas de moda que la modernidad, en Europa, inclusive España, había abandonado por completo. Amat intentó una reforma en San Marcos, mas ella no pudo revitalizar la vida de la primera casa de estudios del Perú. Con la expulsión de los jesuitas, el estado de la educación superior en nuestra patria fue agravándose cada vez más porque la Compañía, que regentaba los importantes Colegios mayores de San Martín y de San Felipe, daba, en forma indirecta, vida a los claustros sanmarquinos, en razón de que los colegiales asistían, acompañados de los respectivos maestros, a las clases que allí se dictaban.

En el año 1783 Baquíjano postulará al rectorado, siendo su opositor don Miguel Villalta. Las expectativas del limeño eran grandes, no sólo por sus merecimientos intelectuales y su ánimo transformador, sino también porque representaba la austeridad administrativa, frente a los anteriores rectores que, como Joaquín Buoso Varela o José Ignacio Alvarado y Perales, no habían sabido dar buena cuenta económica de sus gestiones.

La participación de Baquíjano en la liza universitaria conmovió a toda Lima, mas infortunadamente —y parece que en una votación no muy limpia— fue derrotado por su contrincante Villalta.

Estos hechos demuestran que el intelectual peruano, hacía pública gala de independencia y su altivez aparecerá en estas contiendas académicas y en sus escritos refutando a sus adversarios.

Empero, precisamente estas disputas, crearán un ambiente poco favorable a Baquíjano, y sus enemigos lo acusarán de elemento perturbador y díscolo. Así las cosas viene la severa reprimenda por su Elogio. Frente a todas estas circunstancias adversas y atacado cada vez con más dureza por sus opositores, a Baquíjano no le quedará otro camino que el de la retractación.

El arrepentimiento de D. José debió ser, pues, más aparente que real. Hay hechos posteriores que confirman su acre censura a las autoridades virreinales. Tal es el caso, por ejemplo de la defensa del influyente vecino del Cuzco D. Antonio Ugarte, que fuera implicado —como colaborador y cómplice— en la rebelión de Túpac Amaru. Los recursos que Baquíjano escribió para Ugarte —primo del cacique sublevado— están dirigidos principalmente contra dos connotados Oidores de la Audiencia: don José Portilla y don José Reza-ban Ugarte. Aun cuando el letrado no aparecía en estos escritos, el estilo inconfundible de Baquíjano se traslució prontamente y el Virrey Croix que había informado a la Corona española el año de 1786 que el reprendido escritor era ejemplo de buena conducta y sumisión, hubo de cambiar de opinión.

La vida de nuestro biografiado aparece así en el decenio que va de 1780 a 1790 lleno de vicisitudes, congojas y problemas. Su persona —no empero el fidelismo de que hizo gala hasta el fin de sus días— merecía poca confianza a la Corona española, que, parece ser, tardó mucho en olvidar la protesta gallarda que encierra el tantas veces citado *Elogio* del Virrey Jáuregui.

* * *

Cuando en 1790 llegue a Lima el bailío don Fray Francisco Gil de Taboada y Lemos empezará un nuevo período en la vida de Baquíjano y Carrillo. En efecto, este virrey progresista acogerá al grupo de intelectuales que editará el famoso *Mercurio Peruano*. Este cenáculo integrado por Unanue, Rodríguez de Mendoza, Morales Duárez, el oidor Ambrosio Cerdán, el padre Fray Diego Cisneros, el propio Baquíjano y otros más, formará una sociedad económica que con el nombre de Amantes del País, funcionará en Lima a semejanza de las otras famosas sociedades que como la Vascongada del conde de Peñaflores, habían aparecido en la península.

El objetivo más importante de esta sociedad fue, como queda dicho, editar el periódico *Mercurio Peruano*, cuyo prospecto se publicará a fines de año de 1790, apareciendo el primer número en 1791. Se repartía dos veces por semana y sus colaboradores, que

adoptaron seudónimos griegos, darán a luz importantes trabajos sobre la realidad peruana. Baquíjano —que se firmaba Cefalio— escribirá aquí su *Historia de la Real Audiencia de Lima*, la *Historia de la Universidad Mayor de San Marcos* y otros trabajos menores. Pero su colaboración de mayor aliento fue sin duda la conocida *Disertación histórica y política sobre el Comercio del Perú*. El autor se muestra como un defensor de la libertad mercantil y hace reiterado elogio del Reglamento de Libre Comercio de 1778. A través de sus citas se puede apreciar que a parte de jurista notable, Baquíjano fue hombre enterado de las corrientes económicas vigentes en aquel entonces y la erudición de que hizo gala en otros ensayos jurídicos aparece también en esta su disertación económica, que infortunadamente no ha sido estudiada hasta la fecha, con la seriedad que merece.

El *Mercurio Peruano* sobre cuya calidad literaria se han dado diversas y contradictorias opiniones, tiene como mérito fundamental no su aspecto estilístico, que ciertamente es poco elegante, si consideramos el periódico en conjunto. Puede parecernos farragoso y pesado unas veces, y barroco y enrevesado otras; mas lo que tiene de permanente y valioso es su testimonio peruanista. El hecho de que este grupo de intelectuales —en su mayor parte criollos— se haya abocado a la tarea común de estudiar el Perú, de divulgar su historia, sus

costumbres, sus riquezas, revela no sólo una madurez mental y una auténtica independencia de criterio, sino una amorosa y desinteresada vocación por la tierra en que vivían. Tal a nuestro juicio, el mérito relevante del *Mercurio Peruano* que lo hace aparecer como claro precursor de nuestra independencia.

Baquijano y Carrillo que hasta el año de 1793 fue Presidente de la Sociedad Amantes del País, viajó ese mismo año a la península. El año inmediato anterior la Corona lo condecoró con la Cruz de Carlos III y había obtenido la Cátedra de Prima de Cánones. Su situación, al parecer, había cambiado y el profesor díscolo que fuera reprendido por el Virrey Croix, merecía los favores no sólo del Virrey Gil —cuyo sobrino Francisco habíase desposado con doña Josefa Baquijano, hermana de nuestro biografiado— sino también del rey de España. Es posible que se fueran olvidando —aunque no del todo— los arrestos del catedrático limeño. Este cambio de actitud de la Corona puede explicarse, además, por el hecho de que ya no era ministro D. José de Gálvez, Marqués de Sonora, que —conjuntamente con su camarilla influyente— sentía una notoria desconfianza por Baquijano.

Lo cierto es que en este segundo viaje a la península, D. José llevará importantes comisiones del Ayuntamiento y de la Universidad de San Marcos de Lima, de la que era Vicerrector, luego de las elec-

ciones de claustro celebradas en julio de 1791.

Baquijano, como hombre universitario, debió recibir con mayor entusiasmo la comisión del claustro sanmarquino; empero, los asuntos que le encomendaba el ayuntamiento limeño, por su significación, eran más importantes. Estimaba esta última corporación que sus atribuciones habían sido mermadas notablemente desde que se implantara el régimen centralizador de las Intendencias, que había convertido a los cabildos seculares en poco menos que superestructuras, con atribuciones recortadas y jurisdicción cada vez más limitada.

Se le pedía a Baquijano, además, gestionara ante las autoridades españolas la formación de un Colegio de Abogados, la alternativa en las elecciones de Prior y Cónsul del Tribunal del Consulado, entre criollos y españoles; que la tercera parte de las plazas togadas, por lo menos sean conferidas a peruanos; y finalmente se elevaba una enérgica protesta contra el Reglamento de Comercio Libre.

Como puede verse, pues, los puntos principales que el comisionado debía gestionar en España no eran sino el trasunto de las aspiraciones de los criollos, quienes cada vez con más fuerza hacían ver a las autoridades de España, su derecho de intervenir en forma más directa en los asuntos de gobierno de la tierra americana. El último punto —el de la protesta por el Reglamento de Comercio Libre de

1778— es perfectamente explicable, habida cuenta de que quienes encomendaban a Baquíjano este asunto eran, en su mayoría, poderosos comerciantes que habían visto mermadas sus ganancias al quebrarse el monopolio del que ello eran usufructuarios muy principales.

Ello no obstante es curioso —como señala Riva-Agüero— que Baquíjano aceptara este pedido de sus compatriotas, cuando él había señalado, con muy sólidas razones y argumentos, las ventajas del comercio libre en su trabajo ya citado del *Mercurio Peruano*.

Baquíjano y Carrillo en calidad de apoderado de ambas instituciones tuvo que salvar una serie de dificultades de orden formal para que su personería fuera aceptada. Después de un despliegue de recursos y apelaciones consiguió, finalmente, que la Corona lo tuviera por representante legítimo de la ciudad limeña.

Empero, el ambiente y las circunstancias políticas en España eran adversas para contemplar, con la calma necesaria, los planteamientos que traía a consideración real el criollo. Se había declarado la guerra a Francia y los compromisos bélicos, como es obvio, eran los que más preocupaban al Rey y a sus Ministros. Mas también hay que tener presente que el nuevo Monarca Carlos IV y su valido Godoy —luego Príncipe de la Paz— habían vuelto la espalda a los problemas americanos y los secretarios

y Estadistas de la talla de Florida-Blanca y Aranda, hallábanse prácticamente desterrados de la Corte y al margen del favor oficial.

Es así como nuestro personaje comprobará, una vez más, las dificultades y penurias de toda gestión ante las autoridades metropolitanas. Su hermano, el Conde de Vistaflorida, escribirá a Lima: “Pepe está sin novedad; y va palpando las demoras y desengaños de la Corte”.

Los meses transcurrían y Baquíjano no conseguía concretar los pedidos de la Universidad ni del Ayuntamiento limeño ni tampoco iban por buen camino las gestiones personales que desde su llegada a España iniciará para conseguir una plaza togada en Lima. Comunicó los pormenores de sus gestiones a sus mandantes y renunció al encargo que le habían conferido. Habiendo conseguido sólo, luego de largas negociaciones, la Alcaldía honoraria del Crimen en la Audiencia limeña y su jubilación en la cátedra de Prima de Cánones, decidió regresar a su patria. Su permanencia en España, le servirá, empero, para renovar viejas amistades y concurrir a los salones más principales en Madrid. Allí aparece, nuevamente, su fama de hombre espléndido, gastador —tal vez en demasía— y de gran aficionado a los juegos de azar.

Antes de partir a Lima, le esperaban nuevos tropiezos y dificultades. Otro conflicto bélico —ahora con Inglaterra— tenía los puertos españoles prácticamente bloquea-

dos. Baquíjano pasará a Cádiz, en donde se padecía hambre y peste. Allí enfermará gravemente pero, una vez restablecido, contribuirá no sólo con su entusiasmo, sino también con su dinero a paliar los graves problemas que se presentaban en la ciudad. Por fin, luego de dejar un grato recuerdo entre los habitantes de la ciudad gaditana, partirá rumbo al Perú. El año de 1801 se embarcará en la fragata de guerra Santa Rufina llegando al Callao en los primeros días de 1802.

El recibimiento que le esperaba —no sólo de sus amigos aristócratas sino también del pueblo— fue insólito, por lo grandioso y entusiasta.

Luego de instalarse nuevamente en Lima, Baquíjano se reincorporó a sus habituales labores. Desempeñó la Alcaldía del Crimen y también el cargo de Juez de Alzadas de los Tribunales del Consulado y de la Minería que le había sido adjudicado a perpetuidad en España.

Compartía el limeño ilustre sus labores de magistrado con las tertulias en las que él era el centro obligado; allí debió contarle a sus paisanos su entrevista y conversación con otro peruano prestigioso: D. Pablo de Olavide, a quien había tenido oportunidad de ver y conversar sobre la patria lejana; y también les referiría sus múltiples vinculaciones, sobre todo con criollos que de otras regiones americanas habían viajado como él a Madrid para conseguir situaciones mejores

o para solicitar cargos en sus patrias respectivas, así como los vínculos que estableció, a su paso por La Habana, con don Luis de Las Casas, gobernador de dicha ciudad que prestó —como Gil de Taboada en el Perú— protección a los literatos y escritores.

Uno de los más caros anhelos de Baquíjano: la plaza togada en Lima, llegará por fin el año de 1807. Hacía un año que se encontraba en el Perú don Fernando de Abascal, uno de los más notables virreyes que tuvo el Perú y días difíciles se avecinaban para la Monarquía española. D. José —cate-drático, escritor, jurista— había ansiado siempre obtener un asiento en la Audiencia limeña. Al decir de Riva-Agüero, rechazó en diversas oportunidades nombramientos para cargos similares en otras partes de América y España y siempre insistió en sus incontables peticiones, para que se le nombrara Oidor en su tierra natal. Bien sabía Baquíjano que existían en la legislación india-na disposiciones que prohibían en forma expresa, la colocación de americanos en los lugares de su nacimiento. Estimaba la monarquía que era peligroso el nombrar en sus respectivas patrias como Oidores a vecinos del lugar, porque existiendo las naturales vinculaciones de amistad y relaciones de parentesco, era muy humano que el Oidor —Juez que necesitaba independencia de criterio y absoluta imparcialidad— no se sintiera lo suficientemente liberado de estas.

circunstancias que, a la postre, iban a conspirar contra una buena administración de justicia. Es por ello, pues, que los funcionarios metropolitanos negaban cualquier solicitud de americanos que deseaban administrar justicia en sus audiencias naturales. Esta prohibición no sólo regía con los magistrados sino que —dentro de la sabia política española— tenía vigencia también para otros cargos administrativos de importancia. Y más aún, los miembros de la alta burocracia —Virreyes, Oficiales Reales, Oidores, etc.— estaban impedidos de casarse con personas del lugar durante el término de su gestión americana. Mas una cosa era la ley y otra la realidad. No fueron infrecuentes los nombramientos de Oidores que recayeron en personas del lugar, ni tampoco las dispensas para que los funcionarios españoles desposaran con hijas de influyentes criollos. En 1807, pues, Baquíjano recibió su ascenso a Oidor del Tribunal de Justicia limeño, cargo que desempeñará, no sólo con la sabiduría del jurista versado, sino también con la independencia y rectitud del hombre escrupuloso, que contrastaba con la conducta de muchos jueces venales que no era ejemplos de sana justicia.

El ejercicio de la judicatura no desvinculará a Baquíjano de sus actividades intelectuales y la coyuntura de haber sido nombrado juez protector del Colegio de San Carlos, le permitió, una vez más, reiterar su apoyo a la renovación

de los estudios superiores. En la Universidad de San Marcos, nada ciertamente se podía adelantar, pues la esclerótica situación académica habíase agudizado a tal punto que las actividades de la casa centenaria se reducían a tomar exámenes y a conferir grados. El Convictorio, por el contrario, era el centro del reformismo, representado por Rodríguez de Mendoza a quien Baquíjano prestará su entusiasta apoyo.

Abascal, el Virrey férreo, cuya actividad incesante y cuyo celo irreprochable lo constituían en el más serio baluarte del fidelismo en América, se mostró siempre generoso y comprensivo con el limeño, cuya popularidad era cada vez mayor; mas aún cuando en el año de 1808, por haber fallecido su hermano sin descendientes, entró en posesión del Condado de Vistaflorida. Baquíjano, cuyas rentas reducíanse a los ingresos profesionales, se vio de esta manera convertido en uno de los hombres más ricos del Perú; y su magnificencia y espíritu caritativo con los necesitados se materializó en múltiples oportunidades, siendo también frecuente su ayuda a los literatos e intelectuales en general.

Este momento de apogeo del nuevo Conde de Vistaflorida —que ya era reconocido como el indiscutido jefe del grupo liberal peruano— coincidirá con una etapa triste y aciaga para la Monarquía española. Los acontecimientos de la Madre Patria consternaron a los súbditos americanos, quienes en

una perplejidad cada vez mayor recibían las infortunadas noticias de los sucesos políticos que se desarrollaban en la península.

El movimiento juntista que se iniciara en América en el año de 1809, no tendrá vigencia en el Perú, por la hábil política de Abascal, cuya severa y enérgica actitud convirtió al Perú en el centro contrarrevolucionario. Y ello —al margen de la personalidad del Virrey— no era insólito que ocurriera, si consideramos que el Perú era el más importante Virreinato de Sudamérica, en donde, como es lógico, estaban concentradas las fuerzas militares más fuertes y organizadas de la Corona española. Mas no se crea por ello —como han repetido intonso e indocumentados— que el Perú aceptaba esa situación tranquilamente. Nada más falso. Precisamente durante casi toda su gestión, Abascal tuvo que estar alerta frente a una situación de general conspiración en nuestra patria; estado de conspiración que devenía a veces en una revuelta, en una asonada o en una revolución sangrienta. Los patriotas peruanos —hay múltiples testimonios de ello— estaban en contacto con los conspiradores y los revolucionarios altoperuanos y argentinos y el partido separatista era cada vez más fuerte.

Cuando el año 1812 se promulgue la famosa constitución de Cádiz —cuya juramentación se hizo en Lima con el consiguiente disgusto de Abascal— los revolucionarios peruanos, que hallarán

asidero en este documento para sustentar sus puntos de vista, se mostraron cada vez más francamente hostiles a las autoridades virreinales.

Es así como nuestra patria participará también, —y de manera muy activa— en el cuadro general de descontento que veía como solución más radical la separación de España.

Bien sabemos, sin embargo que Baquíjano nunca fue separatista. Creyó sí que con una adecuada reforma de la monarquía indiana y sobre todo con una activa participación de los criollos en el gobierno se solucionaría el descontento, del que él, en más de una ocasión, fue portavoz enérgico. Es dentro de estos lineamientos que se puede entender algunas actitudes suyas —al parecer contradictorias— que en el fondo no desmerecen su personalidad de patriota ni desdichan de su calidad de precursor.

En los agitados años en que le tocó gobernar al Virrey Abascal —luego Marqués de la Concordia— aparecerá Baquíjano como hombre adicto al régimen y si bien su liberalismo de avanzada no conciliará con la tónica conservadora y miope del Virrey, hay momentos en que se nos presenta como reaccionario. Tal por ejemplo su conducta frente a los limeños que dirigidos por don José Matías Vásquez de Acuña conspiraban con un ánimo francamente separatista. Baquíjano considerará aquellas conspiraciones como actitudes desleales de

elementos descontentos para los que pedirá en su severo informe penas fuertes como el destierro de la capital del Virreinato.

Empero —y en ello queremos insistir— este proceder del precursor peruano hay que entenderlo dentro de su planteamiento sustantivo: el reformismo, del que nunca abdicó, sino que mantuvo con todas sus fuerzas, inclusive en la Península en sus días más aciagos y de desgracia frente al elemento oficial.

Debe advertirse también que en su denuncia contra los elementos separatistas hay una valiente actitud por parte del limeño. Los conjurados no eran hombres de escasa significación, sino más bien connotados personajes —algunos de ellos parientes de Baquijano— que pertenecían a su mismo estrato social y que no carecían de influencias. Con un profundo dolor —pero siguiendo los dictados de su conciencia— apoyará a las autoridades a combatir aquello que sus más profundas convicciones rechazaba: una ruptura violenta de España.

Uno de los más importantes acontecimientos que el reformismo planteara en España, fue la libertad de prensa decretada el año de 1810. Acogiéndose a esta libertad —nuncio de la otra política que vendría pronto— muchos americanos entusiastamente se lanzaron a la edición de periódicos, que aunque de vida efímera y azarosa, dejaron testimonio del pensamiento revolucionario.

Baquijano y Carrillo, promotor de empresas peruanistas y conspicuo reformista, respaldará, conjuntamente con Villalta y el Marqués de Torre Tagle la publicación del *Satélite del Peruano*, en donde, aparte de reproducir artículos que estaban en la línea de esta primera generación liberal del Perú, se insertaban encendidas protestas contra el absolutismo real que ellos entendían ya trasnochado y vencido definitivamente por el constitucionalismo español. Encontramos allí sentidas manifestaciones de solidaridad humana y elocuentes testimonios de preocupación social, como la que a continuación reproducimos: “el más ínfimo de nuestros conciudadanos, el pobre artesano, el indio infeliz, el triste negro, el pardo, el ignorante; —decía el *Satélite* en uno de sus números— todos serán objeto de nuestras tareas. A todos queremos hablar e instruir porque todos tienen derecho a oír y ser instruídos”. Existe, pues, en este grupo —del que Baquijano es jefe y conductor— un devoto y sincero programa reivindicatorio, no sólo en el plano político, sino —lo que es fundamental— en el orden comunitario, en el plano social. No obstante que existía esta libertad de prensa, la reaccionaria política de Abascal quiso acallar por todos los medios estas manifestaciones de espíritu transformador e igualitario.

El pensamiento de estos liberales peruanos, contrasta así con los de muchos de sus seguidores doctrinarios en el período republi-

cano, que a los negros o indios, cuya ilustración propugnaban los pensadores y políticos dieciochescos de este grupo, los consideraron como parte del paisaje y no fueron capaces de llevar un radical planteamiento para incorporar a la nacionalidad a estos grupos mayoritarios del Perú.

El año de 1812 será el más significativo tal vez para nuestro Conde. En efecto el 20 de febrero del propio año, la Metrópoli lo designaba como Consejero de Estado. El hecho de que tan importante puesto fuera ocupado por un criollo —que no era mediocre personaje sino representativo adalid de la intelectualidad peruana— causó alborozada reacción en nuestra patria. A los 61 años de edad, veía así Baquíjano coronada su carrera política. El júbilo se hizo presente —como en otras ocasiones— no sólo entre las clases altas, sino, que apareció con una explosión realmente insólita entre las clases acomodadas, entre los artesanos humildes, entre los negros esclavos, entre los indios sojuzgados: en suma en el pueblo todo de Lima que se lanzó a las calles para celebrar tan grata nueva. En la descripción de estas Fiestas que publicara el argentino José Antonio Miralla —luego secretario de Baquíjano— figuraban colaboraciones de personajes principales —como José Faustino Sánchez Carrión que le dedicó una Oda— e inclusive destacadas damas de la Sociedad limeña como doña Josefa Sierra, doña

Isabel de Orbea, la Marquesa de Casa Boza y la Baronesa de Nord-enflicht. Riva-Agüero en su conocida biografía del prócer destaca los encendidos elogios de estas señoras y reproduce estos castos versos de la Marquesita de Casa Boza:

Amable y digno señor,
 Prodigio de aqueste suelo,
 Hoy te tributa mi anhelo
 Rendido todo su amor;
 Se obscure su esplendor
 Tratando yo de elogiarte,
 Y así pues no puedo darte
 Alabanza que más cuadre,
 Sabe, que mi pecho arde
 cuando veo celebrarte

Literariamente las composiciones no pueden ser calificadas como modelo de buen gusto; empero hay auténtica emoción en los versos —muchos de ellos ramplones— y un sincero reconocimiento del peruano a quien veían encumbrado como alto funcionario en España.

El Ayuntamiento Constitucional decretó solemnes fiestas para conmemorar la fausta nueva y en ellas apareció también la fervorosa adhesión del pueblo limeño hacia Baquíjano. Una de las más solemnes ceremonias fue la que tuvo lugar en San Marcos en donde se realizó un acto académico de homenaje al viejo profesor universitario.

Vicuña Mackena y otros autores se han referido, aunque sin respaldo documental, a una presunta conspiración que debió llevarse a

cabo en Lima durante estas celebraciones y en la que habría tenido participación directa Baquíjano. Mas esta confabulación que debió ser comunicada a Abascal, no pasa de ser una simple conjetura. En efecto, el grupo liberal de Baquíjano mal podría estar descontento con la Corona española, porque el nombramiento de su jefe como Consejero de Estado, era para ellos el reflejo de un cambio de política en la Metrópoli que elevaba a puestos destacados a criollos de la talla del Conde de Vistaflorida. Si de este modo iban alcanzando sus aspiraciones reformistas es ilógico pensar que estuvieran promoviendo una revuelta contra la autoridad que ellos entendían legítima y que iba evolucionando de acuerdo a sus aspiraciones americanistas. Tal vez —y esto es sólo una suposición— los conspiradores separatistas, siempre alertas para utilizar cualquier coyuntura favorable, hubieran intentado algún golpe aprovechando del fervor popular; mas lo cierto es que no tiene asidero razonable la intervención del nuevo Consejero de Estado en la presunta conspiración.

Terminados los festejos, Baquíjano empezó a preparar su viaje a España. Partió del Callao y, como en el año de 1792, hizo escala en La Habana, llegando al puerto de Cádiz el 16 de enero de 1814. El gobierno se había desplazado a Madrid y allí se dirigió Baquíjano para jurar, el 14 de marzo del mismo año, su plaza de Consejero de Estado.

El Conde de Vistaflorida que se instaló espléndidamente en Madrid y de inmediato tomó contacto con viejos amigos y políticos, encontraba a la Península en un momento realmente azaroso. De América llegaban las noticias que daban a conocer el estado de casi total sublevación y Fernando VII, El Deseador, liberado por las autoridades francesas se aprestaba a regresar a España.

Los rumores sobre la reimplantación del absolutismo y supresión de las Cortes se hacían cada vez más patentes. Los liberales españoles — con los que Baquíjano había tomado ya contacto— veían con pesadumbre que se derribaban sus conquistas reformadoras y en la casa del Consejero peruano se reunían los más conspicuos criollos de toda América que coordinaban sus esfuerzos para afrontar el nuevo estado de cosas.

La represión del absolutismo que Fernando hizo cumplir cada vez con más dureza había de desplazar a los amigos y favorecedores de Baquíjano. El Duque de San Carlos, don José Miguel Carvajal y Manrique y el Ministro de Estado Manuel Lardizábal y Uribe, limeño el primero y mejicano el segundo, mientras gozaron del favor oficial consiguieron un tratamiento favorable para el Conde de Vistaflorida, a quien, según testimonio de Riva Agüero, se le llegó a nombrar en una plaza del Consejo de Indias, que Baquíjano renunció de inmediato.

Mas cuando estos favorecedores suyos —otrora influyentes y aho-

ra caídos en desgracia— fueron desplazados de los cargos del gobierno, Baquíjano —identificado siempre con la línea liberal, americanista y reformadora— tuvo que aceptar su confinamiento en Sevilla.

En la ciudad Hispalense, había de pasar, en este soledoso pero amargo destierro, los últimos días de su vida. Afianzando el absolutismo del atrabiliario Fernando VII, la revolución hispanoamericana se presentaba ya con caracteres irrevocables y el autonomismo era exigido con firme actitud, producida ya una escisión definitiva con España.

En el conocido *Informe* que evacuara Baquíjano a pedido del Duque de San Carlos, antes de caer definitivamente en desgracia, reitera su antigua fidelidad a la Corona, pero también se muestra disconforme con la política seguida por la Metrópoli en contra de los llamados insurgentes. Entiende Baquíjano y Carrillo que las provincias americanas conservan todavía respeto y fiel subordinación a la Monarquía y estima que la solución a

los levantamientos en América debe ser una solución netamente política, una solución que implica un nuevo planteamiento para los problemas de los criollos que como él, tanto habrían luchado por una auténtica igualdad de derechos entre peninsulares e indianos.

La reacción implacable de los *fernandistas* empero, como hemos visto, iba a recluirlo —ya sin esperanzas de lograr sus más caros anhelos— en Sevilla, en donde morirá el 24 de enero del año de 1817.

* * *

Tal —en síntesis apretada— la biografía de este peruano ilustre, preclaro defensor de los derechos de los criollos, que aunque no entendió —porque siempre fue enemigo de ella— una ruptura violenta con España, aportó con su inteligencia privilegiada, con su pugnacidad impertérrita y con sus estudios peruanistas, al nacimiento del Estado peruano, libre e independiente.

Del matrimonio de don Agustín Sánchez Carrión, un activo minero que llegó a ser alcalde de Huamachuco en 1805 y 1816, con doña Teresa Rodríguez y Ledesma, fue José Faustino Sánchez Carrión, titulado con justicia "Tribuno del Pueblo Peruano", el quinto de sus siete hijos, y nació el 13 de febrero de 1787, iniciada ya la etapa emancipadora, en Huamachuco, remoto y olvidado caserío español. A no mucha distancia de este curato español, se encuentran las ruinas conocidas con el nombre de Marca-Huamachuco, o Castillo de las Vírgenes del Sol. A juzgar por sus calles, muros de piedra cuidadosamente labrada, plazuelas y su famosa pila de piedra, debió haber tenido mucha importancia este pueblo o tambo indígena situado al borde del camino del Inca, donde —según Prescott— recibió Atahualpa la noticia del arribo de los españoles a Tumbes.

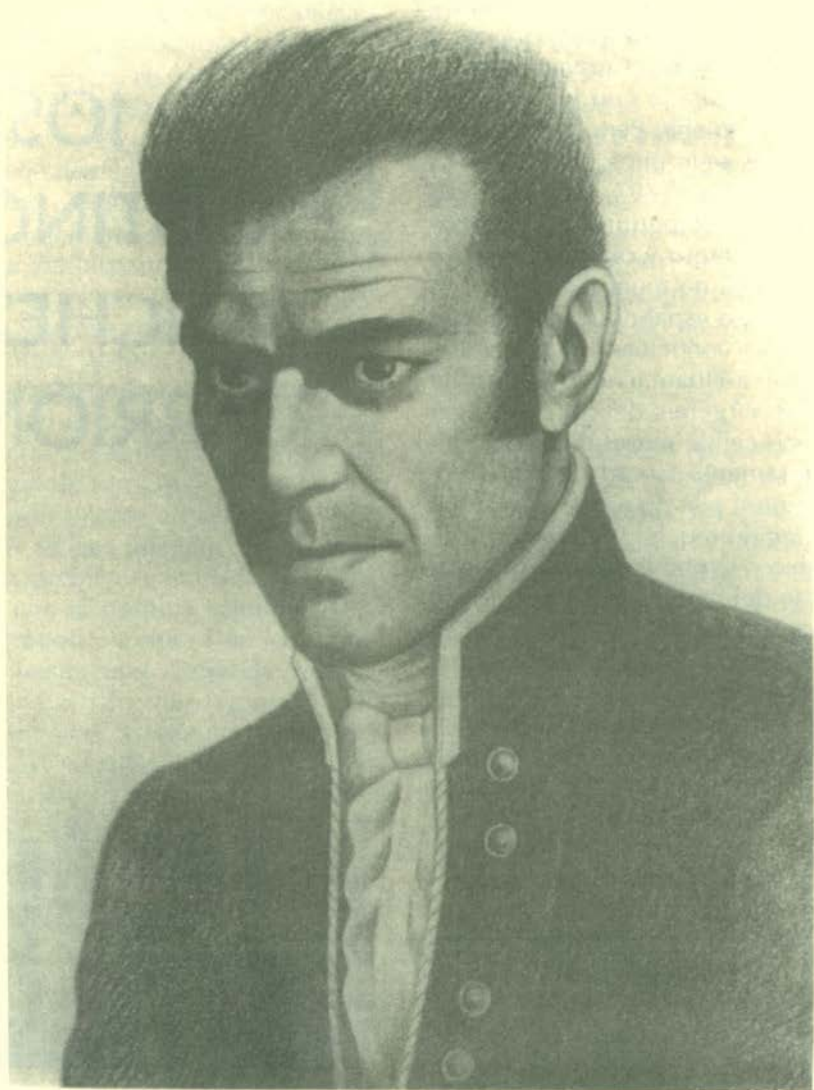
Este caserío denominado Guamachuco, por los cronistas Cieza de León, Herrera; y Huamachuco por Garcilaso, a pesar de ser capital de provincia, no tenía otro particular, según Cosme Bueno, geógrafo oficial del Virreinato, "que ser un paraje frío y asiento del Corregidor". Sin embargo el paraje frío de Huamachuco, recibió en varias oportunidades personajes que allí, o en otro lugar del país, realizarían actos de singular importancia; Túpac Yupanqui y Huayna Cápac, detuvieron sus andas ante el atónito caserío del oratorio solar, durante

ALFONSO PÉREZ BONANY

JOSÉ FAUSTINO SÁNCHEZ CARRIÓN



ALFONSO PÉREZ BONANY, (n. Lima, 1939), miembro del Instituto Riva-Agüero, auxiliar de la Cátedra de Historia de la Emancipación en la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica del Perú, en cuya Facultad de Derecho sigue estudios, trabaja en una investigación sobre el "Proyecto de Código Civil de Vidaurre".



[FOTOGRAFÍA DE UN ÓLEO ANÓNIMO].

ARCHIVO FOTOGRAFICO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ.

JOSÉ FAUSTINO SÁNCHEZ CARRIÓN

sus marchas del Cuzco a Quito, dice Porras Barrenechea. Fue Huamachuco, testigo de los increíbles actos de crueldad cometidos por Chalcuchimac, algunos de ellos narrados por el cronista Pedro Pizarro. Hernando Pizarro, al igual que Bolívar, gustaron de la limpieza de su cielo. Y ya en 1883, durante la heroica resistencia opuesta al cruel invasor, se ve al contemplar Huamachuco, un caserío perdido entre las altas cumbres andinas, donde un grupo de peruanos trata de salvar el honor nacional, en desigual y desesperada lucha.

En este pueblo serrano, a 32 leguas de Trujillo, 4 de Sanagorán y 3,240 metros sobre el nivel del mar, se va a ir formando el pequeño José Faustino, quien más tarde será autor de la República, enemigo de la Monarquía y abanderado de la libertad, de la que dirá: "La libertad es mi ídolo y lo es del pueblo. Sin ella no quiero nada".

En la margen del agitado río que nace del nevado Huailillas, que muere en el Marañón y que entre otros nombres tiene el de Condebamba, se va ir gestando la arrollante personalidad del "Solitario de Sayán" quien con sus actos imprimirá matices propios al "*estilo de vida*", al "*modo de ser*", a la idiosincrasia de la comunidad peruana, haciéndola evolucionar en actitud respetuosa de las líneas y tendencias formadas a través de los tiempos, las que tienen que ser necesariamente conservadas, si es que no se quiere destruir totalmente la nación.

José Faustino fue llevado por su padre, el 16 de febrero de 1787, a los tres días de nacido, a la Iglesia del pueblo para ser bautizado, demostrando con ello que pertenecía a una familia de honda tradición cristiana, sentimiento que lo acompañará durante toda su vida. El sacramento le fue administrado por el cura José Carrión Bape, quien instruyó de sus obligaciones y parentesco espiritual, como es de costumbre, al padrino don Manuel González tal como consta en los libros parroquiales.

Desde sus primeros años, se le destina a la carrera eclesiástica. Sin lugar a duda, debió influir en esta decisión el arraigado espíritu religioso de la familia, en la que encontramos sobre todo en la rama materna varios eclesiásticos.

La infancia de José Faustino debió ser dura y triste; transcurrió en el mismo paraje frío en que nació, su salud muy débil, pudo apenas, soportar el rudo clima serrano de más de 3,000 metros de altura, donde quizá por una debilidad hereditaria, de los siete hijos de don Agustín Sánchez Carrión y doña Teresa Rodríguez y Ledesma, sólo pudieron sobrevivir, José Faustino y su hermana Fermína.

Dice Porras que la familia de Sánchez Carrión descendía de gentes de trabajo, y no de una noble familia española como afirma don Nicolás de Rebaza. Económicamente podría situarse a don Agustín entre quienes con vivo esfuerzo habían logrado conseguir algunas

minas y predios que le permitían una escasa comodidad.

La temprana muerte de su madre, el 11 de enero de 1794, cuando el niño Sánchez Carrión, aún no había cumplido los siete años, es causa que fomentará en él un carácter bastante reservado y melancólico, como también una mayor relación con su padre, quien mucho tiempo más tarde contraerá segundo matrimonio con doña Sebastiana Palomino de cuya unión provino Mariano Sánchez Carrión.

En 1802 el adolescente José Faustino, ingresa al Real Seminario de San Carlos y San Marcelo de la ciudad de Trujillo, para iniciar los estudios de la carrera eclesiástica y continuar los de humanismo que había iniciado en su pequeño pueblo.

Debió ser muy doloroso para nuestro tribuno, el día en que dejó Huamachuco; sólo lo pudo arrancar de él la férrea voluntad de triunfo, y su fe en la vocación del Perú. Siempre conservará un tierno cariño hacia su pequeña ciudad, en la que irá a refugiarse cuando sea censurado en Lima; y más tarde podrá decir con toda sinceridad a Bolívar al recibirlo en su casa: "que glorioso es para mi que V.E. se halle en mi país y habitando la casa en que nací".

Desde la temprana edad de los quince años, muestra sus cualidades para la oratoria en la simple conversación y discusión amistosa, facilidad que descubre en San Car-

los de Trujillo y perfeccionará en San Carlos de Lima, y que lo conducirá a ser el mejor orador del Congreso Constituyente de 1822, reservándole durante toda su vida múltiples satisfacciones, al expresar en su ágil y alturado verbo, todo su espíritu liberal.

Los estudios seguidos en el Real Seminario de San Carlos, no se diferenciaban mucho de los impartidos en sus similares. Gozaban de las mismas virtudes y sufrían de los mismo defectos. Eran impenetrables a toda nueva orientación en la enseñanza; no se desarrollaba sobre todo, el espíritu crítico que en aquel tiempo germinaba en todos los peruanos, y se pretendía salvar todo el cúmulo de defectos, arrastrados, con un gran ejercicio de la memoria y una durísima disciplina. Sobre el particular dice Porras: "si alguno se apartaba del vivir ascético y puro de la casa, toda la comunidad de colegiales y profesores era llamada a la puerta del seminario para poner en la calle la cama y los enseres del estudiante alborotado o vicioso. Sólo persistían los temperamentos dóciles y poseídos de verdadero fervor y vocación". Esta vida dura fue templando la voluntad de Sánchez Carrión, imprimiendo en él, la marca del triunfo que se avecinaba, pero también fue minando su salud y acortándole la vida.

Los aspirantes a sacerdotes en el Real Seminario de San Carlos, cursaban durante el primer año de estadía en su ambiente monacal,

las materias de Gramática y Latinidad, en las que Carrión fue siempre brillante, ya que con especial inclinación desde su etapa de adolescente escribía versos que eran muy elogiados por sus profesores y condiscípulos. En el segundo año tenían como materia exclusiva la de Lógica, curso indispensable en la formación de fines del siglo XVIII y principios del XIX. Se sucedían luego dos años de Física, donde por supuesto, los adelantos de la época eran prohibidos. Concluían los estudios con los de Filosofía, etapa en la que se suponía al alumno en su más alta maduración intelectual. "Por su especial capacidad, devoción y luces, al siguiente año de ingresar se le encarga la oración latina en la apertura de los estudios en la capilla del Colegio, presidida por la imagen de Nuestra Señora de Loreto y con asistencia del Dean y los Cabildos Eclesiástico y Civil de Trujillo". "Es la primera aparición del futuro tribuno del Congreso Constituyente", donde hará gala de una retórica brillante que sólo se escuchará cuando él intervenga.

Dice Porras que "el 7 de Febrero de 1804, es aprobado por todos los votos en Gramática y Latinidad. En abril de 1804 vuelve a pronunciar la oración latina en la apertura de los cursos y el 15 de noviembre es aprobado por todos los votos con asistencia del Rector, Vice-Rector y Catedráticos".

Al concluir, en 1804, su segundo año de estudios y siendo de los mejores estudiantes, decide

abandonar los estudios religiosos y trasladarse al Convictorio de San Carlos de Lima, para seguir la carrera de Leyes. Su deseo de trabajar más activamente por el progreso de su patria, y quizá el tener ya una clara idea del separatismo, fueron las razones que lo indujeron seguramente a abandonar la casa de estudios religiosos, pero llevó siempre consigo la profunda y luminosa huella de fe allí recibida, como también el espíritu paciente fomentado en estas aulas trujillanas.

Sería muy difícil saber cuando, el Solitario de Sayán, leyó por primera vez el elogio de Baquijano y Carrillo, a quien por su amor a la justicia, llegó a admirar y trató de imitar. Según de la Puente Candamo, "El primer gran triunfo de la patria está, en la victoria personal, cuando ese hombre ignorado, parte de la comunidad peruana —y con él poco a poco todos los peruanos— expresa su adhesión al advenimiento de la nueva edad." Pudo ser la lectura del discurso del célebre "Protector interino de naturales" la que señaló a nuestro precursor cual debía ser el camino a seguir, tal como con el transcurso del tiempo, cualquiera de sus valientes actitudes, fue quizá el elemento de juicio que ese "peruano ignorado" necesitaba para creer en la nueva edad de la patria, para salir de lo que Basadre llama esa "angustia metafísica" y poder ver "la promesa de la vida peruana".

Al salir del Seminario, tenía ya una cultura humanista bastante só-

lida, había desarrollado brillantemente sus dotes de poeta y orador, estaba poseído de un incontenible afán de triunfo; y era portador de uno de los más tiernos y puros amores: amaba a su patria. Al dejar las aulas trujillanas, se dirigió sin duda al paraje frío de Huamachuco, recorriendo nuevamente sus calles y de allí salió definitivamente hacia Lima.

Nos imaginamos al ex-seminarista, recorriendo la distancia que separa Trujillo de Lima, dando rienda suelta a su agraciada imaginación, adelantándose a los acontecimientos, viéndose ya en San Carlos ante un Virrey, y en actitud similar a la de Baquíjano, expresándole con valentía su desesperado deseo de justicia.

No pudo nuestro joven huamachuquino llegando al Colegio de San Carlos de Lima, arribar a mejor lugar ni en mejor momento. En nuestro primer Congreso Constituyente los liberales, discípulos de don Toribio Rodríguez de Mendoza, eligen presidente al Maestro y como mayor elogio se dice con verdad más tarde que San Carlos había sido "semillero de los principios revolucionarios".

Son ya muchos quienes han atribuido a determinado acontecimiento la causa de la emancipación hispanoamericana. Se ha hablado de la rivalidad entre criollos y peninsulares, del surgimiento de la burguesía, de la causa económica, de la aplicación en determinados momentos de las doctrinas populis-

tas, de la desintegración del imperio español, hechos que sólo fueron factores, que en el mejor de los casos apresuraron el movimiento separatista al igual que la Independencia de los Estados Unidos de Norteamérica, la Revolución Francesa o la Expulsión de los Jesuitas.

Hoy podemos afirmar categóricamente, que el Perú, ese país "no conquistado sino creado por la conquista", se emancipó porque existía como una realidad distinta a la española, porque tenía "un modo de ser", "un estilo de vida", una idiosincrasia propia, es decir: *una conciencia nacional*. Así, para Ortega y Gasset es la emancipación la manifestación más externa y última de esa diferenciación entre el "ser americano" y el "ser español".

Muchos son los testimonios que podemos encontrar en la historia del Virreinato Peruano, para fundamentar la existencia de una comunidad con conocimiento de su singularidad, pero haremos una reducida enumeración, teniendo siempre presente que existe una múltiple influencia en la comunidad, originada por los diversos modos de actuar de los hombres que la conforman.

Refiriéndose al "Voto Consultivo" del oidor Pedro Bravo de Lagunas, dice Pablo Macera que en él "hay delineada junto con las preocupaciones jurídico-económicas, una conciencia de crisis del Perú y de su singularidad como nación".

José Baquíjano y Carrillo se siente líder y portador de la opinión de sus contemporáneos, y este con este criterio que el joven cate-drático de Vísperas, se atreve a describir al buen gobernante, produciendo con sus finas y agudas críticas, "el elogio" al Virrey Jáuregui, que una vez publicado será, según el Consejero de Estado José Gálvez, Marqués de Sonora, "uno de los papeles más perniciosos y subversivos que han circulado por esos reinos".

El *Mercurio Peruano* del XVIII, atestigua la *presencia* del Perú, como una comunidad con matices propios en la mente de cada uno de sus autores y contemporáneos. En su primer artículo "Idea General del Perú" dice: "El principal objeto de este papel periódico, según el anuncio que se anticipó en el prospecto, es hacer más conocido el país que habitamos, este país contra el cual los autores extranjeros han publicado tantos paralogismos". Era pues, necesario, para Cefalio, Aristio, Arquídamo y los demás colaboradores, hacer conocer el Perú, que tenía una existencia anterior a la guerra y al Estado y que fue, por eso, causa de la guerra y el Estado.

Juan Pablo Viscardo y Guzmán, en su "Carta a los Españoles Americanos" demuestra sentirse miembro de la comunidad peruana. Sería difícil encontrar un documento en el que con mayor justicia y acierto se fundamente la emancipación de América, y es precisa-

mente porque la fundamentación recae en el derecho natural que asiste a sus habitantes, quienes tienen una patria y una historia ya distinta a la de los peninsulares, y con ánimo de justificar la separación pero reconociendo todo el mérito de los heroicos conquistadores dice: "El nuevo mundo es nuestra patria y su historia es la nuestra, y en ella es que debemos examinar nuestra situación presente, para determinarlos, por ella, a tomar el partido necesario a la consecución de nuestros derechos propios, y de nuestros descendientes".

Manuel Lorenzo de Vidaurre, se da cuenta —y así lo expone en su memoria de 1817— que América ha cambiado con el transcurso del tiempo; es la evolución de la comunidad que presupone, como es natural, su existencia. "No es hoy el americano, lo que era en tiempo de Huayna-Cápac y Montezuma. No es el indio tímido, ignorante, supersticioso al que hoy se va a sujetar. No es aquel que creía al hombre y al caballo un solo sujeto, rayo al arcabuz, y al artillero el árbitro del trueno. No es el imbécil que oponía una mal dirigida flecha a la lanza, a la espada, a la bala".

Cuando las personas autoras de estos testimonios viven, actúan e influyen en la vida nacional, inicia el joven Sánchez Carrión su vida de carolino, y a su institución dedicará sus mejores años como alumno y como maestro.

El período previo a la guerra de la emancipación, el comprendido

entre 1780 y 1820, tiene hoy dentro de la historiografía moderna mucha importancia y para su estudio, puede ser dividido en dos formas. La primera, si observamos los acontecimientos ocurridos en América, dice Pacheco Vélez, ésta "tendría un primer momento en el que predominan los *pronunciamientos doctrinarios reformistas* (1780-1805) y un segundo momento de *conspiraciones y levantamientos revolucionarios* (1805-1820). Si escogemos la segunda posibilidad —atendiendo a los sucesos peninsulares— la misma etapa podría dividirse en un primer momento de *crisis y caída del Antiguo Régimen* (1780-1808), un segundo período que podríamos llamar el *régimen liberal* (1808-1814) y uno tercero de *reacción absolutista* (1814-1820)". Si observamos las clasificaciones, vemos que al joven carolino Sánchez Carrión le tocó vivir, en el Real Convictorio y estrechamente vinculado a él, la etapa de más decisiva importancia en nuestro período emancipador, cuando ya con una sólida base ideológica se inicia la etapa de las conspiraciones continuas, etapa no estudiada por la antigua historiografía.

Fue precisamente esta ausencia de estudios la que hizo posible se nos presentara durante largo tiempo —como bien anota Maceira— "como españoles forzosamente llevados hacia la libertad".

Ideológicamente, fue uno de los más claros liberales, y por ello, al igual que todos los precursores fidelistas o separatistas, puso gran

empeño en la limitación del poder estatal, que fue principal objetivo liberal.

Raúl Ferrero ha hecho una clasificación de los precursores liberales del Perú, teniendo en cuenta el método generacional. Según esta excelente clasificación, la primera generación estuvo integrada, entre otros, por José Baquijano y Carrillo, Juan Pablo Viscardo y Guzmán, el obispo Chávez de la Rosa, el cual, aunque español, pertenece al ciclo nacional por virtud de la docencia liberal que impartía en las aulas de San Jerónimo de Arequipa, Hipólito Unanue y Toribio Rodríguez de Mendoza. A la primera generación republicana formada por Mariátegui, Luna Pizarro, Arce y González Vigil, perteneció José Faustino Sánchez Carrión. Es a la labor de esta primera generación republicana a la que el Perú debe su primera Constitución.

El 20 de febrero de 1812, un peruano, un liberal, un típico hombre del XVIII americano, es nombrado Consejero de Estado, el puesto más alto a que podía aspirar un americano en la Metrópoli. Es Baquijano y Carrillo, líder de su generación y modelo de la juventud de esos tiempos.

El Cabildo de Lima decretó en honor del flamante Consejero de Estado, tres días de fiesta que fueron el 4, 5 y 6 de julio de 1812.

La descripción de la feliz y bella ciudad limeña de esos días, nos la trae José Antonio Mirella, quien a través de su narración se

muestra contagiado y partícipe en el triunfo.

La detallada descripción de Mirella nos hace ver a los habitantes de Lima como un pueblo que hace suyo el triunfo de Baquíjano, y que en los festejos con que le demuestra su simpatía, no estuvieron ausentes las flores, la música y la poesía. Los agasajos iniciados hubiesen continuado día a día, a no ser por los reiterados pedidos del Conde de Vistaflorida para que concluyesen; uno de los últimos festejos fue el que en San Marcos le ofreció con gran pompa el Colegio de San Pedro Nolasco, habiendo firmado las invitaciones el Marqués de Torre Tagle y el Conde de San Juan de Lurigancho.

La juventud que había tenido como modelo al autor del "Elogio", no podía dejar de participar en el júbilo. De las muestras poéticas traídas hasta nuestros días por Mirella, resaltan las llenas de esperanza juvenil de Mariano Melgar en Arequipa y la de Sánchez Carrión en Lima. El joven colegial carolino demostró siempre gran predilección por Baquíjano y a pesar de que éste lo había ya catalogado entre la "gavilla de ilusos y malcontentos", le dedica el siguiente poema lleno de deseos de libertad:

*Atado estaba el continente nuevo
Trescientos años con servil cadena,
A cuyo ronco son su acerba pena,
Su eterna esclavitud llorar solía
En triste desventura,
Desde que el padre de la luz salía*

*Hasta el dulce nacer del alba pura
El metal valeroso,
La quina saludable
Y mil riquezas en soberbias naves,
De tributo en señal cortar se veían
Con fuerza irresistible
El húmedo elemento
A pesar de las olas y del viento
Y el infeliz colono
Por sabio, por intrépido que fuese,
Y el valor excediese
Al vizcaíno, gallego o castellano,
Su cerviz sometía,
Y no mandar, si obedecer sabía...
Cuando ¡alta Providencia! De repente
Levantó su ancha frente
La América abatida,
Y a tí ¡oh José! ¡oh sabio esclarecido!
La suerte dos mundos
Por toda la nación confiarse vido
¡Gloria y honor al sabio de la patria!
Salve, mil veces salve
¡Oh poderosa Lima!
Salve ¡oh Perú! ¡Oh América opulenta!
Que la horrible cadena
Hase ya roto; y a su grato estruendo
La santa libertad batió riendo
Sus alas celestiales
Sobre tu fértil suelo,
Y en Baquíjano al fin posó su vuelo.
Salve ¡oh José! Pues eres el primero
Que a tan excelso honor has ascendido
En quien tu cara patria ha recibido
De igualdad el ejemplo,
Y en quien la unión fraterna tan deseada
Llegó a verse por fin asegurada.
Salve ¡oh José! ¡ilustre americano!
Que el Rímac apasible
De noble orgullo penetrarse siente,
Y por primera vez su faz riente
Sacude alborozado;
Y sus bellas zagalas
La vena melancólica abandonan
E himnos de gozo en tu loor entonan,
Gloriarte puedes, que a tu amada patria
Estampará el primero*

*Tu nombre augusto en la columna de oro
 Que eleve a la memoria
 De su alma libertad, de su victoria
 Sobre el hado fatal que, enfurecido.
 Perpetuarla quiso en el olvido
 Tiende sobre tu cuello
 Sus brazos amorosos
 Y "basta de quebranto.
 Exclama, basta, mi hijo bienhadado
 Olvidó mis ultrajes,
 Mis antiguas querellas,
 Que ya las ciencias y las artes bellas
 Que el talento peruano cultivase
 De mi felicidad harán la base
 Tú salvaste el primero
 La muralla que una mano impía
 Formó para cerrarme
 Del brillante mandar la dulce vía
 Venid, pues, celebremos
 A este mi primogénito en la gloria
 Y que en su amable nombre a hablar
 aprenda
 El tiernecillo infante,
 Y gloria a mi hijo todo el orbe cante".*

Pronto se decide en el Real Convictorio incorporar a Sánchez Carrión al cuerpo docente y en 1811 se le encarga dictar el curso de Filosofía. Por este motivo y a pedido del Rector, tal como deja constancia escrita el mismo don Toribio, debe dejar por un año sus estudios, al ser incompatible en esos días, los puestos de maestro y alumno; fue su temprana vocación por la enseñanza la que retardó la fecha de graduación como abogado. Transcribimos por importante, de la publicación de Eguiguren, el documento que, fechado en Lima, 8 de mayo de 1817, firma Rodríguez de Mendoza. "Certifico en cuanto puedo y ha lugar que el

doctor José Sánchez Carrión, colegial de este Convictorio, a cuya enseñanza corre una aula de Filosofía y Matemáticas por el año 1811, en que se hallaba cursando jurisprudencia suspendió del todo este estudio por el intervalo de más de un año, de mi orden, a efecto de entregarse enteramente al cabal desempeño de la referida aula, sacrificando así su propio estudio y retardando su conclusión por el bien público, con la recomendable circunstancia de haberlo hecho gratuitamente pues esta casa no podía sufragar por entonces como hasta ahora pensión alguna de los Maestros por sus notorias escaseces...". Este brillante alumno y discípulo predilecto de Rodríguez de Mendoza y Cisneros, inicia de este modo su carrera en la enseñanza, consiguiendo más tarde dictar las cátedras de Digesto Viejo y la de Leyes y Cánones, desde donde contribuirá con un notable aporte a la afirmación del Perú.

Durante las elecciones de 1812 ordenadas por las Cortes de Cádiz, lo encontramos secundando con todo su entusiasmo juvenil de colegial carolino, a don José Matías Vásquez de Acuña, Conde de la Vega del Ren, quien dirigió un grupo de limeños que participaron activamente en el acto electoral, fomentando el desorden, hablando al pueblo, dando opiniones y calificando duramente a muchas autoridades españolas y gentes notables, impidiendo con esto, según Abascal, el voto a muchos ciudadanos

importantes. En estas elecciones los colegiales aunque fueran mayores de edad, no tenían derecho a voto. No obstante esto, Sánchez Carrión, acompañado de otros carolininos, se presentó a ejercer el derecho de sufragio. Insistió ante la negativa, y luego en actitud sin precedentes, volviéndose al pueblo con su brillante palabra apeló a él, pidiendo su dictamen. Estaba seguro de que secundarían a su tribuno. Con la prudencia necesaria y para evitar problemas mayores, en esta elección votaron los colegiales.

Era costumbre de Abascal consultar el parecer de personas de conocidos méritos y luces, cuando se presentaba un problema en la política virreinal. Al sesudo Virrey no le pareció poca cosa el desorden de las elecciones parroquiales, y se apresuró a pedir consejo. Uno de los consultados fue el Conde de Vistaflorida, sobre la opinión de que le merecían; el Padre don Segundo Carrión, Prepósito de la Congregación de San Felipe, el Padre don Tomás Méndez de la misma congregación, el padre don N. Tagle, predicador, el abogado don Manuel Pérez Tudela, don Francisco de Paula Quiroz, don Joaquín Mansilla, el Conde de la Vega del Ren y Domingo Sánchez Rebata. Con fecha 30 de diciembre de 1812, un día después del pedido del Virrey, contesta Baquíjano y Carrillo diciendo que es indispensable indicar las verdaderas responsabilidades en los desórdenes de las elecciones parroquiales, y ofre-

ce su dictamen. Es importante ver la opinión que le merece la actitud de su pariente, el Conde de la Vega. "El talento del señor Conde de la Vega es notorio a V.E. y a todo el público. Este es un caballero de las primeras familias del Reino, en quien es muy fácil la seducción, por su inexperiencia y pocos años; mas siendo, por su distinción y calidades, el único apoyo de lustres de esa *gavilla de ilusos y mal contentos*, soy de dictamen que V.E. le ordene pase dentro de 24 horas a su hacienda, nombrada la Floresta, en la villa de Pisco, donde se mantenga hasta nueva orden".

Continuando la carta de Baquíjano se lee, "V.E., en la lista que me acompaña, me enumera a ocho individuos y yo enumeraré a otros dos, cuyos excesos exigen de justicia esas demostraciones de severidad". Y opinando sobre las personas añadidas por él, dice: "El segundo es el colegial don N. Carrión, quien se ha presentado en las elecciones atropellando el respeto del Juez que presidía la de la Catedral e infringiendo de un modo subversivo y arriesgado el art. 501 de la Constitución. En él se dice que se decidan las dudas sobre las calidades del voto por la misma Junta Electoral y lo que ésta decidiese, se ejecute sin recurso; y sin embargo de estar resuelto por el presidente y escrutadores que los colegiales y menores de edad no tenían voto, según lo declarado y prevenido por bando, tuvo la altanería de apelar al pueblo e inflamarle para que, en

tumulto y voces desacompañadas, gritase que sufragaran, obligando al juez a ceder dictándole la prudencia este arbitrio, para evitar los males que podían resultar del calor y la irreflexión”.

Como consecuencia de los acontecimientos y de los dictámenes de sus consejeros, Abascal decide hacer preso al Conde de la Vega y; entre otras medidas, reprimir duramente a Carrión.

Pronto se le presenta al tribunal el momento esperado durante tanto tiempo: Hablar ante Abascal en un acto público. En esta oportunidad no se trataba de recibir a Jáuregui en San Marcos en los agitados días de 1781, y de hablar ante él, con la valentía que portó Baquíjano. Hay que hablar ante el astuto Fernando de Abascal, en el período liberal, y celebrando el aniversario de la jura de la Constitución. En este acto, el discípulo no defraudará al maestro.

El clima de servilismo y adulación no había cambiado mucho del descrito por Riva-Agüero para el recibimiento de Jáuregui y —aunque se trate de acontecimientos distintos— vale la apreciación del maestro a modo de descripción ambiental, la que no podía variar mucho en algo más de 30 años. “Un catedrático pronunciaba la oración pagnéfrica, y amontonaba en ella las mayores y más pueriles adulaciones y las más desafortunadas hipérbolas gongorinas. Todos estos elogios académicos, salvo en parte el del Virrey Guirior por Bouso Varela, son

lamentables: tan afectados y monstruosos por la forma como bajos y serviles por el fondo. El que escriba la historia del servilismo en el Perú (trabajo que sería utilísimo, porque explicaría cuando menos un tercio del carácter nacional) ha de encontrar seguramente en los recibimientos universitarios el más rico filón de su estudio en la Colonia.

Aprovecha la oportunidad para hacer una severa crítica al antiguo régimen y elogiar el liberal, que no mucho tiempo después sería destruido con la vuelta al absolutismo de Fernando VII. Muestra su mayor deseo, de igualdad, en su más grande virtud, su ágil verbo, que no sabía de la denigrante adulación. En este solemne acto —que debió recordar siempre con orgullo— dijo: “Entre los días que la etiqueta solía congregarnos en este lugar, ninguno estaba consagrado a la interesante y dulce memoria de los imprescriptibles derechos de la patria. Amortiguados los valerosos españoles por la arbitrariedad y el despotismo del antiguo sistema, se acercaban temblando en tales días a besar la mano de los reyes, a prostituir el inestimable don de la palabra y a tributar acaso gracias por la opresión y la tiranía. Pero ¡Qué diferencia! Revestidos ahora del sagrado e inviolable carácter del ciudadano, se reúnen, se presentan a congratularse mutuamente”.

Cuánta felicidad debió sentir la futura clase dirigente allí reunida, cuando un joven estudiante

que no hablaba como tal, sino como hombre docto, recuerda la igualdad entre los españoles y americanos reconocida por la Constitución española, en la que se habían materializado los principales deseos liberales: igualdad ante el chapetón y limitación del poder estatal. Los liberales entendieron perfectamente esta igualdad, no como una tardía concesión graciosa que podía ser perdida, sino como fruto de la igualdad de Reinos; se ha dicho con verdad que el Perú fue colonia en lo económico y Virreinato en lo político. Estaban tan compenetrados con esta igualdad, que llegaron a ofenderse cuando en las Cortes se dijo que había que evitar la posible emancipación de las Indias. Ellos respondieron enérgicamente y teniendo conciencia de los que decían: Nadie se emancipa de un igual suyo.

Abascal debió ver en lo dicho por Sánchez Carrión, la confirmación de que la emancipación llegaría no mucho tiempo después: ya los jóvenes universitarios habían olvidado las antiguas sumisiones hijas del temor. El astuto Marqués de la Concordia se limitó a recomendar que no se designase al joven orador para representar al Convictorio en ningún otro acto público.

Se desarrollaba en esos días en el Perú, el deseo de participar en el gobierno del país ocupando cargos públicos, y este deseo nacía en la generación de Sánchez Carrión. Hallamos como obra anunciadora de este anhelo de partici-

pación, la preparada por Mariano Alejo Álvarez, abogado de la Audiencia de Charcas, con el propósito de incorporarse al Colegio de Abogados de Lima, en 1811, aunque "Al ir a pronunciarlo no se sabe de orden de quien se le impidió por el Decano, y sin oirlo, se mandó que se archivara" de este modo consta en la portada del discurso publicado en Buenos Aires en 1820. Desde el título, vemos la importancia de la obra y la aceptación que tendrían las ideas de su autor por aquellos días: "Discurso sobre la preferencia que deben tener los americanos en los empleos de América". Se trataba de hacer una fundamentación de la justicia que amparaba el pedido de los americanos de participar en el gobierno, y hacer ver como el apartarlos de tal participación era no sólo injusto sino ilegal, ya que existía la ley 14, Tit. 2. Lib. 3 de la Recopilación de Indias que expresamente les daba la ansiada participación, y que es la comentada por Álvarez.

Con la prohibición recaída sobre el trabajo de Mariano Alejo, se impidió que en el Colegio de Abogados de Lima resonase la voz de este liberal que pertenecía a la misma generación de Sánchez Carrión y que hablaba en su mismo tono. No se le permitió decir iniciando su discurso y como elogio al período liberal: "En los tiempos más mejorables de la monarquía española, cuando la nación, levantándose del abatimiento en que

yacía, y reasumiendo la soberanía, no sólo escarmienta al injusto invasor y pérfido emperador de los franceses, sino que por un nuevo plan de gobierno y de legislación, procura borrar su vejación y oprobio; cuando rotas las cadenas del despotismo le es ya lícito al honrado ciudadano pensar con libertad y expresar sus sentimientos, tengo el honor en tan dichosa época de presentar a V.S. esta actuación literaria en prueba del amor y respeto que profeso a este ilustre cuerpo”.

Trascribe la parte de la ley de Indias en la que se va a basar el discurso: “Asimismo mandamos (son sus palabras) que en todo lo contenido en la ley antecedente, cuando sucediere concurrir muchos pretendientes con igualdad de mérito sean preferidos los descendientes de los primeros descubridores de las Indias; después los pacificadores y pobladores, y los que hayan nacido en aquellas provincias; porque nuestra voluntad es, que los hijos y naturales de ellas, sean ocupados y premiados donde sirvieron sus antepasados, y primeramente remunerados los que fueren casados. Y remitidos al arbitrio de los superiores la graduación de servicios en la pacificación; y porque algunos presentan cédulas de recomendación, mandamos, que los virreyes, audiencias y gobernadores, hagan lo que vieren conveniente y hubiese lugar según su calidad y mérito, como está ordenado por la ley 17, tit. 1 lib. 2”.

Al fundamentar la justicia de la ley 14, utilizan argumentos que era vividos por su generación, la que se sentía solidariamente responsable de ellos. El derecho de conquista no sólo es válido para los conquistadores sino para sus descendientes; los unos y otros pueden con la misma justicia usarlo para aspirar a gobernar: “Esta conquista es la herencia que dexaron nuestros abuelos: y ¿podremos ser despojados de ella para que otro se lo cuplete y goce de toda comodidad y satisfacción? ¿Que pereceremos en la tierra de promisión que nuestros mayores descubrieron? ¿Nuestras ciudades serán gobernadas por los que no las fundaron, y nuestro templos por quienes no los edificaron!”. Sabían los de la generación de nuestro ya maestro carolino, que los unía el hecho de pertenecer a una misma comunidad; pertenecían a la Comunidad Peruana, y se sentían unidos, no sólo a los que con ellos convivían, sino a los que habían vivido y a los que vivirían.

Mayor importancia tiene aún la fundamentación basada en el derecho que Álvarez llama de naturaleza: el solo hecho de ser americano es razón suficiente para, con justicia, ocupar puestos en la administración pública. “El imperio de los Incas, uniéndose por conquista a la Corona de España, no perdió los fueros de Imperio. El monarca español, desde aquella unión ha ejercido dos soberanías, una como rey de España, y otra como empe-

rador de las Américas. De aquí proviene, que los naturales de América, aunque sean súbditos de un mismo soberano, con todo no puedan mezclarse ni confundir sus derechos". Estas ideas germinaron rápidamente en los integrantes de la primera generación de liberales.

Encontramos al estudiante Sánchez Carrión el 8 de noviembre de 1813, solicitando copias certificadas de su grado de Bachiller, para con ese mérito requerir la designación de maestro de prácticas; el nombramiento recae en la persona del doctor José Jerónimo Vimar, notable abogado que tenía, como era indispensable, estudio abierto en Lima.

En 1815, estando ya Fernando VII en el trono, y habiendo regresado el absolutismo a España e Indias, Fernando de Abascal consigue que se acepte su reiterado pedido de ser relevado en el puesto. El 14 de octubre, se expide la licencia de Abascal y se nombra nuevo Virrey a don Joaquín de la Pezuela. El Marqués de la Concordia entrega el mando el 7 de julio de 1816, y no mucho tiempo después se embarca hacia la Península, donde por sus labores es ascendido al rango de Capitán General. Fallece en Madrid el 31 de julio de 1821, sin enterarse de la proclamación de la emancipación en Lima.

Distaba mucho el nuevo Virrey de tener la habilidad de Abascal: una de las primeras medidas que tomó en Lima, fue la de enviar como visitador al Convictorio de San Carlos, al gallego don Manuel

Pardo y Rivadeneira, que había sido regente del Cuzco durante la insurrección del Brigadier Pumacahua.

Don Manuel Pardo, había nacido el 18 de marzo de 1759. Se había graduado en la Universidad de Santiago de Compostela. El 9 de noviembre de 1792 fue nombrado por Carlos III, Alcalde del Crimen de la Real Audiencia de Lima. Durante la rebelión de Pumacahua estuvo a punto de perder de la vida y fue salvado cuando se dirigía ya al lugar de la ejecución, seguido muy de cerca por la incrédula y temerosa mirada de un niño que corría entre quienes pedían la cabeza del Regente. El pequeño temeroso, era Felipe Pardo y Aliaga, nos cuenta Barreda.

Durante la minuciosa visita, sólo se descubre que en el Real Convictorio hay algunos libros prohibidos, que la disciplina se ha relajado mucho, causando el extravío de algunos colegiales, y que el viejo maestro, debido a su ancianidad, no baja de sus habitaciones al claustro, motivando todo esto, que los carolinos no concurren a las clases.

Porras, al tratar sobre la visita, dice "Pardo se inclina respetuosamente ante el viejo maestro, pero intervienen entonces un Arcediano y un Obispo para opinar que no se enseñaba en el Convictorio el primer sentimiento que debía inculcarse en él, que era el amor al soberano, y que se difundía en cambio "perversas opiniones". El

obispo pedía que se enseñase el Catecismo de San Alberto y el Discurso sobre la Historia Universal de Bossuet".

Pezuela quedó satisfecho de la visita, y casi podría afirmarse que no fue su intención primera clausurar el convictorio; pero el 31 de mayo de 1817 se realizó el receso, que permitió hacer una depuración en cuanto a las materias enseñadas y sus miembros.

Bajo la dirección de don Carlos Pedemonte, se reabre el Convictorio en noviembre de 1817. Sánchez Carrión continúa en la nómina de profesores y es designado para que el día 4 del mes de reapertura, lleve la palabra de agradecimiento de los colegiales al Virrey.

Continuando el complicado procedimiento de esos días para optar el grado de Abogado, vemos que el 8 de Junio de 1818, el Doctor Vivar, su maestro de práctica, expide un certificado acreditando que el joven estudiante de Leyes ha practicado en su estudio, demostrando gran capacidad para el ejercicio de la profesión y augurándole grandes éxitos.

Con fecha 29 de julio de 1818 existe una certificación del Secretario del Colegio de Abogados de Lima, Dr. Francisco Herrera, en la que deja constancia de que José Faustino Sánchez Carrión ha absuelto satisfactoriamente todas las preguntas formuladas y que se encuentra apto para continuar sus trámites, obtener el título de Abogado y ejercer la profesión.

Ante la Real Audiencia debió llevar el juicio seguido entre don Manuel Elorria y don Pablo Mera-mendi, por cantidad de pesos, el día 8 de agosto de 1818, y luego que absolvió brillantemente las preguntas fue aprobado por todos los oidores asistentes al acto.

Narra Eguiguren que "el 13 de agosto de 1818 pagó 9 pesos y 6 reales del derecho de media anata", y que "el 24 de setiembre todavía Sánchez Carrión tiene que acudir a la Real Audiencia y al Colegio de Abogados para que se le dispense el tiempo que le faltaba para la incorporación al citado colegio, y así lo dispuso la Real Audiencia el 9 de octubre de 1818, después de oír al Colegio de Abogados".

Después de la aprobación de la Real Audiencia sólo le faltaba la juramentación en el Colegio de Abogados de donde iba a ejercer. Este acto en aquellos días revestía por su importancia una gran solemnidad, y constituía un recuerdo imborrable para todos los inscritos, ya que era el acontecimiento que les permitiría al fin, defender la justicia ante los tribunales. Se presentaba el nuevo abogado al Colegio y después de la juramentación recibía simbólicamente el único distintivo de la matriculación: "los puños lisos".

Aníbal Gálvez, dice que fue la actuación más brillante del ilustre Colegio de Abogados de Lima, la que recibió como nuevo Colegial de esa institución a Sánchez Carrión, y se realizó el 5 de Noviembre de 1818.

Del libro *"El Colegio de Abogados de Lima, Historia de su fundación"*, de Aníbal Gálvez transcribiremos la descripción del acontecimiento: "Reunido el Colegio en Junta General un joven provinciano, hijo del pueblo de Huamachuco, de la Intendencia de Trujillo, fue llamado a presentar el juramento prevenido por los Estatutos.

"Vestía el uniforme de los abogados: zapatos con hevilla de oro; medias negras; calzón corto, sujeto al pie de la rodilla por hebillas también de oro; ropilla de terciopelo y bonete con borla de Doctor".

"Arrodillado, el Secretario don Francisco Herrera le preguntó:

"—¿Juráis defender con todas vuestras potencias el agosto Ministerio de la privilegiada excepción de María Santísima de la culpa original; de observar fielmente los estatutos y acuerdos del Colegio; y de obedecer al Decano en todas las órdenes que os diere?

"—Sí, juro, contestó el joven letrado.

"El Decano, que lo era el Doctor don Pedro José Méndez y Lachica, entregó entonces al nuevo colegial los puños lisos, único distintivo de los matriculados y el Secretario lo condujo al último asiento, a la mano izquierda de la capilla".

De inmediato se extendió el acta que dice así:

"En la ciudad de Lima a 5 de noviembre de 1818, reunidos en junta general los señores Decano y

oficiales que componen la Junta particular, y competente número de individuos del ilustre Colegio, compareció el doctor don José Sánchez Carrión, colegial maestro del Real Convictorio de San Carlos, abogado recibido en esta Real Audiencia en el presente año, prestó el juramento de estilo y quedó incorporado en el número de individuos de dicho ilustre Colegio, habiendo tomado posesión de los puños y asiento respectivo. Seguidamente pronunció la oración gratulatoria y discurso sobre una ley del Reino, que previenen los estatutos, con general aplauso de los concurrentes, exigiéndosele exhibiese el referido discurso para que se archivase en la Secretaría, para que se le imprimiese cuando se hallen los fondos en estado de costearla; de que certifico. Dr. Francisco Herrera. Vocal secretario".

Tan pronto como le fue posible, ejerció la profesión defendiendo la justicia sin interés económico, y alternó esta labor con su actividad docente.

Narra Carlos Daniel Valcárcel, que el rol oficial de Abogados de Lima correspondiente a 1819, lo registra bajo el número 111, dando como residencia el local del Convictorio, trayendo la noticia que en lo criminal desempeña el cargo de "Abogado de Pobres".

Mucho se ha opinado sobre la expulsión de Sánchez Carrión de la ciudad de Lima. Los pareceres han sido muchas veces completamente contradictorios. Lo cierto, es que

cobró sueldo como maestro de San Carlos hasta el 16 de diciembre de 1819, y durante el año siguiente, no ejerciendo ya la docencia, asistía a la institución carolina preocupándose por su marcha, y concurriendo al sustentado de algunas tesis.

De su legítima unión matrimonial, nace en Diciembre de 1820 su primera hija, a la que llamó Juana Rosa. Al enviudar, contrae segundo matrimonio con doña Mercedes Dueñas, su cuñada: de esta unión llegó a tener un varón y dos mujeres.

Opina Porras que el desembarco de San Martín y el cerco de Lima pudieron coincidir con su confinamiento en el pueblo de Sayán, ya que nada se sabe de sus actividades por esos días, en los que su salud debió ser cada vez más lamentable.

En junio de 1821 se encuentra en Huamachuco debido a la muerte de su padre. Afirma Rebaza que intervino en la proclamación de la emancipación de la ciudad de Trujillo, inflamando a los patriotas con su agraciada palabra. Ya casi a fines del año 21 se dirige de vuelta a Lima, cuando San Martín y Monteagudo ya eran criticados.

José de San Martín, asumió "el mando político y militar de los departamentos libres del Perú", el 3 de agosto de 1821 bajo el título de Protector. El 8 de octubre, jura cumplir el "Estatuto Provisorio", que fue el primer ensayo encaminado a dar al Perú una Constitución.

El descontento de los limeños se inicia no mucho tiempo después, al ver el cruel e injusto trato dado por Monteagudo a los españoles.

En Octubre se crea la "Orden del Sol", con la finalidad de ir preparando el ambiente para el desarrollo de los planes monárquicos de San Martín. Luego Monteagudo crea la "Sociedad Patriótica de Lima", con el objeto de "discutir todas las cuestiones sobre interés público en materias políticas, económicas o científicas", sin otra restricción que la de "no atacar las leyes fundamentales del país". Los agitados peruanos no vieron mal tal creación. Tenía la institución cierta semejanza con la "Sociedad de Amantes del País" del siglo anterior. La nueva sociedad, formada por cuarenta miembros, fue presidida por Monteagudo en su calidad de Ministro de Gobierno. Si se deseaba que la Sociedad Patriótica estuviese integrada por los hombres más representativos del Perú, no podía ser excluido Sánchez Carrión. Pero la intención profunda y real era otra. La única participación dada al abogado huamachuquino por esos días, fue la de formar parte de la "Junta Conservadora de la Libertad de Imprenta" presidida por Rodríguez de Mendoza.

Monteagudo propone a la Sociedad los siguientes temas de discusión: "¿Cuál es la forma de gobierno más adaptable al estado peruano según el grado que ocupa en la escala de la civilización?..

¿Qué causas han retardado la revolución, según comprobación de los sucesos posteriores? Y "Necesidad de mantener el orden público para concluir la guerra y perpetuar la paz".

Poco después, salen García del Río y Paroissien con el encargo de conseguir un príncipe de alguna de las Casas reinantes en Europa, y que desease gobernar el Perú respetando el Congreso.

Al estar la Sociedad Patriótica discutiendo sobre el mejor tipo de gobierno para el Perú, el Canónigo José Ignacio Merino, secuaz de Montegudo, hizo una elocuente fundamentación sobre por qué dicho gobierno no podía ser otro que el Monárquico, y terminó su brillante intervención con una cita homérica: Ulises dice a los griegos frente a Troya: "No es bueno que muchos manden, uno solo impere, haya un solo Rey".

Recién en esta oportunidad participará Sánchez Carrión en el debate, no en la Sociedad Patriótica, sino por intermedio de las cartas que firmaba "El Solitario de Sayán".

La primera está firmada en Sayán el 1 de marzo de 1822 y de ella transcribimos algunos párrafos:

"Muy señor mío: acaba de llegar a mis manos la gaceta de 23 del próximo pasado mes de febrero, en que se han indicado al público tres importantísimas cuestiones, que por la primera vez van a ocupar la atención de la Sociedad Patriótica. Ninguna de ellas puede estimarse como menos interesante;

pues que todas tienden directamente a la consolidación del sistema, y la gloria nacional. Sin embargo, la primera, como que en ella se trata de indagar, cual debe ser el régimen que constituya la sociedad peruana, creo que haya llamado toda la contemplación de los socios, y que tenga en movimiento a los pensadores de esta capital, y aún a los que sólo oyen de pie parado a los oráculos de la sabiduría. Por lo que a mi toca, que yo de este infinito número, he entrado en una agitación extraordinaria desde el momento, en que leí la gaceta; por que, amigo mío, también soy de la familia, y es muy regular, que al discutirse puntos relativos a su conservación y felicidad, levante mi cabeza, y siquiera pregunte lo que sucede en casa".

Fundamental luego su repulsi6n a la Monarquía, que lo convertirá en fundador de la República Peruana.

"Un autor, célebre por la extraordinaria liberalidad de sus principios, y por la fuerza de su raciocinio, quiere que el gobierno se aproxime, cuanto sea posible, a la sociedad. Quiere poco: yo quisiera, que el gobierno del Perú fuese una misma cosa que la sociedad peruana, así como un vaso esférico es lo mismo que un vaso con figura esférica. En efecto, distinguir el gobierno de la sociedad, es distinguir una cosa de ella misma; porque la exigencia social no tiende sino al orden, y este orden a la consolidación o guarda de los derechos

recíprocos; lo cual, no puede conseguirse sin algunas reglas fundamentales; y estas son las que forman el gobierno. Luego establecer el régimen del Perú, es fijar la salvaguardia de nuestros derechos, es constituir la sociedad peruana. Y como sea ya enseñanza vulgar de derecho de gentes, que los hombres se unieron bajo este pacto, o se organizaron civilmente, por conservar unos derechos a expensas de otros; claros es, que toda forma constitutiva debe asegurar aquellos de tal manera que si queda expuesto alguno, en el hecho mismo es nula, sin que nadie pueda legitimarla; pues los hombres no tienen facultad para dispensar condiciones dependientes de la voluntad de Dios, comunicada al linaje humano por el uso de la recta razón, y que envuelven prerrogativas ingénitas a su ser”.

“Conocida es la blandura del carácter peruano, y su predisposición a recibir las formas que se le quiera dar, y mucho más, si se adoptan maneras agradables e insinuantes. De lo cual, como de la larga opresión, en que hemos vivido, depende la falta de energía y celo por la libertad, sin que neguemos por esto nuestra aptitud reactiva contra el despotismo. Pero, cuidándose de un plan permanente, no deben entrar, como medio de resistencia para afianzar el objeto propuesto, hechos particulares; porque una vez establecido aquel, sería una desgracia tener que recurrir a éstos. Ahora bien: debilitada nuestra fuerza y aveza-

dos al sistema colonial, cuya educación debe habernos dado una segunda naturaleza ¿qué seríamos? ¿qué tendríamos? ¿cómo hablaríamos a la presencia de un monarca? Yo lo diré: seríamos excelentes vasallos, y nunca ciudadanos; tendríamos aspiraciones serviles y nuestro placer consistiría en que S.M. extendiese su real mano, para que le besáramos; solicitaríamos con ansia verle comer; y nuestro lenguaje explicaría con propiedad nuestra obediencia. ¿No es amo el monarca en boca de las clases más distinguidas? No nos deslumbremos, por el sacro amor que nos merece la patria, con instituciones pomposas. Restablezcamos en todo su esplendor la dignidad de hombre propiamente tal; que tiempo hay, para que la virtud, el talento, la sabiduría, y las hazañas formen distinciones. No nos olvidemos de que la mano regia es demasiado poderosa, y que quien llega a sentirla en toda extensión, no tiene persona, no conoce propiedad, no siente en sí el mágico impulso de la libertad. Estas prerrogativas sólo se conservan por los que están habituados a defenderlas y de hecho las defienden perennemente con la eficacia de su carácter, librado en las instituciones populares. Si el hombre en sociedad ha asegurado sus preeminencias naturales no por eso ha perdido su tendencia a usurpar las de sus socios. Toda la dificultad está en el buen éxito y, seguro de éste, nada teme. Así que, la oportunidad de oprimir sólo depende de

la ineptitud de resistir; y a la manera que en el estado natural, ella consiste en la debilidad física, en el social nace de la flaqueza civil. ¿Cómo nos defenderíamos de la real opresión, si poco diestros en el ejercicio de nuestros derechos, no hemos sabido más que obedecer ciegamente? Un trono en el Perú sería acaso más despótico que en Asia, y asentada la paz, se disputarían los mandatarios la palma de la tiranía”.

“La extensión...¿Qué tiene la extensión de adecuado a la Monarquía? Obvia es la respuesta. Un campo más dilatado, en que pueda blandirse la tremebunda vara del despotismo: una inmensa distancia desde el centro de gobierno a los puntos de su circunferencia, y en ese intervalo, un enjambre de autoridades intermedias, a quienes tiene cuenta prevenir el concepto del rey en razón opuesta de lo que sucede en las provincias, y a aquel, que así sea: de suerte que, cuando alguno se le separa la cabeza de los hombros es por el crimen de lesa majestad, aunque la causa haya sido un rodillo del mandador. ¿Qué tiene la extensión? Es, que los monarcas son tan grandes, que sólo lo grande les cuadra bien”.

La actitud de Sánchez Carrión y de Mariátegui, hizo fracasar los planes monárquicos de Bernardo Monteagudo, y el 26 de Julio no estando San Martín en el Perú, un motín popular encabezado por Riva-Agüero obliga a renunciar al Ministro de Gobierno.

San Martín regresa de la conferencia de Guayaquil, el 20 de Agosto de 1822. Su heroico desprendimiento, su amor a la libertad y al Perú, lo hacen tomar la decisión de retirarse, y así le escribe a O'Higgins: “Me reconvenirá usted por no concluir la obra empezada. Tiene usted mucha razón; pero más la tengo yo. Estoy cansado de que me llamen tirano, que quiero ser rey, emperador y hasta demonio. Por otra parte, mi salud está muy deteriorada: la temperatura de este país me lleva a la tumba. Por fin, mi juventud fue sacrificada al servicio de los españoles, mi edad media al de mi patria. Creo que tengo derecho a disponer de mi vejez”.

Fueron convocadas las elecciones para formar el Congreso, y sólo pudieron realizarse en los departamentos de Lima, Tarma, Huaylas, Trujillo, Santa y Chancay que eran los ocupados por los separatistas. Los de Arequipa, Puno, Cuzco, Huamanga, Huancavelica, Mainas y Quijos, que se encontraban en poder de los realistas, fueron representados por los ciudadanos oriundos de dichos departamentos y que residían en Lima.

El 20 de setiembre se reunió el Primer Congreso Constituyente del Perú, que estaba integrado por 92 representantes; entre ellos 28 abogados, 26 eclesiásticos, 8 médicos y el resto de otras profesiones o distinguidos comerciantes. Ante este Congreso el heroico General argentino se despoja de todo po-

der; y se retira luego de recibir los honores ofrecidos a éste "Fundador de la Libertad del Perú".

Desde el pueblo de La Magdalena que él había bautizado con el nombre de Pueblo Libre, dirige su adiós al Perú, que constituye el resumen de un modelo de desprendimiento y que en su parte final dice: "Peruanos os dejo establecida la representación nacional. Si depositáis en ella entera confianza, cantad el triunfo; si no, la anarquía os va a devorar".

"Que el cielo presida a vuestros destinos, y que estos os colmen de felicidad y de paz".

"El maestro Rodríguez pudo contar 22 discípulos en los años en la sesión inaugural, en la que eligieron Presidente de la mesa provisoria". Luego se nombra a los carolinós Sánchez Carrión y Mariátegui secretarios de la primera mesa de la asamblea.

Mariano José de Arce presentó el pedido de que el Legislativo conservase el Ejecutivo delegándolo en una comisión salida de su seno. Sánchez Carrión se opuso; para él no se podía discutir siquiera, la posibilidad de que no estuviesen los tres poderes bien definidos, y fundamentando su pedido dijo: "Recordaré, únicamente que los trágicos sucesos de la Francia debieron su origen a las ambiciosas miras de la Convención. Marañoses de sangre corrieron en la capital y en las provincias, sólo por haber retenido la Asamblea la facultad de hacer ejecutar las leyes".

Aprobada la posición de Arce, faltaba decidir cuantas personas deberían formar la comisión que "administraría" las facultades ejecutivas. En esta oportunidad triunfa el pedido de Carrión el que dice: "Tres no se unen para oprimir" y añade: "El gobierno de uno es más activo y eficaz si gobernar se tratar a la raza humana como bestias".

Los doctrinarios representantes se apresuraron en su labor de dar al Perú su primera Constitución y nombraron a Sánchez Carrión, Rodríguez de Mendoza, Unánue, Pedemonte, Figuerola, Paredes, Pezet y Francisco Javier Mariátegui; pero es el representante huamachuquino, quien elabora casi íntegramente la Constitución.

Vienen los desastres luego. El Congreso era sólo un conjunto de doctrinarios llenos de buenas intenciones, pero que no habían gobernado nunca antes. Basadre dice: "Después de la derrota de Moquegua, pudo creerse que los españoles recuperarían Lima. De aquella época es la famosa burla salida del campamento español:

*Congresito, ¿cómo estamos
con el tris tras de Moquegua
De aquí a Lima hay una legua
¿Te vas? ¿Te vienes? ¿Nos vamos?*

A todo ello se suman las exigencias del Ejército y se da motivo para que Porras diga: "Se elige entonces a Riva-Agüero y en el camino de las claudicaciones y las realidades, se entrega sucesivamente el

mando a Torre Tagle y a Sucre, hasta rendir finalmente honores y confianza y aun la fulminada autoridad unipersonal, en manos del Héroe de Colombia".

Entre los diputados que, en el Congreso, pedían la venida de Bolívar, se encuentra Sánchez Carrión. Una vez aprobada su venida, es nombrado junto con Olmedo para ir a buscarlo.

Bolívar llega a bordo del "Chimborazo", y entra en Lima el 1º de setiembre de 1823.

La dominante personalidad del Libertador del Norte, influye en el ánimo de los peruanos, y se reinicia la etapa de la servil adulación. Porras —a quien tantas veces citamos— en su brillante trabajo sobre Sánchez Carrión nos trae algunas muestras de las zalamerías de esos días. Gamarra, el tosco caudillo cuzqueño, dice a Bolívar: "Su carta, que he besado muchas veces". Y La Fuente: "En Arequipa no tiene V.E. apasionados sino adoradores", añadiendo Porras aún más: "Y se llegó aún a la apostasía democrática. La Fuente, dice, en carta a Bolívar, que si éste se va del Perú, habría "que maldecir la victoria de Ayacucho y confesar que la suerte del Perú era mayor bajo el predominio español".

Sánchez Carrión fue colaborador sincero de Bolívar, a través del tiempo en que fue "Ministro General de los Negocios del Perú", cargo creado por el Libertador. Le prestó toda su colaboración, y al saber que la libertad dependía de ese sólo hombre, llegó a soportar

con resignación sus caprichos de héroe; y a pesar de que Bolívar, el 13 de febrero de 1924, escribía a Sucre: "No tengo confianza si no es de los nuestros", llegó también a confiar en él opinando: "El señor Carrión tiene talento, probidad y un patriotismo sin límites".

El Ministro General a pesar de su escasa salud, recorrió gran parte del territorio peruano durante la etapa Bolivariana. De los documentos publicados por Eguiguren, se desprende que laboró en Huaraz, Huánuco, Huariaca, Cerro de Pasco, Huancayo, Huamanga, Jauja, Huamachuco, Tarma y otros lugares peruanos.

El 24 de febrero de 1825, Bolívar, al tener que ausentarse, delega el mando político y militar en un Consejo de Gobierno integrado por La Mar, Sánchez Carrión y Unánue.

La enfermedad de Carrión se agravaba. En último esfuerzo por recobrar la salud, se dirige a Lurín. Pensando en la situación económica de su familia y en la probable muerte envía unas líneas al Libertador: "Aseguro a V.E. que sólo la pobreza suma en que me hallo, la larga familia que me rodea, pudieron obligarme a pasar por el vergonzoso conflicto de pedir, y mucho más cuando mis servicios han sido ningunos".

Falleció el Fundador de la República, el 2 de junio de 1825, cuando contaba 38 años de edad, en Lurín, donde poseía un breve fundo, y fue enterrado en el mismo lugar.

El Congreso al saber de su muerte nombró a Cayetano Heredia para que realice la autopsia, y sólo ella descartó el posible asesinato de este peruano insigne.

Los restos de Carrión, no fueron hallados cuando se deseó traerlos a Lima y sólo hubimos de contentarnos con un poco de tierra de Lurín, traída simbólicamente.

Si algo podemos hacer en su memoria, es actuar luego de haber meditado en las palabras del Maestro Raúl Porras: "La historia de nuestra Emancipación se escribió así, principalmente, por argentinos, colombianos y chilenos. En aquellas grandes historias, la acción bélica peruana sufrió olvido, cuando no mutilación o desmedro interesado. No aparecieron en el horizonte heroico ni el cuadro peruano diezmado en la batalla en la posición menos ventajosa; ni el guerrillero invencible en Breña natal y pieza de ataque en las grandes jugadas

de los estados mayores; ni las poblaciones saqueadas e incendiadas por su amor a la patria; ni los guías baquianos indispensables a los ejércitos; los mensajeros que sabían morir en estoico silencio bajo las arcadas de los portales coloniales, las mujeres o estudiantes que proveían de vendas, de víveres o de municiones; ni mucho menos el pueblo que entregaba el fruto de sus cosechas y sus ganados, forjaba en las maestranzas, lanzas, estribos y herraduras, fundía las alhajas de las casas y las iglesias para comprar fusiles y caballos, y salía a recibir, con estrofas cívicas, arcos de flores y dulzainas criollas, el paso de los libertadores".

¿Qué podremos decir entonces del olvido en que se ha tenido, a los que por su ideología fueron los forjadores de la Peruanidad? Uno de ellos fue José Faustino Sánchez Carrión, Fundador de la República.

Bajo el reinado de Fernando VI y siendo Virrey del Perú don José Antonio Manso de Velasco, Conde de Superunda, nace en Arica, la ciudad del morro, el 13 de agosto de 1755, don Hipólito Unanue. Fueron sus padres don Antonio Unanue de Montalivert y doña Manuela Pavón y Salgado. Su padre, de origen vizcaíno, estaba dedicado al negocio de cabotaje, para lo cual contaba con una pequeña embarcación. No era acomodado el hogar del futuro promotor del Perú. Se debió vivir sin holguras y más aún cuando días antes del nacimiento de Hipólito se incendió la embarcación que constituía, según parece, la única propiedad patrimonial de la familia.

Desde los primeros estudios —que realizó bajo la vigilante atención del cura de Arica, el doctor Osorio, un cercano pariente de su madre— dio muestras de una singular precocidad, distinguiéndose por su clara inteligencia. Estas cualidades llevaron a pensar que la carrera que convenía a joven con tan buenas dotes era la del sacerdocio.

En Arequipa, capital de la provincia a cuya jurisdicción pertenecía Arica, ingresó al Seminario de San Jerónimo, siguiendo la presunta vocación religiosa, y guiado por los sacerdotes Salguero de Cabrera y Abad y Llana. Hay quienes sostienen sin embargo que siguió estudios en el colegio de La Merced de dicha ciudad. De uno u otro modo, lo cierto es que el jo-

PERCY CAYO CÓRDOVA

HIPÓLITO UNANUE



PERCY CAYO CÓRDOVA, (n. Lima, 1937), miembro del Instituto Riva-Agüero, ha seguido estudios de Doctorado de Letras en la Pontificia Universidad Católica del Perú, a cuya Cátedra de Historia del Perú, el curso pertenece. Trabaja en investigaciones relacionadas con la Etapa Precurso-ra de la Independencia.



[GRABADO]

ARCHIVO FOTOGRAFICO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERU.

HIPÓLITO UNANUE

ven ariqueño siguió estudios de Humanidades, Filosofía y algo de Jurisprudencia.

Unanue demostró especial dedicación a los autores clásicos, a los que llegó a conocer con facilidad y exactitud, pues se dedicó con ahínco al estudio del griego y del latín. Podía gozar así de las lecturas de los clásicos en la propia lengua de los autores.

Parece que aún durante toda su permanencia en Arequipa, conservó la idea de seguir la carrera eclesiástica, pero que su viaje a Lima, contribuyó a disuadirlo de seguir tal camino. En aquella decisión debió colaborar notablemente, según parece, un tío suyo, el Padre Pedro Pavón, que descubriría en él cualidades excepcionales para el estudio de las ciencias naturales, o poca vocación para el sacerdocio. Quizá fue la esperanza de que su sobrino pudiera reemplazarlo más tarde en la Cátedra de Filosofía o de Anatomía, la que contribuyó también a favor de la idea.

Fue así que siguió con dedicación y esfuerzo la carrera médica, que era vista en un segundo orden, pero que gracias a quien por entonces tomaba ese camino, llegaría a poseer lustre y alto valor académico.

La llegada de Unanue a Lima hacia 1777, lo encuentra sin recursos necesarios para cubrir sus estudios. Pero no era el futuro Prócer de la Patria, de aquellos que se rinden o sucumben ante las dificultades. Quien había quedado huérfa-

no desde muy joven, sabía de la necesidad del esfuerzo y del tesón para salir adelante. Pese a que hubiera sido su deseo dedicarse de lleno y exclusivamente a sus estudios, conviene en emplearse de preceptor en casa de don Agustín de Landáburu, rico hacendado a cuya mansión concurren en amable tertulia, elementos destacados de la sociedad virreinal.

En la casa de los Landáburu, Unanue, se va a relacionar con miembros de la más alta sociedad limeña, que le van a brindar su amistad al descubrir en él los dotes brillantes con que la naturaleza lo había favorecido, y que él, con tanta dedicación y esmero, multiplicaba y robustecía. Estos mismos elementos constituirían más tarde, ya en la práctica de la medicina, su clientela más asidua.

Unanue, pues, comparte sus estudios de medicina con sus labores de preceptor. Pronto se distinguiría en sus estudios llegando a gozar de la preferencia de algunos de sus maestros, entre ellos Cosme Bueno, Gabriel Moreno, y Francisco de Rúa.

La simpatía e inteligencia que denotaba Unanue, lo llevaron a contarse entre los asistentes a la tertulia que por entonces reunía a un grupo de jóvenes en casa de don José María Egaña, de la que se gestaría más tarde una sociedad que pudo lucir con orgullo el nombre de Amantes del País.

Sus estudios en la Universidad lo pusieron en contacto con textos

de Física, Química e Historia Natural, pero no dejaría de frecuentar a los clásicos y aún se dio tiempo para llegarse hasta los enciclopedistas.

Hacia 1783 debió obtener el título de Bachiller. Al quedar vacante la Cátedra de Prima se presenta a la oposición. Ese mismo año, por muerte de don Pablo de Amaviscar, vacó la Cátedra de "Methodo de Medicina" y entonces compartió la oposición con maestros ya consagrados como Francisco Rúa, Gabriel Moreno y bachilleres —como él— entre quienes destacaban Luis de Bueno y Miguel Tafur.

El 23 de diciembre de 1786, Unanue, en la capilla de la Universidad, juraba en acto solemne ejercer la profesión de médico y dos años más tarde ocupaba la cátedra de "Methodo" en la que se impuso por estrecho margen a ese otro gran sabio de la época e íntimo amigo de Unanue, Miguel Tafur.

Compartiendo la Cátedra con la práctica profesional, en ésta Unanue gana fama y prestigio en la atención de sus pacientes, que hallan en él un médico acertado y comprensivo, dotado de excepcionales cualidades para la profesión.

Hemos dicho que Unanue concurría a la tertulia que se realizaba en casa de don José María Egaña; allí se reunían a partir de las ocho de la noche cambiando ideas sobre temas de actualidad y comentando las últimas corrientes

culturales vigentes en Europa. Fue de esta tertulia que se originó la *Sociedad Amantes del País*, a semejanza de instituciones tan en boga entonces en el viejo mundo.

No contentos con compartir entre ellos sus inquietudes y su latente amor al propio suelo, debieron plantearse la necesidad de buscar un vehículo de transmisión para todo aquello que veían con tanta claridad, y que otros quizá aún no sospechaban. De allí debió nacer la idea de publicar un periódico en el que pudieran volcar sus aspiraciones y dar a conocer en lo posible, las emociones que compartían y la vocación profunda hacia lo propio. "*Mercurio Peruano*" llevaría por nombre y en él colaborarían los miembros de la sociedad. Como bien dice Vargas Ugarte, no fue un periódico noticiero sino un promotor de la cultura.

Los colaboradores del "*Mercurio*", ocultaron su personalidad firmando sus artículos con seudónimos extraídos de la antigüedad clásica. Así, José Rossi y Rubí aparecía como *Hesperiphylo*, Francisco González Laguna, como *Thimeo*, José María Egaña, *Hermágoras*, Francisco Romero de Lagunas, *Hipparco*, Diego Cisneros, *Archidamo*, José Baquijano y Carrillo, *Cefalio*, etc. Unanue aunque no firma sus artículos, aparece en el índice publicado por el mismo "*Mercurio*", luego de su número 34, como *Aristio*.

Hermosa tarea aquella que emprendieron los contertulios de la

Sociedad Amantes del País; inspirados en las ideas de la Ilustración, vuelcan su caudal de conocimientos en el deseo de dar a conocer el territorio que habitan desde los ángulos más diversos, como ofrecía el editor Jacinto Calero y Moreira en el Prospecto del *"Mercurio"*. En él, se dolía de "la escasez de noticias que tenemos del país mismo que habitamos" y del lugar "reducido" que se le da "en el cuadro del universo". "El reparo de esta falta es el objeto primitivo del *Mercurio*", declara entonces, y para ello darán conocimientos sobre historia, "artes, agricultura, pesca y fábricas, sea de la península matriz, sea de este reino", la literatura, nuestros modales, etc. En lo que respecta a "noticias públicas", promete guiarse por el convencimiento de que siempre será más interesante "saber lo que pasa en nuestra nación", que lo que pasa en el Canadá, la Laponia o Arabia.

El 2 de enero de 1791, aparecía en Lima el primer número de *"Mercurio Peruano"*. Los *Amantes del País* encomendaron a Unanue la difícil tarea de escribir el primer artículo. Las labores periódísticas no le eran totalmente nuevas, pues durante el año 1790 había laborado ya en el *"Diario Económico y Comercial de Lima"*.

Unanue tituló a su escrito "Idea General del Perú" y en él precisa que el "principal objeto de este papel periódico" es "hacer más conocido al país que habitamos". Se lamenta de "tantos para-

logismos" que los autores extranjeros han escrito contra el Perú debido en gran parte a haberse inspirado en textos ya muy antiguos o a malas interpretaciones. Por eso, ninguna tarea resultaba más grata y necesaria para este Amante del País, que la de dar una idea del Perú "tomada en términos generales".

Empieza por dolerse de las desmembraciones que se han hecho al territorio virreinal, heredado del gran imperio de los Incas. En efecto, hacia 1717 y 1776 se habían creado, respectivamente, los virreinos de Nueva Granada y Río de la Plata, reduciéndose de manera notable el territorio virreinal. A continuación, hace una breve descripción general de nuestro relieve: "Una cadena de cerros áridos y fragosos; unos arenales que se extienden a lo largo de casi toda la costa; unas lagunas de muchas leguas de extensión, algunas de ellas situadas en las cumbres de la misma cordillera, ocupan mucha parte del terreno peruano. Con todo, las quebradas y los valles, que logran del beneficio del riego, presentan unas amenas campiñas pobladas de villas y ciudades, y gozan del más benigno temperamento". Continúa dando una idea sintética de la población del Perú, a partir de los grupos originales, para hacer mención de los cruces que se habían realizado. Se felicita de las libertades concedidas por el Reglamento de Comercio Libre que habían liberado al

Perú de su dependencia de las Ferias de Portobelo y Panamá. De las fábricas dice que no ocupan lugar importante en la vida económica del país, y más bien es la minería la que provee de mayor riqueza al Perú. Se lamenta de la forma poco científica con que se navega, lo que acentúa las dificultades por la frecuencia con que se presenta la neblina en nuestras costas. De la pesca dice que se halla abandonada y de allí es su escasez y carestía. Se duele de la falta de prosperidad que presenta nuestra agricultura, que al no cubrir nuestras necesidades nos pone en situación de dependencia del extranjero. Elogia la historia natural del Perú, la belleza de sus parajes y la lozanía y hermosura de sus producciones. Termina su idea general con un elogio de los habitantes del Perú, a los que halla provistos de agudeza, penetración y espíritu de estudio, "buen gusto, urbanidad y dulce trato".

Buena maestra del espíritu de trabajo del peruano es a decir de Unanue, la abundante luz que la Universidad de San Marcos y las otras del reino derraman sobre el resto del Perú, pero se lamenta de la falta que hace la educación que, al no estar bastante extendida, no llega a todo el reino.

En números posteriores del "*Mercurio*" se pueden encontrar nuevas contribuciones de Unanue al periódico de la Sociedad, y entre ella destaca singularmente la que denominó "Idea general de los mo-

numentos del antiguo Perú" y que apareciera en el número 22 del 17 de marzo de 1791.

En ella Unanue desarrolla la importancia de los monumentos para la reconstrucción del pasado y se lamenta de la destrucción de ellos por la "codicia y ambición"; pero reconoce lo mucho que ha quedado y lo valioso que es todo ello para conocer en parte la vida del antiguo Perú. Al ocuparse de las obras de irrigación de los Incas y de "la utilísima costumbre (la misma que observan de los indios de estos tiempos) de unirse hermanablemente para los trabajos rurales..."deja escapar la tristeza que le ocasiona que estas costumbres se están perdiendo, y que en esto no se ha adelantado nada con la llegada de los españoles y la Conquista, sino antes bien se ha perdido mucho.

Alaba la dedicación de los Incas a la Astronomía y Medicina, el haber llegado a señalar los solsticios y los equinoccios, dado nombre a algunos planetas, su preocupación por los eclipses, etc. El buen gobierno que realizaban los caciques y la belleza y riqueza de la lengua quechua, no escapan a su admiración y, antes bien, le sirven para subrayar "el grado de civilización a que ascendieron". Esta alabanza al buen gobierno de los Incas y esta visión hermosa e idealista del antiguo Imperio, no pueden ser postergadas por Unanue, y aún llega, para corroborar sus asertos, a citar a Garcilaso, actitud ries-

gosa entonces pues se había prohibido su lectura ordenando recoger los ejemplares que se hallaran para evitar que con ellos los naturales de estas tierras aprendieran "muchas cosas perjudiciales". Esta medida, que se había tomado con el objeto de que no pudiera volver a realizarse un levantamiento similar al de Túpac Amaru, no impide a Unanue citar al Inca y, con las alabanzas que hace al Imperio, mostrarse en el fondo de acuerdo con él. Unanue fue todavía más lejos, cuando en una de las notas al texto que comentamos, no vacila en señalar como muy digna de leerse alguna cláusula del testamento del "valeroso Capitán Nancio Sierra de Leguzamo".

Por entonces, la simpatía innata de que hacía gala y la prestancia intelectual de que gozaba lo llevaron a frecuentar la amistad del Virrey Teodoro de Croix, el que le dispuso especial deferencia. Croix, se distinguió por su preocupación en materia educativa. El atraso en que se encontraba por entonces la enseñanza médica, llevó al Virrey a promover la creación de un Anfiteatro Anatómico con el objeto de dinamizar su estudio. El Virrey convocó a Don Cosme Bueno pidiéndole que se encargara de tan difícil empresa. El sabio, que a la sazón tenía su salud bastante quebrantada, se excusó. Conociendo las virtudes de Unanue, Bueno propuso al Virrey le encomendara a aquél la tarea de tanto esfuerzo y conocimiento. Unanue aceptó y desde en-

tonces puso toda su capacidad para el logro de tan noble fin.

La inauguración de este importante establecimiento —que vino a revolucionar la enseñanza de la Anatomía reemplazando las lerdas clases memorísticas por la práctica directa sobre el cuerpo humano— se realizó el 21 de noviembre de 1792. Esta obra, iniciada por Unanue bajo la gestión del Virrey Croix, venía a coronarse, gracias a sus esfuerzos, luego de dos años de infatigable labor, bajo el gobierno del Virrey Francisco Gil de Taboada y Lemus.

La ocasión de la apertura del Anfiteatro Anatómico, dio lugar a que Unanue leyera en la Universidad de San Marcos un discurso al que tituló "Decadencia y Restauración del Perú". En él alaba el acierto del Virrey al alentar esa obra que proclama la restauración del Perú. ¿Por qué restauración? Piensa Unanue que el descuido en que se encontraba hasta entonces la preparación médica y los escasos estímulos que existían para su estudio, habían propiciado la ruina de la salud de los peruanos. Pero la preocupación del Virrey y del ilustre Carlos IV y el cultivo de las nuevas ciencias, restaurarían la grandeza del Perú devolviéndole la salud a sus habitantes. Decía entonces Unanue: "Ignorancia de la Anatomía, impericia de esta ciencia directora del profesor, tú has causado en gran parte la decadencia y miseria que hoy lo oprime. Conocimiento de la Anatomía, ilustración

de esta ciencia conservadora de la humanidad, tú le restaurarás su opulencia y esplendor”.

Más tarde, queriendo justificar más aún la importancia de una política que velara por la salud de los pobladores, decía: “Los imperios dilatados y sin moradores son cuerpos fantásticos, cuya magnitud es un atributo imaginario; son unas vastas soledades, que lejos de aumentar la reputación del trono, enervan su vigor: son una carga gravosa y perjudicial. ¿De qué sirven los pueblos arruinados? ¿De qué las minas poderosas, sin operarios? Faltando los brazos que aren los campos, rompan las entrañas de la tierra y den impulso a las artes y al comercio, la miseria hará gemir sin recursos el país mismo donde la liberal naturaleza ha derramado los tesoros de su inagotable fecundidad”.

Para Unanue, esa es la suerte que hasta entonces ha corrido el Perú, “aquel Perú, hipóbole en otro tiempo de la felicidad y de la opulencia”. Ahora, como antes en sus escritos del “*Mercurio*”, Unanue ensalza al antiguo Perú. Se pregunta con insistencia en donde se hallarán las multitudes de indios que poblaban las costas del Perú, según el testimonio de los primeros cronistas. Es el descuido en la lucha contra las enfermedades la que ha diezmado a las poblaciones; pero he aquí, que, al conjuro de la ciencia, se restauraba el glorioso pasado peruano a través del interés por su estudio y

su aplicación al servicio de la salud de sus habitantes.

La tarea cumplida por Unanue en la erección del Anfiteatro Anatómico, terminó por encumbrarlo definitivamente dentro del ambiente intelectual limeño. Era por entonces una de las figuras más respetadas entre los estudiosos de la época.

No se da pausa en su inmenso trabajo. Desde el año 1793, habiendo merecido ya el título de Cosmógrafo Mayor del Reino, inició la publicación de una de sus obras que alcanzó mayor celebridad, y que hoy constituye una fuente obligada para los estudiosos de la época, la *Guía Política, Eclesiástica y Militar del Virreinato del Perú*. Esta publicación vino a reemplazar con creces al “*Conocimiento de los tiempos*”, que venía editándose desde inicios del siglo y en la que había tenido prominente participación el gran sabio Cosme Bueno. La publicación de las “*Guías*” las llevó a efecto hasta 1798, continuando al frente de ellas desde entonces Gregorio Paredes.

El Virrey Gil encargó a Unanue la redacción de parte de sus *Memorias de Gobierno*, y esta también fue buena ocasión para dejar deslizar algunas ideas muy propias de él. Aunque algo se había prosperado bajo el gobierno de Gil en orden a la Baja Policía, que se había establecido hacia 1791, aún quedaba mucho por hacer. Según la propia declaración de Unanue, en el discurso de inauguración del

Anfiteatro Anatómico, Lima "cuyo temperamento ha sido en la pluma de diferentes sabios la hipérbole de la dignidad, se halla reducida a ser la patria de las más funestas enfermedades y el sepulcro de los nacionales y extranjeros". Creía urgente tomar medidas para mejorar las condiciones sanitarias de la ciudad; entre otras proponía entonces: la supresión de las acequias inundadas y la formación de silos; la eliminación de la mala costumbre de enterrar a los muertos dentro de las mismas ciudades en los estrechos camposantos de los hospitales, o las bóvedas de las Iglesias o el interior de los conventos; que se prohibiera la entrada a la ciudad de los negros bozales, por las pestes que ya habían originado; piensa que la continuación de éstas se debe en buena parte a la costumbre de las familias de no desprenderse de "los paños infectos de contagio" que "o continuaban en la familia o por una falsa piedad se daban a los pobres", etc.

Al escribirse la Memoria de Gil, Unanue vuelve a mostrar la misma preocupación, y entonces hacía decir al Virrey: "Aunque el plano de esta capital y los varios arroyos que la riegan influyan en su formal limpieza, la falta de policía que ofrecía campo espacioso a la mala dirección de sus aguas, la tenía constituida en un general desaseo". Por, eso, decía, el aire se torna nocivo para la salud.

No hay acto de la vida del Virreinato que por entonces no cuen-

te con la participación directa o indirecta de Unanue; su espíritu acucioso y sutil, nos ha dejado relatos de todos los hechos importantes de la época. Así, de la vía que unía Lima al Callao, obra que de camino polvoriento convirtiera en carretera el Virrey don Ambrosio O'Higgins, nos dice en el discurso que pronunciara en su apertura: "Está reservado a los fines del siglo XVIII, ver levantarse de un golpe entre Lima y Callao, esto es, en la garganta por donde han salido nuestros tesoros y entrado los frutos de la industria europea y asiática, un soberbio camino que reuniese el lujo de la segunda a la magnificencia de la primera".

Hacia 1799, Unanue contrae matrimonio con Manuela de Cuba, dama de la que no tuvo descendencia y que murió luego de larga enfermedad en 1805. Antes de morir doña Manuela, le expresó que sería de su agrado que contrajera nuevas nupcias con una sobrina suya, Josefa de la Cuba y de la Rocha. De este segundo matrimonio, sí tuvo descendencia don Hipólito; fueron sus hijos doña Jesús, Francisca, Germán, Rosa y José.

Desde antes de este triste acontecimiento, debieron ir ya madurando las ideas que lo llevarían a escribir las *Observaciones sobre el clima de Lima y sus influencias en los seres organizados, en especial el hombre*. Esta obra la dedicó Unanue a su maestro Gabriel Moreno por expresa voluntad de su difunta esposa, a quien éste había

atendido con especial diligencia. Al ofrecer su libro a tan distinguido médico, Unanue expresaba luego de enumerar y loar sus virtudes: "Estas recomendables prendas tuvieron en el aprecio de mi carísima esposa aquel grado de consideración y estima que sabía dar al mérito. Hoy, desde la tumba, ofrece a Usted, por mis manos, este voto debido a su virtud. Porque aun cuando haya fallecido el cuerpo, vive el ánimo inmortal, cuya excelente imagen, grabada altamente en mi pecho, domina después de su muerte con tan absoluto imperio, cual le poseyeron en vida sus raras y sobresalientes dotes".

El Clima de Lima, como se le conoce comúnmente, dio ocasión, por lo dilatado del tema, a que Unanue mostrara su extraordinaria versación en los asuntos más diversos, y sorprende la amplitud de criterio usado. En el capítulo dedicado a las Influencias del clima en las enfermedades y refiriéndose a nuestro aborigen, desarrolla lo que llama "Enfermedades del ánimo". Describe allí al indio, como de aire triste, "los modales tímidos, los pasos lentos" y amantes de la "soledad y los colores sombríos con preferencia a los vivos y relucientes". Su imaginación es excelente y "es débil la estructura de sus cuerpos". Deja entrever que aquello se podría deber a que "aunque hijos del Sol, por situación y creencia, la variedad del clima les oculta en su mayor parte la clara brillantez de sus rayos". "Como la música es el lenguaje más

significativo de los sentimientos del ánimo, la de los peruanos es acaso la más patética de cuantas han originado la pura expresión de la tristeza". Reconoce en ella "tonos alegres y danzas animadas", pero según él, es el yaraví la canción favorita del indio y en ella —dice— "parece que desplegaron todas las fuerzas de su ingenio para copiar en estas elegías su índole y su corazón naturalmente sensible y apesarado". Los temas son de preferencia "infortunios de amor o de la suerte" y "los sentimientos salen con todo el fuego del pecho", arrancando "las lágrimas de los ojos a los mismos que no entienden el idioma en que se cantan".

El indio es débil en su cuerpo y por eso el tono es melancólico. "Parece originarse una persuasión interior de nuestra impotencia". Son los españoles criollos los que más sienten estas presiones debilitantes del clima y por eso quizá se explica su indiferencia ante "todo lo relativo a la sociedad, pese al amor a la patria". Pero Unanue no se limita a señalar estas razones, sino va más allá emitiendo un concepto interesantísimo cuando dice que quizá pudiera ser a la inversa y que es ese amor a la patria, el que produce la tristeza del ánimo al no encontrar los hombres "en el orden político la preferencia que desean para hacerse respetables".

El Clima de Lima mereció los más altos elogios, y en un juicio sobre ella, publicado en el "*Memo- rial Literario de Madrid*", y que el

ilustre sabio anexara a la segunda edición de su obra, se le reconoce como muestra clara de la gran versación del autor y sorprendente por su originalidad y rigor científico. De Unanue se decía allí: "Consideramos que su autor es digno de los elogios de todos los hombres instruídos y de la veneración de los sabios y no dudamos en afirmar que es uno de los mejores Tratados que sobre este particular se han escrito en nuestros días, y que nos deberíamos dar por muy satisfechos con tal que le imitara alguno de nuestros ilustrados profesores que gozan de la pública reputación". Y terminaba diciendo: "Concluiremos, pues, nuestro juicio con decir que es, en verdad, muy extraño que, llevando nosotros a los peruanos muchos siglos adelantados en la ilustración y bastantes años en la erección de cátedras de todas las clases, se haya publicado el primer libro de esta clase en Lima y no en Madrid". La fama de Unanue, como sabio y estudioso, desbordó desde entonces los límites del Virreinato para inundar con su luz el ambiente científico europeo.

Gobernaba desde 1806 el Virreinato peruano, don Fernando de Abascal y Souza. Reconociendo el valor que tendría el tener un Consejero de las altas cualidades de Unanue, lo llamó a su lado como antes ya habían hecho sus antecesores en el gobierno de estas tierras: Teodoro de Croix y Francisco Gil Taboada y Lemus. Abascal, que poseía el don de conocer a los hombres, no vaciló tampoco en

nombrar a Unanue Protomédico del Reino, título que le confirió el 29 de noviembre de 1807.

Su pronta amistad con Abascal lo lleva a buscar en él, el apoyo que necesitaba para coronar el sueño que desde algunos años debía acariciar su imaginación: fundar una Escuela de Medicina. Este proyecto, que Unanue anteriormente —con Gil— había propuesto para su erección simultánea con el Anfiteatro, no lo había logrado cristalizar; pero el sabio no se desalentó, y esperó mejor ocasión para hacerlo realidad. Abascal era hombre comprensivo y dispuesto siempre a emprender cualquier tarea por mejorar la situación del Virreinato. Unanue, en un Memorial, elevado a consideración del Virrey, pedía este logro que superaría las deficiencias que entonces presentaba la preparación médica.

Pronto la ayuda decidida y eficaz del Virrey y el alto prestigio de Unanue, atraen la colaboración y el reconocimiento de la importancia de la empresa. Las más altas personalidades del Virreinato como el Arzobispo de Lima, Las Heras; el Obispo de Arequipa, Chávez de la Rosa e instituciones representativas, como el Cabildo de Lima y el de Quito, se ofrecían a costear algunas becas u ofrecían fuertes donativos. En camino de realización el ambicioso proyecto, Abascal solicitó de la Hermandad del Hospital de Santa Ana le cedieran una parte de su local para que funcione allí provisionalmente, pero de inmediato, el

Colegio Médico. Luego de los trámites respectivos, la cesión fue otorgada. Pero el edificio definitivo se empezó a construir al poco tiempo en la esquina del Hospital de San Andrés, bajo la dirección del Presbítero Matías Maestro.

Grande fue el aliento que recibió esta obra. Los donativos enviados superaron ligeramente a los gastos, por lo que se aplicaron dichos fondos a comprar un terreno y cercarlo con el objeto de contar con un jardín botánico. Unanue además proveyó de enseres e instrumentos al nuevo local, lo que sufragó de sus propios dineros. Fue tal el entusiasmo que despertó la Escuela de Medicina, que los primeros exámenes rendidos por los alumnos constituyeron todo un acontecimiento, y fue así como para el examen de Anatomía, Fisiología y Elementos de Zoología, curso que dictaba el catedrático don José Pezet, se invitó al Virrey. Ya anteriormente para un examen de matemáticas se había realizado una prueba en público.

Pronto la Escuela de San Fernando, como fue llamada en homenaje al Virrey, convocó a lo mejor de la juventud estudiosa de entonces. Los esfuerzos de Unanue habían dado sus frutos. Con razón pudo decir en febrero de 1824, al agradecer la moción aprobada por el Congreso declarándolo "Bene mérito de la Patria" en grado sobresaliente, que él había amado "esta Patria...mucho antes que se abriese por la espalda de Marte la primera

página de su existencia. Yo le preparé el camino difundiendo las luces, sin las cuales vaga incierta y se pierde hasta la memoria de los hombres; procuré que las preciosas adquisiciones intelectuales circularan en el Perú...Mi fortuna, mi familia, mi reposo, todo cuanto me une a la naturaleza y a la vida le ha sido sacrificado por mí".

También debió ejercer su poder de persuasión sobre el Virrey Abascal, en el sentido de erradicar la costumbre de realizar los entierros dentro de la ciudad. Esta era una vieja aspiración del sabio expresada desde 1791. Abascal puso también el mayor empeño en proyecto de tan grande utilidad, y logró costear la obra con algunos espectáculos públicos, encargando la proyección de los planos esta vez también a Matías Maestro. Problema aparte constituyó, más tarde, la prevención de los habitantes de Lima a enterrar a sus difuntos en aquel lugar. Abascal supo vencer, con la sagacidad que le fue proverbial, esta resistencia, consiguiendo la autorización del Arzobispo Las Heras para trasladar al nuevo cementerio a uno de sus antecesores, acto que se realizó con toda solemnidad el 31 de mayo de 1808. La medida resultó de gran eficacia y desde entonces no hubo ninguna resistencia a enterrar a aquel lugar a los muertos de la ciudad, como lo demuestra el número de 345 personas a las que se dio sepultura el primer mes de funcionamiento del nuevo camposanto.

Hacia 1808 y como reflejo de los acontecimientos en la metrópoli, el Virreinato empieza a vivir una etapa de caracteres muy peculiares y que daría oportunidad a que se manifestaran los primeros sentimientos de una corriente autonomista entre los peruanos de entonces. La ocasión que sirvió para dejar expresar estos ideales fue el cautiverio del Rey Fernando VII por Napoleón. Este, que había esperado un buen pretexto para apoderarse de la península a fin de colocar al frente del Gobierno de España y de las Indias, como había hecho con otras regiones, a uno de sus parientes, acusa a Portugal de burlar el bloqueo que Francia había decretado contra Inglaterra. Para castigar el atrevimiento portugués, Napoleón obtuvo permiso para cruzar el territorio español, camino de Portugal. Contando con la valiosa acción que Joaquín Murat, consiguió —luego de repetidas intrigas— que el Rey Carlos VI, y su hijo Fernando VII el Príncipe de Asturias, renunciaran al gobierno de la metrópoli y las colonias a favor de él. Napoleón —a su vez— cedía la corona a su hermano José I. Todos estos hechos, produjeron un gran estremecimiento en España y las Colonias, al cual no se substraño el Virreinato peruano, aunque aquí, la acción hábil y vigilante de Abascal sirvió para amortiguar sus efectos.

En muchos lugares de América, los sucesos de la metrópoli dieron ocasión a que se manifestaran a través de las Juntas los senti-

mientos separatistas. Abascal buscó la forma de impedir cualquier acto que rompiera siquiera en parte la inquebrantable fidelidad al monarca. Frente a los sucesos, trató de evitar que llegaran al conocimiento de los peruanos, y limeños en especial, la erección de Juntas en otras jurisdicciones del territorio colonial, y buscando una solución más rápida a los problemas que se planteaban, convocó a los habitantes de Lima para el 13 de octubre de 1808 con el objeto de jurar fidelidad a Fernando VII, el Rey entonces cautivo.

Pese a todos los esfuerzos de Abascal, para que en Lima tales hechos no tuvieran repercusión, vio quebrantado su deseo, y fue en la naciente Escuela de Medicina de San Fernando, donde vino a tener expresión la inquietud limeña. Según relata Vicuña Mackenna, Abascal recibió una denuncia por la que se le hacía saber que varios Profesores de la Escuela Médica sostenían reuniones con grupos de alumnos, en las que se deliberaba sobre los acontecimientos de la península y la conducta que debían seguir los americanos.

El tono de la denuncia y el sigilo con que se realizaban estas reuniones, debieron preocupar a Abascal, pero no tanto como para que —olvidando la necesidad de ser sagaz— hiciera público su desagrado sobre tal conducta. Más necesario resultaba ocultar al gran público tales reuniones y su motivo, en consideración de que parti-

cipaban en ellas distinguidos maestros de la Escuela, y entre ellos figuraba don Hipólito Unanue. Hasta hoy en día, no hay una coincidencia de opiniones entre los estudiosos al juzgar los hechos que comentamos. Según la versión de Vicuña, le habían sido relatados por personas que le conocieran de cerca. Sin embargo, por el lugar rector que ocupaba ya entonces Unanue y por su amistad con el Virrey, para otros resulta difícil imaginarlo conspirando. Quizá si al mismo Abascal le habría parecido imposible la actitud de Unanue, por lo que gran prudente diole a entender que conocía de tales conciliábulos, con lo que habría logrado desbaratar tales reuniones.

Conocido en Lima el decreto de las Cortes que concedía la libertad de imprenta surgieron numerosas publicaciones, en alguna de las cuales participó Unanue, colaborando al lado de sus antiguos amigos y redactores del *"Mercurio"*. Es digno de mencionarse entre ellos al *"Verdadero Peruano"*. Este periódico, que empezó a publicarse el 22 de setiembre de 1812, vino a reemplazar a *"El Peruano"*, que había sido suspendido por orden del Virrey Abascal, debido al tono violento y de acre censura de que hacía gala en sus artículos. El solo nombre de *"Verdadero Peruano"*, que ostentaba la nueva publicación, representaba la continuación de una postura que desagradaba al Virrey y un reto para éste.

Pese a que en su prospecto el *"Verdadero Peruano"* se presagiaba

a sí mismo una larga vida, ésta no se prolongó durando algo menos de un año. Era evidente que a Abascal no le agradaba la libertad de imprenta, ni las nuevas ideas recogidas en la Constitución de Cádiz. En este aspecto, estuvo en desacuerdo con Unanue, que en Lima, junto con Baquíjano, representaban los elementos más destacados de la tendencia constitucional.

Los hechos de la península se siguieron desarrollando de tal manera que pronto se convocó a Cortes, donde estarían representadas las provincias americanas. En un primer momento, por la premura del tiempo, se nombraron a los representantes de las posesiones ultramarinas entre los originarios de esas localidades que se hallaran establecidas en la península, pero más tarde debían realizarse las elecciones con el objeto de que fueran los mismos pueblos los que eligieran a sus delegados. Sin embargo, en nuestro Virreinato hubo una corriente de opinión entre los españoles radicados en él, interpretando la convocatoria en el sentido de que la elección debía recaer en alguno de ellos. Pronto Unanue se movilizó para impedir se consumara tal absurdo; entre otras medidas que tomara, estuvo la redacción de un memorial que suscribieron más de setenta personas distinguidas de Lima, por el que se declaraba la necesidad de que los representantes de estas tierras salieran elegidos entre sus propios hijos. El peso de sus argumentos hizo que se le re-

conociera la razón. Según cuentan, este solemne documento fue firmado de rodillas por el Conde de la Vega del Ren.

En octubre de 1813 se realizaron las elecciones de los diputados que llevarían la representación americana a las Cortes; Unanue fue elegido por Arequipa, a cuya jurisdicción, recordemos, pertenecía Arica.

Las múltiples tareas que realiza nuestro personaje debieron retrasar su salida, por lo que llegará a Madrid en 1814. El viaje había sido largo y aunque era la primera vez que Unanue salía del Perú, no debió causarle gran entusiasmo, pues en carta dirigida a un amigo le decía: "Quatro meses he nabegado por mares y climas diferentes y que solo se puede abenturar el trancitarlos, ó por no conocer lo que se hace, ó movido del interés"; quizá debieron influir en estas impresiones el hecho de que mientras realizaba la navegación el panorama en la península había variado completamente, pues de vuelta de Valencay, donde había estado cautivo, Fernando VII había dejado de lado todas las conquistas liberales y había disuelto las Cortes, por lo que la misión que llegaba a cumplir resultaba entonces irrealizable.

Sin embargo, Unanue se pareció a realizar algunas gestiones como la que debía tener por objeto la restitución de los bienes de su antiguo favorecedor don Agustín de Landáburu y del que era ahora apoderado general y heredero. Era

el caso que, por una Real Cédula de 1809, los bienes de don Agustín de Landáburu fueron confiscados, acusado de ser partidario de la independencia. Unanue trató de lograr desde entonces la anulación de dicha orden, haciendo uso del peso que su influencia le podía depurar. Sin embargo era muy difícil influir hasta tan grande distancia, y más aún en los críticos momentos por los que atravesaba la administración metropolitana. Por eso, en ocasión de su viaje a España para representar a la patria, Unanue no olvida a su antiguo benefactor y quiere aprovechar de su estadía en España para gestionar la anulación de la orden contra Landáburu.

Larga debió ser la espera que realizara Unanue con el objeto de ser recibido por el monarca. Resultaba paradójico que él, que había llegado hasta la metrópoli para cumplir con una misión que representaba una corriente ideológica que por entonces era perseguida en España, se arriesgara a solicitar una audiencia con el Rey que ya se había mostrado tan contrario a todo lo que significara o tuviera que ver con el liberalismo. Sin embargo, Unanue debió confiar en su afabilidad, en su extraordinario tacto y en la razón de su causa.

El relato de lo que debió ser tan interesante entrevista, nos lo ha dado Luis Alayza y Paz Soldán. Fernando habría quedado cautivado por los conocimientos de este hombre que con tanta exactitud explicaba los acontecimientos de la

colonia. Si bien Fernando VII ignoraba que delante suyo estaba el consejero de sus últimos representantes en el Perú, quien había tenido en sus manos valiosa documentación con la que había colaborado con los virreyes en la redacción de las memorias y con la cual podía sorprender en estos momentos a su admirado interlocutor. Fernando quedó asombrado de tal cúmulo de sapiencia; interrogando cada vez más en temas que requerían para su respuesta una mayor erudición, siempre escuchaba las palabras que con acierto le despejaban de toda duda: tenía ante sí, un hombre de cualidades extraordinarias y de valor singular. La sorpresa y admiración del monarca ha sido tal, que le ofreció conferirle título de Marqués, a lo que el ilustre sabio, recordando sus antiguas posiciones habría declinado, pero más bien obtuvo de su real interlocutor el obsequio de una imagen de la Virgen de la Asunción que adornaba la sala de espera al monarca y —por cierto— también la vindicación de los bienes de su amigo Landáburu. Con el tiempo estos bienes vinieron a ser, en parte, por disposición testamentaria, patrimonio de Unanue.

En España, el sabio no se desvinculó del todo de sus quehaceres científicos frecuentando los círculos académicos y culturales del viejo mundo, donde debieron sorprender los conocimientos de este americano que, sin haber salido de una colonia, había logrado despertar la

admiración de los sabios de la metrópoli.

No olvidó tampoco realizar algunas gestiones a favor de su querida Escuela de San Fernando, y elevó un memorial al Rey solicitando la Cédula que aprobara la erección del Colegio. Admirarían una vez más al Rey, los elevadísimos conceptos en que se dirige el peticionario y el profundo contenido humanitario que encerraba su invocación. Se lamentaba del estado de postración en que se hallaban los indios en los obrajes y en las faenas mineras y los graves riesgos para su salud por la falta de establecimientos hospitalarios donde pudieran ser atendidos. El Rey, por real Cédula de 9 de mayo de 1815, aprobó la existencia del Colegio y aseguró sus recursos. Unanue recibió también entonces el título de "Médico de su Real Cámara". El triunfo acompañaba una vez más a quien, hablando el lenguaje de la verdad y de la justicia, lograba la realización de sus más caros anhelos.

Para 1816 encontramos al sabio nuevamente en la patria, agobiado por el fuerte trabajo al que se había sometido. Para recuperar energías —y quien sabe si con el ánimo de hacerlo definitivo— se retiró a descansar a Cañete. Allí pasaba sus días hasta que nuevas tareas lo convocaron a Lima. Ya era 1820 y la patria requería del concurso de sus mejores hijos: ella lo llamaría y le haría jugar un rol singularísimo en la empresa libertadora.

El suelo del antiguo y reposado virreinato vivía nuevas agitaciones. Era mediados de 1820, y la sospecha del arribo de la expedición libertadora había terminado por tornarse en una franca realidad. Eran los días en que Lima, convulsionada, presenciaba, casi increíblemente, la proximidad de tiempos mejores para la patria. El movimiento libertario venía desde antiguo, si bien se había agitado intensamente en los últimos tiempos. Los que, ante los primeros levantamientos, como los de Zela o Pumacahua, soñaron con una Patria Libre, veían que sus sueños estaban prontos a convertirse en realidad.

El 8 de setiembre de 1820, desembarcaban en la bahía de Paracas las tropas libertadoras comandadas por San Martín. La política de la metrópoli era entonces la de buscar la conciliación con las provincias disidentes, y así le había sido comunicado a don Joaquín de la Pezuela, Virrey del Perú, desde el retiro de Abascal en 1816. Pezuela hizo llegar hasta San Martín sus deseos de sostener una entrevista tendiente a llegar a algunos puntos de acuerdo, evitando así una posición de fuerza. San Martín acogió afirmativamente la invitación y prometió enviar a los representantes.

Fue así como se realizaron las célebres conferencias de Miraflores. El Virrey nombró como sus representantes al Conde de Villar de Fuente y al marino Dionisio Capaz. Como Secretario de la delegación

iba Unanue. Quizá si fue él mismo el que —procurando estar más cerca de los acontecimientos— insinuó al Virrey su nombramiento. Las conferencias devinieron en fracaso por lo dispar de las posiciones: por parte de los realistas, el retiro de las fuerzas patriotas a Chile y el acatamiento a los mandatos de la Constitución doceañista, que había sido jurada en Lima el 15 de setiembre; por parte de los patriotas, el reconocimiento de la independencia política. El clima en que se desarrollaron las conferencias parece que fue cordial y amistoso, pese a lo cual, concluídas éstas, el representante Dionisio Capaz, quizá con el objeto de hacer recaer en los patriotas la responsabilidad del fracaso de las conferencias y prestigiar de tal manera la posición realista, publicó en la "*Gaceta del Gobierno*" un memorial, que más que aquello se presentaba con todas las características de un libelo. En él atacaba burdamente la posición patriota y hacía aparecer al ejército libertador como un verdadero peligro social. Capaz, con el deseo ya no sólo de prestigiar la posición realista sino la de su escrito, no halló mejor forma que la de sumar la firma de Unanue a tan insidioso escrito. Sabía bien Capaz del prestigio y aureola de hombre probo y virtuoso de que gozaba Unanue, pero lo que no sospechó fue la reacción pronta y altiva del sabio, que aunque sabiendo que un desmentido podría ser mal visto por las autoridades virreinales, no po-

día menos que pensar que su silencio lo convertiría en cómplice de tan baja maniobra. Por otra parte, la simpatía que el partido libertador despertara en el sabio, debía ser entonces todo un convencimiento.

El 9 de octubre, cuarentiocho horas más tarde de la impertinente e inconsulta publicación de Capaz, Unanue, con altivez e hidalguía, levantaba los cargos que se hacía en ella contra el ejército libertador y negaba el derecho de hacerlo figurar como firmante. En su escrito que tituló "*Los males de la guerra civil y el deber de los escritores*" decía: "La guerra es el supremo de los males. La mejor dirigida deja en pos de sí desastres que no causarían las pestes, los terremotos, los incendios e inundaciones. Empero, de todas las discordias, es la más cruel la civil, o de los individuos de un propio Estado". Estas frases debieron de resonar esclarecedoras de su posición. No estaba él de acuerdo con tan larga guerra, que ya llevaba más de diez años; más aún, porque no creía que era esa la manera de poder silenciar a un pueblo que aspira a un destino mejor.

Propiciando la reanudación de las conversaciones entre el Virrey y las fuerzas patriotas, suscribe en los primeros días de diciembre un memorial que es enviado al Cabildo para que intercediese a este efecto, evitándose así los males de la guerra.

La palabra de Unanue debió repercutir en el ambiente limeño

como la voz autorizada de los augures antiguos. Su resonancia debió expandirse a la par que la promesa de días mejores para la patria. Nada más eficaz se podría haber hecho entonces por la libertad; ningún hecho hubiera representado espaldarazo más singular ni significativo. Bastaría para comprender lo valioso del escrito del sabio, recordar algunas frases que le escribiera al General O'Higgins, por entonces Director de Chile, uno de los representantes de San Martín a la Conferencia de Miraflores. Decía allí Juan García del Río: "Nada digo del papel de Unanue, porque es la acción más sublime y el golpe más fuerte que se puede haber dado al gobierno de Lima".

Luego de tan importante contribución al partido de la patria, Unanue se retira a un segundo plano; el desenlace esperado de los hechos no debía estar lejano. Con sus 65 años, las fuerzas ya no le permitían pensar siquiera en allegarse hasta el Ejército Libertador. Su posición de sabio, no le podía ocultar, que más le valía acumularlas, pues los días de la patria libre, ya cercanos, lo llamarían para colaborar desde cargos más elevados y de mayor responsabilidad que el de pelear con un arma en la mano.

28 de julio de 1821. San Martín era invitado en el Palacio de Pizarro a dirigirse al tabladillo colocado en la Plaza Principal con el objeto de proceder a la jura de la Independencia. Unanue figura en

la comisión enviada con tal encargo. Una semana más tarde, cuando San Martín con el objeto de organizar el gobierno, establece el Protectorado, llama a su lado a Unanue y le pide se haga cargo de uno de los tres ministerios que por decreto de ese día, 3 de agosto, se creaban. El sabio, aunque no desconocía las dificultades que en momentos tan críticos debía conllevar tal tarea, no lo duda y acepta. Así es como Unanue se ve convertido, de pronto, en el primer Ministro de Hacienda del nuevo Estado.

Tarea titánica aquella de asumir responsabilidad tan grande. Habría que multiplicarse para poder ordenar una economía caótica y obtener los medios necesarios para sostener al ejército y llevar adelante la guerra. Su acción fue múltiple y variada. Con el objeto de recaudar fondos, abrió una suscripción, a la que los habitantes de Lima acudieron con patriotismo ejemplar, llegando a recaudar varios miles de pesos y redujo el número de empleados públicos, que él los sabía con exceso, como que en varios de sus escritos había dicho que aquí todos quisieran ser empleados de la administración pública. En la memoria del Virrey Gil, escribía: "Lima, es país de empleos".

A lo largo de su gestión junto a San Martín, Unanue pudo dar claras muestras de su laboriosidad y preparación, mereciendo en todo momento especial consideración de parte del Libertador. En su cali-

dad de Ministro debió intervenir en la preparación del Estatuto Provisional dado por San Martín el 8 de octubre de 1821 y que serviría de norma de gobierno en tanto se reuniese un Congreso Constituyente. En el Estatuto se declara a la Religión Católica como la del Estado, se enumeraba las facultades de que quedaba investido el Protector y las que correspondían a los Ministros; se creaba un Consejo de Estado compuesto por doce miembros, entre ellos los tres ministros, y fijaba sus funciones, igualmente determinaba la de los Presidentes de los departamentos; se mantenía el régimen municipal, se establecía la existencia del Poder Judicial, administrado por la Alta Cámara de Justicia, que tendría las mismas atribuciones que habían tenido hasta entonces las Audiencias; se consagraban los principales derechos ciudadanos, la libertad de prensa; se mantenían en vigencia "todas las leyes que regían en el gobierno antiguo" siempre que no estuvieran en contraposición con el nuevo orden; se reconocían las deudas contraídas por el antiguo régimen siempre que no tuvieran su origen en el afán de mantener la esclavitud de estas tierras. Concluía las fórmulas de juramentación que deberían observar el Protector, los Ministros, y los funcionarios y ciudadanos en general.

Cuando se plantea el debate de monarquismo o republicanismo, Unanue apoya, siguiendo la posición Sanmartiniana, la primera y

participa en la Sociedad Patriótica. Ya en las Conferencias de Miraflores —en las que intervino Unanue—, como en las de Punchauca, se había propuesto como solución de transacción, para evitar los males de la guerra, coronar como rey de estos territorios a algún príncipe de alguna Casa reinante europea. Es evidente que Unanue respaldó a San Martín cuando éste, queriendo llevar adelante dicho plan, envió como comisionados en busca del necesitado príncipe a Juan García del Río y a Diego Paroissien. Dicho acuerdo fue tomado por el Consejo del Estado, del cual formaba parte Unanue, el que debió suscribirlo.

Sin embargo, la población limeña se mostró desafecta a la idea monárquica por lo que, pese a los esfuerzos de San Martín por encauzar las tendencias partidarias hacia el monarquismo, sus proyectos fracasaron. Respetuoso siempre de la voluntad popular, el Libertador convocó a un Congreso que, por soberano, decidiría la forma de gobierno que debía de adoptar el nuevo Estado.

Las graves dificultades con que se contaba para proseguir la guerra, a lo que se sumaba la preocupación del Libertador por saber qué suerte correría Guayaquil y la posible ayuda de Bolívar, lo llevaron hacia el Norte para tratar directamente con el gran caraqueño. El fracaso de las conversaciones que sostuvo con Bolívar, y los disturbios ocurridos en Lima en ausencia suya contra su Ministro Monteagu-

do, terminaron por desengañar a San Martín quien, de vuelta a Lima, ya no pensó sino en dejar instalado el Congreso Constituyente que, tomando el poder, lo liberara a él de lo que consideraba gran responsabilidad. Instalado de manera solemne el Congreso el 20 de setiembre de 1822, ante él hizo renuncia San Martín y abandonó quedamente el Perú, para nunca volver.

El primer Congreso Constituyente peruano contó entre sus miembros más distinguidos a Unanue, que representaba entonces al departamento de Puno. En dicha Asamblea llegó a ejercer la presidencia, cargo que asumió el 20 de diciembre de 1822 y mereció ser reelegido un mes más tarde, siendo el primero que alcanzaba tan alto honor. La labor de Unanue en el Congreso Constituyente fue múltiple y valiosa, y con razón se ha dicho que no hay comisión importante que se forme, ni proyecto alguno de trascendencia en que no participe el sabio ariqueño, convertido en prominente legislador.

Cuando por el descontento de los grupos militares ante el fracaso de la llamada Campaña de Intermedios, el ejército decide exigir del Congreso el nombramiento de Riva-Agüero como Presidente de la República, en reemplazo de la inoperante Junta Gubernativa, le cupo a Unanue, una vez más, asumir una posición que, a la larga, concilió las exigencias del ejército con la necesidad de que el Congreso fuese medido lo menos posible.

El ejército dirigió una solicitud al Congreso pidiendo el nombramiento de una autoridad unipersonal y de gran poder, con el objeto de lograr llevar adelante de manera más eficaz la guerra contra las fuerzas realistas que, en gran número, dominaban sobre buena parte del territorio. Tal hecho produjo las encendidas protestas de nuestros republicanos. Pronto en la Asamblea se reconocen dos grupos bastante bien definidos: quienes ante la renovación de la exigencia del ejército, y su avance hasta Balconcillo, se inclinan con terminar con el poder de la Junta y acatar la voluntad castrense, y los que, considerando lesionada la dignidad del Congreso, se niegan a deliberar bajo ninguna suerte de presión. En este grupo el líder es Unanue, quien consigue hacer aprobar una proposición suya en el sentido de que "el ejército se retire a sus cuarteles para que la Asamblea pueda deliberar sin presión y con entera libertad". Allí se proponía, además, el cese de la Junta y su reemplazo por el jefe de mayor grado en el ejército, que a la sazón era Torre Tagle, quien de inmediato prestó juramento como Presidente Provisorio.

La feliz gestión de Unanue debió producir desconcierto en el ejército. Por un lado, se le daba en alguna forma la razón, al nombrarse una autoridad "unipersonal", y por otro se guardaban las apariencias, pues la representación aparecía tomando sus decisiones por propia iniciativa de sus miembros,

desechando presiones externas. Había salvado su posición el Congreso, y el artífice de tal obra era Unanue, indiscutible líder de la Asamblea. Tal actitud privó al ejército de su argumento principal y debieron pensar entonces que en el Parlamento había quienes podían dirigirlo con entereza. Sin embargo, el ejército se dispuso a jugar su última carta y, por intermedio de Santa Cruz, comunicó al Congreso que si nombraba a Riva-Agüero era difícil salvar al Perú, y más aún si la representación nacional tomaba en cuenta que todos los jefes de la División del Centro abandonarían el país de subsistir la autoridad de Tagle. Ante tan grande peligro, la Asamblea debió de acceder, nombrando a Riva-Agüero en reemplazo de Tagle. Pero el Congreso había sabido hacerse respetar y muy en especial por obra de Unanue.

Si bien, aparentemente, se había logrado una solución definitiva al problema, pronto se vio que esto no era realidad. El Congreso, en el fondo, quedó resentido con Riva-Agüero y esto no hacía esperar nada bueno para el futuro, y más aún cuando el ejército realista se mantenía en mejor situación que el patriota.

Mientras tanto, un segundo ejército enviado a Intermedios, esta vez Santa Cruz al frente, sufrió un nuevo revés. El fracaso animó a los realistas en su deseo de reconquistar la capital. Pronto el Congreso se vio en la necesidad de evacuar Lima para ponerse a salvo de las tropas que comandaba Canterac. Destruí-

do el ejército en Intermedios, la ciudad estaba prácticamente a merced del enemigo. Ningún intento de defensa sería feliz. No había otra solución que la de retirarse de la capital hacia lugares más seguros.

La proximidad del ejército español amedrentó a los pusilánimes y rápidamente cundió el temor. Unanue propone en el Congreso, que ya se disponía a abandonar la ciudad rumbo al Callao, quedarse en Lima y correr "la misma suerte del pueblo". Su altiva posición es reconocida y se acuerda que el Congreso se quedaría en Lima mientras fuera posible. El 18 de junio las avanzadas realistas están a las puertas de la capital. En la noche el Congreso y con él el Ejecutivo abandonan Lima, luego de lanzar una proclama a la ciudadanía, cuya redacción fue encargada a Unanue, en la que se le alentaba a soportar con entereza la dura prueba que se avecinaba.

El creciente temor de ver perdidos todos los esfuerzos realizados hasta entonces, decide al Congreso a llamar a Bolívar. Nombra con tal objeto a José Joaquín Olmedo y José Faustino Sánchez Carrión, quienes debían dirigirse a Guayaquil para invitar personalmente al Libertador. Por otra parte, ya Sucre estaba en Lima y el Congreso le confirió el mando militar, restando así los poderes del Presidente. Era evidente que los congresales no habían olvidado su rencor hacia quien había sido impuesto, en buena parte, por el ejército.

La proximidad del peligro realista, decide al Congreso y al Ejecutivo a emigrar a Trujillo donde podrían deliberar con mayor libertad. Un buen sector de representantes retarda su viaje al Norte, pero Unanue, siempre dispuesto a ser ejemplo en el cumplimiento de su deber, se embarca entre los primeros.

Pero no era don José de la Riva-Agüero de los que se avenía fácilmente a desempeñar el papel que el Congreso le imponía. No dispuesto a tolerar el recorte que se ha hecho de sus facultades, el 19 de julio, por decreto, disolvía el Congreso, alegando la necesidad de dedicar toda su atención a la guerra. En su reemplazo, y haciendo más pavoroso su legicidio, creaba un Senado formado por diez miembros, representantes de cada uno de los departamentos del Perú. Entre la decena de senadores, a Unanue se le había conferido la representación por Tacna. "Virtualmente es un prisionero de Riva-Agüero —dice García Rosell— que toma el nombre del sabio para prestigiar ese pseudo Senado..." Nuevamente Unanue ve que se usa su nombre para prestigiar posiciones que no son las suyas. Es que el nombre del sabio posee perfiles tan elevados, que bien saben los que así proceden, que su sola mención sirve para alentar sus decisiones. Sin embargo, y como muestra silenciosa de su rechazo a actitud tan ilegítima, Unanue no se presta a cimentar la posición de aquella Asamblea con su presencia y aun-

que permanece en Trujillo algunos días más, no se incorpora a ella. Antes bien, en cuanto le fue posible abandona Trujillo y se dirige a Lima para incorporarse al Congreso que, recuperado del golpe rivagüerista, se ha reunido nuevamente desconociendo así el írrito decreto de éste. La oposición a Riva-Agüero rodeó a Torre Tagle, a quien Sucre le había delegado el poder. Torre Tagle declaró en estado de Asamblea a las provincias del Norte, substrayéndolas así de la autoridad de Riva-Agüero. Un manifiesto lanzado por la Constituyente explicando la ilegítima actitud de Riva-Agüero y la propia es redactado por Unanue a encargo de la Asamblea. Es un documento de extraordinario valor, que constituye toda una declaración de fe en la libertad y un llamado a la unión como medio eficaz de terminar con los poderes que acechan a la república.

La llegada de Bolívar a Lima, el 1º de setiembre de 1823, inicia una nueva etapa en la vida del sabio. El Congreso, deseoso de conocer los planes del Libertador, nombra a su miembro más distinguido, Unanue, para que delibere con él y así poder enterarlo de la real situación del país y proyectar las acciones a seguir. Como antes San Martín, Bolívar reconoce en él no sólo al sabio eminente sino al estadista y hombre probo, insustituible en momentos de tanta urgencia para el naciente estado.

Desde entonces, Unanue, se convierte en el hombre de confian-

za y Consejero de Bolívar. Simultáneamente a su labor de asesor del Libertador, Unanue no descuida su participación en el Congreso y muy especialmente en la Comisión encargada de proyectar la Constitución de la República, de la que además eran miembros Rodríguez de Mendoza, Carlos Pedemonte, Gregorio Paredes, Manuel Pérez de Tudela, José Faustino Sánchez Carrión, Francisco Javier Mariátegui, Justo Figuerola y José Joaquín Olmedo.

La segunda mitad del año 23 vio poner fin al Gobierno de Riva-Agüero, acabando con tan grave crisis. Salvado este obstáculo se intensificó la preparación del ejército que debía terminar con las huestes realistas de la Sierra. Pese a que en las labores militares no participa directamente el sabio, es el consejero eficaz y el autor intelectual de muchas decisiones que encausan las acciones del ejército.

En enero de 1824, estando Bolívar en Pativilca, se vio atacado por un fuerte paludismo que lo postró en cama y puso en peligro su vida. La temible enfermedad había hecho presa de él. Hacia allí se dirigió Unanue para poner en práctica sus extraordinarios recursos de médico, venciendo a la enfermedad y dispensando al Libertador la posibilidad de seguir al frente de la preparación del ejército patriota.

Al lado de Bolívar, Unanue cumple una meritísima labor. Ya hemos mencionado como estuvo desde el primer momento junto a

él. Su actitud entonces, como antes, fue de colaboración estrecha y sin pausa, sin hacer caso a su condición de sexagenario, que pudo ser buen pretexto de otros para retirarse de tan fatigosas tareas. Pese a ello, allí está Unanue multiplicándose como siempre, y más aún cuando de servir a la patria se trata. Su afán sin tregua pudo ganar la simpatía y respeto del Libertador, que en repetidas oportunidades dio testimonio de la profunda admiración que le tenía. Aunque desconfiado con frecuencia, Bolívar podía estar seguro de contar con su colaborador leal y eficiente en cuanta tarea había que hacer. Y el sabio, pese a lo extraordinario de su obra, se lamentaba de lo avanzado de su edad diciendo: "Siento que la vida me sea tan corta para continuar mis trabajos y al mismo tiempo defender a mi patria".

Desde Trujillo, y como respuesta a muchas hojas que publicaban los realistas contra los patriotas y el ejército libertador, Unanue volvió a sus tareas de periodista, para seguir en ella combatiendo por la patria. Entonces, inicios de 1824, saca a luz una nueva publicación a la que llamó "*Nuevo Día del Perú*". En ella, y aunque su principal objeto era levantar el ánimo patriota, decaído en algo por lo prolongado de la guerra y la debilidad de los pusilánimes, Unanue no pudo desprenderse de sus virtudes de maestro y junto al tema polémico nos ha dejado muestras elevadas de su cultura a través de diversos artículos.

Simultáneamente a sus labores periodísticas, Unanue debió ejercer los cargos de Ministro de Hacienda y posteriormente el de Relaciones Exteriores. Obtenida la victoria de Ayacucho asumió el cargo de Presidente del Consejo de Gobierno, en ausencia de La Mar. Poco después se le confirió la Vicepresidencia de este organismo, presidido entonces por Santa Cruz, a quien como militar se le reconocía mejores cualidades en momentos tan álgidos. Sin embargo le tocó a Unanue jugar un papel singularísimo cuando, ejerciendo la Presidencia por ausencia del titular, Santa Cruz, estalló un complot en el que se hallaban comprometidos numerosos militares. No se amilanó el gran estadista y demostrando que sí era un gran médico, meritísimo maestro, ejemplar periodista y estadista de aciertos reconocidos por todos, podía ser también un buen depositario del orden público y del respeto a las autoridades legalmente constituidas; sin vacilar "sacó a las calles las tropas leales y los cañones; y con tan enérgica actitud sofocó la rebelión", como nos lo refiere Luis Alayza y Paz Soldán.

Las tareas del Consejo de Gobierno del que formó parte Unanue estuvieron encaminadas principalmente hacia la organización del Estado en sus más variados aspectos. La necesidad más urgente del momento fue, al inicio de su gestión, poder hacer frente a los gastos del Estado y subvenir a las necesidades del ejército, única manera de

poder concluir la guerra. Esta tarea recayó especialmente en Unanue, que tenía la responsabilidad de la Hacienda Pública. En medio de la falta de numerario, con las minas de la sierra empobrecidas u ocupadas por el enemigo y con una población cuya capacidad impositiva era muy limitada por lo prolongado del estado de guerra y las continuas exacciones que desde hacía muchos años venía soportando, el estadista pudo sin embargo salvar la situación.

Pero no se redujo a aspectos financieros la labor del Consejo de Gobierno, y fue Unanue el principal gestor de muchas de sus resoluciones que abarcaron desde la Instrucción Pública, sin descuidar lo que siempre fue preocupación del prócer: la educación de la mujer en un nivel más elevado y acorde con el rol importante que le corresponde realizar; creó sociedades con fines culturales, como la Sociedad Filarmónica y el Museo de Ciencias Naturales; dictó una serie de leyes tendientes a proteger el trabajo de los indios, mandó se iniciara la apertura de varios caminos, etc. Su antigua vocación de médico dedicado no sólo a curar a los enfermos sino muy principalmente a propiciar las condiciones sanitarias indispensables para extender los beneficios de la medicina a grupos cada vez más amplios, lo llevaron a promover la apertura de nuevos establecimientos hospitalarios, y ordenar a todos los prefectos proceder a la vacunación de las pobla-

ciones a su cargo con el objeto de erradicar la viruela, tan extendida entonces; por el mismo decreto mandaba se estableciesen cementerios en todos los lugares en donde hasta entonces no los había para poner fin, como lo había hecho ya antes en Lima, a la costumbre de los entierros dentro de las ciudades o las iglesias.

Junto a Bolívar, Unanue debió también apoyar los planes del Libertador tendientes a conseguir la aprobación de la Constitución Vitalicia como paso previo a la instauración de la Federación de los Andes. Enemigo del desorden y testigo de los muchos fracasos que había producido un Poder Ejecutivo débil e incapaz de inspirar respeto a todos, se inclinó por el mandato vitalicio, que muy probablemente en otras circunstancias hubiera merecido su rechazo. Pero es que el sabio ha acumulado tantas experiencias, que bien lo pueden llevar a superar aspectos secundarios de doctrina, en beneficio de una práctica política que por muchos motivos resultaría más saludable para el país.

El 3 de setiembre de 1826, dejando Bolívar abandonar el Perú en dirección a la convulsionada Colombia, donde su presencia se hacía indispensable, deja el poder en manos del Consejo de Gobierno presidido por Santa Cruz e integrado por José Larrea y Loredo, José María de Pando y Tomás Heres. Días antes Unanue se ha retirado de este organismo en el que se de-

sempañaba el cargo de Ministro de Justicia y Negocios Eclesiásticos.

Desde entonces, el sabio ilustre se retira de la vida pública para recluirse en su hacienda de Cañete, heredada por disposición testamentaria de su antiguo pupilo Hipólito Landáburu. Allí pasaría sus últimos años, dedicado de lleno a la educación de sus hijos, a quienes con amor enseña preparándolos para la vida.

Los peruanos —en reacción entonces contra Bolívar, ya ausente del Perú, en su actitud casi iconoclastica contra todo lo que representaba el recuerdo del Libertador— olvidan también al sabio eminente, al tribuno incomparable, al legislador sin par, como que su firma aparece, como ningún otro caso en la historia del Perú, en tres leyes fundamentales dadas en años consecutivos: el Estatuto Provisional dado por el Protector del Perú el 8 de octubre de 1821, las Bases de la Constitución Política del Perú, en las que tan importante participación le tocara, fechada en Lima el 17 de diciembre de 1822, y la Constitución Política del Perú, dada por el Primer Congreso Constituyente el 12 de noviembre de 1823.

En la meditación a la que se dedica en la soledad de su retiro,

en la hacienda San Juan de Arona, escribe como últimos testimonios de su inacabable inquietud, dos obras en las que vuelca sus recuerdos: *Mi Retiro y Vuelta al Campo*.

Con la vista muy quebrantada por las largas lecturas y el esfuerzo realizado en sus observaciones de los astros a simple vista y sin ninguna protección, vio aumentar su tristeza por la pérdida de su segunda esposa, doña Josefa de las Casas.

En Arona, Unanue compartió su soledad con la de otro eminente patriota, como él alejado de la vida pública, Bernardo O'Higgins, el ex-Director de Chile, quien en los días de San Martín había recibido como compensación de los servicios prestados a causa de la libertad del Perú la hacienda Montalván, vecina a Arona.

Rodeado de recuerdos y quizá si prolongando su nostalgia, el que tanto había hecho por la patria, y quien sin embargo hubiera querido hacer más, al ver postergada su promesa por las guerras civiles y las luchas fratricidas, no quiso volver a Lima, sino cuando ya se sentía desfallecer. El 15 de julio de 1833, olvidado de sus contemporáneos que tanto le debían, moría Hipólito Unanue.

Se suele tener una idea bastante peregrina de nuestro siglo XVIII. Lo califican con el epíteto de Despotismo Ilustrado, y casi siempre los nombres técnicos tienen otras resonancias de las que a primera vista sugieren. No es el gobierno de un déspota inteligente, ni mucho menos el de monarcas tiránicos y crueles. Es simplemente una época en la que los reyes, sin dejar de ser absolutos, se interesan por el desarrollo cultural, económico y social de los pueblos.

A veces se describe el dieciocho como el triunfo del amaneramiento afrancesado. Efectivamente, los hombres que vivieron en él sintieron una influencia, y un limeño, el notable D. Pablo de Olavide, constructor del Teatro Principal de Lima, fue tildado de tal. Hay una imagen de *minuet* y la tertulia, del *rigodón* y la tapada, de algo de la Perricholi y las veleidades de Amat, que Palma ha pintado con pluma maestra, pero que desgraciadamente no son toda la verdad.

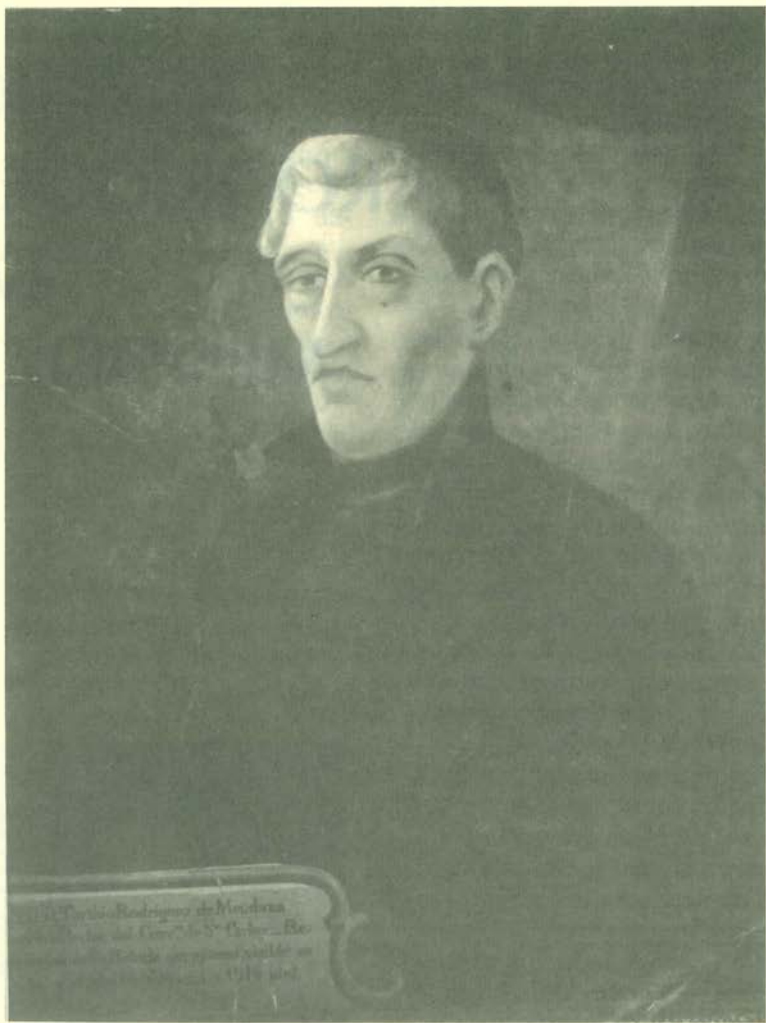
Los mismos viajeros que pasaban por Lima en esos tiempos se sienten atraídos por la gracia cortesana de la ciudad y ello ha contribuido a desorientar más aún la visión que tenemos de la época. Palma no tiene toda la culpa, pues, por ejemplo, hablando de las limeñas *"Las Noticias Secretas"*, de Jorge Juan y Antonio Ulloa dicen así: "Son por lo general de mediana estatura, hermosas y agraciadas, muy blancas, sin artificio; en lo común las dota la naturaleza, además del

ÓSCAR NOÉ ZEVALLOS

TORIBIO RODRÍGUEZ DE MENDOZA



ÓSCAR NOÉ ZEVALLOS O. (n. Arequipa, 1929), Doctor en Filosofía y Profesor de Seminario de Filosofía Moderna en la Universidad Católica del Perú. Ha escrito artículos sobre su especialidad en revistas nacionales y extranjeras. Actualmente prepara un trabajo sobre Pascal. Es miembro del I. Riva-Agüero.



arreo del cabello, viveza y señorío en los ojos y lustre en la tez". Como se ve la descripción no difiere de las que nos proporcionan las Tradiciones.

Son años en los que la tradicional calma de Lima se siente turbada por acontecimientos desacostumbrados. Hay otros Virreynatos y por lo tanto la posición rectora de la Capital de América está comprometida. Los comerciantes limeños presienten amenazas de quiebras, y las otras ciudades despiertan de su letargo provinciano.

Una copla nos pinta ya la oposición que nace entre Lima y las ciudades de provincias.

Arequipa dijo el sí
la indiecita seguirá
La zamba vieja ¿Qué hará?..

La zamba vieja es Lima. ¿Qué ha pasado para que se la trate así? Lejos estamos de los versos del Conde de la Granja, cuando decía:

En este sitio, entre agua, tierra y viento,
la Ciudad de los Reyes se levanta;
sobre elementos, tres, fija su asiento
al uno oprime y a los otros dos quebranta.

El Danubio, el Nilo, el Indo...
ceden al Rímac porque en varios modos
contiene en sí lo que mendigan todos...

¿Qué ha pasado? Que precisamente el amaneramiento y la frivolidad no son todo el siglo XVIII. Se va forjando una nueva realidad. No es que "Y el valor español que antes veías, hoy reducido se halla a

monerías", que un siglo antes decía el burlón andaluz Caviedes; es que los matamoros, los que ganaron la victoria más grande de todos los siglos al decir de Cervantes, se convierten por sabe Dios que sortilegios de la tierra americana y quién sabe por qué mezclas de sangres, en el hombre peruano que ve las cosas de España y del Rey Nuestro Señor, como algo lejano y distante. Y recordemos aquella anécdota de Concolorvo, en la que un biznieto criollo y tal vez mestizo, viendo que su bisabuelo, anciano muy chapado a la antigua no se cansaba de vituperar las cosas del país, dijera: "no falta sino decir mi señor bisabuelo las hostias consagradas en España son mejores que las consagradas aquí" y el anciano respondió muy seguro: "si biznieto, porque aquellas son de mejor harina".

Un interesante estudio de Mónica Pérez Marchand distingue dos tipos españoles llegados a América: los desterrados y los transterrados.

El desterrado es el herido por la pérdida de su suelo originario, por la nostalgia del país que tuvo que abandonar, y que por embarcarse en una aventura en la que se le ofrecía la fortuna y la gloria y al no encontrarla como él la deseaba, vive con la vista en la España que dejó.

Por otro lado el español *transterrado* mira con ojos de novedad y de amor —pensemos en Cieza— el paisaje de América, y tan tiernamente, que lo nombra con los mismos nombres que dejó allá, Nueva

España, Nueva León, etc., y ama la nueva realidad de tal manera que no desdeña el dejar su apellido en los hijos que la aventura guerrera le regalara.

Los españoles recién llegados pudieron ser desterrados o transterrados pero seguramente, como lo vimos por la anécdota de Carlos Inga Bustamante, sus descendientes eran americanos, y ya lo eran desde mucho antes, al día siguiente de la conquista, al menos así nos lo cuenta el Inca Garcilaso.

Es verdad que la desmembración del Virreynato peruano repercute sobre la economía de Lima, pero da al país su fisonomía como nación; en el futuro el Perú será lo que fue en el siglo XVIII. Las reformas que se emprenden desde España se hacen en favor de la Metrópoli y no en provecho de las colonias, los criollos se sienten defraudados y quejosos y la perspicacia de Jorge Juan y Antonio Ulloa lo advierte claramente, cuando en sus *"Relaciones Secretas"* indican al Rey de la animadversión entre españoles y criollos por el solo hecho de haber nacido éstos en América, opinión que ratifica Manuel Pardo y Rivadeneyra cuando escribía al Soberano esta frase: "el odio está en los corazones". El cabildo de Lima pedía también por esta época que los pueblos fueran ocupados por rigurosa alternativa.

¿Qué estaba pasando? No hubiera sucedido algo parecido en el siglo anterior, ni mucho menos el hecho insólito e irreverente de fijar

en 1782 en las puertas de la Iglesia del Convento de Sta. Catalina de Arequipa, un pasquín que decía así:

AL REY

Vuestra magestad, Señor
 es quien inquieta los pueblos,
 Vuesta Magestad es causa
 que se vean movimientos.
 Vuestra Magestad, Señor,
 vuelvo a decir causa efectos
 ajenos de un fiel vasallo
 con riesgos del alma y cuerpo.
 ¿Por qué, Señor no averiguas
 a quiénes dan los empleos?
 ¿Si los hombres indignos envías
 quieres que se pierda el Reino?

¿Hay que interpretar estos versos únicamente como el deseo de adquirir responsabilidades, de gobernarse y sacar los provechos económicos que una gestión administrativa podría producir? ¿No probaría ello, más bien, precisamente, que las cosas peruanas comienzan a interesar como propias, que se va descubriendo lo peruano?

Por la misma época un cacique cuzqueño se levanta para protestar por el mal gobierno. Túpac Amaru siente la angustia del mal funcionario y como dice Agustín de la Puente: "el amor de lo propio le impulsaba a exigir la realización de la justicia", su revolución conmueve todo el virreynato y refiriéndose a ella pocos meses después, podrá decir Baquíjano y Carrillo en un discurso al Virrey Jáuregui que "el pueblo es un resorte que apretado más de lo que consiente su natural,

estalla rompiendo la mano que lo oprimía". Hay, pues, un estremecimiento de vida peruana, tímido como todo lo que se genera por el milagro de la vida, pero seguro, que atraviesa todas las conciencias del ancho virreynato.

Caldas, en Nueva Granada, decía que los americanos tenían todo pero eran pobres porque no conocían las riquezas que poseían. Algo similar ocurría aquí, y por eso los hombres de la generación del *Mercurio* querían saber las cosas del País, querían servir y dar a conocer todo lo que el Perú tuviera que ofrecer al mundo.

En 1791 el *Mercurio Peruano*, —seguramente el periódico más importante que se ha escrito en el Perú— aparecía para dar cumplimiento a este anhelo. El *Mercurio* tendría 16 páginas como la "*Gaceta*" de Madrid pero en ellas se encontraría todo lo que pudiera interesar a un hombre ilustrado dando preferencia a los temas peruanos; "más nos interesa saber lo que pasa en nuestra nación que lo que ocupa al canadiense, al lapón y al musulmán". Por lo cual se narraba el curioso caso de los longevos en la provincia de Cajatambo y el globo de luz que se vio en Lima; se contaba los viajes de los misioneros como los Padres Sobreviela y Girbal a Chanchamayo y Moyobamba, e insinuaba los métodos para la mejor conservación de las vías de comunicación.

Unanue escribía sobre los caminos de los Incas y se indignaba contra los enciclopedistas franceses

cuando decía: "Quisiéramos que unos filósofos que se glorian de tener por patria a todo el mundo, no fuesen tan falaces y enemigos de la verdad, despojándose de las preocupaciones nacionales cuando lean a Garcilaso a quien levantan mil testimonios".

Un Virrey de Nueva España, Don Matías Gálvez escribía: "yo tengo a la *Gaceta* (un periódico mejicano) por muy útil siempre que se reduzca a noticias indiferentes: entradas, salidas, cargas de navíos y producciones de la naturaleza, elecciones de prelados, de alcaldes ordinarios, posesiones de canónigos y otras particularidades apreciables que en un país tan dilatado ocurren. Todo esto se olvida al poco tiempo entre mucha inutilidad y fruslería que se encuentra siempre en todos los escritos de esa clase. Será este un medio de conservar aquellos sucesos públicos que después de cierto tiempo se olvidan y conviene perpetuar. Por otra parte, importa dar materia inocente en que se cebe la curiosidad del público".

Pero el *Mercurio* no daba noticias tan inocentes. El Perú era la razón de su trabajo, y por eso en el Número 1, decía: "El principal objetivo de este papel periódico, como dice en el anuncio que se anticipó en el prospecto, es hacer más conocido al país que habitamos, este país contra el cual los autores extranjeros han publicado tantos paralogismos". Las autoridades sabían del asunto. Hipólito Unanue en la introducción del

Tomo X decía: "Hasta el momento de tomar la pluma para escribir no sabíamos cual sería la suerte del *Mercurio Peruano* al entrar el año 1794. Parece que el destino de este periódico es fluctuar de continuo entre la ruina y la esperanza". Ese mismo año dejaba de aparecer el más grande y glorioso de todos nuestros esfuerzos intelectuales.

Por esta época llegan científicos al Perú, los franceses Godin y La Condamine a quienes acompañaban los ya nombrados Jorge Juan y Antonio Ulloa; más tarde Pavón y Malaspina con el botánico Tadeo Haenke quien descubrió, estando en Cochabamba, el método de cristalizar el nitrato de sosa y convertirlo en nitrato de potasa, lo que serviría para utilizar el salitre de Tarapacá como materia prima en la fabricación de la pólvora. Sólo a partir de 1831, según lo refiere el sabio arequipeño Mariano Rivero, se utilizó el nitrato como fertilizante.

Los misioneros jesuitas y franciscanos que desde el siglo anterior habían iniciado la conquista del Oriente, en el siglo XVIII la llevarán a cabo definitivamente.

La gloriosa historia de las misiones amazónicas, cuya importancia reconoció el mismo Mariátegui, no ha sido escrita aún. A fines del siglo XVII, moría en manos de los feroces jíbaros el Padre Nicolás Durango de la Compañía de Jesús asaeteado por los selvícolas del Pastaza, pero a los cincuenta años los jesuitas se establecieron sólidamente en el Nanay y el Itaya y to-

maron contacto con los Iquitos. Esta fue la obra del Padre Uriarte.

Los jesuitas avanzaron hasta las fronteras actuales del Perú, y la misión de Pebas era "rayana de San Xavier de Yavarí, primer pueblo de la Corona de Portugal" como decía el Padre Chantre en su "Historia de las misiones de la *Compañía de Jesús en el Marañón, Español*". En 1767, cuando ya habían asentado definitivamente la misión, llegaba la orden de expulsión y todo su trabajo quedó destruido: la ceguera del Gobierno Español fue notable.

Por el Huallaga los franciscanos hacían otro tanto. A principios del siglo un antiguo luchador de los Tercios de Flandes fundó el Convento de Santa Rosa de Ocopa. El Padre Francisco de San José murió en 1740. El convento fue el punto de partida de numerosas expediciones que conquistaron la selva.

El trabajo tenaz de los misioneros iba a tener su reconocimiento póstumo. En 1937 el Ingeniero Federico Basadre tras de leer los doce tomos manuscritos de Fray Alonso Abad, misionero de Ocopa, logró resolver el difícil problema de comunicar la costa y el oriente. El 25 de mayo de 1757, Fray Alonso encontró el Boquerón, como él lo llamara, por donde el Aguaytía atraviesa la Cordillera Oriental y deja un estrecho paso que aprovecharon los ingenieros peruanos. Por el camino que abrieron los misioneros transitan actualmente los camiones en una misión menos espi-

ritual pero siempre peruanista. Los franciscanos colaboraron con el *Mercurio* donde los padres Sobreviela y Narciso Girbal, publicaron mapas y descripciones de botánica y zoología, junto con interesantes observaciones sobre la vida de los naturales. Los ideales del siglo XVIII, no son incompatibles con la obra misionera.

Fueron los misioneros jesuitas y franciscanos los que establecieron la soberanía peruana sobre el oriente amazónico, fueron ellos los que se opusieron siempre a las de arrogantes entradas bandeirantes portuguesas, los que en 1732 los detuvieron, cuando remontando el Napo casi llegan hasta "el pie de los Andes" "sin que las audiencias de Lima" y Quito diesen providencias conducentes a desalojar de aquellos sitios que no les pertenecían por otros derechos que el de la violencia".

Sólo a fines del siglo Dn. Francisco de Requena logra establecer la soberanía española civil en aquellas regiones que jesuitas y franciscanos habían conquistado, defendido y civilizado. La epopeya misional fue obra del siglo XVIII y es uno de los más grandes méritos suyos.

Llegan también sabios mineralogistas; el más destacado de todos es el barón de Nordenflicht "consejero íntimo de minas del Rey de Polonia" cuyos estudios se publican en el *Mercurio*, y que permanece en el Perú por más de 12 años al frente de una importante misión de científicos con el objeto

de remediar el mal estado de la minería virreynal.

Nuestro siglo XVIII tiene una fisonomía muy especial, pero debemos señalar todavía más. Comenzaban a llegar libros que no eran sólo "exequias, aprobaciones y relaciones sin sustancia" como decía el fogoso Padre Castamaneras. Estos libros entraban al Virreinato de maneras muy diversas, y se leían, aunque no podemos precisar en que proporción. Revisando las bibliotecas y la bibliografía citada en los documentos de la época es fácil observar que se conocían las obras devoradas entonces en Europa: Voltaire, Rousseau, Locke, Hume, etc. .

Existe un documento precioso editado por Lohmann Villena en la *Revista Mar del Sur* con respecto a Lorenzo Vidaurre y la Inquisición. Vidaurre había leído: "*Las ventajas de las ciencias*" de Rousseau, "*La Defensa del Pueblo Inglés*" (No eran muy cuidadosos en el siglo XVIII con el nombre de los libros. "*Las ventajas de las ciencias*" que nombra el documento debe ser el "*Discurso sobre si el progreso de las ciencias y las artes ha contribuido a corromper o a depurar las costumbres*") y otras obras que como las anteriores pertenecían al Marqués de Casa Concha. Vidaurre siempre desorbitado quería ser llamado algún día el Voltaire de América. Manejó de Hume "*El Tratado de la naturaleza humana*" causándole fuertes dudas en materia de religión, pero un amigo le aconsejó que para librarse de ellas

y retornar a la fe, acudiera a los libros de Pascal. Es seguro que se referían a los Pensamientos de los cuales sólo se conocía la edición mutilada del Port Royal.

El Virrey La Croix informaba así al Soberano: "Con este objeto y cerciorado de la literatura y demás cualidades que para el desempeño de este asunto concurrían con el P. Maestro Fray Diego de Cisneros del Orden de San Gerónimo, lo nombré por lo que mira a la jurisdicción asistiese luego que se le pasase aviso oportuno, al reconocimiento de las referidas librerías, como igualmente los cajones o facturas de libros que se introdujeron en esta ciudad, teniendo en cuenta que las listas que manifiestan los dueños o apoderados de aquellas, suelen venir las obras disfrazadas con distinto título y nombre del autor que en realidad tienen, cuya malicia era necesario precaver reconociéndolas por su interior y que hallados algunas de las comprendidas por el bando publicado y otras prohibidas por el estado o que de algún modo puede ser su lectura y doctrina perjudicial a la tranquilidad y quietud de las regalías del Soberano y a las leyes y costumbres del Reyno, las mandase retener en mi nombre y que diese cuenta para agenciar lo que me pareciese conveniente".

"Mal andaban las cosas de Dios en España", dice un papel que se conserva dañado por el fuego de 1843 en la Biblioteca Nacional. Mal andaban si se ponía de Censor al P. Diego de Cisneros, pensará más de

uno que conozca de cerca la figura del Padre Jerónimo. (La calle del Jirón Puno se llama así, por tener en ella su casa el P. Cisneros que al decir de Guillermo Leguía, era oficina de ideas avanzadas en Filosofía y Religión). Pero en honor a la verdad, debemos afirmar que conocemos poco la actuación del que fuera confesor de la Reina. Algunos escritos suyos nos lo presentan como bueno y celoso sacerdote, mas no habiendo pruebas suficientes y existiendo un rumor, si bien no probado, por lo menos con una eventual verosimilitud, no nos atrevemos a juzgar el asunto.

Lo interesante es que el Virrey se preocupa sobre todo porque no ingresen libros que no atenten contra las regalías del Reino y la seguridad del Estado; por eso había en la Biblioteca de la Inquisición de Lima 100 ejemplares de la vida del Zar de Rusia, al lado, claro está, de los filósofos franceses e ingleses en boga y ya citados.

Los libros introducen ideas y se va haciendo cada vez más fuertes un rechazo de los métodos tradicionales de enseñanza. Algunas ciudades reclaman Universidades y en Arequipa el Obispo Chávez de la Rosa y en el Cuzco cambian los programas de estudio de sus seminarios. Se siente la necesidad de trasvasar los moldes antiguos en formas modernas y adecuadas a la situación.

En esta atmósfera vive Don Toribio Rodríguez de Mendoza. Por su formación y actuación es un

hombre del siglo XVIII a pesar de que ve con sus propios ojos el nacimiento de la República. El sabe de la inquietud reformista, y ha sentido el deseo de mejor gobierno, comparte los ideales de su generación con respecto al Perú y su destino, la epopeya misionera le da argumentos para su tesis, pero él es un hombre de cátedra y es un sacerdote, aquí en la dirección de las nuevas generaciones está su rol y él lo entiende así.

En un ambiente de transformaciones radicales el itinerario espiritual de un hombre es más interesante que su periplo vital. Quizá su historia externa se halle comprometida y sea difícil el precisar la causa de determinadas actitudes, las que sólo se explican por una biografía interna en la que puede describirse la angustia y la duda entre una tradición —por muchos conceptos preciosa— y una necesidad ineluctable de transformaciones y adaptaciones. En tal angustia se hace patente el drama de una vida humana urgida por una definición.

Basadre ha escrito acerca de la angustia metafísica de los hombres de la Revolución que se resuelve en una esperanza que justifica la misma revolución. Quizá haya que aplicar estas categorías a Dn. Toribio Rodríguez y establecer que su esperanza en el Perú fue grande y que es ella lo que debemos magnificar en él por haber creído en una época de incertidumbres y vacilaciones en el hombre peruano que se anunciaba.

La Formación

Alonso de Alvarado recibe de Pizarro, en 1535, el nombramiento de Capitán de la Conquista de Chachapoyas y de inmediato la inicia. Lo acompaña un tal Luis Valera, a quien sindicán los historiadores como el padre del famoso cronista mestizo Blas Valera. La conquista es difícil y San Juan de la Frontera será una ciudad de entrada. Allí en 1750 nació Toribio Rodríguez de Mendoza, hijo de Santiago Rodríguez "de solar conocido" y de María Josefa Collantes, de la misma condición. El expediente de ingreso al Seminario de Santo Toribio con la partida de bautismo y otros documentos fueron sustraídos del archivo; la única fuente que poseemos para estos tiempos es la biografía que escribió Toribio Polo en el período "*El Tiempo de Lima*", de Setiembre de 1864. Sus padres poseían la manzana que hace esquina en la Plaza Mayor de Chachapoyas y en la que actualmente se hallan la Prefectura y el Obispado. Lo de "solar conocido" no era sólo frase estereotipada, sino que respondía a una realidad. Pero lo más interesante es el dato que nos ha proporcionado el fervoroso admirador de Dn. Toribio, el Dr. Alejandro Hernández Robledo, quien ha encontrado documentos que prueban la preocupación que sus progenitores tenían por la Educación. Estos se interesan para que en Chachapoyas hubiera una escuela de primeras letras. La observación

es muy importante y nos revela que el afán pedagógico de Don Toribio hay que remontarlo hasta sus primeros años. Las consecuencias que se derivan de ello son fácilmente apreciables.

Un resumen de su vida nos lo proporciona él mismo, y es uno de los documentos que integran un expediente al que nos referimos más adelante y que Raúl Porras publicó en la *Revista Histórica*.

Estudia en el seminario de Trujillo y en 1766 ingresa en el de Lima con beca de paga (La vocación sacerdotal imprime carácter, dicen los teólogos y cuando un biografiado es sacerdote habrá que tener en cuenta este hecho que lo compromete vitalmente y para siempre). Dirigía al plantel el Dr. Agustín de Gorrichátegui, nacido en Panamá, insigne quechuista, que había sido cura de San Mateo y más tarde Obispo del Cuzco. El joven chachapoyano es hábil para los estudios y así se lee en el "libro donde se asientan las partidas de entrada y actuaciones de este Colegio de Santo Toribio y que empieza a correr desde el año de 1770". P. 97. "D. Toribio Rodríguez en vega de paga. Pasó a vega de merced". Y esto porque el 22 de Setiembre de 1767 fue examinado de lógica y fue "aprobado por todos los votos" el 8 de Noviembre de Metafísica y "salió aprobado por todos los votos". Al año siguiente en física y teología y en 1779 "tuvo acto general de teología por la mañana en la capilla interior de este colegio y por la tarde en el

Sagrario con asistencia de Ve. Dean y Cabildo, Prelados de Religiones y demás concurrentes. Defendió la siguiente conclusión: "En vano esperan muchos el perdón futuro cuando por sus pecados no realizan la penitencia debida". Tema sobre el que volverá más tarde y en repetidas ocasiones.

Se produce mientras tanto para la vida intelectual del virrey-nato un hecho muy importante.

Don Manuel y Amat y Juniet Planella Aymerich y Santa Pau, Caballero de la Orden de San Juan, catalán por más señas y a quien las malas lenguas le atribuían ilícito enriquecimiento y requiebros con Micaela Villegas. Amat, en cuyo gobierno se establece en Lima el primer café en la calle del Correo Viejo y luego el de Bodegonas, cuyo propietario tenía el paradójico nombre de "Francisco Serio", Amat, el que concedió a Dn. Hipólito Landáburu, el contrato para la construcción de la plaza de toros de Acho en 1768, y mandó edificar la Iglesia de los Huérfanos, la Iglesia de Las Nazarenas y el Paseo de Aguas, y la torre del Puente en la que colocó un reloj que había pertenecido a los jesuitas, recibió una orden firmada en el Prado el 1º de Mayo de 1767, que decía así:

"Por cuanto es de gran importancia y en que se interesa mi servicio y la seguridad de mis reinos os mando obedecer y practicar lo que en mi nombre os comunica el Conde de Aranda, Presidente de mi Consejo Real, y con él sólo os co-

rresponderéis en lo relativo a él. Vuestro celo, amor y fidelidad me aseguran el más exacto cumplimiento y acierto de su ejecución.

Yo el Rey".

El asunto de tan grave importancia era la expulsión de los jesuitas de todos los reinos "por razones que guarda mi real pecho".

Amat recibe la orden y el 8 de Setiembre se la ejecuta en todo el Virreynato. Se levantan los inventarios y se remiten con gran presteza a los miembros de la Compañía a España. Amat escribe en sus memorias que temía que se produjesen desórdenes por lo escaso de las fuerzas reales y la "viveza de sus habitantes" (los jesuitas). Poco tiempo después llegaban los jesuitas de Arequipa, Moquegua y Cuzco y con ellos un joven estudiante arequipeño Juan Pablo Viscardo y Guzmán que saldría para siempre del Perú el 1º de Marzo de 1768 por la Vía del Cabo de Hornos y que escribiría la famosa *Carta a los Españoles Americanos*, que es como la Carta Magna de la Emancipación.

Con la expulsión de los jesuitas el estado de la educación quedaba quebrantado. La Compañía se había preocupado de estar al día en los avances pedagógicos, y poseía en sus colegios laboratorios de Física muy bien montados. En Lima dirigían dos Colegios, el de San Martín y el de San Felipe. Amat piensa que dedicando el noviciado, la casa de Probación de San Anto-

nio de Abad como se le decía, a un Colegio Mayor se podría subsanar la deficiencia en los establecimientos. Y en 1771 se funda el Real Convictorio de San Carlos, bautizado así en homenaje de Carlos III entonces reinante.

Los Colegios Mayores podían tener cátedras adscritas a ellos, pero por lo general eran sólo residencias. San Carlos poseería algunas cátedras y las demás deberían recibirlas en la Universidad, debido a lo cual, como debían caminar catorce cuabras por los extramuros de la ciudad, el Rector pidió que el uniforme de los estudiantes fuera negro, para evitar los gastos que produciría el tener que limpiar muy a menudo un vestido de otro color.

Bellamente nos describe Jorge Guillermo Leguía la casa que ocupó el Real Convictorio de San Carlos:

"En la parte meridional de la ciudad; en la calle que, en dirección a la portada de Guadalupe, seguía a la de Nuestra Señora de los Huérfanos; circundada por muros elevados, levantábase la Casa de la Probación de San Antonio de Abad, que conocían todos los limeños con el nombre de Noviciado de los Jesuitas. Macizo, amplio, aireado, lleno de luz, era el edificio. En el lado de la calle del Noviciado, y paralelos a ella, se extendían dos dilatados patios, llamados, el exterior de los Naranjos, y el interior, de los Jazmines, y divididos por la capilla de Nuestra Señora de Loreto. Hacia la actual calle de Inambari, que no existía por enton-

ces, y en comunicación con el de los Naranjos, había otro patio que se denominaría de los Manteístas o Capistas en los días de Don Bartolomé Herrera. A estos patios daban las puertas labradas de las espaciosas estancias de los Hermanos de la Compañía, alumbradas y ventiladas por sendas ventanas teatinas, que absorbían las brisas frescas del sur. En el centro de cada patio, erigíase una pila, en cuya fuente murmuraba perennemente el agua con que se regaban las plantas y flores circundantes. Dominando los claustros, y comprendida entre el ángulo diedro formado por el patio de los Naranjos y el de los Manteístas, surgía la mole de la pequeña Iglesia de San Carlos, cuya rechoncha torre cuadrada, presentaba sus bronce resonantes frente a la calle denominada por ello del Campanario, y que hoy se conoce con el nombre de Gallinazo o Monzón. Rodeando la casa y la iglesia de los jesuitas por norte, oriente y mediodía, se hallaba la huerta de los hermanos de Loyola, según se deduce del plano de Lima editado en 1797 por Don Miguel Antonio de Larraeta".

Toribio Rodríguez, todavía estudiante recibe el nombramiento de profesor de Filosofía y Teología del Nuevo Colegio cuyo Rector era Don José Francisco Arquellada, cura de San Marcelo y consultor del Tribunal de la Inquisición. Aquí comienza el trabajo verdaderamente asombroso de Don Toribio. Polos lo pinta agobiado por los dolores de cabeza, echado sobre una al-

fombra, consultando y verificando las citas que los manuales traían. Con razón podría decir años después "esos manuales son la peste".

¿Qué manuales eran éstos? Don Toribio enseña en la Cátedra de Lugares Teológicos, para la que en 1806 redactó un texto que ha sido traducido por Mons. Luis Lituma en 1951.

Su libro es un manual pero ¿por qué los otros son la peste? La historia es larga. Melchor Cano, Domingo Soto, Francisco Vitoria, la brillante generación de filósofos escolásticos españoles había sido diluída en multitud de obras insignificantes que contenía sólo de refilón el pensamiento legítimo de los maestros haciendo alarde, además, de un lenguaje bárbaro y abstruso. Desde hacía tiempo se escribían libros acerca de cuestiones poco teológicas como aquel erudito trabajo "De si el chocolate rompe el ayuno eclesiástico" o aquel en que se hacía disquisiciones de este tipo: "De si puede haber teólogos en el Perú", a lo que respondía con indignación el ilustre lunarejo, Don Juan Espinoza Medrano, "poderoso es Dios para hacer nacer de las piedras hijos a Abraham", es decir, para dar a manos llenas teólogos.

El mal era más hondo, frente a los nuevos problemas, frente a las necesidades perentorias, se respondía con argumentos de "largas cañas" al decir de Cano, pero de poca resonancia para oídos contemporáneos. La casta de los libertinos, así se llamaba en Francia a los libre-

pensadores, se convenía muy poco con discusiones sobre el acto y la potencia, o sobre la premoción física y la ciencia media, cuestiones muy arduas que apasionaban a los teólogos de profesión pero que no interesaban en manera alguna a los hombres de letras de la época. Había que llegar a ellos en lenguaje común. Los libertinos no conocían la Filosofía Escolástica; ¿para qué seguir utilizando sus términos?. Ya se había intentado un acercamiento en Francia, y en España se hacían los primeros ensayos.

Toda variación supone intransigencia y deseos de quemar etapas, necesidad de cambios inmediatos y violentos. Los juicios contra la Escolástica eran sumarios. En España, el Provincial de los franciscanos de Granada, decía: "Sepamos que mientras que vivamos en esta triste esclavitud (la filosofía escolástica) hallaremos mil obstáculos para el progreso de las ciencias" y Don Eusebio del Llano Zapata recomendaba desterrar de las escuelas "tantas inutilidades, sofisterías e impertinencias que hasta ahora los tienen envueltos en observaciones a las reglas del peripato". El Obispo de Quito, José Pérez de Calama lloraba el tiempo perdido por "una educación bárbara".

En una situación semejante no suelen distinguirse bien los matices y así nuestro sabio Unanue, decía que por razones escolásticas algunos se privan de tomar purgativos.

Desde hacía mucho tiempo no se comentaba ni estudiaba en

Europa el libro de Pedro Lombardo y aquí se lo seguía todavía. En Física no se había salido de los ocho libros de Aristóteles. Tímidamente había hecho su aparición un papel sobre la Física de Descartes.

Cuando se cambian los programas y se enseña Física Cartesiana en San Marcos, el ponderado Unanue jubilosamente decía: "No podía la Academia de San Marcos, la primera y la más ilustre del Nuevo Mundo, negarse al ejemplo que le daba el antiguo, cuando apoderándose de Descartes y Newton del hilo de Ariadna, sacaba al entendimiento del oscuro laberinto en que se le tenía aprisionado y casi muerto los extraños fantasmas de los tiempos anteriores".

¿Qué haría el joven profesor de Filosofía y Teología ante esta situación?. Dar la única solución que una persona inteligente le queda: suspender el juicio hasta tanto que las cosas se aclaren.

Habiendo estudiado la Escolástica en los manuales, investigará ahora en las mismas fuentes. Leerá a Santo Tomás y San Agustín y deducirá que hicieron bien en aprovechar el pensamiento de Aristóteles y Platón porque la Filosofía tiene una función auxiliar respecto a la Teología. En cada época hay que aprovechar lo que la filosofía nos da sin querer adscribirse a ningún sistema; cada sistema tiene sus peligros. Recomendando a sus discípulos moderación, escribía: "Cuando decimos Filosofía no nos referimos a aquella secretaria de Aristóteles o de Descar-

te o de Gassendi o de Leibniz o de Newton sino aquella que teniendo por guía la razón, se sacaba del sentido común. La filosofía de Aristóteles inútil a la física produjo muchos ateos, del cartesianismo procede el Berkelianismo, Leibniz propende el idealismo y Newton el puro mecanismo”.

“El teólogo no ha de jurar en las palabras de ningún maestro sin ser secretario (seguidor) de nadie en Filosofía”. Y esto hacía él, leía y utilizaba bibliografía muy al día. Hemos investigado de cerca el pensamiento de Dn. Toribio y podemos afirmar que conocía los autores que citaba. Al lado de su versación que era grande, sobre las fuentes, en especial los Santos Padres, el profesor de San Carlos manejaba con facilidad los teólogos que escribían en Francia en esa época, y hay que dejar constancia que en su inmensa mayoría eran ortodoxos.

Frente a los denuos contra la filosofía tradicional, Rodríguez es cauto y no podía ser de otro modo.

Si comparamos su actitud con la de sus contemporáneos nos venceremos de la prolijidad con que cuida sus expresiones. Donde lo otros declaman, Rodríguez mide con precaución sus términos. Estudia y hace acopio de gran erudición. Su ciencia es tan notoria que, después de un brevísimo curato en Marcaval, doctrina de indios, curato que gana por oposición, Rodríguez es llamado para ser Vicerrector del Convictorio de San Carlos y poco después reem-

plaza al Dr. Arquellada en la Rectoría del Colegio.

Aquí debe enfrentarse a un problema. No se trata de renegar de un pasado y quedarse contento con sus ruinas, sino más bien construir algo nuevo. Hay que renovar sistemas, hay que educar mejor, hay que brindar nuevas posibilidades a la juventud, hay que formar una clase dirigente. Tal es la meta que se propone Don Toribio.

Para formar esta clase habrá que hacer muchos sacrificios y renunciaciones pero la perspectiva es fascinante y digna de ofrendar en sus aras los esfuerzos, la actividad y la vida.

Por eso cuando decimos renovación de sistemas, no calificamos apresuradamente con una hipérbola la obra que se trazó Dn. Toribio. Había que cambiar de un sistema pedagógico y hacer entrar un poco de aire fresco en la vetusta estructura escolar de la época. Pero todo esto lo hará con prudencia, “ni lo nuevo por lo nuevo, ni lo viejo por lo viejo”, pudiera ser la máxima de toda su actitud.

Para la obra que se le encomienda tiene todo lo que se necesita: sólida preparación intelectual, voluntad tenaz y sobre todo el deseo inmenso de trabajar por la juventud del país. “Treinta años ha, dirá más tarde, que me vengo sacrificando por ella”, pero había una incuria secular y los conformismos de quienes no querían o no podían ver más claro.

Repetidas peticiones hace al monarca, escribe en el *Mercurio*

Peruano a fin de interesar a los lectores en los cambios de programas que ha propuesto y por fin, dentro de los lineamientos el siglo XVIII, se preocupa de una clase dirigente, sí, pero *peruana*.

"¿Qué razón hay para ignorar la Geografía y la Historia del suelo que pisamos?". Así terminaba un párrafo de una comunicación en la que justifica toda su obra.

El maestro

El hombre que se ha formado debe prestar un servicio a los demás, el intelectual ha de tener el sentido del servicio y cuando las circunstancias lo colocan en una situación directiva tendrá que señalar un camino y entregar su saber. Y si tiene vocación de maestro no sólo debe dar sino darse y esto hizo Don Toribio, toda su vida.

Don Toribio Rodríguez de Mendoza se propone formar una juventud que pueda dirigir el país de acuerdo a sus necesidades. Quería que en su colegio, que era un Colegio de corte clásico, es decir en donde se enseñaba principalmente Filosofía y Latín, se enseñen también las ciencias naturales. Está de acuerdo con la tesis sustentada en San Marcos por un alumno de San Carlos, "...que es más útil la enseñanza de las ciencias en lengua vulgar que el aprovechamiento que de ello se sigue" y asegura que estos conocimientos no son de mero adorno y pulimento, "sino que sirven para desempeñar mejor

sus respectivos oficios y comisiones a gentes que deben mandar y las ayudan a servir mejor al Estado".

Quiere Rodríguez una educación especial para los jóvenes que no siguen la carrera literaria. Deseo una formación que los haga aptos para desempeñar los puestos que el país les confíe, "estos jóvenes jamás lograrán la instrucción que les conviene" dice con mucho realismo; y añade, "tales son los hijos de los Condes, Marqueses y otros hombres ricos y éstos vienen a ser a su vez, padres de familia, comerciantes, hacendados, alcaldes, regidores, gobernadores y jefes de oficina, pero también hacen el trato de gentes, y en el desempeño de sus respectivos oficios y comisiones son unos verdaderos estafermos".

He contemplado con dolor por espacio de más de 30 años el aspecto tan mal llevado de nuestra crianza; dice con estilo jugoso, por eso hizo abrir "un curso de estudios que abrazase todos estos puntos para los niños que no se dedican ni al Foro, ni al altar ni a disputar en las universidades".

En su siglo y en nuestro medio este era un lenguaje desacostumbrado, las carreras que seguía todo joven capaz eran: la abogacía o el sacerdocio, pero pocos pensaban como él en los que no abrazaban una u otra y a éstos —que serían después hombres con responsabilidades— había que educar.

La clase dirigente debía aplicarse, pues, al estudio, porque de lo contrario no sabría cumplir con las obligaciones de su cargo. De esta

suerte establece los planes de un Colegio Moderno —y casi de nuestros días— donde no se enseña latín. Cuando pensamos que durante todo el siglo pasado en los colegios peruanos los estudiantes aprendían “aquello que se aprende en cinco años y se olvida en cinco días”, como decía Palma, no se puede menos que apreciar el sentido de realidad que tenía Don Toribio.

Para los que tienen vocación académica no se contenta con darles libertad de seguir en filosofía cualquier sistema, sino que establece una cátedra de Matemáticas en el mismo colegio para que los alumnos puedan prepararse mejor al estudio de la Física, sin descuidar por ello la latinidad porque a los académicos les conviene expresarse con elegancia y buen gusto.

Decía: “Cualesquiera sean las dificultades, tanto de orden económico como académico ellas dejan de serlo a vista de las grandes ventajas que deben resultar adoptando y puesto en obra este pensamiento que han ministrado las continuas meditaciones a que me contraen la inclinación y el deseo de ser útil a mi colegio”.

En 1790 llegaba a Lima la expedición del noble lombardo Alejandro Malaspina quien desde muy joven había servido en la marina española y al mando de la fragata “*Astrea*” dio la vuelta al mundo. Poco era lo que podía descubrirse en la segunda mitad del siglo XVIII, pero siendo tan inmenso los dominios españoles debía recogerse datos físicos y astronómicos

para favorecer la navegación. Con este empeño armó dos corbetas: la “*Descubierta*” y la “*Atrevida*” y en ellas hizo el viaje al Nuevo Mundo por la vía del Cabo, llegando al Callao el 20 de Mayo. Le acompañaban científicos tales como el ya citado Tadeo Haenke y Don Luis Nee, los cuales —con otros botánicos españoles residentes en Lima— se interesaron por la fibra peruana.

Los miembros de la expedición presenciaron un acto público en el Convictorio y Unanue haciéndose eco de los elogiosos comentarios decía:

“Asombra ver a los niños del Colegio Carolino, presentarse a los exámenes Físico-Matemáticos, con número increíble de proposiciones aún las más arduas, dejando al arbitrio del examinador elegir la que quisiera. Los viajeros que han concurrido a estas justas literarias han confesado no ceder en nada nuestra juventud a la más provecda de Europa”, añadía luego.

“Y han llamado la atención no solamente en el Reino sino en el público aplauso y un testimonio sincero como ser de varios inteligentes profesores de Europa venidos en las corbetas bajo el mando del Caballero Malaspina quienes concurren a las actuaciones que por entonces presentaron no sólo en calidad de asistentes sino en la de examinadores”.

El triunfo era resonante y la fama del colegio se acrecentaba.

Pero Unanue no creía que los estudios matemáticos fueran para

los americanos, decía que el hombre nacido en estas latitudes era constitutivamente débil y que no podía dedicarse a tan arduas labores, el clima influía desfavorablemente en el desarrollo de su capacidad y lo predisponía a la enfermedad. El Rector refutando al planeamiento, sostenía lo contrario; los estudios filosóficos y teológicos son imposibles aquí, no hay medios adecuados para dedicarse provechosamente a ellos, pero sí puede darse el estudio de la Historia Natural y el de la Física, y llegaba hasta a pedir el doctorado en Matemáticas. Para ablandar al Rey sobre el asunto escribía:

"Es muy feraz el suelo americano y encierra un inmenso tesoro no conocido: y cuando hallazgos no se harán así en los objetos propios de la Historia Natural, o como en la Geografía del Reyno con las facilidades que ministren la Física y las Matemáticas, la falta de estos conocimientos ha formado hasta el día un obstáculo invencible al progreso de estos dos ramos y otros de igual importancia".

Esta preocupación de Rodríguez por la ciencia le será reconocida. El alumno de San Carlos, Manuel Sáenz de Tejada, en su disertación sobre el Arca de Noé, reconoce sinceramente: "Tuya será, Oh Rodríguez, toda la gloria" por el inmenso beneficio que se ha hecho a todo el país. Es interesante la tesis que sostiene como testimonio de la angustia del joven estudiante por conciliar la ciencia que ha aprendido con la fe que profesa.

Debía Sáenz de Tejada sostener, lo siguiente: "El Arca de Noé teniendo como nos dicen las Sagradas Escrituras, 300 codos de longitud, 50 de latitud y 30 de altura, es de una capacidad suficiente para contener todas las aves del cielo, todos los cuadrúpedos de la tierra, todos los reptiles que se arrastran sobre ella y sus alimentos por un año".

El problema mereció la aprobación y la impresión y quedan copias de él en muchas bibliotecas. No se exponían en el colegio sólo temas de Teología, entraban ya las ciencias matemáticas en las disertaciones y actos públicos.

En el informe de todo el claustro de catedráticos de San Marcos, se decía así: "Bajo estos planes se han formado jóvenes sabios que esparcidos por los diversos cuerpos del Estado hacen honor a su Rector y Maestro".

San Carlos "la primera escuela literaria del Perú" servía de modelo a las demás y el Procurador General de San Marcos pedía que en su Universidad se enseñara la buena Física y la Teología como en el Colegio, "lo que acredita su sabia dirección". Por eso la fama del Convictorio se extendió hasta México y Benito María de Moxo en sus *Cartas Mexicanas* alababa la enseñanza de la física en el Colegio y al Rector por su "juiciosa y docta petición" hecha al monarca para cambiar los sistemas educativos. Rodríguez quiere no sólo la educación científica sino también la formación del hombre y de todo el

hombre. El interés por la educación popular tampoco estuvo ausente de las preocupaciones de Dn. Toribio. En 1813 escribe así: (mediante las escuelas) "Los indios por fin son elevados a la dignidad de hombres... Los primeros resultados serán la unidad del idioma y al fin la recíproca amistad nacida de la igualdad que pone a cubierto de la opresión". Este párrafo desconocido debiera ser meditado y difundido. Si fue maestro de la clase dirigente lo fue porque transmitió este su entusiasmo y amor por todo lo peruano. El Primer Congreso del Perú, compuesto por muchos antiguos alumnos pudo firmar esta proclama: "A los Indios de las Provincias interiores. Nobles hijos del Sol, amados hermanos, a vosotros virtuosos indios... y no os asombre que os llamemos hermanos: lo somos en verdad, descendemos de los mismos padres, formamos una sola familia y en el suelo que nos pertenece hemos recuperado también nuestra dignidad... etc".

¿Esto es pura Retórica? El asunto es tan complejo que no creo que se pueda calificar una actitud que no podemos probar insincera con un doloroso epíteto. El Rector quiere formar hombres íntegros, honrados y cristianos. En las distribuciones y reglas del convictorio hay un párrafo que conviene citar:

"La principal instrucción que debe procurarse en esta Real Casa es la Religión, temor de Dios, piedad y devoción". Por eso decía en un informe secreto que la "gran ti-

bieza y aún la escandalosa repugnancia que se tiene advertida en no pocos estudiantes y con especialidad en uno y otro de los más adelantados en años y por eso más obligados a dar ejemplo a los menores a asistir a las preces matutinas, Santo Sacrificio de la Misa, a rezar la Corona de la Virgen y a la lección espiritual, que son todos los ejercicios piadosos del día, le han causado desconsuelo y se ha visto obligado a aplicar penas".

Esta preocupación por la formación religiosa —y no era para menos siendo él sacerdote— se hace patente además en un documento confidencial que escribe en respuesta al oficio que el Señor Arzobispo Juan Antonio Gonzales de la Reguera le enviara pidiendo informe sobre nueve de sus alumnos aspirantes al sacerdocio. De uno de ellos decía así:

"Sobre cuyas costumbres no me atrevo a formar juicio tan verdaderamente decisivo como las precedentes...En medio de muchas pruebas que hacen a su favor, descubro otras algo más equívocas que hacen mi concepto un poco tímido. No por eso lo reputo por indigno del Sacerdocio. Vuestra Ilustrísima a vista de las informaciones que se hubiesen colegido de su vida y costumbres sacará las luces necesarias que mi cobarde... (ilegible en texto) no puede suministrar en aquella abundancia con que debe fijar su acierto.

Un informe publicado por Raúl Porras en la *Revista Histórica*, da

cuenta del interés que pone para que los postulantes al sacerdocio se preparen bien. "Los manuales son para los principiantes dice, pero para el adelantado estos libros son la peste y es imposible tener en ellos una sólida formación que deben tener los Evangelistas o Doctores de la Ley". Es decir que debe conocerse a fondo la Religión y estudiarla con seriedad. Pensaba que tal vez el mejor medio para enseñarla a los niños fuera leerles el "*Evangelio en Triunfo*" de nuestro compatriota Pablo de Olavide. Los sacerdotes tiene que prepararse diligentemente y para conocer mejor la religión una de las disciplinas más eficaces es la Historia Eclesiástica. "¿Si se enseña la Historia de la Filosofía y el Derecho Romano, escribía, porque no habrá de estudiarse la Historia Eclesiástica para comprender mejor el dogma y la liturgia?". No entendemos como pudiera prescindirse de la Historia de la Iglesia cuando en secundaria todo alumno la aprende, pero no hay que olvidar que los puntos de vista del siglo XVIII eran muy diferentes a los nuestros.

Todavía hay algo más. Las formas meramente pedagógicas están fundamentadas psicológicamente "porque no se exigirá a los escolares el servil trabajo de la memoria al pie de la letra, sino una lectura detenida, reflexionada, de que darán razón todas las noches a la hora de las Conferencias, componiendo cada quince días una conferencia según el tema que el Rector les indique".

Quedamos lejos, pues; del memorismo y de aquel drástico proceder fundado en que la letra entra con sangre. Se apela a la comprensión y a la redacción como medio de expresión y síntesis de lo asimilado en una lectura detenida. La pedagogía moderna no pide más.

En la plena madurez de su existencia, el magisterio de Dn. Toribio es reconocido y se dirá de él "Que todavía se conserva la memoria de varios jóvenes aprovechados que han salido del Convictorio, a fines del siglo pasado, lo que era de esperar de su reconocido talento y sabia dirección".

Quien daba el anterior elogioso testimonio era don Manuel Pardo, fiel súbdito de su Majestad Católica que en otras ocasiones había señalado el peligroso enfriamiento entre españoles y americanos, y lo que esto significaba de peligro para la Corona.

En 1806 escribe un libro de Teología. Ha colaborado en el *Mercurio* 15 años antes, e interviene luego en algunas polémicas alrededor de 1813. Es, pues, una celebridad y goza de respeto. Uno de sus antagonistas le llama "Nuevo Sabio de Lima" "que deprime a los que no aparecen con dorados realces de títulos famosos y brillantes empleos".

El hombre notable siempre es objeto de comidillas y envidias y Don Toribio no va a escapar al común destino. Se le dice jansenista, grave acusación; lector de libros prohibidos, indevotos y enemigo de las prácticas religiosas. Ya en los

principios de su Rectorado se había envuelto en un enojoso asunto con la Inquisición; la cosa no fue muy grave y sólo se le recomendó que pusiera "Autores de más sana doctrina" en manos de la "juventud que está a su cargo". Además de esto, no tiene dificultad alguna hasta 1813. En realidad las acusaciones no son más que patrañas sin fundamento, pero no podían menos que preocupar al hábil Abascal que deseaba saber lo que de cierto había en los decires de la gente.

Se desconocía hasta hace poco un hecho importante que esclarece en mucho la biografía de Don Toribio. El Padre Gregorio Santiago Vela, en su "*Ensayo de una Biblioteca Ibero Americana de la Orden de San Agustín*" al hablar del Padre Bernardo Sáenz nos dice que sostuvo una polémica con el canónigo Rodríguez de Mendoza, pero no se habían estudiado las piezas del debate.

Don Toribio publica bajo pseudónimo, el 28 de Agosto de 1813 en el "*Investigador*", efímero periódico aparecido bajo las libertades del año doce, una carta en donde comenta con ironía "El caso de las monjas que preparaban el ajuar del Niño Jesús" y recomienda al confesor de las religiosas obras de más sólida piedad y lecturas más serias que no se queden sólo en piadosas devociones, terminando la carta bruscamente con una referencia a las bulas papales que permitían el Culto y la Festividad del Corazón de María.

El Padre Sáenz, quien según el autor de la *Biblioteca Ibero-Americana de la Orden de San Agustín*, era un virtuoso religioso "que por largo espacio de medio siglo edifica por su vida cristiana", contestó con desmedido vigor y poco después, el año 14 escribe un folleto intitulado así: "*Apología caritativa, pía y racional de las lágrimas de María Santísima y del piadosísimo ajuar de Santa Rosa inventado por su ardiente caridad para celebrar el nacimiento del Hijo de Dios*". Don Toribio, responde el 6 de diciembre todavía en son de chanza con una comprobación terrible: "Se ha suscitado una duda, y es si habrá también bulas que autorizan la devoción de la Virgen Santísima, en las pulperías, chinganas y tabernas de Lima del modo que tengo dicho, así como se citan por los cordícolos otras en pro del Corazón de María". Y escribe también un folleto.

Ahora nos parece natural el lenguaje empleado por Don Toribio pero debemos ponernos en su tiempo. Debió de llamar la atención su libertad de expresión y en un ambiente goznoño propicio para el escándalo, sus argumentos inquietaron y promovieron, sin duda, entre la gente gran expectativa. Naturalmente que a quienes denominaba cordícolos se sintieron ofendidos. El Padre Sáenz contestó así:

"Un cometa adornado con gallardetes se ha elevado hasta el Eter, viento sutil que, a semejanza de un espíritu, sopla donde quiere,

según la expresión de la Sagrada Escritura: *Spiritus ubi vult spirat*, para volar y deprimir a los que no aparecen con dorados realces de títulos famosos y brillantes empleos y pretende al viento del favor triunfar de todos en su vuelo, quien pueda entender que entienda”.

La alusión a los títulos famosos, doctor en Teología y brillantes empleos, Rector de San Carlos y Canónigo Doctoral de la Iglesia Catedral eran evidentes, pero era evidente también lo que decía Don Toribio: “El devoto autor de la carta N^o 50 del tomo I del *Investigador* carece de nociones necesarias para tomarse a cargo una contienda de tanta importancia; su fe es mala, y su religión vana, y por consiguiente es un falso devoto que no impugna sino declama”. No se andaban pues con miramientos en aquella época.

La polémica se centró en dos puntos, la devoción al Corazón de María y la práctica de piedad.

Don Toribio insiste en lo primero, el Padre Sáenz en lo segundo. Con peligro de reiterar demasiado en este asunto queremos establecer bien las cosas, porque éste pudo servir para propalar la imagen de clérigo libertino que donosamente algunos le adjudican o de abate volteriano como también gratuitamente lo presenta Jorge Guillermo Leguía. Porque como escribía el mismo Dn. Toribio, malamente se ha confundido la preocupación teológica con la indevoción.

Sobre el asunto que se refiere a la Virgen pide sólo que se proce-

da con prudencia. Al implantar una devoción nueva, débese pedir autorización al Obispo del lugar y examinar su conveniencia, cree sinceramente que ese no es el caso de la presente devoción.

En cuanto a las prácticas piadosas piensa que deben servir para educar al pueblo en la verdadera fe y no para alejarlo de ella. Cuando sabe que Santa Rosa es autora del ajuar prefiere no insistir y precisa dos reglas de prudencia: que se examine cada caso y que se imite lo imitable. Pero si no le parecen adecuadas, las expresiones de piedad, ramplona y cursi como esa salutación que comienza así y que él transcribe casi íntegramente y de la cual nosotros extractamos el primer fragmento: “Yo lo os saludo hechizadores cabellos de María rayos de místico sol”... “Y no se copian las demás saluciones porque la religión, el pudor y el buen sentido padecen demasiado con semejante extravagancia”, anotaba sulfurando Dn. Toribio.

Por su parte, el Padre Sáenz prendido a una desafortunada metáfora seguía declamando: “Infeliz cometa. El se ha remontado hasta la región de fuego donde gira el éter, pero por no haber cortado la cuerda ha dado una fatal cabezada que ha caído en el profundo abismo del mayor escándalo con infundadas y calumniantes proposiciones”.

La imputación de mala fe que hace a Rodríguez es casi patente a no ser que pueda presumirse ignorancia, pues, cuando con la ironía

a la que era afecto Don Toribio, llama a los inquisidores ex-santos, el agustino sostiene que su oponente está poseído de soberbia luciferina ya que ha condenado en vida a unos respetables señores, cosa que sólo Dios puede hacer y esto sólo al morir. Sostiene que Rodríguez ha llamado a los santos, locos y visionarios. "Juliana, Teresa, Clara, vosotras habéis sido visionarias e iluminadas según el Cartabón del nuevo Apóstol de Lima" clamaba el predicador en un arranque de elocuencia.

Una cosa queda en limpio después de este enojoso proceso, que el bilioso Padre Sáenz (así calificaba el agustino a un autor citado por Rodríguez) podía haber acusado a su antagonista de hereje jansenista y no lo hizo en ningún momento y que cuando Don Toribio dice que "a bondadoso nadie me gana" con perdón de la ironía, se acerca a la verdad. Y es que era grave la acusación de jansenista, esto suponía profesar una herejía que había sido condenada ya varias veces, lo cual demostraría cuando menos contumacia en el acusado.

Aunque no hubiera habido tal acusación sin embargo la polémica no se detenía en pequeñeces y subía de tono.

No era de extrañar, pues, la suspicacia del Gobierno. Por eso comisionó a Don Manuel Pardo para visitar el colegio. La Visita era una institución virreynal que consistía en investigar "de visu" lo que acontecía en un local para luego in-

formar. Desde el Rector hasta el último bedel, todos debían declarar ante el visitador y responder bajo juramento a las preguntas que éste les propusiera sobre la vida y marcha del colegio. La visita de San Carlos dura tres años y poseemos algunas piezas importantes. La comienza Abascal y la termina Pezuela. Abascal quería saber si era verdad lo que se decía: Que Rodríguez no se preocupaba de la formación de los alumnos y descuidaba su preparación religiosa.

El visitador confeccionó un interrogatorio "a cuyo tenor serán interrogados bajo juramento algunos colegiales del Real Convictorio para que haya constancia en este proceso del modo como desempeñan sus respectivas obligaciones el Señor Rector Don Toribio Rodríguez y los Vice-Rectores... etc".

La octava pregunta rezaba así: "A qué hora se abren y cierran de firme las puertas del Colegio" y la última "Si tiene alguna queja particular (sobre los empleados)...con todo lo demás que sepan, se conste o hayan oído acerca de los excesos o defectos, etc.". La fecha de este documento lleva el 2 de Setiembre de 1816. Como se ve, era severo y exigente el interrogatorio. Los declarantes admiten que "antes de los disturbios políticos, las cosas eran mejores", pero leyendo los expedientes se ve que no tenían mucho de que quejarse.

En 1817, Pardo remite un oficio a Dn. Toribio, cuyo tenor era el siguiente. "En una de las varias ocasiones que he reconocido la li-

brería (Biblioteca) de este colegio, he visto en una Alacena (sic) cerrada con llave, varias obras prohibidas por el Santo Oficio, para los que no tengan particular licencia para leerlas. Si el colegio del cargo de Usía no se hallaba habilitado para adquirirlas y conservarlas, será forzoso (sic) el que se sirva ordenar su remisión el Santo Tribunal de la Inquisición dándome razón de las obras y cuenta de haberlo así ejecutado". Manuel Pardo-30 de Enero de 1817.

Esto es lo que tenemos de histórico sobre "San Carlos" semillero de ideas avanzadas y donde se leían los "libros revolucionarios", no decimos que no lo fuera, pero es en otro sentido y en mayor profundidad. No es la lectura de un libro lo que hace que cambie una mentalidad, es un estado de cosas, un ambiente y este ambiente tenía San Carlos.

Los documentos de la visita nos dicen que Rodríguez gastó más de 3000 pesos en pedir a España laboratorios que nunca llegaron.

Del expediente de la visita sabemos también que no fue retirado de la Dirección como se dice en muchas obras sino que él renunció dos veces. La primera ante Abascal, el 11 de febrero de 1815 y la segunda ante Pezuela el 5 de Abril de 1817 y las dos por razones económicas. No alcanzaba el presupuesto del Colegio para sostenerlo con dignidad.

Pezuela aceptó la renuncia, y su aceptación se debió a "otras ra-

zones" que las aducidas por el Rector? Parece que sí. El motivo de la salud que añadía Dn. Toribio era justificado.

Los achaques, los cuales no "le dejaban algunas veces ni poner los ojos en el Breviario", (y si debía ser así porque al mismo tiempo pedía al Cabildo Metropolitano de la Catedral de Lima permiso para no asistir a los oficios que en su condición de Canónigo debía participar), no le había impedido todo el empeño de que era capaz para la dirección del Colegio "al que acudían estudiantes de toda América, que venían desde los puntos más remotos para instruirse en la literatura y el derecho y a renovar sus ideas" como escribe Porras. Porque el Convictorio es, afirma el mismo Don Toribio, "una luz que alumbraba todo este continente".

Pero ya bordeaba los 70 años y el cuerpo exigía tregua. Habiendo realizado una obra, podía retirarse y cantar el *Nunc dimittis* bíblico. El voluminoso expediente de la Visita, se envió al Obispo de La Paz, Antonio de Villodres y al Arcediano de Concepción Don Mariano Ruiz de Navamuel los cuales con mucha perspicacia aconsejaban que en lugar de los libros del alemán Heinecio para estudiar el Derecho Natural se aprendiese al Catecismo Real del Arzobispo de La Plata (actual Sucre, en Bolivia) Fray José Antonio de San Alberto que, según su mismo autor, "contiene las máximas más religiosas e importantes para contener el insolente libertinaje que tanto des-

honra nuestro siglo, que arruina todo el orden público y aflige y amenaza la Iglesia y los estados a que ella por divina misericordia se halla establecida": en el que se leían párrafos como el siguiente:

P. ¿Qué pecado será ir contra el Patronato Real?

R. Grave o leve según fuere la materia, y mayor quien ha hecho juramento de no ir contra él.

Porque el Patronato, seguía el Catecismo, (el poder que tenía el Rey de España de nombrar los Obispos) era "una regalía innegable de su corona" y de esta manera no permitía al católico monarca que entrase "la abominación de la Iglesia".

Los informantes veían con extremada suspicacia la obra de Rodríguez. El Dr. Don Mariano Ruiz de Navamuel, Arcediano de Concepción hablaba de "ciertos individuos de heterodoxia probable" y lamentaba los funestísimos efectos que "han producido y producirán siempre las ideas y proyectos de los revolucionarios, tan opuestos a la sana moral como al verdadero interés de este basto (sic) y complicado continente", (28 de Abril de 1817).

Poco más tarde el Obispo de La Paz escribía con enfado: "Hubiera sido mejor cerrar el Colegio que conservar en esta ciudad un plantel en donde se difundía por todo el Perú, las más perniciosas máximas en lo moral y en lo político". (13 de Mayo de 1817).

Esto sentían los que deseaban ver a América bajo la suave autoridad de Nuestro Rey y Señor.

Pardo dio el golpe de gracia informando así:

"No hay disciplina, no hay actos religiosos y en cuanto a la conducta política de las diligencias e informes que acompañan por separado, acreditan que si hay algunos que no se corrigen del todo, son peligrosos en el establecimiento, en donde uno de los primeros conocimientos que deben inspirar a sus alumnos es el amor al Soberano y a las autoridades que lo representan" (9 de Abril de 1817). Cuatro días antes se acepta la renuncia de Rodríguez y por espacio de mes y medio se cierra la Casa de Estudio. El 31 de Mayo de 1817 se reabría el Colegio y Pezuela escribía al Ministro de Gracia y Justicia el 27 de Octubre del mismo año: "y con el de que fuese menos ruidosa la expulsión de aquellos colegiales (se cerraba San Carlos) que por sus costumbres y opiniones políticas no podían continuar en él sin riesgo de los demás". Estos jóvenes debían ser, Mariátegui, Sánchez Carrión y "otros mocitos que tienen revuelta la capital" que según la historia apologética de Rebaza eran calificados así por el mismo Pezuela.

¿Qué pensar de todo esto? ¿No confirma lo anterior las biografías que se han hecho de Don Toribio?.

Hay que hilar fino en este asunto. Informan el Obispo de Concepción y el Arcediano de La Paz sobre lo que pasa en Lima, el Visitador es un fidelista extremado que se ha distinguido siempre por su veneración al Monarca. Estamos viendo

los informes del 17 y no los del año 15 que son más benignos. En dos años (sobre todo en esos dos años) la historia externa ha marchado a pasos agigantados, pero además y esto es lo decisivo, el tono de los informes es sumamente conjetural, no podía ser de otra suerte estando los informantes tan lejos y sólo a la vista del expediente.

El Fiscal que conocía el asunto, dictamina desde Madrid el 13 de Junio en términos forenses:

“Hacer ver la justa responsabilidad con que se podría reconvenir a todos los encargados de la dirección del establecimiento por los graves daños a que han dado lugar con su indolencia y disimulo si ya no es que se han fomentado por algunos como puede inferirse muy bien del informe del M.R. Arzobispo “que mal testigo traía el fiscal pues el Arzobispo de Charcas era Fray José Antonio de San Alberto que nada tenía que hacer en el asunto, a no ser una mención de los informantes, y sí los señores Arcedianos de Concepción Don Mariano Ruiz de Navamuel y el Obispo de La Paz Dn. Mariano Antonio Villodres.

Ya desde la península se alarmaban porque fomentaba la rebelión. Pardo sólo había dicho que faltando la disciplina y las prácticas de piedad se habían extraviado algunos sujetos, lo cual confesaba también el Rector, pero que añadía que “esto le había hecho sufrir y se había visto obligado a aplicar algunas sanciones”. En Madrid se juzgaba que San Carlos era foco de insurrección.

A medida que pasaban los informes que de una mano a otra iban creciendo la presunción de negligencia y descuido que le atribuían sobre informes de informes, las autoridades realistas. Pero Don Toribio había renunciado desde el 5 de Abril del año anterior. El último día de Mayo del año 17, nombraron en su reemplazo al Dr. Carlos Pedemonte y Talavera, Prepósito del Oratorio de Lima y en el mismo documento Pezuela daba las gracias al maestro “por el mérito que tiene contraído en los treinta y más años que con acierto ha regido el Real Convictorio”.

La opinión de quien veía el asunto en Lima pone sosiego en los dimes y diretes de los informes anteriores. De lo escrito por Pardo y Pezuela se deduce que, apreciando mucho la obra de Rodríguez, piensan que por lo avanzado de su edad y los achaques que lo aquejan no está ya a la altura para dirigir el colegio en los tiempos convulsionados que por entonces corren.

El nombramiento del Dr. Pedemonte, que era muy cercano a Dn. Toribio, ratifica lo afirmado. Don Toribio decía de él “fui su superior, su maestro en Teología y soy su amigo”. El Convictorio estaba en buenas manos.

Vienen los años de la Independencia y un día se proclama la libertad del Perú: el maestro estará presente y ocupará un sitial rector en la nueva República. Ya es anciano y achacoso pero tendrá la satisfacción de ver en el Congreso a

muchos de sus discípulos a los que había formado si no precisamente para ser republicanos, al menos, sí para gobernar el país. Por eso en la *Gaceta de Gobierno* del día 23 de Agosto de 1823 se daba cuenta así de su ejemplar actuación: "al ser introducidos los diputados (los diputados expulsados por Riva-Agüero) por el Sr. Rodríguez —Don Toribio— a la sala del Congreso, en la que se hallan todos los miembros, este anciano venerable —a quien la juventud limeña es deudora de su educación y luces y lo respeta como su mentor y maestro— al presentar a los Sres. diputados... expresó sus sentimientos con aquella noble simplicidad que es incapaz de imitarse si no parte de un corazón recto y sensible".

Su actitud en el Congreso revela una independencia serena y madura. Un día dijo: "No será buen peruano el que no es buen religioso" y sus palabras pasaron a la Constitución.

Y un 10 de Junio de 1825 se apagó la vida de quien fuera vivo ejemplo de estudio y patriotismo.

Epílogo

¿No resulta un poco ajena a la iconografía habitual de Dn. Tori-

bio el esbozo de biografía que acabamos de hacer?

¿No era acaso un sacerdote de ideas demasiado avanzadas y tal vez heterodoxas como dicen algunos?

¿No se habla de que en San Carlos educaba para la libertad y que sus cursos eran prédica revolucionaria más que cursos de formación académica?

Todo esto pertenece al mundo de la imaginación y de la leyenda: la historia documentada es otra.

Probablemente nunca habló de emancipación y separatismo y en lo hondo fue fiel al Rey de España hasta que amaneció la República. Pero al proponerse formar la clase dirigente con ello hacía por el país mucho más que los conspiradores con su acción a salto de mata.

Son las ideas las que gobiernan al mundo y Don Toribio fue un sembrador de ideas. Los que forjaron el Perú pudieron decir públicamente que San Carlos era un "semillero de los principios revolucionarios", y que en el Convictorio los aprendieron porque amaron la nueva realidad que desde fines del siglo anterior se venía incubando y ella era la que había hecho posible la creación del Perú como Nación y Estado. Esta nueva realidad este Perú mestizo es deudor a Don Toribio.

Nota: Hemos utilizado para el presente trabajo documentos inéditos que obran en nuestro poder y otros que debemos a la generosidad de los Doctores Alejandro Hernández y Pedro Gutiérrez.

No sólo para los marinos, no sólo para los profesores y alumnos de Historia Nacional, no sólo para los hombres de alto nivel de cultura, para todos los peruanos el nombre y la fama de Miguel Grau están vinculados con los mejores recuerdos infantiles. Ningún hombre de nuestro país puede decir en qué momento de su vida o en qué tiempo de su instrucción escucha por primera vez el nombre del Comandante del Huáscar y los relatos fervorosos del heroico cumplimiento del deber que se advierte en su vida. Todo en la República habla del gran marino piurano, de cómo la Providencia entrega el ser mismo del Perú a su pericia y a su valor, de cómo sabe vencer sin crear odios, de cómo es generoso en la victoria y de cómo es el primero al momento de la muerte en el mando del *Huáscar*, símbolo del mejor patriotismo nuestro.

La tertulia infantil con nuestros padres, las conversaciones en la sobremesa familiar con los parientes mayores, el nombre de Grau en monumentos, en plazas y avenidas de la República, todo anuncia al estudiante de la primaria y de la media que Miguel Grau es entre todos los peruanos un hombre singular, una digna muestra de lo que puede la formación espiritual de la persona y la fidelidad permanente al cumplimiento del deber.

Esta breve biografía dirigida especialmente a los jóvenes, quiere ser, con modestia, un testimonio de

JOSÉ A. DE LA PUENTE C.

MIGUEL GRAU



JOSÉ AGUSTÍN DE LA PUENTE Y CANDAMO, (n. Lima, 1922), Abogado, ha hecho sus estudios de Doctor en Letras, título que optara con la tesis «San Martín y el Perú. Planteamiento Doctrinario», en la Pontificia Universidad Católica del Perú. «El Monarquismo de San Martín» fue el título de su tesis de Bachiller en Humanidades. Es Subdirector del Instituto Riva-Agüero, miembro de Número de la Academia Peruana de Historia, y Catedrático titular de Historia del Perú en la Facultad de Letras de la Universidad Católica. En la actualidad está terminando la edición, en dos tomos, de una importante obra crítica y antológica sobre *La Emancipación* en sus textos.



[FOTOGRAFÍA]

ARCHIVO FOTOGRÁFICO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ.

MIGUEL GRAU SEMINARIO

la vida y la gloria del vencedor de Iquique y del hombre que muere en Angamos con la devoción de su país, la admiración de los extraños y el respeto de los enemigos. Y quiere ofrecer esta biografía una lección de optimismo a la gente joven de nuestro país y descubrirle en la tradición de la República actitudes dignas del mayor respeto y que merecen presentarse como ejemplo para la vida humana. Este es, sin exageración ni fantasía, el caso de Miguel Grau.

El ambiente, la familia, la vocación

A los diez años del triunfo de Ayacucho la situación de la República es insegura, difícil en el orden internacional. Después de la dominación bolivariana soportamos la guerra con Colombia, la lucha en Bolivia y el panorama del país en sus relaciones con los vecinos no es el más sereno. En el orden interno la situación no es superior. La lucha entre los caudillos y el respeto a las instituciones crea frecuentes conflictos y el Estado en el Perú no tiene la firmeza que requiere todo gobierno para ser fecundo en sus obras.

Para 1834 la población del Perú pasa del millón de habitantes, no ha llegado la navegación a vapor, ni el ferrocarril, ni el alumbrado de gas, ni el telégrafo. Las comunicaciones son lentas y es urgente la organización técnica de la República.

Piura, de larga historia, vinculada con el momento inicial de la

conquista y bajo el patrocinio del Arcángel San Miguel es una ciudad bella, pequeña y distinguida, con familias tradicionales y espíritu de trabajo. Pertenece al departamento de La Libertad y Paita es un puerto mayor de la República.

En el centro mismo de Piura, en una casa familiar en la calle de Tacna, antes llamada los Mercaderes, nace el 27 de julio de 1834 Miguel Grau y Seminario. Se bautiza el 3 de Setiembre en la Iglesia Matriz de San Miguel de Piura.

Grau nace en la familia formada por don Juan Manuel Grau y Berrio y doña Luisa Seminario del Castillo. El padre, Grau y Berrio, de Cartagena de Indias, en Colombia de hoy día, viene al Perú en los tiempos de la guerra contra España y participa en la batalla de Ayacucho. La madre pertenece a una vieja familia de arraigo piurano. El apellido Grau, de origen ilustre, viene de Cataluña y otro marino anuncia la vocación del héroe de Angamos.

1834 es un año de poca significación para el Perú. Es la época de Orbegoso, Bermúdez y el abrazo de Maquihuayo.

Cuando Grau nace en Piura, Castilla —que combate en Ayacucho— tiene treintisiete años, Ricardo Palma nace el año anterior, Vivanco y Felipe Pardo, tiene veintiocho años, y Bolognesi, compañero en el heroísmo de Grau, dieciocho.

Don Miguel tiene tres hermanos: dos mayores, Enrique Federico que nace en 1832 y María Dolores,

en 1833. Ana Joaquina, es la menor, nace en 1835.

El padre de Grau se vincula íntimamente con el Perú y ya no regresa a Colombia; se naturaliza peruano y desde 1828 se establece en Piura. Obtiene el nombramiento de vista de aduana en Paita y muere en 1865.

El ambiente infantil de Miguel Grau es el de nuestro viejo estilo de esos años. Respeto a los padres, amor a los recuerdos hogareños, religiosidad auténtica, culto del honor, del deber, de la generosidad. Estas virtudes que más tarde vive Grau en su lucha política y naval no son improvisación de un momento, las ve y desde niño aprende a vivirlas con naturalidad.

Pensemos un momento en la vocación de Grau. La vocación es en el hombre una de las realidades más serias y respetables. La vocación responde a un llamado profundo que llega al alma y que indica sin duda posible cuál es el camino que Dios señala en la vida. Y Grau llega así a la Marina no por presión familiar, ni por vanidad, ni por interés económico, ni por afán de lucimiento. Llega él a la Marina sencillamente porque desde niño vive esa vocación. El mar pertenece a los más viejos recuerdos de Grau. Cuando él tiene cinco años ya su padre está en Paita y es ese puerto uno de los más bellos lugares para descubrir la majestad y el silencio del mar. Allí en Paita el niño Grau alimentaría en sueños sus futuras andanzas marineras y

gozaría íntimamente al ver en su imaginación de lectura de cuentos de larga vida de un viejo hombre de mar.

Cuando tiene seis años, en 1840, llega al Callao el primer navío a vapor y que para mejor augurio se le conoce con el nombre "Perú". Paita es además tierra de marinos —Carrillo, Noel, Raygada, los hermanos Cárcamo— y uno de los mejores ambientes para actualizar la vocación del niño Grau.

No sabemos de sus lecturas, ni de sus distracciones, ni de la rutina de su vida infantil. Podemos sí pensar por el comportamiento en la madurez de su vida que fue un niño obediente, reflexivo, sin duda de pocas palabras, risueño mas no excesivamente alegre, y es posible que pasara largas horas con la cara al mar.

Antes que cumpliera los diez años ya funciona en Paita una Escuela Náutica y según tradiciones allí recibe Grau la primera instrucción.

En 1843, Grau obtiene permiso de su familia e ingresa a una goleta que hace el viaje a Panamá. Un amigo del padre de Grau, Ramón Herrera, es el armador del buque. La iniciación marinera ofrece una lección para el niño que ya vive con amor su futura carrera; el buque zozobra y Grau regresa a su puerto.

En 1853 está en Lima, como lo prueba el Comandante Elías, luego de siete años de navegación en diversos buques y hasta Oriente.

Puede decirse que si bien no ha ingresado a la Armada Nacional es ya un Marino. Ha tomado contacto con la realidad misma de la vida del buque y con los múltiples problemas prácticos.

Poco sabemos de la vida de Grau entre 1853 y 1854. Antes está en los Colegios de José Nieto y de Manuel Zapata, y en éste último tiene como profesor a Fernando Velarde, poeta español que está entre nosotros en el tiempo inicial de nuestro romanticismo, quien nos ha dejado un bello recuerdo del tono humano de Miguel Grau.

En transportes de júbilo temblabas
 Cuando los hechos de Numancia oías;
 con Bolívar el grande te exaltabas,
 con Sucre el inmortal te enternecías.

Nunca fuiste risueño ni elocuente,
 y tu faz pocas veces sonreía,
 pero inspirabas entusiasmo ardiente,
 cariñosa y profunda simpatía.

Grau conoce una Lima que quiere crecer y desarrollarse. Ya se ha fundado el Colegio de Guadalupe, funciona la plaza del mercado de la Concepción, desde 1839 se publica el diario *El Comercio*, el Ferrocarril de Lima al Callao es la mejor novedad en 1851, y el primero en Sudamérica.

El 14 de Marzo de 1854 ingresa Miguel Grau a la Armada del Perú como Guardiamarina. ¿Qué es un Guardiamarina?. Como el cadete naval de nuestro tiempo es el paso inicial en la carrera y el aspirante ha estudiado matemáticas y

nociones de astronomía. El guardiamarina vive su instrucción sobre todo como navegante y sin duda Grau pasaría en esas tareas días bellísimos en los cuales advertiría por experiencia propia como se formaba la habilidad técnica y las virtudes humanas de un marino de guerra.

La Armada del Perú tiene tradición e historia cuando ingresa a ella quien va ser más tarde el símbolo y la encarnación de las faenas del mar en el Perú. El mar es siempre un personaje amigo y familiar para la gente nuestra. Ya el hombre pre-hispánico conoce rudimentos de navegación y usa del mar en el beneficio de la pesca y son muchas las hipótesis y leyendas que vinculan a nuestros pobladores remotos con gentes de otras latitudes a través del camino del mar. Por mar llega Pizarro a la costa piurana; por el mar llegan nuestros virreyes y la amenaza de corsarios y piratas, y los viajeros y las expediciones científicas ofrecen un testimonio de la vida marítima en el Perú. Más tarde San Martín llega a Paracas desde Valparaíso y se confirma así la vocación marina del Perú. Vocación que viene de la geografía, con una larga costa en la que el mar ofrece segura comunicación y es también anuncio de peligros o de transformaciones y esperanzas. El mar está, pues, en la raíz del pasado y de la vida de la República y precisamente Miguel Grau que va a confirmar en su vida y en su muerte esa función rectora del mar en

nuestra existencia, lamenta antes de la guerra del 79 y medita, sin duda con nostalgia, en el puente del Huáscar, como el Perú olvida una política naval y descuida la preparación de una escuadra competente y eficaz.

Funciona en el Virreinato una escuela náutica o academia de pilotaje. Más tarde, un español José Pascual de Vivero va a trabajar en la formación de nuestra marina, Martín Jorge Guise, —propiamente el fundador de la escuadra de guerra— muere en Guayaquil en defensa del Perú. En tiempos de apogeo el bergantín *Gamarra* llega a California para defender los intereses de los peruanos que allí trabajan, y a todos estos recuerdos y tradiciones se añade el heroísmo del paiteño Noel cuando el naufragio de su fragata *Mercedes* y la hazaña que pocos meses más tarde cumple la fragata *Amazonas* al dar la vuelta al mundo en un magnífico alarde de señorío peruano. Es la Marina —para el tiempo que llega Grau a ella— una institución con heroísmo, espíritu nacional y empeño técnico. Hace muy pocos años que funciona una escuela náutica en Paita y una escuela central de marina en el Callao. Son, asimismo, los tiempos en que se persigue el renacimiento de la escuadra después de las luchas de la Confederación.

Integran la Armada del Perú, entre otros, la fragata *Amazonas*, el vapor de guerra *Rímac*, los bergantines *Gamarra* y *Guise*, las goletas

Libertad, *Jesús*, *Héctor* y *Peruana*, la corbeta *Yungay*, el pailebot *Vigilante*, la barca *Limeña* y el transporte *Alayza*. Más tarde llega la fragata *Apurímac* y las goletas *Loa* y *Tumbes*.

A los veinte años Grau es de estatura mediana, estructura gruesa, piel más bien morena, voz delicada y barba negra. Manuel Vegas García en su *Historia de la Marina de Guerra del Perú* presenta así la imagen física de Miguel Grau cuando en plena juventud ingresa a la Marina. "a esa edad —a los veinte años— ya está completamente desarrollado física e intelectualmente. Recio fue el aprendizaje y desde la edad más tierna; pero formó la base de su singular carrera".

"En lo físico era más bien alto, excepcionalmente fuerte y de ancho pecho aunque no tan grueso como se puso después. Tostado por el sol y el aire de mar, de fuertes y prominentes mandíbulas; la voz algo atiplada en contraste con su varonil carácter y su gallarda figura; la nariz de trazo firme y regular no como la pintan esos abominables retratos que tanto se han popularizado; la cara razurada, sin las patillas a la española, que llevó en la edad madura, el andar decidido y con ese peculiar balanceo de los hombres de mar".

La madurez del marino

La vida de Grau desde su ingreso a la Marina en 1854 hasta su

muerte el 8 de octubre de 1879 en Angamos, puede estudiarse en dos etapas. En la primera, el marino se perfecciona en su experiencia y en su profesión en funciones auxiliares, en mando de buques, en misiones técnicas y administrativas y en combates navales, es la época de 1854 a 1879. La segunda y esencial etapa es cronológicamente muy corta, de abril a octubre de 1879, pero larga y profunda en su proyección histórica y en la vigencia permanente de los valores morales que nos ha legado. Y con el marino, y en su vida íntima, se forma el hombre respetuoso de la ley, con preocupación vivísima por el futuro del Perú y que llega a la política en un paso fugaz como Diputado por Paita.

Veamos ahora la vida de este Grau que madura como hombre y como marino para llegar al umbral del heroísmo y de la gloria en 1879.

En los primeros años sirve en distintos buques. En 1854, primero seis meses en el *Rímac* y luego desde octubre más de diez en el pailebot *Vigilante*. En 1855, en el vapor de ruedas *Ucayali* y en 1856 obtiene su ascenso a Alférez de Fragata.

Ese año es duro para Grau. Con el ascenso y luego de él se le presenta el primer problema de conciencia frente a la Constitución de 1856, con la cual no está de acuerdo por sus reformas liberales, y se subleva en Arica con Lizardo Montero, amigo cordial, en la fra-

gata *Apurímac* en la cual sirve y une su destino a la causa de Vivanco.

¿Por qué se levanta Vivanco? Son varias las razones. El es hombre de formación severa, culto, respetuoso de las tradiciones del país, solemne en el porte, honrado en la conducta, y descubre graves peligros en las reformas liberales de la Constitución de 1856. Hay en ella frente al pasado, tal vez, un conocimiento incompleto de la realidad, e ilusión —que puede ser utopía— en la eficacia de los cambios violentos; y frente al futuro del país, el riesgo eventualmente abierto a la anarquía con una presidencia de la República debilitada y una comunidad humana sin experiencia en el ejercicio de la actividad política. Y es curioso, Castilla —el vencedor de Vivanco en el Carmen Alto y contra quien se levanta ahora el antiguo Director— a pesar de ir a la guerra contra Vivanco coincide con él en que la carta política que promulga la Convención no es adecuada al país. Por respeto a la ley Castilla jura fidelidad a la Constitución frente a cuya virtud general no cree íntegramente.

Al unirse Grau a la causa del vivanquismo no se le puede ver como un marino sublevado, rebelde, sin jerarquía ni disciplina. Muy en contra de esto, Grau es marino con todas las consecuencias y vive plenamente las virtudes de la subordinación y del respeto. No obstante, en el proceso de la República por ganar estabilidad y afirmar

sus instituciones, en algunas circunstancias excepcionales, y sin duda con el pensamiento puesto en el mal menor, hombres como Grau se apartan momentáneamente de la disciplina jerárquica para defender lo que ellos entienden en conciencia que es bien del país. El jamás se une a empresas caudillescas con propósitos de vanidad o de lucro, siempre está en la línea de la afirmación de las normas morales y de las tradiciones de la República.

La revolución de Vivanco fracasada, se rinde la *Apurímac* en Arica y en 1858 pasa Grau fuera de la Armada de Guerra y durante más de dos años es Capitán de la Barca inglesa *María Cristina* en la carrera del Asia. En 1861, por ley del Congreso, pueden regresar al servicio los miembros del ejército y de la armada separados, y si bien continúa en la Marina Mercante ya en 1862 se le reconoce nuevamente como Alférez de Fragata.

En 1863, pasa como Teniente Segundo al vapor *Lerzundi* y después de un tiempo corto es Teniente Primero Graduado.

A los diez años de su ingreso a la Marina viaja por primera vez a Europa, con Aurelio García y García, en Misión del Gobierno para comprar unidades. Para fines de 1864 es Comandante de *La Unión* recién comprada por ellos y al pasar por Inglaterra sufre la conocida e injusta prisión por su supuesto incumplimiento de las normas de enrolamiento. Luego de la detención de cuarentiocho horas

—de la cual protesta la representación diplomática peruana con valentía y dignidad— continúa la navegación y llega Grau a Valparaíso, con la *Unión*, en mayo de 1865.

Ahora se inicia para Miguel Grau la época de las grandes responsabilidades y de lo que él va a convertir en hazaña por su valor y su inteligencia. La vida ya da sus frutos y el niño que a los diez años se embarca camino de Panamá es un guerrero maduro que va a ofrecer renovadas muestras de la autenticidad de su vocación. El conflicto con España representa para Grau la primera gran tarea de combate.

Para este tiempo ya Grau vive la obra de Castilla por el engrandecimiento de la Marina del Perú. Después de la pérdida del *Rímac* en 1855 se incorpora a la escuadra "*El Noel*", más tarde "*El Lerzundi*" y "*El Sachaca*", que sirven a Vivanco en la revolución. Créase el apostadero y el arsenal de Iquitos y llegan las embarcaciones fluviales *Morona*, *Pastaza*, *Putumayo* y *Napo* y la lancha *Tambo* y encárgase para el Lago Titicaca el *Yavarí* y el *Yapurá*.

El 31 de marzo de 1865 Grau asciende a Capitán de Corbeta y el 22 de julio a Capitán de Fragata, por Resoluciones de Pezet y Diez Canseco, respectivamente.

El Tratado Vivanco Pareja no representa para Grau la solución digna del Perú y no acepta las exhortaciones de su padre que viaja hasta Valparaíso —para encontrarlo recién llegado de Europa con la

"Unión"— que le ruega actúe al lado de Pezet. El se une con su buque a las fuerzas rebeldes.

En verdad, el tratado Vivanco-Pareja no significa el ideal de la República. Se discute antes que los españoles devuelvan las islas de Chíncha y si bien hay un reconocimiento implícito de nuestra Independencia, no aparece un claro desagravio al Perú después de la ocupación insensata de parte de nuestro territorio. Sobre el saludo a nuestro pabellón Basadre glosa declaraciones de Toribio Pacheco, el gran canciller.

"La bandera española fue saludada al mismo tiempo que la peruana como si el ultraje hubiera sido recíproco", dijo Toribio Pacheco en su manifiesto sobre los motivos que indujeron al Perú a ir a la guerra con España. "Pero es de advertir que el saludo en que estribaba particularmente el punto de honra para el Perú no fue estipulado en el tratado sino en el protocolo, pieza desautorizada para asuntos de tanta entidad que no es más que el resumen de las conferencias verbales de los negociadores y que ni está firmada por éstos sino por los secretarios. Para la nación peruana el saludo hecho en el Callao el 2 de febrero es una ceremonia sin significación jurídica; es, como dice el protocolo, una mera demostración de contento; no es, pues, ni ha sido jamás la reparación del ultraje hecho a nuestro pabellón".

Al Tratado se fue un poco con la idea del mal menor y para evitar

el perjuicio de una más larga ocupación de las islas, pero, ciertamente no representa las aspiraciones de los peruanos.

Es Abtao, el 7 de febrero de 1866, la primera acción naval de importancia en la cual interviene nuestro marino. Bajo el mando del peruano Manuel Villar la escuadra nuestra —la *Apurímac*, la *Unión*, la *América* y la goleta chilena *Covadonga*— asume la plena responsabilidad de la acción y según lo confiesa el jefe chileno Williams Revollo el triunfo se debe a los peruanos. Es una acción naval en la cual no se llega a establecer el contacto inmediato entre las unidades y la escuadra española tiene que retirarse luego de soportar un duro cañoneo, pues tanto la reacción beligerante de los buques nuestros cuanto las dificultades de navegación en la zona, los peligrosos canales, hace imposible una mayor aproximación. El combate llega a unas dos horas y se disparan mil cuatrocientos cañonazos. Son palabras del jefe chileno: "esta oportunidad me permite congratular a V.S. y a los Jefes, Oficiales y tripulaciones peruanas por el arrojo y serenidad que han manifestado durante las dos horas que duró el combate bajo un fuego sostenido por ambas partes, y por el resultado favorable que se ha obtenido, el cual se debe a la Escuadra del Perú". Por un signo misterioso luchan en Abtao del mismo lado, como los hermanos en el juego de la guerra, Grau,

Prat, More, Condell. Aún vive la unión americana, no en declaraciones líricas, fugaz realidad de las empresas comunes.

Hay otro aspecto particular que debe mencionarse en la vida de Grau y que es expresión de su altivez y orgullo profesional y patriótico. En 1866, después del 2 de Mayo, el gobierno contrata al marino norteamericano John Tucker para dirigir la escuadra nuestra en una expedición con rumbo a las Filipinas. Grau y con él distinguidos jefes entienden que no es digno servir bajo el mando de un extranjero y piden pasar fuera del servicio.

Vegas nos habla de los días de la prisión en San Lorenzo, donde la fiebre amarilla obliga al traslado de los activos al Callao. Dice: "Mientras se les seguía el juicio respectivo, fueron confinados en la isla de San Lorenzo donde se aburrían soberanamente en los primeros días; mas, como buenos marinos, pronto improvisaron una serie de diversiones entre las que, por supuesto, no faltaban los "match".

"Cierta día se concertó uno de natación entre Montero y Grau. Señalada la distancia por medio de un bote, con la ropa de baño puesta y hecha la señal por el juez se lanzaron los contendores agua adentro nadando hacia la meta con todas sus fuerzas. Grau fue sacando ventaja poco a poco hasta llegar primero y, esperando que llegara su contrincante le "atizó" en plena cabeza lo que llaman los

muchachos un certero "zapatazo" que hirió sin sangre, a su paisano y amigo".

"Pocos días después se concertaba un asalto de esgrima entre los dos piuranos y entonces "se vengó" Montero propinándole media docena de buenos cintarazos".

Luciano Benjamín Cisneros es el defensor de Grau y obtiene la absolución.

En 1867 regresa por breve tiempo a la Marina Mercante en el "Puno" de la Compañía Inglesa de Vapores.

El 4 de febrero de 1868 ya es Comandante del *Huáscar* y salvo breves lapsos su vida ya se vincula de manera irrenunciable con el pequeño Monitor. El mismo año, el 25 de julio, Miguel Grau es Capitán de Navío.

El Perú vive en esos años la época de Balta. Son tiempos de desarrollo material, de expansión, de ferrocarriles, de crecimiento urbano de Lima, son los años en que Enrique Meiggs es múltiple gestor de progreso, desarrollo y grandes negocios.

Grau es amigo del Presidente Balta. Expresión del tono humano de ambos es la anécdota que nos relatan las crónicas de la Marina Peruana... "Grau comandaba el monitor *"Huáscar"* en la época de la presidencia del Coronel José Balta de quien sabemos se "amostazaba" frecuentemente pero sus violentas cóleras pasaban pronto y casi siempre sin daño de su natural bondadoso".

"S.E. tenía especial predilección por nuestro insigne marino, visitaba muy a menudo su buque y especialmente cuando veraneaba en Chorrillos y la escuadra iba a animar ese balneario".

"Un día que estaba el mar bastante agitado pidió el presidente un bote para ir a bordo del "Huáscar" y se le mandó una falúa a cargo de un guardiamarina".

"Al embarcarse Balta, la falúa balanceó y el Coronel, que no tenía precisamente gran práctica marinera fue a dar con su distinguida persona en el fondo de la embarcación y con tan mala suerte que se rompió la nariz".

"No bien llegó a bordo ordenó a Grau que se arrestase al guardiamarina pues, a su juicio, era el causante del percance. Grau sin replicar se apartó a un lado llamó al guardiamarina y al patrón del bote e hizo las indagaciones necesarias, convenciéndose de que no había tal culpa. Abordó a Balta y le "explicó" la causa del porrazo: "No fue el guardiamarina sino el mar quien hizo "corcobear" al bote. Con lo que el presidente ya calmado se dio por satisfecho".

Bien sabemos como en la Historia del Perú la revolución de los Gutiérrez —contraria al Presidente Balta y a las elecciones de 1872 que dan el triunfo a Manuel Pardo—, es uno de los hechos que refleja mayor insensatez y mayor olvido de normas esenciales. Grau contrario a la revolución, en valioso documento, expresa su opinión y su criterio.

"La Marina Nacional que siempre ha dado muchas pruebas de patriotismo y abnegación por el orden y sostenimiento de las instituciones, no ha trepidado en ponerse a la altura que por sus antecedentes le corresponde, ha rechazado indignada la invitación que se le hizo para secundar la consumación de tan horrendo atentado; y enarbolando el estandarte de la ley ha protestado en masa de tan inaudito y escandaloso crimen, no reconociendo otro caudillo que la Constitución; y recorre hoy el litoral de la República con los poderosos elementos con que cuenta, para cooperar en unión de los pueblos al restablecimiento del orden constitucional".

Aquí se descubre el respeto a las instituciones, a la vida civilizada, a la discreción humana, a la ponderación y al equilibrio, virtudes que viven en Miguel Grau. El es adversario de la revolución no por casualidad; el obedece a verdaderas convicciones personales. La actitud de la Marina contraria a los Gutiérrez es factor importante del triunfo de la legalidad.

Desde 1873 hasta 1876 es varia la actividad de Grau en la vida de nuestra marina. Recorre minuciosamente el litoral boliviano, conoce con detalle especial nuestra costa del sur, es Jefe de la Escuadra de Evoluciones y deja el mando del *Huáscar* en 1876 para incorporarse al Congreso como diputado por Paita.

En 1874, el 2 de noviembre, captura el Talismán en el cual está

la expedición de Piérola y no disputa contra los que desembarcaron en Ilo, pues no pueden defenderse.

Y en 1877, cuando Grau es diputado, el *Huáscar* se subleva a favor de Piérola y en gallardía que ya muestra el Monitor lucha con barcos ingleses que persiguen, inútilmente, su rendición.

Grau es amigo personal de Manuel Pardo y en realidad entre ambos hombres existen afinidades y elementos comunes. Nacen en el mismo año, 1834, y en ambos se descubre tenacidad para realizar la propia vocación y sin duda Grau ve con simpatía en Pardo la reacción contra la anarquía política, la devoción a la legalidad. Grau sufre hondamente cuando el asesinato de Pardo. Riva-Agüero recuerda el discurso que pronuncia el diputado por Paita en el cual declara la Patria en peligro. En carta a Vicuña Mackenna, el historiador chileno, Grau dice de Pardo: "La figura de más alta talla de la época contemporánea de mi Patria".

Ya en tiempos cercanos a la guerra Grau desempeña las funciones de Comandante General de la Marina, en 1877 y es Agregado al Ministerio y Vocal de la Junta Revisora.

Ya se ha formado el marino, ha ganado experiencia en técnica, en administración, en mando y en acciones de guerra. No es un profesional aislado de su medio y sí siente con calor los problemas del país y las preocupaciones sobre el futuro de la República.

Este hombre que ha madurado como marino y como ciudadano, a los treintidós años, el 12 de abril de 1867 se casa en el Sagrario de la Catedral con doña Dolores Cabero y Núñez, de antigua familia limeña. Buena parte de la historia de nuestra marina está vinculada con el matrimonio de Grau; son sus testigos Aurelio García y García, Manuel Ferreyros, Lizardo Montero, los llamados "ases" de la Armada del Perú.

Forman una familia numerosa, con diez hijos, Enrique nacido en 1868; Miguel, nacido en 1869, que muere en 1877; Juan Manuel, nacido en 1871; Ricardo, nacido en 1872; María Luisa, nacido en 1873; Carlos Pedro nacido 1874; Rafael nacido en 1876; las mellizas Victoria y Elena, nacido en 1877; Miguel, nacido el 23 de enero de 1879.

La familia de los esposos Grau descubre lados magníficos en la vida de nuestro Almirante. En su heroísmo diríamos, está siempre presente en Grau un limpio florecimiento de las virtudes humanas que él desarrolla con verdadero afecto en el vínculo con su esposa y con sus hijos. Hay que decir sencillamente que el vencedor de Iquique y el héroe de Angamos es afectuoso y cordial, hombre sencillo y común, como el que llega a la santidad al cumplir con su deber sin pausa ni fatiga, sin rarezas, ni posiciones originales, como los verdaderos hombres grandes.

En los días de la guerra la presencia de su mujer y de sus hijos

está diariamente fresca en el puesto de mando del Monitor y hoy día es grato para los peruanos que el apellidado Grau esté presente todos los días no sólo en la gloria del Almirante sino también en el trabajo de sus descendientes.

El cumplimiento del deber en la guerra con Chile

Sin duda alguna no hay en la historia de la República hecho de significación comparable con la guerra con Chile. La justicia de la causa nuestra, el heroísmo que en ella se vive, el dolor y el sacrificio que se asume diariamente, la desgracia de la derrota militar, los sufrimientos de la ocupación, el heroísmo civil en la dignidad de la conducta, la mutilación del territorio de la patria, el afán de reconstrucción de la República después del desastre, todo esto y mucho más le concede a la guerra de 1879 una significación incomparable en lo moral y en lo material en la vida de nuestro país.

¿Por qué vamos a la guerra con Chile? La respuesta que viene de la verdad de la historia y no del apasionamiento nuestro nos dice claramente que nunca buscamos esa guerra, que no nos preparamos para ella, y que fuimos a la lucha, con conciencia de nuestra debilidad, por ser fieles al honor del Perú empeñado en la firma del tratado con Bolivia, de 1873.

Invadido el territorio boliviano por las fuerzas chilenas, sin solu-

ción favorable las gestiones amistosas conciliatorias de Lavalle, con el ánimo chileno resuelto a no abandonar el litoral boliviano, el Perú no puede ser neutral en esa contienda entre fuerzas chilenas invasoras y Bolivia, nuestra aliada. Y así el Perú es una vez más, como su historia se lo ordena y se lo exige, fiel a los principios y a las normas morales y no complaciente con los intereses concretos del momento. Hicimos honor a nuestra firma e ingresamos a la guerra en defensa del país amigo, víctima de la agresión. Una política utilitaria, práctica, habría indicado no ir a la guerra; una política de honestidad y de decencia nos obliga a ingresar a la guerra.

Historiadores imparciales reconocen sinceramente que vamos a la guerra sin preparación para ella y sí con el propósito de ser fieles a nuestros compromisos internacionales. Es injusto y erróneo afirmar que el Perú busca la guerra o que no hace lo posible por evitarla. Hasta el último momento la gestión mediadora de Lavalle lucha por hallar una fórmula en que sin mengua de la dignidad de la República evite el conflicto, y la prueba más palmaria de nuestro ánimo de paz, que sólo no lo ve el que no quiere advertirlo, se halla en nuestra marina pequeña —caso muy distinto sería si hubiera existido plan de agresión— incomparable con las fuerzas chilenas y donde el heroísmo singular va a reemplazar a la preparación meditada y a la técnica.

¿Por qué se firma la alianza con Bolivia en 1873?

La idea del Tratado de alianza con Bolivia que se firma en 1873, durante el gobierno de Manuel Pardo, responde a muy diversas razones. Aparte de los vínculos geográficos, humanos e históricos, cierto destino común de Bolivia y Perú indica a muchos hombres dirigentes la conveniencia de la afirmación de vínculos concretos que lleven a una política internacional común.

Nosotros en nuestra frontera sur no limitábamos con Chile, y nuestra vecindad con Bolivia une a territorios especialmente valiosos por la riqueza del salitre. Además, ante el peligro de una Bolivia unida, por intereses económicos, a Chile y distante o adversaria del Perú, parecía más oportuno unirnos a Bolivia bajo el doble signo de la historia común y de los intereses concretos, asimismo, comunes. La concepción del Tratado persigue la incorporación de Argentina, lo que le habría dado mayor firmeza y seguridad. Hasta aquí la idea del Tratado.

Hay que añadir, como lo dice la letra del documento y el espíritu de la época y de sus autores, que el Tratado es de defensa de ambos países y en ningún caso de agresión. Hay algo más. Así como la tradición de una familia y la educación de la persona va creando el tono de la propia vida, la tradición del Perú y de Bolivia, la historia de ambos pueblos, el tono humano de

su gente, nunca es de usurpación, de avasallamiento o de violencia. La historia vieja de ambos países es una historia de avance, de civilización, de perfeccionamiento humano, de afán de cultura; y siempre con generosidad humana y con preocupación moral. Violentamente ni el Perú ni Bolivia pueden convertirse en países conquistadores o agresivos. El Perú ha sido siempre, y lo es hoy día, país de conciliación y de entendimiento.

Es un error querer conservar en secreto el Tratado. Esto crea sospechas en Chile y además es ingenio pretender la reserva de la cuestión.

Cuando fracasa el carácter tripartito del Tratado de 1873 —Perú, Bolivia y Argentina— y al agravarse las relaciones chileno-bolivianas en las que el Perú no tiene intervención alguna, eventualmente parecería lógico que el Perú hubiera retirado su firma del convenio de 1873. Sin embargo, en crisis el conflicto chileno-boliviano por la discusión sobre impuestos y sobre exportación de salitre y derechos consiguientes, invadido más tarde el territorio boliviano, el honor de la República obliga a ser fiel al Tratado. Y así llegamos a la guerra más dura de toda nuestra historia. Sin quererla, sin preparación, con ancho espíritu de hermandad con Bolivia y fieles a la palabra empeñada.

Hay una vieja tradición que le imputa a Castilla el dicho: "Si Chile construye un buque, el Perú debe construir dos", y esto no es por

afán de agresión con rumbo al sur, sino por elemental protección de nuestro largo litoral. Planteamiento que la dureza de la guerra confirmó sangrantemente.

Hasta Castilla nuestra Marina, y por obra de él fundamentalmente, tiene fuerza y poder. En tiempos de Balta se inician las gestiones para adquirir los blindados, pero luego todo queda inconcluso después de la muerte trágica del presidente. Más tarde la inquietud interna de nuestra política nos aparta de estas graves obligaciones.

Ya en 1879, en reuniones con Prado y altos jefes en Palacio, Grau no oculta la seriedad de la situación y no quiere magnificar las esperanzas en el poder de la Escuadra peruana. Expresa: "Señores, es preciso que no nos formemos ilusiones". Y hay la versión, que ofrece Basadre, que Prado piensa desde la iniciación de la guerra, que el Perú la perdería por inferioridad en el mar. Igualmente, se sabe que Grau tiene alguna entrevista con el Ministro chileno Godoy en busca de un camino que evite la contienda.

Muy pocos días antes de la iniciación solemne de la guerra que Chile le declara al Perú, firma Grau una breve nota administrativa que no obstante su rutina adquiere más tarde un valor singular que nos lleva a transcribirla.

"Comandancia del Monitor Huáscar"

Al ancla, Callao marzo 28 de 1879.

Señor Capitán de Navío Mayor de Ordenes del Departamento.

Conforme a la superior disposición que me fue comunicada, me he hecho cargo del mando de este buque el día de hoy, habiéndose verificado la entrega de él con las formalidades que prescriben las ordenanzas de la Armada, por cuyo motivo remito a V.S. el inventario y estado general en que lo he recibido.

Dios guarde a Ud.

MIGUEL GRAU

Desde este momento sólo Dios sabía con que indisoluble firmeza se unen el destino del Perú y el heroísmo y la pericia de Miguel Grau, Comandante del Monitor *Huáscar*.

Grau dice de su buque: "*El Huáscar* es sin duda un buque muy fuerte; pero nunca podrá contrarrestar el poder de uno sólo de los blindados chilenos... A pesar de todo, si llegase el caso, el *Huáscar* cumplirá con su deber aún cuando tenga la seguridad de su sacrificio".

En el orden humano, ya hemos visto que nuestra Marina tiene escuela y tradición, no obstante, nos falta marinería preparada, hay apresuramiento e improvisación en la búsqueda de subordinados para el embarque. En esto se advierte la falta de la Escuela de Grumetes del Callao clausurada antes de la guerra por razones de economía. Técnicos extranjeros hay tanto en la Escuadra nuestra como en la enemiga.

Parece que las calderas del *Huáscar* están limpias al momento

de la iniciación de la guerra y algunos creen que Grau tiene más confianza en el espolón de su buque que en la eficacia de su artillería. Las prácticas de tiro de cañón, según algunos, están un tanto abandonadas.

Dice Grau sobre actividades del mes de abril de 1879, "durante los cinco días que he permanecido en el fondeadero de la isla de San Lorenzo se ha instruido a la tripulación en toda clase de ejercicios, particularmente en el de zafarrancho de combate y tiro de cañón a la bala consiguiendo disciplinar a la gente todo lo que ha sido posible, en ese corto tiempo".

La composición de la Escuadra del Perú al iniciarse la guerra es la siguiente:

FRAGATA INDEPENDENCIA
 Capitán de Navío Juan Guillermo More
 MONITOR HUASCAR
 Capitán de Navío Miguel Grau
 CORBETA UNION
 Capitán de Navío Nicolás del Portal
 PILCOMAYO
 Capitán de Fragata Carlos Ferreyros
 MONITOR ATAHUALPA
 Capitán de Fragata Antonio C. de la Guerra
 MONITOR MANCO CAPAC
 Capitán de Fragata José Sánchez Lagomarsino
 TRANSPORTE CHALACO
 Capitán de Fragata Manuel A. Villavicencio
 TRANSPORTE OROYA
 Capitán de Navío Toribio Raygada
 TRANSPORTE LIMEÑA
 Capitán de Navío Ezequiel Otoya

TRANSPORTE TALISMAN
 Capitán de Fragata Leopoldo Sánchez

El blindaje de la *Independencia* y del *Huáscar* es sólo de cuatro y media pulgadas y con quinientos cincuenta y trescientos HP, respectivamente. El tonelaje de las naves principales llega sólo a cuatro mil ochocientos ochenticuatro, repartidas así: *Independencia* 2,004, *Huáscar* 1,130, *Unión* 1,150, *Pilcomayo* 600.

Las premiosas gestiones por enriquecer nuestra Escuadra, que se realizan en diversos países, fracasan y queda nuestra Marina sin refuerzo con la responsabilidad del transporte y de la vigilancia de la costa.

La fuerza de la Escuadra chilena es muy superior, incomparable. Sólo los acorazados *Blanco Encalada*, *Cochrane*, tienen 3,560 toneladas cada uno. Además de ellos hay que citar a las corbetas *O'Higgins*, *Chacabuco*, *Abtao*, *Magallanes*, *Esmeralda*, la cañonera *Covadonga* y más de diez transportes.

El 16 de mayo sale la Escuadra rumbo al Sur. La primera división la integran la *Independencia* y el *Huáscar*, bajo el mando de Grau, y los transportes *Chalaco*, *Limeño*, *Oroya*. En este último viaja el Presidente Prado. El 19 está en Mollendo, el día 20 en Arica, víspera del primer gran combate de Iquique.

Tenemos dos testimonios de Grau sobre el combate de Iquique; uno del mismo 21 de mayo, al Comandante de la Plaza de Iquique; y

otro más extenso del 23 de mayo remitido al Director General de la Guerra, el Presidente Prado.

Cuando llega el *Huáscar* a la bahía de Iquique los buques chilenos *Esmeralda* y *Covadonga* mantienen el bloqueo. "Llegado el *Huáscar* a dos mil metros aproximadamente al NO. del fondeadero de los buques enemigos, mandé afianzar el pabellón y ordené al *Independencia* que venía por el norte, próxima a la costa y a cinco millas de distancia, se dispusiese para el combate", expresa Grau.

El combate se inicia a las 8 y 20 de la mañana del 21 de mayo de 1879. Primero lucha el *Huáscar* con la *Covadonga* y la *Esmeralda* y a los treinta minutos se incorpora la *Independencia* a la acción. Luego se inicia, media hora más tarde, la segunda y definitiva etapa del combate. La *Covadonga* se aleja muy pegada a la playa y la *Independencia* emprende la persecución. El *Huáscar* y la *Esmeralda* continúan en la lucha. Hay un primer momento en que Grau tiene dificultades para la acción de su artillería ante el peligro de ocasionar daños en el puerto y decide usar el espolón. Las dos primeras embestidas fracasan recibiendo la *Esmeralda* la primera "por aleta de babor en dirección muy oblícua" y en la segunda "presentó su proa evadiendo de esta manera nuevamente los efectos del choque".

Este es el momento central y angustioso del combate. Prácticamente los dos buques en contacto, con intervención de ametralladoras,

fusiles y bombas de mano, "finalmente emprendí —manifiesta Grau— la tercera embestida con una velocidad de diez millas y logré tomarla — a la *Esmeralda*— por el centro. A éste golpe se encabuzó y desapareció completamente la *Esmeralda* sumergiéndose y dejando a flote pequeños pedazos de su casco y algunos de sus tripulantes. Era las 12 y 10 p.m. El Comandante de ese buque —Arturo Prat— nos abordó a la vez que uno de sus oficiales y algunos de sus tripulantes, por el casco, y en la defensa de este abordaje perecieron víctimas de temerario arrojo. Inmediatamente mandé todas las embarcaciones del buque a salvar a los naufragos y logré que fuesen recogidos sesentidós, los únicos que habían sobrevivido a tan obstinada resistencia".

Este, en palabras de Grau, es el final de la *Esmeralda* y el triunfo del Monitor *Huáscar*. Lamenta nuestro Comandante la pérdida del Teniente Segundo Jorge Velarde "al pie del pabellón hasta ser víctima de su valor y serenidad".

Queda testimonio indudable de la preocupación humana de Miguel Grau al recoger a todos los naufragos de la *Esmeralda* y se recuerda el grito del chileno Uribe "Viva el Perú generoso", cuando llega al *Huáscar* después del combate.

Mientras tanto la *Independencia* encalla en la persecución de la *Covadonga* que por su poco calado se acerca notoriamente al litoral. Condell, Comandante de la

Covadonga, no tiene con los náufragos de la *Independencia* la actitud humana de Miguel Grau con los de la *Esmeralda*.

Este combate de Iquique no sólo es un triunfo de nuestro gran marino Comandante del *Huáscar*, es además una lección de dignidad, de respeto al enemigo, de desprendimiento humano generoso y fecundo. En la carta que Miguel Grau le dirige a la viuda de Arturo Prat, el Comandante de la *Esmeralda* muerto en el combate, testimonio de como aún en los momentos más difíciles de la vida nunca se puede renunciar a la condición esencial de ser hombre, con todas las consecuencias.

Desde Pisagua el 2 de Junio, le dice Grau a la viuda de Prat: "Un sagrado deber me autoriza dirigirme a usted y siento profundamente que esta carta, por las luchas que va a rememorar, contribuya a aumentar el dolor que hoy justamente debe dominarla. En el combate naval del 21 próximo pasado, que tuvo lugar en las aguas de Iquique, entre las naves peruanas y chilenas, su digno y valeroso esposo, el Capitán de Fragata don Arturo Prat, Comandante de la *Esmeralda*, fue como usted no lo ignorará ya, víctima de su temerario arrojo en la defensa y gloria de la bandera de su patria. Deplorando sinceramente tan infausto acontecimiento y acompañándola en su duelo, cumplo con el penoso deber de enviarle las para usted, inestimables prendas que se encontraron

en su poder y que son las que figurarán en la lista adjunta. Ellas le servirán indudablemente de algún pequeño consuelo en medio de su desgracia y por eso me he anticipado a remitírselas".

La respuesta de la viuda de Prat no puede olvidarse. "...Con la hidalguía del caballero antiguo se digna acompañarme en mi dolor, deplorando sinceramente la muerte de mi esposo y tiene la generosidad de enviarme las queridas prendas que se encontraron sobre la persona de mi Arturo, prendas para mí de un valor inestimable, por ser, o consagradas por su afecto, como los retratos de familia, o consagradas por su martirio, como la espada que lleva su adorado nombre".

"Al proferir la palabra de martirio, no crea usted señor, que sea mi intento inculpar al jefe del "*Huáscar*" la muerte de mi esposo. Por el contrario, tengo la conciencia de que el distinguido jefe, que arrojando el furor de innobles pasiones, sobreexaltadas por la guerra tiene hoy el valor, cuando aún palpitan los recuerdos de Iquique, de asociarse a mi duelo y de poner muy en alto el nombre y la conducta de mi esposo en esa jornada, y que tiene aún el más raro valor de desprenderse de un valioso trofeo poniendo en mis manos una espada que ha cobrado un precio extraordinario por el hecho mismo de no haber sido jamás rendida; un jefe semejante, un corazón tan noble, se habría, estoy segura, interpuesto, a haberlo podido, entre el

matador y su víctima, y habría ahorrado un sacrificio tan estéril para su Patria como desastroso para mi corazón”.

“A este propósito no puedo menos de expresar a usted que es altamente consolador en medio de las calamidades que origina la guerra, presenciar el grandioso despliegue de sentimientos magnánimos y luchas inmortales que hacen revivir en esta América, las escenas y los hombres de la epopeya antigua”.

En Iquique se afirma el tradicional desprendimiento peruano, se ratifica la habilidad marinera y la caballerosidad humana de Miguel Grau, mas, nuestra Escuadra pierde en la *Independencia* a su buque más poderoso y ya prácticamente toda la costa de la República, vale decir la seguridad de la Nación, queda entregada a la hazaña de Grau y de su monitor que poco a poco adquiere la fama de lo singular, de lo extraordinario.

Luego del triunfo del *Huáscar* la tarea el monitor es múltiple; sorprende por su rapidez y pericia, apasiona por su valor y por una arrogancia que jamás olvida la limpieza en el trato entre los hombres, aun en el trato con los enemigos.

En los días finales del mes de mayo persigue al transporte chileno *Itata*; ordena el incendio de un buque peruano que recaptura y que no puede llevar a puerto nuestro; en Mejillones destruye siete lanchas y captura al buque peruano *Clorinda* que fue presa de los chilenos y que —como en caso anterior

por falta de hombres— lo incendia por no poder llevarlo a puerto. El 26 de mayo lucha por más de dos horas con las baterías de costa de Antofagasta y no ataca la población civil, más tarde corta el cable y deja sin comunicación a ese puerto con Valparaíso; el 28 rumbo al norte recupera la goleta peruana *Caquetá* que la *Esmeralda* captura antes de Iquique y con tripulación nuestra la envía a puerto; en Cobiya, hecha a pique seis lanchas y, a pedido del pueblo deja dos para el comercio extranjero; captura el velero *Emilio*, que con cobre, navegaba con bandera de Nicaragua; el 31 de mayo está en Ilo y el 1º de junio regresa nuevamente a Iquique. El día 3 tiene un breve encuentro con el *Blanco Encalada* y el *Magallanes*, del cual refiere Luis Alayza, por testimonio que recibe del Contralmirante Carbajal, que los objetos arrojados del *Huáscar* y que obligan al *Blanco Encalada* a zigzaguear para evitarlos temiendo que fueran torpedos, son simples sacos de carbón chileno de mala calidad tomados antes por el *Huáscar* que le permitieron alimentar al Monitor con el carbón inglés depositado al fondo de las bodegas, con lo que gana mayor velocidad. Además, con el rumbo variable el acorazado chileno pierde seguridad en la precisión de la artillería.

Rumbo al Norte, el 4 de junio está en Mollendo y el 7 en el Callao.

Durante su estada en Lima desde el 7 de junio al 6 de julio

Miguel Grau se dedica a cuidado del buque, a la limpieza y reparaciones urgentes y recibe de corporaciones y de hombres comunes la emocionada gratitud. De verdad, Grau es para este tiempo la encarnación de la patria y el símbolo de la durísima lucha.

En Grau se agrupan múltiples sentimientos y anuncios. Sabe mejor que nadie el significado de sus hazañas, y su modestia habitual no le impide saber que tiene entre sus manos la esperanza de millones de hombres y el futuro de una causa justa. También piensa, en Lima, al lado de su mujer y de sus hijos, en noticias no halagueñas. Que el *Huáscar* derrote a los blindados chilenos no es posible, técnicamente, y que por mucho tiempo más continúe su señorío por la costa, técnicamente, tampoco se puede vislumbrar. Grau, sin duda presente el fin suyo y el fin del monitor. Antes de salir de Lima en una conversación con su amigo Francisco Paz soldán, que recuerda Luis Alayza, le dice: "*Tout est perdu*. Me voy para no volver. Esta mañana he comulgado en los Descalzos y estoy preparado para entregar mi alma a Dios". Se confiesa con el franciscano Padre Gual quien le coloca al cuello una medalla de la Santísima Virgen.

El 6 de julio sale rumbo al Sur. Ya Grau y su buque no vuelven jamás al Callao. El 8 está en Arica y el 10 tiene ante sus fuegos al transporte *Matías Cousiño*. No obstante, no quiere en lucha des-

igual matar a los tripulantes de ese buque; ordena al Comandante que se rinda y que desembarque a la tripulación para disparar luego: "pasé la voz al *Matías Cousiño* para que pusiese a salvo a su gente a fin de echarlo a pique. Luego que lo hubieron así ejecutado en sus propias embarcaciones, ordené romper los fuegos sobre él apuntándole a flor de agua".

Al agradecimiento del Capitán del *Matías Cousiño*, Grau contesta: "Conociendo perfectamente que el buque que usted comandaba era un transporte chileno, mi deber era destruirlo. Por consiguiente mi conducta para con usted y su tripulación en esa ocasión, me fue inspirada por un simple sentimiento de humanidad, la misma que emplearé siempre con todo buque al cual me quepa atacar en un caso semejante, no mereciendo por ello ninguna expresión de gratitud".

La captura del transporte chileno *Rímac* es hazaña singular en las legendarias correrías del *Huáscar*. Además de municiones y equipo queda prisionero el escuadrón Carabineros de Yungay que está embarcado en dicho transporte. El significado moral es extraordinario y el Presidente de Chile llega a decir "escenas vergonzosas ocurridas con motivo de la pérdida del *Rímac*, me han dejado la convicción de que nunca debimos comprometernos en la guerra". Graves censuras entre las autoridades chilenas, violenta reacción popular, importantes cambios en los

mandos directivos, todo es fruto de las renovadas victorias del *Huáscar* que ya se hacen inexplicables para los chilenos con la pérdida del transporte. En el Perú la gratitud a nuestro Almirante y el entusiasmo nacional, cada día mayores.

Al día siguiente de la captura del *Rímac* Grau celebra su "último cumpleaños", del cual nos ofrece Abelardo Gamarra una viva descripción.

El mes de agosto es un tiempo de continuo movimiento entre Iquique, Taltal, Caldera, Antofagasta.

El 26 de agosto de 1879 el Congreso del Perú asciende a Miguel Grau a la clase de Contralmirante de la Armada. Grau tiene 45 años de edad, es el peruano más ilustre, dice que toda su obra la debe a sus compañeros y subordinados, pide el ascenso de todos al grado inmediato y renuncia a los "haber e insignias" de la alta clase porque piensa que con la insignia de Contralmirante no puede maniobrar con la libertad con que trabaja en el *Huáscar*; porque tal vez le pidan abandonar el Monitor, cosa que no quiere hacer, y porque las razones políticas pueden interferir las decisiones técnicas del marino.

El 28 de agosto desde las 3 y 15 de la tarde hasta las 9 de la noche, en Antofagasta, combate contra las baterías de tierra y sale airoso en su lucha con éstas y con el *Abtao* y la *Magallanes*. En esa acción muere el Teniente Segundo Carlos de los Heros del cual sólo

se puede recuperar la gorra; y Fermín Diez Canseco, en un gesto de valor singular, se lanza al agua para cambiar la trayectoria de un torpedo. Grau con emoción dice de Carlos de los Heros lo que puede ser un poco el autorretrato del Comandante del *Huáscar* "su ejemplar modestia, su pundonoroso comportamiento, su caballeroso porte y cuantas dotes personales pueden adornar a un oficial estaban reunidas en él y se notaban con sin igual naturalidad".

En el mes de setiembre continúan las constantes expediciones del *Huáscar* y es verdad, como Grau lo sabe, que la Escuadra del Perú está de hecho reducida al glorioso monitor.

Basadre recoge la última conversación de Grau antes de salir de Arica en la madrugada del 30 de setiembre de 1879. A la esperanza en las granadas para su buque se añade en el Almirante una idea más o menos borrosa de como ya son muchos los días del *Huáscar*.

"Estoy muy triste, algo cuya causa ignoro, me tiene atormentado desde la mañana", nos decía nuestro querido y respetado jefe y reclinando su cabeza sobre las manos, permanecía mudo y silencioso, comunicándonos también su tristeza".

¿Qué pensamientos cruzarían entonces su mente? ¿Qué terribles y espantosas tormentas se agitarían en su corazón para arrancarle las doloridas quejas que oímos escaparse de su pecho?".

"La sonrisa que vagaba siempre por sus labios había desaparecido por completo".

"Y lo que pasaba con el Comandante, pasaba también con la mayoría de los oficiales. Se entristecían un momento; pero luego, muy luego, uno y otros vencían los secretos impulsos de su corazón y reanimaban su espíritu con la idea de marchar en defensa de la honra de la Patria".

"Vamos en camino de la inmortalidad", nos decíamos unos a otros; y agregaba un tercero:

"Sí, vamos en camino de la inmortalidad, en pos de la gloria póstuma..."

Desde Arica 1º de setiembre le escribe a su mujer una bellísima carta que nos recuerda las virtudes familiares de Miguel Grau "tuve el grato placer de recibir varias cartitas tuyas, las que me han proporcionado la dicha de saber que tanto tú, vida mía, como las niñas se conservan a Dios gracias, sin novedad. Estoy muy agradecido por el interés que veo tomas en escribirme largo y con frecuencia. Así, pues, recibe un millón de cariños por lo fina que eres conmigo. Desearía escribirte muy extensamente, y decirte lo mucho que te quiero, pero tengo que ser lacónico en razón de mis múltiples ocupaciones..."

Prado niega que es iniciativa suya la orden a Grau para salir al Sur en busca de la Escuadra enemiga, y sostiene más bien que es un pedido del Almirante. Vegas, en

cambio, afirma que Grau pide venir al Callao para la limpieza de los fondos del *Huáscar* y que se le ordena dirigirse al Sur.

En Iquique desembarca la división de Bustamante que va en el *Rímac* bajo la protección del *Huáscar*. El 1º de octubre sale con la *Unión* y el *Rímac*, de Iquique; luego, al sur de Huasco apresa una goleta; el 5 está en Coquimbo sin que lo descubran y el 6 y 7, en alta mar en tarea de reparaciones.

Así llega para la vida de Grau y de su buque y para la historia de todos los peruanos el viernes 8 de octubre de 1879. Es el día de Angamos; de la muerte y de la gloria de Grau.

A la una de la mañana del 8 de octubre el *Huáscar* está en el fondeadero de Antofagasta; a las 2, sale de la bahía para reunirse con la *Unión*; a las 3 y 15 de la madrugada se reúne con la *Unión* y toma el rumbo al Norte. Ya al amanecer, en esa hora alegre y de los grandes propósitos, aparecen tres humos por proa y por un momento se abriga la imagen que son transportes. Luego se verifica que a seis millas está el *Blanco Encalada*, el *Cousiño* y la *Covadonga*. A las 7 y 15 por el EN., se denuncian tres humos más: *Cochrane*, *O'Higgins*, *Loa*. Ya no hay duda que el combate definitivamente es inmediato. Grau, sin el uniforme ni las insignias de Contralmirante, "viste pantalón azul sin galón, levita, *paletot* de paño castor con tres botones en las botamangas; llevaba las presillas de Capitán de

Navío, cala la gorra con placa y calzaba botines de cuero con elástico. La espada se la llevó a la torre su mayordomo Alcívar, poco antes de entrar en combate”.

A las 9 y 40 de la mañana afianza el pabellón y se inicia la lucha. El combate dura de las 9 y 40 a las 10 y 10 de la mañana.

A mil metros de distancia el *Huáscar* dispara contra el *Cochrane* y entre tanto el *Blanco* y la *Covadonga* se hallan a seis millas de popa. La *O'Higgins* y la *Loa* salen a cortar el paso de la *Unión* que, conforme instrucciones de Grau, se aparta del combate. Ya a doscientos metros, el *Cochrane* dispara por el lado de babor, perfora el casco, se pierden doce hombres, y diez minutos más tarde otro proyectil choca en la torre del Comandante, la perfora y estalla adentro. Este es el instante en que, despedazado, muere Miguel Grau y queda moribundo Diego Ferré. El mando pasa a Elías Aguirre quien también muere a los pocos minutos, al igual que el Teniente Primero Melitón Rodríguez. En este momento dice el Teniente Pedro Gáezon que asume por orden jerárquico el mando del Monitor: “El *Huáscar* se encontraba sin gobierno por tercera vez, pues las bombas enemigas, penetrando por la bobadilla, habían roto los aparejos y cáncamos de la caña, lo mismo que los guardines de combate y varones de cadena del timón. Estas bombas al estallar ocasionaron por tres veces incendio en las cámaras del Co-

mandante y oficiales, destruyéndolas completamente. Otra bomba había penetrado en la sección de la máquina por los camarotes de los maquinistas, produciendo un nuevo incendio y arrojando las mamparas sobre los caballos, que pudieron continuar en movimiento por haberse arreglado con la debida actividad los destrozos que cayeron sobre ellos. También tuvimos otros dos incendios, uno bajo la torre del Comandante y el otro en el sollado de proa”.

“En este estado y siendo de todo punto imposible ofender al enemigo, resolví de acuerdo con los tres oficiales de guerra que quedábamos en combate, sumergir el buque antes de que fuera presa del enemigo, y con tal intento mandé al Alférez de Fragata don Ricardo Herrera para que en persona comunicara al primer maquinista, la orden de abrir las válvulas, la cual fue ejecutada en el acto, habiendo sido para ello indispensable para la máquina, según el informe que acompaño del dicho maquinista”.

“Eran las 10.10 a.m. cuando se suspendieron los fuegos del enemigo. El buque principiaba ya a hundirse por la popa y habríamos conseguido su completa sumersión si la circunstancia de haber detenido el movimiento de la máquina no hubiera dado lugar a que llegaran al costado las embarcaciones arriadas por los buques enemigos, a cuya tripulación no nos fue posible rechazar por haber sido inutilizadas todas las armas que teníamos

disponibles. Una vez a bordo los oficiales que las conducían, obligaron a los maquinista revólver en mano, a cerrar las válvulas, cuando ya teníamos cuatro pies de agua en la sentina y esperábamos hundirnos de un momento a otro; procedieron activamente a apagar los varios incendios que aún continuaban, y nos obligaron a pasar a bordo de los blindados junto con los heridos”.

“El número de proyectiles que ha recibido el buque no se puede precisar, pues apenas ha habido sección que no haya sido destruida, haciendo imposible un examen detenido por la aglomeración de destrozos y el poco tiempo de que hemos podido disponer para ello”.

“Antes de concluir creo de mi deber manifestar que todos los oficiales y tripulantes del buque se han distinguido por su entusiasmo, valor y serenidad en el cumplimiento de sus deberes”.

“Debo manifestar igualmente que cuando los oficiales y tripulación de los botes subieron a la cubierta del buque, encontraron el pico caído por haberse roto la driza de madera que lo sostenía, de manera que el pabellón que pendía de él y que había sido izado por segunda vez, se encontraba en la cubierta, cuya circunstancia la hice notar al Teniente 1ro. señor Toro del “*Cochrane*” y a otros oficiales cuyos nombres no recuerdo”.

Diego Ferré poco antes de morir, levanta la bandera peruana que cae cuando una bala corta la

driza y la pone nuevamente en alto al grito de “Viva el Perú”. Gázezon, cuando los chilenos suben al *Huáscar* deja clara constancia de como nunca es arriado el pabellón nacional.

Además del parte de Gázezon del 10 de octubre, del de Melitón Carbajal del 16, el informe de Samuel Mac Mahon, primer ingeniero, es testimonio elocuente de cómo se ordena el hundimiento del buque y de cómo se fuerza a los maquinistas con las armas para que se cierren las válvulas y no se pierda el Monitor. La decisión del comando sobreviviente del *Huáscar* es el hundimiento de la nave.

El corresponsal del *Mercurio* de Valparaíso dice “por todo el interior del *Huáscar* no se podía dar un paso sin tropezar con algún resto humano, y materialmente se chapoteaba en sangre”.

Con Gázezon sólo quedan tres oficiales más: Fermín Diez Canseco, Gerardo Santillana, los dos, Tenientes Segundos; y el Alférez de Fragata Ricardo Herrera. Estos cuatro oficiales, ya cerca del medio día, se niegan a ir prisioneros porque no se ubican aún los restos de Grau.

En el camarote del Almirante se encuentra la imagen de Santa Rosa que le obsequia a Grau su amigo Mons. Roca y Boloña, con sangre y cinco perforaciones. De sus restos “una parte del cráneo y la pierna derecha”. Otra versión afirma “el pie derecho con una parte de la pierna, algunos dientes y una parte del cráneo”.

Los restos de Grau permanecen provisionalmente en Mejillones. "Miguel Grau. *Huáscar*. 8 de octubre de 1879". El lugar queda señalado con una "banderita peruana". Monseñor Fotecilla celebra una Misa por el alma de Grau.

Más tarde los restos del Almirante son trasladados al mausoleo de la familia Viel en Valparaíso. Oscar Viel es casado con Manuela Cabero, cuñada de Grau.

El 15 de julio de 1890 —como lo recuerda Arosemena— llegan al Callao los restos de Grau, luego de la presencia en Chile de una misión extraordinaria y después que el ejército chileno rinde honores a los despojos del *Huáscar*. En el cementerio Presbítero Maestro recibe los restos el Presidente de la Beneficencia Pública de Lima Manuel Candamo, y son depositados en el mausoleo de Ramón Castilla. El 8 de setiembre de 1908 trasladan los restos a la Cripta construída para sepultura de los héroes de la Guerra del Pacífico, por el Gobierno de José Pardo.

Hay que pensar un momento en quienes luchan más cerca de Grau el día de Angamos, mueren con él o posteriormente por efecto del combate. El capitán de corbeta Elías Aguirre, los Tenientes Primeros Diego Ferré, y José M. Rodríguez, el Teniente Segundo Enrique Palacios; los oficiales de mar Nicolás Dueñas, José Celedón, Tiburcio Ríos, Federico Noguera, José Salas, Manuel Pineda. Hay muertos entre los artilleros y se recuerda a Pedro

Unanue, entre los marineros, quien tuvo una especialísima actuación.

Por un testimonio chileno que presenta Vegas sabemos del valor y del sufrimiento de Enrique Palacios cuando a distancia, con gravísimas heridas, ve la silueta del *Huáscar*. "Esto lo hacía —las curaciones que efectuaba el cirujano del *Cochrane*— sin ningún anestésico porque no era posible en esos momentos, sin embargo, Palacios soportaba todo esto con la mayor serenidad".

"Al llegar a Antofagasta, ver al *Huáscar* que pasaba por el costado del *Cochrane* (esto lo vio desde su cama) sentir el bullicio y la canción chilena, no pudo resistir la emoción: lloró.

En el combate de Angamos hay dolorosas dificultades técnicas que el espolón del Monitor no puede reemplazar. Sin las granadas en las cuales tanta esperanza tiene Grau, con los torpedos que no dan el resultado esperado, la lucha entre el pequeño buque nuestro y el poder de la Escuadra chilena es un verdadero diálogo cruento en el cual el amor a la Nación y la fe en el cumplimiento del deber hacen lo que no puede la técnica ni la artillería.

Unas palabras sobre el *Huáscar*. Fabricado en Inglaterra, el Perú lo compró en 1864 y al año siguiente Pezet le da el nombre del Inca cuzqueño. Es el *Huáscar* resistente, veloz y, dentro de sus características de Monitor, el blanco que ofrece es limitado.

Melo nos dice "este hermoso Monitor tenía aparejo de bergantín y con los falcos colgantes apenas ofrecía blanco de cuatro pies sobre la superficie del agua".

Basadre ofrece esta imagen del *Huáscar* "Tenía el Monitor, como se ha dicho ya, 1,100 toneladas y una fuerza de 300 caballos. Su andar era de más de 12 millas por hora y su calado de 16 pies ingleses y era capaz de disparar 600 libras de proyectiles en cada andanada. Tenía, además, dos cañones de 40 libras en la popa".

"Sus dimensiones daban las siguientes cifras: 200 pies en su mayor largo, 35 pies de ancho y 20 pies de profundidad. El casco era de hierro y separado interiormente por divisiones a prueba de agua para aislar su torreón, máquinas, calderas y sus partes más vitales en distribuciones separadas. Contaba, además, con un doble fondo debajo de la maquinaria, calderas y torreón que se extendía hasta el entrepunte".

"El blindaje, como se ha indicado, era de 41/2 pulgadas, extendiéndose desde la cubierta hasta 3 1/2 pies de la más cargada línea de agua y disminuyendo gradualmente hacia la popa y la proa para reducir el natural balanceo en alta mar. Un enmaderado de teak de 10 pulgadas seguía al blindaje".

"El depósito de víveres y pertrechos había sido preparado para seis meses. La torre presentaba una forma cilíndrica cubierta con un blindaje de 5^{1/2} pulgadas; estaba

colocada delante del departamento de la maquinaria y provista de declives y rodados para dos cañones de 12^{1/2} toneladas y balas de 300 libras del sistema del capitán Cowper P. Coles de la marina inglesa".

"El aparejo era de bergantín con el trinquete en forma de trípode, según patente del capitán Coles para facilitar el movimiento y manejo de los cañones en el torreón".

"La máquina poseía la fuerza nominal de 300 caballos con cilindros de 54 pulgadas de diámetro y golpe de tres pies que movía una mariposa de cuatro hojas y 14^{3/4} pies de diámetro en un espacio de 17 pies".

"Las calderas hallábanse reforzadas y contaban con válvulas de seguridad".

"Los experimentos hechos con el andar después de concluido el buque (aunque sin cañones y provisiones a bordo) cargando 100 toneladas de carbón en las carbonearas, dieron 12^{1/4} millas por hora. Su menor calado fue de 12^{1/4} pies y la máquina hizo 78 revoluciones; la presión del vapor era de 25 libras; vacío, 26 pulgadas; fuerza marcada, 1,650 caballos. Había un timón a popa y otro bajo el timonel a proa".

"Para las correrías que tanta gloria le dieron, se le quitó al Monitor el palo trinquete con el fin de acelerar su marcha. Llevó un solo palo en el velamen y en la popa el trípode un cronómetro magiscal que, a la distancia, presentaba el aspecto de un mastelero truncado y

era la señal más saliente para conocerlo desde lejos. Estaba pintado de plomo".

La muerte de Grau causa pena y estupor no sólo en el Perú y en Bolivia. Nuestro aliado y la Argentina le reconocen honores de Presidente de la República y es famosa la oración de Monseñor Roca y Boloña cuando dice, ante el dolor de los nuestros, que el infortunio y la gloria se dieron cita en Angamos.

El gobierno del Perú reconoce un sueldo íntegro como montepío a la viuda de Grau, le entrega la antigua casa de Consulado en la calle de Mercaderes, ordena que en Lima se levante un monumento a su memoria, que una nave de la armada siempre lleve el nombre del Almirante y que todos los muertos en Angamos pasen revista, "muerto en defensa de la patria y vivo en la mansión de los héroes".

Sólo hace pocos años, en 1946, se inaugura en monumento a Grau en una plaza de Lima, es ascendido "postmortem" a la clase de Almirante y en inolvidable ceremonia José Gálvez lee su oda a Grau.

¡Tenías que caer!

Y en un dantesco círculo de fuego
se consumó tu sacrificio cruento

¡Tenías que caer!

Como hizo un mito griego,
se hizo de sangre todo el horizonte,
y se alzaron como unos semidioses
los que contigo al holocausto fueron.

¡Tenías que caer!

¡se hizo de sangre todo el horizonte,
pero el mar, como nunca, fue de color
de laurel!

El Presidente de la República de ese tiempo José Luis Bustamante y Rivero manifiesta: "Almirante:

La dimensión de vuestra hazaña se ha agrandado en el tiempo. En la lejana perspectiva es Angamos un símbolo de gigantes contornos y de perennes enseñanzas. Allí tuvo su triunfo el poder del espíritu sobre la mezquindad de la materia. Disponíais de medios limitados y frágiles; más vuestro aliento supo darles eficacia y grandeza. Vuestra nave minúscula ha crecido, Almirante; y hay un sutil poder de fuego que envidian los cañones en el silencio austero de sus cubiertas desmanteladas. No fue infructuoso vuestro sacrificio ni un vano gesto de inmolación de quienes con vos cayeron en la brega: vuestras sombras augustas presiden nuestros mares; y hay un altar para vuestro busto en cada nave de nuestra flota, y un rincón de emoción en cada pecho de nuestros marinos. La Armada del Perú cifra su orgullo en vuestra memoria; y la Nación, espiritualmente congregada al pie de este monumento, os dice con acento de estremecida gratitud: "¡Gloria a Vos, Almirante!"

Largo sería siquiera resumir lo que se dijo en el mundo —gobernantes, técnicos, periódicos de países neutrales, poetas de países amigos e inclusive historiadores chilenos— sobre la calidad humana, la

habilidad de Comandante y la gloria de Miguel Grau.

Importa citar algunos testimonios. Del historiador chileno Vicuña Mackenna: "Las frecuentes, atrevidas y sobre todo esto, impunes excursiones del *Huáscar* en las costas de Chile, comenzaban a producir en el ánimo del país un sentimiento de rubor parecido al de la estupefacción y en el cerebro de sus mandatarios una emoción semejante al vértigo".

Teodoro Roosevelt, Presidente de los Estados Unidos de Norte América expresa "El *Huáscar*" es el más famoso y recordado buque sobre el cual se hayan ejecutado los actos de heroísmo mayores que jamás se han hecho en algún otro blindado de cualquier nación del mundo".

El argentino Uriburu: "El valor de Grau es el valor del Perú; su honradez, la honradez del Perú".

Desde Ricardo Palma, Carlos Augusto Salaverry y Juan de Arona hasta José Gálvez, Chocano y Juan Ríos, los poetas nuestros cantan, dentro de su inspiración y en su propia escuela, la idéntica gloria de Grau y no hay que olvidar con ellos al español Fernando Velarde que es profesor de Grau y a los argentinos Aristóbulo del Valle y Martín García Merou.

González Prada en su visión crítica de la guerra y del estado del Perú enaltece la gloria del Almirante, Riva-Agüero reitera lo mismo que Raúl Porras las virtudes humanas de Miguel Grau, Jorge Basadre

dice con verdad que así "como del carbón sale el diamante de la negrura de esta guerra sale Grau", y por fin la gente anónima, todos los peruanos, llaman desde ese tiempo, por una especie de secreto acuerdo, con el nombre de "marinera" al que más tarde se confirmaría como el baile criollo por el señorío y la gracia.

Y hay una lección imborrable que Grau ofrece en su heroísmo. Para él, los triunfos del *Huáscar*, el respeto permanente a los derechos intangibles del hombre, el heroísmo de Angamos todo, no es el resultado de la impresión de un instante sino el efecto maduro de una vida que es fiel a la vocación personal y al cumplimiento del deber —aún del deber más duro— para realizar plenamente dicha vocación.

Con naturalidad, que es virtud humana del hombre cabal, dice "que si los héroes son como yo, declaro que no han existido héroes en el mundo". Hombre sincero, expresa lo que ha "nacido del corazón" e igualmente el mismo se define como persona "de pocas palabras". Ya el citado Fernando Velarde nos lo presenta como más reflexivo que violento y sin actitudes estridentes. Nunca pierde el dominio personal, es severo y firme en la disciplina y en la vida del buque, mas en tierra es "sociable y afectuoso".

Con verdadera formación religiosa, sin duda entiende el cumplimiento de sus diarias obligaciones como un servicio a la voluntad de



FOTOGRAFÍA

ARCHIVO FOTOGRÁFICO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ.

"HÉROES DEL HUASCAR".

Cuadro alegórico en base a fotografías de E. Courret, por H. Michel: de izquierda a derecha MELITÓN RODRÍGUEZ, ENRIQUE PALACIOS, JORGE VELARDE, PEDRO GAREZÓN, MELITÓN CARVAJAL, MIGUEL GRAU, ELÍAS AGUIRRE, CARLOS DE LOS HEROS, DIEGO FERRÉ, RICARDO HERRERA, GERVASIO SANTILLANA, JOSÉ MARÍA UGARTECHE, JUAN ALFARO, SANTIAGO TÁVARA, FERMIN DIEZ CANSECO, F. RETIS, FELIPE ROTALDE

Dios. Constante en la realización de sus propósitos. Ejemplar esposo y jefe de familia, hay que ver como este gran marino realiza con limpieza su misión de hombre.

Afectuoso y cordial en las relaciones sociales, hombre con cultura refinada y dominio del francés, amante de nuestro tradicional rocambor, tiene entre sus mejores amigos a los marinos Ferreyros, García y García, Montero, Ezequiel Otoyá; a Monseñor Roca, que es su confesor; a los presidentes Balta y Pardo; a Francisco Paz Soldán, Luis

Carranza, José Antonio Miró Quesada, Carlos M. Elías.

La Marina no sólo es la vocación de siempre de Miguel Grau; es —como en toda auténtica vocación— la ilusión, el entusiasmo de su vida. Un texto de 1877 ofrece una bella imagen.

"La civilización debe a la marina gran parte de su notable desarrollo, donde quiera que arribe un buque lleva un germen de progreso: las ciencias, las artes, el comercio, la industria, han sido esparcidos en el mundo por medio de la

navegación, y por ella las naciones más separadas han estrechado sus relaciones y tienden al engrandecimiento común".

"Una misión importante y trascendental está reservada a la Marina de nuestras Repúblicas: el sostenimiento de su autonomía y de sus instituciones, cuando por principios y conveniencias aparecen, en un caso dado formando una sola nación; cuando una marina respetable enarbolando el pabellón de la alianza haga prevalecer sus derechos, nada tendremos entonces que temer, nuestros actos serán juzgados con la justicia que debe reinar en el mundo de la civilización y habremos afianzado nuestro porvenir".

Y hay algo más. El heroísmo de Grau en la guerra con Chile, sin los necesarios elementos técnicos, en ese derroche de habilidad y de valor, sabe sin duda, que su triunfo sobre la Escuadra de Chile no es verosímil por la abrumadora desproporción de fuerzas. Como Bolognesi en Arica, y como Cáceres en la sierra del centro, lucha eventualmente sin el estímulo que ofrece la cercana imagen de la victoria. Pero en Grau, como en Bolognesi y como en Cáceres, vive el estímulo del cumplimiento del deber y del servicio a la Patria sin mirar a circunstancias concretas, o posibilidades materiales. Y este es el testimonio que todos los peruanos debemos recibir con cariño de la

obra y de la muerte de Miguel Grau. Servir al país sin esperanza, sin ilusión en beneficios concretos; servirlo por deber de fidelidad y por afecto.

En medio de los errores de la guerra, en el desastre de la amputación del territorio, Miguel Grau es uno de los hombres que en su ejemplo ofrece luz para todas las horas e impulsa la reconstrucción de la República después de la derrota. Así, no debemos imaginar a la guerra con Chile: como un cuadro sombrío, sin claridad, sin optimismo humano. El Perú vence a la derrota en el heroísmo de los hombres como Grau, en el silencioso sufrimiento y en el renovado afán de trabajo de todas nuestras familias, y en el recuerdo común de tantos siglos se convoca a lado de los hombres que viven esa desgracia para salvar de ella a la República, mantener las tradiciones nacionales y emprender sin sonrisas pero con gozo profundo el renacimiento del Perú que llega hasta nosotros.

El dolor fortalece al hombre y hace más severo el estilo de una Nación. El dolor de la derrota une más a los peruanos en el afecto intransferible a la República, en la contemplación de las virtudes que perduran en la desgracia y en la mayor energía para trabajar por la vigencia permanente del Perú y de su vocación de país amigo, cordial y generoso, como lo es Grau en el gobierno del Monitor.

APÉNDICE GRÁFICO



[FOTOGRAFÍA]

ARCHIVO FOTOGRÁFICO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ.

MIGUEL GRAU SEMINARIO / E. Courret



E. COURRET (FOTOGRAFÍA).

ARCHIVO FOTOGRÁFICO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ.

DE IZQUIERDA A DERECHA MIGUEL GRAU SEMINARIO, LIZARDO MONTERO,
AURELIO GARCÍA Y GARCÍA; SENTADO MANUEL FERREYROS



ESTUDIO FOTOGRÁFICO ARTURO LAMBERT, LIMA.

(ARCHIVO INSTITUTO DE ESTUDIOS HISTÓRICO-MARÍTIMOS DEL PERÚ)

CAPITÁN DE NAVÍO MIGUEL GRAU, c. 1868.



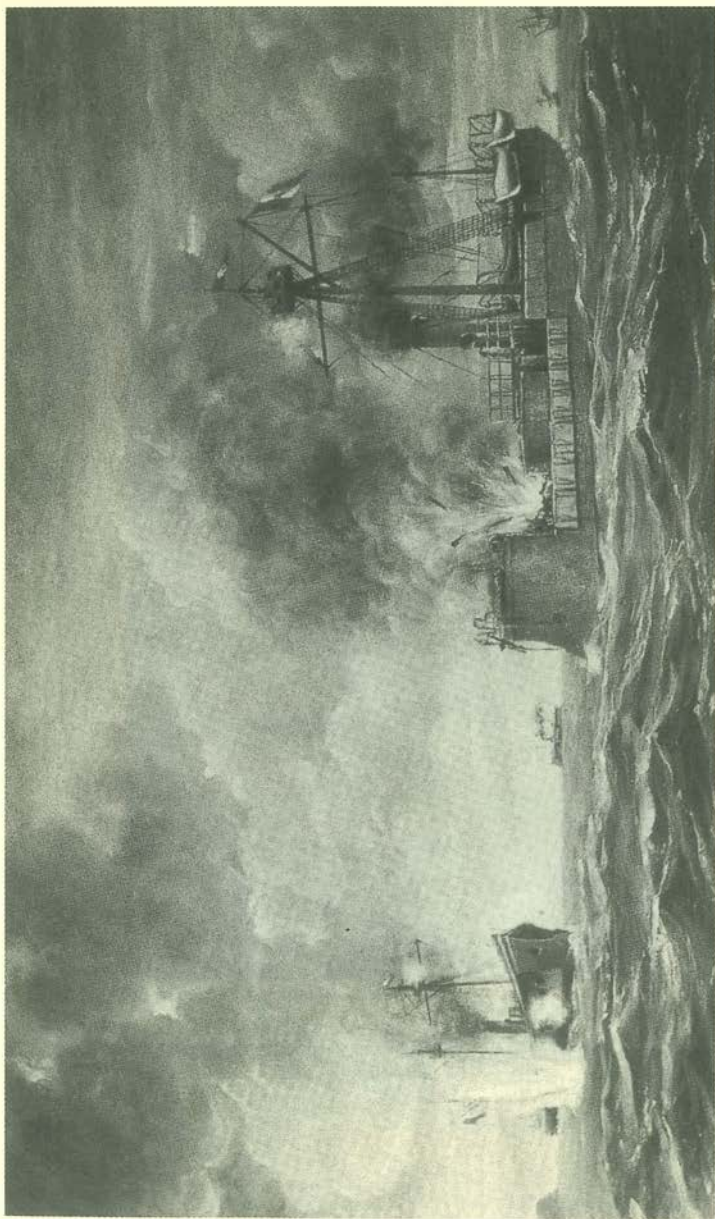
ESTUDIO FOTOGRAFICO E. GARREALD Y CA. LIMA.

DOLORES CABERO DE GRAU.
LIMA, 1844-LIMA, 1926.



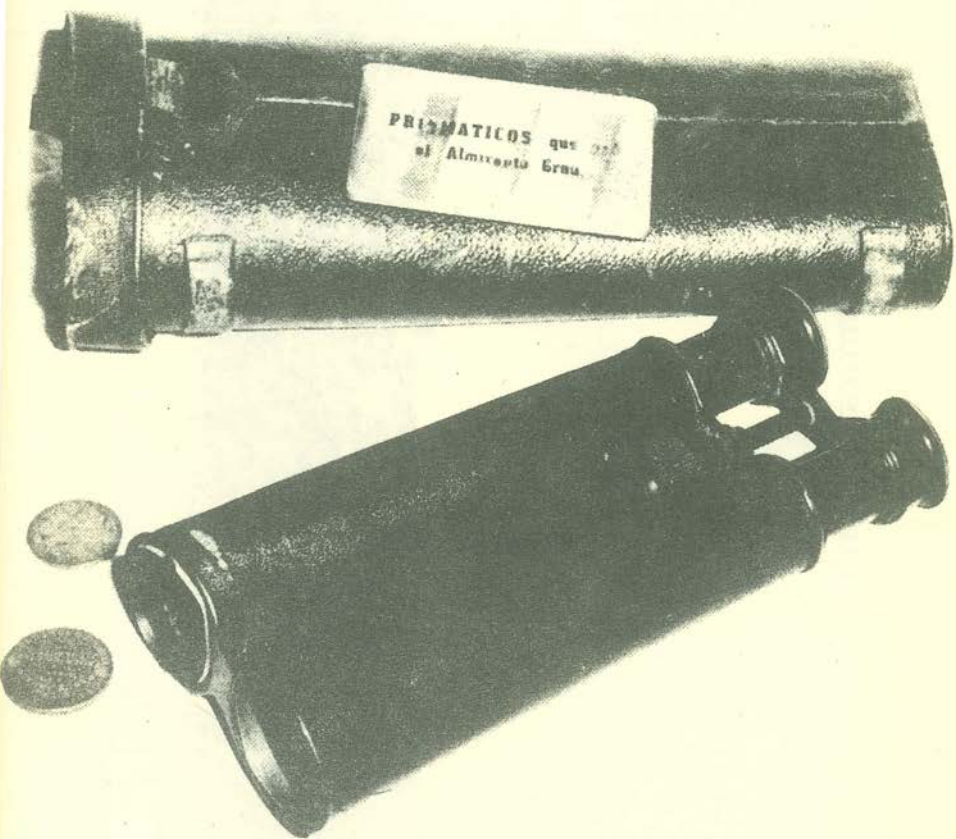
COLECCIÓN ÓSCAR GRALI ASTETE.

MIGUEL GRAU CON SU PRIMOGÉNITO ENRIQUE.
c. 1869



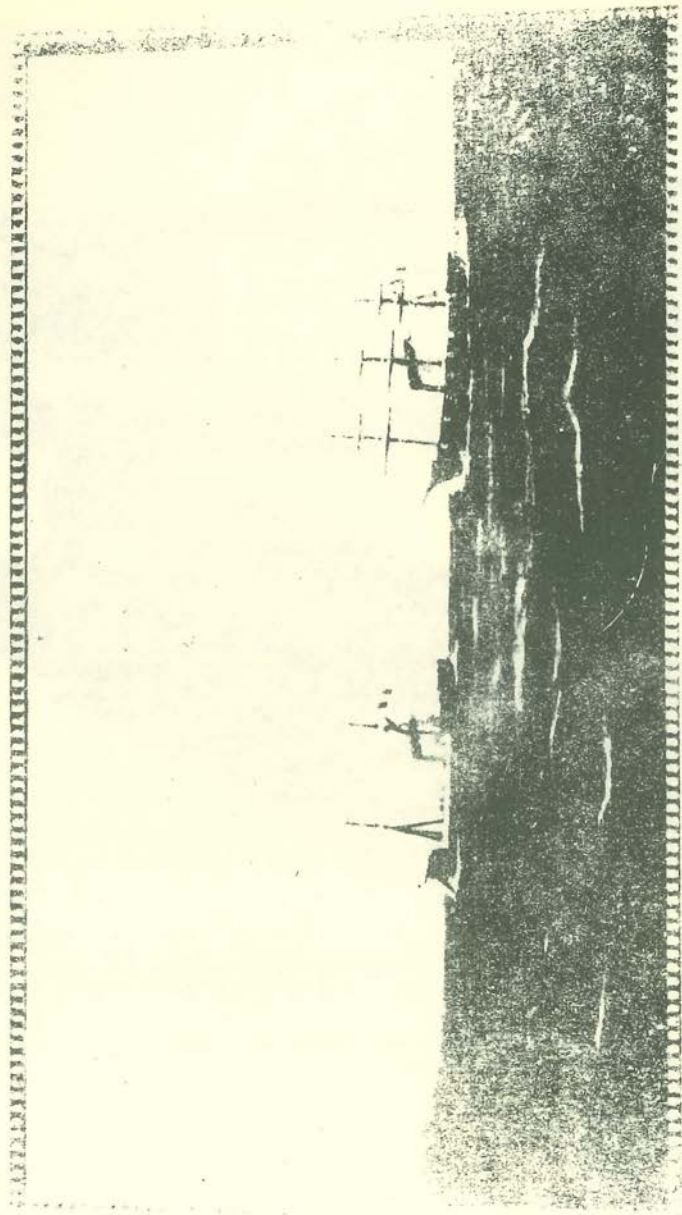
ESTADO MAYOR DE LA MARINA DE GUERRA DEL PERU.

PINTURA DE FERNANDO SALDAÑA QUE ILUSTRAS EL COMBATE DE IQUIQUE DE 1879



MUSEO NAVAL DEL PERÚ

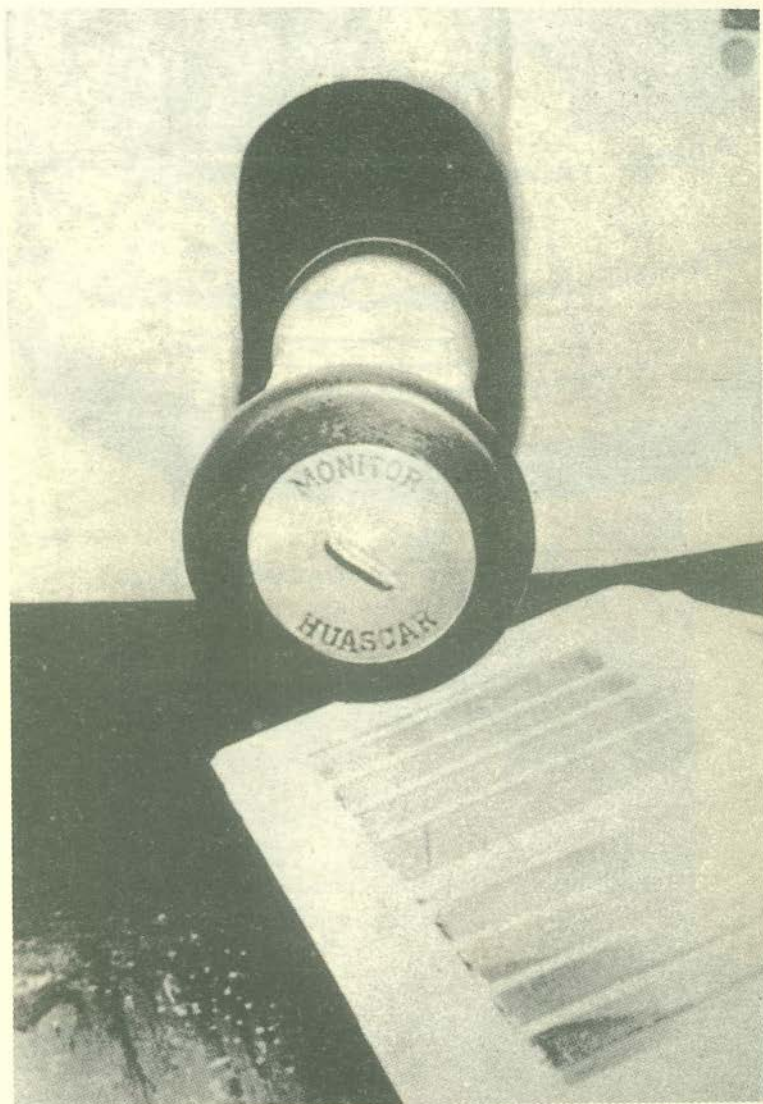
PRISMÁTICOS QUE USÓ MIGUEL GRAU



(MUSEO NAVAL DEL PERÚ)

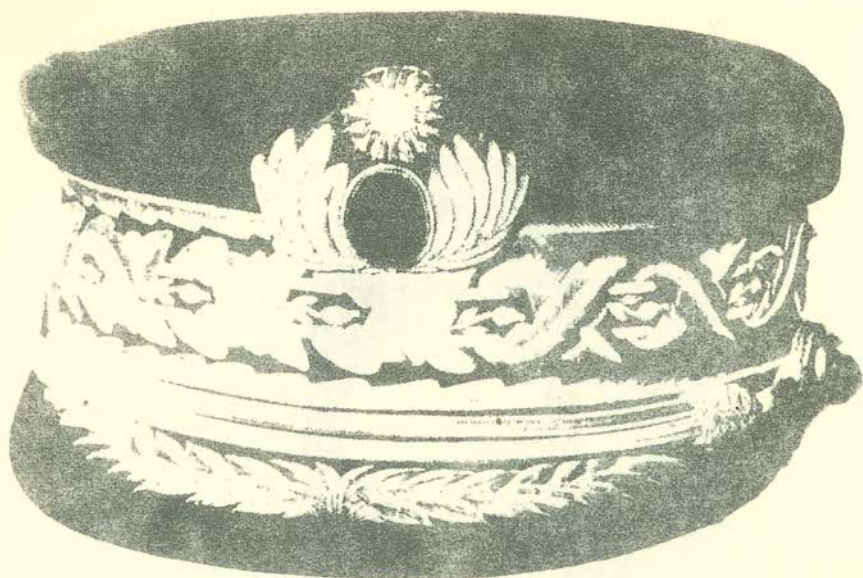
PINTADO POR EL VICE ALMIRANTE MANUELA VILLAVICENCIO, 1918

EL HUÁSCAR Y LA UNIÓN NAVEGANDO EN CONVOY



(MUSEO NAVAL DEL PERU)

TAPABOCA ORIGINAL DE UNO DE LOS CAÑONES DEL HUÁSCAR

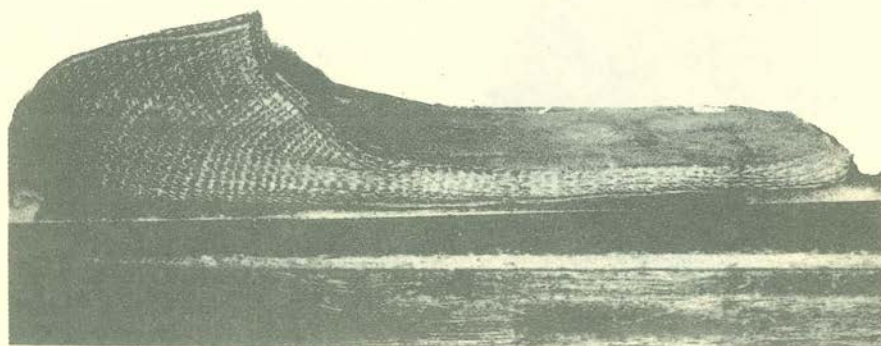


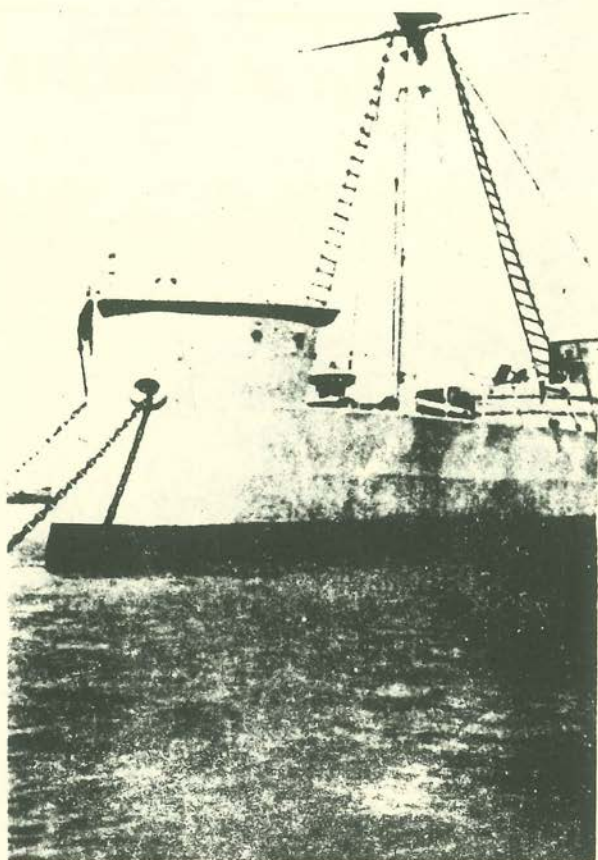
(MUSEO NAVAL DEL PERÚ)

GORRA USADA POR EL ENTONCES CAPITÁN DE NAVÍO
MIGUEL GRAU

(MUSEO NAVAL DEL PERÚ)

ZAPATILLA QUE USÓ MIGUEL GRAU EN EL HUÁSCAR





MUSEO NAVAL DEL PERU

VISTA DE LA PROA DEL HUÁSCAR
EN LA CUAL SE PUEDE APRECIAR PARTE DEL ESPOLÓN



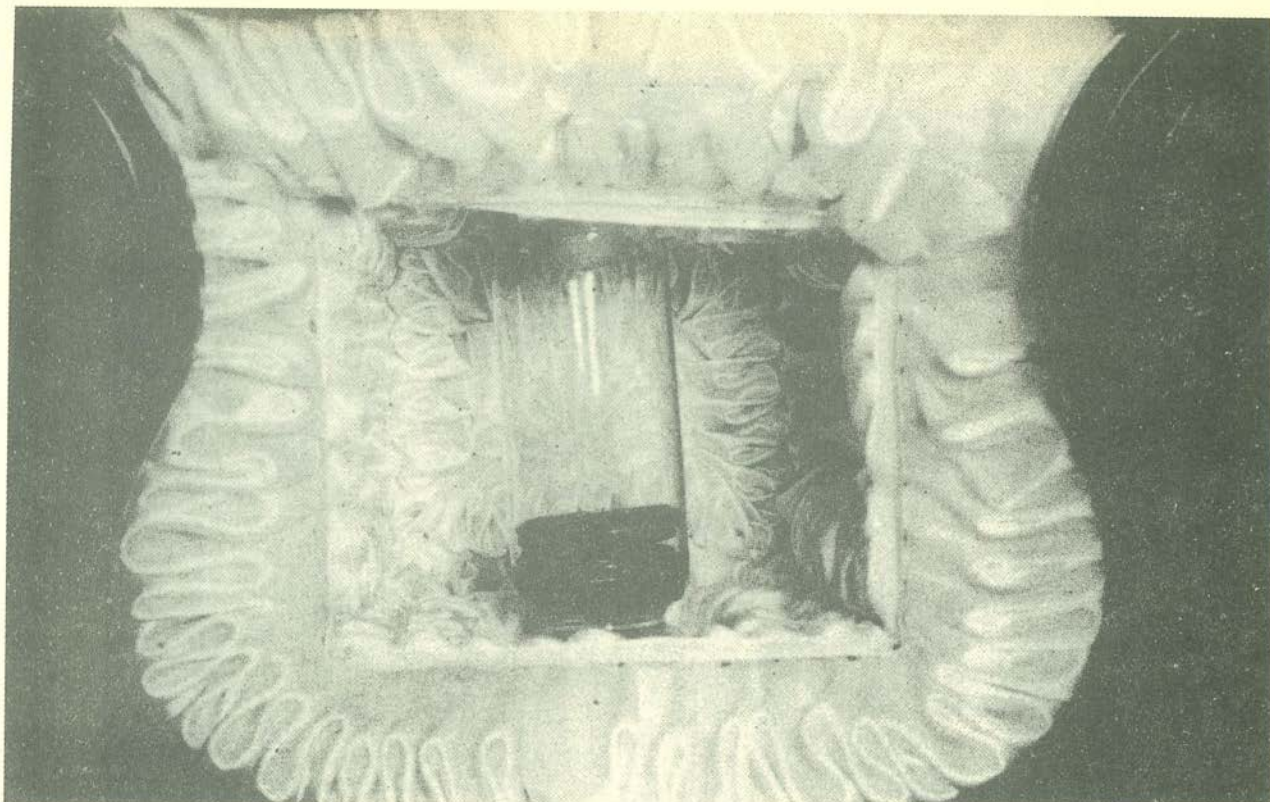
MUSEO NAVAL DEL PERU

VASO DE PLATA QUE USO MIGUEL GRAU EN SUS VIAJES, DE ACUERDO CON UNA TÍPICA COSTUMBRE DE LOS MARINOS ANTIGUOS.
ASIMISMO APARECE UN ESCAPULARIO Y UN DETENTE.



(MUSEO NAVAL DEL PERÚ)

ESTANTE ESCRITORIO CONSTRUÍDO EN FRANCIA Y QUE USÓ MIGUEL GRAU EN
SU CASA DE LIMA.



(MUSEO NAVAL DEL PERÚ)

EL FRAGMENTO DE LA TIBIA DE MIGUEL GRAU
devuelto por el Gobierno Chileno junto con otros recuerdos del Almirante.

La historia reconoce en Francisco Bolognesi no sólo el valor del gesto ejemplar de Arica sino el acierto de una frase. Aquel anciano de 63 años, protagonista de la adversidad y del desamparo peruanos, en medio de la soledad de las arenas, del mar y de una plaza militar aislada, dio con la frase exacta para el suceso de clásico estoicismo del Morro: "Quemaré hasta el último cartucho". Por eso, en su vida se recorta, apagando la huella vital anterior, la entereza de esa respuesta al parlamentario chileno, Mayor de la Cruz Salvo, que le ofrecía una capitulación honrosa. Y de ese desastre —la guerra del guano y del salitre, tal como la llamó el historiador Jacinto López— quizá sólo nos queda hoy a los peruanos, como una lección de coraje y sacrificio, el rizo del Huáscar sobre el oleaje de la punta Angamos y el eco de la frase de Bolognesi sobre la tierra quemada y silente de Arica, que esa vez perdimos.

La huella vital y los datos biográficos

No hay alrededor de la vida de Francisco Bolognesi una tan abundante y encendida bibliografía como en el caso de Grau. Contribuye a esto la diferencia de como alumbró de esperanza a sus contemporáneos la tenaz y deslumbrante campaña del Huáscar comparada con la fulminante caída de Arica. Grau, además, estuvo siem-

HUGO NEIRA SAMANEZ

FRANCISCO BOLOGNESI



HUGO NEIRA SAMANEZ, (n. Abancay, 1936), ha hecho estudios de su especialidad en el Instituto de Historia de la U.N.M. de San Marcos. Es autor de «Hipólito Unánue y el Nacimiento de la Patria», ganador de un concurso (1961) discernido por el Jurado compuesto por Luis Alayza, Jorge Basadre y Aurelio Miró Quesada; «Reforma Universitaria» (premio Juegos Florales U.N.M.S.M., 1957; Antología del Ensayo Peruano Contemporáneo; «Lo Indígena, lo Español y lo Mestizo en la obra del Inca Garcilaso» presentado al concurso «Riva Agüero». Premio Bausate y Meza, 1960; Premio Pilsen, 1963.

pre vinculado a la vida pública anterior a la guerra, ya como miembro del Partido Civil, ya rebelde contra Castilla, contra Pezet y contra Prado, o banderizado con Piérola, hasta el punto de que Raúl Porras en su "Elogio a Grau" reclamara el mérito de "héroe civil" añadido al de Angamos. Inútil buscar, en cambio, en la sosegada vida de este soldado que parece esperar la hora definitiva en que el destino lo llamase a Arica, los apasionantes hechos que el apetito biográfico escarba y halla en la infancia y juventud —a menudo anécdotas insignificantes— con el fin de comprobar que el carisma del héroe se cumple en todos los actos de la vida, desde la cuna a la muerte, como un sino de predestinación y elección. Poco material puede entregar a la posteridad, frente a esta deformadora exigencia de la historiografía liberal y romántica, la calma huella vital de Bolognesi anterior a la consumación del Morro. Y es nuestro deseo, para esta biografía que intentamos reconstruir, no contrariar la lección de serenidad y trabajo que ofrece su existencia añadiendo en exceso sucesos que no aumentan la gloria del soldado ni favorecen la comprensión de esa vida, que para vencer sobre la muerte y el olvido, sólo precisó de un lugar, un gesto y una frase.

* * *

Fruto del ánimo revanchista y reivindicatorio posterior al desastre del 79, Bolognesi aparece asilueta-

do en las obras de perspectiva general sobre la contienda, o merece biografías, más productos del dolor de la derrota y de la admiración patriótica, que empresas de acopio documental y síntesis crítica. En unas y otras, aunque fragmentariamente, poseemos un conjunto de datos biográficos y a estas obras es preciso remitirse para establecer las líneas esenciales de su biografía. Manuel G. Abastos, *"Bolognesi y su hazaña"*, Ismael Portal, *"Bolognesi y sus hijos, familia de héroes"*, (Lima, 1916) corresponden al género de homenaje biográfico, sin embargo por la cercanía de los sucesos, revelan características psicológicas y datos familiares importantes. Dentro de este mismo estilo y con el mismo deseo de exaltar los méritos del héroe y polemizar con la versión chilena de los hechos, está el libro de Gerardo Vargas Hurtado, *"La Batalla de Arica"* (Lima, 1921). Hay que contar con el aporte de Federico Elmore *"La defensa de Arica"* (1912) destinada a levantar los cargos que contra él se difundieron y que es útil, además, para conocer las medidas tomadas por el Coronel Bolognesi con el fin de hacer fuerte la plaza sitiada. En este mismo sentido, es necesario revisar la *"Historia Militar del Perú"* II vol. (1931) de Carlos Dellepiani, que tiene la virtud de la síntesis y que recoge la información técnica, desde el punto de vista estratégico-militar. Igualmente el informe de Manuel de la Torre, sobre el *"Estado de las fuerzas de-*

fenoras de Arica disponibles el 5 de julio de 1880" y del chileno Nicanor Molinari, "Asalto y toma de Arica" (Santiago, 1911) para reconstruir el curso de la batalla. El testimonio de los sobrevivientes se puede rescatar siguiendo los despachos cablegráficos aparecidos en "La Opinión Nacional" de Lima, (junio, julio 1880) y la correspondencia de guerra que se publicó en los diarios de Santiago, en especial, en "El Ferrocarril", en el cual aparecen también entrevistas a los testigos de Arica, Roque Sáenz Peña y Sánchez Lagomarcino cuando permanecían en San Bernardo, cautivos.

Pero la mayor y la más nutrida afluencia de datos proviene de los historiadores chilenos, en especial, de Benjamín Vicuña Mackenna. No nos debe esto sorprender, pues, fruto de la victoria es que el vencedor arrase con el cuartel general del vencido. Así, los papeles, cuadernos de detalle, información oficial, parte de combate, marcharon a Santiago. Y de ello dispuso Vicuña Mackenna para su "Historia de la Campaña de Tacna y Arica", (Santiago, 1881). Sin embargo es preciso decir que el atrabillario Vicuña Mackenna, no sólo dice esta vez bien de Bolognesi sin o que, incluso, a él le debemos el orgullo de conocer la versión exacta de la respuesta del héroe de Arica. Fue el propio Mayor De la Cruz Salvo, que viajó a Santiago luego de tomada la plaza, quien contó, personalmente, al Senador e historiador

chileno, la enérgica respuesta del Coronel peruano. Lo que hoy se repite en todos los textos de enseñanza oficial, es pues, una verdad histórica, recogida por la acuciosidad y memoria de un historiador extranjero que se sobrepuso a las limitaciones de la pasión para legar una frase que salva en parte el honor del país vencido.

Hay que leer, pues, del lado chileno la obra de Gonzalo Bulnes, "La Guerra del Pacífico" t. II de Tarapacá a Lima, (1911) y la colección de documentos de Pascual Ahumada Moreno. Por el lado peruano, las primeras obras sobre el conflicto, como las de Mariano Felipe Paz Soldán, "Narración Histórica de la guerra de Chile contra Perú y Bolivia" (Buenos Aires, 1884) y la de Carlos María Muñiz, "Historia de la guerra peruviano-chilena" (Lima, 1885). Siguen a estas, las posteriores de Andrés A. Cáceres, de Don Pedro Dávalos y Lisson y la contemporánea de Jorge Basadre. Entre las versiones de extranjeros, no ligados a ninguno de los bandos, la más importante es la de Wilhelm Ekdal, "Historia Militar de la guerra del Pacífico entre Chile, Perú y Bolivia". En cambio; las versiones de Markham y la de Jacinto López pueden considerarse como peruanas, pese a que el primero es inglés y el segundo venezolano. Por último, para reconstruir la personalidad de Bolognesi deviene en documentos de peculiar valor, la opinión del argentino Roque Sáenz Peña, quien por haber lucha-

do bajo el mando de Bolognesi, pudo conocer los rasgos fundamentales de su carácter. Posee por eso, especial importancia el discurso que sobre el extinto jefe preparara Sáenz Peña cuando su retorno a Lima, en 1905, y el cual no pudo leer, pues fue invitado a comandar —elegante jinete sobre un blanco caballo— la línea del ejército peruano. Añadiendo a estos materiales, las inevitables "*Coronas Fúnebres*" en honor de Bolognesi, Alfonso Ugarte y otros, y las aguzadas observaciones de los viajeros italianos como Perolari y Santini sobre el ejército y el carácter nacional. He aquí la información con la que podemos contar sobre la huella vital de un guerrero y un acontecimiento que, sin embargo, tanto hubo de influir sobre nuestro destino.

Familia y Nacimiento

El origen de Francisco Bolognesi es cristalino como la juiciosa infancia y juventud, síntomas de la influencia moralizadora del hogar formado por el padre genovés y la madre arequipeña. Es bautizado en la limeñísima parroquia San Sebastián, el ocho de noviembre de 1816. Con arreglo a ese documento, Francisco, "niño español" ha nacido cuatro días antes. Don Andrés Bolognesi y doña Juana Cervantes se han conocido en Arequipa, pero el viaje, probablemente de negocios, a Lima ha determinado que en el nuevo hogar de la calle Afligidos vean nacer a

Francisco. Los abuelos paternos son don José Bolognesi y doña Benita Camparello. Y los maternos, don Gerónimo Cervantes y doña María Teresa Pacheco. Acude a la pila bautismal como padrino, el señor Marqués de Montemira de Valdosella, Caballero de la Gran Cruz y Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos. Al parecer don Andrés era estimado por sus amigos de valimento a juzgar por el padrinzago que lució en esa ocasión. Poco tiempo después, regresaron los Bolognesi a Arequipa, en donde transcurrió la infancia y parte de la juventud de Francisco. Este suceso y el origen de la madre, hizo pensar que había nacido en Arequipa, pero la partida bautismal reivindicaba ese orgullo para Lima.

Fue "una vida sencilla" dice Manuel Abastos reseñando esos primeros pasos. En efecto, en el hogar de los Bolognesi las robustas tradiciones latinas imprimen una lección de sobriedad y de equilibrio entre el disfrute de la vida y el reto de las imperiosas necesidades. El padre no olvida su estirpe latina y, pese a sus obligaciones no deja de tocar de vez en cuando el violoncello recordando, quizá con nostalgia, Portugal en donde fuera maestro de Capilla de la Catedral de Lisboa. Y el propio don José, el abuelo paterno cuyo retrato conocemos, fue músico notable en Italia. Así, el joven Francisco, como sus tres hermanos, Mariano y las dos mujeres, Margarita y Mariana, se forman en el cuadro sereno y jovial de una familia de emigrantes, en la que el signo de ascendencia

se deja admirar en los hábitos de varonía, paciencia, honradez y esfuerzo propio que distinguen a la emigración italiana en el Perú y que van a ser, como prendas de una vieja y no gastada raza, rasgos definitivos en el temperamento de Francisco Bolognesi^(*). Vive, pues, en Arequipa, y estudia en el Colegio Seminario, de los ocho a los dieciséis años, en que da por terminada su preparación escolar. De acuerdo con el programa trazado por la experiencia paterna y la natural predisposición de su linaje, se encamina hacia el comercio, entrando a trabajar a la casa Lebris y Violler, mientras estudia francés y teneduría de libros. No sabemos la fecha en que muere el padre, pero, según Abastos y Portal, esto acaece tempranamente. Pronto deja la casa comercial Lebris, y decide incursionar por su cuenta. Esta manifestación de afianzada confianza en el mismo, se va a repetir a lo largo de su vida.

Un benéfico sino itálico signa, pues, la vida de Bolognesi. El caudal paterno está visible, más poderoso que la influencia del medio provinciano o el casual nacimiento limeño, en la tranquila varonía de este hijo de emigrante que en el plazo de una generación se ha peruanizado por completo sin los secretos recelos y maniáticas resistencias de otros descendientes de

extranjeros que prolongan hasta la quinta generación el desamor y desarraigo para con la tierra tolerante y abierta que los hospeda. Hay que considerar esta hipótesis: si Bolognesi no hubiese sido hijo de italiano y en cambio su procedencia europea hubiese sido otra, es probable que su destino habría cambiado, neutral o indiferente en el mejor de los casos, ante el dolor del Perú. Pero está viva la lección italiana de amor al terruño, la defensa humanista del débil y el desamparado, la pasión por la libertad y la paz lo que hizo que el viejo guerrero, a los 63 años, como un héroe de la antigüedad, tomase otra vez las armas para colocarse junto al bando de los débiles, que era el de su país y el de su gente.

Como Raimondi, Garibaldi y otros, la cuna y el origen de Bolognesi se ata estrechamente a nuestro destino en la reivindicación del pueblo italiano y su aporte al Perú. Ha dicho Raúl Porras que son "sus hombres, prácticos y soñadores, portadores silenciosos de todas las esencias mediterráneas de su vieja civilización, quienes con su perseverancia y modestia, su don de adaptación y su amor a la tierra han creado en nuestra etapa independiente muchas de las fuentes impalpables de nuestra cultura material y moral quienes, después de haber hallado en nuestro suelo una patria, a la que entregan su espíritu, su trabajo y su sangre —sin llevarse nada de ella— nos han ayudado a amar y conocer al Perú".

(*) El hermano, Mariano Bolognesi, viajó a París y conocía de composición musical. (Archivo de correspondencia privada). Biblioteca Nacional de Lima.

De ahí pues, la procedencia de ese su temple tan particular —y a la vez tan peruano— de dominar la ira o el desprecio contra el invasor en el momento en que esto puede ser sólo arrebatado odio animal, desatado furor primario. Héroe de civilización y humanidad, porque fue capaz de sacrificio e incapaz de venganza o doblez contra el adversario. De ahí que por la influencia vivísima de la cuna y de la raza, es, como Grau, varón esforzado de serena fortaleza, en quien la muerte sólo fue una forma más de aceptar el imperio de la vida con una tan rica y cargada conciencia ética y de fatalidad histórica, que nos hacen suponer, en el soldado fiel al deber junto al Morro, una intuición de la sobria concepción de la existencia como la que los latinos asumieron, en parecidas encrucijadas de zozobra e infortunio, la tarea de vivir y morir sin temor y que lleva el nombre de senequismo.

Juventud y madurez

Todos los biógrafos de Bolognesi coinciden en señalar como su primer hecho de armas, el encuentro de Castilla y Vivanco (en 1840) cuando en las afueras de Arequipa decidían la supremacía de estos caudillos, sus ejércitos. El joven Bolognesi se vio atraído por este encuentro y según unos, se acercó como espectador hasta el punto de que le derribaron el caballo y con otro tiro le bajaron el sombrero de la cabeza. Según otros, se enroló

con Castilla, entrando unido con este bando vencedor a la ciudad. De uno u otro modo, parece que Castilla le conoció en esa oportunidad, y atraído por el tranquilo coraje del muchacho, le llegó a ofrecer una plaza cerca suyo, pero Bolognesi rechazó este ofrecimiento. Creía su vida ligada más al comercio que a las armas. Pero los años volverían a reunirlos.

Para Ismael Portal "no fue militar en su juventud". Pero para Vargas Hurtado, apoyado en el testimonio del Coronel Juan Nolberto Eléspuru, fue en esta batalla cuando "sentó plaza con Castilla, derrotando a Vivanco".

A esta escaramuza sigue una etapa de trabajo y aventura comercial. Se asocia con unos cuzqueños de fortuna con los cuales penetra en las montañas de Carabaya, dedicándose al comercio de coca y cascarilla. Sus socios son conocidos por los nombres de Peña, Nadal y Garmendia. El dudoso gusto por la anécdota a la fuerza heroica, retrata al comerciante Francisco Bolognesi, enfrentándose con brío y serenidad pasmosa a los peligros de la nómada vida del habitante de la selva, dominando jefes amazónicos con el poder de su persuasión y mirada. Preferimos soslayar esas pequeñas grandezas innecesarias a la gloria del hombre del Morro.

En 1853 regresa a Arequipa. Son los años del conflicto con Bolivia y en el país se forma la Guardia Nacional. Bolognesi es nombrado 2º jefe de un Regimiento de caba-

llería. Aparece luego tomando parte en la revolución de Castilla contra Echenique y como segundo jefe de batalla. Castilla —que ha calado bien en el temperamento de Bolognesi y para el cual su confianza es plena— sabe aprovechar no sólo aquel ánimo siempre dispuesto al combate sino a su capacidad para organizar, prever, mandar sobre cosas y hombres, maneras que provengan de su inteligencia y su experiencia civil en los negocios. Así es como se inicia, en realidad, la carrera militar de Francisco Bolognesi. Viaja con el "Libres de Arequipa" al Cuzco y pronto es nombrado Comisario General del Ejército Libertador, es decir, un alto cargo de organización. Después de Las Palmas es nombrado Edecán del Gobierno Provisorio. Así, acompaña y asciende con la estrella cenital de Castilla. Seguirá fiel al caudillo ariqueño, y con Lexseca corre a sofocar la revolución provocada por Vivanco en el Norte, (1856). Luce ya el grado de Teniente Coronel y reemplaza a su hermano Don Mariano Bolognesi en el mando del Escuadrón Artillería Volante. Al mando de éste, cae herido en el asalto a la trinchera "Santa Rosa". Tiene 38 años y es Coronel. Por esos años, llega de Europa un pariente lejano al cual hospeda. Se trata de su tío por vía abuelo-paterna, Juan Campanella, quien llega al Perú en 1858 y muere en 1868, al parecer víctima de la fiebre amarilla que por esos días assolaba nuestra población.

Lentamente, al compás de las urgencias y las imposiciones de los tiempos, el soldado ha ido desplazando los proyectos de paz del comerciante. En la madurez, decide su vocación castrense Francisco Bolognesi. El caos y los altibajos de la vida peruana no lo han podido dejar indiferente, y ha tomado parte, pagando su tributo a las pasiones de su tiempo. Será, pues, a partir de Las Palmas, el Coronel, más que el comerciante. Para con Ramón Castilla será leal. Y poco a poco, en el ánimo de Bolognesi se perfila un interés especial: el arma de la artillería. Unido a su habilidad para su coordinación de hombres, pertrechos, situaciones y recordando la tranquila confianza que sabía inspirar a quienes lo trataran, tenemos esbozado ya, el cuadro de adhesión personal y disciplina estoica que culminará, años después, en el episodio del Morro.

La Artillería y los viajes a Europa

Entre las diversas medidas tomadas por Castilla durante su gobierno está la de proveer de nuevo armamento al ejército peruano. Habrá que ir a buscarlo a Europa y nadie mejor que el Coronel Bolognesi, cuyo interés por esta arma es conocida y de cuya honradez, nadie y menos Don Ramón podría dudar. Marcha pues Francisco Bolognesi al viejo mundo en 1860. Está dispuesto, lo dice en varias cartas, a visitar no sólo a franceses y alemanes, sino a italianos y a

todo fabricante de armas europeas con el fin de obtener lo mejor. Se hace asesorar con ingleses. Permanece cerca de dos años, pues, ya en abril de 1862, lo tenemos de vuelta contestando varios sueltos anónimos que, aparecidos en "El Comercio", estaban destinados a poner en tela de juicio el éxito de su misión. Bolognesi se enfurece y es, de veras, una de las pocas veces que le vemos perder la paciencia. A diferencia de su precisa y muy comercial correspondencia informando sobre el derrotero de su misión en Europa (enviada a sus superiores) la carta de respuesta al artículo titulado "Artilería rayada" llega a invitar prácticamente al duelo. Creemos que esta era la primera oportunidad que Francisco Bolognesi se enfrentaba, en una misión pública, al vicio nefasto de la maledicencia que en el Perú todo lo debilita, envilece y corrompe.

Había obtenido cañones que juzgaba de primera calidad. Por eso contesta al anónimo colaborador de "El Comercio" diciendo que "las amenazas e insultos que en el primer artículo se traslucen, invocando para todos el nombre de la oficialidad que tanto conozco, no los temo y los desprecio. Si el articulista —añade inmediatamente— es un enemigo encubierto, que se arranque la careta, firme sus artículos, y diga (como los franceses) a la guerra como a la guerra.

Y nos entenderemos".

Bolognesi no podía conformarse, sin embargo, con una polé-

mica en un diario local, más aún, cuando estas eran frecuentes y abundantes y el problema era demostrar la ventaja o la desventaja del tipo de armas que había adquirido. Así, decide llevar a cabo una demostración pública. Y elige la playa de Conchán, en las cercanías de Lima, cerca del lugar en que iría a tenderse años después, la flor de la juventud de Lima, para dejarse matar en las trágicas líneas de San Juan y de Miraflores.

A la demostración acuden funcionarios, curiosos, militares, vecinos y naturalmente, mezclados con los espectadores, sus gratuitos enemigos. "Si fracaso me pego un tiro" había dicho, y tenía dispuestas sus dos pistolas. Pero, fue en cambio, el éxito: los 40 cañones dispararon dos salvas cada uno. El júbilo sobre todo en el sector gobiernista fue enorme. Se vivió a Bolognesi y a Castilla. Un palaciego hubo de decir, nublando el recto ánimo del Coronel Bolognesi, que ahora nadie se atrevería a hacer una revolución a Castilla contando este con tales cañones. "Prefiero reventarlos yo mismo, —contestó— antes de que sirvan para matarse entre peruanos". Son con estos cañones de marca Blakely, con los que se rechazó el 2 de mayo de 1866, a la Escuadra Española. Pero Bolognesi no pudo estar en el Callao para tener la satisfacción de dirigirlos contra las naves del Almirante Pinzón. Dos años antes, en 1864, fue Pezet quien nuevamente le encomendó otra misión técnica en Europa. De-

este segundo viaje trae la Comblain la cual habría de ser la mejor arma durante la guerra con Chile. Lamentablemente, no en la suficiente cantidad. La armería peruana en el 79, es un verdadero mosaico. En cambio todo el ejército chileno estaba provisto, uniformemente, del moderno Comblain, de procedencia belga que Bolognesi conoció y apreció.

El Carácter de Bolognesi

Existe cierta lógica en el recuerdo colectivo. No recordamos, por ejemplo, a Bolognesi sino anciano. La imagen que nos es querida, hasta el punto de acongojarnos, es la del Coronel de sienes plateadas caído en tierra, a punto de ser derribado por un culatazo, disparando un revólver con el brazo extendido, rodeado de uniformes de cazadores chilenos, tal y como Lepiani lo concibió en un cuadro célebre con el cual la historia del Perú nos dio las primeras lecciones de amargo rubor en los bancos de la escuela. Es este combatiente—agonista del Perú sorprendido y doliente del 80—, el que se impone sobre nuestra retina y sentimiento. Los otros, el artillero, el comerciante, el amigo de Castilla, o el hombre de confianza de Pezet, no ocupan la misma dimensión que el protagonista de los sucesos, cargados de sentido histórico, de Arica. Y es como si el carácter de Bolognesi, incluído dentro de esa familia de temperamentos que no admiten

sino la vida de los extremos límites, precisaba de una posibilidad desesperada y tensa, en donde los demás hubieran zozobrado o desertado, para dejarse ver por entero.

Es hombre de una sola sentenciosa respuesta al destino, de un solo gesto con el que abocetea para siempre su figura. No persigue la gloria, deja que ella venga. No es, pues, un político, como Piérola, obstinado conspirador o como Castilla, merodeador incansable del poder. Simétrico, arrogante, en su huella vital no hay grandes cisuras ni elevaciones. No se parece, pues, a Grau, salvo en la grandeza de alma y en la reposada calma con que esperó lo inevitable. Es inseparable de su fibra, en cambio, la impavidez frente a los hechos y la capacidad para, previendo incluso el desenlace, continuar con acucia animando y mandando, hasta el perecimiento. Descuella, por eso, por virtudes muy poco peruanas, entre las que se distinguen el amor por el orden, el acatamiento a la jerarquía y sus designios, la equidad en el mando, la disciplina emprendedora y el arte para guiar, regir, conducir con eficacia y tesón. Cierta simetría moral, que lo caracteriza, armoniza la innata cortesía del soldado que trató con todo respeto al parlamentario enemigo y el gesto magnánimo del jefe que sabe consultar a sus subalternos antes de atribuirse y por completo el destino final de estos hombres y de la plaza.

Son sus rasgos relevantes los que hoy tocan el corazón de los

peruanos: la sosegada grandeza de su sacrificio, la entereza moral de persistir, la enhiesta voluntad dispuesta a realizar y porfiar, la ausencia de temor, desasosiego o traición, la capacidad de encarar los hechos como una fibra capaz de los mayores esfuerzos y los peores desenlaces. Inherente a Bolognesi es ese valor obstinado, eficaz e indesmayable que nos asombra porque era como una energía a la que los años no habían vuelto decrepita. Acostumbrados a la apoteosis de héroe juvenil, el espacioso y probado valor de este anciano nos enseña que son las coyunturas históricas y los temperamentos con un vigor sin sobresaltos los que crean héroes, y no los años. Su humor, tan distinto al de otros personajes de nuestra Historia se avalora más si se juzga que es disidente en este gesto, en medio de la turbación y apatía de sus contemporáneos. Hecho para gestionar, establecer, crear, emprender, supo morir como un reto al desperdigado esfuerzo bélico peruano del que fue testigo y víctima. Pues fueron nuestros errores y discordias, más que la carga de la infantería chilena, los que ajusticiaron, esa mañana del 7 de junio, a Bolognesi en un Morro batido por el viento y las olas impasibles.

De nuevo a las armas y Tarapacá

¿Cuál era la situación de Francisco Bolognesi cuando la declaración de guerra de Chile al Perú y

el llamado a las armas? No era cómoda su posición pues se le consideraba retirado. Ha de reclamar. Y en nombre de sus servicios y la ausencia de militares con experiencia, Bolognesi, pese a su edad, es admitido y nombrado ayudante de la Tercera División que al mando del Coronel Ríos se hallaba en el alto del Molle. Se embarca en el Callao y le acompañan hasta el muelle, su hermano, don Mariano, su hijo Federico y el teniente Coronel, Pedro Gastelú. El país acude, pues, a sus reservas de energía y coraje, y para el voluntario hay un lugar en el esfuerzo desesperado por detener una invasión planeada cuidadosamente por una de las oligarquías (la chilena) más lúcidas y ambiciosas del continente.

Pero no podía pasar Bolognesi desapercibido y pronto Buendía le entrega la Tercera División, formadas por los batallones 2 de Ayacucho y Guardias de Arequipa. Con ellos parte a Tarapacá. Víctima de una fiebre, resiste a pesar de su menguada salud, nueve horas de duro combate y los oficiales, entre ellos Roque Sáenz Peña —que ahí comienza a conocer el temple del que va a ser pronto su jefe— le ven escalar el Cerro de Dolores, embriagado por la promesa del triunfo para las armas peruanas. Luego, el propio General Montero, le entrega la plaza de Arica a la cual llega a la cabeza de su regimiento, de 1600 hombres. “El viejo luchador” dice Sáenz Peña, “actúa siempre dentro de los preceptos estableci-

dos" y en la nueva plaza comienza una titánica labor para dotarla de una defensa y un ataque que satisfaga las urgencias de la guerra.

Tarapacá es, pues, el último acto de Bolognesi antes de encerrarse en la tumba que es Arica. De aquí en adelante sólo lo veremos jaqueado por la adversidad, cada vez más sólo, a medida que el desastre de las operaciones del ejército aliado (Bolivia y Perú) llegue a la culminación catastrófica del Alto de la Alianza que sella el destino de Arica como plaza aislada, sitiada, sin esperanza para los hombres que defendieron el pabellón y los derechos territoriales del Perú. Esa ciudad abierta a un mar en el que se dejaba sentir ya la ausencia de Grau y del *Huáscar*. Cuando Bolognesi va a Arica, prácticamente no tenemos marina y ha comenzado, por lo tanto, la ofensiva chilena, que no se detendrá sino hasta la captura de Lima y la capitulación del Perú.

Retrato de Bolognesi por Sáenz Peña

Fue Sáenz Peña un egregio argentino que combatiera por libre y generosa elección al lado del invadido Perú, testimoniando así la repulsa y el asombro de la opinión ilustrada de América ante el crimen fratricida y la monstruosidad jurídica que significaba la guerra del guano y del salitre, cuando aún no se había apagado el rumor de los bombardeos de Valparaíso y el Ca-

lao por una flota española, y el espíritu de unidad continental —sin el cual no habría sido posible la Independencia— no estaba del todo muerto. En la hora de los nacionalismos estrechos y estériles, hombres como Sarmiento o Roque Sáenz Peña encarnaron el ideal de unidad de nuestros pueblos, para horror y menoscabo de los apetitos financieros que habían calculado un rápido desarrollo a costa de la riqueza natural ajena.

¿Cómo vio Sáenz Peña a Bolognesi? Le conoció en Tarapacá, pero más íntimamente, en la vida común que la zozobra de Arica les obligó a compartir. Este Bolognesi que nos delinea Sáenz Peña, es ya el definitivo. Estos son, pues, los días y las horas del sitio de Arica.

"Era hombre de pequeña estatura", dice Roque Sáenz Peña por Bolognesi. "Había lentitud y dureza en sus movimientos como los había en su fisonomía; la voz era clara y entera; los años y los pesares habían plateado los cabellos, y la barba redonda y abundante destacaba sobre la tez bronceada de su rostro enérgico y viril".

A Sáenz Peña también debemos juicios certeros sobre el espartano carácter del comandante del Morro. "sus vistas no eran vastas" —admite— "su inteligencia, incul-ta; carencia de preparación", y agrega "pero tenía la percepción clara de las cosas y de los sucesos, la experiencia de los años y la malicia que desarrolla en la vida inquieta de los campamentos, había dado a su

espíritu cierta agilidad de percepción". Más adelante, destacando el imperioso orden que Bolognesi imprimía a sus acciones, lo ve como un ordenancista implacable, "capaz de desdeñar la victoria si no era conquistada por los preceptos de la ley militar, prefería la derrota en la estrategia y la ordenanza, al triunfo en la inspiración o el acaso". En vista de que esta severa sumisión a las reglas era justamente lo que escaseaba en nuestro ejército y en el hábito de nuestra gente, la semblanza de Sáenz Peña deviene en elogio.

No era Bolognesi hombre afecto a las vanidades teorizantes ni a los sueños de utopía social en el que se agotó el peruano del siglo XIX, persiguiendo vanas panaceas en el federalismo, el liberalismo, el doctrinarismo, etc. "En la política interna se había limitado a resistir las hostilidades que el partido carlista llevaba al campo del ejército", dice Sáenz Peña. "Nacido bajo un gobierno centralista, no conocía otro régimen que el unitario y escuchaba con desdén profundo los problemas que se planteaba Buendía en sus largas discusiones sobre el Gobierno Federal". Fue el suyo un "patriotismo prudente" basado en el "culto de los hechos", tal y como lo habría de solicitar en 1907 Francisco García Calderón en "*Le Perou Contemporain*".

Alguna vez pudo apreciar Sáenz Peña cuan lejos iba Bolognesi en su laconismo y su respeto por los demás. Se comentaba una batalla y se proponían una y otra

táctica que hubiese podido enderezar la acción. Inquirido Bolognesi, contestó "nunca opino sobre batallas". Como insistieran y dado que el tema giraba sobre si debía o no tomar una posición en donde había agua para abastecer a la tropa, contestó entonces: "no pude pensar eso porque entonces no tenía sed". Esta reserva y circunspección le valieron la confianza total de sus lugartenientes, sabiendo que se hallaban frente a un hombre de una sola pieza. "En la hora doliente del sacrificio, era Bolognesi como un alma suspendida sobre el alma de su ejército", ha escrito Sáenz Peña.

Bolognesi concentra, pues, una energía y un carácter que parecen por momentos ausentes en la idiosincracia nacional. Nada más alucinante que comparar estas sobrias y equilibradas con las fórmulas con las que García Calderón definió el carácter peruano, en ese libro admirable al cual me referiré líneas arriba y que aún no se conoce bien en nuestras Universidades y colegios.

"El culto a la apariencia y la debilidad de los caracteres". Señalaba G. Calderón. "La imaginación ligera y brillante, la asimilación rápida y fácil". Indicaba, además "el divorcio entre la voluntad débil y el pensamiento brillante, entre lo que se desea y lo que se hace, entre el ideal y la vida". "Un idealismo generoso, superficial, verbal" incapaz de sujetar la realidad con obras, es otro de los rasgos saltantes de nuestro temperamento colec-

tivo. "De todo esto —decía Francisco García Calderón en fórmulas definitivas cuyo vigor continúa fresco— se deriva algo de ilógico y de imprevisto en la vida nacional, es a la vez una improvisación audaz, un impulso temerario, un desorden real bajo un orden aparente; una marcha sin meta consciente; sin propósito definido, sin plan de futuro, un poco al azar, como si la nacionalidad debiese aparecer dentro de un siglo".

Comparada con esta síntesis deprimente de nuestro carácter, el temple de Bolognesi se agiganta porque además de retar a la muerte y vencerla por su sacrificio pleno de sentido, tuvo el coraje de ser distinto.

Cita en el Morro

El ápice de la gloria de Bolognesi es esta hazaña de Arica la que posee, sin embargo, como todo rictus histórico de esta guerra, algo de desesperanzado heroísmo varonil, generoso e inútil. La guerra se hace para triunfar y en Arica lejos estuvieron nuestros trágicos soldados de soñar con la victoria. Quisieron señalar la ignominia de la invasión de su propio infortunio. ¿Lo lograron? Lima recogió la noticia de la caída de la plaza como un hecho más, en una serie al parecer interminable de desastres. No hay la amarga sorpresa que estremeció al país luego de la captura del *Huáscar* en Angamos. Podemos hoy hojear las páginas de la "Opinión Na-

cional" para comprobar como estas se llenaban con las excusas de Montero por el desastre del Alto del Alianza o con las proclamas del Dictador Piérola. Pero de Bolognesi, sólo unos cables. Para avallar la gloria de este peruano, ha sido necesario el tiempo, pues a medida de que se juzga esta guerra en lo que tuvo de improvisada, de compendio y suma de nuestros males colectivos, un poco, en fin, cuando nuestra historiografía absorbiera la lección gonzalespradista, es cuando el ejemplo de este sacrificio solitario y puro ha crecido hasta destacar, con rasgos nítidos, entre la masa de acontecimientos que forman la materia histórica de esos años. Para comprender bien lo que en sí contiene el gesto ético de Bolognesi de no retroceder, era preciso iniciar el proceso de la guerra. Para exaltar al que cumplió su deber, es preciso señalar a los que no cumplieron. Esta faena, necesaria a la nación, impuesta por el dolor de la derrota, fruto más bien de la depresión económica, moral y síquica, de la post guerra y de sus afanes críticos, otorgó a ciertos gestos el valor que sus contemporáneos habían desestimado. Así, la evaluación de Bolognesi es tardía, pero se explica y enaltece porque es obra de una reflexión cuidadosa de los sucesos, para deslindar en ellos, lo pasajero y lo acomodaticio de lo perdurable y valedero en sí mismo. Victorioso o derrotado el Perú, los hombres de Arica no verían disminuir su valor: la muerte

por un imperativo categórico, da a ese acto la redondez de los más ejemplares hechos históricos.

Con Arica termina una etapa de la guerra. Todo el sur está perdido: sólo resistirá, por una semana, la plaza aislada. A partir de junio, Chile dominará las provincias del Sur. El próximo salto será el Perú de la costa central. La guerra de ofensiva detenida por el *Huáscar* y por los ejércitos aliados, se intensificará para satisfacción de los directores de la guerra en Santiago. La opinión pública, favorable al Perú, observaba esta parálisis y suponía otro curso para los acontecimientos. "Nada de importancia" dice el *Time* del 4 de noviembre de 1879. "Es más probable que el agotamiento financiero determine la terminación de la guerra que las excursiones del "*Huáscar*" o los bombardeos chilenos. Bolivia ha recurrido ya a un empréstito forzoso de guerra; Chile, después de haber tratado inútilmente de negociar la emisión de 6 millones de pesos, hizo un empréstito. El mes pasado la legislación autorizó una emisión por la suma de 10 millones. "El Perú", es el más pobre de los tres —dice el comentarista yankee— ha tratado de obtener un empréstito nacional, y ha tenido que recurrir a una nueva emisión de papel moneda". Esta observación aguda sobre la primera fase de la guerra es correcta. Chile desesperaba y el Perú soñaba con una paz venida por la intervención internacional. Pero luego sin Grau —es decir, sin ar-

mada— y desaparecido Bolognesi —perdido por lo tanto, nuestro último bastión en el sur— el resto de los hechos sólo fue la marcha incesante de los barcos y las botas chilenas sobre la capital peruana.

Derrotar a Bolognesi era, pues, poner en poder de Chile el Sur. Por eso, luego de Tacna, Baquedano pone sus ojos en Arica. Así, los hechos del Morro quedan encuadrados entre la derrota del Alto de la Alianza y el dominio por parte de Chile hasta el río Moquegua por el norte y Tarata por el Este. Los sucesos que continúan el infortunio del Perú luego de Arica son los siguientes: dispersión alrededor de Tarata de tropas del coronel Prado. Avanzó Barboza hacia el norte, ocupando el 21 de julio, Tarata. Viaje de Salvo a Moquegua. Bloqueo de Callao. Incidente de Loa. Tercer bombardeo del Callao, del 30, 31 de agosto y el 1º y 3 de setiembre. Hundimiento de *La Covadonga*. Hostigamiento chileno en Chancay, Ancón y Chorrillos. Arica es pues un objetivo bien definido. De Arica fueron impartidas las últimas instrucciones a Grau (Setiembre de 1879).

¿Qué es lo que buscaba el invasor ocupando Arica? De acuerdo con la estrategia se imponía "la ocupación de la plaza, para dominar por completo el teatro de las operaciones, arrebatando al dueño del suelo, el último baluarte. Búsqueda de una salida al mar, para recobrar la línea de comunicación y para adelantar al norte su base

operaciones de Pisagua, desbaratando el último rezago de resistencia y rompiendo por completo el enlace entre las fuerzas de la Alianza". (Dellepiani).

La batalla de Tacna y una orden de Montero definen lo que ha de suceder en el Morro. Había entrado Bolognesi en Arica al frente de sus 600 hombres, luego de Tarapacá. No combatirá, pues, en el Alto de la Alianza. Según la versión de un sobreviviente, el soldado J. Pérez, hubo una terminante orden de Montero para el destino de la plaza: resistir. Vicuña Mackenna la recoge: "Es preciso hacer volar Arica —había decretado Montero— con todos sus defensores y con todos sus asaltantes. Necesitamos un hecho que como estertor de la muerte, sacuda hasta la última fibra del corazón de la patria" Y el peruano Vargas Hurtado supone que esta orden fue presentada por el propio Bolognesi a su Consejo de Guerra, días antes de la gran batalla al norte, de cuyo azar dependían. Así, el destino del Morro se define sin Bolognesi, cuando el ejército chileno parte en dos al ejército aliado y Tacna es ocupada.

¿Qué pensaba el Coronel Bolognesi? En verdad, nunca pensó que el desastre sería tan grande y por lo tanto, tanto su desamparo y soledosa responsabilidad. Existiera o no la orden —y a falta de documentos y aún con ellos, la historia no puede evitar un margen de incertidumbre— Bolognesi espera la suerte de sus compatriotas, más al

norte, sea para salir a apoyarlos en una retirada ordenada, sea para cobijarlos en Arica, o para seguirlos en caso de victoria. Por eso, lo sorprenderemos en la mañana del 26 de mayo, observando, como toda la población de Arica, el horizonte, hacia el norte, en donde estaban echadas las cartas y de donde vendría la fortuna o la muerte. Sólo hasta las 10 u once de la mañana se tenían noticias de Arica de la batalla que se libraba —cuenta Bernardo Smith oficial de detalle del monitor *Manco Cápac*, quien estuvo en Arica esos días— "Y desde el techo de la casa de Alejandro Mac Lean en la que vivió el Director de la Guerra (Prado) el Coronel Bolognesi, el Capitán de Navío, (Moore) el del *Manco Cápac* (Sánchez Lagomarcino) otros jefes y el que estos escribe, quien había traído de a bordo un telescopio, observaban el humo de la batalla que avanzaba y se movía de un lado para otro en la supuesta línea de combate que se comprendía tenía lugar esas horas y del cual dependía nuestra salvación, si se triunfaba, o perdición si era derrotado el ejército. Que grandes se manifestaban esos jefes, dejados ya, por así decirlo, a sus propias fuerzas y sin órdenes terminantes y precisas de lo que debería hacerse". Los subrayados, en esta crónica soldadesca de la guerra del Pacífico, son nuestros.

Con ser, pues, heroica la orden del General Montero no era precisa ni Bolognesi supo que ha-

cer luego que quedó incomunicado. Lo guió su sentido del deber y del sacrificio. Pero si hubiese rendido la plaza, nadie podría habérselo reprochado. Nadie, en nombre de la desorganización e impericia del alto mando peruano. Como en otros casos, salva en nombre de su pueblo, el gesto individual, generoso, en medio de la zozobra y el caos generales.

“Bolognesi era demasiado soldado para no comprender en medio de todo lo que acontecía que había caído sobre sus hombros, dice Vicuña Mackenna, el peso de un horroroso desastre”. Lo que había pasado en Tacna, fue sabido en Arica, días después, por boca de cinco pobres soldados que huían del enemigo y que se refugiaron en el último reducto peruano en las provincias invadidas. Uno de ellos, sentó plaza en Arica. Bolognesi comprendió que estaba sitiado. Lo rodeaba un semicírculo de fuego. Había una sola puerta de escape: hacia el valle de Azapa, pero no había órdenes para ello. Al norte: Tacna con Baquedano. Al Sur; Tarapacá ocupada. En el Morro, a su simple vista: la escuadra bloqueándole la fuga o la ayuda externa. —Pero cuál, si ya no teníamos barcos? Aún soñábamos con el desquite, y por esos días, en Arica, la tripulación del *Manco Cápac* inicia una colecta con el fin de adquirir en Europa el blindado *Miguel Grau*...

Había que esperar.—¿Quién aparecería en el horizonte? Bolog-

nesi pensaba que el curso de la batalla no podrá haber sido tan aciago para los peruanos, y algún cuerpo de tropa se habría recuperado marchando a Tacna y luego a Arica. Quizá Montero pensó lo propio. Alguna conversación entre ambos jefes, —sin huella escrita que pudiese recoger la historia— supone una probable resistencia en Arica. Nos hace pensar esto, a falta de pruebas documentales, la presencia de varios convoyes del ferrocarril en Tacna, la mañana del 26 de mayo quizá con el “objeto de transportar al puerto las legiones aisladas, en un momento dado”. La desordenada huida de los bolivianos y la completa derrota peruana impidió estas y otras prolijas prevenciones en caso de retroceso. Fue el desbande. Pero en Arica. Bolognesi no lo sabía hasta que vio los primeros destacamentos chilenos el 2 de junio de 1880. Es más: no lo supo nunca. Cayó aislado. La retirada se hizo sobre Moquegua. Bolognesi envió telegramas pero no recibió ninguno. Con una orden vaga y una plaza débil, resistió donde le fue posible.

¿Qué hacía en la incertidumbre de esos días? Esperar órdenes. Y las solicitaba con urgencia, tenazmente. Conocemos sus telefonemas. Desde el calmado 26 de mayo, que firma Manuel C. de la Torre. “Dice el Coronel Bolognesi que aquí sucumbiremos todos antes de entregar Arica. Háganos propios, comuníquenos órdenes y noticias del Ejército y de los auxilios

de Moquegua". He aquí, pues, las dos decisiones de Bolognesi; resistir hasta el final, o de lo contrario, dar un contragolpe a los chilenos. No dejo de pensar en este último recurso. Desconocía, sin embargo, el estado real de las tropas peruanas dispersas, muy arriba, hacia Moquegua. Pero, el repiquetear de la campanilla telefónica de Arica, vía Moquegua y Arequipa, aún suena con la trágica urgencia con la que Bolognesi imprimió a esos pedidos: "Apure, Leyva". ¿Pero quién es este Coronel Segundo Leyva?

Encargado de unos 3,000 hombres cuando la batalla de Tacna, hallábase en Tarata. Tuvo tiempo Leyva de llegar al Alto de la Alianza, pero enterado de los sucesos, retrocedió, dejando a Bolognesi sitiado. Para auxiliarlo, hubiera tenido que atravesar Tacna, ya en poder de los chilenos. Perdió un tiempo precioso. Entre el 26 de mayo y el 1º de junio, recibe pues, camino a Arequipa el telegrama de Bolognesi. Pero no avanza. Continúa hacia Arequipa. La suerte del Morro estaba echada. Piérola le había mandado —dice J. Basadre— dirigirse a Arica pero sólo lo supo el 8 de junio.

¿Lo presentía Bolognesi? Al parecer sí, desde antes de la batalla del Alto de la Alianza. Le seguimos la pista en una carta a su hijo Federico, fechada en Arica, abril 19 de 1880. "Yo no tengo para su defensa más que 1400 infantes. Ellos (los chilenos) pueden traer 3 o 4 mil hombres y a la vez combatir

por mar y tierra. En fin, ha llegado el momento de decidir la cuestión". Pero ¿podía admitir Bolognesi un tan especial modo de combatir sin posibilidades de victoria? "Abandonado por Montero, —dice exagerando Vicuña Mackenna— como éste lo había sido por Piérola, sin dinero, con tropas bisoñas, sin noticias, y sólo con sobra de dinamita, pues ahora toda su preocupación consiste (alude a Bolognesi) en fortificar la plaza o por el lado de tierra que era el de la flaqueza. Montero le había dejado 250 quintales de dinamita y un ingeniero (don Teodoro Elmore)". El 3 de abril le había escrito a su hijo: "no me asusta la muerte y menos cuando la patria me lo impone, pero observo que en estos casos se acuerdan de mí". He aquí la última carta, en 31 de mayo: "Aquí estoy bien de salud, esperando sólo venga el enemigo para recibirlo, sin que me importe su número". Este es el Bolognesi que ha admitido su soledad con la entereza que hoy seguimos hallando ejemplar.

Lo que sigue son las escaramuzas entre un sitiador poderoso y una plaza débil, los esfuerzos para prepararse a resistir de los unos, el cálculo sin prisa de los sitiadores que culminó con un éxito estratégico que no podemos ignorar. Este es el Perú de 1880, en junio: un hombre en una plaza aislada. Es Bolognesi en Arica.

Veamos al Coronel Bolognesi en esta Arica que queda aislada del Perú. Está en la ciudad desde los

primeros días de abril. Aún los historiadores chilenos reconocen el vigor de su carácter y las medidas atinadas que tomó, previendo el curso de los acontecimientos. "Se consagró con patriótico esfuerzo a cubrir por la prudencia, el trabajo y el ejemplo, el honor de las armas que le confiaran".

El paisaje de Arica, según Vicuña Mackenna que debió haberla visto en esos mismos años, lo componía en conjunto de "cerros arenosos que se apiñan junto a la planta del pueblo por el oriente, y aquella altas lomas que van a terminar en una especie de península que se precipita hacia el océano levantando, sobre su abrupta playa por el sur, blanquecina y áspera cabeza. Ese es el Morro y ahí en las cuchillas que lo rodean, formándose espalda, yace el riñón de la defensa militar de aquella plaza". "En una plazoleta natural, unos 10 mil metros cuadrados, los peruanos, dice Vicuña Mackenna, habían construido unos cuantos galpones para cuarteles, plantando un mástil en el centro y colocado sucesivamente de las naves chilenas, hasta nueve cañones, traídos desde el Callao. Para defender la rada construyeron también los ingenieros peruanos tres baterías rasantes llamados impropriamente "castillos". Obsérvese el tono menor con el cual Vicuña Mackenna se refiere a las débiles defensas peruanas, que lo eran. Basadre indica en unas 3,000 personas el número de habitantes de Arica en 1880.

Bolognesi se puso, pues, a trabajar. No poseía ni tiempo, ni dinero ni hombres adecuados. Sólo, un ingeniero y exceso de dinamita. Alrededor de esto, y de acuerdo con la última instrucción de Montero que ya conocemos, se hizo una defensa a la que se debieron luego los mayores infortunios: la defensa de minas. Esta no llegó a funcionar. Pero es importante recordar que a raíz de la amenaza de las minas, Chile invitó a una honrosa capitulación, lo que mereció la heroica respuesta de Bolognesi. Y que la ira de la soldadesca por temor a la explosión subterránea llevó a límites increíbles la feroz venganza del vencedor sobre el vencido en la mañana del 7 de junio.

Pero estamos en Abril. A partir del 12 se pone a trabajar el ingeniero Elmore. ¿Qué se propone? Horadar verdaderas galerías subterráneas de 10, 12 o más metros cúbicos, cargándolas con porciones de 5, 7, 12 quintales de pólvora. Pero sólo cuenta, para ese vasto plan que preludia la guerra de trincheras del 14, cien hombres y mil sacos. Para colmo estalla una mina pequeña, sin daños. Faltaba de todo, y Bolognesi se ve impedido de proporcionar las herramientas que le pide su ingeniero. Apenas logra unas herramientas, para obras elementales. Se piensa abrir un conjunto de fosos en la zona del cementerio indio de Arica. Pero tienen que ser rechazados. No hay tiempo. Hace construir dos parapete-

tos de sacos, en los que cabían 50 hombres, a los que se va a llamar Ciudadela y Este. En Cerro Gordo, frente al Morro, repite el sistema; sacos de arena. No son pues fortalezas. Bolognesi lo ignora pero hoy lo sabemos. Fue por esta línea, la de mayor peligro para Chile, por la que atacaron la mañana del 7 de junio. Y no eran recintos inexpugnables —los que hallaron a su paso el 3 y el 4 de infantería chilenos— si no la obra de emergencia de una defensa fundada más en el coraje que en los fortines.

Por todo esto es que Elmore es enviado fuera de Arica con el fin de obstaculizar el avance chileno que ya se presiente próximo. Sale, pues, Elmore, con el fin de destruir varios puntos. El 27 de mayo, se tiene noticias suyas. Desde el punto conocido como el puente de Molle que se levantaba a la vista de Tacna, ciudad peruana ya tomada por los chilenos. Otro punto, cerca de Terraplén, lo mismo. Pronto Elmore vuela el puente de Chacalluta. La ruta a Tacna está interrumpida. Montero no logra comunicarse con Arica. El telégrafo no funciona. Si pensó en rendir la plaza no pudo hacérselo saber a Bolognesi.

Esta labor llevada a cabo por Elmore prolonga la vida de la plaza de Arica y detiene a los chilenos. Baquedano en Tacna actúa tranquilamente. "Tomó las medidas necesarias" dice el peruano Dellepiani. Envía primero un destacamento de tropa hacia el sur, que de noche

recorre la región, al mando de Juan de Dios Vinatea. Este regresa el 30 a Tacna e informa. El 31 de mayo parte un cuerpo de pontoneros chilenos a arreglar las vías del ferrocarril. Al utilizar soldados especializados en arreglar la vía, dice el mismo Dellepiani, lo que obtiene Baquedano es transportar sus tropas a Arica en el mejor pie. Además, su caballería le asegura un abastecimiento por medio de la explotación de los recursos del Valle de Lluta y luego de los Azapa, además de lo que exige a la agricultura tacneña. El cerco, pues, se está cerrando.

Bolognesi, entre tanto, espera revisando las baterías eléctricas montadas por Elmore, hace cargar las minas, raciona a la gente, pone fulminantes a las mechas, cablegrafía en vano a Leyva, y manda expresos a Montero. Uno de ellos, quizá el último, dice: Arica, mayo 25 de 1880, Benemérito señor General Montero: He hecho a US, cuatro propios, sin que ninguno haya regresado con su contestación. No he recibido dato ni orden oficial de US, de manera que me encuentro a oscuras. Necesito que US me comunique el estado de su ejército, su posición, sus determinaciones, y planes y sobre todo, sus órdenes. Arica resistirá hasta el último, y creo seguirá su salvación si US, con el resto del ejército o unido a las fuerzas de Leyva, jaquea en Tacna o en Sama o en Pachia o hace un esfuerzo para unirse con nosotros. Tenemos víveres. Ne-

cesito urgentemente la clave telegráfica. Sólo han llegado cinco dispersos. Camino férreo inutilizado. Todo listo para combatir. Dios guarde a usted, señor General. Francisco Bolognesi La Torre". Pero fue en vano. Nadie contestó a Bolognesi. Y por lo contrario el día 2 de junio, aparece por la parte norte del río Lluta, una escuadra de caballería chilena. Para colmo, Elmore es capturado cuando intentaba volar ocho minas de las que sólo estallaron dos. El secreto, si lo hubo, de la defensa minada de Arica, o su ejecución, es con este incidente, inutilizado.

En Arica es el pánico frente a la cercanía chilena y a la posible contienda. Las familias se asilan en los buques de guerra extranjeros que permanecen en el puerto. Entre ellos: el "*Huáscar*" francés, el "*Garibaldi*" italiano, el "*Hansa*" y "*Bismarck*" alemanes. Otros vecinos huyen al interior del valle de Azapa.

La moral de la tropa, dentro de la plaza es alta. Sobraban las municiones. Había víveres abundantes en el gramadal y ganado de pie. Víveres secos que permanecían en el cerro de Chuyo, son trasladados el 18 de mayo, por precaución, al Morro. Según un telegrama del 19 de marzo habían disponibles en la plaza, "1800 sacos de arroz, de 180 libras de cada uno". A partir del 26 de mayo, es decir en la etapa crítica de Arica, Bolognesi aumenta las raciones de arroz en 6 onzas lo mismo que la carne. "El

experimentado veterano, —dice Vicuña Mackenna—, sabía que para pelear hay que comer".

No todo marcha sobre ruedas. El plan de defensa no alcanza a cumplirse por falta de medios. Especialista en la artillería, Bolognesi empezó por dotar de campo de tiro circular a los cañones que presidían las torres de sacos de arena que llamaremos de hoy en adelante, fortalezas, pero que no tenían forma de reductos ni su retaguardia estaba cubierta al menos con un elemental parapeto de sacos de arena.

Anteriormente se ha quejado del nombramiento de "un doctor para el jefe del detalle de esta plaza". Se trata de O' Donovan, joven abogado en Moquegua. "La administración de un estado mayor tiene sus fórmulas" dice Bolognesi en carta dirigida al coronel Velarde. "No es suficiente ser doctor" agrega. "¿Cómo contesto el cargo que se me ha encomendado con un jefe del detall sin experiencia, con fuerzas débiles y mal armadas?" Pero es así esa guerra y Bolognesi verá el 7 de junio morir a O' Donovan en Cerro Gordo, como un valiente.

El 6 de junio, vísperas del combate, hay una grave desertión: el Coronel Agustín Belaúnde, discrepa de la actitud asumida por Bolognesi y su Consejo de Guerra y está, más bien, por la capitulación. Bolognesi lo manda a apresar. Luego, Belaúnde debería haber permanecido preso en el Manco

Cápac. Pero este se fuga a Moquegua. En el camino se tropieza con Pedro Alejandro del Solar, Prefecto de Tacna que se dirigía a Arequipa. Este le pregunta, extrañado de verlo, sobre la situación de Arica y Belaúnde no sabe responderle. Así, es tomado preso y está a punto de ser fusilado. Se salva y llega años después a diputado por Tayacaja, a pesar de la protesta de los tacneños, encabezados por Modesto Basadre.

Bolognesi sostiene firmemente el mando, pero la moral se resiente en algunos puntos de la plaza. El oficial Gavidia se presenta ebrio en una academia de clase el 14 de abril. Un sargento se niega a trabajar los pozos. Por último la guarnición del este, íntegra, protesta por el estado de su ración de arroz. Bolognesi comprueba personalmente la queja y aumenta como indicamos, el rancho del soldado. Así llega junio y con él, se estrecha el sitio.

Minas y Elmore

Chocano creía a Elmore —el ingeniero peruano de la defensa de Arica— un traidor. Como tal trató al hijo de éste, ocasionando un duelo y la muerte de Augusto Elmore, en la puerta de "El Comercio". Por eso estuvo preso el poeta dos años y deportado luego a Chile. Chocano había recogido lo que era un fuerte rumor popular.

¿Qué hay de cierto en todo esto? ¿Cuál es la responsabilidad de Elmore? No podemos deslindar su

participación en el Morro sin unirlo al problema de la tan mencionada defensa minada.

1.- El punto más negro de la historia es la captura de Elmore. Este es preso por los chilenos cuando intenta minarles el camino. Estallan sólo dos de las minas. Elmore y un soldado de nombre Ureta son presos por un piquete de caballería. Según una versión, Elmore fue hallado con los planos de Arica en el bolsillo.

2.- Las minas no estallaron. (La explosión de la Ciudadela se debió, más bien, a la pólvora contenida en la santabárbara de ese montículo. Prendida exprofeso por un ariqueño: Maldonado. No estalló por el sistema eléctrico de minas, como creyeron los propios chilenos en el momento del combate).

3.- Elmore aparece, incluso, como parlamentario del lado chileno, sugiriendo la rendición a Bolognesi, el día 6 por la tarde, luego de la visita del Mayor de la Cruz Salvo.

Hubo mucha confusión luego de perdida la plaza. Creo haber ubicado el origen del rumor contrario a Elmore en los primeros sobrevivientes que llegan a Lima a bordo del *Loa*. Al parecer un médico, miembro de la población civil, lo origina. La fulminante caída de la plaza, herido el amor propio, busca una víctima: Elmore. Veamos el problema, punto por punto, pues esclareciendo esto centramos otros asuntos tales como la estrategia chilena y peruana, la defensa de

Arica y desechamos algunas fábulas sobre la pretendida secreta defensa del Morro que no estalló nunca.

1.- Elmore fue capturado en misión semejante a la que le había llevado a volar los puentes de Chacalluta y Molle, retardando el arribo a Arica de los sitiadores chilenos. Pudo ser fusilado. La versión de su actitud, luego de preso, se la debemos a los propios chilenos. Según Lagos, Elmore se negó a dar datos al capitán Campos ante el cual fue conducido. "No fue fusilado porque se le consideró miembro del escalafón del enemigo, es decir, militar". El ingeniero Orrego Cortez, lo salva, pues la soldadesca chilena irritada ante el ataque con minas, lo iba a linchar. Elmore es conducido preso. En cuanto a que llevaba los planos, es absurdo. Pues si los chilenos poseían el secreto de Arica, ¿por qué temían invadirla, hasta el punto de solicitar una rendición a Bolognesi, el día 5, es decir, tres luego de capturado Elmore, con el fin de ahorrarse vidas?. Que hubo temor en el campo chileno lo sabemos por la versión del teniente chileno, Molinari, pues al parecer, el Coronel Ricardo Castro, al mando del famoso 3 de Infantería se negó a asaltar la batería del Fermín Nacarino la mañana del 7 de junio, quizá no tanto por cobardía como lo imputa apasionadamente Molinari, al fin, ex-combatiente, sino porque persistía el temor a las minas peruanas y Castro sospechaba que la batalla iba a

ser una carnicería, más atacando por el lado que había decretado Lagos y Baquedano, por el lado de los fortines, justamente.

Es posible que Elmore haya intensificado, incluso, el temor chileno ante las minas. Lo cierto es que todo (incluyendo el plan estratégico chileno) se efectuó en la más absoluta certeza de que se enfrentaban a una poderosa plaza minada, que los haría saltar por los aires en el momento de que los defensores quisieran. De ahí que el ataque se realizara por sorpresa, en la madrugada, y por el sector menos aparente, con el fin de ganar tiempo.

2.- Las minas no estallaron aunque Elmore en cartas aparecidas en los diarios de Lima dice lo contrario. Se trata, en realidad, de explosiones debidas a la destrucción de dos cañones peruanos, inutilizándolos ante el avance chileno y la voladura de la santabárbara de la Ciudadela, por obra del cabo Alfredo Maldonado.^(*) Pero esto lo hizo, personalmente, aproximando una mecha encendida al polvorín. El sistema de Elmore era automático. No funcionó, pues. Veamos, sin embargo, en que consistía.

Había minas en las defensas del Morro y en la ciudad de Arica. Según la libreta de notas del último subprefecto peruano de Arica, se-

(*) Jorge Basadre señala como el autor de este hecho a Alfredo Calenar. La explosión mató a más peruanos que chilenos, pues éstos no habían tomado del todo el fuerte.

ñor Fermín Federico Sosa, hubo minas en la propia ciudad y él las ubica, una en la calle de San Marcos, con 30 kilos de dinamita y otra frente a "la casa que perteneció a don Juan de la Mata Fuentes, situada en la calle Ayacucho, conocida hoy como "Casa de Bolognesi", oficina del estado mayor. Otra a un costado del hospital "San Juan de Dios", sobre el camino real que por el lado sur conduce al valle de Azapa". Esto fue todo en la ciudad. Los alambres partirían del Morro, en donde estaba la planta eléctrica.

Al parecer, Elmore había previsto hacer volar todos los fortines. Esto es: los del norte, en la parte baja (ver mapa) Santa Rosa, San José y Dos de Mayo. Y los de la parte alta: Ciudadela. Este, Cerro Gordo y el propio Morro.—¿Cómo y de qué modo? La defensa consistía en cargas de pólvora y mechas que se encenderían al contacto con una chispa eléctrica, conducida por los alambres cuyo foco residía en el Morro. Es decir: Bolognesi podría tocar el botón y los paramentos y la ciudad volarían en pedazos...

No hubo tiempo para montar tal obra. Si se hizo, admitamos que es cuerda la observación del mismo Federico Sosa: "quien atribuía el no haber funcionado la red eléctrica con los polvorazos preparados por aquel profesional (Elmore) a que los alambres transmisores habían sido colocados a flor de tierra en las calles de la ciudad, al alcan-

ce de los numerosos extranjeros sospechosos, en realidad, espías de Chile" (Vargas Hurtado). Quien se halla internado en la historia del conflicto, no ignorará lo avanzado y contemporáneo de los métodos chilenos para debilitar y conocer el territorio próximo a ser invadido: el sistema de informadores funcionó admirablemente, más si recordamos que muchos chilenos, atraídos por la riqueza y la abundancia de trabajo del litoral, radicaban en Arica y Tarapacá, anteriormente al conflicto.

La otra variante consiste en creer que las minas no estallaron porque Elmore no estuvo presente. No era el único ingeniero al servicio del Perú en Arica. Ni Bolognesi pudo haberse consentido el lujo de un proyecto independiente para su subalterno. Esta tesis es insostenible. "La red eléctrica de Elmore quedó inutilizada en gran parte el día del asalto, no porque faltaba su instalación, sino porque falló el corazon y porque, seamos francos, faltó Elmore, para ejecutar aquel heroico y terrible sacrificio" (Molinari).

Preferimos o la presencia de "esos huéspedes ingratos y peligrosos, (los espías) que fueron el mejor auxilio de sus compatriotas" (Paz Soldán) o la muy posible verdad, de acuerdo con nuestro temperamento proclive a improvisar y exagerar, con las posibilidades de tiempo, hombres y recursos de los sitiados, con la situación del Perú durante la guerra, que el tal sistema

de minas no alcanzase a ser montado por completo y que bastaron unos cuantos bombardeos (día 6 de junio) y la intervención de manos extrañas, para desconectarlo. Creemos, como Dellepiani, que esta fábula fue dañina al Perú pues acrecentó el odio y temor del invasor, hasta el punto de que, el día del asalto, la probable consigna fuese: "hoy no hay prisioneros". Los hubo, claro está. Pero los primeros momentos de la victoria, hasta que el propio Estado Mayor chileno no se trasladó al Morro, los soldados tomaron venganza en los vencidos en nombre de un sistema de minas que no estalló porque era un sueño más allá de las posibilidades reales de los sitiados.

Y Elmore vivió lo suficiente para saber hasta qué punto llega el rencor de un pueblo que se niega a explicaciones frente a un desastre semejante.

3.- La misión de Elmore, parlamentario, sirvió para distraer a los peruanos y movilizar el ejército sin testigos extraños. Lagos tomó a Elmore su palabra de honor de que regresaría, pero al mismo tiempo, le insinuó de que podía quedarse. ¿Qué buscaban los jefes chilenos? Elmore contaría el estado del ejército tal y como lo había dejado: frente a los fortines de la playa. Pero, esa misma noche, los chilenos marchaban a nuevas posiciones, desbaratando los planes de defensa de Bolognesi. Sin embargo, el hábil Elmore trató de transmitir sus sospechas. Según su informe, los

chilenos atacarían por el Este, es decir, por la parte escarpada. Bolognesi lo escuchó. La extraña condición de Elmore, prisionero peruano y aparente parlamentario, le impedía, incluso, recibirlo. Así se lo mandó decir. Quedó si atender, pues, la utilísima sospecha de Elmore. Fue así como envió, al *Tarapacá* y al *Iquique*, sus mejores tropas, al resguardar la costa, por donde creía vendría el ataque. Vino por la retaguardia, según la indicación de Elmore. Cuando este regresó al campamento chileno vio con desesperación que éstos levantaban campaña rumbo a las lomas de Condorillo para de ahí, pasar a ocupar las posiciones de asalto, frente a los inadvertidos bastiones peruanos del lado este: la Ciudadela y el Este. De modo pues que la captura de Elmore y su participación en las deliberaciones de rendición son sólo una maniobra hábil del Estado Mayor Chileno para engañar a los sitiados, informándoles indirectamente de una posición en la que ya no permanecían.

Los dos ejércitos

Comparar las fuerzas de chilenos y peruanos en Arica nos define como hubo de ser el asalto final y la magnitud del sacrificio elegido por Bolognesi. Los peruanos llegaban a 1980 hombres, incluyendo su Estado Mayor y los 150 marineros y clases del Monitor *Manco Cápac*. Los chilenos llegaban a 4847 hombres, sin contar las tripulaciones del *Co-*

chrane, Covadonga, Magallanes y el *Loa*, los zapadores y pontoneros, con los cuales hacían más de 6,000 chilenos sobre las armas y rodeando, por mar y tierra, a Arica. El ejército chileno lo componía la reserva que había combatido Tacna y que en el caserío de Pachia, recibió la orden de dirigirse a sitiar Arica. El origen de los batallones peruanos revela el desamparo y sorpresa del Perú ante esa guerra. El *Cazadores* de Piérola se formó sobre la base de la guardia nacional, compuesta por civiles. El *Tarapacá* se recolectó entre los obreros de la región bajo la inspiración de jóvenes peruanos acomodados como los Ugarte, Lavalle y Billingham. Su primer uniforme fue obsequiado por el abogado José Santos Adurive, su primer jefe, a la sazón, abogado en Moquegua. Ganó sus primeros fuegos en Tarapacá. En cuanto a los *"Artesanos de Tacna"* y su nombre indica la premiada composición que lo formó, siendo el primero en entrar en la línea de batalla en el *"Este"*.

Chile sitiaba a Bolognesi con regimientos tan fogueados como el famoso 3 de infantería, y el 4 de línea, el Buin de línea que había recibido el fuego en Tacna y Tarapacá más principalmente, y que en sorteo para asaltar el Morro, (la noche del 6) tuvo la suerte de pasar a ser un cuerpo de apoyo, evitando así otro choque frontal para sus tropas. Además de estos cuerpos, el regimiento Bulnes de caballería, los cazadores a caballo y la escuadra, y 142 hombres dedicados a las tres

baterías krupp que no se usaron.

El armamento ahondaba, también, la diferencia entre ambos ejércitos. En el llano, los peruanos tenían rifles Remington. En algunas fortalezas, el Peabodi. Y el resto con el viejo Chassepost francés que se inutilizaba a los primeros disparos. Los chilenos, en cambio, estaban armados en su totalidad con el moderno Comblain, de fabricación belga.

Era, pues, un inconveniente, la variedad de munición en el lado peruano. Podemos juzgarlo, por el siguiente parte (1º de abril) presentado a sus superiores por el capitán de corbeta don Germán Paz: "500 mil tiros de Remington, 5 mil de carabina Remington, 34 mil de Peabody, 95 Chasepot transformado, 114 Comblain peruano, 6 mil de lo mismo, 24 carabinas Evans, 31 mil Chasepot antiguo, 37 mil Winchester".

Los chilenos ocupaban el interior y el mar. Los peruanos la ciudad de Arica y el Morro. Veamos, pues, la más importante defensa peruana: los fuertes, sus cañones.

Cuando se declaró la guerra, Arica era una plaza desguarnecida. Ocupada Antofagasta, su importancia creció. El propio Lizardo Montero fue nombrado comandante general de las baterías y fuerzas de la plaza. Inmediatamente se trasladó siendo recibido con entusiasmo. Se inició la fortificación del Morro y del fuerte de San José (ver mapa). Para ello llevó a los ingenieros Eléspuru y Castillo y contó con la

asesoría del artillero coronel Arnaldo Panizo. Poco después llegó el propio Prado.

Se erigieron tres fortines abajo, cerca de la playa, y hacia el norte. Y otros tres en la cercanía del Morro, hacia el Este. Llamaremos a unos, pues, los fortines del Norte y a los otros, los del Este. (El ataque vino por los del Este).

En los del norte se levantó un fuerte llamado Santa Rosa, otro inmediato de nombre San José que era más bien una batería, y otro fuerte, el tercero y más cercano a la ciudad, bautizado "Dos de Mayo".

Cerca del Morro se alzaron otros tres reductos. El ciudadela, en el cerro Chuño. El "Este" a la izquierda del primero y otro fortín, mucho menor, en el Cerro Gordo, a un paso del Morro.

Estos fuertes eran incompletos por su armamento y construcción. Examinémoslos uno a uno, de norte a sur, desde la playa hasta la cumbre.

El *Santa Rosa*, el *San José* y el *Dos de Mayo*, "construidos a barbeta, estaban cubiertos con barro duro". Contaban con algunas defensas que los protegían del asedio que desde el mar podía dirigirles la escuadra chilena. Debieron presentar un aspecto muy curioso, pues, luego de un tiempo, el barro que las conformaba, llamado "chimba" creció y enverdeció esas ligeras defensas. En el fuerte Dos de Mayo había un Vavaseur de 250 que con los del Morro, eran los de mayor alcance. En el fuerte Santa Rosa ha-

bía otro Vavaseur de 250. Y en la batería San José, dos cañones Parrot de 150. El único que poseía un tiro circular era el del Vavaseur. Los demás eran fijos y muy inconvenientes, como luego trágicamente se demostró. Cada fortín estaba provisto de sus respectivos artilleros. Un largo parapeto unía estos fuertes del norte con los del Este. Entre ellos, en la zona baja y pegados a los fortines del Norte, Bolognesi distribuyó las compañías "Tarapacá" e "Iquique", en total 600 hombres. Mandaba el "Tarapacá" pegado a la derecha y hacia el cementerio, el Coronel Alfonso Ugarte. Y el "Iquique" el argentino Roque Sáenz Peña. Jefe del Estado Mayor era el Comandante General Bustamante. A cargo de las baterías del norte, estaba el Comandante Juan A. Ayllon. Bolognesi pensaba que el ataque vendría por esta línea y por eso envió sus mejores tropas a la parte baja.

"La Ciudadela, era un cuadrilongo foseado por sus costados norte y oriente", "Sacos de arena, húmedas camanchacas ariqueñas han solidificado bien esas defensas, que cuentan más de un año", dice Molinari, testigo de vista. "La muralla del oriente es ancha, y tres piezas la defienden: dos Parrot de 300 y un Voruz de a 70". Se equivoca Molinari: eran de 100. "El Este levantaba su pesada silueta, sobre la izquierda de la ciudadela, a unos 800 metros al Sur-Este". En esta zona estaba la Séptima División a órdenes del Comandante General,

Coronel Inclán. Era jefe del Estado Mayor, el joven O'Donovan. En los fuertes del Este, estaban acuartelados: en Ciudadela, el batallón "Granaderos de Tacna" al mando de C. Arias y Aranzúez y el "Cazadores de Piérola" al mando de Francisco Cornejo. Total: 580 hombres. En la llamada "Este" el Artesanos de Tacna al mando del Coronel Varela, con 380 hombres. En ese punto permanecían, también, Inclán y O'Donovan. En el Morro permanecía el Capitán de navío Juan C. Moore, Manuel I. Espinoza y Francisco Bolognesi.

Los sacos de arena fueron rasgados fácilmente por los corvos de los soldados chilenos. En esta zona la pendiente era escarpada. De difícil acceso. Estos fuertes del Este no tenían cañones de tiro circular. Además, no estaban defendidos por retaguardia. Es decir, no eran fortines completos. Sobre dos promontorios se había levantado "una improvisada fortificación" para usar la frase de Teodoro Elmore.

"El último cartucho"

Baquedano estaba dispuesto a atacar antes del lunes 7. "Telegrama de Iquique a Santiago. Los restos peruanos (de la batalla de Tacna) tomaron distintos rumbos pero nadie se replegó a Arica. Los regimientos Buin, 3º. Y 4º. De línea, el Bulnes, 22 piezas de artillería, y 400 de caballería están a dos leguas de Arica: Mañana (el 3) atacaremos por retaguardia, juntamente

con la escuadra, José Velásquez, jefe del EMC". ¿Qué detuvo a los chilenos? Una sola cosa: el temor de que Arica estuviese tan minada como se rumoreaba. Así, por esta razón, es que la caída del Morro se aplaza. Y surge la idea de una solicitud para una rendición honrosa.

El día 5 de junio, por el lado del Lazareto Viejo, en las fortalezas del norte, se anuncia el Mayor De la Cruz Salvo, con toques de corneta. Lo acompañan el ayudante del Coronel Lagos, Capitán Enrique Salcedo, el alférez de artillería don Santiago Paz, un abanderado, dos cornetas, un ordenanza. Sabemos que el Mayor de La Cruz viajó, luego de tomada Arica, a Santiago. Vicuña Mackenna, entonces Senador, escuchó, pues, la versión directa de los hechos. Repito, que a su memoria debemos la noticia sobre la frase de Bolognesi que ha recorrido el mundo y es prenda de nuestra historia. He aquí, pues, textual, la versión de aquella entrevista, y la versión de Vicuña Mackenna tomada de la conservación con De la Cruz Salvo.

Le oigo a usted, señor.

—"Señor, contestó Salvo, el general en jefe del ejército de Chile, deseoso de evitar un derramamiento inútil de sangre, después de haber vencido en Tacna al grueso del ejército aliado, me envía por la rendición de esta plaza, cuyos recursos en hombres, víveres, y municiones conocemos".

—Tengo deberes sagrados, repuso el Gobernador de la plaza, y

los cumpliré quemando el último cartucho.

—Entonces está cumplida mi misión, dijo el parlamentario levantándose.

—Lo que he dicho a usted — repuso con calma el anciano — es mi opinión personal, pero debo consultar a los jefes y a las dos de la tarde mandaré mi respuesta al cuartel general chileno”.

(Vicuña atribuye un ardid a Bolognesi)

—Salvo, que era un hombre perspicaz, de la escuela de Portales, Pinto e Isidoro Errazuriz replicó al punto al gobernador de la plaza:

—No, señor Comandante. Esta demora está prevista, porque en la situación en la que respectivamente nos hallamos, una hora puede decidir la suerte de la plaza. Me retiro.

—Dígnese usted aguardar un instante, replicó Bolognesi, voy a hacer la consulta aquí mismo y en presencia de usted.

Y agitando la campanilla llamó a un ayudante, al que impartió la orden de conducir inmediatamente a consejos a todos los jefes.

“El primero en llegar fue Moore, vestido de paisano, pero con corbata blanca de marino, enseguida Alfonso Ugarte, cuya humilde figura hacía contraste con el brillo de los arreos, el modesto y honrado Inclán, el viejo Arrias, los coroneles Varela y Bustamante, los comandantes O’Donovan, Zavala, Sáenz Peña, los tres Cornejos y varios más”.

“Cuando estuvieron todos sentados, en pocas y dignas palabras,

el gobernador de la plaza reprodujo en sustancia su conversación con el emisario chileno, y al llegar a la respuesta que había dado a la intimación, se levantó tranquilamente Moore y dijo:

—Esa es también mi opinión.

“Siguieron los demás en el mismo orden, por el de su graduación, y entonces, dejando a su vez el asiento el mayor Salvo, volvió a repetir:

—Señores, mi misión está cumplida, lo siento mucho. Y luego alargando la mano a algunos de los jefes, que le tendían la suya cordialmente, fue diciéndoles, si sarcasmo, pero con acentuación:

—Hasta luego”.

Roque Sáenz Peña, el generoso argentino que combatiera en el Morro por una patria que no era la suya en nombre del derecho americano pisoteado con la invasión, nos da la versión, jovial y sincera, frente al parlamentario chileno, De la Cruz Salvo, dice Sáenz Peña, “era observado en todos los detalles de su uniforme, su fisonomía, su actitud, sus miradas, todo era observado minuciosamente, produciendo en la junta una impresión más bien simpática”. Queda ratificado por este testimonio la calidad del ofrecimiento: “el General Baquedano pedía la evacuación de la plaza y la entrega de las armas, las tropas peruanas desfilarían con honores militares, batiéndose marcha regular por el ejército chileno”. “El Comandante Moore que ocupaba un asiento en el fondo del desman-

telado salón, de pie pidió que la Junta resolviese por aclamación la defensa de la plaza.

Todos sus jefes se pusieron de pie y la resistencia quedó resuelta por aclamación. Fue entonces cuando el Coronel Bolognesi se dirigió al parlamentario con una frase cuyo recuerdo lo conservaron los pocos peruanos que sobrevivieron al desastre: "podéis decir a vuestro general que me siento orgulloso de mis jefes y dispuesto a quemar el último cartucho en defensa de la plaza".

Hay una ligera variante entre la versión de Vicuña Mackenna y la de Sáenz Peña. En la primera se pide su opinión, jefe por jefe, y en la segunda, Moore pide una aclamación. En realidad Sáenz Peña puede estar confundiendo esta sesión, como cree Vargas Hurtado, con otra anterior, llamada Junta de Guerra, cuando la plaza quedara aislada, por los sucesos de Tacna. En ella Bolognesi solicitó opiniones, y viendo la sólida decisión de sus oficiales, no vaciló, cuando fue preciso, en llamarlos delante del propio De la Cruz Salvo, para escuchar una respuesta de cuyo valor ya conocía el corte. La tranquila confianza de Bolognesi brota de esa sesión y el contacto con esos hombres, de los que sin duda, está totalmente seguro.

Escaramuzas

Conocida la respuesta de Bolognesi se inició el bombardeo de

la plaza. Esto sucede el día 6. El fuego es intenso por mar y tierra. Este es el día de la artillería. Se cruzan los fuegos entre la Armada chilena y los fuertes del Morro. Y por la playa, avanza el regimiento "*Lautaro*". Desde las baterías peruanas del norte, Ayllón mandaba abrir fuego. Con 4 cañones y las piezas del Monitor *Manco Cápac*, pegado a la costa, se bate el terreno. Los de "*Lautaro*" pueden continuar avanzando, pese al fuego, pues las ondulaciones del terreno se lo permiten. Una escuadra de cazadores y otra de carabineros, avanzan, al lado del *Lautaro*, diseminados por la playa. Se cree que el ataque se iniciará ahí.

El *Cochrane* es alcanzado casi sobre la línea de flotación y mueren 27 de sus tripulantes. Los cañones del fortín San José detienen al *Lautaro* ⁽¹⁾ Este día, parece favorable para las armas peruanas y hay júbilo en Arica. Pero esta experiencia influye en el ánimo de Bolognesi, altera su defensa, con resultados nefastos. "Esa operación, que al decir de los chilenos fue un simple reconocimiento, hizo creer al Coronel Bolognesi que el ataque se produciría por ese lado, y celoso de sus funciones, dispuso que se trasladase a esa región en la misma tarde del 6, la Octava División

(1) Se cambiaron 345 tiros, 272 por los chilenos y 71 por la plaza. (*Jorge Basadre. Tomo V, "Hist. de la República"*). La *Covadonga* chilena, tuvo que retirarse al recibir dos cañonazos en su línea de flotación.

Completa, dividiendo así sus fuerzas, entre las dos grandes reparticiones de la posición" dice Dellepiani.

Por la tarde, va a Arica, Teodoro Elmore, con el encargo de participar a Bolognesi otra propuesta de la capitulación. Largo habla el ingeniero peruano con el Estado Mayor, pero no con el propio Coronel Bolognesi que no le recibe. Elmore, lo hemos dicho, sospecha que el ataque se hará por la parte escarpada y no por la ladera batida por los fuegos por el Norte. Cuando regresa al campamento chileno, estos han levantado tiendas y se aprestan a moverse hacia las sierras.

Esta es una hábil maniobra. Grandes fogatas quedan en las alturas de Azapa para que en el Morro crean que los chilenos mantienen la posición del día anterior. *Tarapacá* e *Iquique*, batallones peruanos de lo mejor, han quedado abajo. Arriba los 900 hombres del Este y Morro y Ciudadela. La noche cae sobre un ejército peruano dividido en dos, mientras los chilenos realizaban una gran maniobra para colocarse frente, al amanecer, de los fuertes del Este. Así, cuando comienza la contienda, Ugarte habrá de bajar a caballo, desde el Morro, para llevar a su tropa a la altura. En el camino, se la diezman. Igual a Sáenz Peña.

Fue ésta una batalla de la infantería, dice Dellepiani. No intervinieron los cañones chilenos ni los peruanos, pues los asaltantes sobre-

pasaron el ángulo de tiro. Baquedano llegó a emplazar la artillería en el límite del valle, para ponerla a salvo de toda ofensiva por parte de los del Perú.

La acción lleva el sello de la personalidad de Baquedano dice Dellepiani. No participa la caballería. El 3 y el 4 de infantería chilenos se instalan como las divisiones Amengual, Barcelo y Amunátegui en la batalla del Alto de la Alianza. No hubo patrulla por parte del Perú. De haber enviado vigías Bolognesi, hubiera descubierto el movimiento del enemigo, librándose la plaza de ser sorprendida en la mañana del 7 de junio.

Así es como 2400 chilenos amanecen frente a los 420 peruanos de la Ciudadela y los 387 del Este. Detrás del 3 y 4 de línea, venía el Buin y luego los 200 jinetes, probablemente para que nadie desertase.

La táctica chilena es bien clara. "Sobre cada uno de los fuertes del Este, atacaría un regimiento de infantería, mientras un tercero marcharía por detrás para reforzar, recoger o apoyar a los primeros, si fuese necesario. Una parte de la caballería seguiría ese movimiento". "La artillería como un batallón de sostén, debía cañonear al defensor desde su emplazamiento de la víspera, y durante la preparatoria del asalto se encargaría de avivar las fogatas encendidas en el Condorillo para despistar la guarnición, con ese motivo se despachó a Elmore a esa hora". "Por último un regimiento". El Lautaro "avanzaría

del norte concéntricamente para fijar a los defensores de ese extremo de la posición, desviar la atención de los peruanos complicando el problema de la defensa al dar al revés sobre los defensores del Morro". "El 4 fue designado para atacar el fuerte del Este, y el 3 para proceder en idéntica forma contra la Ciudadela, y el regimiento Buin 1 de línea, quedaba encargado de marchar detrás del intervalo de los dos anteriores". Esta es la opinión del militar peruano Dellepiani.

Y así amanece el 7 de junio. A mil metros, en el de mayor silencio, los chilenos esperan la orden de ataque.

La consumación

Nada extraña mejor, dice Raymond Aron, el contraste existente entre la incoherencia de la historia vivida y el orden de la historia narrada, que una batalla. Este es el punto clásico de discrepancia entre "la experiencia de la batalla de un combatiente individual —que recoge la novela— y la representación estilizada que ofrece la historia". "La unidad histórica se construye, no se vive", termina Aron.

En verdad hay un tanto de irreverente, de cerebral y esquemático, en ordenar los hechos múltiples que se dan en una contienda en la que miles de hombres sufrieron y murieron sin conocer el placer del conjunto que da el tiempo al historiador, a los sobrevivientes, a los herederos. Por eso, he inte-

grado en el apéndice de este texto, la narración de la batalla de Arica, desde alguna experiencia personal: la de Roque Sáenz Peña.

Pero precisamos de un orden. Digamos, pues, que la breve batalla de Arica (comenzó a las 5 y media, concluyó a las nueve de la mañana) se divide en las siguientes etapas:

1.-Asalto del 3 y 4 de línea chilenos a la Ciudadela y al Este. Captura de estas plazas. Se generaliza el fuego.

2.-Bolognesi envía por el "Tapacá" e "Iquique". Avanza el Lautaro al norte. Los chilenos coronan Cerro Gordo y esperan al "Buin". Desde la altura son diezmados los peruanos de Ugarte y Sáenz Peña.

3.- Ataque sobre el Morro.

4.-Fusilamiento en Arica y hundimiento del "*Manco Cápac*".

A paso de carga, pues, ascendieron los soldados chilenos la pendiente de el "Este" y la "Ciudadela". La orden de ataque estaba dada para las 4 y media de la madrugada. Pero por defección del Comandante Castro, del 3 de línea, el ataque chileno se retrasó. Los "Artesanos de Tacna" descubren el ataque. Ven a los del 4 de línea, avanzando a la carrera. Animados por Inclán, O'Donovan y su jefe directo, el Coronel Varela, logran detener por un tiempo a los soldados de Juan José San Martín. En la "Ciudadela" la suerte es distinta. Pronto los corvos rasgan los sacos de arena y en la guarnición sólo

quedan unos cuantos soldados. Mueren Zela, Chocano, segundo y tercer jefe del Batallón. Y Francisco Cornejo y Vizcarra, primero y segundo jefes. También Nacarino, jefe de la batería. La diferencia de armamento y número es abrumadora. Arias y Aragüez se niega a rendirse. Le solicitan una y otra vez, que entregue su espada. No cede y le matan de una descarga. A estas alturas del combate ya una compañía del Buin iniciaba un movimiento envolvente sobre el "Este". Inclán entonces ordena la evacuación de este fuerte en conformidad con la órdenes recibidas por Bolognesi rumbo a las trincheras de Cerro Gordo. De pronto se oye una explosión. Es la Ciudadela que vuela por los aires con asaltantes y defensores, pues el cabo Alfredo Maldonado ha puesto fuego a la santabárbara del fuerte. Los sobrevivientes de "Granaderos de Tacna" son diezmados al intentar recogerse sobre el Cerro Gordo. La figura de Arias y Aragüez, delgado, pequeño con los cabellos plateados se agiganta dentro del uniforme de coronel del ejército francés que llevaba ese lunes en Arica y su suerte es un presagio para el destino de los defensores de la plaza. El primer escalón chileno ha coronado pues con éxito y rápidamente los bastiones del Este. Pero la resistencia ofrecida por los Artesanos de Tacna y los Cazadores de Piérola permiten que en la batería del Morro, Moore, Espinoza cerca de los que se encontraban Bolognesi y La Torre atinen a enviar a Alfonso Ugarte para que

traiga consigo los dos batallones de Tarapacá y el Iquique desperdiciados en la parte baja. Baja Alfonso Ugarte a caballo y en ese instante se inicia la segunda progresión chilena sobre las trincheras del Cerro Gordo. Ahí están los pocos Artesanos que se han salvado, está Chocano malherido y que ahí muere, está el propio Marcelino Valera gravemente herido. Es un asalto a la bayoneta y en él quedan el propio Coronel Inclán y los Comandantes O'Donovan. Ha terminado la empecinada resistencia de Cerro Gordo cuando aparecen, encabezados por Alfonso Ugarte y llamados a la cita desesperada del Morro los batallones Iquique y Tarapacá con sus jefes Sáenz Peña y Zavala. Son las 8.30 de la mañana, Cerro Gordo está a doscientos metros de distancia del Morro. La línea de los Fuertes del Norte y del Cementerio han quedado desamparadas. Sáenz Peña intenta escalar el Morro para reunirse con el Estado Mayor. Cómodamente desde Cerro Gordo el ejército chileno hace puntería sobre su tropa. El mismo es herido en el brazo derecho, en cambio Zavala trata de recuperar Cerro Gordo sin éxito y lo matan. Le sucede en la tarea Benigno Cornejo, segundo jefe del mismo batallón, quien también queda en las laderas. Es el tercer jefe quien recibe órdenes de Bolognesi de relegarse sobre el Morro. A Sáenz Peña a su vez le han matado su segundo y tercer jefe y diezmado su tropa. Así, en la planicie del Morro se hallan esa mañana Alfonso

Ugarte, el Mayor Blondet que ha de morir al pie del asta, Roque Sáenz Peña, Moore, algunos sobrevivientes del Artesanos, los restos del Iquique y el Tarapacá, los Artilleros de la batería del Morro y algunos marinos de la *Independencia*. El asalto al Morro es una hecatombe. Se repite la masacre de la Ciudadela. En el asalto muere el valiente comandante chileno Juan José San Martín pidiendo "que le quiten esa bandera" refiriéndose a la peruana. Inútiles los cañones del Morro, la lucha es de cuerpo a cuerpo, breve, a la bayoneta. Bolognesi es derribado de un balazo y un soldado lo ultima de un culatazo en la frente. Ugarte desaparece, sea porque se arroja al mar, sea porque lo arrojan desnudo a las fosas de los acantilados del Morro, como es la versión de Markham.

Muerto Bolognesi, aún se cumplen sus órdenes y el segundo jefe de las baterías, capitán de corbeta Espinoza, logra hacer reventar dos cañones de los 13 que el Perú pierde en el Morro. Según la versión chilena del Comandante Pérez, Bolognesi intentó volar la santabárbara del Morro exclamando: "¡Traición!" en cuanto comprobase que esta no funcionaba. Para Vicuña Mackenna las bajas chilenas llegaron a 474 y la de los peruanos a más de mil "o sea la tercera parte de su gente, no siendo menos de veinte los jefes u oficiales de alguna consideración que ahí pagaron con la vida el tributo obligado de los asaltos de las plazas fuertes", Mackenna dice que

la plaza fue tomada en una hora, recogiendo el telegrama de Baquedano sobre la captura de la plaza. Markham recoge por su parte la versión de la bandera blanca levantada por Bolognesi en los últimos instantes del morro.

Sin embargo es bueno tomar en cuenta la versión de los sobrevivientes peruanos que, presos en San Bernardo, fueron entrevistados por periodistas chilenos (*La Opinión Nacional*, Diciembre 13 de 1880) M.C. de la Torre afirmó aquella vez que no hubo voluntad de rendición en ningún momento. Fueron cerca de 600 los prisioneros incluyendo a la tripulación del *Manco Cápac* ⁽¹⁾ Cuando Sánchez Lagomarcino viera arriarse el pabellón peruano en el Morro y en la posibilidad de entablar combate, con el fin de no entregar un barco más a la poderosa escuadra chilena, echó a pique el *Manco Cápac*.

A las 9 ⁽²⁾ pues, del 7 de junio de 1880, el Teniente del Cuarto de línea chileno Casimiro Ibáñez (que habría de morir en el Morro Solar) fue quien bajara la bandera peruana para izar la chilena en el mástil del Morro de Arica en donde hasta ahora está.

⁽¹⁾ Más de 1000 muertos, incluyendo los soldados peruanos fusilados en la mañana del 7 de junio en Arica, luego de la captura del Morro.

⁽²⁾ Informe de Baquedano. Despacho de Lynch en Iquique. Parte del Comandante Manuel C. de la Torre.

DOCUMENTOS

Los Telegramas de Bolognesi

Arica, 30 de mayo de 1880. Prefecto-Arequipa. Esfuerzo inútil, Tacna ocupado por el enemigo. Nada oficial recibido. Arica se sostendrá muchos días y se salvará, perdiendo enemigo si Leyva jaquea, aproximándose Sama y une con nosotros Bolognesi.

Arica a Prefecto Arequipa, Avanzadas enemigas se retiran. Continúan siete buques. Apure Leyva para unírseles. Resistiremos. Bolognesi.

Arica, 26 de mayo de 1880 (8 p.m.) Señor General Montero. Pachía. Dice el coronel Bolognesi que aquí sucumbiremos todos antes de entregar Arica. Háganos propósitos, comuníquenos órdenes y noticias del ejército y de los auxilios de Moquegua. Manuel C. de la Torre. Jefe del Estado Mayor General.

Arica, 2 de junio de 1880. (Recibido en Arequipa el 2 a.h. 12.30 p.m.) Prefecto, Arequipa. Toda caballería enemiga en Chacalluta. Compose Ferrocarril. No posible comunicar Campero. Sitio o ataque resistiremos. Bolognesi.

Arica, 2 de junio de 1880. (Recibido en Arequipa el 3 a.h. 6.35 a.m.). Prefecto, Arequipa. Enemigos todas armas por trenes a dos leguas acampados. Espere mañana ataque. Bolognesi.

Arica, 5 de junio de 1880. (Recibido en Arequipa el 5). Prefecto, Arequipa. Todavía es posible hacer mayor estrago en el enemigo victorioso. Arica no se rinde y resistirá hasta el sacrificio. Bolognesi.

Arica, 5 de junio de 1880. (Recibido en Arequipa el 5 de a.h. y 0, a.m.) Prefecto, Arequipa. Parlamento impone rendición. Contestación, previo acuerdo con jefes: quemaremos el último cartucho. Bolognesi.

Arica, 5 de junio de 1880. (Recibido en Arequipa el 5 de a.h. 2.40 p.m.). Prefecto, Arequipa. Suspendido por enemigos cañoneo. Parlamentario dijo: "General Baquedano por deferencia especial a la enérgica actitud de la plaza, desea evitar derramamiento de sangre". Contesté, según acuerdo de jefes: Mi última palabra es quemar el último cartucho. ¡Viva el Perú! Bolognesi.

Arequipa, 5 de junio de 1880. Coronel Bolognesi. Arica. Felicito a usted y jefes de la plaza en nombre pueblo arequipeño por su noble actitud. Arequipa contesta: Viva el Coronel Bolognesi. Gonzales Orbeso. Prefecto.

Arica, 6 de junio de 1880. (Recibido en Arequipa el 6 ah, 10.35 p.m.) Prefecto, Arequipa. A las doce y cincuenta principió fuego artillería enemiga. A las dos "Loa" y "Magallanes", "Covadonga" y "Cochrane" sobre baterías y "Manco Cápac" combate general. Batería "San José" a los diez disparos apagó una batería del cerro. "Manco" hizo cambiar rumbo a "Cochrane" que a h. 3.40 tuvo incendio por proyectil Morro y salió combate. A las 4 caballería e infantería por el norte, que huyeron luego de fuegos de los nuestros. Gran entusiasmo. Enemigo hizo 264 cañonazos. No hay desgracias. Jefes agradecen saludo Arequipa. Felicito en su nombre al país por el día. Bolognesi.

La Batalla según un testigo
Testimonio Personal:
Roque Sáenz Peña

Parte de la 8ª División.

Comandancia General de la 8ª División.

Arica, junio 7 de 1880

Señor Teniente Coronel Jefe del Detall de la Plaza y de las baterías de Arica

S.T.C.,

Cumplo con el deber de parte a U.S. del hecho de armas que tuvo lugar en el día de la fecha, y de la actitud asumida por el batallón.

La noche del 6 del corriente, me encontraba con mi cuerpo sirviendo de avanzada y defensa a las baterías del Norte, distribuidas las compañías en los distintos parapetos que llegan hasta la punta denominada "Chinchorro".

La noche pasó sin otra novedad que una descarga hecha por la avanzada que tenía unos doscientos metros del paramento en que había situado las compañías 1a. y 2a. siendo dirigida dicha descarga sobre una pequeña partida de caballería enemiga, que se había retirado ya cuando me trasladé a la avanzada.

Este incidente me hizo redoblar la vigilancia hasta el momento en que vino personalmente el señor Comandante General de la División, Coronel don Alfonso Ugarte, y me dio la orden de moverme inmediatamente y situar mi fuerza en los parapetos que ocupan la prolongación Este del Morro.

Retiradas todas mis avanzadas e incorporadas las compañías que se hallaban situadas en los otros parapetos, apenas formado el batallón sentí un disparo de cañón en las baterías del Este, que fue seguido de un nutrido fuego de fusilería; el combate había comenzado siendo las 5 y 1/4 a.m., pudiendo todavía a favor de la oscuridad distinguir en el horizonte el fognazo de las descargas de la fusilería.

Avancé con mi batallón a paso de trote desde el Chinchorro y después de cruzar esta larga distancia, emprendí con gran esfuerzo de mi tropa ya fatigada, el ascenso del cerro que en ese momento se encontraba bajo los fuegos enemigos; contraí mi acción al medio batallón de la derecha, para impedir que contestase los fuegos, encargando de la izquierda a mis dos jefes subalternos, porque era imposible recorrer todo el

flanco del batallón que marchaba en hileras por el estrecho desfiladero del Morro.

El medio batallón de la derecha subió en efecto sin contestar un tiro y soportando el nutrido fuego del enemigo; a la cabeza de él coroné el cerro en el momento mismo en que el señor comandante Zavala hacía otro tanto por mi izquierda con medio batallón "Tarapacá".

El enemigo no me dio tiempo de ocupar los parapetos, pues se hallaba tan próximo y sus fuegos eran tan vivos, que tuve que contestarlos desde el primer momento en que mi medio Batallón escaló el cerro.

Allí se combatió con toda decisión, los fuegos fueron sostenidos por el medio batallón "Tarapacá" por la derecha del "Iquique" y por restos de "Granaderos" y "Artesanos de Tacna".

Ya nuestras bajas hacían difícil la resistencia; la izquierda del "Iquique" que mandé a buscar, se había ocupado de contestar los fuegos, encargando a la izquierda a mis dos jefes subalternos

La oficialidad y la tropa del medio batallón que logré subir estaba diezmada; los tres jefes subalternos no pudieron seguirme, y yo me hallaba herido desde el principio del combate, de un balazo en el brazo derecho que me permitió sin embargo, mantenerme a caballo hasta los últimos momentos en que tuve que abandonarlo porque se me hizo imposible darle dirección; fue entonces que nos reunimos con U.S. los señores Coroneles don Francisco Bolognesi y don Guillermo Moore, cayendo a nuestro lado estos dignos jefes, atravesados por el plomo de una fuerte descarga.

Habían ya caído los señores Coroneles Ugarte y Bustamante, como también el teniente coronel don Ramón Zavala, quedando el que firma como comandante general de la división 8a.

Es en este carácter que me lo da la fatalidad y un encadenamiento de desgracias terribles, que elevo a U.S. el presente parte con el del Batallón "Tarapacá" ofreciendo

elevar oportunamente la relación de las bajas habidas en la división.

Dios guarde a U.S.S.T.C.

Roque Sáenz Peña

APÉNDICE GRÁFICO



E. COURRET (FOTOGRAFÍA)

ARCHIVO FOTOGRÁFICO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ.

FRANCISCO BOLOGNESI



DENIEL HERNÁNDEZ (FOTOGRAFÍA DE UN ÓLEO).

ARCHIVO FOTOGRAFICO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ.

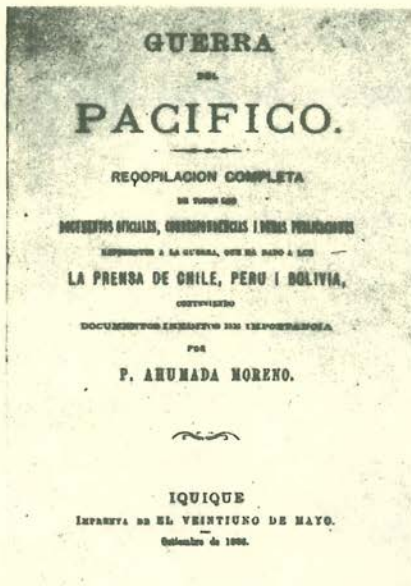
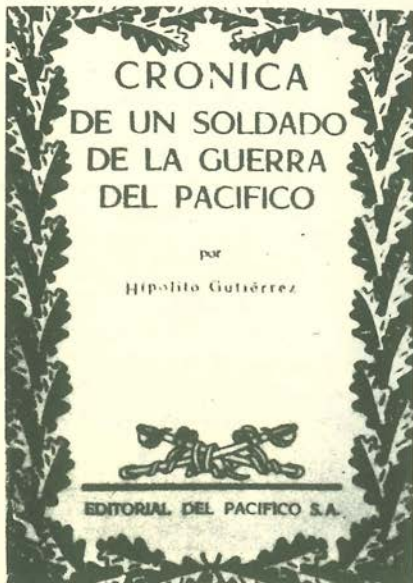
FRANCISCO BOLOGNESI

MARCIAL MARTINEZ

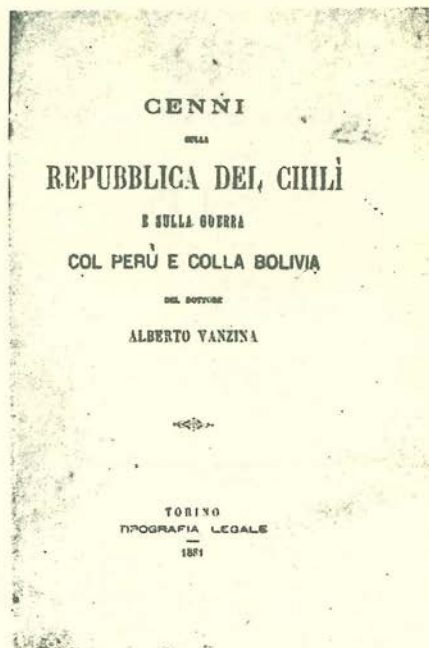
**CUESTION
CHILENO-PERUANA**



IMPRESION DE CHILE
DISEÑO Y DIBUJO DE LA ILUSTRACION
CARTON DE CHILE 1900



A LA GUERRA DE LA PÓLVORA Y EL SABLE SIGUIÓ LA GUERRA DEL PAPEL.
HE AQUÍ LA CONTIENDA DE LOS HISTORIADORES CHILENOS...



EN LOS OBSERVADORES NEUTRALES DEL CONFLICTO, TUVIMOS AMIGOS QUE NOS DEFENDIERON Y ENEMIGOS QUE NOS DENIGRARON. ESAS VERSIONES NOS DAN DATOS IMPORTANTES APESAR DEL FERVOR POLEMICO





ARICA EN LA ÉPOCA DE LA OCUPACIÓN.

BOLOGNESI EN LA ICONOGRAFÍA DE LA ÉPOCA.



← PINTURA DE RAMÓN MUÑIZ
(MUSEO DEL CUARTEL REAL FELIPE, CALLAO)

"EL REPASE"

SOLDADO DE LINEA
CHILENO



(FOTO COURRET)

UNIFORME CHILENO CUANDO LA OCUPACIÓN.
EL SARGENTO CÉSAR POLANCO, 1883



CHORRILLOS



LUEGO DE QUE FUE
SAQUEADO POR LA
SOLDADESCA CHILENA



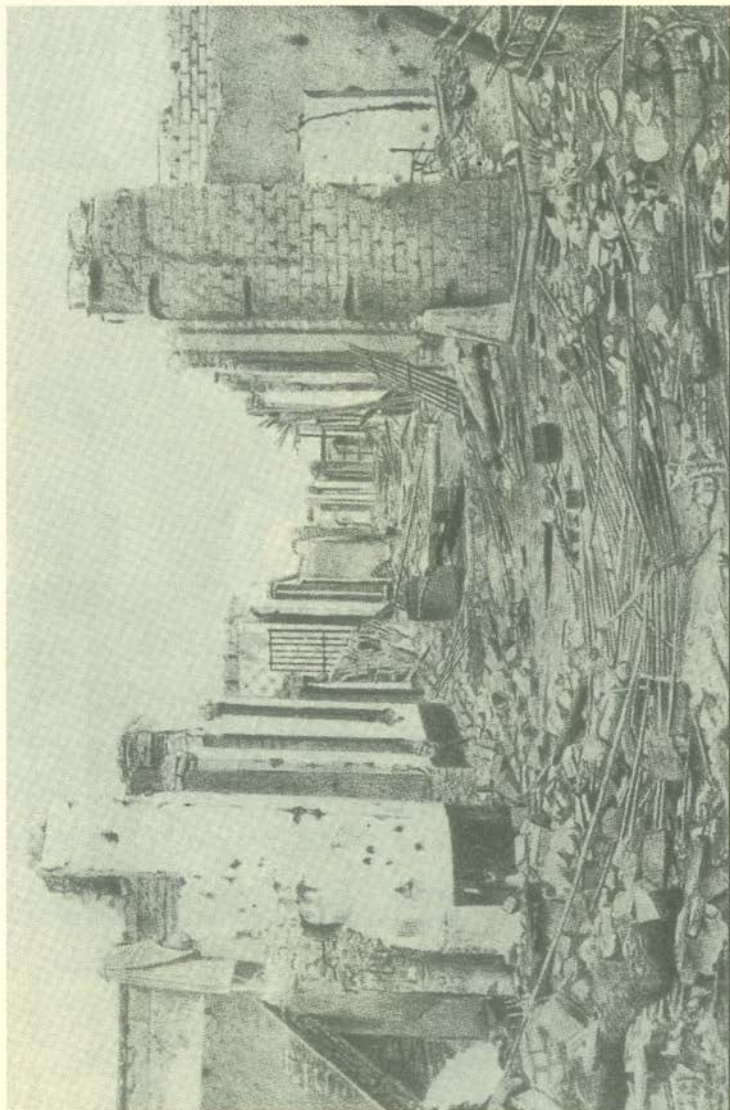


FOTO EN LA REVISTA "ILUSTRACIÓN PERUANA"

INSTITUTO RIVA-AGÜERO - LIMA

LA DESTRUCCIÓN DE CHORRILLOS POR LAS TROPAS CHILENAS.



ACUARELA DE PANTO FERRO

BIBLIOTECA DEL BANCO CENTRAL DE RESERVA DEL PERÚ

SOLDADO PERUANO, SEGUIDO DE LA "RABONA",
COMPAÑERA FIEL, PROVEEDORA DEL ALIMENTO Y COMPAÑÍA.

DETAIL DEL "ARTESANOS DE TACNA"

Tercera lista de artesanos de Tacna

N.º	Nombre	Profesión	Edad	Estado Civil	Religión	Letras	Valor
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100

DOCUMENTO SOBRE EL ESTADO DEL EJÉRCITO PERUANO EN DICIEMBRE DE 1879, EN LA PLAZA DE ÁRICA

Compañía Civil del Ejército

Estado de la Compañía formada en el punto de Arica

Compañía	N.º	Nombre	Profesión	Edad	Estado Civil	Religión	Sueldo	
							1.ª	2.ª
Artillería de Campaña	1
Artillería de Campaña	2
Artillería de Campaña	3
Artillería de Campaña	4
Artillería de Campaña	5
Artillería de Campaña	6
Artillería de Campaña	7
Artillería de Campaña	8
Artillería de Campaña	9
Artillería de Campaña	10
Artillería de Campaña	11
Artillería de Campaña	12
Artillería de Campaña	13
Artillería de Campaña	14
Artillería de Campaña	15
Artillería de Campaña	16
Artillería de Campaña	17
Artillería de Campaña	18
Artillería de Campaña	19
Artillería de Campaña	20
Artillería de Campaña	21
Artillería de Campaña	22
Artillería de Campaña	23
Artillería de Campaña	24
Artillería de Campaña	25
Artillería de Campaña	26
Artillería de Campaña	27
Artillería de Campaña	28
Artillería de Campaña	29
Artillería de Campaña	30
Artillería de Campaña	31
Artillería de Campaña	32
Artillería de Campaña	33
Artillería de Campaña	34
Artillería de Campaña	35
Artillería de Campaña	36
Artillería de Campaña	37
Artillería de Campaña	38
Artillería de Campaña	39
Artillería de Campaña	40
Artillería de Campaña	41
Artillería de Campaña	42
Artillería de Campaña	43
Artillería de Campaña	44
Artillería de Campaña	45
Artillería de Campaña	46
Artillería de Campaña	47
Artillería de Campaña	48
Artillería de Campaña	49
Artillería de Campaña	50
Artillería de Campaña	51
Artillería de Campaña	52
Artillería de Campaña	53
Artillería de Campaña	54
Artillería de Campaña	55
Artillería de Campaña	56
Artillería de Campaña	57
Artillería de Campaña	58
Artillería de Campaña	59
Artillería de Campaña	60
Artillería de Campaña	61
Artillería de Campaña	62
Artillería de Campaña	63
Artillería de Campaña	64
Artillería de Campaña	65
Artillería de Campaña	66
Artillería de Campaña	67
Artillería de Campaña	68
Artillería de Campaña	69
Artillería de Campaña	70
Artillería de Campaña	71
Artillería de Campaña	72
Artillería de Campaña	73
Artillería de Campaña	74
Artillería de Campaña	75
Artillería de Campaña	76
Artillería de Campaña	77
Artillería de Campaña	78
Artillería de Campaña	79
Artillería de Campaña	80
Artillería de Campaña	81
Artillería de Campaña	82
Artillería de Campaña	83
Artillería de Campaña	84
Artillería de Campaña	85
Artillería de Campaña	86
Artillería de Campaña	87
Artillería de Campaña	88
Artillería de Campaña	89					



ASALTO DE ARICA

— 860 —

- Fuertes y posiciones de la Flaca
- ← Dirección del avance del ejército



IBNLI

"LA CHOLA RABONA",
la mujer india del soldado, en el album de Bonaffé

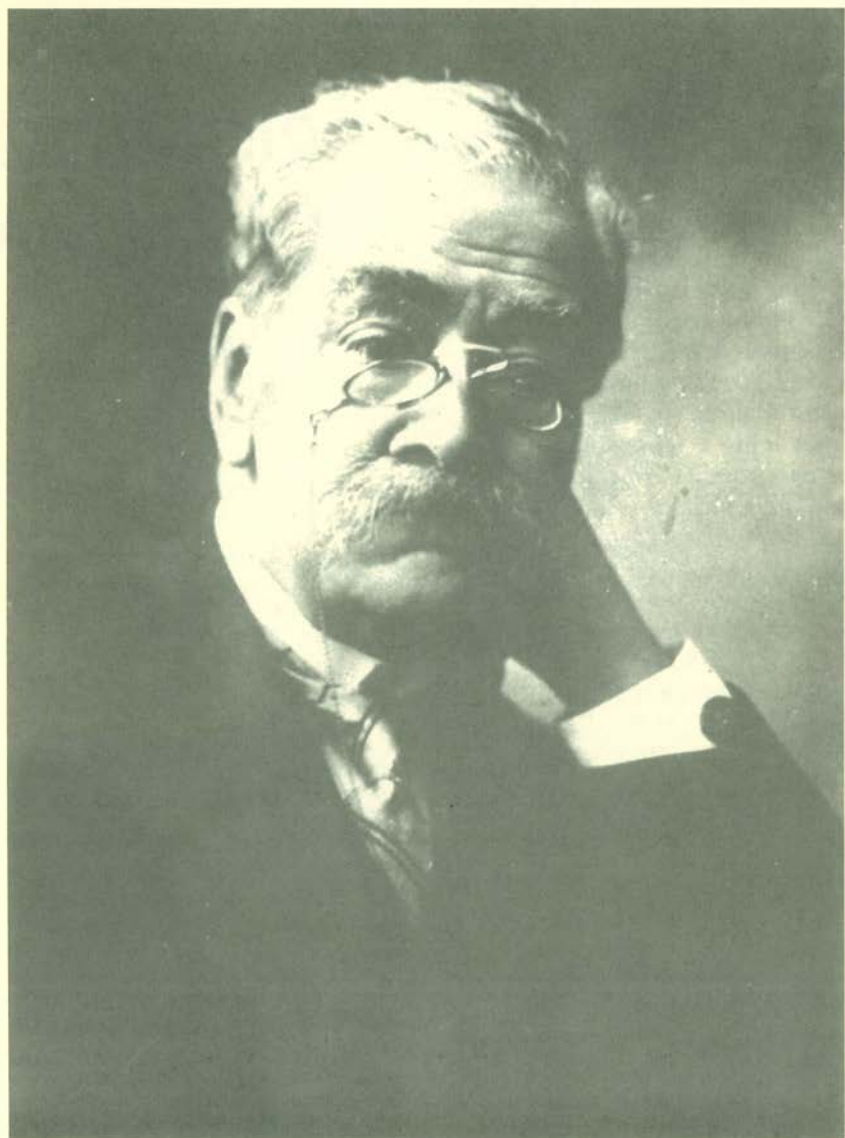
Si los artistas, con su talento, contribuyen a definir una imagen ideal de la patria, Ricardo Palma dio presencia nacional al Perú en las letras hispánicas. Pocos habrá en nuestro país, que sabiendo leer, no hayan recorrido con deleite las páginas de quien ya en vida conoció de la consagración de su obra y del respeto que le prometía el porvenir; el cual asomaba en la avidez con que los niños, al visitar la Biblioteca Nacional, se empinaban para admirar, tras los cristales, la figura legendaria de Don Ricardo Palma, y es, posiblemente, el más leído y traducido de nuestros escritores, y el que más viva resonancia suscita en el lector común: de todos los lectores, el más noble, porque llega a los libros incitado por el simple interés, que puede trocarse más tarde en amor hacia ese mundo que le ofrecen las letras, transformando su trajín cotidiano. Supiéralo o no, Palma escribió para ese público; se entregó a él en la porción más feliz de su obra diversa; y, presintiéndolo o no Don Ricardo, en su prosa se han encontrado varias generaciones de connacionales, y han empezado a descubrir el Perú, con simpatía, infinidad de extranjeros. Por ello decimos que Palma es un clásico de nuestra literatura: no por antiguo; al contrario; por lo actual, por vigente. Nada más adverso al espíritu de su obra que enclaustrarla en una casilla de la historia literaria; porque, si existe tan clara afinidad entre ella y su público, ese es el

ALBERTO ESCOBAR

RICARDO PALMA



ALBERTO ESCOBAR, (n. Magdalena, 1929), ha seguido estudios de Derecho en la Universidad Católica, y en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y en Florencia, Madrid y Munich, en la especialidad de Literatura. Ha dictado cursos en San Juan de Puerto Rico y en la Universidad de Cornell. «La Narración en el Perú», es uno de sus más importantes trabajos, entre un número amplio de obras de crítica y creación literaria. Es Catedrático Principal de Literatura de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos de Lima.



[GRABADO].

ARCHIVO FOTOGRÁFICO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ.

DON RICARDO PALMA,
escritor y Director de la Biblioteca Nacional del Perú

testimonio mejor de la fecundidad y actualidad de su mensaje; y, eso es, precisamente, lo que este estudio quisiera destacar.

La obra

¿Qué leemos de Palma? La pregunta impone un deslinde en la obra múltiple de un polígrafo que, por fortuna, además, alcanzó edad avanzada (1833-1919); pero, ciertamente, aquella parte de la producción palmista que no cesa de reeditarse es la que cubren sus celebradas Tradiciones. Ricardo Palma fue un escritor fecundo y cultivó géneros distintos: la poesía, el drama, el periodismo político, la crónica literaria, la investigación histórica, el ensayo filológico, y, por qué no decirlo también, el género epistolar, tan nutrido de noticias acerca de su relación con personas y escritores del más variado orden. Sin embargo, aparte la curiosidad de los estudiosos, el fervor popular ha señalado que su campo predilecto lo constituyen las "Tradiciones".

Ello, entonces, nos induce a una nueva pregunta: ¿qué causa la opinión unánime en favor de las Tradiciones?. Y aquí, aunque escapa a nuestro propósito fundamental, algo tenemos decir de lo que se ha repetido sobre las Tradiciones, cuando, en verdad, importa más hablar directamente de una "tradicción" y, si es posible, dialogar con los textos. Pero en pocas palabras recordaremos que se ha atribuido el éxito del género creado por Pal-

ma a una supuesta habilidad para reflejar, risueñamente, la historia nacional; en la medida que, a través de él, el autor exhibe una galería de hechos, costumbres y personajes, que, a menudo, reaparecen en los textos de historia, sería o menuda. Hay una grave objeción que descarta esta hipótesis: ¿por qué la obra de los historiadores o de los imitadores de Palma no gozó de fortuna semejante?. Hubo quienes pensaron que la fascinación del pasado remoto confirió a las tradiciones una aura seductora; mas este juicio omite buena parte de la producción de Don Ricardo que no se apoya en base histórico-documental sino en la leyenda popular y en el testimonio suyo, como autor, o en la más libre imaginación. Se dijo alguna vez que su prosa es la síntesis del modo de ser del limeño, pero ésta, que puede ser una acotación socio-literaria, dice muy poco, pues subsiste el hecho de que hay muchos escritores limeños, buenos y malos, con distinta fortuna, y seguimos sin saber las razones del hallazgo palmista. Se ha observado también que, para los lectores del XIX, el fausto de la colonia y su ámbito cortesano aportaban un ingrediente de activo exotismo; pero en este caso se calla nuevamente el trasfondo popular y dicharachero que campea con frecuencia en la tradición palmista. Se propuso entonces la posibilidad opuesta, es decir, que su encanto emanaba de la actitud burlona y del desapego de Palma por el pe-

ríodo colonial. En esta oportunidad, sin embargo, la premisa supone una actitud que no es compartida por la mayoría de los lectores, y que, para nosotros, incurre, como las hipótesis anteriormente citadas, en el prejuicio de juzgar la obra literaria por lo que suele tomarse como motivo o temática de la obra, que es el elemento "pre-literario". Es decir, que se confunde lo que bien puede ser o no ser el punto de partida, con lo que realmente es la tradición, hechura artística y punto de llegada. Como quiera que parezca, ninguna de estas tentativas de explicación resultan satisfactoria para el lector desapasionado, sin regatear que alguna de ella pueda haber aprehendido algún porcentaje de acierto, o que éste haya tenido que ver con varias de ellas, y, necesariamente, con algo más que escapa a dichos juicios.

Y ese algo más se nos antoja que es la cuestión capital para el lector de hoy en día, alejado de implicancias que, por los años de Don Ricardo o inmediatamente después de su muerte, pueden haber afectado la pasión o vehemencia críticas, y, de una u otra manera, haber predisposto el juicio en favor de una u otra perspectiva. Lo cierto parece ser que la respuesta ingenua del más desprevenido de los lectores, nos brinda el más sólido asidero cuando afirma que lee las tradiciones porque lo cautiva la obra; porque lo entretiene y divierte la narración; porque descubre y

convive con una galería de personajes —verídicos o ficticios, que importa!— que lo introducen en un mundo compuesto de trazos de realidad e irrealdad, en el cual descubre huellas y símbolos de otro mundo, del suyo y propio, aunque las semejanzas y las diferencias, la fábula o la realidad se reduzcan a un universo de palabras.

Para ese lector, la lectura de las Tradiciones equivale al ingreso en un ambiente con sus normas lógicas privativas, que en nada dependen de la historia que fue, ni de la realidad que toca, y que no obstante están impregnadas de un sentido que las trasciende y empapa el pasado y el presente en una aventura, imaginaria, pero compartida por el autor y el lector, en franca y alegre solidaridad. Esta respuesta y reacción del lector desaprensivo nos suscita la primera sospecha; quizá el éxito de las Tradiciones Peruanas depende en buena parte del *arte de contar* con que Palma plasmó sus narraciones; quizá, si, por encima de los motivos que inspiraron su talento de escritor, es "el cómo lo dice" el camino más seguro para desvelar el secreto de su arte y el sentido legítimo de su mensaje. Bien vale ensayar esta vía y leer y comentar dos de las más conocidas Tradiciones del autor limeño.

Don Dimas de la Tijereta

(Cuento de viejas que trata de cómo un escribano le ganó un pleito al diablo)

I

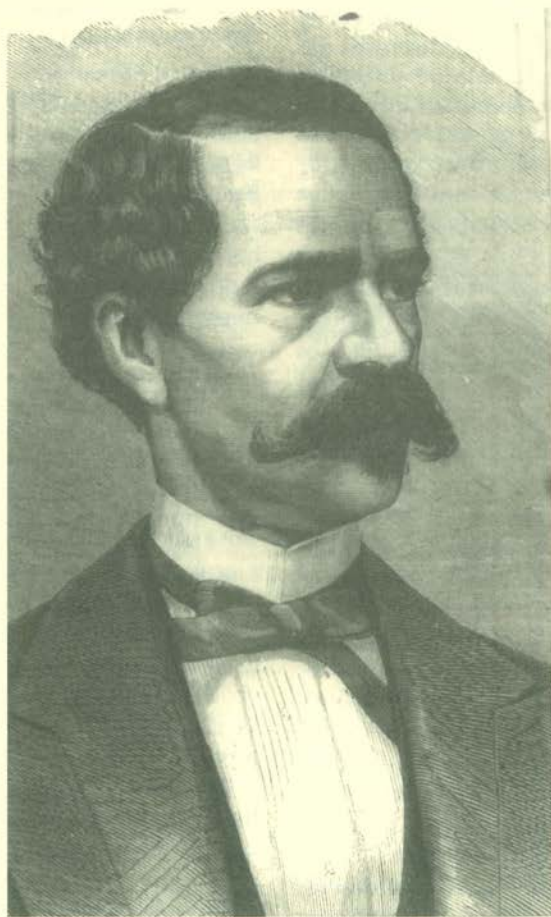
Erase que se era y el mal que se vaya y el bien se nos venga, que allá por los primeros años del pasado siglo existía, en pleno portal de Escribanos de las tres veces coronada ciudad de los reyes del Perú, un cartulario de antiparras cabalgadas sobre nariz ciceroniana, pluma de ganso u otra ave de rapiña, tintero de cuerno, greguescos de paño azul a media pierna, jubón de tiritaña, y capa española de color parecido a Dios en lo incomprensible, y que le había llegado por legítima herencia pasando de padres a hijos durante tres generaciones.

Desde el título se nos anticipa una combinación grotesca; adviértase el gesto ceremonioso del "don" frente a las reminiscencias el nombre bíblico, al que se suma la sonoridad de "Tijereta", que, por lo escaso del sufijo *eta* en español, añade cierto efecto extravagante a la solemnidad inicial. El subtítulo, entre paréntesis, como si hubiera sido dicho en voz baja, nos confunde las nociones de realidad e irrealidad al remitirnos a "un cuento de viejas", y al individualizar a los actores del pleito original: el escribano y el diablo; e, igualmente, las primeras palabras del texto sacuden en nuestro ánimo cierto clima infantil, ente mágico y fantástico, ligado a la fórmula: "érase que se era...", con su acento de conseja popular que invita a remontarse en el tiempo. Pero luego descubrimos indicios en favor de la veraci-

dad de los hechos: la localización en "pleno portal de Escribanos de las tres veces coronada ciudad de los reyes del Perú", o sea Lima, nombrada así con tan extenso, pomposo y halagador título, y la descripción que sigue, con la que Palma retrata al escribano, para lo que enumera su indumentaria y objetos afines a su profesión. Sin brindarnos noticias mayor del aspecto físico —salvo la referencia a la nariz—, ya nos ha hecho ver, sin embargo, la imagen ridícula que coincide con el estrafalario nombre de nuestro personaje.

Conocéale el pueblo por tocayo del buen ladrón a quien don Jesucristo dio pasaporte para entrar en la gloria; pues nombrábase don Dimas de la Tijereta, escribano de número de la Real Audiencia y hombre que, a fuerza de dar fe, se había quedado sin pizca de fe, porque en el oficio gastó en breve la poca que trajo al mundo.

Con estas líneas Palma ha bosquejado el retrato moral de Tijereta: "tocayo del buen ladrón" y hombre que, "a fuerza de dar fe, se había quedado sin pizca de fe, porque en el oficio gastó en breve la poca que trajo al mundo". Esto es, salen a relieve sus atributos de deshonestidad y picardía, ya por alusión a la fuente religiosa, ya por un juego de palabras: dar fe, como escribano, de los actos judiciales, y acabársele la "fe", es decir, tanto la disposición espiritual como la aptitud de ser digno de crédito; y aca-



[GRABADO]

ARCHIVO FOTOGRÁFICO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ.

DON RICARDO PALMA,
escritor y Director de la Biblioteca Nacional del Perú

bársele en breve tiempo, pues nunca la tuvo en cantidad apreciable, ni fue persona ceñida a las normas morales.

Así continúa el primer cap. de la Tradición definiendo a Tijereta de manera indirecta; presentándolo desde diversos ángulos, pero siempre merced a comparaciones con objetos o circunstancias conocidos, aunque inesperados cuando se trata de describir a una persona:

Decíase de él que tenía más trastienda que un bodegón, más camándulas que el rosario de Jerusalén que cargaba al cuello, y más doblas de a ocho, fruto de sus triquiñuelas, embustes y trocatintas, que las que cabían en el último galeón que zarpó para Cádiz y de que daba cuenta la Gaceta. Acaso fue por él por quien dijo un caquiversista lo de

un escribano y un gato
en un pozo se cayeron;
como los dos tenían uñas
por la pared se subieron.

Fama es que a tal punto habíanse apoderado del escribano los tres enemigos del alma, que la suya estaba tal de zurcidos y remiendos que no la reconociera su Divina Majestad, con ser quien es y con haberla creado. Y tengo para mis adentros que si le hubiera venido en antojo al Ser Supremo llamarla a juicio, habría exclamado con sorpresa: Dimas, ¿qué has hecho del alma que te di?

Ello es que el escribano, en punto a picardías, era la flor y nata de

la gente del oficio, y que si no tenía el malo por donde desecharlo, tampoco el ángel de la guarda hallaría asidero a su espíritu para transportarlo al cielo cuando le llegara el lance de las postrimerías.

Cuentan de su merced que siendo mayordomo del gremio, en una fiesta costeada por los escribanos, a la mitad del sermón acertó a caer un gato desde la cornisa del templo, lo que perturbó al predicador y arremolinó al auditorio. Pero don Dimas restableció al punto la tranquilidad, gritando: —No hay motivo para barullo, caballeros. Adviertan que el que ha caído es un cofrade de esta ilustre congregación, que ciertamente ha delinquido en venir un poco tarde a la fiesta. Siga ahora su reverencia con el sermón.

Caracterización desconcertante, sin duda, esta de Tijereta, que por momentos se nos antoja disparatada y fruto total de la fantasía, y que a ratos nos hace condescender con la insistencia palmista de que era así como lo vieron quienes frecuentaron al escribano, que era así como lo conocían y lo mencionaban. En fin, por acumulación de tan vario material disperso, queda a la postre en claro la figura mal erguida, desenfadada y deshonesto de Don Dimas quien, ni por mérito personal, ni por mérito de sus colegas, podría conseguir disculpa a sus debilidades y truhanerías, ni en la tierra ni en el cielo, pues según se nos refiere:

Todos los gremios tienen por patrono a un santo que ejerció sobre la tierra el mismo oficio o profesión: pero ni en el martirologio romano existe santo que hubiera sido escribano, pues si lo fue o no lo fue San Aproniano está todavía en veremos y provereemos. Los pobrecitos no tienen en el cielo camarada que por ellos interceda.

Y dirigiéndose al lector, Palma acota humorísticamente:

Mala pascua me dé Dios y sea la primera que viniere, o déme longevidad de elefante con salud de enfermo, si en el retrato, así físico como moral, de Tijereta, he tenido voluntad de jabonar la paciencia a miembro viviente de la respetable cofradía del *ante mi* y del *certifico*. Y hago esta salvedad digna de un lego confitado, no tanto en descargo de mis culpas, que no son pocas, y de mi conciencia de narrador, que no es grano de anís, cuanto porque ésa es gente de mucha enjundia, con la que ni me tiro ni me pago, ni le debo ni le cobro. Y basta de dibujos y requilorios, y andar andillo, y siga la zambra, que si Dios es servido, y el tiempo y las aguas me favorecen, y esta conseja cae en gracia, cuentos he de enjaretar a porrillo y sin más intervención de cartulario. Ande la rueda y coz con ella.

Palma hace protestas, también con gesto solemne: "mala pascua me dé Dios", y también con aire grotesco y de contenida sonrisa: "o

deme longevidad de elefante con salud de enfermo"... asegurando de su absoluta neutralidad de narrador que refiere lo que oyó, sin ánimo de perjudicar al personaje ni de agraviar a su gremio, del que prefiere conducirse a distancia; y para acabar el preámbulo —que como tal se nos presenta lo hasta aquí narrado—, deja correr una serie de fórmulas con sabor oral, como para dar paso al fandanguillo, o al espectáculo que ya comienza. La primera parte de la pieza, pues, no ha sido sino una suerte de Introducción que nos alerta y predispone para gozar de la historia en un impreciso territorio entre lo imaginario y lo real, entre la descompuesta seriedad del personaje y el carácter grotesco de su figura y su conducta.

II

No se quien sostuvo que las mujeres eran la perdición del género humano, en lo cual, mía la cuenta si no dijo una bellaquería gorda como el puño. Siglos y siglos hace que a la pobre Eva le estamos echando en cara la curiosidad de haberle pegado un mordisco a la consabida manzana, como si no hubiera estado en manos de Adán, que era a la postre un pobrete educado muy a la pata la llana, devolver el recurso por improcedente; y eso que, en Dios y en mi ánima, declaro que la golosina era tentadora para quien siente rebullirse una alma en su almarío. ¡Bonita disculpa la

de su merced el padre Adán!. En nuestros días la disculpa no lo salvaba de ir a presidio, maguer barrunto que para prisión basta y sobra con la vida asaz trabajosa y aporreada que algunos arrastramos en este valle de lágrimas y pellejerías. Aceptemos también los hombres nuestra parte de responsabilidad en una tentación que tan buenos ratos proporciona, y no hagamos cargar con todo el mochuelo al bello sexo.

El segundo cap. es un ejemplo más claro del modo en que construye Palma la gracia singular de la Tradición. Se dice que esa habilidad, en la que se mezclan el *doinaire* y la *picardía*, es un atributo del tipo criollo y muy natural entre la gente de Lima; bien puede ser así, pero ello no explica de qué manera Palma logró revivir en su prosa esas cualidades, que, por lo demás, tampoco se dieron con facilidad en otros escritores limeños de su tiempo.

Hemos de ver en este cap. que el relato se desarrolla simultáneamente sobre dos niveles: uno, conocido, serio, o pretendidamente serio, fundado en antecedentes históricos o culturales; y, otro, paralelo, que modifica de manera constante al primero, calificándolo, interpolando en él acotaciones repentinas e imprevisibles hasta producir entre ambos planos una fusión de sus rasgos saltantes, en virtud del contraste, que, el último término, produce el efecto poético, intencionado y humorístico que ca-

racteriza a las Tradiciones. Todo este proceso, que es la esencia del acto creador, y que define el talento de Palma, se verifica, adquiere realidad, es decir, permanencia y autonomía frente al autor y sus motivaciones, frente a la historia y el mundo de los objetos, es bueno recordarlo una y otra vez, en virtud del trabajo que el escritor, en este caso Palma, ejecutó con el lenguaje. Pues bien, véase, p. ejm., cómo antepone el término *pobre* a Eva y, ya con sólo ese detalle, está modificando nuestra versión del Paraíso; cómo al decir "haberle pegado un mordisco a la cosabida manzana" introduce un ángulo de mira, familiar, que es un alegato en favor de Eva y replantea la situación; la misma que se reordena en términos insólitos al hablarnos de Adán como de un "pobrete educado muy a la pata la llana". En otras palabras, Palma nos induce a pensar que aquello que sabíamos según la versión tradicional, pudo haber ocurrido de otro modo, y de cualquier manera, creyéndole o sin concederle, abre una brecha por la que, cuando crea oportuno, y sin mencionar al personaje, introducirá a Tijereta; sin mencionarlo, pero usando un término jurídico "devolver el recurso por improcedente" que sirve para tipificar al escribano. Acto seguido, lanza otro comentario al lector y dice: "y eso que, en Dios y en mi ánimo, declaro que la golosina era tentadora para quien siente rebullirse un alma en su almarío"; ni que estuviera hablando

de bienes espirituales que tocan al alma!. Fíjense además el juego con la homofonía de alma y almarío, como un procedimiento intensificador. Luego, se nos ocurre que el tradicionalista hace una pausa, a manera de tomar aire, y exclama: "Bonita disculpa la de su merced el padre Adán!", con desenfado revestido por la fórmula respetuosa y arcaica (su merced), y contrastando, al mismo tiempo, el "Bonita disculpa" con el reconocimiento de "padre", que a la postre genera una combinación total de leve irreverencia. Y sigue el comentario hasta el pasaje en que otra vez apoyándose en una expresión común y de clara connotación cultural "valle de lágrimas", la transforma Palma en un giro expresivo, conversacional, añadiéndole "y pellejerías". He ahí una porción de lo que ocurre en el taller de Palma. He ahí también el puente que nos reconducirá a la historia central, la de la tentación de Tijereta, que habrá de ser, no quepa duda, de aquellas que tan "buenos ratos proporciona(n)" y tan pícaramente festejaba Palma.

¡Arriba, piernas,
arriba, zancas!
En este mundo
todas son trampas.

No faltará quien piense que esta digresión no viene a cuento. ¡Pero vaya si viene!. Como que me sirve nada menos que para informar al lector que Tijereta dio a la vejez, época en que hombres y mujeres huelen no a patchouli,

sino a cera de bien morir, en la peor tontuna en que puede dar un viejo. Se enamoró hasta la coronilla de Visitación, gentil muchacha de veinte primaveras, con un palmito y un donaire y un aquel capaces de tentar al mismísimo general de los padres belethmitas, una cintura pulida y remonona de esas de mírame y no me toques, labios colorados como guindas, dientes como almendrucos, ojos como dos luceros y más matadores que espada y basto en el juego de tresillo o rocambor. ¡Cuando yo digo que la moza era un pimpollo a carta cabal!.

Así sabemos que Tijereta dio en la "tontuna" (no tontería!, que fuera poco) de enamorarse "hasta la coronilla" de Visitación, cuya figura traza Palma en términos de los más encomiásticos y singulares: "con un palmito y un donaire y un aquel capaces de tentar al mismísimo general de los padres belethmitas", pues sólo con la alusión al religioso halla manera de construir el superlativo que requieren las bellezas de Visitación, cuya figura es descrita superponiendo voces populares y dichos caseros y de juego de cartas que en conjunto, logran un gran efecto plástico.

En lo que resta del cap., se nos hará saber, lógicamente, de la pasión del escribano por la niña aquella y el desdén con que ésta recibía los homenajes de Tijereta; pintará Palma a la tía de Visitación y contará de las malas artes con que instruyó a su sobrina; y nos en-

teramos de los esfuerzo vanos de Tijereta para lograr que la niña hiciera con él "un acto de caridad". Como en esta última frase, a lo largo de todo el cap. se podrá distinguir como el relato se articula sobre dos niveles que, aunque distintos, se integran, y al unificarse crean el mundo particular de la Tradición. Veamos:

No embargante que el escribano era un abejorro recatado de bolsillo y tan pegado al oro de su arca como un ministro a la poltrona, y que en punto a dar no daba ni las buenas noches, se propuso domeñar a la chica a fuerza de agasajos; y otra le enviaba unas arracadas de diamantes con perlas como garbanzos, ora trajes de rico terciopelo de Flandes, que por aquel entonces costaban un ojo de la cara. Pero mientras más derrochaba Tijereta, más distante veía la hora en que la moza hiciese con él una obra de caridad, y esta resistencia traíalo al retortero.

Visitación vivía en amor y compañía con una tía, vieja como el pecado de gula, a quien años más tarde encorozó la Santa Inquisición por rufiana y encubridora, haciéndola pasear las calles en bestia de albarda, con chilladores delante y zurradores detrás. La maldita zurcidora de voluntades no creía como Sancho, que era mejor sobrina mal casada que bien abarraganada; y endoctrinado pícaramente con sus tercerías a la muchacha, resultó un día que el pernil dejó de estar en el garabato por culpa y travesura de

un pícaro gato. Desde entonces si la tía fue el anzuelo, la sobrina mujer completa ya según las ordenanzas de birlibirloque, se convirtió en cebo para pescar maravideses a más de dos y más de tres acaudalados hidalgos de esta tierra.

El escribano llegaba todas las noches a casa de Visitación, y después de notificarla un saludo, pasaba a exponerla el alegato de lo bien probado de su amor. Ella le oía cortándose las uñas, recordando a algún boquirrubio que la echó flores y piropos al salir de la misa de la parroquia, diciendo para su sayo: —Baba, zorro, arrópate que sudas, y límpiате, que estás de huevo— o canturreando:

No pierdas en mí balas
carabinero
porque yo soy paloma
de mucho vuelo.
Si quieres que te quiera
me has de dar antes
aretes y sortijas,
blondas y guantes.

Y así atendía a los requiebros y carantoñas de Tijereta, como la piedra berroqueña a los chirridos del cristal que en ella se rompe. Y así pasaron meses hasta seis, aceptando Visitación los alborques, pero sin darse a partido ni revelar intención de cubrir la libranza, porque la muy taimada conocía a fondo la influencia de sus hechizos sobre el corazón del cartulario.

Pero ya la encontraremos caminito de Santiago, donde tanto resbala la coja como la sana.

Refiere el cap. III cómo, por el camino de la desesperación, Tijereta ofreció entregar su "almilla" a "un diablo cualquiera" a cambio de los favores de la limeña de la historia y en qué circunstancias y de qué manera se celebra el pacto con Lilit, emisario de "su Majestad Infernal". Obsérvese que los títulos y las fórmulas de tratamiento parodian un ambiente cortesano, un clima de pausada ceremonia, con lo que la escena gana un colorido especial que se advierte, más nítidamente, cada vez que se produce el disloque lógico de la acción, o cada vez que el contraste forzado por la palabra es causa de humor y de sonrisas. A esta altura del relato se nos ha hecho familiar la presencia del tradicionista, quien, desde adentro de la escena, mantiene una constante corriente de comunicación y simpatía con el lector.

III

Una noche en que Tijereta quiso levantar el gallo a Visitación, o, lo que es lo mismo, meterse a bravo, ordenole ella que pusiese pies en pared, porque estaba cansada de tener ante los ojos la estampa de la herejía, que a ella y no a otra se asemejaba don Dimas. Mal pergueñado salió éste, y lo negro de su desventura no era para menos, de casa de la muchacha; y andando, andando, y perdido en sus cavilaciones, se encontró, a obra de las doce, al pie del cerrito de las Ramas. Un bientiecillo retozón, de esos que

andan preñados de romadizos, refresco un poco su cabeza, y exclamó:

—Para mí santiguada que es trajín el que llevo con esa fregona que la de honesta y marisabidilla, cuando yo me sé de ella milagros de más calibre que los que reza el Flos-Santorum. ¡Venga un diablo cualquiera y llévase mi almilla en cambio del amor de esa caprichosa criatura!

Satanás, que desde los antros más profundos del infierno había escuchado las palabras del plumario, tocó la campanilla, y al reclamo se presentó el diablo Lilit. Por si mis lectores no conocen a este personaje, han de saberse que los demonógrafos, que andan a vueltas y tornas con las "Clavículas de Salomón", libro que leen al resplandor de un carbuncio, afirman que Lilit, diablo de bonita estampa, muy zalamero y decididor, es el correveidile de Su Majestad Infernal.

—Ve, Lilit, al cerro de la Ramas y extiende un contrato con un hombre que allí encontrarás, y que abriga tanto desprecio por su alma, que la llama almilla. Concédele cuando te pida y no te andes con regateos, que ya sabes que no soy tacaño tratándose de una presa.

Yo, pobre y mal traído narrador de cuentos, no he podido alcanzar pormenores acerca de la entrevista entre Lilit y don Dimas, Porque no hubo taquígrafo a mano que se encargase de copiarla sin perder punto ni coma. ¡Y es lástima, por mi fé!, Pero baste saber que Lilit, al regresar al infierno, le entregó a Satanás un

pergamino que, fórmula más o menos, decía lo siguiente:

"Conste que yo, Don Dimas de la Tijereta, cedo mi almilla al rey de los abismos en cambio del amor y posesión de una mujer. Item, me obligo a satisfacer la deuda de la fecha en tres años". Y aquí seguían las firmas de las altas partes contratantes y el sello del demonio.

Al entrar el escribano en su tugurio, salió a abrirle la puerta nada menos que Visitación, la desdeñosa y remilgada Visitación, que ebria de amor se arrojó en los brazos de Tijereta. Cual es la campana, tal la badajada.

Lilit había encendido en el corazón de la pobre muchacha el fuego de Lais, y en sus sentidos la desvergonzada lubricidad de Mesalina. Dobleemos esta hoja, que de suyo es peligroso extenderse en pormenores que pueden tentar al prójimo labrando su condenación eterna, sin que le valgan la bula de Meco ni las de composición.

En este punto ya se han definido el tema y la trama de la pieza, y puede verse que ellos influyen de viejos tópicos, a saber, el amor y la intervención diabólica. Sobre estos cimientos tradicionales, Palma va a construir una nueva versión y para hacerlo acogerá en su obra la nota localista que, primordialmente, se nos revela por la carga expresiva del léxico y los juegos a que éste es sometido; como si la aventura y la desventura de Tijereta cobraran existencia y se desvanecieran en una suerte deslumbrante y continua magia verbal.

IV

Como no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague, pasaron, día por día, tres años como tres berenjenas, y llegó el día en que Tijereta tuviese que hacer honor a su firma. Arrastrado por una fuerza superior y sin darse cuenta de ello, se encontró en un verbo transportado al cerro de las Ramas, que hasta en eso fue el diablo puntilloso y quiso ser pagado en el mismo sitio y hora en que se extendió el contrato.

Al encararse con Lilit, el escribano empezó a desnudarse con mucha llema, pero el diablo le dijo:

—No se tome vuestra merced ese trabajo, que maldito el peso que aumentará a la carga la tela del traje. Yo tengo fuerzas para llevarme a usarced vestido y calzado.

—Pues sin desnudarme no caigo en el cómo sea posible pagar mi deuda.

—Haga usarced lo que le plazca, ya que todavía le queda un minuto de libertad.

El escribano siguió en la operación hasta sacarse el almilla o jubón interior, y pasándola a Lilit, le dijo:

—Deuda pagada y venga mi documento.

Lilit se echó a reír con todas las ganas de que es capaz un diablo alegre y truhán.

—Y ¿qué quiere usarced que haga con esta prenda?

—¡Toma!. Esa prenda se llama almilla, y eso es lo que yo he venido y a lo que estoy obligado. Carta canta. Repase usarced, señor diabolín, el contrato, y si tie-

ne conciencia se dará por bien pagado. ¡Cómo que esa almilla me costó una onza, como un ojo de buey, en la tienda de Pacheco!

—Yo no entiendo de tracamundas, señor don Dimas. Véngase conmigo y guarde sus palabras en el pecho para cuando esté delante de mi amo.

Y en esto expiró el minuto, y Lilit se echó al hombro a Tijereta, colándose con él de rondón en el infierno. Por el camino gritaba a voz en cuello el escribano que había festinación en el procedimiento de Lilit, que todo lo fecho y actuado era nulo y contra ley, y amenazaba al diablo alguacil con que si encontraba gente de justicia en el otro barrio le entablaría pleito, y por lo menos lo haría condenar en costas. Lilit ponía orejas de mercader a las voces de don Dimas, y trataba ya, por vía de amonestación, de zambullirlo en un caldero de plomo hirviendo, cuando alborotado el Coyito y apercebido Satanás del laberinto y causas que lo motivaban convino en que se pusiese la cosa en tela de juicio. ¡Para ceñirse a la ley y huir de lo que huele a arbitrariedad y despotismo, el demonio!

Afortunadamente para Tijereta no se había introducido por entonces en el infierno el uso de papel sellado, que acá sobre la tierra hace interminable un proceso, y en breve rato vio fallada su causa en primera y segunda instancia. Sin citar las Pandectas ni el Fuero Juzgo, y con sólo la autoridad del Diccionario de la Lengua, probó el tunante su buen derecho; y los jueces, que en vía fueron proba-

blemente literatos y académicos, ordenaron que sin pérdida de tiempo que le diese soltura, y que Lilit lo guiase por los vericuetos infernales hasta dejarlo sano y salvo en la puerta de su casa. Cumplióse la sentencia al pie de la letra, en lo que dio Satanás una prueba de que las leyes en el infierno no son, como en el mundo, conculcadas por el que manda y buenas sólo para escritas. Pero destruido el diabólico hechizo, se encontró don Dimas con que Visitación lo había abandonado corriendo a encerrarse en un beaterio, siguiendo la añeja máxima de dar a Dios el hueso después de haber regalado la carne al demonio.

Satanás, por no perderlo todo, se quedó con la almilla; y es fama que desde entonces los escribanos no usan almilla. Por eso cualquier constipadillo vergonzante produce en ellos una pulmonía de capa de coro y gorra de cuartel, o una tisis tuberculosa de padre y muy señor mío.

A propósito del diálogo entre Lilit y Tijereta, en el cap. IV, se vislumbra que el meollo de la trama reside en la confusión suscitada por el significado de "almilla". Una semejante sensibilidad para apreciar rasgos y efectos de la palabra surte la desenvoltura de Tijereta, primero, (al "desnudarse con mucha flema"; al exclamar airado ¡Toma!; al decirle a Lilit: "repase usarced, Sr. diabolín", contraponiendo el tratamiento arcaico y formal al diminutivo burlón e informal; así como al ponderar la calidad, precio y pues-

to de venta de la prenda), y después su desconcierto y protesta al ser transportado a los infiernos (cuando denuncia que hubo "festinación en el procedimiento", que "todo lo fecho y actuado era nulo y contra la ley"), de modo que el relato gana en intensidad humorística y caricaturiza la situación, ya merced a los giros coloquiales, diminutivos y refranes, insertados hábilmente en la prosa, conjuntamente con el carácter escrito y salpicado por brotes arcaizantes; ya merced al manejo reiterado de los términos profesionales de la lengua jurídica, o de la práctica religiosa, con lo que se subraya la circunstancia patética humorística del escribano.

Pero así como Palma nos propuso una recreación juguetona del papel que cupo a Eva y Adán en el Paraíso, y de esa manera fue abriendo paso a una interpretación erótica, pícaro, que luce cada vez que describe la figura de Visitación o sugiere el poder turbador de su belleza, así también, ahora, nos entrega una imagen "rosada" de Satanás y de su emisario Lilit, a quienes favorece con un sentido de la tolerancia, de apego a la recta interpretación de lo pactado, e incluso de sentido común, al desechar todo futuro negocio con "escribanos". Fue de ese modo como Tijereta ganó el amor de la limeña casquivana y lo perdió al desaparecer la intervención diabólica; y, paralelamente, al perder a la mujer, Tijereta ganó el pleito a Satanás y perdió su almilla, con lo que el diablo y el

lector aprenden una experiencia acerca del riesgo y poder implícitos en la palabra.

V

Y por más que fui y vine, sin dejar la ida por la venida, no he podido saber a punto fijo si, andando el tiempo, murió don Dimas de buena o mala Muerte. Pero lo que si es cosa averiguada es que lió los bártulos, pues no era justo que quedase sobre la tierra para semilla de pícaros. Tal es, ¡oh lector carísimo!, mi creencia.

Pero un mi compadre me ha dicho, en puridad de compadres, que muerto Tijereta quiso su alma, que tenía más arrugas y dobleces que abanico de coqueta, beber agua en uno de los calderos de Pero Botero, y el conserje del infierno le gritó: ¡Largo de ahí!. No admitimos ya escribanos.

Esto hacía barruntar al susodicho compadre que con el alma del cartulario sucedió lo mismo que con la de Judas Iscariote; lo cual, pues viene a cuento y la ocasión es calva, he de apuntar aquí someramente y a guisa de conclusión.

Refieren añejas crónicas que el apóstol que vendió a Cristo echó, después de su delito, cuentas consigo mismo, y vio que el mejor modo de saldarlas era arrojar las treinta monedas y hacer zapatetas, convertido en racimo de árbol.

Realizó su suicidio, sin escribir antes, como hogaño se estila, epístola de despedida, y su alma se estuvo horas y tocando a las puertas del purgatorio, donde por más empeños que hizo se negaron a darle posada.



M. MORAL [FOTOGRAFÍA]

ARCHIVO FOTOGRÁFICO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ.

DON RICARDO PALMA
en su escritorio de Director de la Biblioteca Nacional del Perú

Otro tanto le sucedió en el infierno, y desesperada y tiritando de frío regresó al mundo, buscando donde albergarse.

Acertó a pasar por casualidad un usurero, de cuyo cuerpo hacía tiempo que había emigrado el alma, cansada de soportar picardías, y la de Judas dijo: —aquí que no peco—, y se aposentó en la humanidad del avaro. Desde entonces se dice que los usureros tiene alma de Judas.

Y con esto, lector amigo, y con que cada cuatro años uno es bisesto, pongo punto redondo al cuento, deseando que así tengas la salud como yo tuve empeño en darte un rato de solaz y divertimento.

Finalmente, en el cap. V el autor confiesa haber perdido los rastros de Tijereta y, siempre con la sonrisa en los labios, declara que no pudo averiguar si murió de "buena" o "mala" muerte, con lo que alude una vez más al "buen" y al "mal" ladrón, pero siempre ladrón. Y de improviso, encadena la historia de Tijereta con la del alma errante de Judas, proscrita hasta del infierno, que acabó instalándose en el cuerpo "desalmado" de un usurero; indicio que postula cierta equivalencia entre el "gremio de los avaros" y el de los escribanos del estilo de Tijereta, hermanándolos la pérdida de la conciencia a causa de su desorbitado interés material. En esa forma, cerrando un círculo, Palma acopla a la historia central una digresión más, tal como lo ha hecho en distintas oportuni-

dades en el curso de la pieza, y, sin pretender señalar una moraleja, por lo menos subraya el sentido fantástico y el juego imaginativo que han servido de base a su relato.

A modo de despedida, D. Ricardo menciona que su empeño fue ofrecer al lector solaz y divertimento, propósito que ciertamente ha cumplido, gracias a la amenidad descubierta al contraponer refranes y dichos caseros de vivísima expresividad; al suspenso generado cuando retrata a los personajes e insinúa las implicancias esperables; al contraste tendencioso entre dos normas de habla que en apariencia, se excluyen, por ser una solemne y acartonada, y la otra popular y gráfica; al suscitar la distorsión del tema del paraíso y el retoque favorable en la imagen del demonio y del infierno; y en fin, por la manera ágil y risueña con que hace gala de las debilidades humanas y la intervención sobrenatural; por el desenfado con que confunde los términos religiosos asociándolos a connotaciones eróticas; por sus referencias a la administración de justicia en su época; y porque, al colocar todo este material dentro de la unidad que es la Tradición, pinta la credulidad e incredulidad, el piropo y el refrán tan en boga en la Lima de mediados del siglo XIX, y tan próximos al entendimiento estético del hombre de otras épocas y de otras regiones.

Pasemos ahora a leer y comentar otro texto muy difundido

entre los aficionados a las Tradiciones: los Ratones de Fray Martín, en cuyo encabezamiento, luego del título, nos recibe un pareado recogido por Palma de una hoja impresa en Lima por los años del festejo de la beatificación de Fray Martín, a la fecha, San Martín de Porres.

Los ratones de Fray Martín

Y comieron en un plato
perro, pericote y gato.

Con este pareado termina una relación de virtudes y milagros que en hoja impresa circuló en Lima, allá por los años de 1840, con motivo de celebrarse en nuestra culta y religiosa capital las solemnes fiestas de beatificación de Fray Martín de Porres.

Nació este santo varón en Lima el 9 de diciembre de 1579, y fue hijo natural del español don Juan Porras, caballero de Alcántara, en una esclava panameña. Muy niño Martincito, llevólo su padre a Guayaquil, donde en una escuela, cuyo dómine hacía mucho uso de la cáscara de novillo, aprendió a leer y a escribir. Dos tres años más tarde su padre regresó con él a Lima y púsole a aprender el socorrido oficio de barbero y sangrador, en la tienda de un rapista de la calle de Malambo.

Mal se avino Martín con la navaja y la lanceta, si bien salió diestro en su manejo, y optando por la carrera de santo, que en esos tiempos era una profesión como otra cualquiera, vistió a los veintitún años de edad el hábito de

lego o donado en el convento de Santo Domingo, donde murió el 3 de noviembre de 1639 en olor a santidad.

Nuestro paisano Martín de Porres, en vida y después de muerto, hizo milagros por mayor. Hacía milagros con la facilidad con que otros hacen versos. Uno de sus biógrafos (no recuerdo si es el padre Manrique o el médico Valdés) dice que el prior de los dominicos tuvo que prohibirle que siguiera milagreado (dispéñeme el verbo). Y para probar cuán arraigaba estaba en el siervo de Dios el espíritu de obediencia, refiere que en momentos de pasar Fray Martín frente a un andamio, cayose un albañil desde ocho o diez varas de altura, y que nuestro lego lo detuvo a medio camino gritando: -¡Espera un rato, hermanito! Y el albañil se mantuvo en el aire hasta que regresó fray Martín con la superior licencia.

¿Buenazo el milagrito, eh? Pues donde hay bueno hay mejor.

Ordenó el prior al portentoso donado que comprase, para consumo de la enfermería, un pan de azúcar. Quizá no le dio el dinero preciso para proveerse de la blanca y refinada, y presentósele fray Martín trayendo un pan de azúcar mascabada.

—¿No tiene ojos, hermano? —díjole el superior— ¿No ha visto que por la prieta más parece chancaca que azúcar?.

—No se incomode su paternidad —contestó con cachaza el enfermero—. Con lavar ahora mismo el pan de azúcar se remedia todo...

Y sin dar tiempo a que el prior le

arguyese, metió en el agua de la pila el pan de azúcar, sacándolo blanco y seco.

¡Ea!, no me hagan reír, que tengo partido un labio.

Creer o reventar. Pero conste que yo no le pongo al lector puñal al pecho para que crea. La libertad ha de ser libre, como dijo un periodista de mi tierra. Y aquí noto que, habiéndome propuesto sólo hablar de los ratones sujetos a jurisdicción de fray Martín, el santo se me estaba yendo al cielo. Puntito con el introito y al grano, digo, a los ratones.

Ha incitado a comentario que la obra empieza así, casi de exabrupto, con una copla que destaca por su simpleza y cuyo mérito no es ciertamente literario, sino que se deriva más bien del sintetismo con que representa una imagen de Fray Martín muy arraigada en la tradición oral. A ella la convierte Palma en asidero y en punto de arranque de una línea argumental que se irá definiendo a lo largo del texto, y por medio de la cual percibiremos la perspectiva crítica, incrédula a ratos socarrona a menudo, de don Ricardo. Son distintos los procedimientos que adopta nuestro autor: unas veces, casi con sordina, nos habla de la "cultura y religiosa" capital; o llama al personaje, todavía niño, "Martincito", y, al referirse a sus primeras experiencias escolares, destaca la paradoja entre el cultismo "dómine" y el eufemismo coloquial "cáscara de novillo". En el mismo párrafo cuenta

que el padre lo destinó a aprendiz del "socorrido" oficio de barbero y sangrador, paso en el que juega con los significados "socorrer" y su relación con "socorro" y socorrido", como si en ese término se refractaran atributos del carácter, por decirlo así, "divino" y "humano", es decir, la generosidad de dar "socorro" y la muy humana búsqueda de sustento ejerciendo un oficio "socorrido".

Otras veces, en cambio, la actitud palmista es más abiertamente irónica, y, si no fuera por el sentido humorístico que infunde al relato, pecaría de irreverente; examinemos ciertos casos: el pasaje "y optando por la carrera de santo, que en esos tiempos era una profesión como otra cualquiera"; o cuando dice, refiriéndose a la frecuencia de los milagros, que Fray Martín los hizo "por mayor" y con la facilidad que otros crean "versos", y llega, incluso, a producir el verbo "milagrear", cuando explica que "el prior de los dominicos tuvo que prohibirle que siguiera "milagreado". Pero la perspectiva es subrayada con un énfasis indudablemente mundano, líneas abajo, al dirigirse Palma al lector y decirle: "¿Buenazo el milagrito, eh?", suerte de comentario exclamativo que nos revela una ruptura temporal y crítica, es decir, un deslinde entre la actitud devota del hombre Martín de Porres, del siglo XVI, y la actitud crítica y racionalista del liberal del siglo XIX. Palma añade todavía: "Pues donde hay bueno hay mejor", y pasa a re-

ferir otro suceso prodigioso que comenta en términos de intención semejante: "¡Ea! No me hagan reír, que tengo partido un labio!". El último párrafo de este primer capítulo resulta bastante ilustrativo; aquí advertimos la genuina perspectiva palmista, como típico representante de nuestro siglo diecinueve, dispuesto a recrear una versión con porciones de leyenda y de historia, de fantasía y humor, que él maneja a su manera para deleitar al lector y zaherir a su sociedad. El "creer o reventar" y las frases que siguen brindan una idea del alejamiento con que Palma observa el dato histórico y de su no compromiso con el espíritu religioso; ahí se percibe, así mismo, su concepto liberal, adverso al dogma y la intolerancia. Pero también, en cuanto promete abandonar la descripción de la vida de Fray Martín y concentrarse en el incidente de los ratones, Palma descubre un rasgo fundamental de sus tradiciones, esto es, la aparente inorganicidad de la obra y su, también sólo aparente, dispersión al hacer saltar el relato de un punto a otro, dejando o retomando el sentido de la acción principal. Se hará más visible este rasgo en la segunda y última parte de esta tradición. Tengamos en cuenta, además, que la parte primera concluye con las acostumbradas alusiones a la realidad por intermedio de términos sustitutivos: "el santo se me estaba yendo al cielo. Punto con el introito y al grano, digo, a los ratones", neto indicio que el mundo de

la tradición, el suyo, el intransferible, no está en la historia ni en la realidad objetiva, circunstancial, sino en ese entramado de palabras, ideas y figuras que comúnmente forjan aquellos que se denomina el "estilo" de un autor.

El tono de la prosa y la naturaleza del léxico parecen comprobar que en el capítulo segundo Palma ha olvidado su ánimo travieso y retozón, y, que, por el contrario, se ocupa de documentar hechos y antecedentes para lo que, según anunció en el titular y repitió luego, constituye el núcleo de interés argumental, vale decir, "los ratones de Fray Martín". Veamos que ha ocurrido:

Fray Martín de Porres tuvo especial predilección por los pericotes, incómodos huéspedes que nos vinieron casi junto con la conquista, pues hasta el año 1552 no fueron esos animalejos conocidos en el Perú. Llegaron de España en uno de los buques que, con cargamento de bacalao, envió a nuestros puertos un don-Gutierre, obispo de Palencia. Nuestros indios bautizaron a los ratones con el nombre de hucuchas, esto es, salidos del mar. En los tiempos barberiles de Martín, un pericote era todavía casi una curiosidad, pues, relativamente, la familia ratonesca principiaba a multiplicar. Quizá desde entonces encariñose por los roedores, y viendo en ellos una obra del Señor es de presumir que diría, estableciendo comparación entre su persona y la de esos

chiquitines, seres, lo que dijo un poeta:

El mismo tiempo malgastó en mi Dios que en hacer un ratón, o a lo más dos.

Cuando ya nuestro lego desempeñaba en el convento las funciones de enfermero, los ratones campeaban como moros sin señor en las celdas, cocina y refectorio. Los gatos, que se conocieron en el Perú, desde 1537, andaban escasos en la ciudad. Comprobada noticia histórica es la de que los primeros gatos fueron traídos por Montenegro, soldado español, quien vendió uno, en el Cuzco y en doscientos pesos, a don Diego de Almagro el Viejo.

Aburridos los frailes con la invasión de roedores inventaron diversas trampas para cazarlos, lo que rarísima vez lograban. Fray Martín puso también en la enfermería una ratonera, y un ratonzuelo bisoño, atraído por el tufillo del queso, se dejó atrapar en ella. Libertolo el lego y colocándolo en la palma de la mano, le dijo:

—Váyase, hermanito, y diga a sus compañeros que no sean molestos ni nocivos en las celdas; que se vayan a vivir en la huerta, y que yo cuidaré de llevarles alimento cada día.

El embajador cumplió con la embajada, y desde ese momento la ratonil muchitanga abandonó el claustro y se trasladó a la huerta. Por supuesto que fray Martín los visitó todas las mañanas, llevando un cesto de desperdicios provisiones, y que los pericotes acudían como llamados con campanilla.

Mantén en su celda nuestro buen lego un perro y un gato, y

había logrado que ambos animales viviesen en fraternal concordia. Y tanto, que comían juntos en la misma escudilla o plato.

Mirábalos una tarde comer en sana paz cuando de pronto el perro gruñó y encréspose el gato. Era que un ratón, atraído por el olorillo de la vianda, había osado asomar el hocico fuera de su agujero. Descubrió Fray Martín y volviéndose hacia perro y gato, les dijo:

—Cálmense, criaturas del Señor, cálmense.

Acercóse en seguida al agujero del muro y dijo:

—Salga sin cuidado, hermano pericote. Paréceme que tiene necesidad de comer; apropíncuese que no le harán daño.

Y dirigiéndose a los otros dos animales añadió:

—Vaya, hijos, den siempre un largarcito al convidado, que Dios da para los tres.

Y el ratón, sin hacerse rogar, aceptó el convite, y desde ese día comió en amor y compañía con perro y gato.

Y...y...y...y...¿Pajarito sin cola? ¡Mamola!

Nuevas digresiones capturan el curso del relato, lo retienen, y así escuchamos noticia de la llegada de los pericotes al Perú y de la circunstancia que posibilitó su ingreso, en un envío despachado por el Obispo de Palencia. De ello infiere Palma que, en la juventud de Fray Martín no abundaban los ratones y que, por tal coyuntura, pudo el beato limeño, contemplándolos, haber establecido un parangón entre su persona y los animalillos,

también criaturas del Señor; conjetura cuando menos pone de manifiesto una intención de elogio, en cuando resalta la humildad y caridad cristianas de Fray Martín.

Acto seguido, menciona la rápida propagación de los roedores y halla un puente para discurrir sobre la escasez de los gatos por aquellos mismos años; también señala su fecha de ingreso en el Perú, así como el buen precio en que uno le fue vendido en el Cusco a don Diego de Almagro. Pues bien, aparte un giro como "los tiempos barberiles" de Martín y el sentenciar que los ratones "campeaban como moros sin señor en celdas, cocina y refectorio", es presumible que el objetivo de Palma no apunte, primordialmente, a la ironía, ni persiga conquistar la sonrisa tolerante del lector; no parece insensato asumir que en estos párrafos las digresiones pretenden encuadrar la escena central de la pieza, y que paralelamente lo ayudan a precisar —en beneficio de lector— otro ámbito de la realidad con vestimenta de hecho insólito, a fin de conformar, de ese modo, una idea de cómo lo infrecuente, por serlo, suena a maravilla; en especial, en un país en donde hubo tanto por conocer de lo traído desde España, como por descubrir entre el contingente nativo, y tanto exceso en la disposición para acoger con deslumbramiento lo inhabitual, cada vez que esto quebraba la secuencia uniforme de la vida en la comuna. Dicho con otras palabras, verbigracia, lo que

en años del tradicionista pudo ser asunto ordinario, quizás, por ejemplo, la abundancia de ratones y gatos, pudo no haberlo sido, como lo propone Palma, en los siglos precedentes, y por ello, debió haberse producido un instante de crucero en el que la sorpresa acompañara a la verificación del cambio operado. Pero así mismo, se advierte que aquella tolerancia y caridad esperables en los frailes del Convento, respecto de la plaga mortificante de ratones, no se dio sino en el humilde hermano Martín. Lo dice el tradicionista expresamente: "Aburridos los frailes con la invasión de roedores inventaron diversas trampas para cazarlos..." De esta manera ya poseemos una suerte de doble y quizá si triple mirador para juzgar la personalidad de Fray Martín y el sentido del clásico milagro en la pieza de Don Ricardo; en primer lugar, la versión oficial de la iglesia y de los devotos, repetida y engalanada, a su modo, en la propaganda piadosa que circuló al celebrarse su canonización, y de la que sólo es visible el pareado que usó Palma como motivo literario; de otro lado, la actitud crítica y profana que distorsiona la primera hasta conseguir —por el ridículo y la duda decimonónica— una imagen humorística, casi caricaturesca, que hace de contrafigura a la primera versión; y, por último, la que se concreta en los párrafos finales y que, salvo denominar "embajador" al ratoncito sorprendido en la trampa y forzar el contraste, en la voz

de Fray Martín, entre la amable invitación al "hermano pericote" y el efecto cómico que produce "apropíncuese", (no sólo por fuera de uso, sino por el contexto que lo rodea), salvo eso, repetimos, concluye construyendo una imagen de simpatía, de adhesión, que, si de una parte humaniza al beato de Porres, de otra exalta en él la gracia de la caridad y el privilegio de la modestia. Pero esta imagen, siendo la de un varón que ha llegado a Santo de la Iglesia Católica, tiene, para Palma, aristas muy concretas que él no deja de subrayar en cuanto puede, a saber: el que fuera hijo natural, el que su madre fuera una esclava panameña, su condición humilde que lo destinaba a cierta clase de oficio menor, en el rango de las ocupaciones coloniales; y, aunque no lo menciona, por sabido, el color de Fray Martín. Frente a estos hechos, de los que existe prueba documental, Don Ricardo, a propósito de los raciones, no sólo deja en libertad su escepticismo, sino que, para nuestro punto de vista, quiere y consigue iluminar la figura de Fray Martín con un acento de realidad ideal, de profundísima humanidad y tolerancia, de excepcional caridad, y con ello le reconoce a Fray Martín el origen de su privilegiada leyenda, la deslumbrante transrealidad del mito popular en las versiones que ruedan inconteniblemente en la voz del pueblo, y que se aposentan especialmente en el corazón y en la fe de los humildes.

Para Don Ricardo —y aquí aventuramos más que un juicio, una hipótesis— en postrer instancia, lo definitivo no residía en elucidar si hubo o no hubo base verídica en los actos atribuídos al Santo limeño; ni en establecer si esos hechos debían interpretarse o no como "milagros"; lo fundamental arraigaba en la ejemplaridad cristiana, en la humildad y caridad de Fray Martín, en su dolida manera de vivir plenamente su fe, que, por intensa y privilegiada, subrayaba la desarmonía del vivir común y corriente. Para Palma, aquello extraordinario que naturalmente fluye en San Martín es causa de que su humanidad, humilde como fue, ascienda y se consagre, viva, cordial, limeñamente en el vigor de la leyenda popular, cerca de las criaturas que él amaba, hubiera o no conocido él un amor análogo de parte de sus semejantes.

En suma, entre la primera parte —para cuya interpretación hemos seguido a Luis Monguió—, y la segunda parte del texto hay una ruptura de estilo y actitud que nos permite inferir una diversa intención creativa. En ambas se refleja el estilo de Palma y sus convicciones del diecinueve, pero si la primera destruye una imagen ingenua, la última rehace un perfil vital y espiritual en el que el autor proyecta la figura de Fray Martín al predio de los personajes legendarios, de los mitos nacionales, sustrayéndolo de la temporalidad y localización humanas en que originalmente lo



[FOTOGRAFÍA].

ARCHIVO FOTOGRÁFICO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ.

DON RICARDO PALMA,
escritor y Director de la Biblioteca Nacional del Perú

ubicó. De este modo se explica que la tradición termine a la manera de los relatos tradicionales, de aquellos que circulan en el tiempo pasando de boca en boca y de generación en generación, de grandes a niños: "Y el ratón, sin hacerse de rogar, aceptó el convite, y desde ese día comió en amor y compañía con perro y gato". Y... y... y...¿Pajarito sin cola?. Mamola!" Frase final que, a mi gusto, más que para el lector, Palma la produce para sí mismo, asombrado quizá de que su público lo sorprendiera así, cogido por la simpatía que en él, masón, anticlerical y liberalote a ultranza, acabó conquistando la dulzura y grandeza del mulato San Martín de Porres.

* * *

Desde un punto de vista exclusivamente literario, aquello que Palma realiza en las Tradiciones se puede medir apelando al análisis de su manera o arte narrativa, interpretando su valor intrínseco, y cotejándolo con lo hasta entonces producido en las letras nacionales. Una rápida ojeada al desarrollo de dos tradiciones ha puesto en evidencia la complejidad de procedimientos y recursos que intervienen para configurar una tradición, y para conceder a ésta el sello de singularidad que la identifica con su autor; ahora bien, si comparamos estas piezas con las de antecesores de D. Ricardo, y más específicamente, con las prosas de Felipe

Pardo y Aliaga (1806-1868) y Manuel A. Segura (1805-1871), coincidiremos en que, en lo que va de ellos a D. Ricardo se ha verificado un repentino cambio que afecta en modo esencial a la actitud y la realización conseguida por Palma.

Hasta que aparecieron las tradiciones palmistas, la narrativa peruana, como nuestra literatura en general, encaraba una grave disyuntiva que se ejemplifica entre la diferencia entre la prosa de Pardo y Segura, o sea, la posibilidad de asumir que la literatura del Perú era una provincia y reflejo continuo de la modalidad española, o, que el escritor peruano debía esperarse por contraponer al acervo peninsular un patrón literario nativo: peruano por las preocupaciones y por la expresión que las revelara. En verdad, tanto Pardo como Segura obedecían a una compulsión espiritual que tenía su base histórica en la fundación de la República, y que preguntaba a nuestros artistas por su función y su destino en tanto escritores de una sociedad nueva. En uno y otro caso, estaba implícito el dilema de un ideal literario; y la consecución de ese paradigma suponía elegir, no sólo un modo de transformar el motivo que serviría a la creación estética, sino el instrumento con el cual esa intuición podía convertirse en hecho concreto, en pieza de lectura y encuentro entre un público y su autor.

Palma no siguió el gusto purista de Pardo, pero se acogió como él a un rigor selectivo y al

beneficio de la tradición española; a Segura lo acercó su amor por las cosas del pueblo, de su pueblo, que expresará en los temas y en el sabor colonial de su prosa. Al lograr aquella conjunción en una norma literaria cuyo paradigma es la oralidad, el colorido plástico de la conversación, Don Ricardo resolvió un dilema que en nuestras letras se atestigua desde los años del primer *Mercurio Peruano* (1791-1795). Ya en esa época, quienes constituyeron aquel grupo empezaban a indagar por la realidad física del país y por el mundo que estaba más allá de nuestras fronteras, y presintieron hondamente que, en tanto artistas e intelectuales, estaban compelidos a descubrir la identidad que los estrechaba en una sociedad distinta de aquella de la metrópoli peninsular.

No es la posición teórica lo que interesa esclarecer en las Tradiciones sino la expresión concreta, las huellas que revelan su arte de narrar y su mensaje subyacente. Al apartarse de una actitud purista o exclusivista, y al optar por una técnica combinatoria que aspiraba a una nueva unidad, Palma conformó el esquema interno de su estilo. De ese modo aprovecha y concilia elementos que, hasta entonces, parecían excluirse, a saber: a) la tendencia hispánica con la renovación formal y espiritual ambicionada por los americanos; b) el acopio de lo popular y el influjo cultural sedimentado en la literatura; c) los giros y expresiones del hablar coti-

diano y el sabor arcaizante de las voces y formas de tratamiento antiguas; d) los ecos de la rebeldía romántica y el anhelo de una norma estética; e) la evocación del pasado y la comprensión del presente; f) el espíritu democrático y el gusto por la selección cualitativa. Es así como en las Tradiciones de Palma, al resolverse éstas y otras oposiciones, apreciamos la intensidad con que Palma se volcó en su tarea de escritor, y comprendemos en que medida se halló comprometido con la problemática de su época y supo ser contemporáneo de su tiempo.

El hombre

A fuerza de atisbar a Palma tras las aventuras y los personajes, perdiéndolo de vista unas veces y recuperándolo, luego, entre los dichos de sus criaturas y el ruido de los carruajes por las calles de esa Lima que él ha perennizado, su perfil humano, su factura concreta se ha ido diluyendo y, quizá, si se ha adaptado cada vez más exclusivamente a la imagen que nos obsedian algunos retratos de su edad madura: cabello entrecano, frente amplia, anchas cejas, ojos inquisidores y tolerantes, espejuelos con cintillo, montados sobre nariz gruesa, bigotes lacios y generosamente poblados que, casi cubren el labio superior, algunas arrugas en el rostro, y un signo de bonhomía y carácter en toda la cara; rasgos suficientes que lo identifican con la visión que para los jóvenes encarna

la figura del abuelo. Ricardo Palma es, por definición, el "abuelo" fabulador de las letras peruanas; y, aunque parezca trivial, este juicio implica algo más que en un juego retórico. Don Ricardo, como persona, está encubierto por la leyenda que emana de su obra; gracias a su prosa le ha brotado una voz que, para el lector de hoy día, y especialmente para el escolar, tiene el acento de la época pretérita, de las consejas y razones que preservan el recuerdo e iluminan, con una luz diversa, artistas y relieves que el presente empareja, pero que, al conjuro de su palabra amena, reganan otra vez la fuerza de aquello permanente, de lo que sobrevive a la mudanza de los años. Por eso, parecería secundario perseguir los trazos más saltantes de su biografía, si ésta, a la postre, ya no es la vida del escritor sino el destino que le han procurado, a aquel, sus obras; pero resultará ilustrativo, igualmente, echar una mirada al medio familiar y social en que creció y se formó el joven Palma; al ambiente que acogió sus primeras armas literarias y políticas; y al itinerario de su quehacer vital, ya escritor célebre, comprometido en las andanzas y reveses de la sociedad peruana. Hay también una lección entrañada en la vida de D. Ricardo; un testigo que dice de la miseria y gloria reservados para el talento y la inteligencia en el Perú que le tocó vivir.

Ricardo Palma nació a pocos años de consolidada nuestra emancipación política de España, el 7 de

febrero de 1833. Según Raúl Porras fueron sus padres Pedro Palma y Guillerma Carrillo, cuya casa estaba situada en la calle de Puno, en un barrio limeño modesto, pero endeudado plenamente con la tradición virreinal. Raúl Porras lo dice de manera notable: "Palma abrió los ojos en el corazón de la Lima virreinal. Por la espalda los muros de su casa tocaban con los de las cárceles de la Inquisición limeña, cuya historia sería el primero en escribir. A media cuadra de su hogar, en lo que es hoy Plaza Bolívar, funcionaba el mercado o plaza de abastos y el desplante dicharachero de las mulatas vendedoras de pescado y desenvoltura. Pocos pasos más allá, en el sitio que ocupa actualmente el Congreso, estaba el edificio de la Universidad Mayor de San Marcos, con sus muros altos y severos, su claustro imponente en el que se alineaban los retratos de frailes catedráticos e inquisidores y en cuyo General funcionaba desde 1822 el Congreso. En un ángulo de la manzana en que vivía Palma, estaba la casa en cuya entrada la tradición popular aseguraba que había fallecido el Virrey Conde de Nieva al descender de un balcón. El otro ángulo estaba frente al Monasterio de la Concepción, fundado por una cuñada del conquistador Pizarro. Cuadra abajo de la Concepción está el Colegio del Príncipe, fundado por el Virrey Esquilache y dedicado ya a la Biblioteca Nacional. Son casi todos los lugares entre los que habría de transcu-

rrir la vida del tradicionista. Pues bien, para Porras hay un signo evidente y premonitorio en esta conjunción de coincidencias; además, y también lo subraya ese crítico, la temprana pérdida de la madre, posiblemente, ahondó el influjo que, en el niño Palma, ejerció alguna anciana aya, integrada a la casa paterna, y a quien el tradicionista ha evocado en varias de sus piezas y, singularmente, en "Allí Viene el Cuco". Los cuentos y leyendas narrados por ella, con el aderezo de gestos y expresiones locales, pueden haber hecho impresión en el niño, y haberlo predispuesto a descubrir y aficionarse por el mundo material y mágico que lo rodeaba en sus años infantiles.

Datos sueltos ha dejado el tradicionista de su paso por la escuela, y sus biógrafos han completado esa versión concediendo que nunca fue estudiante modelo, ni en los grados elementales ni en los días de colegial de San Carlos. En este centro, debió empaparse del gusto romántico a la moda y de inspiración demoliberal, grata al espíritu de la juventud carolina. Ya por aquel período, en 1848, empieza a publicar poesías y se siente cautivado por el arte dramático, las amistades literarias —que evocará más tarde en bellas páginas—, y por el amor. En las revistas de los años que siguen aparecerán composiciones de su pluma y, entre 1850 y 1852, lleva a escena tres dramas que consiguieron el favor del público, más que por calidad

intrínseca, merced a circunstancias políticas y a la soltura e ironía de algunos pasajes de los versos. Es la época de la bohemia romántica, cuando coopera en la traducción de la letra de la Favorita, ópera de Donizetti, y escribe sus primeros Romances Históricos o Romances Nacionales, primitivos ensayos de lo que llegarán a ser las "Tradiciones"; son los años en que solía firmar Manuel Ricardo Palma y apoyaba la simplificación de la ortografía española.

Hacia fines de 1860, Palma debe emigrar a Chile, desterrado, por hallarse comprometido en una conjura política; hasta ese momento su prosa creativa se reducía a Leyendas, Romances y la primera versión de "tradiciones", que, por lo común, fueron reescritas o difieren en mucho de lo que, con este término, nos acostumbró a gustar la madurez de D. Ricardo en su obra ulterior. Aquellos años en el país sureño resultan de notable actividad tanto en lo que toca al escritor, cuanto al proceso reflexivo durante el cual, no queda duda, Palma reexaminó la actitud literaria y política tenida hasta entonces; y la criticó a las luz de las nuevas experiencias encaradas por los radicales de Chile, en un marco que, proyectándose por sobre las fronteras del país natal, le rendía una concepción más concreta de la tarea del escritor, de la pugna universal por la libertad, y del sentido americano que, si bien por carriles en apariencia antagónicos, años atrás había

sido el fermento de una célebre polémica entre Bello y Sarmiento, con la que el medio intelectual chileno había experimentado una activísima catálisis.

La estada sureña instó a Palma a redactar su conocido libro sobre la historia de la Inquisición en Lima; en el cual, pese al propósito de investigación histórica, dominan el fervor liberal y la aguda ironía palmista, al extremo de convertirlo en la antesala de su nueva y mejor prosa: aquella que llegará templada en giros clásicos y enriquecida con la vitalidad de la lengua coloquial, y en virtud de la cual empezara Palma a transmutar personajes, ideales y acciones que ascienden a su obra permanente, las *Tradiciones Peruanas*, cuya primera serie apareció en 1872 y fue seguida más tarde por siete volúmenes y dos apéndices.

De regreso de Santiago, Palma obtuvo un nombramiento diplomático en Pará (Brasil) y autorización para demorar su viaje por Europa, que en aquella época era la ruta usual hacia Brasil. Ya por esos días había sucumbido el bohemio de 15 años atrás, y este viaje marco en su ánimo nuevos horizontes en los que desplegaría con facilidad y autonomía su talento personal. Vuelto al Perú, en 1865, Palma alternará las tareas de escritor con la cuestión pública, en la que no siempre anduvo con fortuna ni se sintió realizado a cabalidad, por lo que acabaría apartándose hacia 1872 para concentrar su afán en la factura y

recopilación de las sucesivas series de las Tradiciones Peruanas. El conflicto del 79 sorprendió gravemente a Palma, no sólo por lo que significó de sufrimiento personal y pérdida de su biblioteca y manuscritos, sino además por el acabamiento irremisible del ideario liberal al servicio de la fraternidad americana. Con posterioridad al conflicto, Don Ricardo será encargado de rehacer la Biblioteca Nacional, tarea que cumplió con celo y cariño ejemplares, a lo largo de 25 años, en los que puso en juego su prestigio de escritor y las numerosas amistades que poseía en el extranjero. En este período, Palma, ya anciano, era un símbolo en las letras peruanas; un autor de renombre y personalidad en la literatura en lengua española; ningún escritor nuestro, como él, había alcanzado tanta difusión internacional ni tan cálida respuesta en el lector nativo; ninguno había logrado los homenajes que le tributaron instituciones extranjeras. Pero, por lo mismo, y por sobrevivir a una época que el desastre dejó atrás, confundidos en un todo la experiencia bélica y la circunstancia político-social, faltó perspectiva y hubo quienes quisieron ver en Palma el representante de ese pasado que deseaba omitirse, y en su obra el signo del reaccionarismo colonial que alentaba el conformismo del espíritu.

A Ricardo Palma, quien después del Inca Garcilaso es el peruano que ha construido el más fascinante mural de nuestra socie-

dad, se le regateó méritos, solidaridad y justicia, y un mal gobierno lo privó de la Dirección de la Biblioteca Nacional que él había rehecho. Poco después falleció en Miraflores; corría octubre de 1919.

El mensaje

Ya hemos visto rasgos definidos de la obra y del hombre, de las Tradiciones y de Ricardo Palma: ¿podemos preguntar cuál es su mensaje?, ¿en qué proporción el lector de hoy día, el de mañana, encuentran en las Tradiciones una lección estética y vital? Las obras como las personas no perduran por el exclusivo mérito de su belleza o de su habilidad para ser ameno pasatiempo. El hecho de que, en cuanto lectores de las Tradiciones, nos encontremos, nos descubramos un tanto más, nos asombremos o sonriamos de un perfil que se nos había escapado, debe ser causa, en alguna medida, de la actualidad de Palma y de que, desde afuera del mirador literario, se haya intentado asignarle un valor prestado por la historia.

Si al meditar sobre las Tradiciones consideramos que los temas del pasado sostienen lo que podríamos llamar la base argumental, la realidad de la obra palmista, podríamos ser víctimas de un cruel espejismo. El núcleo de la Tradición está impregnado de una sensibilísima percepción de la "temporalidad", pero hay que distinguir entre el acontecimiento (hecho, no-

ticia, anécdota), es decir "lo pasado", que en la obra de Palma sirve de simple motivo literario y, de otra parte, el papel que toca a la evaluación de lo temporal, a la conciencia del tiempo, del fluir del tiempo que se va haciendo pretérito y que sin embargo subsiste en el presente; a la relación oculta pero activísima entre el presente y el pasado, cuando desde el presente se forja la norma que discierne y deslinda ese flujo continuo, y cuando sus revelaciones atañen tanto a uno como a otro extremos de esa corriente temporal, que es y deja de ser, y vuelve a ser y a desaparecer en el curso de los acontecimientos. Palma, con los medios propios del artista, con su intuición y su lenguaje, se enfrentó a esta pregunta, a este desafío que significaba desentrañar el sentido subyacente de las cosas próximas y lejanas que de alguna manera lo tocaban como hombre del Perú y del siglo XIX, de aquella sociedad que ya era república, aunque en más de un rasgo fundamental subsistiera el espíritu colonial.

Y así, merced a esta coyuntura, lo que antes de ingresar al desarrollo de la Tradición vale tan sólo como anécdota o dato aislado, en ella adquiere un sentido que trasciende de la pieza e ilumina repentinamente, como en un choque, en un contraste, en un chispazo, y siempre por virtud del efecto mágico de una sonrisa, de la ironía o del gesto cínico o escéptico, la imagen de toda una sociedad y la

cultura encubierta que en ella domina.

La realidad de la Tradición no está, pues, en los temas ni en la historia remota, reside en la actitud del autor y en su expresión, que es la forma peculiar de usar esos temas, destacarlos, oponerlos, combinarlos, transformarlos, o sea, hacerlos pasar por el cedazo del estilo. Y lo esencial en el estilo palmista es ese sentido que nivela el suceso remoto y el dato cotidiano, el giro arcaico y el piropo de la esquina, la dama aristocrática y la camaronera, la prosa solemne y el refrán desenvuelto, para, de ese modo, transmitirnos, el "perspectivismo" del autor, la perspectiva desde la que Palma mira cómo la sociedad peruana es una hechura no sólo en la geografía sino en el tiempo, y cómo ese tiempo no es únicamente una sucesión cronológica, no sólo es pasado, no sólo es presente, sino el apego y desapego a mitos, valores, símbolos, creencias, supersticiones, vicios, costumbres, palabras, dichos, que cambian, permanecen, mudan, se distorsionan y embellecen, y que, en ese transcurrir, exponen las esperanzas y desengaños de aquellas generaciones que crearon la república, con su confusa mescolanza de pasado-presente; y aunque relegaron la aristocracia y abrazaron las prédicas democráticas, sin embargo no lograron rescatar al hombre de ciertas realidades materiales e ideales que lo dislocan entre su querer ser y su ser como es. Pero alejado del romanticismo,

como se comprueba en toda su obra de madurez, Palma es incapaz del lamento o la queja o la idealización; racionalista y liberal, cree en la libertad y la persona, con sus defectos y cualidades, y por eso el espectáculo que contempla y transfigura no lo lleva más allá del apunte irónico, de la caricatura mordaz o benevolente, de la tolerancia pícara. Para Palma, tanto en el mundo objetivo como en la palabra, y ambos constituyen las vertientes de su temporalidad, hay un cruce de realidades y de "tempo" que se ocultan y se desfiguran; hay una trampa que espera al ojo alerta o al ojo incauto del lector. Palma quiso ver en hondura y transformó en símbolos —y he ahí su lección— las fuerzas, las normas, los patrones culturales y sociales que encuadraban a personas e instituciones de su tiempo; quiso ser testigo y supo dar testimonio a su modo; sin acritud pero con autenticidad, contra los dogmatismos y a favor de la tolerancia, y de la porción de humanidad que cada hombre cautela y por la que es responsable.

Este es a nuestro juicio, el signo más hondo y fecundo del mensaje palmista; en él se explica la belleza y especial estructura de su estilo y del mundo que reflejan, y en él aflora, trasmutado, el acento nacional que define su obra: no de la colonia, que es lo adjetivo, sino de la peripecia social y espiritual de nuestro siglo XIX. Podríamos haber escrito "nuestro siglo pasado",

y así, en aplicación de la especial "lógica" palmista, haberlo confundido aún más con el presente. Ya por afinidad de aquello común a nuestros días, ya por haber reducido a hechura literaria los trazos

sustantivos de un período definitivo en nuestro proceso social, las Tradiciones de Palma mantienen un vivo y cordial diálogo con su lector; con ése que pasó, contigo, con el que vendrá mañana.

Ofrecer de César Vallejo una imagen sintética, elemental y, hasta donde se pueda, objetiva, es el propósito de las páginas que siguen. Están específicamente dirigidas a los jóvenes —de secundaria, de la Universidad— que habiendo leído a Vallejo, no cuentan, sin embargo, con un texto que les describa la vida y les explique su obra, en un plano de simple divulgación y de guía hacia el conocimiento integral del poeta; un texto, en fin, que sea el escalón intermedio entre el libro escolar y la obra crítica de erudición.

Fiel al carácter de estas páginas, el autor se propone:

1.—Mostrar cómo, en Vallejo, la vida y la obra se funden en un todo indisoluble y se iluminan mutuamente. La vida de un escritor o un artista no siempre constituye un índice seguro de lo que es o será la obra: hay vidas engañosas, que dicen poco o que parecen ajenas a lo creado. "Toda creación transforma las circunstancias personales o sociales en obras insólitas. El hombre es el olmo que da siempre peras increíbles", dice con toda razón el mexicano Octavio Paz. En Vallejo, en cambio, lo vivido, lo sufrido se vuelven torrencialmente en su obra; conociéndolo a él, empezamos a conocer su poesía y empezamos a apreciar ese complejo vida-obra como una dramática unidad. Por eso, el presente texto tratará conjuntamente ambos aspectos de la imagen de Vallejo; habrá biografía y crítica al mismo tiempo,

CÉSAR VALLEJO



JOSÉ MIGUEL OVIEDO CHAMORRO, (n. Lima, 1934), ha seguido sus estudios doctorales de Literatura en la Facultad de Letras de la Universidad Católica «Vocabulario Romántico de Carlos Augusto Salaverry» es el título de su tesis de Bachillerato, publicada luego en 1962. Para optar el título de Doctor en Literatura presentó su trabajo sobre «El Fracaso de la Escuela Romántica en el Perú». En 1958 publicó «Pruvonena», su obra de teatro. EUDEBA de Buenos Aires ha publicado «Palma a través de su obra». Es profesor de Literatura Peruana y de Literatura Europea Contemporánea en la Facultad de Letras de la Universidad Católica.

aprovechando las luces que una arroja sobre la otra.

2.-Usar el lenguaje más claro posible. Se simplificarán las citas y se reducirá el caudal de datos a lo esencial. Se explican en el glosario que se añade al final del trabajo, los conceptos y términos —marcados por un asterisco— con los que la crítica suele calificar o medir la obra de Vallejo, se interpretarán los poemas más importantes o característicos de esa obra, para mostrar como la dificultad aparente de ciertos textos proviene del hábito de una lectura superficial, indiferente, que capta sólo la "letra" y no la intención, el espíritu, el mundo de relaciones que origina el hecho poético. Naturalmente, cuando se habla de "interpretar los poemas", no debe entenderse que esa operación sea exacta y rigurosa como una demostración matemática. En realidad, la poesía no debe explicarse: debe experimentarse, como se experimenta un sentimiento o una emoción. (Si el poeta pudiese explicar su poesía, escribiría un ensayo sobre el poema, no el poema mismo). En el fondo de toda obra de arte —más en la de Vallejo— hay algo absolutamente inexplicable, que permanecerá siempre en el misterio: el secreto de la creación, que sólo algunos poseen.

3.-Incorporar los principales aportes que la crítica nacional y extranjera ha brindado al estudio de Vallejo, valorándolos y confrontándolos entre sí. De este modo,

más que proponer aquí una nueva tesis sobre el poeta, el autor requiere refundir y ordenar las tesis representativas más notables, de acuerdo con un criterio personal, cuya primera y última instancia es la misma obra de Vallejo.

Infancia y Juventud en Trujillo

En Santiago de Chuco, pequeña provincia de La Libertad, asentada en un valle de la cordillera andina, nació César Abraham Vallejo el año de 1892, muy seguramente en la vieja casa paterna que Luis Monguió describe así, siguiendo la versión de Francisco Izquierdo Ríos:

"Es una casa situada en el barrio santiaguino llamado de Cajabamba, número noventa y seis de la calle de Colón...tiene un portón con un poyo. Es de dos pisos, con soportes al interior, que da a un patio empedrado en el que hay flores. Por los pilares trepan enredaderas. Sala con retratos grandes de los padres de Vallejo. Desde la casa se ve el cementerio del pueblo".

El propio poeta parece evocarla, dentro de la quieta atmósfera provinciana, en "Aldeana".

¿Quiénes eran los padres de Vallejo?. El poeta fue el menor de los once hijos nacidos del matrimonio de don Francisco de Paula Vallejo Benites y doña María de los Santos Mendoza y Gurreone-ro, ambos naturales del mismo Santiago de Chuco; la suya era

una empobrecida familia —sobre todo cuando Vallejo era niño— de clase media de procedencia rural, cuyos antecesores habían mezclado sus sangres indígena y española. El perfil de Vallejo, su rostro bronceado y el oscuro cabello lacio denunciaban ese origen mestizo.

Por mucho tiempo se ha discutido cuál fue el día exacto de su nacimiento. Ha habido, incluso, dudas respecto del año, pues mientras algunos (como Raúl Porras) hablaban de 1893, otros (amigos de él, como el poeta Juan Larrea) colocaban su nacimiento en 1894; y aún Julio Leguizamón proponía el año 1898; la duda se hizo mayor porque pese a que el mismo Vallejo admitía la fecha del 6 de junio de 1893 como la de su nacimiento (y así figura en su lápida), en unos versos escritos el 21 de Noviembre de 1937 e incluídos en *Poemas Humanos*, declara:

Habiendo atravesado
quince años; después, quince, y, antes,
quince,
uno se siente, en realidad, tontillo...

Lo cual nos remitiría a 1892, como el año más probable.

Antenor Samaniego halló una copia de la partida de bautismo del poeta y sobre esa prueba, él y luego el investigador francés André Coyné, establecieron, de modo definitivo, que Vallejo, nació en 1892; pero, en opinión de Monguió, deja una duda respecto del

día, que bien puede ser el 15 o el 16 de Marzo. Alcides Spelucín, amigo también de Vallejo, ha aportado una prueba, al parecer suficiente para aclarar ese último punto: una crónica periodística aparecida el 16 de Marzo de 1921 en el diario "La Reforma" de Trujillo, que dice: "Social —Cumpleaños— Cumple años en el presente día el señor César Vallejo. Con tal motivo sus numerosos amigos le obsequiarán con un banquete". De este modo, ha quedado fijada la fecha exacta del nacimiento de Vallejo: el 16 de Marzo de 1892.

Pocos datos seguros hay sobre la infancia y la adolescencia de Vallejo. Coyné recoge dos anécdotas del poeta niño que parecen significativas: "El muchacho solía atizar el fuego del horno donde se cocía el pan familiar, y aprovechaba para sacar panes a escondidas, que ocultaba bajo su almohada para comérselos de noche; cuando lo sorprendieron en sus banquetes nocturnos, declaró a sus padres: *Estoy soñando que estoy comiendo el pan que hemos amasado hoy*. También, al trazar garabatos en el suelo, sin saber escribir todavía, afirmaba el niño: *Estoy escribiendo a mamita que tengo hambre*". Pan, hambre: dos palabras claves en la dolorida visión poética de Vallejo; dos sensaciones que, con la elaboración poética, cobrarán un sentido de horrible angustia espiritual que se advierte en su primer libro:

Esos golpes sangrientos son las crepitaciones de algún pan que en la puerta del horno se nos quema

(«*Los heraldos negros*»)

Pestaña matinal no os levantéis!
El pan nuestro de cada día dánoslo,
Señor...!

Todos mis huesos son ajenos; yo tal vez los robé!

(«*El pan nuestro*»)

Ya nos hemos sentado
mucho a la mesa, con la amargura de
un niño que a media noche, llora de
hambre, desvelado...

(«*La cena miserable*»)

El resto hay que suponerlo; es decir, hay que imaginar lo que sería la vida en una pequeña provincia de la sierra norte, a comienzos de siglo, con una casa grande para jugar, con el campo y el río cerca, con los hábitos monótonos de un pueblo humilde, religioso, tranquilo. En ese ambiente cursó su instrucción primaria; en 1905, fue enviado a Huamachuco a seguir la enseñanza secundaria en el Colegio Nacional de San Nicolás; los registros de 1905 y 1906 revelan que Vallejo fue un alumno aprovechado. El esfuerzo económico que estos estudios significaban para la familia, debió ser muy grande; en 1907, cuando cursaba el tercer año de media, el padre se ve obligado a pedir al Colegio que se otorgue a su hijo la calidad de "alumno libre", para que el muchacho pueda estudiar en su misma casa, sin gastos de pensión. En 1908 vuelve a Huamachuco y cursa el cuarto (y

último) año de estudios. Es por esta época que comienza a escribir poemas que, aunque no se conocen, debieron ser "ingenuos y hasta pueriles ejercicios de versificación". (A. Spelucín); sin embargo, Vallejo, al recordar mucho más tarde —1920,— esos años de estudio, afirmará con gratitud que "si Santiago de Chuco me dio la materia bruta, el bloque amorfo, Huamachuco pulimentó aquel bloque e hizo de él una obra de arte".

Nuevas dificultades económicas harán que Vallejo postergue por unos años el ingreso a la Universidad y se ponga a trabajar como ayudante de cajero en la Hacienda Azucarera Roma y luego, en Huánuco, en 1912, será preceptor de los hijos de un hacendado. Entre uno y otro trabajo, por el 11, hizo el entonces largo y penoso viaje a Lima desde Trujillo que quizás esté evocado en el poema *Los arrieros*:

Arriero, vas fabulosamente vidriado de sudor.

La hacienda Menocucho cobra mil sinsabores diarios por la vida. Las doce, Vamos a la cintura del día. El sol que duele mucho.

Al parecer, enviado por su hermano Víctor para estudiar Medicina, Vallejo se queda en Lima apenas un año y renuncia a la carrera. En 1913 se matricula en el primer año de la Facultad de Filosofía y Letras de la U. de Trujillo. Alumno distinguido, se gradúa en

1915 como Bachiller en Letras con su tesis titulada *El romanticismo en la poesía castellana* (editada en Lima, en 1955), que dedica al profesor de la Universidad doctor Eleazar Boloña y a su hermano Víctor. Ese mismo año comienza a seguir estudios de Derecho, que interrumpirá en 1917, con la perspectiva de un nuevo viaje a Lima. En la capital trujillana, Vallejo se aloja en un hotel muy modesto, a una cuadra de la Plaza de Armas; en uno de los cuartos de ese hotel, escribió la mayor parte de los poemas reunidos en *Los Heraldos Negros*. Para pagar sus estudios, el estudiante ocupa una plaza de preceptor en el Centro Escolar de Varones 241 y luego en el Colegio San Juan; aquí tendrá un alumno destinado a ser famoso: Ciro Alegría. En la revista escolar "Cultura Infantil" que publicaba el mencionado Centro Escolar, aparecen algunos poemas y composiciones didácticas de Vallejo sin mayor interés literario.

En esos cinco años de universitario, entre los 21 y 26 años de su vida, el destino de Vallejo se decide. Seguramente cuando recién ingresó al claustro trujillano, Vallejo no era más que "un humilde estudiante serrano, con modestas ansias de doctorarse, como tantos pobres indios que engulle despiadadamente, la Universidad" (Orrego). Dedicado a sus estudios, a su trabajo de maestro y a sus poemas pedagógicos, pobre y mal trajeado, Vallejo llevaba una existencia oscura y de estrechos límites. Pero había en él

cierta insatisfacción por la vida que llevaba, la vaga noción de que debía dedicarse a otra cosa; esa insatisfacción lo conducirá finalmente al inconformismo y la rebeldía, es decir, a su poesía. Izquierdo Ríos recoge testimonio íntimos de ese secreto anhelo de Vallejo: "desde muchacho le gustaba peinarse a lo poeta", cuenta uno de sus primos, y agrega que cuando César volvía de vacaciones a Santiago de Chuco, salía a pasear con él y le confesaba, golpeándose la frente: "Quiero escribir..."

El Trujillo colonial, aristocrático y tradicional de entonces, no parecía la atmósfera propicia a tal actividad. "Hasta principios de 1913, Vallejo actúa dentro de un contorno social realmente pobre, por no decir nulo en lo que a cultura estética y literaria se refiere... Sumerso en tan limitados círculos, un hombre a quien "se le da por los versos" —como suele decirse entre ellos—, que "pierde el tiempo" en la meditación y el ensueño, no puede menos que aparecer como una suerte de chiflado o de loco, es decir, como un espécimen raro, deforme o aberrante del grupo social. Tal debió ocurrir con César Vallejo en los años de su lenta y penosa iniciación poética, cuando los agraces frutos de su pensamiento no sólo no alcanzaban publicidad alguna, sino que, por el contrario, suscitaban encarnizadas mofas" (A. Spelucín).

El año 1915 es el decisivo: Vallejo empieza a frecuentar otros

círculos intelectuales, empieza a hacerse notar por los grupos literarios de avanzada. A partir de entonces, el poeta advierte que, como escritor, ha vivido en el pasado, fiel a un post-romanticismo agotado e intrascendente, y que debe ponerse al día, apurar el paso; es ese el momento en que comienza el vertiginoso ascenso de Vallejo en el campo de la creación poética: en apenas tres años, superando velozmente influjos de autores y escuelas, "nadie pudo subir tan alto ni ir tan lejos" (E. Anderson Imbert) como él, en la poesía en lengua española. El grupo que lo acoge está formado por jóvenes escritores e intelectuales, muchos de ellos estudiantes de la universidad y colaboradores del periodismo que aspiran a dirigir "la cultura y la elevación mental de Trujillo" (Cossío del Pomar); encarnan el sentido de renovación y de protesta en todos los aspectos, desde la poesía hasta la política.

En 1916, el poeta Parra del Riego bautizaría a este grupo como la "*bohemia*" de Trujillo. ¿Quiénes formaban parte de esta "bohemia" bulliciosa irreverente y rebelde?. Los dirigentes eran José Eulogio Garrido, animador cultural y director de "La Industria", cuya casa era el centro de reunión del grupo; y Antenor Orrego, director de "La Reforma", ensayista y pensador llamado a ser el primer crítico comprensivo de la obra vallejianista y, en realidad, su descubridor; alrededor de ellos actuaban los poetas Alci-

des Spelucín, Francisco Sandoval, Oscar Imaña, el pintor Macedonio de la Torre, el líder político Víctor Raúl Haya de la Torre y otros más. "Este fue el grupo que adoptó a Vallejo. Era un grupo bohemio y revolucionario en más de un sentido... Con el tiempo, entre unos y otros habían de conmover el ambiente no sólo de Trujillo sino de todo su país en los campos de la literatura, del pensamiento y la acción" (Monguió). El encuentro personal de Vallejo con Orrego le franquea la admiración de ese círculo; un día de diciembre de 1915, el poeta fue a visitar a Orrego en la redacción de "La Reforma" para entregarle el original de "Aldeana", un poema que acababa de escribir; así relata Spelucín ese encuentro providencial: "El joven crítico, que había venido incitando al poeta a dejar la imitación de otros modelos para emprender la búsqueda recóndita de la propia expresión saltó de gozo al intuir mediante la lectura de los primeros versos de Aldeana, que Vallejo comenzaba a abandonar las andaderas líricas y a caminar por sí mismo. En el curso de la tertulia vespertina, Orrego informó a sus demás amigos acerca de lo que él consideraba como un verdadero "acontecimiento literario" en la vida de la naciente agrupación. El poemita fue leído y releído ávidamente por todos los concurrentes y, luego, comentado en forma ruidosa y ditirámica. Había razón para ello: Aldeana, dentro de su fresca tonalidad elegíaca, venía a

ofrecernos, sin menoscabo de la universalidad rural del tema, ciertas escenas nuestras, andinas, peruanas, americanas articuladas en una forma que, sin ser enteramente nueva, resultaba novedosa en nuestro pequeño medio intelectual". Y el propio Orrego recordará más tarde que este "pequeño poemita rural, de deleitoso ambiente cerril y campesino" fue el "sésamo, ábrete" que le reveló la "abismática riqueza" del poeta. Significativamente, "Aldeana" es el poema más antiguo que se recoge en *Los heraldos negros*⁽¹⁾:

Lejana vibración de esquilas mustias
 en el aire derrama
 la fragancia rural de sus angustias.
 En el patio silente
 sangra su despedida el sol poniente.
 El ámbar otoñal del panorama
 toma un frío matiz de gris doliente!

Al portón de la casa
 que el tiempo con sus garras torna ojosa,
 asoma silenciosa
 y al establo cercano luego pasa,
 la silueta calmosa
 de un buey color de oro,
 que añora con sus bíblica pupilas,
 oyendo la oración de las esquilas,
 su edad viril de toro!

Al muro de la huerta,
 aleteando la pena de su canto,
 salta un gallo gentil, y, en triste alerta,

cual dos gotas de llanto,
 tiemblan sus ojos en la tarde muerta!

Lánguido se desgarra
 en la vetusta aldea
 el dulce yaraví de una guitarra,
 en cuya eternidad de hondo quebranto
 la triste voz de un indio dondonea,
 como un viejo esquilón de camposanto.

De codos yo en el muro,
 cuando triunfa en el alma el tinte oscuro
 y el viento reza en los ramajes yertos
 llantos de quenas, tímidos, inciertos,
 suspiro una congoja,
 al ver que la penumbra gualda y roja
 llora un trágico azul de idilios muertos!.

En realidad, el poema muestra los progresos evidentes que Vallejo ha hecho en tan poco tiempo, aunque el contenido evocativo y nostálgico y la técnica son todavía tradicionales: están inscritos dentro de esa específica manera del Modernismo⁽²⁾ que consiste en una "mezcla de sedería exótica con los vivos colores de los tejidos autóctonos" (Basadre) y que, bajo la enseñanza del uruguayo Herrera y Reissig y el mexicano Ramón López Velarde, ya había aclimatado el grupo "Colónida" (con Valdelomar a la cabeza) en el Perú. Este "nativismo" o "provincialismo" modernistas es el que domina en "Aldeana": las notas locales ("dulce yaraví de una guitarra", "la triste voz de un indio", los "llantos de quenas, tímidos, inciertos"), se mezclan con las referencias a un paisaje campesino de quietud litúrgica, casi sagrada ("la silueta calmosa / de un buey de oro, / que

⁽¹⁾ Fue también el primer poema suyo publicado en Lima («Balnearios», 9 de Enero de 1916).

añora con sus bíblica pupilas"; "vijo esquilón de camposanto"; "el viento reza en los ramales yertos"), y con el tono "crepuscular" del simbolismo⁽³⁾ y el vocabulario pictórico del Modernismo ("El ámbar otoñal del panorama / toma un frío matiz de gris doliente"; "la penumbra gualda y roja / llora un trágico azul de idilios muertos"). Coyné advierte que, aunque la originalidad de "Aldeana" no es mucha y aunque su contenido es descriptivo, (el ambiente de provincia), sin mayor tensión lírica, la intervención del poeta ("De codos yo en el muro...") y el tono de hondísimo dolor y tristeza, confieren al poema "un acento de todas maneras ya vallejiano".

Públicamente, Vallejo comienza a actuar como integrante del grupo "bohémio": el 12 de Octubre de 1916 "el estudiante universitario y prestigioso intelectual señor César Abraham Vallejo recitó una composición suya que es un canto a la América" (Cit. por Coyné); participa por esos días en un concurso poético de Trujillo, usando otro nombre, con unos versos que imitaban a los del poeta "oficial" del grupo literario opositor, con los que obtuvo irónicamente el premio. Esas y otras escaramuzas sonadas debieron llenar la vida alborotada y pintoresca de la "bohemia" trujillana. Orrego cuenta que acostumbraban reunirse "en torno a una mesa de café o de restorán, previo un ansioso inquirimiento, casi siempre infructuoso por nuestros magros bolsillos de estu-

diantes, para allegar los dineros con que (sic) habíamos de pagar el viático y el vino"; otras veces, "el ágape fraterno solfáse consumir, a base de cabrito y chicha, ante el sedante paisaje de Mansilla y en la humilde vivienda de algún indio", o en "la playa de Huamán solitaria y solemne, de olas voraces y traidoras" donde se recitaba a "Darío, Nervo, Walt Whitman, Verlaine, Paul Fort, Samain, Maeterlinck y tantos otros". Por esta misma época (1916-1917), Vallejo publicó varios poemas en "La Reforma" y en "La Industria", algunos de los cuales incluiría luego en *Los heraldos negros* y en los que persiste el influjo dominante de Rubén Darío y de Herrera y Reissig; en "Retablo", significativamente, el nombre del primero aparece dos veces: "Darío que pasa con su lira enlutada" y "Darío de las Américas celestes". Monguió sostiene además el influjo de otro modernista, el argentino Leopoldo Lugones, especialmente a través de su libro *Lunario Sentimental*.

Sin embargo, en los poemas escritos en los últimos meses de 1917 y comienzos de 1918, se nota que la inspiración del poeta se va haciendo cada vez más original, más madura, y que empieza a definirse en tono típico de esta primera época: la ternura nocturna, la tristeza enfermiza, la patética conciencia de la muerte:

En esta noche que tanto me has mirado,
la Muerte ha estado alegre y ha cantado en su
[hueso.

En esta noche de setiembre se ha oficiado
mi segunda caída y el más humano beso.
(«El poeta a su amada»)

Aquella noche sollozarse al verme
hermético y tirano, enfermo y triste.
Yo no sé lo demás...y para eso
yo no sé por qué fui tan triste... tan triste...
(«Setiembre»)

En esta noche mi reloj jadea
junto a la sien oscurecida, como
manzana de revólver que voltea
bajo el gatillo sin hallar el plomo.
(«Unidad»)

Estos acentos poéticos —insólitos para el público de entonces— y su misma vida romántica y desordenada, le acarrearón enconadas enemistades de críticos y escritores de tendencia conservadora, que se escandalizaron de la libertad renovadora que exhibía Vallejo en sus versos y en sus actos. Desde Lima, en las páginas de la revista "Variedades", un crítico literario (probablemente Clemente Palma, hijo de Ricardo) calificó a "El poeta y su amada" como un "adefesio", como "burradas más o menos infectas" que "en verdad lo acredita a usted para el acordeón o la ocarina más que para la poesía". Y Ciro Alegría recuerda que en Trujillo había quienes se referían a Vallejo como a "un hombre a quien le falta un tornillo". Sus correrías nocturnas y su inestabilidad emocional (a veces, un tanto infantil), que debieron darle fama de excéntrico, lo empujaron a una resolución inesperada: "Por este tiempo conocimos un grupo de mucha-

chas que nos brindaron gentil acogida. Las llamábamos con cierta intención, entre benévola y humorística, con nombres alegóricos o de la antigüedad clásica: —"Mirtho" era la del poeta.. Una noche, mientras tomábamos un restaurador chocolate, los celos pusieron en manos del enamorado cantor un Smith & Watson (sic) con el cual se proponía vengar el sentimental agravio. No pocos esfuerzos nos costó disuadirle de la medioeval y caballeresca empresa. Al día siguiente partió a Lima" (Antenor Orrego).

Sorprende un poco la rapidez de la decisión, aunque el incidente no parece ser más que el último de una larga cadena de frustraciones e insatisfacciones⁽¹⁾ que Vallejo alimentaba ante un medio tan estrecho como el de Trujillo. Sentía que debía viajar a Lima a cumplir con su destino de poeta y lo dejó todo —amigos, universidad, tierra natal—, los últimos días de 1917; el 27 de Diciembre se embarcaba en el Puerto de Salaverry, con destino

⁽¹⁾ Spelucín ha evocado con gran precisión el estado anímico de Vallejo en esos últimos meses del año 17 y la crisis sentimental que entonces sufrió, indeciso entre el amor por «Tilia» y luego por «Mirtho». El análisis de ciertos poemas («Nervazón de Angustias», «Ascuas», «para el alma imposible de mi amada») de *Los heraldos negros* escritos contemporáneamente con la crisis amorosa —y aun otros de *Trilce* y un cuento de Escalas Melografiadas— y aun velan la angustiosa pugna interior que experimentó el alma del poeta.

al Callao. Así, con esta primera fuga —“Vallejo es un fugitivo”, dice César Miró—, se cierra el capítulo inicial de su vida.

Vallejo en Lima

Los Heraldos Negros

Vallejo llega a Lima al morir el año 1917 o al comenzar 1918, prácticamente como un extraño, aunque algunos pocos poemas suyos habrían sido publicados en la capital. No es cierto —como se ha dicho— que viajase a Lima para ingresar a la Universidad de San Marcos para conseguir un título profesional: Vallejo quería ser fiel a su destino poético y buscaba el ambiente propicio para desarrollar su obra; por eso, cuando Lima también le resulte estrecha, marchará a Europa. En la capital, Vallejo es “descubierto” por tres de los mayores escritores peruanos de entonces: A. Valdelomar, en primer término; luego, M. Gonzales Prada y José María Eguren.

Valdelomar oficia de supremo pontífice del mundillo literario limeño y es el primero que Vallejo visita. La fama de snob y de llamativo engreimiento que tenía Valdelomar, conocido en el periodismo como “El Conde de Lemos”, han hecho circular una anécdota sobre ese primer encuentro: según el poeta Alberto Hidalgo, al ser presentado Vallejo al escritor iqueño en un elegante café de Lima, “bebía un cocktail de moda”, éste le

dijo arrogante: “Ahora ya puede decir en Trujillo que ha estrechado usted la mano de Abraham Valdelomar”. No es probable que esto sea cierto —un hombre tímido como Vallejo se habría alejado de él definitivamente— y más bien hay testimonios contrarios: que los dos hombres se encontraron repetidas veces para conversar y pasear por Lima; que Vallejo colaboró con el movimiento de la revista *Colónida* que dirigía Valdelomar; y que éste publicó una selección de poemas del joven recién venido de Trujillo, en la revista “Sud-América” y lo presentó ante el público de Lima como un verdadero gran poeta.

Estos versos tomados acaso del libro de César Vallejo, *Los Heraldos Negros*, son el mejor elogio del poeta. Yo no puedo detenerme a analizar a este nuevo artista. En breve publicaré sobre su obra un estudio detenido. Basado en el conocimiento de su obra y de su alma, le digo, con la mano puesta en el corazón alborozado: Hermano en el dolor y en la belleza, hermano en Dios: Hay en tu espíritu la chispa divina de los elegidos...

Y, más tarde, (en mayo) desde las páginas de “La Reforma”, Valdelomar dijo:

Vallejo es un poeta. Hemos por desgracia abusado de este título. Vallejo es un poeta en la más notable acepción de la palabra. Pienso ocuparme de su obra en detalle, cuando escriba el prólogo que me

pidió para su hermoso y raro libro de versos *Los heraldos negros*.

Este estudio o prólogo que Valdelomar anunciaba, nunca llegó a escribirse: el escritor moriría en 1919⁽¹⁾ y el libro aparecería sin ninguna presentación.

En Enero y Febrero de 1918 Vallejo visitó varias veces a Gonzales Prada, por quien tenía una devoción especial;⁽²⁾ por esa misma época, conoció y trató a Eguren, quien ya había manifestado su entusiasmo por los versos del poeta, en una carta publicada en "La Reforma" el año anterior: "Sus versos me han parecido admirables, por la riqueza musical e imaginativa y por la profundidad dolorosa".

En Lima, Vallejo vive en la calle Acequia Alta y trabaja como preceptor de enseñanza primaria en el Colegio Barrós; luego pasa, como profesor interino de cuarto y quinto de primaria, al Colegio Nacional de Guadalupe. Seguramente para contentar a su familia, sigue al mismo tiempo estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de San Marcos. Una reducción en los planes de estudio del Colegio Guadalupe lo deja cesante en 1920; en 1918 había sufrido una pérdida todavía más fuerte: la muerte de su madre (8 de agosto) en Trujillo, a cuyo sepelio no

pudo asistir⁽³⁾. En medio de estos "golpes de la vida", estimulado por sus amigos limeños, el poeta prepara la edición de su primer libro, selección de poemas escritos en Trujillo y Lima.

Al fin, *Los Heraldos Negros* salen a la luz. "Lima, 1918", dice, y se ha dado generalmente ese año como el de la publicación del libro. Spelucín ha probado, mediante un testimonio periodístico de Orrego, que el libro apareció en Julio de 1919, aunque al pie señale el año 1918: hubo retrasos en el trabajo de impresión y el poeta no hizo cambiar esa indicación. También se ha dicho que la crítica recibió el libro en forma adversa o que "cayó en el vacío o el desprecio"; no es totalmente cierto: la crítica más retrógada silenció o atacó a distancia el libro, pero hubo periodistas y críticos de criterio más amplio (Luis Góngora, de "La Crónica", Luis Varela y Orbegoso, de "El Comercio", Orrego en "La Reforma", etc) que, aún señalando discrepancias, saludaron el libro con admiración y respeto; las críticas coincidían sobre todo en que era un libro "extraño", distinto a todos, por su hondura lírica. ¿En qué sentido era nuevo y distinto *Los heraldos negros*?

(1) Vallejo participó en el homenaje póstumo a Valdelomar (V. «La Prensa», del 4 de Noviembre de 1919, edición de la tarde).

(2) Cf. la dedicatoria al poema «*Los dados eternos*».

(3) «Dada la devoción que Vallejo experimentaba hacia ella, el dolor que le produce este acontecimiento se agrava con la imposibilidad de asistirle en el trance; todo esto se conjuga provocando un significativo trauma en la vida del poeta». (Larrea).

La aparición del libro coincide con una etapa agitada de la vida literaria nacional, en la que se anuncian fuertes vientos de renovación y hasta de escándalo. En 1917, había aparecido la *Panoplia lírica*, libro de versos de un joven arequipeño, Alberto Hidalgo; al año siguiente, otro poeta arequipeño, Alberto Guillén, publicaba *Prometeo*. Posiblemente el futurismo (*) estridente de Hidalgo y el egotismo exaltado de Guillén, llamaron más la atención que el libro de Vallejo, por su sentido de provocación y protesta contra las viejas estéticas literarias; pero aunque así fuese y aunque "para vanguardistas, *Los heraldos negros* parecen claudicante rezago de la poesía vieja" (Basadre), la aparición del libro de Vallejo representa algo mucho más profundo, mucho más trascendental desde un punto de vista estrictamente poético: "Las audacias de los dos arequipeños, por más desconcertantes que parecieran a los lectores acostumbrados a los primores modernistas, se adherían y atenían a una tendencia de poesía predicante y egolátrica, más novedosa que verdaderamente nueva, y cuya moda, por lo demás pasajera, no bastaba para ocultar sus límites y deficiencias". (Coyné). El libro de Vallejo no trataba forzosamente de estar a la moda con el último grito de la literatura europea, ni aspiraba a cambiar del todo las normas de la poesía de entonces: Vallejo puede considerarse todavía un discípulo viejo de Rubén

Darío —que ha muerto hace apenas tres años— y de Herrera y Reissig; pero esa herencia no era para el poeta un fin literario, sino sólo un medio para ascender hacia una expresión distinta de una experiencia personal. Es decir, que *Los heraldos negros* están a medio camino entre la tradición (el Modernismo) y la novedad (la revelación de una angustiada imagen de la vida y del mundo, hasta ese momento inédita).

El título general del libro es, por lo tanto, doblemente simbólico: alude al clima de presagio pesimista (la muerte anunciándose a la vida) que preside la mayor parte de los poemas, como a su aristocrática filiación Modernista: el motivo de los "heraldos" está en *Prosas Profanas* de Rubén (Cf. el poema "Heraldos"), como una reminiscencia decorativa. El volumen incluye 69 poemas repartidos en 6 secciones desiguales: "Plafones ágiles", que encierra 11 poemas, los menos personales del libro, apenas ejercicios literarios juveniles, someros, "ágiles"; "Buzos", 4 poemas "experimentales" (Monguió) que investigan o bucean en los insondables misterios del alma; "De la tierra" contiene 10 poemas de inspiración sentimental, de amor humano o terrestre; "Nostalgias Imperiales" (13 poemas) recoge los versos inspirados en el paisaje —humano, natural y arqueológico— de Santiago de Chuco, tributo de Vallejo al "nativismo"; "Truenos" incluye 25 poemas y es la sección más impor-

tante del libro porque en ella el sentimiento vallejiano logra su mayor intensidad, su mayor vibración y repercusión humanas; "Canciones del hogar" (5 poemas) es la última sección, que evoca con intensísima emoción escenas familiares (el padre, la madre, los hermanos, la casa, la infancia). El conjunto se abre con un poema introductorio que da el título al libro, lo caracteriza y anuncia el tono clave de toda la obra; este poema, que vamos a analizar, es el siguiente:

Hay golpes en la vida, tan fuertes...Yo no sé!

Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma...Yo no sé!

Son pocos pero son...Abren zanjas oscuras
en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte.

Serán tal vez los potros de bárbaros atilados;
los heraldos negros que nos manda la Muerte.

Son las caídas hondas de los Cristos del alma,
de alguna fe adorable que el destino-
blasfema.

Esos golpes sangriento son las crepitaciones
de algún pan que en la puerta del horno se nos quema.

Y el hombre...Pobre...pobre! Vuelve los ojos, como
cuando por sobre el hombro nos llama una palmada;
vuelve los ojos locos, y todo lo vivido

se empoza, como un charco de culpa, en la mirada.

Hay golpes en la vida, tan fuertes...Yo no sé!

Empecemos el análisis por lo más exterior, lo que puede apreciarse a primera vista; la distribución estrófica. El poema consta de 17 versos distribuidos en cuatro estrofas de cuatro versos cada una, más un verso final, suelto. El metro (*) no es regular: la primera estrofa está formada por dos versos de 14 sílabas (alejandrinos) y dos endecasílabos; pero las otras tres estrofas son todas de alejandrinos. La rima también varía: en la primera estrofa riman y el primero y cuarto versos (sé—sé), quedan sueltos el segundo y el tercero; en las estrofas restantes, riman el segundo y cuarto versos, (fuerte-Muerte; blasfema-quema; palmada-mirada), quedan sueltos el primero y el tercero. Esta curiosa estructura que usa la rima y la medida silábica pero con cierta irregularidad, indica bastante bien la posición de Vallejo que, como poeta, vacilaba entre la total libertad y el compromiso con los hábitos del verso tradicional.

¿Qué nos dice el poema, cuál es su tema?. ¿Quiénes son esos "heraldos negros que nos manda la Muerte"? El poema comienza con una declaración grave, considerativa de algo terrible que se ha sentido realmente ("Hay golpes en la vida, tan fuertes..."). Vallejo agrega "Yo no sé!" porque esos golpes son fatales, ciegos, vienen sin que uno

tenga la culpa, sin saber por qué: es decir, el dolor golpea la vida humana en cualquier momento, llega de improviso, como un rayo de lo alto. Por eso, parecen provenir "como del odio de Dios"; tan crueles son que cada golpe reúne en el alma "la resaca de todo lo sufrido". La vida está, así, amenazada por esa "resaca" (el pasado) y por esos "golpes" (el futuro); la vida es un pozo de dolor en el que el hombre flota sin rumbo, sin salvación: "Yo no sé!...". En la segunda estrofa, Vallejo insiste en la fuerza brutal y despiadada de esos golpes. Nadie puede negarlos porque todos los han sentido ("Son pocos, pero son...") hasta los menos débiles ("abren zanjas oscuras en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte"). Esa nota de crueldad está acentuada por las dos comparaciones que siguen: "serán tal vez los potros de bárbaros atilas; o los heraldos negros que nos manda la "Muerte". La tercera estrofa se inicia con una imagen bíblica: "Son las caídas hondas de los Cristos del Alma", que se continúa en otra, de carácter religioso ("de alguna fe adorable que el Destino blasfema"). Esta sensación del propio estado lastimoso (el alma como un Cristo que cae) y de angustia (el destino que blasfema de la fe que adora), halla su más concreta, su más intensa y desgarradora expresión en la imagen del pan que se quema cuando con mayor ansia lo esperábamos:

Esos golpes sangrientos son las crepitaciones
de algún pan que en la puerta del horno
se nos quema.

El hombre adolorido, lleno de presagios de muerte y frustración, sólo merece compasión ("Y el hombre... Pobre... pobre") pues su desconcierto se ahonda cada vez más; busca entonces la comprensión de sus semejantes ("vuelve los ojos, como cuando por sobre el hombro nos llama una palmada") y en su desesperación, se siente culpable de lo que no es ("Vuelve los ojos locos, y todo lo vivido se empoza, como un charco de culpa, en la mirada"). El poema se cierra con la consideración que le dio comienzo, como cerrando un círculo, una prisión de la cual nadie puede escapar: "Hay golpes en la vida, tan fuertes... Yo no sé!".

Evidentemente el tema de *Los heraldos negros* es el de la fatalidad del dolor humano como signo de la nuestra condición; este tema se apoya en dos motivos que dan el tono al poema: la angustia vital y la ceguera del destino. El hombre, pues, no sabe por qué lo castigan ni por donde va: su vida es dolor, y nada más. El hombre sufre no por su culpa ni por razones conocidas; el dolor le viene "desde arriba", por una voluntad superior. El origen del dolor —y por lo tanto, de su mal— es metafísico, incognoscible ("el odio de Dios"); por eso, el poeta no puede definirlo si no es por rodeo, por

comparaciones obstinadas ("como... como... serán tal vez"). Esta concepción del dolor será una de las más permanentes y trascendentales de la poesía de Vallejo.

En resumen, el poema tiene una base, un sustento sentimental de cuño modernista (el alma del poeta agobiada por el Destino maligno) que se refleja en el vocabulario aristocrático, lujoso ("Los potros de bárbaros atilas", "los cristos del alma", "fe adorable que el Destino blasfema"); pero, por otro lado, hay algo que no es, en absoluto, modernista y que es más sustancialmente vallejiano: esa expresión de lo metafísico con formas coloquiales ("Yo no sé..."), del léxico popular ("Algún pan que en la puerta del horno se nos quema" elaboración poética del refrán "En la puerta del horno se quema el pan") o de palabras y frases prosaicas (resaca, empozar, lomo, charco, como cuando por sobre el hombro, nos llama una palmada), que con su patética crudeza, con su agresiva desnudez, nos transmiten de modo directo una descarnada visión de la vida. Por eso, Monguió nos dice que "el libro nos mostrará a Vallejo como un poeta transicional entre el modernismo y lo que viene, lo que vendrá más tarde con Vallejo mismo".

Como libro inicial y de transición, *Los heraldos negros* es un conjunto desigual, sin unidad, con defectos y virtudes saltantes: faltas de buen gusto, sentimentalismos, imitaciones directas, ex-

presiones frustradas; pero también aciertos metafóricos, intuiciones de extraordinaria profundidad, una humanísima concepción del mundo, un conmovedor aliento de sinceridad y de autenticidad artística, un dramático descenso a lo más oscuro de la realidad religiosa, subconsciente y filosófica. En general, el clima característico del libro es el que hemos hallado en el primer poema analizado, pero hay otros aspectos que debemos estudiar.

Lo menos original son las imitaciones del Modernismo en boga, sobre todo de Rubén Darío, que se agrupan en la sección "Plafones ágiles"; los colores, sonidos y sentimientos son característicos de esa escuela:

Luna! Alocado corazón celeste
¿por qué bogas así, dentro de la copa
llena de vino azul, hacia el oeste,
cual derrotada y dolorida popa?.

(«Deshojación sagrada»)

Al callar la orquesta, pasan veladas
sombras femeninas bajo los ramajes,
por cuya hojarasca se filtran heladas
quimeras de luna, pálidos celajes.

Hay labios que lloran arias olvidadas,
grandes lirios fingen los ebúrneos tra-
jes.

Charlas y sonrisas en locas bandadas
perfuman de seda los rudos boscajes.

(«Nochebuena»)

Hay también notorio influjo de cierto "satanismo" de origen parnasiano⁽¹⁾

Ya en la sombra, heroína, intacta y mártir,
tendrás bajo tus plantas a la Vida;
mientras veles rezando mis estrofas,
mi testa, como una hostia en sangre tinta!
Y en un lirio, voraz,
mi sangre, como un virus beberás!
(«Ascuas»)

Y hasta del romanticismo:

Vengo a verte pasar; hasta que un día
embriagada de tiempo y de crueldad,
vaporcito encantado siempre lejos,
la estrella de la tarde partirá!
(«Bordas de hielo»)

La inspiración romántico-amorosa es abundante en Vallejo, todavía un poeta juvenil. La concepción vallejana del amor supone la fluctuación de este sentimiento entre dos polos contrarios: la abyección y el idealismo. Igualmente para Rubén Darío el amor era arrepentimiento y maldición, elevación hacia Dios e instinto que nos lleva a la destrucción. En el primer poema de la sección "De la tierra", por ejemplo, el amor se nos aparece en su perfil más pecaminoso y mortal:

—Si te amara...¿qué sería?
—Una orgía!

Y en "La copa negra":

La Tierra tiene bordes de féretro en la sombra.
Oye tú, mujerzuela, no vayas a volver.

El amor suele estar aparejado a la muerte, suele ser un "heraldo negro" que la anuncia:

En esta noche que tanto me has mirado,
la Muerte ha estado alegre y ha cantado en su hueso.

(«El poeta a su amada»)

La esencia perversa del amor es una consecuencia de nuestra miseria carnal, de nuestra pobre humanidad. Vallejo presiente que hay, sin embargo, otro amor superior, incorruptible, que invoca dentro de una atmósfera religiosa o ascética^(*):

Amada: no has querido plasmarte jamás como lo que ha pensado mi divino amor.

Quédate en la hostia,
ciega e impalpable
como existe Dios.

(«Para el alma imposible de mi amada»)

...que yo, a manera de Dios, sea el hombre
que ama y engendra sin sensual placer)
(«Amor»)

Desde esta perspectiva, la muerte es una sombra bienhechora "donde todos se unen en una cita universal de amor" (El tálamo eterno"); tras la muerte, el amor se libera de sus ataduras humanas y se perfecciona. El amor, como aspiración de lo infinito, se contrapone a los temas vallejanos de la fatalidad y la miserable condición de la vida:

Hay tendida hacia el fondo de los seres,
un eje ultranervioso, honda plomada.
¡La hebra del destino!
Amor desviará tal ley de vida,

hacia la voz del Hombre;
y nos dará la libertad suprema
en transubstanciación azul, virtuoso,
contra lo ciego y lo fatal.

(«Líneas»)

Pero como tal esperanza no se cumple (aunque, de pronto, veamos que el amor es capaz de resplandecer como algo supremo y sin mancha humana: "Esta tarde es dulce? Por qué no ha de ser. Viste gracia y pena; viste de mujer" — "Heces"), el tono de estos versos es el de la desilusión sentimental, de amor frustrado o doloroso; la frustración erótica que aquí se refleja, explica la idealización del otro amor: el amor filial (sobre todo, a la madre), a la casa, a la familia.

Los poemas que evocan escenas familiares, son descriptivos, de extrema sencillez, pero bañados por una ternura auténtica y una emoción intensísima, que nos traspasan por la fuerza, profundidad y amplitud sorprendentes de sus formas expresivas. En "Encaje de fiebre" recuerda a sus padres en la casona familiar (que también aparece en "Babel": "dulce hogar sin estilo, fabricado de un solo golpe y de una sola pieza de cera tornasol") y frente a ellos, se "desdobla" en el que se fue y en el que no quiere partir:

En un sillón antiguo está mi padre.
Como una Dolorosa entra y sale mi madre.
Y al verlos siento un alto que no quiere partir.

En "Los pasos lejanos" ese

desdoblamiento le permite estar "presente" en una escena provocado por su propia ausencia, y que lamenta lleno de nostalgia. Su desdoblamiento superpone el momento actual al pasado y anula también los límites espaciales: Vallejo se contempla, en un ayer—lejos desde un ahora—aquí:

Mi padre duerme. Su semblante augusto
figura un apacible corazón;
está ahora tan dulce...
si hay algo en él de amargo, seré yo.

Hay soledad en el hogar; se reza;
y no hay noticias de los hijos hoy.
Mi padre se despierta, auscultando
la huida a Egipto, el restañante adiós.
Está ahora tan cerca;
si hay algo en él de lejos, seré yo.

Esto hace posible la observación "total" de la escena, como si Vallejo la estuviese viendo mientras la escribe; ve a su madre, la emoción parece ahogarlo y llega a describirla mediante tres sustantivos que usa, fuera de toda lógica y tan patéticamente, como si fuesen adjetivos:

Y mi madre pasea allá en los huertos,
saboreando un sabor ya sin sabor.
Está ahora tan suave,
tan ala, tan sólida, tan amor.

"A mi hermano Miguel" es un poema dedicado a su penúltimo hermano, muerto prematuramente, donde nuevamente trae el motivo de la ausencia desde el pasado hasta el presente: "Hermano, hoy

estoy en el poyo de la casa, donde nos haces una falta sin fondo". Esta tremenda imagen de una desolación infinita (la falta del hermano como algo que carece de fondo, como un abismo siempre abierto) contrasta con la naturalidad infantil-familiar de los versos finales, casi sin elaboración literaria:

Oye hermano, no tardes
en salir. Bueno?. Puede inquietarse mamá.

En los poemas del amor "terrestre" y del amor filial, hay una fuerte inspiración bíblica que da a sus imágenes un acentuado tinte litúrgico: "Roja corona de un Jesús que piensa", "te holocaustas en ópalos dispersos"; "Tu cuerpo es la espumante escaramuza de un rosado Jordán"; "un látigo beatífico que humillara a la víbora del mal", "ha nacido el niño—Jesús de tu amor"; "una ilusión de Orientes que fugan asaltados", "la huída a Egipto", etc. Esto es, en parte, material retórico modernista (que exaltó el prestigio de la evocación exótica, culta o sacra), pero es también testimonio de cierta desazón religiosa de Vallejo, criado en una familia de hábitos católicos tradicionales, pero lanzado, por vía poética, hacia revelaciones y dudas metafísicas que lo hacían vacilar⁽¹⁾.

Otro de los aspectos característicos del libro es la inspiración "localista" o "nativista" que se recoge especialmente en los poemas de la sección "Nostalgias Imperiales". El conjunto de cuatro sonetos que lleva este mismo título muestra, con mayor intensidad, cómo elabora Vallejo lo que Coyné llama "el sincretismo de las dos tradiciones, la bíblica y la indígena" (es decir, la fusión de dos culturas lejanas en una misma atmósfera apacible, silenciosa de solemnidad litúrgica), siempre bajo la directa influencia metafórica de Herrera y Reissig:

El campanario dobla...No hay quien abra
la capilla. Diríase un opúsculo
bíblico que muriera en la palabra
de asiática emoción de este crepúsculo.

Un apoyo con tres patas, es retablo
en que acaban de alzar labios en coro
la eucaristía de una chicha de oro...

Vallejo usa ciertas imágenes del poeta uruguayo, pero también las transforma, las supera y las "peruaniza" con voces autóctonas: "Chicha, huaca, huaco, curacas, coraquenque, ramada", etc. Este último proceso es notable en "terceto autóctono", tríptico de sonetos en el que ofrece un vívido cuadro de la alegría y la em-

⁽¹⁾ Cabe recordar el hecho de que los abuelos de Vallejo fuesen sacerdotes. Edmundo Cornejo recuerda que de niño, el poeta decía: «Yo voy a ser obispo. Voy a

llevar la mitra en esta cabeza» y que su familia quería que fuese sacerdote «como sus abuelos». Cf. el poema «Comunión»; «una mirada de en sueño que perdí».

briaguez campesina durante la fiesta regional del Apóstol Santiago:

En las venas indígenas rutila
un yaraví de sangre que se cuele
en nostalgias de sol por la pupila.

Las pallas, aquenando hondos suspiros,
como en raras estampas seculares,
enrosarían un símbolo en sus giros.

Luce el apóstol en su trono, luego;
y es, entre inciensos, cirios y cantares,
el moderno dios-sol para el labriego.

No sólo hay que advertir en ambos conjuntos la libertad con que Vallejo inventa o crea palabras poéticas ("estatural" de estatua; "aquenando" de quena, "enrosarían" de rosa), sino por la originalidad de algunas imágenes y comparaciones que sugieren audazmente la atmósfera campesino: "el humo oliendo a sueño y a establo, como si se exhumara un firmamento"; "la lana gris de su vejez tranquila"; "como viejos curacas van los bueyes, camino de Trujillo, meditando"; "el ojo del crepúsculo desiste de ver quemado vivo el caserío"; "la chicha al fin revienta en sollozos, lujurias, pugilatos".

Podría parecer que el nativismo de Vallejo es sólo una certera captación de ambientes, un "pintoresquismo" o "costumbrismo" exterior al alma del poeta. No es así, sin embargo; en "Huaco", Vallejo declara:

Yo soy el coraquenque ciego
que mira por la lente de una llaga,

y que está atado al Globo,
como a un huaco estupendo que girara.

Yo soy el llama, a quien tan sólo alcanza
la necesidad hostil a trasquilar
volutas de clarín,
volutas de clarín brillantes de asco
y bronceadas de un viejo yaraví.

Soy el pichón de cóndor desplumado
por latino arcabús;
y a flor de humanidad floto en los Andes,
como un perenne Lázaro de luz...

Estos versos han autorizado a algunos para afirmar que hay un excluyente sentimiento "indigenista" en el "nativismo" de Vallejo, mientras otros alegan que su expresión es propia de un sentimiento "cholo" o "mestizo". El planteo es demasiado simplista y no es correcto decidirse por una posición desechando la otra. En el fondo, la definición indigenista y la protesta reivindicatoria (*) que aparece en "Huaco" alude a otra cosa: Vallejo se imagina a sí mismo animal sagrado de los Incas, pero a través de símbolos de abandono, dolor e injusticia; es un "coraquenque ciego"; es un llama perseguida por "la necesidad hostil"; es un "pichón de cóndor desplumado por latino arcabús", etc. Es una patética condena de la conquista española que sirve a Vallejo para elevarse a una consideración del sufrimiento general que le sugiere su propio terruño ("atado está el Globo / como un huaco estupendo que girara"); es decir que su sentimiento no es indigenista ni cholista: incluye a am-

bos, dentro de una profunda emoción terrígena, emoción que nace de la tierra misma. No hay exclusivismos raciales en Vallejo: en un poeta que siente y habla hondamente como peruano, como enamorado de su tierra, sus gentes, sus bellezas:

¿Oyes? Regaña una guitarra. Calla!
Es tu raza, la pobre viejecita
que al saber que eres huésped y que te odian,
se hinca la faz con una roncha lila.
El valle es de oro amargo,
y el trago es largo...largo
(«Oración del camino»)

Pero lo sustancial del libro está en la sección "Truenos", en la que Vallejo logra su mayor intensidad sentimental, su mayor vibración y repercusión humana. Los temas son significativos: la horrible sensación de desamparo, de sentirse huérfano en el mundo; la angustia metafísica del hombre, que clama por un Dios en que no cree; la muerte devoradora fatal de la vida; la tristeza del amor humano. En estos "poemas de la tragedia de la vida diaria" (Monguió), el hombre aparece como un ser solitario, por el que nadie se interesa:

Hoy no ha venido nadie a preguntar;
ni me han pedido en esta tarde nada.

No he visto ni una flor de cementerio
en tan alegre procesión de luces.
Perdóname, Señor: que poco he muerto!
(«Agape»)

Esta soledad suele expresarse crudamente con la sensación del hambre físico, de la cena escasa, del pan que no alcanza para todos:

Yo vine a darme lo que acaso estuvo
asignado para otro;
y pienso que, si no hubiera nacido,
otro pobre tomara este café!
Yo soy un mal ladrón... A donde iré!

Y en esta hora fría, en que la tierra
trasciende a polvo humano y es tan triste,
quisiera yo tocar todas las puertas,
y suplicar a no sé quien, perdón,
y hacerle pedacitos de pan fresco
aquí, en el horno de mi corazón...!
(«El pan nuestro»)

Ya nos hemos sentado
mucho a la mesa, con la amargura de
un niño
que a media noche llora de hambre,
desvelado...
Y cuando nos veremos con los demás,
al borde
de una mañana eterna, desayunados
todos!
Hasta cuando este valle de lágrimas, a
donde
yo nunca dije que me trajeran.
De codos
todo bañado en llanto, repito cabizbajo
y vencido: hasta cuándo la cena durará!
(«La cena miserable»)

Obsérvase cómo la orfandad incluye un sentimiento de culpa —¿una intuición del pecado original?— que la hace más angustiosa: no sólo lo acosa la soledad y la sensación de infinita miseria física ("en esta hora fría en que la tierra trasciende a polvo humano y es tan

triste"), sino la certeza de saber que al saciar su hambre, aumenta injustamente el de los otros y que está ocupando un lugar "ajeno" en el mundo, que no es el suyo ("Y no sé qué se olvidan y se queda mal en mis manos, como cosa ajena"; "si echan de menos algo, aquí se queda"; "todos mis huesos son ajenos yo tal vez los robé. Yo vine a darme lo que acaso estuvo asignado para otro"; "hasta cuándo este valle de lágrimas, a donde yo nunca dije que me trajeran"). No debe parecer raro, por lo tanto, que esta concepción del sufrimiento humano impulsase a Vallejo, años más tarde, a convertirse en un poeta profundamente social identificado con la "causa de los pobres", como ya se anuncia en algunos versos de ahora: "Dar pedacitos de pan fresco a todos"; "saquear a los ricos sus viñedos". Pero más importante que eso es la extraña intuición poética de Vallejo por la cual se ve a sí mismo como otro, del que habla como si fuese una persona distinta, puesta frente a él: "algo ajena se torna el alma mía", dice en "Agape" y en "Los dados eternos": "Dios mío, estoy llorando el ser que vivo". Es éste un importante aspecto de la poesía vallejiana que luego cobrará más importancia. Larrea explica que "en Vallejo habitaban dos serios núcleos subjetivos diferenciados"; uno, experimentaba los sentimientos inmediatos; el otro era "fluido" y encarnaba sus ansiedades inalcanzables; eso aclararía el anhelo de fundir esa dualidad en la unidad suprema

(Dios), en lo absoluto, que aparece en algunos poemas de esta misma sección que anuncian a *Trilce*:

Oh unidad excelsa!...Oh lo que es uno por todos!
Amor contra el espacio y contra el tiempo!
Un latido único de corazón;
un solo ritmo:\Dios!

(«Absoluta»)

Coyné dice que las referencias a Dios en este libro "oscilan entre una rebeldía irreverente y una lástima apasionada". En tres de los poemas más conocidos de la sección "Truenos" se sintetizan esas dos actitudes frente a Dios: en los titulados "Los dados eternos", "La de a mil" y "Dios". El primero comienza con una imagen prosaica y decadente de Dios: su relación con el hombre es material (el pan); permanece indiferente o impotente ante el dolor del hombre (Como en la "cena Miserable": "Y menos sabe ese oscuro hasta cuando la cena durará!") porque no ha sufrido como él la soledad absoluta, la soledad sin María:

Dios mío, estoy llorando el ser que vivo;
me pesa haber tomádotte tu pan;
pero este pobre barro pensativo
no es costra fermentado en tu costado:
tú no tienes Marías que se van!

Dios mío, si tú hubieras sido hombre,
hoy supieras ser Dios;
pero tú, que estuviste siempre bien,
no sientes nada de tu creación.
Y el hombre sí te sufre: el Dios es él!

Un Dios ruinoso o un hombre divinizado: el sentimiento religioso ha dado un vuelco. Dios está posado, lejos de nosotros, disponiendo de todos como un jugador que arriesga todo en un golpe de suerte ciega, y que nos arroja a la muerte en un fúnebre juego de dados:

Hoy que en mis ojos hay candelas,
como en un condenado,
Dios mío, prenderás todas tus velas,
y jugaremos con el viejo dado...
Tal vez, ¡oh jugador! Al dar la suerte
del universo todo,
surgirán las ojeras de la Muerte,
surgirán las ojeras de la Muerte,
como dos ases fúnebres de lodo.
Dios mío, y esta noche sorda oscura,
ya no podrás jugar, porque la Tierra
es un dado roído y ya redondo
a fuerza de rodar a la aventura,
que ya no puede parar si no es un hueco,
en el hueco de inmensa sepultura.

La reducción de Dios a la idea numérica, al azar del juego donde no entran los sentimientos del amor y la comprensión lo lleva a identificar en "La de a mil", a un suertero con la voluntad divina; ambos reparten injustamente a sus favores, dando a unos y negando a otros:

El suerte que grita "La de a mil",
contiene no se que fondo de Dios.

Pasan todos los labios. El hastío
despunta en una arruga su ya no.
Pasa el suertero que atesora, acaso
nominal, como Dios,
entre panes, tantálicos, humana
impotencia de amor.

En "Dios" la imagen es totalmente distinta: Dios es un compañero para el alma sufrida y huérfana del hombre; es un ser amigable, de proximidad cotidiana, prácticamente un ser humano:

Siento a Dios que camina
tan en mí, con la tarde y con el mar.
Con él nos vamos juntos. Anochece.
Con él anohecemos, Orfandad...
Pero yo siento a Dios. Y hasta parece
que él me dicta no sé qué buen color.
Como un hospitalario, es bueno y triste;
mustia un dulce desdén de enamorado:
debe dolerle mucho el corazón.

El libro se cierra con "Espergesia", un poema clave porque en él se resumen varios de los temas sustanciales de esta época vallejana, con una declaración del poeta sobre su propia identidad, su adolorida esencia humana. El título es una palabra creada por fusión de "esperanza" y "génesis"; es decir, destino y origen, lo que será y lo que fue. El estribillo "Yo nací un día que Dios estuvo enfermo" que se repite cinco veces —con variantes—, alude a su situación de víctima o desdichado original; es un condenado que arrastra su culpa a través del tiempo (simbolizado aquí por el último y el primer mes del año):

Yo nací un día
que Dios estuvo enfermo.

Todos saben que vivo,
que soy malo; y no saben

del diciembre de ese enero.
Pues yo nací un día
que Dios estuvo enfermo.

Luego, Vallejo se retrata a sí mismo como un hombre de aspecto ausente, cuya verdadera esencia (la esencia metafísica) lo aísla de los demás, lo encierra en un silencio lleno de angustia:

Hay un vacío
en mi aire metafísico
que nadie ha de palpar:
el claustro de un silencio
que habló a flor de fuego.

Yo nací un día
que Dios estuvo enfermo.

En la siguiente estrofa, retoma un tono directo (semejante al de "A mi hermano Miguel") y reitera su visión del tiempo:

Hermano, escucha, escucha...
Bueno. Y que no me vaya
sin llevar diciembres,
sin dejar eneros,
Pues yo nací un día
que Dios estuvo enfermo.

El poema continúa en un tono todavía más prosaico ("mástico", "chirrián", "preguntona") para describir su miseria física y su preocupación como poeta por el destino y la muerte:

Todos saben que vivo,
que mástico...y no saben
por que en mi verso chirrián,
luyidos vientos
desenroscados de la Esfinge
preguntona del Desierto.

El tema de la muerte retorna en la estrofa final, incluido a través de imágenes misteriosas de acabamiento de grotesca oscuridad, que sugieren el paso de la vida a la eternidad insondable;

Todos saben...Y no saben
que la luz es tísica,
y la Sombra gorda...
y no saben que el Misterio sintetiza...
que él es la joraba
musical y triste que a distancia denuncia
el paso meridiano de las lindes a las
Lindes.
Yo nací un día
que Dios estuvo enfermo,
grave.

Así acaba *Los heraldos negros*. Recapitulemos todo lo analizado con las palabras de Saúl Yulievich:

"En general puede decirse que *Los heraldos negros* es un libro modernista; su modernismo se da tanto en la temática como en el lenguaje. Maestro de Vallejo es también Herrera y Reissig. Vallejo es más realista que Darío y más tierno que Lugones. Pero hay algo original, aparecen rasgos y atisbos que lo proyectan hacia una nueva poesía, la de Trilce, su libro mayor. Hablo de una veta que aflora ya en el poema primero...; es la desnudez sin alardes verbales, realizada por gran maestría en el uso de la lengua, la expresión prieta y sonora, vehículo de un dolido amor hacia los hombres... Es un libro dispar, un catálogo de intentos, de fracasos y de logros... Vallejo

parte de una estética consagrada, la del modernismo; cuando se ciñe a ella con ortodoxia, da productos de segunda mano, copias que carecen de esa sensación de ser algo único e inusitado, es decir sorprendente, que caracteriza a toda gran poesía. A menudo evidencia mal gusto o un desmesurado esfuerzo por emocionar. Creo que estos descensos los debe Vallejo a su temperamento demasiado sentimental, a su naturaleza intuitiva en exceso. Por eso, en *Los heraldos negros*, como en sus obras posteriores, se precipita en un informe confesión de estados espirituales, transmitidos al lector directamente, sin esa perspectiva, ni ese moldeo que los trasmuta en expresión artística. Pero Vallejo es por encima de sus vicisitudes, un auténtico creador que concita un nuevo orden poético".

Añadamos una precisión nuestra; por sobre los defectos — ciertamente advertidos por Yurkievich— se aprecia en este libro una de las mayores y más permanentes virtudes de Vallejo: su esfuerzo como creador verbal, su capacidad para recrear la lengua e inventar un lenguaje propio, enriquecido por palabras nuevas y una sintaxis⁽¹⁾ profundamente original, cada vez más alejados de la retórica poética de su tiempo. Un estilo "raro", "distinto", hecho de ritmos bruscos, giros sorprendidos, violaciones gramaticales, voces peruanas, formas caóticas, cuya inconexión refleja la búsqueda desesperada de otro idioma capaz de expresar —balbu-

ceando, tanteando— ese otro mundo primario, lleno de oscuras amenazas, de experiencias irracionales, que constituye la poesía vallejana: "Cuando abre su gran O de burla el ataúd" ("Avestruz"); "Pureza en falda neutra de colegio; y leche azul dentro del trigo tierno" ("Deshora"); "la abuela amargura de un cantar neurasténico de paria" ("Hojas de ébano"); "Qué estará haciendo esta hora mi andina y dulce Rita de junco y capulí" ("Idilio Muerto"); "un julio a sombra, y un agosto recién segado" ("Absoluta"); "un Bautista que aguaita, aguaita, aguaita"; "Arde apenas, como un mal kerosene, esta pasión" ("Yeso"); "la multicencia de un dulce no ser" ("Para el alma imposible de mi amada"); "Y yo desde una hamaca, desde un siglo de duda" ("Los Arrieros"), y otras expresiones que ya hemos visto pueden probar lo que decimos.

Todo ello se verá de modo más cabal, más audaz, en "Trilce", su segundo libro.

Regreso a Trujillo: La Carcel. Lima otra vez: "Trilce".

Cuando en 1920 Vallejo perdió su puesto de maestro, debió tomar la firme decisión de hacer lo que había venido postergando durante algún tiempo: dejar el Perú e irse a Europa, exactamente a París. Pero antes de partir, resolvió regresar a su tierra natal, quizá para visitar la tumba de su madre y dar el último adiós a los suyos: no los ve-

ría más. Deja Lima y a mediados de ese año pasa por Huamachuco para visitar a su hermano Néstor, entonces Juez de la Provincia; allí protagoniza un episodio bochornoso: en estado de ebriedad y exaltación poética, da una conferencia y lee desafiadamente unos versos suyos en el Colegio San Nicolás, pese a los consejos de sus amigos; el público se indigna y él replica con soberbia que sus poemas "le harían más grande que el mismo Rubén Darío" (Coyné). El incidente prelude otro, muchísimo más doloroso y terrible⁽¹⁾, que le sobrevendría entre Julio y Agosto de 1920, al llegar a Santiago de Chuco, donde se celebraban las fiestas del Apóstol Santiago, Patrono de la ciudad. Dejemos que Coyné nos lo recuerde:

"Es el último día de las fiestas patronales de Santiago, 1º de Agosto de 1920, cuando ocurren actos abusivos y sangrientos, que se explican por la ebriedad y la excitación de una semana de festividades, y que son inmediatamente explotados por personas de intención dudosa, hasta culminar, horas más tarde, en el incendio del establecimiento comercial más importante de la ciudad. Vallejo estaba presente cuando sucedieron tales hechos y, a pesar de que su participación nunca fue probada en el curso del proceso subsecuente, en la atmósfera pro-

pia de la capital provincial, desde siempre dividida entre dos bandos rivales, bastaba que el poeta y su familia estuviesen vinculados con uno de los tres partidos para que las sospechas recayeran sobre él".

Ordenada su captura policial, Vallejo usó tres escondites distintos, pero fue capturado, junto con Héctor Vásquez, en el domicilio del doctor Andrés Ciudad, su abogado. El 6 de Noviembre de 1920 el poeta ingresa a la cárcel, como sospechoso de haber participado en los mencionados sucesos; su ficha policial, N° 387, lo describe así:

Filiación:

Natural de Santiago de Chuco	
Edad:	27 años
Raza:	Mixta
Cara:	Aguileña
Color:	Trigueño
Estado:	Soltero
Profesión:	Las letras
Estatura:	1.70
Cabello:	Negro
Sñles. Part.:	ninguna
Frente:	Ancha
Cejas:	Pobladas
Ojos:	Pardos
Nariz:	Roma
Boca:	Grande
Labios:	Delgados
Barba:	Poblada
Orejas:	Grandes
Instrucc.:	Superior

⁽¹⁾ En «*Poemas humanos*»: «El momento más grave de mi vida fue mi prisión en una cárcel del Perú».

Muy pronto, se elevan las protestas contra su encarcelamiento y

los pedidos de absolución: los estudiantes y el periodismo de Trujillo, los intelectuales de Arequipa, la Federación de Estudiantes del Perú, envían memoriales y declaraciones a favor del poeta en todos los tonos. La presión de estos testimonios de defensa y sobre todo la falta de una prueba acusatoria plena que condene a Vallejo, determina que el 24 de Febrero de 1921, el Tribunal ordene "ponérsele en libertad en el día, por cuanto la pena que le correspondería es sólo la de arresto mayor en segundo grado"⁽¹⁾. De este modo, el poeta salió en libertad condicional luego de permanecer en la cárcel por más de tres meses y medio. Esos meses de encierro y soledad no sólo constituirán una experiencia imborrable y siempre presente en su poesía, sino que serán, además, de intensa actividad creadora: en la cárcel, ha escrito (o concebido) la mayor parte de los poemas de *Trilce* y los cuentos de *Escalas Melografiadas*.

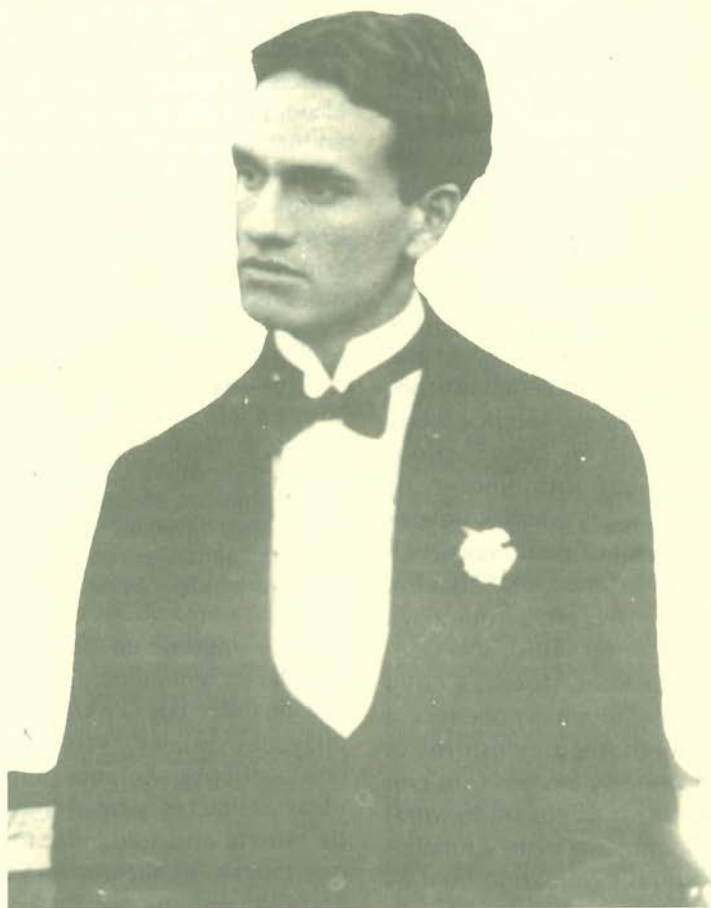
Ya libre, Vallejo vuelve a Lima y retorna a la vida bohemia, al alcohol y quizá las drogas, como parece sugerir su cuento "Cera". Con otro cuento, "Más allá de la vida y la muerte", gana en Diciem-

bre de 1921 un concurso organizado por la sociedad cultural "Entre Nous" y merece así su publicación en la revista "Variedades", donde años atrás se le había atacado.

Con el dinero que obtiene, costea la edición de su segundo libro, *Trilce*, que aparece impreso en Lima, en los Talleres Tipográficos de la Penitenciaría, en 1922, con un prólogo de Antenor Orrego. El libro no fue bien recibido: hubo silencio o condenas; sólo Orrego y Luis Alberto Sánchez, más tarde, harán de él comentarios elogiosos. Con toda razón, Vallejo pudo escribir al primero, con una mezcla de orgullo y desaliento: "El libro ha nacido en el mayor vacío... Asumo toda la responsabilidad de su estética. Hoy y más que nunca quizá siento gravitar sobre mí, una hasta ahora desconocida obligación sacratísima, de hombre y artista, la de ser libre. Si no he de ser hoy libre, no lo seré jamás... Me doy en la forma más libre que puedo y ésta es mi mayor cosecha artística..."

En realidad, era un libro desconcertante, revolucionario e insólito no sólo dentro del ámbito de la poesía peruana, sino de la lírica en lengua española; con *Trilce*, nuestra poesía —y Vallejo, por cierto— se pone al día con las nuevas actitudes poéticas que se anuncian en Europa, y aún, se adelanta a ella. De *Los Heraldos Negros* a *Trilce*, de 1919 a 1922, Vallejo ha cumplido una trayectoria inesperada, ha hecho pedazos todo, ha empe-

⁽¹⁾ Más tarde, después de haber retirado el Fiscal su acusación respecto del poeta, el Tribunal dicta fallo absolviendo a Vallejo, porque «no está probado que el enjuiciado en libertad César Vallejo haya tomado participación en el delito de incendio ni en los de asonada y daños, como se ha indicado». (Coyné).



FOTOGRAFÍA.

ARCHIVO FOTOGRÁFICO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ.

CÉSAR VALLEJO
en sus años juveniles

zado a crear de nuevo. El libro es enigmático desde el título: ¿qué significa *Trilce*? Coyné recoge una versión del origen de este nombre: "El volumen estaba casi terminado de imprimir y no llevaba título definitivo cuando, un día en el taller mismo donde se hacía la impresión, el poeta de pronto exclamó: "En tres soles se va a vender. Entonces se le va a poner *Trilce*". De inmediato, al analizar la obra, comenzaremos a comprender el profundo simbolismo de este neologismo^(*) numérico.

Trilce es un conjunto de 77 poemas (cuatro de ellos en prosa) sin título; sólo están señalados por un número romano; tampoco hay secciones como en *Los Heraldos Negros*. ¿Por qué sin nombre?. La mayor parte de los poemas de este libro, no "cuentan" nada, no tienen "argumento" o "anécdota" (hecho, paisaje, personaje, etc) al que haya que aludir con un título: son poemas simplemente, poemas cuya materia y cuya forma no obedece a criterios objetivos u exteriores al poema mismo. Aclaremos esto con un ejemplo: un poeta tradicional evocará el ambiente triste y fúnebre de un hospital explicando cual es la angustia de un enfermo, la pasividad forzosa, la sensación de debilidad, el temor; y usaría el lenguaje con que habitualmente se representa una escena típica de hospital. Vallejo no: Vallejo no intenta representar la escena, sino

ponernos frente a sus propias emociones naturalmente desordenadas que no siempre saben expresarse con palabras conocidas, que hace necesario inventar un lenguaje. Con Vallejo no tenemos la imagen completa y objetiva, sino los datos aislados y oscuros que emite la conciencia del poeta frente a ella. El poema LV hace esta explicación en términos vallejianos: contrasta la visión de Samain (poeta simbolista^(*) francés que Vallejo había leído en los años de "bohemia" trujillana) con la suya propia sobre el tema que nos ha servido de ejemplo:

Samain diría el aire es quieto y de una contenida tristeza.

Vallejo dice hoy la Muerte está soldando cada lindero a cada hebra de cabello perdido, desde la cubeta de un frontal, donde hay algas, toronjiles que cantan divinos almácigos en guardia y versos antisépticos sin dueño.

El lenguaje de Vallejo es sorprendente: ignora los signos de puntuación ("dice hoy la Muerte"), mezcla imágenes visuales ("versos antisépticos"), atribuye acciones humanas a ideas abstractas o cosas inanimadas (la Muerte está soldando, toronjiles que cantan, almácigos en guardia). Todo es confuso, extraño, pero ¡que efecto sobrecogedor produce, que fuerte impresión deja: la muerte rondando como una obsesión sobre las cabezas de los enfermos, entre los instrumentos médicos, entre las medicinas, entre los propios versos de

Vallejo!. Esta poesía rehuye la facilidad, las palabras consabidas del Modernismo y el Postmodernismo, y crea su propio mundo oscuro y misterioso con un lenguaje original, de riqueza inagotable. Exige, pues, una actitud distinta del lector, que no debe buscar en ella el sentido de cada palabra, sino su aptitud emotiva, su latido humano. Es lo que afirmaba José Bergamín, gran escritor español, en el prólogo a la 2da. Edición de *Trilce* (Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, Madrid, 1930):

“La poesía de *Trilce*, proyecta o propaga el pensamiento espiritualmente, y no literariamente, por la palabra, en puras relaciones imaginativas, desnudas del ropaje habitual metafórico, descarnadas así, secamente, como una sacudida eléctrica. Por este descoyuntado lenguaje, por esta armazón esquelética se transmite, como por una apretada red de cables acerados, una corriente imaginativa, una vibración, un estremecimiento de máxima tensión poética: por ella se descarga a chispazos luminosos, y ardientes el profundo sentido y sentimiento de una razón puramente humana”.

Por otra parte, *Trilce* carece de secciones porque es un libro de mayor unidad que el primero; los temas se han reducido a los esenciales, el tono atiende a mantenerse entre poema y poema, en general, refleja una selección más rigurosa.

Elijamos un texto “clave” en el que ambos aspectos —la poesía como esfuerzo de pura creación verbal, la síntesis de los temas— se aprecien en unidad: el poema XVIII:

Oh las cuatro paredes de la celda.
Ah las cuatro paredes albicantes
que sin remedio dan el mismo número.

Criadero de nervios, mala brecha,
por sus cuatro rincones cómo arranca
las diarias aherrojadas extremidades.

Amorosa llavera de innumerables llaves
si estuvieras aquí, si vieras hasta
qué hora son cuatro estas paredes.
Contra ella seríamos contigo, los dos,
más dos que nunca. Y ni llorarás,
di, libertadora!

Ah las paredes de la celda.
De ellas me duele entretanto más
las dos largas que tiene esta noche
algo de madres que ya muertas
llevan por bromurados declives,
a un niño de la mano cada una.

Y sólo yo me voy quedando,
con la diestra que hace por ambas manos,
en alto, en busca de terciario brazo
que ha de pupilar entre mi donde y mi
cuando,
esta mayoría inválida de hombre.

Hay dos versos (“Oh las cuatro paredes de la celda”, “Ah las paredes de la celda”) que indican cuál es la experiencia de la que este poema arranca: indudablemente, Vallejo quiere expresar la opresión y la soledad del encierro entre las cuatro paredes de la cárcel. Es-

tas paredes "albicantes" (de "alba", blancas) son como una losa que sepulta todas las esperanzas humanas: "sin remedio dan el mismo número", no nos permiten escapar y nos angustian ("criadero de nervios"), se hacen odiosas ("mala brecha", "hasta que ahora son cuatro estas paredes") y torturan el cuerpo ("como arranca las diarias aherrojadas extremidades"). La imagen de la cárcel se asocia en la tercera estrofa, con una tiernísima imagen de la madre, como ser bueno, salvador ("libertadora"). Se trata de una doble asociación por contraste (cárcel—casa, guardián—madre). Por eso, la madre aparece como una "amorosa llavera de innumerables llaves que establece una alianza con el hijo contra las cuatro paredes ("contra ellas seríamos contigo, los dos, más dos que nunca"). En la cuarta estrofa, la asociación une extrañamente las ideas cárcel—madre muerta (la madre como cárcel, como "claustro" donde el hijo habita): Vallejo identifica las "dos largas" (paredes) de su cárcel con las madres muertas que llevan "por bromurados declives" (El declive del sueño de un preso, provocado quizá por un sedante como el bromuro) a las paredes cortas de la celda como "a un niño de la mano". De este modo, la madre es parte de la misma celda, vive en las paredes que lo ven sufrir, sin sacarlo de su encierro ("sólo yo me voy quedando con la diestra...en lo alto"). Ese brazo derecho (el preso parece tener sólo un brazo, ser un inválido:

"esta mayoría inválida del hombre") busca un "terciario brazo", un tercer brazo materno —el que no existe— para que lo salve. En una imagen final, terriblemente emotiva, Vallejo transforma ese brazo que no encuentra, en una especie de ojo, de herida abierta ("ha de pupilar"), o sea como si fuese una pupila, que contempla su miseria en el espacio ("mi donde") y en el tiempo ("mi cuando").

El poema queda "explicado" pero nada puede explicarlo mejor que una nueva lectura del texto original: todavía queda por aclarar la cruda humanidad que de allí brota, la libertad irracional con que se inventan palabras y se sueldan sensaciones, la sorda presencia del dolor que se agiganta a partir de elementos muy escasos y simples. *Trilce* es un libro que se niega siempre al análisis, que no está dirigido a la parte racional del hombre, sino más bien a la subconciencia, al campo de sus reacciones primarias, oscuras, misteriosas. Lo admirable es descubrir cómo Vallejo otorga trascendencia metafísica —ya conocemos esta palabra— a lo corporal, a lo infantil, a lo abstracto; es decir, como usa los conceptos más elementales (los números, por ejemplo) para elevarse a una visión universal de nuestra esencia: soledad, sufrimiento, miseria.

La cárcel es uno de los temas característicos, quizá el dominante en *Trilce*. En los poemas II y XXIX se alude a la sensación de hastío y.

de espera inútil que produce el encierro: "Bomba aburrída del cuartel achica / tiempo tiempo tiempo tiempo (aquí la sensación del lento transcurso está señalado por la reiteración de la misma palabra), "Zumba el tedio enfrascado / bajo el momento improducido y caña" (donde la insólita fusión de "improducido" —¿prisión injustificada?— y "caña" —cultivo abundante en Trujillo— parece recordar dos hechos importantes en su experiencia carcelaria); en el XLI, Vallejo se refiere al primitivo compañerismo de la cárcel ("alguien silba valor de lado"), las revisiones de la guardia ("se contaría en par veintitrés costillas que se echan de menos"), los sonidos marciales ("en tanto el redoblante policial") y sobre todo, la crueldad del trato, no sin cierta ironía que se disuelve en onomatopeyas (*) ("nos funde a palos", "dale y dale, tas con tas"). En L, el poeta recuerda al carcelero "abriéndonos / cerrándonos los esternones", con un tono también irónico y burlón ("les roe algún mendrugo; pero siempre cumpliendo su deber"). La composición LVIII "el más hermoso de los poemas de la cárcel" (Coyné) tiene un tono de infinita tristeza y desolación: la celda y el hombre se identifican, mezclan sus propiedades ("también se acurrucan los rincones", "arreglo los desnudos que se ajan, se doblan, se harapan", "camastro desvencijado, piadoso"), y de esa doble imagen del dolor humano y físico brotan otras, igualmente desgarradas, que superponen a la sensación del

encierro, las sensaciones infantiles ("el compañero de prisión comía el trigo de las lomas, con mi propia cuchara, a la mesa de mis padres, niño, se quedaba dormido masticando", "en el redil de niños, ya no le asestaré puñetazos a ninguno de ellos", "el otro sábado te daré mi fiambre, pero no me pegues!"), de enfermedad ("aquel médico era un hombre sano") y sobre todo, de terrible desamparo y oscuridad: "En la aldea, en el gas ilimitado hasta redondearse en la condensación, ¿quién tropieza afuera"?

No es casual que Vallejo vincule la experiencia carcelaria con las imágenes del mundo de su niñez; al contrario: la emoción infantil es una de las causas de la desgarrada intensidad que *Trilce* transmite. Como en las "Canciones de Hogar" de *Los heraldos negros*, el poeta no sólo evoca su niñez, sino que, fundamentalmente, vuelve a vivir su niñez como un presente. Pero en este libro Vallejo logra, de modo más perfecto, de modo más trágico, *sentir* y sobre todo *hablar* como un niño, como un niño desolado, perdido en el mundo, con su madre muerta pero viva en la memoria del hijo. Así, en el poema III:

Mejor estemos aquí no más.
Madre dijo que no demoraría.

Ya no tengamos pena. Vamos siendo los barcos ¡el mío es más bonito de todos!
Con los cuales jugamos todo el santo día,

sin pelearnos, como debe ser:
han quedado en el pozo de agua, listos,
fletados de dulces para mañana.

Aguardemos así, obedientes y sin más
remedio, la vuelta, el desagravio
de los mayores siempre delanteros
dejándonos en casa a los pequeños,
no pudiésemos partir.

Aguedita, Navita, Miguel?
Llamo, busco al tanteo en la oscuridad.
No me vayan a haber dejado sólo,
y el único recluso sea yo.

La escena —los niños a la espera de la madre, entristecidos por su ausencia mientras juegan —es dulcísima y está cabalmente retratada a través de típicas expresiones infantiles —“mejor estemos aquí no más”, “jugamos todo el santo día”—, que a veces aparecen con sus mismas deformaciones del habla local: Vallejo escribe, por ejemplo, “el mío es más bonito de todos” y “no me vayan a haber dejado sólo”, respectivamente; son incorrecciones deliberadas, pero profundamente expresivas: sugieren el lenguaje primario, tronchado, pre-lógico de los niños. Al final, ese clima de dulzura se llena de angustia (“busco al tanteo en la oscuridad”) y, súbitamente, es invadido por una súbita visión de niño-hombre prisionero: “y el único recluso sea yo”, que se parece significativamente con el final el poema LVIII que acabamos de ver. Lo mismo ocurre en los primeros versos del VI; la extraña unión de un

verbo en pretérito y un adverbio contradictorio (el traje que *vestí mañana*) simboliza ese vivir el pasado como un presente que ya hemos explicado en *Los heraldos negros*:

El traje que vestí mañana
no lo ha lavado mi lavandera;
lo lavaba en sus venas otilinas,
en el chorro de su corazón, y hoy no he
de preguntarme si yo dejaba
el traje turbio de injusticia.

Si aquí recuerda a la lavandera de su niñez, en XLVI parece recordar una prosaica ^(*) escena de cocina que remata en un verbo magistral, sencillísimo traspasado por el sentimiento de la miseria humana experimentada ante la colmada mesa familiar:

La tarde cocinera te suplica
y te llora en su delantal que aún sórdido
nos empieza a querer de oírnos tanto.

Yo hago esfuerzos también; porque no hay
valor para servirse de estas aves.
Ah! qué nos vamos a servir ya nada.

LI es el ejemplo más notable de la desnudez del lenguaje que usa Vallejo cuando quiere recobrar, en su poesía, la edad infantil. El poema está recorrido por un vago, opresivo presentimiento de culpa; esa sensación de culpabilidad infantil —el niño acusado de algo que no ha hecho o ha hecho sin querer— se expresa de un modo *absolutamente directo*: la palabra

brota como una lágrima, se anuda y se resiste a salir, se une torpemente a otras; parece llanto, grito de una conciencia infantil que suplica y se tortura de remordimiento:

Mentira. Si lo hacía de engaños,
y nada más. Ya está. De otro modo,
también tu vas a ver
cuánto va a dolerme el haber sido así.

Mentira. Calla.
Ya está bien.
Como otras veces tú me haces esto mismo,
por eso yo también he sido así.

A mi que había tanto atisbado si de veras
llorabas,
ya que otras veces sólo te quedaste
en tus dulce pucheros,
a mí, que no soñé que los creyese,
me ganaron tus lágrimas.
Ya está.

Mas ya sabes: todo fue mentira.
Y si sigues llorando, bueno pues!
Otra vez ni he de verte cuando juegues.

Es admirable: un poema tan doloroso como éste sólo tiene una palabra ("atisbado") que puede considerarse "literaria", no corriente; las demás son familiares y elementales. No son ellas las responsables de la impresión imborrable que produce el poema (y esto prueba —como ya dijimos— que el análisis de las palabras no agota el análisis de las palabras no agota la poesía); es la fuerza emotiva, la *necesidad interior* con que parecen dichas, la relación casi desesperada que se establece entre ellas, lo que la provoca.

La imagen de la madre muerta aparece circunstancialmente en todo el libro (en III: "Madre dijo que no demoraría"; en XVIII, poema de la cárcel que hemos analizado; en XLVII: "el cirio para que no le pasase nada a mi madre"; en LII: "mamá toda claror"; en LXI: "El poyo en que mamá alumbró al hermano mayor", etc), pero hay por lo menos tres poemas —de los más célebres— que están consagrados íntimamente a ella. La imagen de la madre muerta funciona allí como un verdadero símbolo de la orfandad espiritual de Vallejo, que se hace más dolorosa por la evocación obsesiva de la triste infancia pasada junto a ella. En XXII, por ejemplo: recordada a través del sabroso aroma y sabor de los panes hechos con la harina molida en la casona familiar:

Tahona estuosa de aquellos mis bizcochos
pura yema infantil innumerable, madre.

Oh tus cuatro gorgas, asombrosamente
mal plañidas, madre: tus mendigos.
Las dos hermanas últimas, Miguel que ha
muerto.
Y yo arrastrando todavía
una trenza por cada letra del abecedario.

Con la imagen materna vemos reaparecer el tema del hambre físico y el pan (esta vez, bizcochos) que no alcanza para todos: los cuatro hermanos son "tus mendigos" y los cuatro platos de comida ("gorgas" significa realmente la comida que se da a las hambrientas aves

de caza) están "mal plañidas" ("plañir" es "llorar", "quejarse" y puede aludir al llanto de los niños ante la comida escasa). Los arcaísmos (*) como "gorgas", "tahona" (molino movido por animales), "estuosa" (calurosa, caliente) acumulados al principio, otorgan a la invocación una atmósfera de antigüedad solemne que se combina con datos sencillos de la realidad ("pura yema", "Miguel que ha muerto", "en la sala de arriba"). La tercera estrofa habla de los bizcochos como "ricas hostias de tiempo" en comparación con las actuales "cáscaras de relojes" detenidos en las 24 horas del día; es un contraste entre el tiempo mítico de la infancia y el tiempo cruel (que "no pasa") en los adultos.

En las estrofas siguientes se hace la consideración de la madre ya muerta ("Hoy que hasta tus huesos estarán harina" dice, quizá recordando la harina de los panes) y la angustia terrible de la soledad en que deja al poeta ("cierta migaja que hoy se me ata al cuello y no quiere pasar"); la llama "tierna dulcera de amor" y señala que con su ausencia, la vida parece no pertenecerle ("nos van cobrando todos el alquiler del mundo donde nos dejas"). El final es tristísimo: la vida es un préstamo que alguien nos hace; la emoción de la pena desborda el poema y éste termina con una confusión del pretérito, el presente y el futuro que remata en un balbuceo infantil:

Y nos lo cobran, cuando, siendo nosotros
pequeños entonces, como tu verías
no se lo podíamos haber arrebatado
a nadie; cuando tú nos lo diste,
¿dí, mamá?

Una semejante evocación maternal a través de la comida triste, abre el poema XXVIII:

He almorzado sólo ahora, y no he tenido
madre, ni súplica, ni sírvete, ni agua,
ni padre que, en el facundo ofertorio
de los choclos, pregunte para su tardanza
de imagen, por los broches mayores del
sonido.

Ciertas expresiones retóricas ("el facundo ofertorio de los choclos" —"facundo" significa abundante—, "los broches mayores del sonido" —expresión que usa para referirse seguramente al silencio—) podrían compararse con las que hemos hallado en *Los heraldos negros*; el poema LXXV, por otra parte, trae recuerdos de *Enereida*, donde el padre era una figura apacible que se recortaba sobre el fondo rural de Santiago de Chuco. Aquí es la madre:

Madre voy mañana a Santiago,
a mojarme en tu bendición y en tu
llanto.
Acomodando estoy mis desengaños y
el rosado
de llaga de mis falsos trajines.

El poeta funde las cualidades de la madre con los objetos propios de la casa familiar ("tu arco de asombro", "las tonsuradas colum-

nas de tus ansias", "la columnata de tus huesos") y la llama "muerta inmortal" porque contra ella nada puede ya la fatalidad ("ni el Destino pudo entrometer ni un sólo dedo suyo").

Hay otra porción de poemas de *Trilce* dedicados al amor, que revelan las profundas transformaciones que ha sufrido la expresión de este sentimiento desde el primer libro. El amor está vaciado de todo sentimentalismo y retórica^(*) post-modernista; la expresión amorosa es ahora seca, directa, hasta desagradable: el amor se ha reducido a un erotismo desesperado, a una triste relación sexual que une a dos seres, sino que más bien los separa como enemigos, creando entre ellos sensaciones de dolor y arrepentimiento. Basten estos ejemplos:

Pienso en tu sexo.
Simplificado el corazón, pienso en tu sexo,
ante el hijar maduro del día.
Palpo el botón de dicha, está en sazón.
Y muere un sentimiento antiguo
degenerado en seso. (XIII)

En el rincón aquel, donde dormimos
tantas noches, ahora me he sentado
a caminar. La cuja de los novios difuntos
fue sacada, o tal vez que habrá pasado.
(XV)

Se acabó todo al fin: las vacaciones,
tu obediencia de pechos, tu manera
de pedirme que no me vaya fuera

Y se acabó el diminutivo, para
mi mayoría en el dolor sin fin

y nuestro haber nacido así sin causa.
(XXXIV)

El encuentro con la amada
tanto alguna vez, es un simple detalle,
casi un programa hípico en violado,
que de tan largo no se puede doblar
bien. (XXXV)

Esta descripción de los temas importantes de *Trilce* deja en pie una cuestión: ¿cuál es el sentido revolucionario de su lenguaje poético?. Coyné afirma que *Trilce* "difícilmente hubiera podido nacer en otra época que aquella en la cual fue escrito, pero que no tiene equivalente en la poesía castellana". En efecto, el libro, como ya hemos dicho, se adelantaba a los movimientos de renovación literaria que se anunciaban en Europa tras el término de la Primera Guerra Mundial, pero a la vez aparecía confundido con ellos, como una expresión de determinada circunstancia histórico-cultural. Sin embargo —y esto es lo que abona en favor del libro— Vallejo poco conocía de esas corrientes literarias y estaba, en general, mal informado de lo que ocurría en las letras europeas: la suya fue una obra de soledad que, pese a ello, reflejó perfectamente las inquietudes literarias del momento. ¿Cuáles eran esas inquietudes que se dejaban sentir en Europa?. Se agruparon bajo el nombre común de "corrientes de vanguardia" (o sea, las estéticas que renuncian de la vieja tradición literaria —sobre todo, tal como existía en Francia— y tratan de crear un arte

Un proyectil que no sé donde irá a caer.

Incertidumbre. Tramonto. Cervical coyuntura.

Chasquido de moscón que muere a mitad de su vuelo y cae a tierra.
¿Qué dice ahora Newton? (XII)
En un auto arteriado de círculos viciosos,
torna diciembre qué cambiado... (XXI)

El chorro que no sabe a como vamos, dame miedo, pavor.
Recuerdo valeroso, yo no avanzo.
Rubio y triste esqueleto, silba, silba. (XXVII)

999 calorías,
Rumbbbb...Trrrrprrrr rrach...chaz
Serpintinica u del bizcochero
engirafada al tímpano. (XXXII)

Del surrealismo, aparecen las visiones subconcientes, las sensaciones asociadas sin lógica, la utilización de la imagen como un valor independiente dentro del poema:

Alfan alfiles a adherirse a las juntas, al fondo, a los testuces, al sobrelecho de los numeradores a piel. Alfiles y caudillos de lupinas parvas. (XXV)

Quien nos hubiera dicho que en domingo así sobre arácnidas cuestras se encabritaría la sombra de puro frontal. (Un molusco ataca yermos ojos encaillados, a razón de dos o más posibilidades tántálicas contra medio estertor de sangre remordida). (XL)

Me siento mejor. Sin fiebre y ferviente. Primavera. Perú. Abro los ojos. Ave! No salgas. Dios, como si sospechase algún flujo sin reflujo hay (XLII)

En *Trilce* encontraremos todo esto, pero mucho más aún: lo irreductiblemente vallejiano, lo que es de Vallejo y sólo de él. La crítica ya ha advertido la relación tensa que hay entre Vallejo y el lenguaje, su lucha continúa por dominar la palabra que se escapa siempre, por descubrir los resortes de la realidad verbal. *Trilce* es una aventura verbal, un mundo de palabras donde la lengua cobra una dignidad y una fuerza expresiva totalmente nuevás. Vallejo, como los poetas de la "vanguardia", renuncia a la sintaxis y la escritura corriente del idioma —prescinden de métrica, versificación tradicional, signos de puntuación, corrección gramatical, etc— y trata de llegar a la esencia verbal —el poder de nombrar las cosas con las palabras, como en el origen del mundo— que está detrás de esos accidentes secundarios, para penetrar en su misterio y mostrarlo como producto de la fantasía subconciente y de las fuerzas irracionales del hombre. "El lenguaje nace al mismo tiempo que el poema y el vocablo muchas veces se presenta, como cogido cuando no inventado, por su figuración puramente sensible y no representativa, dice Coyné para explicar por qué en *Trilce* nos parece estar ante *gérmes verbales*, no ante las mismas

palabras, que se mueven y se asocian libremente como organismos vivos en las manos del poeta. Y este procedimiento no siempre se realiza con palabras raras, sino con vocablos simples, prosaicos de inconfundible acento peruano: "Quien hace tanta bulla" (I); "Ahora que chirapa tan bonito" (XXII); "O sin madre, sin amada, sin porfía de agacharme a aguaitar al fondo" (XXXIII); "Déjenlo sólo no más" (XXXVIII).

Esta doble búsqueda de la emoción humana original y de la palabra que la exprese en toda su terrible intensidad, es lo que da su más alto valor a *Trilce* y lo que explica su trascendencia para la poesía en lengua española y, en general, para la lírica contemporánea.

En 1923, poco antes de dejar el Perú, Vallejo publicó dos libros de prosa narrativa: *Escalas melografiadas* (cuentos) y *Fabla Salvaje* (novela corta). Son textos de interés sólo relativo; en ambos, el autor rendía tributo a su impericia en el manejo de la técnica narrativa y vacilaba entre la sencillez del realismo y la descoyuntada prosa vanguardista, para narrar morbosos casos de neurastenia¹⁾, sueño y locura.

El silencio despectivo con que *Trilce* fue recibido en Lima, apuró en el ánimo de Vallejo la decisión de irse a vivir a París, la capital permanente del espíritu artístico y, en esos tiempos, centro de fervor revolucionario de las nuevas estéticas. Sin dinero suficiente, sabiendo que

la empresa era arriesgada y que en París "comeremos piedrecitas". Vallejo parte para Francia a mediados del 23, a bordo del "Oroya" junto con su amigo Julio Gálvez. En realidad, es un adiós definitivo al Perú: no volverá a verlo más.

París. La Miseria. Rusia y España. La Muerte. "Poemas Humanos"

Cuando Vallejo llegó a París el 13 de julio de 1923, probablemente no contaba con más dinero que el que llevaba en los bolsillos, que por cierto no era mucho. Quizá lo ayudaron sus hermanos mayores o algunos protectores, pero Vallejo tuvo que arreglárselas como pudo, sin pensión regular ni esperanzas de tenerla. Sobrevino para él la miseria más negra y espantosa: hambre, frío, soledad callejera. Pasó su primer invierno con "graves penurias", "con domicilio intermitente y alimentación incierta, sin ropa con que abrigarse" (Larren). Tuvo que deambular de café en café y hotel en hotel, cada vez más miserable: Moliere, Ribauté, Des Ecoles, Richelieu...; esta situación se alivió un poco cuando el escultor costarricense Max Jiménez les dejó a Vallejo y Gálvez su taller, que se convirtió en centro de actividades bohemias. En los cafés del Barrio Latino —el Dome, la Retonde, La Regence, la Coupole— hizo largas tertulias nocturnas con amigos y compañeros peruanos: Alfonso de Silva, Ernesto y Gonzalo

More, Macedonio de la Torre, Percy Gibson... Conoció al poeta chileno Vicente Huidobro y al español Juan Larrea, al que lo uniría una entrañable amistad. En 1924 se ganó mil francos con la traducción de un libro francés al español, pero hasta 1925 no tuvo un trabajo regular; ese año se fundó en París la Empresa de los Grandes Periódicos Ibero-Americanos, en la que Vallejo consiguió un empleo más o menos estable. Su situación mejoró todavía más cuando empezó a colaborar intensamente en las revistas *Mundial* y *Varietades*,⁽¹⁾ de Lima, con artículos sobre la realidad política, social y cultural de Europa.

En octubre de ese año obtiene, junto con Xavier Abril, una beca para estudiar jurisprudencia en España. La estancia resultó muy breve para Vallejo que retorna casi de inmediato a París; Abril cuenta que Vallejo y él renunciaron, en un gesto de increíble honestidad, a las 330 pesetas mensuales de las becas "por no poder soportar el ambiente del gobierno de Primo de Rivera". En 1926, Vallejo se une a Larrea para publicar dos números de una efímera revista literaria titulada *Favorables París Poema*, donde ambos colaboran junto con Huidobro, Neruda, Tzara y otros exponentes de las corrientes innovadoras.

Hacia el año 28, Vallejo sufre "una profunda crisis intelectual y fi-

losófica" (Monguió): el poeta tiene graves preocupaciones de carácter político y social que, con la experiencia de su propia miseria y las dolorosas consecuencias de la Guerra Mundial, le hacen pensar en la posibilidad de un mundo mejor, más justo. Desde entonces puede decirse que Vallejo abraza la causa de la revolución —sus artículos de *Varietades* y *Mundial* lo demuestran—, se interesa profundamente por la marcha de la revolución rusa, estudia materialismo histórico⁽²⁾ en algunas reuniones políticas, se afilia a las "Juventudes Amigas de la U.R.S.S." y adhiere plenamente al marxismo-leninismo⁽³⁾. Justamente por estos días, entre octubre y diciembre, realiza un corto viaje a la Unión Soviética. Al volver a París, en enero del 29, luego de haber abandonado a su primera compañera, Henriette, comienza a vivir con Georgette Philippart⁽⁴⁾ joven bretona que residía frente al hotel Moliere donde entonces él se alojaba. Con ella realiza su segundo y más largo viaje a Rusia, que le permite visitar, siempre por sus propios medios, Berlín, Leningrado, Moscú, Praga, Viena, Budapest, Venecia, Florencia, Roma, Pisa, Génova y Niza. No cabe duda de que luego de esos viajes, Vallejo era un convencido comunista, aunque pueda discutirse —lo que es secundario—

(1) También publicó artículos en *Amauta*, la famosa revista de José Carlos Mariátegui.

(2) Se casó con ella el 11 de Octubre de 1934.

si ya estaba inscrito como miembro del partido: había puesto su ciega esperanza en una ideología política que aseguraba, por el camino más corto y absoluto, la destrucción de un mundo lleno de sufrimiento y desigualdad, en nombre de otro, que debía ser más feliz y humano.

En mayo de 1930 está en España, donde publica artículos y es saludado por la revista *Bolívar*. Ese mismo año, aparece en Madrid la segunda edición de *Trilce* (con prólogo de José Bergamín y un poemá-salutación de Gerardo Diego), que tiene mucha importancia para la difusión de su obra en Europa. Al regresar a París protagoniza un incidente con la policía secreta francesa. Pocos días después, recibe la orden oficial de abandonar el país "por filiación comunista", en el plazo de tres días. Georgette y Vallejo se ven obligados a trasladarse a España.

Como refugiado político en Madrid, colabora con varios periódicos y presencia la caída de la Monarquía y los comienzos de la República Española. Aquí también empieza a dar frutos su febril actividad político-literaria, su trabajo de intelectual al servicio de la lucha revolucionaria: en 1931 publica *El Tungsteno* (Editorial Cenit, Madrid), novela antiimperialista sobre la espantosa explotación del indígena peruano en las minas del Cuzco; y Rusia en 1931, *Reflexiones al pie del Kremlin* (Ediciones Ulises, Madrid), su testimonio sobre

la Rusia Soviética, en el que expresa su esperanza de comunista y de hombre en la Revolución. Escribe también un cuento muy notable titulado *Paco Yunque*, y dos dramas (*Mampar* y *Lock-Out*), el primero destruido y el segundo inédito. Su militancia política era intensa: ingresa al Partido Comunista Español; trabaja en una de las primeras células de intelectuales y estudiantes que se reunía en una taberna; y viaja por tercera vez, sólo, a la Unión Soviética.

Un cambio en el régimen político francés, le permite volver a París a comienzos del 33, gracias al permiso gestionado por una amiga de Georgette, bajo la condición de no realizar actividades políticas y de que se presente mensualmente a la Prefectura. Ya en París, vuelve a perseguirlo la miseria y el hambre. Sus amigos lo recuerdan "en el lóbrego cuarto de un hotel de última categoría comiendo en silencio la media ración de arroz y papas que Georgette preparaba en una lamparilla de petróleo". (Cit. por Monguió). Nuevamente, comienza el triste deambular de hotel en hotel. Este período de pobreza extrema (1933—36) coincide con una abundante labor literaria: un drama revolucionario titulado primero *Moscú contra Moscú* y luego *Entre las dos orillas corre el río*; otro drama, de ambiente incaico, *Piedra Cansada*; una comedia sobre la vida política peruana, *Los hermanos Colacho*; y dos conjuntos de

estudios y ensayos titulados *El arte y la revolución* y *Contra el secreto profesional*, todo ello prácticamente inédito. En 1936 estalla la Guerra Civil española y Vallejo sufre una "honda conmoción espiritual" (Larrea). Se entrega por completo a la causa popular española —contra la insurrección franquista—, escribe folletos y artículos de propaganda, sin esperar ni recibir ni un centavo; funda el Comité Ibero—Americano para la defensa de la República Española, y *Nuestra España*, órgano de ese Comité, etc. Viaja dos veces a España en 1937: en enero y julio; en esta última oportunidad participa en el Segundo Congreso Internacional de Escritores para la defensa de la Cultura, en el que lo eligieron representante del Perú ante el Bureau Internacional del Congreso y Secretario de la Sección Peruana de la Asociación Internacional de Escritores.

Estos hechos, sus penurias y posiblemente el presentimiento de su muerte ("Me moriré en París con aguacero, /un día del cual tengo ya el recuerdo"), precipitan en él, tras un largo silencio poético aceptado como una imposición de las necesidades revolucionarias, un "desborde lírico" (Larrea), un chorro incontenible de inspiración poética que le sobrevendrá en el otoño e invierno de 1937, y que conformará su libro póstumo: *Poemas Humanos*; el homenaje a la España heroica está en una sección especial de este libro, titulada *España*

aparta de mi este cáliz. El volumen constituye, en verdad, el testamento poético de Vallejo, la expresión agónica de su época más negra y agitada. En 1938, el esfuerzo de creación que ha realizado en un estado de debilidad permanente, lo agota física y psíquicamente; una fiebre constante lo atormenta y lo obliga a guardar cama. Un mal desconocido —"el hambre, la miseria, las torturas de la pobreza, la ansiedad, no son virus que lentes y placas pueden iluminar" (Monguió)— va destruyendo su cuerpo y se hace necesario internarlo, el 13 de marzo, en una clínica del Boulevard Arago 95: no se levantará más. Durante un mes deliró con una altísima temperatura (40-41) y el 7 de abril sufrió una crisis que pudo ser fatal. Pero el jueves 14 de abril ("Me moriré en París —y no me corro— tal vez un jueves, como es hoy, de otoño") entra en coma y los médicos pierden toda esperanza. Larrea recuerda que, en su delirio, repetía un nombre: el de España. A las 9.20 de la mañana del 15 de abril de 1938, Viernes de Pasión, en presencia de Larrea, Georgette y Cuto Oyarzun, muere César Vallejo. El mismo Larrea recuerda que sus últimas palabras fueron "Allí...pronto...navajas..Me voy a España", y que expiró "sin aspaviento alguno, dignamente, con la misma dignidad con que había vivido". A las 6 de la mañana del día siguiente, su cadáver fue trasladado a la Maison de la Cultu-

re para ser velado; de allí salió para su entierro en el Cementerio de Montrouge; el poeta francés, el español Antonio Ruiz Vilaplana y el peruano Gonzalo More le dan el último adiós. "Dejadme! (había escrito el poeta) *La vida me ha dado ahora en todo mi muerte*".

En julio de 1939, como homenaje póstumo, aparecen en París sus *Poemas Humanos*, con notas de Luis Alberto Sánchez, Jean Cassou y Raúl Porras Barrenechea, al cuidado de este último y Georgette. La publicación corresponde a "Les Editions des Preses Modernes"; bajo el título se anuncia que el volumen reúne los poemas escritos entre 1923-1938, pero el grueso de ellos está fechado en 1937 y corresponden a ese período de febril trance creador que a la vez lo destruyó físicamente. ¿Qué dice y nos dice de Vallejo este libro final, que cierra una vida y una obra?

Su título —aunque haya quienes lo rechacen, como Larrea: "título obsequioso y espurio, como apañado en matrices de propaganda"— nos parece fiel al contenido, pese a no haber sido elegido por el autor sino por los editores. Coyné afirma que indica "el valor universal de una poesía que, derivada de la presión dolorosa de los acontecimientos, no cesa de expresar el sufrimiento más radical y la inminencia carnal de una catástrofe —para extraer de ello, paradójicamente, patéticos motivos de comunión y

de ternura". *Poemas humanos*: son poemas que se orientan hacia la expresión de lo más sustancialmente humano del hombre, como individuo y como especie, como artista y como ser anónimo, como carne y espíritu, como vida y como muerte. En su aspecto más general, el libro es, respecto de los anteriores, una continuación pero también una ruptura. En efecto, de las tres grandes etapas en que se puede dividir la vida artística de Vallejo —predominio modernista; influjo vanguardista; identificación con la literatura social y revolucionaria—, este libro coincide con la última, previsible ya en el escritor preocupado en la década del 30, por el destino de las masas proletarias y la crisis de la soledad burguesa; en ese sentido es una continuación porque señala la última fase de un proceso profundo de convicción estética: de la poesía más o menos "decadente" (⁴¹) (*Los heraldos negros*), pasa a la absoluta rebeldía lírica (*Trilce*) y de allí a la poesía de sentido revolucionario (*Poemas humanos*). Pero también es una ruptura por cuanto lo lleva bastante lejos de sus dos primeros libros: Vallejo parte ahora en busca de una expresión menos difícil, menos incoherente, menos expresiva, si se quiere, pero más inmediatamente comunicativa; una poesía, en fin, que puede ser aún oscura en las palabras, pero no oscura en los propósitos y que, aunque volcada sobre el yo sufriente

del poeta, se abre también hacia la comprensión más vasta de los otros, de una realidad social sacudida por un dolor permanente y colectivo. Vallejo, testigo de grandes acontecimientos de la historia contemporánea (los primeros años de la Revolución Rusa, la postguerra europea, la Guerra Civil Española, los movimientos obreros en Occidente, el auge del nazismo (*) y su alianza con el fascismo (*) italiano), se siente confundido en esa marea mundial y sabe que su dolor es también el de los otros: "Yo no sufro este dolor como César Vallejo", dice en un poema. En 1930, no habría escrito un libro como *Trilce*, tan endeudado con las técnicas y el espíritu vanguardista. Ya en 1926, desde las páginas de *Mundial* y *Amauta*, Vallejo había hecho una "llamada al orden" (Estuardo Núñez) a los poetas de esa tendencia: "La poesía a base de palabras o de metáforas nuevas se distingue por su pedantería de novedad y en consecuencia por su complicación y barroquismo. La poesía nueva a base de sensibilidad nueva es, al contrario, simple y humana y a primera vista se la tomaría por antigua, o no atrae la atención sobre si es o no moderna". ¿Acaso no está haciendo aquí una crítica de sí mismo? Al año siguiente, en *Varietades* aparece un artículo famoso de Vallejo titulado "Contra el secreto profesional", donde lanza un ataque a fondo

contra "la actual generación de América" por su incapacidad para crear algo "de sana y auténtica inspiración humana", por la aplicación directa y mecánica de ciertas recetas (nueva ortografía, nueva caligrafía del poema, nuevos asuntos, "nueva máquina para hacer imágenes", nueva conciencia cósmica, nuevo sentimiento político y económico) calcadas de la vanguardia europea. Ese proceso de alejamiento respecto de la estética que justificaba *Trilce*, culmina en 1930 con la publicación en *Varietades* de un artículo en el que se hace la "Autopsia del Surrealismo", en el que Vallejo fulmina a la escuela más importante de la vanguardia y extiende su partida de defunción, afirmando que esa escuela se encuentra en el mismo callejón sin salida en que está el mundo capitalista. Se entiende ahora por qué *Poemas humanos* tenía que ser un libro distinto. ¿Significará esto que los poemas de Vallejo, convencido comunista, son comunistas? En 1928, en *Mundial*, apareció un artículo que crítica la existencia en Rusia de una literatura oficial; allí hace esta afirmación esclarecedora que vale más que cualquiera explicación: "Como hombre puedo trabajar y simpatizar con la revolución, pero como artista no está en manos de nadie ni en las más propias el controlar los alcances políticos que pueden ocultarse en mis poemas". Vallejo es consciente de que el marxismo, como cien-

cia, olvida algunas exigencias no-científicas del hombre, que él experimentaba dolorosamente (la angustia metafísica, sus ansiedades contradictorias, la necesidad de crear en absoluta libertad).

La fisonomía general del libro es curiosa: aparecen poemas con o sin título, fechados o no; hay poemas que revelan una organización clara, una estructura definida, pero también hay otros en que esa organización apenas existe. Por ejemplo, el titulado "Intensidad y altura" es un soneto de rima y metro casi enteramente tradicionales, aunque su contenido no lo sea: alude a la lucha característica de Vallejo por dominar su emoción y expresarla coherentemente:

Quiero escribir, pero me sale espuma,
quiero decir muchísimo y me atollo;
no hay cifra hablada que no sea suma,
no hay pirámide escrita, sin cogollo.

Pero figuran también poemas donde la emoción apenas alcanza a ser inteligible, porque desborda la capacidad de las palabras para contenerla, y entonces éstas aparecen simplemente unidas, en un confuso y primitivo barboteo, que sin embargo transmiten, con una "lógica poética", el sentimiento oculto. Citemos fragmentos de dos casos extremos: en uno, el poema está construido por la simple suma de adjetivos, frases como "en sociedad, en vidrio, en polvo, en hulla" nuevos adjetivos y adverbios terminados en —mente (inatacable-

mente, impunemente...) contrastados, respectivamente; con verbos en pretérito imperfecto, pretérito indefinido, en infinitivo y en futuro. Léase la primera estrofa (adjetivos-verbos en pretérito imperfecto):

Transido, salomónico, decente,
ululaba; compuesto, caviloso, cadavérico,
perjuro,
iba, tornaba, respondía; osaba,
fatídico, escarlata, irresistible.

El otro es una larga enumeración, que va cambiando de estrofa en estrofa, de sustantivos, adjetivos, verbos, adverbios y nombres abstractos. Citemos el fragmento penúltimo, el más significativo e intenso:

Después, éstos aquí,
después, encima,
quizá, mientras, detrás, tanto, tan nunca,
debajo, acaso, lejos,
siempre, aquello, mañana, cuanto,
cuanto...!

Es muy característico de este libro el tono bíblico: fórmulas de salmo, letanías proféticas, versículos^(*), renovados y puestos al servicio de la causa revolucionaria de los pobres, como elementos de un Evangelio laico y material:

Ande desnudo, en pelo, el millonario;
Desgracia al que edifica con tesoros su lecho de muerte!

Un mundo al que saluda;
un sillón al que siembra en el cielo;
llanto al que da término a lo que hace,
guardando los comienzos;

ande el de las espuelas;
poco dure muralla en que no crezca
otra muralla;

dése al mísero toda su miseria,
pan al que ríe;
hayan perder los triunfos y morir los
médicos;
haya leche en la sangre;
añádase una vela al sol,
ochocientos al veinte;
pase la eternidad bajo los puentes!
Y, entre mí, digo:
ésta es mi inmensidad en bruto, a cán-
taros,
éste es mi grato peso, que me buscara
abajo para pájaro;

este es mi brazo
que por su cuenta rehusó ser ala;
éestas son mis sagradas escrituras,
estos mis alarmados compañeros
("Epístola a los transeúntes")

Y, en fin, pasando luego al dominio de
la muerte,
que actúa en escuadrón, previo corchete,
párrafo y llave, mano grande y diéresis,
a qué pupitre asirio? A qué el cristiano
púlpito,
el intenso jalón del pueblo vándalo
o, todavía menos, este esdrújulo retiro?
(Sermón sobre la muerte)

El libro está atravesando por
una experiencia fundamental: la
vida es puro dolor; el sufrimiento
es consubstancial al hombre. No se
trata de un dolor eventual, momen-
táneo o del cual nos podemos es-
capar: el dolor existe, está en todas
partes aún cuando no lo sintamos y
creamos que nos hemos librado de
él. "Los nueve monstruos" es uno

de los poemas más importantes por
su expresión absoluta, total, del do-
lor como esencia humana. El ritmo
evangélico —serie de frases largas
unidas simplemente por "y"—
ahonda la sensación de que el do-
lor invade todo y convierte al mun-
do en un inmenso valle de sufri-
miento:

Y, desgraciadamente,
el dolor crece en el mundo a cada
rato,
crece a treinta minutos por segundo,
paso a paso,
y la naturaleza del dolor, es el dolor
dos veces
y la condición del martirio, carnívora,
voraz,
es el dolor, dos veces
y la función de la yerba purísima, el
dolor
dos veces
y el bien de ser, dolernos doblemente.

Atendamos bien a lo que Va-
llejo está diciendo: el dolor crece
por todas partes y crece a un ritmo
enloquecedor ("a treinta minutos
por segundo"). Pero ¿cuál es la na-
tureza de ese dolor, cuál es su
materia? La respuesta vallejana re-
sulta aplastante: el dolor "es el do-
lor dos veces", o sea que el dolor
puede definirse como la duplica-
ción del dolor, igual que el martirio
en su voraz ferocidad. ¿Y que es
existir, ser, estar en el mundo? Va-
llejo responde: "dolernos doble-
mente". En las estrofas siguientes la
sensación de que el dolor aumenta,
se multiplica y nos ahoga en su po-
der, se reitera a través de enumera-

ciones caóticas (técnica que ha sido muy empleada en la poesía moderna): "tanto dolor en el pecho, en la carnicería, en la aritmética!"; "Y el mueble tuvo en su cajón, dolor, / el corazón, en su cajón, dolor / la lagartija en su cajón, dolor"; con el dolor "esta oreja da nueve campanadas a la hora / del rayo, y nueve carcajadas / a la hora del trigo, y nueve sonos hembras / a la hora del llanto, y nueve cánticos / a la hora del hambre, y nueve truenos / y nueve látigos, menos un grito"; el dolor "nos aloca en los cinemas, / nos clava en los gramófonos, / nos desclava en los lechos, cae perpendicularmente / a nuestros boletos, a nuestras cartas", etc. En el dolor, el hombre recobra su humanidad y es en nombre de ello, que Vallejo llama a sus semejantes, con ternura infinita, "hombres humanos" (es decir, hombres hechos hombres por el dolor) para manifestar su absoluta adhesión a los que sufren.

En "Voy a hablar de la esprexanza", poema en prosa, Vallejo, irónicamente, habla de su dolor, del "Dolor en sí", del dolor metafísico, ajeno a cualquier circunstancia, aún su propia condición de hombre vivo: "yo no sufro este dolor como César Vallejo. Yo no me duelo ahora como artista, como mahometano ni como ateo. Hoy sufro solamente. Si no me llamase César Vallejo, también sufriría este mismo dolor. Si no fuese artista,

también lo sufriría. Hoy sufro desde más abajo. Hoy sufro solamente".

Como el poeta comprende (pues el dolor es una forma de conocimiento) que el sufrimiento que él experimenta es el mismo que el de los otros, su espíritu se vuelca hacia sus semejantes en una especie de arrebatado de ternura, de cariño, de dulcísimo amor: el amor al prójimo que sufre, al miserable, al "pobre pobre":

Amado sea aquel que tiene chinches,
el que lleva zapato roto bajo la lluvia,
el que vela el cadáver de un pan con
dos cerillas,
el que se coge un dedo en una puerta,
el que no tiene cumpleaños,
el que perdió su sombra en un incendio,
el animal, el que parece un loro,
el que parece un hombre, un pobre
rico,
el puro miserable, el pobre pobre!
Amado sea
el que tiene hambre o sed, pero no tiene
hambre con que saciar toda su sed,
ni sed con que saciar todas sus ham-
bres!

(Traspié entre dos estrellas)

Me viene, hay días, una gana ubérrima,
política,
de querer, de besar al cariño en sus
dos rostros,
y me viene de lejos un querer
demostrativo otro querer amar, de grado
o fuerza,
al que me odia, al que me rasga su pa-
pel al muchachito,
al que llora por la que lloraba,
al rey del vino, al esclavo del agua,
al que ocultose en su ira,
al que suda, al que pasa, al que sacude
su persona en mi alma.

Y quiero, por lo tanto, acomodarle
al que me habla, su trenza; sus cabellos al soldado;
su luz, al grande; su grandeza, al chico.

En otro poema de gran simplicidad de estructura (una proporción que sintetiza hechos dolorosos de la vida real, seguida por una pregunta contradictoria, que el lector, en su imaginación, contesta negativamente) y de fuerza expresiva, Vallejo se identifica con el sentido trágico de la existencia concreta, dando a entender, con cierto sarcasmo, por qué se alejó de la estética vanguardista, preocupada por los temas del sueño, el subconciente, el psicoanálisis: cite-mos algunos versos:

Un hombre pasa con un pan al hombro.
¿Voy a escribir, después, sobre mi doble?

Otro se sienta, extrae un piojo de su axila, mátalos.
¿Con qué valor hablar de psicoanálisis?

Un cojo pasa dando el brazo a un niño.
¿Voy después, a leer a André Breton?

Otro tiembla de frío, tose, escupe sangre.
¿Cabrál aludir jamás al Yo profundo?

Otro busca en el fango huesos, cáscaras.
¿Cómo escribir, después, del infinito?
Un albañil cae de un techo, muere, y
ya no almuerza.
¿Innovar, luego, el tropo, la metáfora?

El dolor en soledad trae la angustia; el dolor en compañía, con-

voca la solidaridad y, finalmente, la esperanza. Una "esperanza desesperada", que se mantiene pese a todo, con la fe irracional de quien sabe que el mundo puede cambiar aunque no sepa cómo. Por eso, las fórmulas con las que Vallejo anuncia su esperanza, son altamente emotivas, no racionales ni ideológicas. A veces, se queda en una entusiasta alusión simbólica:

Cómo, hermanos humanos,
o deciros que ya no puedo y
ya no puedo con tanto cajón,
tanto minuto, y tanta
lagartija y tanta
inversión, tanto lejos y tanta sed de
sed!
Señor ministro de Salud: ¿qué hacer?
Ah! Desgraciadamente, hombres humanos,
hay, hermanos, muchísimo que hacer.
(«Los nueve monstruosos»)

Considerando también
que el hombre es en verdad un animal
y, no obstante, al voltear, me da con su
tristeza en la cabeza...

Comprendiendo que él sabe que lo
quiero
que le odio con afecto y me es, en
suma, indiferente...

Considerando sus documentos generales
y mirando con lentes aquel certificado
que prueba que nació muy pequeñito...
le hago una seña,
viene,
y le doy un abrazo, emocionado.
Qué más da! Emocionado... Emociona-
do...

Necesitas comer, pero me digo,
no tengas pena, que no es de pobres

la pena, el sollozar junto a su tumba; remiéndate, recuerda, confía en tu hilo blanco, fuma, pasa lista a su cadena y guárdala detrás de tu retrato.

Ya va a venir el día, ponte el alma.
(«Los desgraciados»)

Quien lee *Poemas Humanos* no podrá olvidar que está leyendo el libro de un poeta que agoniza, que está leyendo lo que dicta la muerte de un hombre. En este libro vemos a Vallejo, no ante el concepto abstracto y literario de la Muerte, sino ante la experiencia cotidiana del morir, del acto de morir. Así, dice Coyné, “la vida y la muerte se enfrentan en la pureza de su respectivo sentimiento”, como quejas de agónico y, por lo tanto, sin elaboración poética. En el famoso soneto “Piedra negra sobre una piedra blanca” —en el que Vallejo predice su muerte— se siente crudamente esa proximidad del fin, al que tristemente se ha resignado:

Me moriré en París con aguacero,
un día del cual tengo ya el recuerdo.
Me moriré en París —y no me corro—
tal vez un jueves, como es hoy, de otoño

Esa falta de elaboración del sentimiento aquí contenido, está indicada en la frase “hoy, jueves, que proso - estos versos”; es decir, profisifica los versos, escribe los versos como si fueran simple prosa. Ante la cercanía de la muerte “me he vuelto, con todo mi camino, a verme sólo” y evoca entonces, hablan-

do de sí mismo como si ya estuviese muerto, su dura infancia:

César Vallejo ha muerto, le pegaban todos sin que él les haga nada; le daban duro con un palo y duro

también con una soga; son testigos los días jueves y los huesos húmeros, la soledad, la lluvia, los caminos...

“En suma, no poseo, para expresar mi vida sino mi muerte”; “Murió mi eternidad y estoy velándola”; “acáboyme y os gimo, dándolos / la llave, mi sombrero, esta cartita para todos”; “has soñado esta noche que vivías / de nada y morirías de todo”; “Me gusta la vida enormemente / pero, desde luego, / con mi muerte querida y mi café”; expresiones como éstas resumen el sentido de una vida que se acaba en “una atmósfera de muerte” (Monguió), y que se reduce a huesos, polvo, nada. Se dice que el hombre que va a morir ve, proyectada ante sí como un film, toda su vida; así en Vallejo. Por eso, junto con las melancólicas visiones de un París hermoso y callejero que ha elegido para morir (“Calor, París, Otoño, cuánto estío / en medio de la mort!; “De veras, cuando pienso /en lo que es la vida /no puedo evitar decírselo a Georgette, / a fin de comer algo agradable y salir, / por la tarde, comprar un buen periódico...”; “Enfrente a la Comedia Francesa, está el Café de la Regencia; en él hay una pieza / recóndita, con una butaca y una mesa”), reaparecen las imágenes

del Perú lejano y amado que nunca olvida y que siente vibrar en su lenguaje, en ciertos símbolos poéticos: "Fue domingo en las claras orejas de mi burro, / de mi burro peruano en el Perú (Perdonen la tristeza)"; "Auquénidos llorosos, almas más! / Sierra de mi Perú, Perú del mundo / y Perú al pie del orbe: yo me adhiero!"; "Y lo demás, me las pelean!; "Así se dice en el Perú —me excuso"; "Papales, cabadales, alfalfaes, cosa buena!". Y, nuevamente, las imágenes de hambre y sed físicos: "Un pedazo de pan, tampoco habrá ahora para mí?"; "Oh botella sin vino! Oh vino que enviudó de esta botella!"; "Ahora mismo hablaba / de mí conmigo, y ponía / sobre un pequeño libro un pan tremendo", etc.

Poemas humanos se completa con la breve sección dedicada a cantar la epopeya de los republicanos en la Guerra Civil Española: *España, aparta de mí este cáliz*, que escribió entre los últimos meses del año 37 y los primeros del 38. Son quince poemas ardientes, exaltados, que cantan al heroico pueblo español en lucha; conforman un himno a un pueblo que, como él mismo, agoniza entre el dolor y la esperanza, entre la vida y la muerte; esos son los temas de esta sección y de ahí resulta su ligazón con el resto del libro. Pero su angustia personal está aquí más escondida: el poeta se siente comprometido con esa lucha popular y la eleva a la categoría de

gran tragedia colectiva, con tono de arena y volumen épico:

Proletario que mueres de universo, ¡en qué frenética armonía
acabará tu grandeza, tu miseria, tu vorágine impelente!
Tu violencia metódica, tu caos teórico y práctico, tu gana
dantesca, españolísima, de amar, aunque, sea a traición, a tu enemigo!

Vallejo exalta el valor de las milicias populares porque cree que ellas son el anuncio de un mundo mejor, los heraldos del mañana de paz y justicia que seguirá a la guerra:

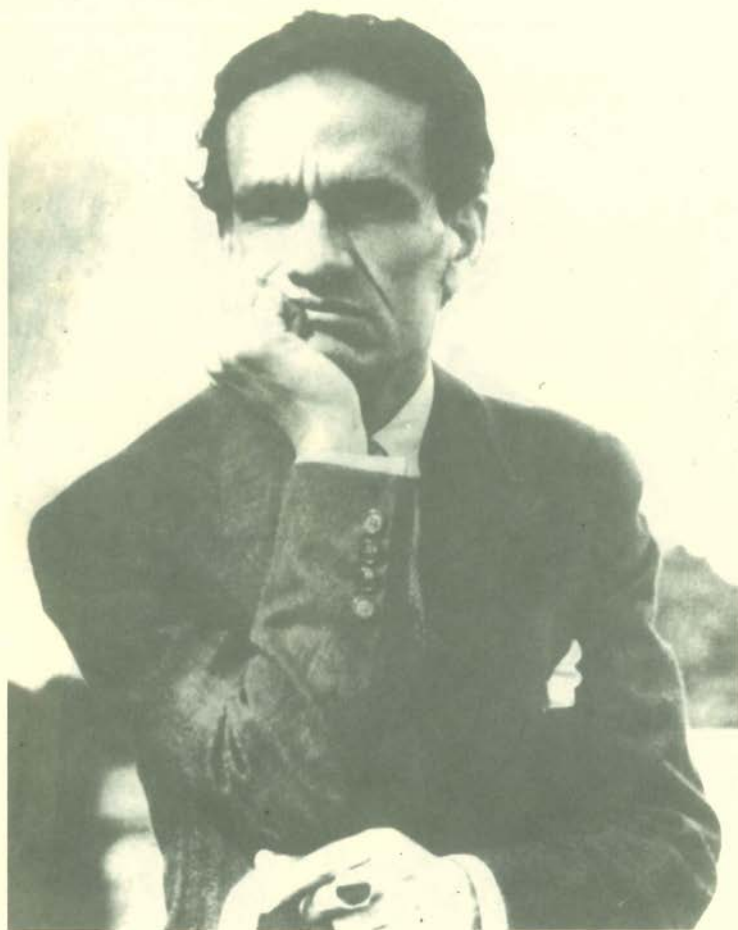
Se amarán todos los hombres
y comerán tomados de las puntas de
vuestros pañuelos tristes
y beberán en nombre de vuestras
gargantas infaustas!

"Sólo la muerte morirá!", dice también, y acusa a los enemigos de España que "matan al libro, tiran sus verbos auxiliares, a su indefensa página primera". En su arrebato, Vallejo proyecta la guerra contra la muerte y contra "los malos", sobre el escenario mundial, donde el proletariado lucha contra la burguesía: "Los mendigos pelean por España, / mendigando en París, en Roma, en Praga"; "Varios días, el mundo, camaradas, /el mundo está español hasta la muerte". En *España...*, la muerte individual cede el paso al sentimiento de la muerte como un hecho colectivo, con sentido social; es un medio de imponer ideales superiores y de sobrevivir,

como héroe, para la vida eterna de los pueblos. La muerte, en esta poesía revolucionaria y de clara intención política, está al servicio de la causa popular:

Pedro Rojas, así, después de muerto,
se levantó, besó, su catafalco ensangren-
tado,
lloró por España
y volvió a escribir con el dedo en el aire:
"¡Vivan los compañeros! Pedro Rojas"
Su cadáver estaba lleno de mundo.

APÉNDICE GRÁFICO



[FOTOGRAFÍA]

ARCHIVO FOTOGRAFICO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ.

CÉSAR VALLEJO



[FOTOGRAFÍA].

ARCHIVO FOTOGRÁFICO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ.

CÉSAR VALLEJO
en sus años juveniles



FOTOGRAFÍA

ARCHIVO FOTOGRÁFICO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ.

CÉSAR VALLEJO EN PARÍS



[FOTOGRAFÍA]

ARCHIVO FOTOGRAFICO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ.

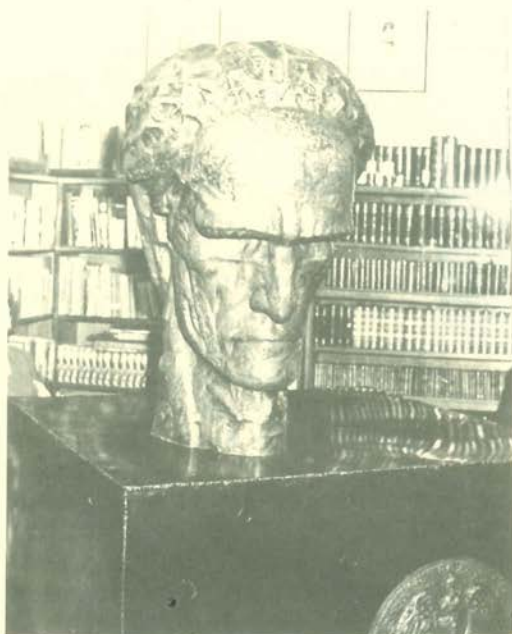
CÉSAR VALLEJO EN PARÍS



[FOTOGRAFÍA]

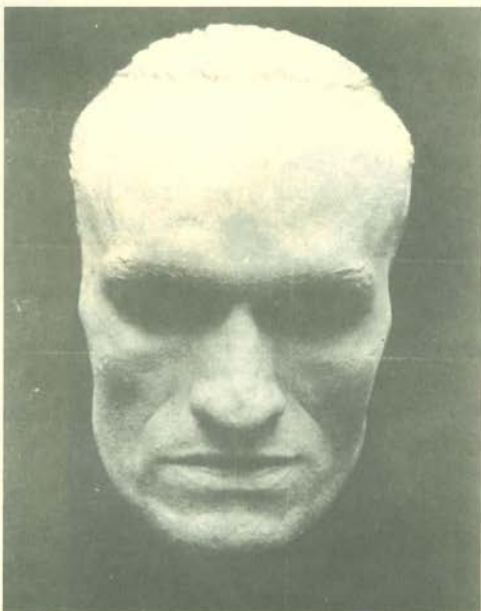
ARCHIVO FOTOGRAFICO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ.

CÉSAR VALLEJO EN BERLÍN



BUSTO DE CÉSAR VALLEJO,
escultura de autor desconocido

[FOTOGRAFÍA]



MASCARILLA MORTUORIA DE
CÉSAR VALLEJO



FOTOGRAFÍAS.

CÉSAR VALLEJO,
en su lecho de muerte en París



Síntesis

Hemos llegado al término de este trabajo, pero la explicación de la poesía de Vallejo no se ha completado: todo lo escrito vale apenas como una tentativa de aproximación, en la que han sido olvidados aspectos y análisis importantes. Un poeta como Vallejo no es, realmente, abarcable en un estudio de esta extensión, y quizá no lo sea en ningún otro: la poesía siempre es recóndita y misteriosa, pero la de Vallejo parece serlo de modo eminente: Sin embargo, después de haber descrito y visto en sus partes esa poesía, es oportuno que nos preguntemos cual es, en síntesis, su esencia, su valor y su importancia definitivos.

Hay en Vallejo algo que puede calificarse de genial: la creación de un lenguaje original, que no se parece a ningún otro, sobre todo a partir de *Trilce*. El poeta no se sirve de la lengua literaria o de la lengua oral de manera pasiva: las transforma, las renueva, vuelve a crearlas. Nunca se conforma con lo que el lenguaje exterior le da; basta que se apropie de una forma determinada para que esa forma se convierta en cosa sustancialmente distinta, que "suena a Vallejo". Usa la palabra con una libertad total: cambia la sintaxis, crea vocablos, suprime elementos inútiles, usa voces incorrectas, etc. Se comporta como un

inventor verbal, que sólo atiende a una ley: su impulso creador.

¿Por qué? Porque Vallejo está henchido de emociones y sentimientos que pugnan por expresarse de un modo enteramente propio. Su mundo emotivo sólo puede volcarse en formas virginales, puras, de él; nunca, por eso, lo vemos repetir metáforas o usar los mismos procedimientos expresivos. Vallejo persiguió toda su vida la expresión directa de sus sentimientos, en su rica contradicción, en su confusa espontaneidad. De este modo, forma y fondo, palabra y contenido, como en las grandes obras de arte, se fundan en una unidad de originalidad inagotable. A veces, no son estrictamente valiosas o hermosas; pero siempre son sinceras y explícitas como un desborde emocional que quiere hallar el vehículo verbal adecuado.

El principal sentimiento que inquietaba el alma de Vallejo, era el dolor humano como una fatalidad, la presencia de la muerte en cada acto del hombre y su angustiosa sed de infinito y trascendencia (fuese Dios, el amor o la justicia social). Su preocupación era, pues, universal y, en ese sentido, su mensaje es válido prácticamente para cualquier lector de cualquier época y país. Pero Vallejo lo supo transmitir en formas de expresión pro-

funda y revolucionariamente contemporáneas; en formas de nuestro tiempo y de todos los tiempos. Empero, esa universalidad de su poesía echa raíces en su condición original de hombre andino del Perú, de nativo americano conmovido por el conflicto cultural de su mestizaje y que, en todo momento, se afirma como ser distinto al europeo.

Lenguaje, autenticidad de sentimientos, proyección universal y arraigo peruano: son cuatro virtu-

des que le han servido a Vallejo para ser proclamado, por América y Europa, como un gran poeta. Sin duda lo es, aunque no lo sea siempre (*Los heraldos negros* nos parece hoy un libro débil) como quieren hacer creer muchos amigos y comentaristas entusiastas. Sin necesidad de abandonar la razón. César Vallejo tiene ya un puesto digno en la poesía del XX, un lugar altísimo en la lírica castellana de todos los tiempos y el primero en toda la literatura peruana.

VOCABULARIO

ARCAISMO: Palabra o frase antigua, caída en desuso.

CREACIONISMO: Corriente poética iniciada en Europa por el chileno Vicente Huidobro, que trató de reducir la poesía a la mera creación de imágenes insólitas y autónomas; sin elementos anecdóticos o descriptivos, el poema debía inventar mundos nuevos.

CUBISMO: Modalidad poética difundida por Apollinaire y Max Jacob que aportó una visión "simultaneísta" del mundo (elementos dispares yuxtapuestos, sin lógica aparente, en varios planos) y descubrió los valores gráficos del poema (la poesía como objeto que también se "ve") disponiendo las líneas del verso en forma caprichosa: verticalmente, formando figuras, usando recursos tipográficos diversos. Es también una corriente pictórica de gran trascendencia.

DADAISMO (o DADÁ): Fugaz movimiento literario dirigido por Tristán Tzara que se distingue por su agitación escandalosa, su sentido totalmente arbitrario y destructor, y su predilección por los temas absurdos y humorísticos. "Dadá" es una palabra que deliberadamente no significa nada.

FASCISMO: Partido político italiano de carácter nacionalista que defendía la supremacía del Estado y la organización corporativa de la sociedad. De allí se derivó una doctrina totalitaria y ultraderechista. El nombre proviene de la voz italiana fascio (haz), que designa el símbolo del partido.

FUTURISMO: Tendencia política iniciada en Italia por F.T. Marinetti, que creó una poesía "mecanicista" que exaltaba la máquina, la velocidad, el sentido deportivo de la vida, en un tono enfático y demagógico. El futurismo cantó también la guerra y la violencia desatada, por lo que se identificó con la ideología fascista.

DECADENTE: Modo literario, de espíritu francés, que se caracteriza por el escepticismo vacío de sus temas y su refinamiento exagerado. Se llamó "decadentes" a algunos poetas simbolistas (V.)

MARXISMO—LENINISMO: Teoría del socialismo comunista de Marx según la aplicación de Lenin, gran caudillo de la Revolución Rusa (1917) y la experiencia soviética.

MATERIALISMO HISTÓRICO: Uno de los fundamentos teóricos de la filosofía de Marx. Explica el curso de la historia humana como resultado de las fuerzas económicas en juego, y afirma que la estructura social, política y cultural (super-estructura) está determinada por la estructura económica de la sociedad (infraestructura).

METRO: Medida del verso que depende del número de sílabas fonéticas que contiene. También se llama "pie". El verso castellano tradicional supone la igualdad o regularidad métrica, y la armonía de ritmos y acentos; el verso libre (V.) sólo respeta el ritmo.

MODERNISMO: Importante movimiento de la literatura hispanoamericana creado por Rubén Darío en fines del siglo XIX que alcanzó difusión en las dos primeras décadas del siglo XX. Fue una reacción contra la mediocridad y el descuido del Romanticismo (sobre todo, de origen hispánico) postulando como principios: el esteticismo (arte para minorías), la aristocracia del espíritu (evocaciones cultas, sensualidad enfermiza), el refinamiento de las formas (renovación rítmica, delicadeza verbal, efectos sonoros y plásticos) y una visión pictórica de América. Recibió aportes del Simbolismo (V.) y del Parnasianismo (V.)

NAZISMO: Nombre abreviado del nacional-socialismo, ideología política del Tercer Reich Alemán, que Hitler llevó a su apogeo. Sostiene una concepción totalitaria del Estado, el poder absoluto del Führer y la supremacía de la raza aria. Es una nefasta doctrina que llevó al mundo a la Segunda Guerra Mundial y que trató de imponerse por la violencia y la barbarie.

NEOLOGISMO: Vocablo o giro nuevo en una lengua.

NEURASTENIA: Debilidad nerviosa que produce una depresión de las fuerzas vitales.

ONOMATOPEYA: Palabra cuyo sonido imita o evoca el concepto significado. Ejemplos: tic-tac, miau, murmullo.

PARNASIANO (o **PARNASO**): Perteneciente a la Escuela Parnasiana, aparecida en Francia alrededor de 1860 con el afán de imponer, en la poesía, el predominio de una forma exacta, fría, escultórica.

REIVINDICATORIO: Que reclama o recupera lo que por derecho le pertenece; en literatura, se entiende como un mensaje de protesta y denuncia de alguna situación injusta o inmoral.

PROSAICO: Que usa expresiones triviales, insulsas, que desentonan con el resto de una obra. Puede ser un recurso expresivo o un defecto.

RETÓRICA: En su acepción original designa al arte de bien decir, de dar al lenguaje la eficacia necesaria para lograr belleza, placer o convicción. Pero suele usarse, con un matiz peyorativo, como el abuso de artificios y rebuscamientos poco originales.

SIMBOLISTA: Perteneciente a la escuela simbolista, iniciada en Francia hacia 1880, como reacción contra la impersonalidad de la Escuela Parnasiana; aspira a una expresión velada, indirecta y musical de las realidades espirituales.

SINTAXIS: Ordenación de las palabras en el discurso; estudio de su sistema y sus posibilidades de alteración (figuras de construcción).

SURREALISMO (o **SUPERREALISMO**): Movimiento artístico que se desarrolló en Francia en el clima de la primera postguerra europea, que tiende a representar, mediante un lenguaje caótico y absolutamente libre, la vida profunda del subconciente, lo irracional, lo maravillosamente irreal. Fue oficialmente fundado en 1924 por André Breton. Es un movimiento de extraordinaria importancia.

ULTRAÍSMO: Movimiento lírico español, que intenta superar el modernismo mediante la renovación de la metáfora, la supresión de las palabras y elementos no esenciales, y la original disposición tipográfica. Sus representantes más destacados: R. Cansinos Assens, P. Garfías, A. del Valle, J. Chabás, J.L. Borjes, g. de Torre. (V. **CUBISMO**). Su teorizador fue Apollinaire. Sus figuras más representativas: P. Picasso, G. Braque, J. Gris, F. Leger, R. Delaunay. Sus representantes son: Gerardo Diego, Juan Larrea, Guillermo de Torre, etc.

VERSÍCULO: Cada una de las breves divisiones —de ritmo majestuoso y sonoro— de los libros de las Sagradas Escrituras. El poeta norteamericano Walt Whitman fue su iniciador en la poesía contemporánea.

BIBLIOTECA HOMBRES DEL PERÚ
se terminó de imprimir en el mes
de junio de 2003, en los talleres gráficos
de Editorial e Imprenta DESA S.A.
(Reg. Ind. 16521)
General Varela 1577,
Lima 5, Perú

MEIGGS, ENRIQUE (E. Núñez) T.4
MELGAR, MARIANO (L. J. Cisneros) T.3
MENDIBURU, MANUEL DE (G. Lohmann V.) T.5
MERINO, IGNACIO (J. M. Ugarte E.) T.4
MORA, JOSÉ JOAQUÍN DE (E. Núñez) T.4
NIETO, DOMINGO (E. Chirinos S.) T.2
OLAVIDE, PABLO DE (G. Lohmann V.) T.2
ORELLANA, FRANCISCO DE (J. A. Del Busto) T.3
PACHACÚTEC (C. Aranibar) T.1
PALMA, RICARDO (A. Escobar) T.1
PANCHO FIERRO (F. Stastny) T.5
PARDO Y ALIAGA, FELIPE (A. Varillas Montenegro) T.2
PARDO, MANUEL (C. Mc Evoy) T.5
PAULET, PEDRO (M. Paulet) T.5
PAZ SOLDÁN, MARIANO FELIPE (J. Pareja P. S.) T.3
PERALTA, PEDRO DE (G. Lohmann V.) T.2
PIÉROLA, NICOLÁS DE (E. Chirinos S.) T.2
PIZARRO, FRANCISCO (J. A. Del Busto) T.1
PORRAS BARRENECHEA, RAÚL (R. Hooper L.) T.4
PUMACAHUA, MATEO (S. Hamann de Cisneros) T.2
RAIMONDI, ANTONIO (S. Varese) T.3
RIVA-AGÜERO OSMA, JOSÉ DE LA (J. Jiménez Borja) T.4
RIVERO, MARIANO DE (A. Alcalde Mongrut) T.4
RODRÍGUEZ DE MENDOZA, TORIBIO (O. N. Zevallos) T.1
SABOGAL, JOSÉ (A. Zevallos) T.5
SALAVERRY, CARLOS AUGUSTO (A. Escobar) T.4
SALAVERRY, FELIPE SANTIAGO (R. Zamalloa A.) T.2
SAN FRANCISCO SOLANO (R. Vargas Ugarte, S.J.) T.2
SAN MARTÍN DE PORRAS (P. Rodríguez C.) T.1
SÁNCHEZ CARRIÓN, JOSÉ FAUSTINO (A. Pérez B.) T.1
SÁNCHEZ, LUIS ALBERTO (I. Pinto) T.5
SANTA CRUZ, ANDRÉS DE (R. Zamalloa A.) T.3
SANTA ROSA DE LIMA (P. Rodríguez C.) T.1
SANTO TORIBIO DE MOGROVEJO (E. T. Bartra, S.J.) T.2
SARMIENTO DE GAMBOA, PEDRO (C. Aranibar) T.2
SEGURA, MANUEL ASCENSIO (A. Varillas Montenegro) T.2
TELLO, JULIO C. (T. Mejía X.) T.3
TOLEDO, FRANCISCO DE (J. A. Del Busto) T.2
TÚPAC AMARU, JOSÉ GABRIEL (J. Rosales A.) T.1
UHLE, MAX (P. Kaulicke) T.5
UNANUE, HIPÓLITO (P. Cayo Córdova) T.1
VALCÁRCEL, LUIS E. (R. Ravines) T.5
VALDELOMAR, ABRAHAM (J. Ortega) T.4
VALLEJO, CÉSAR (J. M. Oviedo) T.1
VARGAS UGARTE, RUBÉN (A. Nieto V., S.J.) T.5
VIDAURRE, MANUEL LORENZO DE (A. Pérez B.) T.2
VILLARÁN, MANUEL VICENTE (J. Avendaño V.) T.3
VILLARREAL, FEDERICO (A. Alcalde Mongrut) T.4
VISCARDO Y GUZMÁN, JUAN PABLO (C. Pacheco V.) T.1
VIVANCO, IGNACIO DE (R. Zamalloa A.) T.3

JOSÉ GABRIEL TÚPAC AMARU
JUAN PABLO VISCARDO Y GUZMÁN

JOSÉ BAQUÍJANO Y CARRILLO
JOSE FAUSTINO SÁNCHEZ CARRIÓN

HIPÓLITO UNANUE
TORIBIO RODRÍGUEZ DE MENDOZA

MIGUEL GRAU
FRANCISCO BOLOGNESI

RICARDO PALMA
CÉSAR VALLEJO

